SIRI HUSTVEDT

Todo cuanto amé

El aprecio por un cuadro de Bill Wechsler lleva al historiador de arte Leo Hertzberg a querer conocer a su autor. Una profunda amistad, basada por igual en afinidades y contrastes, los unirá desde entonces, e incluirá asimismo a sus familiares. A lo largo de los años tres mujeres orbitan en su universo: Érica, la hermosa profesora casada con Leo, y las dos esposas del pintor. Pero cuando una muerte trágica sacude inesperadamente el mundo de estos personajes, entre ellos surge un nuevo orden, bajo el que late un oscuro engaño que acabará por erigirse en una amenaza de imprevisibles consecuencias.

Siri Hustvedt

Todo cuanto amé

ePub r1.3
Titivillus 03.10.2019

Titulo original: *What I loved*
Siri Hustvedt, 2004
Traductor: Gian Castelli

Editor digital: Titivillus
Corrección de erratas: r1.2 Othon_ot
ePub base r2.1

A Paul Auster

Uno

Ayer encontré las cartas de Violet a Bill. Su dueño las tenía escondidas entre las páginas de uno de sus libros, y al abrirlo cayeron al suelo. Hacía años que sabía de su existencia, pero ni él ni ella me habían hablado nunca de su contenido. Lo que sí me dijeron es que a los pocos minutos de leer la quinta y última carta, Bill cambió de opinión con respecto a su matrimonio con Lucille, salió del edificio de Greene Street y se dirigió directamente al apartamento de Violet en el East Village. Yo, mientras las sostenía en la mano, percibí en ellas ese misterioso peso que tienen las cosas que se han visto hechizadas por historias relatadas y vueltas a relatar una y otra vez. Mi vista ya no es tan buena como antes, por lo que tardé largo rato en leerlas, pero al fin conseguí descifrar hasta la última palabra, y cuando terminé con ellas supe que iba a comenzar a escribir este libro hoy mismo.

«Allí, tumbada en el suelo del estudio —decía Violet en la cuarta misiva—, me dediqué a observarte mientras me pintabas. Me fijé en tus brazos y en tus hombros, y especialmente en tus manos mientras trabajabas en el lienzo. Hubiera querido que te volvieras hacia mí y te aproximaras y me frotaras la piel igual que frotabas la pintura. Quería que me oprimieras la carne con el pulgar del mismo modo que hacías con el cuadro, y pensé que si no me tocabas me volvería loca, pero ni me volví loca ni tú me tocaste una sola vez. Ni siquiera me estrechaste la mano».

La primera vez que vi el cuadro al que se refería Violet fue hace veinticinco años, en una galería del SoHo situada en Prince Street. Por entonces aún no conocía a ninguno de los dos. La mayor parte de los lienzos de aquella muestra colectiva eran insustanciales obras minimalistas que no me interesaron. El cuadro de Bill pendía en solitario

de una de las paredes. Era un cuadro grande, de un metro ochenta de alto por dos y medio de ancho aproximadamente, y mostraba a una joven tendida en el suelo de una habitación vacía. Aparecía reclinada sobre un codo y daba la impresión de estar contemplando algo situado fuera de uno de los bordes del lienzo, desde el que una luz brillante inundaba la estancia y le iluminaba el rostro y el pecho. Su mano derecha reposaba a la altura del pubis, y al aproximarme advertí que sostenía en la mano un taxi diminuto, una versión en miniatura de los omnipresentes taxis amarillos que van y vienen por las calles de Nueva York.

Tardé algo así como un minuto en comprender que en realidad había tres personas en el cuadro. A mi derecha, en el costado más oscuro de la tela, podía verse a otra mujer que abandonaba la imagen. Tan sólo podían distinguirse un tobillo y un pie, pero el mocasín que calzaba se hallaba representado con una minuciosidad extraordinaria, y a partir de ese momento mi mirada ya no hizo más que retornar a él. La mujer invisible adquirió la misma importancia que la que dominaba el lienzo. En cuanto a la tercera persona, era tan sólo una sombra. Por un instante pensé que pudiera tratarse de la mía, pero finalmente reparé en que era el propio artista quien la había incorporado a la obra. Aquella hermosa mujer, vestida únicamente con una camiseta masculina de manga corta, estaba siendo observada por alguien situado fuera del cuadro, por un espectador que parecía encontrarse justamente donde yo estaba cuando me percaté de la oscuridad que se extendía sobre su vientre y sus piernas.

Leí la pequeña cartela mecanografiada que figuraba a la derecha del lienzo: Autorretrato, de William Wechsler. Al principio pensé que el artista estaba de broma, pero luego cambié de opinión. ¿Acaso aquel título que aparecía junto a un nombre masculino no querría sugerir la parte femenina del autor, o un trío de identidades? Tal vez aquella sugerencia indirecta de dos mujeres y un espectador evocaba directamente al artista, o acaso el título no se refería al contenido del cuadro, sino a su forma. La mano que lo había pintado se hallaba oculta en ciertas partes del mismo a la vez que se adivinaba en otras. Se desvanecía en la ilusión fotográfica del rostro de la mujer, en la luz que provenía de la ventana invisible y en el hiperrealismo del mocasín. Los largos cabellos de la protagonista, sin

embargo, se hallaban representados por un mazacote de pintura salpicado de enérgicos brochazos de rojo, verde y azul. En torno al zapato y al tobillo pude distinguir gruesas franjas de negro, gris y blanco que se dirían aplicadas con un cuchillo, y en aquellas densas pinceladas de pigmento reconocí las señales de un pulgar masculino. Parecían el resultado de un gesto súbito, incluso violento.

Tengo el cuadro en esta misma habitación, conmigo. Si vuelvo la cabeza puedo verlo, aunque igualmente alterado a causa de mi vista, cada vez más deficiente. Lo compré por dos mil quinientos dólares, más o menos una semana después de verlo. Cuando Érica lo contempló por primera vez, se encontraba a poca distancia de donde yo estoy sentado ahora. Lo examinó pausadamente y dijo:

—Es como presenciar el sueño de otra persona, ¿no te parece?

Al volverme hacia el cuadro, impulsado por sus palabras, advertí que aquella mezcla de estilos y aquel enfoque variable me recordaban, en efecto, las distorsiones oníricas. La mujer tenía los labios entreabiertos, y sus dos incisivos centrales eran levemente prominentes. El artista los había pintado de un blanco deslumbrante y un poco más largos de lo debido, como si fueran los de un animal. Y fue en ese momento cuando reparé en un cardenal situado justamente debajo de la rodilla. Lo había visto antes, pero en ese instante aquella mancha amoratada de tono amarillo verdoso en uno de sus bordes pareció atrapar mi mirada, como si la pequeña mácula fuera el auténtico tema del cuadro. Me acerqué al lienzo, deposité un dedo sobre su superficie y recorrí la silueta de la contusión. El gesto me excitó, y me volví para mirar a Érica. Era un cálido día de septiembre, y tenía los brazos desnudos. Me incliné sobre ella, besé sus hombros pecosos y a continuación le separé los cabellos de la nuca y deposité los labios sobre la suave piel que ocultaban. Arrodillándome frente a ella, le alcé la falda, deslicé los dedos a lo largo de sus muslos y la acaricié con la lengua. Sus rodillas se doblaron ligeramente. Se quito las bragas, las arrojó sobre el sofá con una sonrisa y me empujó suavemente hacia atrás para tenderme en el suelo. Luego se encaramó a horcajadas sobre mí, y al besarme su cabellera me acarició el rostro. Se enderezó, se despojó de la camiseta y se quitó el sujetador. Me encantaba esa

perspectiva de su cuerpo. Le acaricié los pechos y mis dedos dibujaron un círculo en torno al lunar, redondo y perfecto, que adorna su seno izquierdo, pero ella volvió a inclinarse. Me besó en la frente y en los pómulos y en la barbilla, y comenzó a debatirse con la cremallera del pantalón.

En aquella época Érica y yo vivíamos en un estado de excitación sexual casi constante. Prácticamente cualquier cosa podía disparar una salvaje sesión de abrazos en la cama, en el suelo o, en cierta ocasión, en la mesa del comedor. Ya desde el instituto, mi vida había sido una sucesión de novias que iban y venían. Había tenido algunas aventuras fugaces y otras más duraderas, pero entre unas y otras siempre se habían producido tiempos muertos, dolorosos intervalos desprovistos de mujeres y de sexo. Érica decía que el sufrimiento había hecho de mí un mejor amante, que gracias a él había aprendido a dar importancia al cuerpo de las mujeres. No obstante, si aquella tarde hicimos el amor fue por el cuadro. A menudo me he preguntado desde cuándo podría haber comenzado a encontrar erótica la imagen de una lesión en el cuerpo de una mujer. Más tarde, Érica me dijo que en su opinión aquel mecanismo de respuesta había tenido algo que ver con el deseo de dejar una huella en el cuerpo de otra persona.

—La piel es frágil —dijo—. Nos cortamos y nos magullamos con facilidad. Y tampoco es que parezca que le han pegado una paliza, ni nada por el estilo. Es un diminuto cardenal, normal y corriente, pero el modo en que está pintado lo hace destacar. Es como si al artista le hubiera encuitado hacerlo, como si hubiera querido representar una pequeña herida que pudiera durar para siempre.

Por aquel entonces Érica ya había cumplido los treinta y cuatro. Yo le sacaba once años, y llevábamos uno de casados. Nos habíamos tropezado literalmente en la Biblioteca Butler de la Universidad de Columbia. Ocurrió un sábado del mes de octubre, ya avanzada la mañana, cuando los pasillos estaban casi vacíos. Yo oí sus pisadas y percibí su presencia tras las oscuras hileras de libros, iluminadas mediante un temporizador de luz que despedía un leve zumbido. Encontré el libro que estaba buscando y me encaminé hacia el ascensor. Salvo por el rumor del sistema de iluminación no podía oír nada. Doblé la esquina y tropecé con Érica, que se había sentado en el suelo junto al extremo de una estantería. Aunque logré

conservar el equilibrio, mis gafas salieron volando. Ella las recogió, y mientras yo me inclinaba para aceptarlas hizo ademán de incorporarse y me golpeó en la barbilla con la cabeza. Cuando se volvió a mirarme estaba sonriendo:

—Unas cuantas más como ésas y de aquí podría surgir algo: una secuencia del Gordo y el Flaco, por ejemplo.

El motivo de mi caída era una hermosa mujer. Poseía una boca amplia y unos espesos cabellos oscuros recortados a la altura de la barbilla. La estrecha falda que llevaba puesta se había alzado con la colisión, y mientras se estiraba el borde de la prenda tuve ocasión de vislumbrar fugazmente sus muslos. Cuando se la hubo ajustado alzó la mirada hacia mí y sonrió de nuevo. Durante aquella segunda sonrisa, su labio inferior se estremeció casi imperceptiblemente, y yo interpreté aquel leve signo de nerviosismo o turbación como un indicio de que se hallaba abierta a una invitación. De no haberse producido estoy completamente seguro de que habría reiterado mis disculpas y me habría marchado, pero aquel temblor momentáneo y evanescente de sus labios me reveló la dulzura de su carácter y me permitió atisbar lo que creí reconocer como una sensualidad cuidadosamente reservada. Le pregunté si querría tomar café conmigo. El café se convirtió en almuerzo, y el almuerzo en cena, y la mañana siguiente me sorprendió tendido junto a Érica Stein en la cama de mi antiguo apartamento de Riverside Drive. Ella aún dormía. La luz penetraba por la ventana e iluminaba su rostro y sus cabellos. Con sumo cuidado, deposité una mano sobre su cabeza y durante varios minutos la mantuve allí, inmóvil, mientras la contemplaba con la esperanza de que no se marchara.

Para entonces habíamos hablado ya durante horas. Resultó que Érica y yo proveníamos del mismo mundo. Sus padres eran judíos alemanes que habían abandonado Berlín en 1933, cuando aún eran adolescentes. Su padre se convirtió en un psicoanalista de prestigio, y su madre fue preparadora vocal en la Academia Juilliard. Los dos habían fallecido. Murieron con una diferencia de pocos meses un año antes de conocer yo a Érica, el mismo año de 1973 en que murió también mi madre. Yo nací en Berlín y viví allí durante cinco años. Conservo de aquella ciudad unos

recuerdos fragmentarios, y algunos de ellos tal vez sean falsos: imágenes e historias construidas a partir de lo que mi madre me había contado de mis primeros años de vida. Érica había nacido en el Upper West Side, el mismo barrio en el que también yo terminé viviendo después de pasarme tres años en un piso del Hampstead londinense. Fue Érica quien me animó a abandonar el West Side y mi confortable apartamento de Columbia. Antes de casarnos me dijo que quería «emigrar», y cuando yo le pregunté qué quería decir con eso, repuso que para ella ya había llegado el momento de vender el apartamento de sus padres en la calle Ochenta y dos Oeste y acostumbrarse al largo trayecto en metro hasta el centro.

—Tengo que mudarme —dijo—; aquí arriba huele a muerte, a antisépticos, a hospitales y a tarta Sacher rancia.

De modo que Érica y yo dejamos atrás los paisajes familiares de nuestra niñez y buscamos nuevos territorios entre los artistas y los bohemios que vivían más al Sur. Recurrimos al dinero que habíamos heredado de nuestros padres y nos trasladamos a un *loft* de Greene Street, entre Canal y Grand.

Aquel nuevo vecindario de calles vacías, edificios bajos e inquilinos jóvenes me liberó de ataduras que nunca había considerado como tales. Mi padre había muerto en 1947, cuando tan sólo tenía cuarenta y tres años, pero mi madre seguía viva. No tuvieron más hijos, y a la muerte de mi padre, mi madre y yo compartimos su fantasma. Ella fue sucumbiendo a la edad y a la artritis, pero él continuó siendo un hombre joven, brillante y prometedor: un médico que podría haber logrado cualquier cosa que se propusiera. «Cualquier cosa» que, para mi madre, se convirtió en «todo». Durante veintiséis años vivió en el mismo apartamento de la calle Ochenta y cuatro, entre Broadway y Riverside, acompañada únicamente del porvenir inexistente de mi padre. De vez en cuando, durante las etapas iniciales de mi carrera académica, algún que otro alumno se dirigía a mí llamándome «Doctor Hertzberg» en lugar de «Profesor», y en aquellas ocasiones yo me acordaba inevitablemente de mi padre. El hecho de vivir en SoHo ni borró mi pasado ni me indujo al olvido, pero cuando doblaba una esquina o cruzaba una calle nunca encontraba ningún recordatorio de mi niñez y juventud expatriadas. Tanto Érica como yo éramos hijos de

exiliados procedentes de un mundo que ya no existía. Nuestros padres eran judíos de clase media que se habían adaptado a Alemania, y para ellos el judaísmo no era otra cosa que la religión que antaño practicaran sus bisabuelos. Hasta el año 1933 se habían considerado «judíos alemanes», denominación ésta que hoy ya no existe en ningún idioma.

Cuando nos conocimos, Érica trabajaba como profesora adjunta de Lengua Inglesa en la Universidad de Rutgers, y yo llevaba ya doce años enseñando en el departamento de Historia del Arte de Columbia. Yo me había graduado en Harvard y ella en Columbia, lo que explicaba por qué aquel sábado la había descubierto deambulando entre las estanterías provista de un carné de antigua alumna. Yo ya me había enamorado anteriormente en otras ocasiones, pero casi siempre había terminado por desembocar en un período de fatiga y aburrimiento. Érica nunca me aburría. A veces me irritaba y me exasperaba, pero jamás me aburría. Su comentario acerca del autorretrato de Bill era típico de ella: simple, directo y perspicaz. Pero eso es algo que nunca admití ante Érica.

Había pasado frente al número 89 de Bowery en numerosas ocasiones sin detenerme jamás a mirarlo. El destartalado edificio de ladrillo de cuatro plantas, ubicado entre Hester y Canal, nunca había sido otra cosa que la humilde sede de un negocio de mayoristas, pero el día en que acudí a visitar a William Wechsler sus días de modesta respetabilidad se remontaban a un pasado ya lejano. Las ventanas de lo que en otro tiempo fuera un almacén habían sido cegadas con tablones, y la pesada puerta de metal que daba a la calle aparecía desquiciada y abollada, como si alguien la hubiera golpeado con una maza. Un hombre barbudo que aferraba una botella envuelta en una bolsa de papel de estraza yacía tendido en el solitario escalón de acceso. Cuando le pedí que se apartara me obsequió con un gruñido y, medio rodando, medio deslizándose, abandonó el lugar en el que se encontraba.

A menudo mi primera impresión de las personas acaba viéndose enturbiada por lo que posteriormente llego a saber de ellas, pero en el caso de Bill existe al menos un aspecto de aquellos primeros segundos que ha

perdurado a lo largo de toda nuestra amistad. Bill poseía encanto: esa misteriosa cualidad de atracción que seduce a los extraños. Al abrirme la puerta su aspecto era casi tan desaliñado como el sujeto que poco antes viera en su portal. Hacía dos días que no se afeitaba. Su densa cabellera negra aparecía enmarañada y de punta tanto en la coronilla como a ambos lados de la cabeza, y las prendas que vestía estaban cubiertas de suciedad y de pintura por igual. Así y todo, cuando me miró me sentí atraído hacia él. Poseía una complexión sumamente oscura para tratarse de un blanco, y sus ojos de color verde pálido eran ligeramente rasgados, como los de los asiáticos. Aunque apenas me sacara unos pocos centímetros, con su metro noventa de estatura se me antojó mucho más alto que yo. Posteriormente llegué a la conclusión de que aquel magnetismo cuasi mágico tenía algo que ver con sus ojos. Cuando me miraba lo hacía directamente y sin la menor turbación, pero al mismo tiempo me era posible percibir su retraimiento y su ausencia. Y si su curiosidad acerca de mi persona me pareció auténtica, también noté que no esperaba nada de mí. Bill desprendía un aire de independencia tan absoluto que resultaba irresistible.

—Lo escogí por la luz —me dijo al atravesar la puerta de su *loft* de la cuarta planta.

En la pared del fondo de aquella única estancia, tres alargados ventanales relucían bajo el sol del atardecer. La estructura del edificio se hallaba vencida, y como consecuencia su parte trasera aparecía considerablemente más baja que la frontal. El suelo se encontraba igualmente alabeado, y al dirigir la mirada hacia las ventanas pude advertir en el entarimado una sucesión de bultos similares a las olas superficiales que rizarían la superficie de un lago. El extremo más alejado de la vivienda, de aspecto austero, se hallaba amueblado únicamente por un taburete, una mesa construida con dos caballetes viejos y una puerta de madera, y un equipo estéreo rodeado de cientos de discos y cintas que se alineaban en cajas de plástico utilizadas en otro tiempo para contener envases de leche. Había numerosas hileras de lienzos apoyados contra el muro, y reinaba en el local un poderoso olor a moho, pintura y aguarrás.

Al fondo se amontonaban todas las necesidades de la vida diaria: una mesa arrimada a una vieja bañera de patas, una cama de matrimonio

próxima a otra mesa, no lejos de un fregadero, y un fogón encastrado en la abertura de una enorme estantería atestada de libros, aunque aún había más volúmenes apilados en el suelo junto a ella y amontonados en una butaca en la que se diría que hacía años que nadie se sentaba. El caos reinante en la vivienda revelaba no sólo la pobreza de Bill sino también su desprecio por los objetos de la vida doméstica. Con el tiempo sería más rico, pero su indiferencia ante las cosas nunca cambió. Siempre conservó un peculiar desapego por los lugares en los que vivía y una absoluta ceguera a los detalles de su configuración.

Incluso aquel primer día alcancé a percibir su ascetismo, su atracción casi brutal por la pureza y su resistencia a cualquier forma de compromiso. La sensación emanaba tanto de lo que decía como de su presencia física. Era una persona tranquila, y a pesar de su tono de voz sosegado y de sus movimientos algo reprimidos transmitía una fuerza de voluntad que parecía inundar la estancia. A diferencia de otras personalidades igualmente potentes, Bill no era escandaloso ni arrogante ni poseía una especial capacidad de seducción. Así y todo, cuando me detenía junto a él y contemplaba sus pinturas me sentía como un enano que acabara de conocer a un gigante, y esa sensación otorgaba a mis comentarios un carácter más agudo y reflexivo: estaba luchando por mi propio espacio.

Aquella tarde me enseñó seis cuadros. Tres de ellos ya estaban acabados. En los otros tres, recién empezados, algunos trazos apenas esbozados se mezclaban con grandes manchas de color. El mío pertenecía a aquella misma serie, y compartía con los demás el motivo común de la joven de cabellos oscuros, pero el tamaño de la mujer fluctuaba entre uno y otro. En el primero aparecía obesa, como una montaña de carnes pálidas enfundadas en una camiseta y unos estrechos pantalones cortos de nailon: una representación tan descomunal de la glotonería y el abandono que parecía como si hubiera habido que aplastar su cuerpo para encajarlo en el interior del marco. En su rollizo puño sostenía un sonajero, y sobre su seno derecho y su enorme vientre se extendía una esbelta sombra masculina que luego se estrechaba hasta convertirse en una delgada línea a la altura de sus caderas. En el segundo se la veía mucho más delgada, tendida en un

colchón en ropa interior y absorta en la contemplación de su propio cuerpo con una expresión que parecía a la vez autoerótica y autocrítica. Aferraba una voluminosa pluma estilográfica, de tamaño aproximadamente dos veces más grande de lo normal. En el tercer cuadro la mujer había engordado unos cuantos kilos, pero no estaba tan oronda como en el lienzo que yo había comprado. Vestía un raído camisón de franela y aparecía sentada en el borde de la cama con los muslos distraídamente separados. A sus pies reposaban un par de calcetines largos de color rojo. Al examinar sus piernas observé que, justamente debajo de las rodillas, podían distinguirse unas débiles marcas rojas producidas por el elástico de los calcetines.

—Me recuerda esa pintura de Jan Steen en la que aparece una mujer quitándose una media durante su aseo matutino —dije—. Es un cuadrito que se conserva en el Rijksmuseum.

Bill me sonrió por primera vez. Yo también vi ese cuadro en Amsterdam cuando tenía veintitrés años, y me indujo a pensar en la piel. No me interesan los desnudos. Son demasiado pretenciosos. Lo que realmente me interesa es la piel.

Durante un rato charlamos acerca de la piel en la pintura. Yo mencioné los hermosos estigmas rojos del San Francisco de Zurbarán, y Bill se refirió al color de la piel del Jesucristo muerto de Grünewald y a la epidermis rosada de los desnudos de Boucher, a los que calificó de «porno blando». Comentamos las variaciones que habían experimentado los convencionalismos de crucifixiones, pietás y descendimientos. Yo dije que el manierismo de Pontormo siempre me había interesado, y Bill sacó a relucir a Robert Crumb.

—Me encanta su crudeza —dijo—. Ese atrevido feísmo de sus obras.

Yo mencioné a Georg Grosz, y Bill asintió.

—Son primos hermanos —dijo—. Los dos están claramente emparentados desde el punto de vista artístico. ¿Has visto alguna vez la serie de Crumb titulada Cuentos del país de Genitalia? Penes corriendo por ahí en botas…

—Como la nariz de Gogol —sugerí yo.

Bill me mostró entonces algunas ilustraciones médicas, un campo del que yo apenas sabía nada. Extrajo de sus estanterías docenas de libros llenos de imágenes de distintos períodos: diagramas de humores procedentes de la época medieval, dibujos anatómicos del siglo XVIII, una reproducción decimonónica de la cabeza de un hombre con su mapa frenológico, y otra, más o menos de la misma época, de los genitales femeninos. Esta última era una peculiar representación de la zona que delimitaban los muslos separados de una mujer. Juntos, examinamos la detallada recreación de la vulva, el clítoris, los labios y el oscuro y reducido orificio que señalaba la entrada de la vagina. Los trazos eran ásperos y rigurosos.

—Parece un diagrama de maquinaria —dije yo.

—Sí —repuso él, escrutándolo de cerca—. Nunca lo había pensado. Es un dibujo antipático. Todo está en su sitio, pero es como una caricatura repelente. Claro está que el artista debía de considerarlo científico.

—Dudo que exista nada puramente científico —dije yo.

Él asintió.

—Ése es el problema de observar las cosas. Nada resulta del todo claro. Los sentimientos y las ideas modelan lo que tenemos ante nosotros. Cézanne buscaba el mundo al desnudo, pero el mundo nunca está al desnudo. En mi obra, yo intento crear dudas —se detuvo y me sonrió—. Porque eso es algo de lo que sí estamos seguros.

—¿Es ése el motivo por el que su modelo puede ser alternativamente gruesa, flaca o ni lo uno ni lo otro? —le pregunté.

—Si he de serle sincero, eso obedeció más a un impulso que a una idea.

—¿Y la mezcla de estilos? —inquirí yo.

Bill se aproximó a la ventana y encendió un cigarrillo. Inhaló y dejó caer la ceniza al suelo. Alzó sus enormes ojos hacia mí. Eran tan penetrantes que de buen grado habría apartado la mirada de ellos, pero no lo hice.

—Tengo treinta y un años, y usted es la primera persona que ha comprado un cuadro mío, si exceptuamos a mi madre. Llevo pintando diez años. Los galeristas han rechazado mis trabajos cientos de veces.

—De Kooning expuso por primera vez a los cuarenta —dije.

—No me entiende —repuso él, con voz despaciosa—. No pretendo que nadie se muestre interesado. ¿Por qué habrían de hacerlo? Si acaso, me pregunto por qué se ha interesado usted.

Se lo dije. Sentados en el suelo, con los cuadros esparcidos frente a nosotros, le expliqué que me gustaba la ambigüedad, que me gustaba el hecho de no saber adónde mirar en sus lienzos, que me aburría mucha de la pintura figurativa moderna, pero no así sus cuadros. Hablamos de De Kooning, y especialmente de una pequeña obra —*Autorretrato con hermano imaginario*— que a Bill le había resultado inspiradora. Hablamos de la singularidad de Hopper, y también de Duchamp. Bill se refería a él como «el cuchillo que cortó el arte en pedazos», y yo pensé al principio que se trataba de una denominación despectiva, pero luego añadió:

—Era un gran artista y un gran falsario. Me encanta.

Cuando le llamé la atención sobre el vello que había añadido a las piernas de la mujer más delgada, él respondió que cuando estaba con otra persona su atención a menudo se veía distraída por pequeños detalles: un diente mellado, una tirita en el dedo, una vena, un corte, un sarpullido o un lunar, y que durante unos instantes ese rasgo aislado se apropiaba de la totalidad de su perspectiva y le impulsaba a reproducir esos segundos en su obra.

—Ver equivale a fluir —dijo.

Cuando mencioné la narrativa oculta en sus obras respondió que, para él, las historias eran como la sangre que recorre un cuerpo: como senderos de vida. Era una metáfora reveladora, y nunca la he olvidado. Como artista, Bill perseguía lo no visto a través de lo visto. Lo paradójico era que él había optado por presentar ese momento invisible por medio de una pintura figurativa, lo que no es sino una aparición estática, una superficie.

Me dijo que se había criado en los suburbios de Nueva Jersey. Su padre había fundado allí un negocio de cajas de cartón que con el tiempo llegó a prosperar. Su madre llevaba a cabo labores de voluntariado para organizaciones caritativas judías, era presidenta de un grupo de «lobatos» de la sección de alevines de los *boy-scouts* y había terminado por obtener la licencia de agente inmobiliaria. Ninguno de los dos había ido a la

universidad, y en su casa escaseaban los libros. Yo imaginé los verdes jardines y los apacibles hogares de South Orange, con sus bicicletas en los senderos de acceso, sus letreros en las calles y sus garajes con capacidad para dos vehículos.

—Dibujar se me daba bien —dijo—, pero durante mucho tiempo el béisbol fue para mí mucho más importante que el arte.

Yo le conté todo lo que había sufrido con los deportes en la Fieldston School. Como era un muchacho enclenque y miope, siempre me mantenía en el cuadro exterior del campo, con la esperanza de que nadie lanzara la pelota en mi dirección.

—Cualquier deporte para el que hubiera que servirse de un utensilio se hallaba fuera de mis posibilidades —le dije—. Era capaz de correr y de nadar, pero como me pusieran algo en la mano, se me caía.

Ya en sus tiempos de instituto, Bill comenzó con sus peregrinajes por el Met, el MoMA, la Frick, las galerías de arte y, como él decía, «por las calles».

—Me gustaban las calles tanto como los museos, y me pasaba horas por la ciudad, paseando por ahí, inhalando incluso los aromas de la basura.

Sus padres se habían divorciado cuando cursaba el penúltimo curso. Aquel mismo año abandonó los equipos de cross, de béisbol y de baloncesto.

—Dejé de entrenar —dijo—. Adelgacé.

Fue a la Universidad de Yale. Se matriculó en Artes Plásticas e Historia del Arte y asistió a cursos de literatura. Allí fue donde conoció a Lucille Alcott, cuyo padre daba clase en la Facultad de Derecho.

—Nos casamos hace tres años —dijo.

Yo me sorprendí a mí mismo buscando algún rastro femenino por el ámbito del *loft*, pero no encontré ninguno.

—¿Está trabajando? —le pregunté.

—Es poetisa. Alquila una habitacioncita a un par de manzanas de aquí. Allí es donde escribe. Trabaja también por cuenta propia como correctora de estilo. Revisa originales. Y yo pinto y enyeso para algunas constructoras. Nos apañamos.

Un médico compasivo le había librado de Vietnam. A lo largo de su niñez y de su juventud había padecido graves alergias. En los períodos más graves se le hinchaba el rostro y estornudaba con tal fuerza que acababa doliéndole el cuello. Antes de presentarse al banderín de enganche de Newark, el médico añadió junto a la palabra «alergias» la siguiente frase: «Propenso a sufrir ataques de asma». Dos años después, una simple tendencia podría no haberle librado del servicio, pero estaban en 1966, y todavía faltaba algún tiempo para que se endureciera realmente la resistencia vietnamita. Después de la universidad pasó un año trabajando como barman en Nueva Jersey. Vivía con su madre, ahorraba todo lo que ganaba y estuvo dos años viajando por Europa. Se trasladó de Roma a Amsterdam, y de allí a París. Se buscó empleos temporales para ir tirando. Trabajó como oficinista para una revista inglesa con sede en Amsterdam, como guía turístico en las catacumbas romanas y como lector de novelas inglesas para un anciano parisino.

—Para leerle tenía que tumbarme en el sofá. Se mostraba muy particular en todo lo relativo a mi postura. Tenía que quitarme los zapatos. Para él, era importante poder contemplar mis calcetines con claridad. Me pagaba bien, y aguanté una semana entera. Luego lo dejé. Cobré mis trescientos francos y me marché. Era todo el dinero que tenía en el mundo. Salí a la calle. Debían de ser las once de la noche, y de pronto me topé con un viejo consumido que aguardaba con la mano extendida en medio de la acera. Se lo di todo a él.

—¿Por qué? —pregunté.

Bill se volvió hacia mí.

—No lo sé. Me apeteció. Fue una estupidez, pero nunca me he arrepentido de ello. Hizo que me sintiera libre. Luego me pasé dos días sin comer.

—Un acto de bravuconería —dije yo.

Él me miró de nuevo y dijo:

—De independencia.

—¿Dónde estaba Lucille?

—Vivía con sus padres en New Haven. Por entonces no andaba muy bien de salud. Nos escribíamos.

No le pregunté por la enfermedad de Lucille. Al mencionarla había desviado la mirada, y vi que entrecerraba los ojos con expresión de dolor. Cambié de tema.

—¿Por qué califica el cuadro que he comprado de autorretrato?

—Son todos autorretratos —dijo él—. Mientras trabajaba con Violet comprendí que estaba dibujando el mapa de un territorio interior que no había visto hasta entonces, o tal vez de un territorio que se extendía entre ella y yo. El título me vino a la cabeza y lo utilicé. Autorretrato me pareció apropiado.

—¿Quién es ella? —dije.

—Violet Blom. Una estudiante de posgrado de la Universidad de Nueva York. Ella fue la que me dio ese dibujo que le he enseñado; el que parece un croquis mecánico.

—¿Qué estudia?

—Historia. Está escribiendo una tesis sobre la histeria en Francia en el cambio de siglo —dijo, encendiendo otro cigarrillo y alzando la mirada al techo—. Es una chica muy lista… una persona fuera de lo corriente.

Exhaló el humo hacia arriba, y yo me quedé observando cómo sus tenues círculos se entremezclaban con las motas de polvo que flotaban bajo la luz de la ventana.

—No creo que haya muchos hombres que estuvieran dispuestos a retratarse como una mujer. Se sirvió de Violet para mostrarse a sí mismo. ¿Qué opina ella?

Él dejó escapar una breve carcajada y dijo:

—Le gusta. Dice que le parece subversivo, especialmente porque a mí me gustan las mujeres, y no los hombres.

—¿Y las sombras? —le pregunté.

—También son mías.

—Qué lástima —dije yo—. Pensé que eran mías.

Bill me miró.

—También pueden ser tuyas.

Me aferró el antebrazo con la mano y lo sacudió. Aquel súbito gesto de camaradería, de afecto incluso, me inundó de un peculiar regocijo. He pensado a menudo acerca de ello, porque aquel pequeño intercambio de

sombras alteró el curso de mi vida y señala el momento en que una conversación divagadora entre dos hombres experimentó un giro irrevocable hacia la amistad.

—Daba la impresión de flotar por el salón de baile —me dijo Bill una semana después mientras tomábamos café—. No parecía consciente de lo guapa que era. Me pasé años persiguiéndola. Lo intentaba y lo dejaba, lo intentaba y lo dejaba. Algo me hacía volver una y otra vez.

A lo largo de las semanas siguientes Bill no hizo mención alguna de la enfermedad de Lucille, pero por el modo en que hablaba de ella la imaginé como una persona frágil, una mujer que necesitaba que la protegieran de algo de lo que prefería no hablar.

La primera vez que vi a Lucille Alcott estaba detenida en el umbral del *loft* de Bowery, y pensé que me recordaba a las mujeres de los cuadros flamencos. Poseía una piel pálida, unos cabellos de color castaño claro que llevaba recogidos hacia atrás y unos enormes ojos azules que parecían casi desprovistos de pestañas. Nos habían invitado a cenar a Érica y a mí. Era noviembre y estaba lloviendo, y mientras comíamos llegaba a nuestros oídos el repiqueteo de las gotas que caían sobre nuestras cabezas. Alguien había barrido el polvo, las cenizas y las colillas del suelo en previsión de nuestra visita, y alguien se había encargado asimismo de cubrir la mesa de trabajo de Bill con una amplia tela de color blanco y de disponer ocho velas a lo largo de su superficie. Lucille se apuntó el mérito de haber cocinado el plato principal, un insípido revoltillo marrón a base de verduras de aspecto irreconocible. Cuando Érica se interesó cortésmente por el nombre del guiso en cuestión, Lucille depositó la mirada en su plato y habló en perfecto francés.

—Flageolets aux légumes —dijo. A continuación, hizo una pausa, alzó los ojos y sonrió—. Pero parece que las flageolets andan de incógnito.

Tras un breve intervalo, prosiguió:

—Me gustaría concentrarme más cuando cocino. Le hubiera hecho falta perejil —volvió a atisbar el contenido de su plato—. He olvidado el perejil. Y Bill habría preferido carne. Antes comía mucha carne, pero sabe

que yo no la cocino porque he llegado al convencimiento de que no nos sienta bien. No comprendo qué me pasa con las recetas. Soy muy meticulosa cuando escribo. Siempre me preocupo de los verbos.

—Sus verbos son sensacionales —dijo Bill, mientras escanciaba un poco más de vino en la copa de Érica.

Lucille miró a su marido y sonrió con expresión un tanto forzada. Yo no comprendí entonces la rigidez de la sonrisa, porque el comentario de Bill parecía desprovisto de ironía. Me había dicho en varias ocasiones cuánto admiraba sus poemas, y había prometido facilitarme una copia de ellos.

Detrás de Lucille podía ver el obeso retrato de Violet Blom, y me pregunté si la avidez de Bill por la carne no se habría visto traducida a aquel enorme cuerpo femenino, aunque posteriormente mi teoría demostró ser errónea. Cuando comíamos juntos, a menudo veía a Bill masticando tan contento bocadillos de carne en conserva, hamburguesas y emparedados de beicon, lechuga y tomate.

—Yo creo mis propias reglas —decía Lucille, refiriéndose a sus poemas—. No hablo de las normas habituales relativas a la métrica, sino a una anatomía que yo misma escojo y luego diseccionо. Los números son de gran ayuda. Son claros e irrefutables. Algunos de los versos están numerados.

Todo lo que decía Lucille se caracterizaba por la misma rigidez y brusquedad. No parecía interesada en hacer la más mínima concesión a la conversación cortés o al hablar por hablar. Al mismo tiempo, sin embargo, me era posible detectar un matiz humorístico en prácticamente todas sus observaciones. Hablaba como si no perdiera de vista sus propias frases, observándolas de lejos y aquilatando sus sonidos y sus formas desde el momento en que salían de sus labios. Todas sus palabras destilaban sinceridad y, a pesar de ello, esa misma honestidad se veía acompañada de una ironía paralela. A Lucille le divertía adoptar dos posturas al mismo tiempo. Se convertía, simultáneamente, en sujeto y objeto de sus propias manifestaciones.

No creo que Érica llegara a escuchar el comentario de Lucille acerca de las reglas. Estaba hablando de novelas con Bill. Tampoco él debió de

oírlo, pero el tema de las normas surgió también en la conversación que ambos estaban manteniendo. Érica se inclinó hacia Bill y sonrió:

—De modo que estás de acuerdo en que novela es un saco en el que cabe todo.

—Tristram Shandy, capítulo cuatro, sobre el Ab ovo de Horacio —dijo Bill, señalando el techo con el índice, y comenzó a citar la obra como si estuviera siguiendo el dictado de una voz inaudible procedente de su derecha—: «Bien sé que Horacio no recomienda en absoluto este procedimiento, mas el caballero se refiere únicamente a un poema épico o a una tragedia (he olvidado si lo uno o lo otro), y además, aunque no fuera así, suplicaría al señor Horacio que me perdonara, pues dicho lo anterior, y aun por escrito, no he de atenerme ni a sus normas ni a las de ningún otro hombre que haya vivido jamás».

La voz de Bill adquirió un tono más agudo al pronunciar la última frase, y Érica lanzó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. La conversación de ambos fue derivando de Henry James a Samuel Beckett y de éste a Louis-Ferdinand Céline a medida que Érica descubría por sí misma que Bill era un voraz lector de novelas. Todo ello sirvió para desencadenar entre ambos una amistad que poco tenía que ver conmigo. Para cuando llegó el postre —una macedonia de frutas de aspecto alicaído —, Érica ya estaba invitándole a hablar ante sus alumnos de la Universidad de Rutgers. Bill al principio dudó, pero luego aceptó el ofrecimiento.

Érica era demasiado educada como para hacer caso omiso de Lucille, sentada a su lado, y al poco rato de pedir a Bill que visitara alguna de sus clases concentró toda su atención en ella. Mi mujer asentía mientras escuchaba a su anfitriona, y cuando le llegaba el turno de hablar, su rostro dibujaba un mapa de emociones y pensamientos variables. En contraste, las serenas facciones de Lucille apenas dejaban traslucir sentimiento alguno. A medida que avanzaba la velada, sus peculiares observaciones fueron adquiriendo una suerte de ritmo filosófico, un tono entrecortado de lógica torturada que me recordó nebulosamente la lectura del Tractatus de Wittgenstein. Cuando Érica dijo a Lucille que conocía la reputación de su padre, ésta repuso:

—Sí, su reputación como profesor de Derecho es excelente —y al cabo de un instante añadió—: Yo habría querido estudiar leyes, pero no pude. De pequeña solía intentar leer los libros de Derecho de la biblioteca de mi padre. Tenía once años. Sabía que una frase conducía a la otra, pero para cuando llegaba a la segunda ya había olvidado la primera, y al llegar a la tercera olvidaba la segunda.

—Tenías sólo once años —dijo Érica.

—No —dijo ella—. El motivo no era mi edad. Aún las olvido.

—Olvidar —dije yo— forma probablemente parte de la vida tanto como recordar. Somos todos amnésicos.

—Pero cuando olvidamos —dijo Lucille, volviéndose hacia mí— no siempre recordamos que hemos olvidado, de tal modo que recordar que hemos olvidado no es exactamente olvidar, ¿no te parece?

Yo le sonreí y dije:

—Tengo auténticas ganas de leer tus obras. Bill habla de ellas con considerable admiración.

Bill alzó su copa.

—Por nuestro trabajo —proclamó con voz sonora—. Por las letras y la pintura.

Se había descuidado, y pude notar que estaba ligeramente borracho. Su voz se quebró al pronunciar la palabra «pintura». Su alegría me pareció entrañable, pero cuando me volví con la copa en alto para brindar con Lucille, ella me obsequió por segunda vez con la misma sonrisa tensa y forzada de antes. Resultaba difícil determinar si era su marido el causante de aquella expresión o si ésta era tan sólo el resultado de su propia inhibición.

Antes de marcharnos, Lucille me alargó dos pequeñas revistas en las que habían aparecido publicados sus trabajos, y al ofrecerle la mano ella la estrechó con languidez. Yo, en cambio, le oprimí la palma, lo que no pareció importarle. Bill me dio un abrazo de despedida y luego abrazó y besó a Érica. Sus ojos relucían por efecto del vino, y olía a tabaco. Ya en el umbral de la puerta, rodeó los hombros de Lucille con el brazo y la atrajo hacia sí. En comparación con su marido, se la veía diminuta y azorada.

Cuando salimos a Bowery aún seguía lloviendo. Abrí el paraguas y Érica se volvió hacia mí y dijo:

—¿Te diste cuenta de que llevaba puestos los mocasines?

—¿De qué estás hablando? —dije yo.

—Lucille llevaba puestos los zapatos o, mejor dicho, el zapato que aparece en nuestro cuadro. Es la mujer que abandona la escena.

Miré a Érica mientras asimilaba sus palabras.

—Me temo que no me he fijado en sus pies.

—Me sorprende. Bien que te fijaste en el resto de ella —sonrió Érica, y advertí que me estaba provocando—. ¿No te parece evocador lo del zapato, Leo? Y luego está la otra mujer. Cada vez que alzaba la mirada, la veía; veía a esa chiquilla flacucha contemplándose las bragas con expresión ligeramente ávida y excitada. Parecía tan viva. Sentí que deberían haberle reservado un lugar en la mesa.

Yo atraje a Érica con la mano que tenía libre y la besé sin dejar de sostener el paraguas sobre nuestras cabezas. Ella, concluido el beso, me rodeó la cintura con el brazo y ambos echamos a andar en dirección a Canal Street.

Bueno —dijo ella—, me pregunto cómo serán las cosas que escribe.

Los tres poemas que Lucille había publicado eran similares: obras dotadas de un escrutinio obsesivo y analítico que revoloteaban en algún lugar situado a medio camino entre lo humorístico y lo triste. Tan sólo recuerdo cuatro versos de aquellos poemas, pues eran especialmente conmovedores, y los repetí para mis adentros: «Una mujer sentada junto a la ventana. Piensa / y mientras piensa, desespera / desespera por ser quien es / y no otra persona».

Según los médicos, no llegaré a quedarme ciego. Sufro algo que llaman degeneración macular: nubes en los ojos. Soy miope desde los ocho años. La visión borrosa no es nada nuevo para mí, pero con gafas solía ver perfectamente. Aún conservo la visión periférica, pero frente a mí flota un punto gris de contornos imprecisos que cada vez es más denso. Mis imágenes del pasado se mantienen vividas. Es el presente lo que se ve afectado, y aquellas personas que formaban parte de mi pasado y que aún sigo viendo hoy en día se han convertido en seres eclipsados por nubes.

Esta certeza al principio me asustó, pero tanto otros pacientes como mis propios médicos dicen que lo que he experimentado es perfectamente normal. Lazlo Finkelman, por ejemplo, que viene varias veces a la semana para leerme en voz alta, ha perdido un poco de definición, y ni mi visión periférica ni los recuerdos que conservo de él antes de que se debilitaran mis ojos me bastan para reconstruir una imagen clara. Puedo explicar qué aspecto tiene Lazlo, porque recuerdo las palabras que empleaba para describírmelo a mí mismo: rostro estrecho y pálido, una prominente melena de cabellos rubios y permanentemente tiesos y unos ojillos grises enmarcados por la voluminosa montura de sus gafas negras. Pero hoy en día, cuando le miro de frente, su rostro se desdibuja, y las palabras que solía emplear en otro tiempo se quedan en suspenso. La persona que pretenden delinear es una visión ensombrecida de otra imagen anterior que ya no logro evocar por completo porque mis ojos se fatigan de tener que mirar siempre de costado. Me fío más y más de la voz de Lazlo, pero en el tono regular y apaciguado que emplea para leerme he descubierto nuevas facetas de su personalidad críptica: resonancias de sensibilidad que nunca percibí en su semblante.

Aunque mis ojos han sido cruciales para mi trabajo, prefiero una visión pobre a la senilidad. Ya no veo lo suficiente como para andar paseándome por galerías o regresar a los museos en busca de obras que conozco de memoria. Así y todo, conservo un catálogo mental de cuadros recordados, y si lo hojeo suelo acabar encontrando la obra que busco. En clase ya he renunciado a utilizar un puntero para señalar las diapositivas, y procuro referirme a los detalles en lugar de señalarlos. Hoy en día mi remedio para el insomnio consiste en buscar mentalmente la imagen de un cuadro y esforzarme por contemplarlo con tanta claridad como me sea posible. Últimamente he estado evocando a Piero della Francesca. Hace más de cuarenta años que escribí mi tesis sobre su De prospectiva pingendi, y al concentrarme en la rigurosa geometría de esos cuadros que tan celosamente analicé entonces, logro ahuyentar otras imágenes que se alzan para atormentarme y mantenerme despierto. Me abstraigo así de los ruidos procedentes de la calle y del intruso que imaginaba acechándome desde la escalera de incendios que hay al otro lado de la ventana de mi

habitación. La técnica, hasta ahora, ha funcionado: anoche, los retablos de Urbino comenzaron a entremezclarse en mis sueños de duermevela y, poco después, me quedé dormido.

Hace ya algún tiempo que me veo en la necesidad de vencer el miedo cuando estoy solo y me tumbo para intentar dormir. Mi mente es inmensa, pero siento mi cuerpo más pequeño de lo que era antes, como si estuviera encogiendo. Probablemente, esta fantasía de reducción está relacionada con el envejecimiento y con el aumento de vulnerabilidad que éste conlleva. El ciclo de la vida ha comenzado a cerrarse, y ahora pienso más a menudo en mi primera infancia, o al menos en lo que recuerdo de ella cuando vivíamos en el número 11 de la Mommsenstrasse de Berlín. No es que recuerde todos los detalles del piso que habitábamos, pero aún puedo ascender mentalmente los dos tramos de escaleras y pasar junto a la ventana de cristal grabado hasta llegar a nuestra puerta. Una vez dentro sé que el despacho de mi padre se encuentra a la izquierda y que los salones están frente a mí. Aunque tan sólo he retenido algunos de los rasgos del mobiliario y de los objetos de la vivienda, sí conservo un recuerdo general de sus espacios: sus amplias estancias, sus elevados techos y sus cambios de luz. Mi dormitorio estaba situado al fondo de un pequeño pasillo que partía de la habitación más grande de la casa. Allí era donde mi padre tocaba el violoncelo el tercer jueves de cada mes en compañía de otros tres médicos melómanos, y recuerdo que mi madre solía abrir mi puerta para que pudiera oírles tocar desde la cama. Aún puedo atravesar la puerta de mi dormitorio y encaramarme al marco de la ventana. Tengo que trepar, porque en mis recuerdos tengo la misma estatura que poseía entonces. Al otro lado de la ventana distingo el patio por la noche, y alcanzo a adivinar las líneas de los adoquines que conforman el empedrado y la negrura de los matorrales. Durante estos paseos el piso está siempre vacío, y yo, que me desplazo a través de él como un fantasma, he empezado a preguntarme qué sucederá realmente en nuestras mentes cuando volvemos a esos lugares que rememoramos a medias. ¿Cómo es la perspectiva de la memoria? ¿Revisa el adulto lo que antaño viera el niño o es ésta una impronta más o menos estática, un mero vestigio de lo que en otro tiempo se conociera íntimamente?

El narrador de Cicerón caminaba a través de las estancias espaciosas y bien iluminadas que recordaba, y esparcía sus palabras sobre mesas y sillas de las que luego pudieran recuperarse con facilidad. Yo, sin duda, he asignado un vocabulario a la arquitectura de mis primeros cinco años, un vocabulario modificado tras su paso por la mente de un hombre que conoce los horrores que habrían de tener lugar después de que el niño abandonara aquel piso. Durante el último año que pasamos en Berlín mi madre solía dejar una luz encendida en el pasillo para que me tranquilizara antes de caer dormido. Por entonces me asaltaban pesadillas, y solía despertarme atenazado por un temor asfixiante y por el sonido de mis propios gritos. Nervös, decía mi padre. Das Kind ist nervös: el niño está nervioso. Mis padres no me hablaban de los nazis, sino tan sólo de nuestros preparativos de partida, y resulta difícil determinar en qué medida se relacionaban mis temores infantiles con el miedo que todos los judíos de Alemania tuvieron que experimentar en aquella época. Según contaba mi madre, a ella le pilló todo por sorpresa. Un partido cuyas ideas les habían parecido absurdas y despreciables tomó súbita e inexplicablemente las riendas del poder. Tanto ella como mi padre eran patriotas, y mientras permanecieron en Berlín siempre contemplaron el nacionalsocialismo como algo inequívocamente antialemán.

El 13 de agosto de 1935 mis padres y yo partimos en dirección a París, y de allí nos trasladamos a Londres. Mi madre preparó para el viaje algunos emparedados de pan moreno con salchichas. Recuerdo la imagen del emparedado en mi regazo porque junto a él, sobre un arrugado trozo de papel encerado había un Mohrenkopf, una bola de hojaldre rellena de crema y recubierta de chocolate. No recuerdo habérmelo comido, pero sí, con gran claridad, el deleite que experimenté al pensar que pronto sería mío. El Mohrenkopf es sumamente vívido. Aún puedo verlo a la luz de la ventanilla del tren. Distingo mis rodillas desnudas y el borde azulado de mis pantalones cortos de marinero. Eso es cuanto queda de nuestro éxodo. En torno al Mohrenkopf tan sólo se extiende la nada, un vacío que puede llenarse con los relatos, los testimonios históricos, los números y los

hechos de otras personas. Hasta los seis años no conservo nada parecido a una memoria continuada, y para entonces ya estaba viviendo en Hampstead. Tan sólo unas semanas después de haber viajado en aquel tren se promulgaron las leyes de Núremberg. Los judíos ya no eran ciudadanos del Reich, y sus posibilidades de abandonar el país disminuyeron. Mi abuela, mi tío, mi tía y sus dos hijas gemelas, Anna y Ruth, nunca llegaron a marcharse. Estábamos viviendo en Nueva York cuando mi padre averiguó que sus familiares habían sido embarcados en un tren con destino a Auschwitz en junio de 1944. Todos ellos fueron exterminados. Yo conservo sus fotografías en mi cajón: mi abuela aparece tocada con un elegante sombrero adornado por una pluma, y junto a ella puede verse a mi abuelo, asesinado en Flandes en 1917. También tengo la fotografía oficial de la boda de mi tío David y mi tía Marta, así como una foto de las gemelas, que llevan abrigos cortos de lana y un lazo en el cabello. Debajo de cada una de ellas, en el borde blanco de la fotografía, Marta escribió sus respectivos nombres para evitar confusiones. Anna está a la izquierda; Ruth, a la derecha. Las figuras en blanco y negro de aquellas fotografías se han visto obligadas a usurpar el lugar de mis recuerdos, y sin embargo siempre he sentido como si sus tumbas anónimas hubieran llegado a convertirse en parte de mí. Lo que entonces quedó sin escribir se ha visto posteriormente inscrito en lo que hoy conozco como mi yo, y cuanto más vivo más convencido estoy de que cuando digo «yo», en realidad estoy diciendo «nosotros».

En el último retrato completado por Bill se veía a Violet Blom desnuda y famélica. Todo su cuerpo aparecía oscurecido por la enorme sombra de un espectador anónimo que se cernía sobre ella, y al aproximarme al lienzo podía notar algunas partes de su cuerpo cubiertas de un finísimo vello. Bill lo denominaba «lanugo», y decía que a menudo los cuerpos hambrientos desarrollan nuevos cabellos a modo de protección. Aseguraba haber dedicado horas al estudio de fotografías médicas y documentales para poder reproducirlo con exactitud. Su cuerpo esquelético inspiraba compasión, y sus enormes ojos relucían como si fuera presa de la fiebre. Bill había pintado su cuerpo demacrado en color, retratándola en primer lugar con escrupuloso realismo para luego esparcir por todo su cuerpo

gruesas pinceladas expresionistas de azul, verde y rojo en los muslos y en el cuello. El fondo en blanco y negro parecía extraído de una vieja fotografía, como las que yo mismo guardo en mi cajón, y en el suelo, detrás de ella, se veían varios pares de zapatos de hombre, de mujer y de niño pintados con diversos tonos de gris. Cuando le pregunté a Bill si aquel retrato hacía referencia a los campos de exterminio, él me dijo que sí, y nos pasamos una hora hablando de Adorno. El filósofo había afirmado que después de los campos ya no podía existir el arte.

Conocí a Bernie Weeks por medio de un compañero de Columbia llamado Jack Newman. La galería Weeks, situada en West Broadway, siempre había marchado bien gracias a las múltiples conexiones de Bernie y a su habilidad para olfatear nuevos talentos. Era una de esas personas de Nueva York de las que se dice que «conocen a todo el mundo». La frase «conocer a todo el mundo» denota a aquellos que, lejos de tener numerosas relaciones con muchas personas diferentes, las mantienen con unas pocas personas generalmente consideradas como significativas y poderosas. Cuando presenté a Bill y a Bernie, este último debía de tener unos cuarenta y cinco años, pero su edad quedaba disimulada por lo juvenil de su aspecto. Solía vestir unos trajes inmaculados de última moda que combinaba con zapatillas de lona de brillantes colores. Aquel calzado deportivo le confería un leve aire de excentricidad que siempre es bienvenido en el mundo del arte, y al mismo tiempo contribuía a lo que yo gustaba de describir como su vitalidad. Bernie no paraba. Tan pronto corría escaleras arriba como saltaba al interior de un ascensor; solía columpiarse sobre sus talones mientras examinaba una pieza, y sacudía las rodillas durante la mayor parte de sus conversaciones. Al atraer la atención sobre sus pies, subrayaba ante el mundo su infatigable diligencia y su constante búsqueda de la novedad. Su energía se veía acompañada de una elocuencia sudorosa, y su discurso, aun fragmentado en ocasiones, nunca era insensato. Recomendé a Bernie que viera los trabajos de Bill y animé también a Jack a que le llamara. Éste, que ya había visitado anteriormente el estudio, se había convertido en un adicto a lo que él llamaba «las violetas fluctuantes».

El día en que Bernie acudió a ver la obra yo no estaba en Bowery, pero todo concluyó tal y como esperaba, y los cuadros se vieron expuestos en el otoño siguiente.

—Son raras —me dijo Bernie—. Pero raras en el buen sentido de la palabra. En mi opinión, ese enfoque grueso-delgado va a pegar de lleno. ¡Pero por Dios, si no hay nadie que no esté haciendo algún tipo de dieta! Y además, luego está lo del autorretrato: es perfecto. En este momento resulta un poco arriesgado presentar nuevas obras figurativas, pero él tiene algo. Y me gustan las citas: Vermeer, De Kooning y Guston después de su revolución.

Para cuando se inauguró la muestra, Violet Blom había volado a París. Sólo tuve ocasión de verla una vez antes de que se marchara, y fue precisamente en las escaleras del número 89 de Bowery. Yo entraba. Ella salía. La reconocí, me presenté y ella se detuvo en los escalones. Violet era más hermosa en la realidad que en los cuadros que Bill pintaba de ella. Su rostro circular aparecía dominado por unos grandes ojos verdes de oscuras pestañas. Sus cabellos ondulados de color castaño caían sobre sus hombros, y aunque su cuerpo permanecía oculto bajo un largo abrigo, llegué a la conclusión de que ni era delgada ni cabía tampoco calificarla de regordeta. Me estrechó la mano calurosamente, me contó que había oído hablar mucho de mí y añadió:

—Me encanta la gorda con el taxi.

Luego dijo que lamentaba tener que salir corriendo y se precipitó escaleras abajo. Yo me disponía a seguir subiendo cuando oí que me llamaba, y al volverme advertí que ya había llegado a la puerta de la calle.

—¿No te importa si te llamo Leo, verdad?

Yo negué con la cabeza. Ella corrió de nuevo escaleras arriba y se detuvo un par de escalones por debajo de mí.

—Bill te aprecia de verdad —dijo, y vaciló un instante—. Yo tengo que irme, ¿sabes? Pero me gustaría poder pensar que te tiene a ti.

Asentí. Ella avanzó un par de pasos más, alargó una mano hasta mi hombro y lo oprimió como si con ello quisiera confirmar hasta qué punto había dicho aquello en serio. Luego, completamente inmóvil, me miró a los ojos durante varios instantes.

—Tienes una cara agradable —dijo—. Especialmente la nariz. Tienes una nariz preciosa.

Antes de que tuviera tiempo de responder a aquel cumplido ella ya había dado media vuelta y corría escaleras abajo. Sólo pude ver cómo la puerta se cerraba a su paso.

Aquella noche, y muchas noches después, me examiné la nariz en el espejo al cepillarme los dientes. Volvía la cabeza a un lado y luego al otro en un intento por atisbar la silueta de mi perfil. Nunca había dedicado demasiado tiempo a mi nariz, que menospreciaba más que admiraba, y tampoco puedo decir que la considerara particularmente atractiva. Sin embargo, aquel rasgo central de mi semblante había cambiado para siempre, transformado por las palabras de una hermosa joven cuya imagen veía todos los días colgada en mi pared.

Bill me pidió que escribiera una reseña para la exposición. Yo nunca había escrito sobre un artista vivo, y Bill nunca había visto nada publicado acerca de él. El opúsculo, que titulé «El yo multiplicado», ha sido desde entonces reeditado y traducido a varias lenguas, pero en aquel momento consideré las doce páginas que lo integraban como un simple acto de admiración y amistad. No se publicó catálogo. El artículo, grapado, se entregó a los asistentes el día de la inauguración. Lo redacté a lo largo de un período de tres meses, alternándolo con correcciones de exámenes, reuniones del comité y conferencias de estudiantes, anotando las ideas a medida que acudían a mí, después de las clases o en el metro. Bernie sabía que Bill necesitaría apoyo por parte de la crítica si es que pretendía que su obra se «saliera con la suya» en un momento en el que en la mayoría de las galerías reinaba el minimalismo. La tesis que yo proponía era que el arte de Bill tenía que ver con la historia de la pintura occidental, pero que no sólo volvía todas sus presunciones del revés sino que lo hacía de una manera que era esencialmente distinta de la del resto de los modernistas. Al incluir una sombra en cada uno de sus lienzos, Bill llamaba la atención sobre el espacio que se abre entre el espectador y la obra, que es donde tiene lugar la verdadera acción de toda pintura, pues una pintura se convierte en sí misma en el momento de ser contemplada. Sin embargo, el espacio que ocupa el espectador pertenece igualmente al pintor. El

espectador se sitúa en la posición del pintor y contempla un autorretrato, pero lo que él o ella ve no es una imagen del hombre que ha firmado el cuadro en la esquina inferior derecha, sino de otra persona: una mujer. En pintura, el hecho de observar a una mujer constituye un recurso erótico bien arraigado que esencialmente convierte a todo espectador en un hombre que sueña con su conquista sexual. Existen multitud de artistas —Giorgione, Rubens, Vermeer, Manet— que pintaron imágenes femeninas susceptibles de subvertir la fantasía, pero que yo sepa no hay un solo pintor varón que haya anunciado jamás al espectador que esa mujer era él. Fue Érica la que, una tarde, se encargó de analizar la teoría.

—Lo cierto —dijo— es que todos albergamos un hombre y una mujer en nuestro interior. Al fin y al cabo, estamos hechos a partir de un padre y de una madre. Yo, siempre que contemplo en un cuadro la imagen de una mujer hermosa y sexy, me convierto simultáneamente en esa mujer y en la persona que la observa. El erotismo proviene del hecho de que puedo imaginarla a ella mirándome a mí. Si no consigues ser a la vez ambas personas allí no pasa nada.

Cuando realizó aquella observación, Érica estaba sentada en la cama, inmersa en la lectura de la obra indescifrable de Jacques Lacan. Vestía un camisón de algodón escotado y sin mangas, y sus cabellos, recogidos a la altura de la nuca, dejaban ver los delicados lóbulos de sus orejas.

—Gracias, profesora Stein —le dije, y deposité una mano sobre su vientre—. ¿Realmente hay alguien ahí dentro?

Érica dejó el libro a un lado y me besó en la frente. Su embarazo se remontaba ya a casi tres meses, y aún seguía siendo nuestro secreto. La fatiga y las náuseas de los dos primeros ya habían pasado, pero Érica había cambiado. Había días en los que resplandecía de felicidad, y otros en los que parecía constantemente al borde de las lágrimas. Érica nunca había sido una persona especialmente estable, pero sus cambios de humor se habían vuelto aún más volátiles que antes. Una mañana, durante el desayuno, prorrumpió en ruidosos sollozos después de leer un artículo que trataba sobre los hospicios de Nueva York y mencionaba el caso de un niño de cuatro años llamado Joey que se había visto expulsado de uno tras otro. Una noche se despertó llorando después de soñar que había olvidado a su

recién nacido en un barco y que éste zarpaba dejándola en el muelle. Otro día, por la tarde, me la encontré sentada en el sofá con las mejillas empapadas de lágrimas. Cuando le pregunté qué ocurría, ella sorbió y dijo:

—La vida es triste, Leo. Llevo un rato aquí sentada pensando en lo triste que es todo.

Aquellos cambios de mi mujer, tanto físicos como emocionales, también influyeron en mi artículo sobre Bill. El cuerpo de Violet, que en los lienzos se expandía y menguaba, hacía algo más que sugerir la fertilidad y sus transformaciones. Una de las fantasías entre el espectador/pintor y el objeto femenino tenía que ser la fecundación. Después de todo, la concepción es pluralidad, dos en uno, el macho y la hembra. Bill leyó el artículo, y su rostro dibujó una amplia sonrisa. Antes de decir nada, sacudió la cabeza y se acarició las mal afeitadas mejillas, y yo, a pesar de la confianza que ya tenía con él, experimenté una oleada de ansiedad.

—Es bueno —dijo—. Es muy bueno. Ni que decir tiene que la mitad de las cosas que dice no se me habían ocurrido jamás.

Durante casi un minuto guardó silencio. Vacilaba, parecía a punto de decir algo y volvía a detenerse. Finalmente, dijo:

—Aún no se lo hemos dicho a nadie, pero Lucille está embarazada de dos meses. Llevábamos más de un año intentándolo. Durante todo el tiempo que estuve trabajando con Violet teníamos las esperanzas puestas en tener un hijo.

Y añadió, una vez que le hube contado lo de Érica:

—Siempre he querido tener niños, Leo, montones de niños. Hace años que sueño despierto con viajar por todo el mundo y poblar la tierra. Me gusta imaginarme como el padre de cientos, de miles de niños.

Cuando lo dijo me eché a reír, pero nunca olvidé aquella derrochadora fantasía de potencia y multiplicación. El sueño de Bill consistía en alfombrar el mundo consigo mismo.

Desapareció en mitad de su propia inauguración. Más tarde me dijo que se había marchado a Fanelli’s para tomarse un *whisky*. Ya desde el

principio había mostrado una imagen bastante patética, de pie bajo el cartel de PROHIBIDO FUMAR, inhalando profundamente el humo de su cigarrillo y dejando caer las cenizas en el bolsillo de una chaqueta que le venía pequeña. Bernie siempre era capaz de convocar a un buen número de personas. Los invitados formaban pequeños grupos en aquel amplio espacio blanco y parloteaban ruidosamente sin soltar sus vasos de vino.

Sobre la mesa de entrada se apilaban las copias de mi artículo. Ya anteriormente había contribuido con mis propias ponencias a conferencias y seminarios, y también había publicado artículos en diarios y revistas, pero nunca había visto mi trabajo repartido en forma de folleto. La novedad me divertía, y me entretuve en examinar a los que solicitaban un ejemplar. Una atractiva pelirroja recogió uno y leyó las primeras frases, y yo me sentí especialmente complacido al advertir que movía los labios al hacerlo, porque con ello parecía añadir un interés especial a mis palabras. En la pared, sujeto con cinta adhesiva, había otro ejemplar del artículo, y algunos de los que pasaban le echaban un vistazo. Un joven vestido con pantalones de cuero pareció leérselo entero. Apareció entonces Jack Newman, que se dedicó a holgazanear por la galería con una ceja distraídamente alzada en señal de ironía, y cuando Érica le presentó a Lucille la mantuvo arrinconada durante media hora larga. Cada vez que se me ocurría alzar la mirada le veía allí, inclinado sobre ella, siempre un par de centímetros más próximo de lo que debiera. Jack se había casado y divorciado en dos ocasiones, pero sus fracasos matrimoniales no le habían impedido buscar otros encuentros menos permanentes, y su falta de atractivo físico se veía más que compensada por su ingenio. Jack se sentía cómodo con su rostro anguloso, su voluminoso vientre y sus piernas rechonchas, y lograba además que las mujeres se sintieran igualmente confortables con todo ello. Personalmente, le había visto abordar a las mujeres más improbables una y otra vez, y siempre con éxito. Solía seducirlas con cumplidos bien escogidos, y al observar el movimiento de sus labios mientras charlaba con Lucille me pregunté qué barrocas ocurrencias estaría empleando aquella noche para conquistarla. Más tarde, Jack se acercó a mí para despedirse y, frotándose la mandíbula, me miró fijamente a los ojos y dijo:

—¿Qué te parece la mujer de Wechsler? ¿Tú dirías que es frígida o más bien de las que se derriten en la cama?

—No tengo la menor idea —dije—, pero confío en que no albergues ninguna intención en ese sentido. Lucille no es una de tus jóvenes ninfas académicas y además está embarazada, por lo que más quieras.

Jack alzó las manos con las palmas vueltas hacia mí y adoptó una burlona expresión de horror:

—Dios me libre —dijo—. No lo había pensado ni por un momento.

Antes de escabullirse en dirección a Fanelli's, Bill me presentó a sus padres. Regina Wechsler, que después de su segundo matrimonio había adoptado el nombre de Regina Cohen, era una mujer atractiva dotada de un busto generoso, una espesa cabellera de color negro, una considerable colección de joyas de oro y una voz dulce y cantarina. Al hablar ladeaba la cabeza y alzaba hacia mí sus ojos de largas pestañas. Agitó sinuosamente los hombros para declarar que aquella velada le parecía «espléndida» y, antes de partir en busca del cuarto de baño, anunció que tenía que «empolvarse la nariz». Con todo, Regina no era una mujer totalmente artificiosa. Le bastaron unos pocos segundos para evaluar a los sobriamente ataviados asistentes y, señalando el color rojo de su propio atuendo, exclamó:

—Me siento como si fuera un camión de bomberos.

A continuación, dejó escapar una súbita y profunda carcajada y dejó que su sentido del humor se sobrepusiera a su pose. Su esposo, Al, era un hombre rubicundo de mandíbula cuadrada y voz grave que parecía verdaderamente interesado en Bill y en su obra.

—¿Le sorprenden a uno, verdad? —dijo, refiriéndose a los cuadros, y no pude por menos de coincidir con él.

Antes de marcharse, vi que Regina le entregaba una carta a Bill. Yo estaba en ese momento junto a ella, y supongo que pensó que me debía una explicación.

—Es de su hermano, Dan, que no ha podido venir esta noche —dijo, y un instante después se volvió hacia Bill y añadió—: Tu padre acaba de entrar por la puerta. Voy a saludarle antes de marcharnos.

Vi cómo se acercaba a un hombre alto que acababa de salir del ascensor. El parecido físico entre padre e hijo era extraordinario. Sy Wechsler tenía un rostro más estrecho que el de Bill, pero su piel, sus ojos oscuros, sus robustas extremidades y sus anchos hombros se asemejaban a los de su hijo hasta el punto de que cualquiera habría podido confundirles viéndoles de espaldas, algo que luego tuve ocasión de recordar cuando Bill inició una serie de retratos de su padre. Mientras Regina le hablaba, Sy asentía y respondía, pero mantenía la mirada ausente. Supuse que el encuentro le resultaba violento, y que lo soportaba a base de adoptar una actitud a la vez cortés y distante hacia su exesposa, pero su expresión no cambió en ningún momento. Al acercarse a Bill extendió la mano hacia su hijo y éste se la estrechó. Bill agradeció a su padre que hubiera acudido y nos presentó. Al darnos la mano le miré a los ojos y él me devolvió la mirada, pero la suya era neutra.

—Enhorabuena, y mucha suerte —me dijo, asintiendo con la cabeza, tras lo cual se volvió hacia su nuera embarazada y le dijo exactamente lo mismo.

No hizo el menor comentario acerca de su futuro nieto, que para entonces ya asomaba como una pequeña protuberancia bajo el vestido de Lucille. Rápidamente, escrutó los cuadros como si fueran obra de algún desconocido y abandonó la galería. En cuanto a Bill, ignoro si fue la premura de la llegada y la partida de su padre lo que le desazonó hasta el punto de obligarle a marcharse o si ello obedeció simplemente a la tensión de sentirse escrutado por un mundo del arte por el que temía verse rechazado.

Al final los críticos terminaron rechazándole y aceptándole a la vez, y aquella primera exposición sentó las pautas que habían de gobernar el resto de su carrera. Bill contó siempre con apasionados defensores y con violentos detractores, pero por doloroso o agradable que pudiera haberle resultado el hecho de verse detestado por algunos y reverenciado por otros, lo cierto es que acabó adquiriendo mucha más importancia para críticos y periodistas de la que éstos tuvieron nunca para él. Cuando expuso por primera vez, Bill ya era demasiado viejo y demasiado rebelde para dejarse influir por la crítica. Era el personaje más reservado que jamás he

conocido, y tan sólo unas pocas personas llegaron a obtener el privilegio de penetrar en el gabinete secreto de su imaginación. Resulta a la vez irónico y triste que acaso el ser más importante de cuantos habitaron ese cuarto fuera —y siempre siguió siendo— el padre de Bill. En vida, Sy Wechsler fue la encarnación del anhelo jamás alcanzado por su hijo. Era una de esas personas que nunca llegan a estar del todo presentes en los acontecimientos de su propia vida: había una parte de él que siempre faltaba, y era esa cualidad ausente en su padre lo que Bill nunca dejó de perseguir, incluso después de su muerte.

Bill acudió a la cena íntima que habían organizado en el *loft* de Bernie, pero estuvo callado la mayor parte del tiempo, y todos nos fuimos a casa pronto. Al día siguiente, un sábado, fui a verle a Bowery. Lucille se había ido a visitar a sus padres, que vivían en New Haven, y Bill aprovechó para relatarme la historia de su padre. Sy era hijo de inmigrantes que, de niños, habían abandonado Rusia para recalar en el Lower East Side. Me contó que su abuelo había abandonado a su mujer y a sus tres hijos cuando Sy, el mayor, tenía diez años. Si era cierto lo que se contaba en la familia, Moishe había huido con otra mujer a Canadá, y allí se había hecho rico y había tenido otros tres hijos. Posteriormente, en el funeral de su abuela, Bill había conocido a una mujer llamada Esther Feuerstein, y fue a través de Esther como se enteró de lo que nadie de la familia le había mencionado jamás, y es que al día siguiente de marcharse su marido, Rachael Wechsler se había encerrado en la diminuta cocina de su vivienda de Rivington Street, había abierto el gas y había introducido la cabeza dentro del horno. Fue Sy quien aporreó la puerta y Sy quien ayudó a Esther a arrastrar lejos del gas a Rachael, que no dejaba de chillar. Pese a aquel temprano devaneo con la muerte, la abuela de Bill vivió hasta los ochenta y nueve años, pero la descripción que de ella hacía su nieto estaba por completo desprovista de sentimentalismo.

—Estaba chiflada —me dijo—. Solía gritarme en yiddish, y si no entendía lo que decía me arreaba con el bolso. Mi padre siempre prefirió a Dan.

Esto último no lo dijo con la más mínima amargura. Yo ya sabía que Dan había sido un niño inestable y nervioso, y también que a los

veintipocos años había sufrido una crisis de esquizofrenia. Desde entonces, el hermano pequeño de Bill se había pasado la vida entrando y saliendo de hospitales, centros de rehabilitación y sanatorios psiquiátricos. Bill afirmaba que su padre se conmovía ante la debilidad ajena hasta el punto de que experimentaba una atracción natural hacia las personas necesitadas de ayuda. Uno de los primos de Bill padecía síndrome de Down, y Sy Wechsler jamás había olvidado el cumpleaños de Larry, por más que alguna vez olvidara el de su hijo mayor.

—Quiero que leas la nota que me ha enviado Dan —dijo Bill—. Te dará una idea bastante precisa de cómo funciona su mente. Está loco, pero no es ningún estúpido. A veces pienso que alberga en su interior la vitalidad de cinco personas por lo menos.

Me alargó un trozo de papel arrugado y sucio que aparecía escrito a mano.

CHARGE BRO THE RS W.!
REACH THE ACHE!
HEAR THE BEAT.
TO THE ROSE, THE COAT, THE CAR, THE RATS, THE BOAT.
TO BEER. TO WAR.
TO HERE. TO THERE.
TO HER.
WE WERE, ARE HER.
LOVE, DAN(1) EL. (NO) DENIAL.[1]

—Es una especie de anagrama —dije, tras leer la nota.

—Yo tardé un rato en darme cuenta, pero si te fijas con atención, todas las palabras del poema están construidas con las letras del primer verso… excepto las últimas, que corresponden a la firma.

—¿A quién se refiere con «ella»? ¿Sabía él algo de tus cuadros?

—Tal vez se lo dijo mi madre. Dan escribe también obras de teatro. Algunas de ellas en rima. Su enfermedad no es culpa de nadie. Creo que mi madre siempre supo que algo no iba bien, incluso cuando aún era un bebé, pero tampoco ayudó precisamente el hecho de que mis padres estuvieran, en fin, separados. Cuando nació, mi madre estaba bastante disgustada. Creo que nunca tuvo una idea muy clara de con quién se estaba casando, y para cuando se enteró ya era demasiado tarde.

Supongo que todos somos producto del gozo y el sufrimiento de nuestros padres. Sus emociones permanecen grabadas en nosotros del mismo modo que la huella de sus genes. Aquella tarde, frente a Bill, que se había sentado en el suelo, me acomodé en una silla que había junto a la bañera y le hablé de la muerte de mi padre, algo que sólo le había contado a Érica. Cuando mi padre murió yo tenía diecisiete años. Sufrió tres derrames. El primero le paralizó el costado izquierdo, distorsionándole el semblante y dificultándole el habla. Le derrapaba la voz. Se quejaba de una nube cerebral que le arrebataba palabras de la conciencia, y se pasaba horas mecanografiando frases con la mano sana, aunque a menudo se detenía durante minutos enteros para rescatar una oración perdida. Yo detestaba la imagen de aquel padre disminuido, y aún sueño que me despierto con un brazo o una pierna paralizados o, sencillamente, desprendidos del resto del cuerpo. Mi padre era un hombre gallardo y solemne cuya relación conmigo estribaba fundamentalmente en responder a mis preguntas, a veces de un modo más exhaustivo de lo que yo mismo hubiera deseado. Una consulta formulada en pocos segundos podía fácilmente desencadenar una perorata de media hora pero, así y todo, nunca me hablaba con menosprecio. Mostraba una gran confianza en mi capacidad de comprensión, aunque lo cierto es que sus disertaciones acerca del sistema nervioso o el corazón o el liberalismo o Maquiavelo a menudo terminaban por aburrirme. Sin embargo, nunca quería que dejara de hablar. Me gustaba ser el centro de su mirada y que se sentara junto a mí, y solía aguardar con expectación las muestras de cariño con las que siempre concluía sus charlas: un golpecito afectuoso en el brazo o en la rodilla, o bien ese trémulo y afectuoso deje de la voz cuando remataba el discurso pronunciando mi nombre.

En Nueva York mi padre leía el Aufbau, un semanario destinado a los judíos alemanes que vivían en América. Durante la guerra se publicaban en sus páginas listas de desaparecidos, y mi padre se las leía siempre nombre por nombre antes de pasar a cualquier otra sección. A mí me horrorizaba que llegara el Aufbau, me horrorizaba ver a mi padre tan absorto, con los hombros encogidos y esa expresión impenetrable en su rostro mientras recorría las listas. La búsqueda de sus familiares siempre

se desarrollaba en silencio. Nunca decía: estoy comprobando si aparecen aquí sus nombres. No decía nada. A mi madre y a mí su silencio nos ahogaba, pero nunca lo interrumpimos con nuestras palabras.

El tercer derrame le mató. Mi madre se lo encontró muerto a su lado por la mañana. Yo nunca la había visto u oído llorar, pero aquella mañana profirió un espantoso gemido que me hizo acudir corriendo al dormitorio que ambos compartían. Con una voz extraña y endurecida me dijo que Otto había muerto, me expulsó de la estancia y se encerró. Yo me quedé frente a la puerta, escuchando sus apagados sonidos guturales, sus sollozos ahogados y su áspero jadeo. Nunca he llegado a saber con exactitud cuánto tiempo permanecí allí, pero al cabo de un rato abrió la puerta. Mostraba un semblante sereno y un porte desacostumbradamente erguido. Me invitó a entrar y ambos nos sentamos junto al cuerpo de mi padre durante varios minutos hasta que, por fin, mi madre se puso en pie y se dirigió a la habitación contigua para telefonear. El aspecto de mi padre no era especialmente sobrecogedor, pero el cambio de la vida a la muerte me asustó. Las persianas de las ventanas seguían cerradas, pero a lo largo de su parte inferior asomaban dos brillantes líneas de luz que no dejé de examinar durante todo el tiempo que estuve sentado en aquella habitación a solas con él.

Cuando Érica y Lucille estaban embarazadas de unos cinco meses tomé una foto de las dos en nuestro *loft*. En ella, Érica sonríe a la cámara, y uno de sus brazos estrecha firmemente los hombros de Lucille, a la que se ve menuda y apocada, pero también satisfecha, con la mano izquierda apoyada en el vientre con ademán protector y la barbilla hundida mientras alza la mirada hacia el objetivo. Una de las comisuras de su boca aparece curvada en una sonrisa complaciente. A Lucille le sentaba bien la preñez. La suavizaba, y aquella imagen suya siempre me recuerda una dulzura de su personalidad que la mayor parte de las veces permanecía oculta.

Llegado su cuarto mes, Érica comenzó a canturrear, y siguió haciéndolo hasta que nació nuestro hijo. Canturreaba en el desayuno; canturreaba al salir por la puerta todas las mañanas; canturreaba sentada a

su mesa, mientras trabajaba en su ponencia titulada «Tres diálogos» y relativa a Martin Buber, M. M. Bakhtin y Jacques Lacan, que luego presentó en una conferencia de la Universidad de Nueva York dos meses y medio antes de dar a luz. A mí aquel canturreo me enloquecía, pero me esforzaba por ser tolerante. Si le pedía que lo interrumpiera, ella invariablemente alzaba los ojos hacia mí y decía con expresión sorprendida:

—¿Estaba cantando?

Érica y Lucille se hicieron amigas durante el embarazo. Comparaban las patadas que percibían y el tamaño de sus vientres. Iban juntas a comprar ropitas minúsculas y se reían con aire de complicidad de sus vejigas oprimidas, de sus protuberantes ombligos y de sus sujetadores de talla grande. Érica era la que más sonoramente lo hacía, y aunque Lucille nunca llegó a perder su actitud de reserva, parecía más relajada en compañía de Érica que junto a otras personas. Así y todo, una vez nacieron los niños se produjo en Lucille un cambio de cara a Érica: cierto asomo de frialdad apenas perceptible. Yo no lo advertí ni lo percibí hasta que la propia Érica lo mencionó, y aun entonces dudé durante largo tiempo de que fuera real. En sociedad, Lucille no era una persona airosa. Sus modales poseían un matiz áspero y descortés, a lo que había que añadir que probablemente se encontraba exhausta a causa de los rigores inherentes al cuidado de un niño. Mis argumentos, por lo general, convencían a Érica, al menos hasta que volvía a sentir esa diminuta punzada de un posible rechazo, una punzada siempre ambigua y siempre sujeta a diversas interpretaciones.

Cuando Lucille y yo nos veíamos, hablábamos de poesía. Ella seguía proporcionándome ejemplares de las modestas revistas que publicaban sus obras, y yo me recreaba con parsimonia en sus poemas y luego le hacía comentarios al respecto. Con frecuencia se trataba más bien de preguntas sobre la forma o las opciones que había preferido o desechado, y ella me ilustraba gustosamente acerca de su utilización de las comas y de los puntos, así como de su preferencia por un estilo sencillo. Poseía una extraordinaria habilidad para concentrarse en tales detalles, y yo disfrutaba intensamente de nuestras conversaciones. A Érica no le

gustaban los poemas de Lucille. En cierta ocasión me confesó que, para ella, leerlos era «como masticar polvo». Es posible que Lucille intuyera el rechazo de Érica hacia su obra y que rehuyera esa desaprobación de un modo instintivo, o tal vez le disgustaba la avidez con que Érica perseguía las opiniones literarias de Bill y el hecho de que le llamara de vez en cuando para solicitar una referencia o simplemente para formularle alguna pregunta. No estoy seguro, pero a medida que transcurría el tiempo comprendí que ambas mujeres ya no se sentían próximas, y que cuanto más se alejaba Lucille de Érica, más interesada parecía en mí.

Aproximadamente dos semanas después de tomar aquella fotografía de Érica y Lucille, Sy Wechsler cayó fulminado de un ataque al corazón. Ocurrió a primera hora de la tarde, al regresar del trabajo, mientras abría la correspondencia del día. Wechsler vivía solo, y fue su hermano Morris quien le encontró a la mañana siguiente, tendido cerca de la mesa de la cocina. Junto a él yacían desparramadas algunas facturas, varios catálogos y un par de cartas comerciales. La muerte de Wechsler pilló a todo el mundo por sorpresa. No fumaba ni bebía, y corría cinco kilómetros todos los días. Bill y su tío Morris se encargaron de todos los trámites funerarios, y el hermano pequeño de Sy tomó un vuelo desde California en compañía de su mujer y de sus dos hijos. Después del funeral, Bill y Morris vaciaron la enorme casa de South Orange, y una vez concluida la tarea Bill comenzó a dibujar. Dibujó cientos de imágenes de su padre, tanto de memoria como con la ayuda de fotografías. Apenas había producido nada desde su primera exposición, y no porque no quisiera pintar, sino porque necesitaba ganar dinero. Dos de los cuadros de Violet habían sido adquiridos por coleccionistas, pero los ingresos resultantes no habían tardado en evaporarse. Cuando Bill supo que Lucille y él iban a tener un hijo aceptó todos los trabajos que le ofrecieron como escayolista, y a menudo aquellas agotadoras jornadas a pie de obra le dejaban demasiado extenuado para nada que no fuera dormir. Sy Wechsler dejó trescientos mil dólares a cada uno de sus hijos, y Bill, con su parte, transformó su vida.

El *loft* que había encima de nosotros, en el 27 de Greene Street, estaba en venta. Bill y Lucille lo compraron, y a principios de agosto de 1977 ya

se habían trasladado a vivir a él. Los alquileres en Bowery no eran muy altos, y Bill conservó su estudio. «El dinero —me dijo Bill— nos proporcionará tiempo para nuestro trabajo». Aquel verano, sin embargo, apenas dispuso de horas libres para pintar. Se pasaba todo el día —todos los días— serrando, martillando, taladrando y respirando polvo. Dividió el espacio desnudo mediante muros prefabricados con los que separar las habitaciones. Alicató el cuarto de baño después de que el fontanero instalara los sanitarios. Construyó armarios empotrados, diseñó la iluminación y colgó los armarios de la cocina, y por las noches regresaba a Bowery y a su mujer durmiente y se dedicaba a dibujar a su padre. Extraía energía de su propia amargura. Bill comprendía que la muerte de su padre le había proporcionado un nuevo comienzo, y que las hercúleas labores físicas de aquel verano habían resultado ser, en realidad, espirituales. Había trabajado en el nombre del padre y en favor del futuro hijo.

Un atardecer de comienzos de agosto, apenas unos días antes del nacimiento de Matthew, Bernie Weeks y yo acudimos a Bowery dando un paseo para echar un vistazo a un proyecto inicial de Bill, encaminado a realizar una nueva serie de cuadros desarrollada a partir de los dibujos de su padre. Bernie estaba entretenido en hojear los dibujos de Sy Wechsler —sentado, de pie, corriendo, dormido— cuando de pronto se detuvo ante uno y dijo:

—¿Sabes? En cierta ocasión tuve una conversación muy agradable con tu padre.

—En la inauguración —dijo Bill secamente.

—No, fue un par de semanas después. Volvió para ver los cuadros. Le reconocí, y estuvimos charlando dos o tres minutos.

—¿Le viste en la galería? —inquirió Bill con voz sorprendida.

—Pensé que lo sabías —dijo Bernie con tono distraído—. Se pasó allí por lo menos una hora, tomándose su tiempo y viéndolo todo muy despacio. A lo mejor se detenía delante de una obra durante un buen rato y luego pasaba a la siguiente.

—Volvió —dijo Bill—. Volvió para mirarlos.

Aquel retorno de su padre a la galería Weeks ya no abandonó a Bill. Se convirtió en la única manifestación concreta que poseía del afecto de su

padre hacia él. Hasta entonces, y como único testimonio de su buena voluntad y responsabilidad paternas, había tenido que conformarse con las largas jornadas de Sy en la fábrica de cajas, con sus apariciones en algún que otro partido de la Little League y con su presencia en las fiestas escolares y en la primera exposición de su hijo. La revelación de Bernie añadió una nueva dimensión a la imagen interna que Bill tenía de su padre, y tuvo además el efecto irracional de cimentar su lealtad a la galería Weeks. Bill confundía el mensaje con el mensajero, pero qué más daba. Mientras Bernie oscilaba sobre sus talones frente a varios dibujos enmarcados de Sy Wechsler y deslizaba los dedos a lo largo de las llaves y los papeles y los recuerdos que Bill proyectaba incluir en los lienzos, me fue posible percibir su emoción. Bernie estaba elaborando sus propios proyectos a largo plazo.

El nacimiento es un suceso violento, sangriento y doloroso, y no hay retórica que pueda convencerme de lo contrario. He oído historias de mujeres que se agachan para parir en medio del campo, cortan el cordón umbilical con los dientes, se echan al recién nacido a la espalda y recogen de nuevo la guadaña, pero yo no estaba casado con ninguna de ellas. Estaba casado con Érica. Íbamos juntos a los cursos Lamaze y escuchábamos atentamente los consejos de Jean Romer sobre respiración. Jean, una mujerona robusta ataviada con bermudas y zapatillas de suela gruesa, se refería al nacimiento como «la gran aventura», y a los miembros de su clase como «mamás» y «entrenadores». Érica y yo veíamos películas en las que mujeres atléticas y sonrientes ejecutaban profundas flexiones de rodillas durante las contracciones y expulsaban a sus bebés sin perder el ritmo de la respiración. Juntos, ejercitábamos la espiración y el jadeo a medida que corregíamos mentalmente la gramática de Jean cada vez que nos exhortaba a «tumbarnos al suelo». A mis cuarenta y siete años, era el segundo padre más viejo de la clase. El decano era un sesentón corpulento llamado Harry que había estado casado anteriormente, tenía hijos ya mayores y esperaba a la sazón el segundo de

su segunda mujer, que parecía una adolescente pero se hallaba probablemente bien adentrada en la veintena.

Matthew nació el 12 de agosto de 1977 en el Hospital de St. Vincent. Durante el parto permanecí junto a Érica, observando su rostro desencajado, su cuerpo convulsionado y sus puños apretados. De vez en cuando alargaba mi mano hacia la suya, pero ella me apartaba de un manotazo y sacudía la cabeza. Érica no gritaba, pero en otro paritorio situado al fondo del pasillo, una mujer chillaba y vociferaba a pleno pulmón, deteniéndose apenas de vez en cuando para proferir palabrotas en español y en inglés. También ella debía de tener un «entrenador» consigo, porque al cabo de unos cuantos segundos de insólito silencio la oímos gritar: «¡Que te den por culo, Johnny! ¡Que os den por culo a ti y a tu puta respiración! ¡Respira tú, no te jode! ¡Yo me estoy muriendo!».

Cerca ya del final, los ojos de Érica adoptaron un fulgor intenso y extático. Apretaba los dientes y gruñía como un animal cada vez que le decían que empujara. Yo, enfundado en mi bata quirúrgica, permanecí junto al médico y observé cómo la oscura cabeza de mi hijo, húmeda y sanguinolenta, emergía de entre las piernas de Érica, seguida de cerca por los hombros y el resto del cuerpo. Divisé su pene, hinchado y minúsculo, vi el chorro de sangre y flujo que despedía la vagina de Érica al contraerse, oí al doctor Figueira que decía, «Es un niño» y me sentí mareado. Una enfermera me condujo hasta una silla, y al cabo de un instante tenía a mi hijo en brazos. Contemplé su rostro arrugado y enrojecido y dije, «Matthew Stein Hertzberg», y él me miró a los ojos y sus facciones se crisparon.

Aquello me había llegado con retraso. Había sido padre de un bebé cuando ya comenzaba a encanecer y a arrugarme, pero acometí mi nueva condición con el entusiasmo de quien lleva largo tiempo esperando. Matt era una criatura peculiar y diminuta, dotada de unas extremidades escuálidas y rojizas, una cicatriz umbilical amoratada y un lanugo negruzco que cubría tan sólo parcialmente su cabeza. Érica y yo pasamos largo tiempo estudiando sus peculiaridades: los ávidos sonidos gorgoteantes que emitía al alimentarse, sus deyecciones de color mostaza, los movimientos espasmódicos de sus brazos y sus piernas y su mirada

absorta, que sugería tanto genialidad como idiotez, dependiendo de cómo quisiera uno contemplarla. Durante cosa de una semana su madre estuvo refiriéndose a él como «nuestro desnudo desconocido», pero a partir de entonces se convirtió en Matthew o Matt o el pequeño Matty. En aquellos primeros meses posteriores al nacimiento, Érica demostró una competencia y una naturalidad que nunca había visto en ella. Siempre había sido una mujer nerviosa y excitable, y cuando estaba realmente agitada su voz solía adoptar un timbre estridente y ansioso, un registro que llegaba a afectarme físicamente, como si alguien estuviera deslizando las púas de un tenedor sobre mi piel. Durante los primeros tiempos de Matty, sin embargo, apenas sufrió altibajos. Se la veía casi serena. En cierto modo era como estar casado de nuevo con una persona ligeramente distinta. Nunca dormía lo suficiente, y la falta de sueño se reflejaba en su semblante mediante oscuras ojeras, pero sus rasgos me parecían más delicados que nunca. A veces, cuando le daba el pecho a Matt, me miraba con una ternura tan intensa que era casi dolorosa. A menudo, cuando yo aún estaba leyendo en la cama, Érica y Matt se quedaban dormidos a mi lado, con la cabeza del niño apoyada sobre el pecho de la madre que lo estrechaba contra sí. Ella, aun dormida, era consciente de su presencia y se despertaba al menor quejido, y yo apartaba ocasionalmente la mirada del libro y me quedaba observándolos a la luz de la lámpara de lectura. Hoy en día creo que entonces tuve suerte de no ser joven, porque ello me permitió saber lo que de otro modo podría habérseme escapado, y es que había alcanzado mi felicidad. Llegué incluso a grabarme deliberadamente la imagen mental de mi mujer y mi hijo mientras los veía dormir, y esa imagen aún está ahí, como una nítida representación nacida de un deseo consciente. Puedo reconocer el perfil de Érica en la almohada, con sus oscuros cabellos extendidos sobre la mejilla, y la cabecita de Matt, del tamaño de un pomelo, vuelta hacia el cuerpo de su madre.

Estudiamos el desarrollo de Matt con una minuciosidad e interés propios de científicos de la Ilustración, registrando cada fase de su crecimiento como si antes que él nadie se hubiera sonreído, reído o revolcado. En cierta ocasión, Érica me llamó a gritos para que acudiera a la cuna, y cuando llegué junto a ella señaló al niño y dijo:

—¡Mira, Leo! Creo que reconoce su pie. Fíjate en cómo se chupa los dedos. ¡Sabe que son suyos!

Hasta qué punto Matt reconocía o no por entonces el perímetro de su cuerpo es lo de menos, pero lo cierto es que fue convirtiéndose gradualmente en una persona dotada de una personalidad identificable. No era una criatura escandalosa, pero supongo que nadie se vuelve ruidoso cuando basta emitir un sonido apenas audible para que uno de tus progenitores acuda a la carrera. A mí se me antojaba un ser extrañamente compasivo para tratarse de un bebé. Tendría unos nueve meses cuando su madre, una tarde en que le paseaba aferrado bajo el brazo y ya a punto de acostarle, abrió el refrigerador en busca del biberón y al sacarlo estrelló accidentalmente contra el suelo sendos recipientes de mermelada y mostaza. Por entonces Érica ya había empezado a trabajar de nuevo, y el agotamiento que sentía pudo más que ella. Se quedó contemplando los vidrios rotos y prorrumpió en sollozos, pero cesó de llorar cuando notó la minúscula mano de Matt que le golpeaba afectuosamente en el brazo para consolarla. A nuestro hijo, además, le gustaba alimentarnos, y para ello nos ofrecía porciones semimasticadas de plátano, puré de zanahorias o espinacas a la crema. A mí solía acercarme el puño pegajoso para introducirme en la boca su poco apetecible contenido, y su madre y yo optamos por interpretar todo aquello como una muestra de su generosidad. Ya desde que pudo sentarse por sí mismo, Matt demostró una considerable capacidad de concentración, y yo, al observar a otros niños de su edad, tuve ocasión de comprobar que no se trataba de exageraciones mías. Poseía un prolongado lapso de atención, pero no hablaba. Gargareaba y balbucía y señalaba, pero las palabras tardaron en aparecer.

Cuando Érica volvió a trabajar tuvimos que contratar a una niñera para Matt. Grace Thelwell, alta y gorda a la vez, era una mujer de cincuenta y tantos años que se había criado en Jamaica. Tenía cuatro hijos ya crecidos, seis nietos y la prestancia de una emperatriz. Caminaba en silencio por la casa, hablaba quedamente con una voz de timbre musical y exudaba una calma de buda por grave que fuese la agitación reinante. Su lema consistía en dos palabras: «No importa». Si Matt lloraba, ella le alzaba en brazos y se las canturreaba: «No importa». Si Érica irrumpía en la cocina agobiada

y desencajada después de todo un día en Rutgers, Grace depositaba una mano sobre su hombro y decía, «No importa», tras lo cual le ayudaba a vaciar las bolsas de la compra. Cuando Grace llegó a casa, su pragmática filosofía se aposentó con ella y nos apaciguó a los tres como una cálida brisa caribeña que soplara por las estancias de la vivienda. Se convirtió para siempre en el hada madrina de Matt, y cuanto más tiempo pasaba con nosotros más notaba yo que no era una persona corriente, sino alguien inteligente y sensible ante cuya capacidad para diferenciar lo importante de lo trivial Érica y yo llegamos con frecuencia a avergonzarnos. Si salíamos por la noche y Grace se quedaba en casa con Matt, al regresar nos la encontrábamos sentada en la habitación del niño mientras éste dormía. Las luces siempre permanecían apagadas. Grace no leía ni hacía punto ni se entretenía con nada: simplemente se sentaba en una silla y le vigilaba, satisfecha con la riqueza de sus propias cavilaciones.

Mark Wechsler nació el 27 de agosto. Así, formábamos ya dos familias, una encima de la otra, pero aunque la proximidad física facilitaba las visitas, Bill y yo apenas nos vimos con más frecuencia que hasta entonces. Nos prestábamos libros y nos recomendábamos artículos, pero nuestras vidas domésticas se veían en gran medida restringidas por los muros de nuestros respectivos hogares. No hay primer bebé cuya llegada no conmocione a los padres en mayor o menor medida. Sus demandas son tan imperiosas, sus emociones alcanzan unos niveles tan elevados, que los progenitores cierran filas para responder a sus llamadas. A veces, al regresar a su casa después de pasar el día en el estudio, Bill venía a visitarme acompañado de Mark.

—Lucille se ha quedado echando una siesta —solía decir—. Está agotada.

—Quiero dejar que descanse. Necesita silencio.

Yo aceptaba aquellos argumentos sin oponer comentario alguno pese al matiz de inquietud que algunas veces detectaba en la voz de Bill, y eso que éste, todo sea dicho, siempre se había preocupado por Lucille. Se le veía cómodo con su hijo, una diminuta versión suya de ojos azules que a mí se me aparecía como una criatura plácida, bien nutrida y ligeramente atontada. Mi obsesivo interés por Matthew nunca llegó a extenderse a

Mark, pero el hecho de que el afecto que Bill mostraba hacia su hijo fuera cuando menos tan apasionado como el mío por Matt no hizo sino reavivar mi certidumbre de que llevábamos vidas paralelas; de que en la caótica y pringosa odisea que suponía criar a un niño, él y Lucille, al igual que Érica y yo, se habían sorprendido unidos por nuevos vínculos de gozo.

No obstante, la fatiga de Lucille no era como la de Érica, sino que poseía una cualidad existencial, como si obedeciera a algo más que al hecho de pasar noches en vela. Rara vez venía a visitarme —si acaso una vez cada dos meses—, y siempre llamaba con varias jornadas de antelación para programar el encuentro. A la hora y el día convenidos, yo acudía a abrirle la puerta y allí estaba Lucille, de pie en el descansillo, con un fajo de poemas en la mano. Su semblante aparecía siempre rígido, demudado y enmarcado por unos cabellos despeinados y, por lo general, sucios. Casi siempre acudía vestida con vaqueros y blusas de apagado colorido que llevaban largo tiempo pasadas de moda, y a pesar de todo ello su aspecto desaliñado no disimulaba su belleza. Yo admiraba su falta de vanidad y siempre me alegraba de verla, pero sus visitas no hacían sino reafirmar a Érica en el convencimiento de que su amiga la había olvidado. Lucille siempre saludaba cortésmente a Érica, y tras responder a sus preguntas sobre Mark con frases lacónicas y precisas concentraba toda su atención en mí. Sus poemas, concisos pero vibrantes, estaban escritos con un tono por completo desligado, y se hallaban inevitablemente salpicados de referencias autobiográficas. En uno de ellos, un hombre y una mujer yacen juntos en la cama, incapaces de conciliar el sueño y en completo silencio. Ninguno de los dos dice nada por deferencia al otro, pero al final la mujer termina por interpretar esa consideración del hombre como una presunción por su parte de conocer los pensamientos de ella, y la irritación que ello le produce la mantiene despierta largo tiempo después de que él se haya quedado finalmente dormido. Lucille tituló el poema «Aware and Awake»: consciente y despierta. En algunas de sus obras aparecía un bebé, un personaje cómico al que se hacía referencia como «eso». «Eso» chillaba y arañaba y pateaba y escupía, como un juguete que, dotado de un mecanismo de relojería, se hubiera estropeado y fuera ya imposible de controlar. Lucille no reconocía en modo alguno que sus poemas fueran

personales. Los trataba como a objetos susceptibles de ser nuevamente manipulados con mi ayuda. Su frialdad me fascinaba. De cuando en cuando se sonreía al leer un verso, sin que yo alcanzara a identificar la fuente de su diversión. Sentado junto a ella, tenía la sensación de que se hallaba siempre más o menos por delante de mí, lo que me obligaba a correr para perseguirla y, al fin, depositaba la mirada sobre el dorado vello de sus esbeltos brazos y me preguntaba qué era lo que había en ella que no lograba aprehender.

Una tarde, antes de que partiera escaleras arriba en dirección a su casa, me quedé contemplándola mientras se disponía a recoger sus papeles. Yo ya había aprendido a desviar la mirada, porque sabía que si la observaba se sentiría incómoda y podría dejar caer el lápiz o la goma. Cuando le estreché la mano a modo de despedida ella me dio las gracias y abrió la puerta, pero en el instante en que cruzó el umbral me asaltó una extraña sensación de similitud, seguida por el súbito convencimiento de que no me equivocaba. En aquel momento, Lucille me recordó a Sy Wechsler. El vínculo entre ambos no era ni físico ni espiritual. Sus personalidades tenían poco en común, salvo en lo que se refería a una carencia compartida que se definía por su incapacidad de comunicarse de modo normal y corriente con el resto de los seres humanos. Lucille no sólo desconcertaba a Bill, sino a todos cuantos la conocíamos. Aquí no era aplicable el viejo dicho de «Se ha casado con su madre». Bill se había casado con su padre. ¿Acaso no había dicho, «Me pasé años persiguiéndola»? Mientras oía el ruido de sus pasos en los escalones me pregunté si aquella persecución habría cesado en algún momento.

Durante la primavera que precedió al segundo cumpleaños de Matt tuve ocasión de oír involuntariamente una riña entre Bill y Lucille. Era un sábado por la tarde, y estaba sentado en mi butaca, junto a la ventana. Tenía un libro en la mano, pero había interrumpido la lectura para pensar en Matt. Érica se lo había llevado para comprarle unas playeras nuevas, y justo antes de que se marcharan había pronunciado sus primeras palabras. Había señalado con el dedo a su madre, luego a sí mismo y, por fin, a los

zapatos que llevaba puestos. Yo le dije que esperaba que los zapatos nuevos fueran muy bonitos, y en ese momento Matthew dejó escapar un par de sonidos ininteligibles —«aooos nuoos»— que Érica y yo tradujimos gozosamente por «zapatos nuevos». El niño estaba aprendiendo a hablar. Yo había abierto la ventana para dejar paso a la cálida brisa reinante, y las ventanas del piso de arriba también debían de estar abiertas, porque el vozarrón tonante de Bill me sacó del ensimismamiento producido por aquella hazaña verbal de Matt.

—¿Cómo has podido decir eso? —gritaba Bill.

—¡Tú no tenías por qué saberlo, y ella no debería habértelo dicho!

La voz de Lucille se tornaba más aguda con cada palabra que pronunciaba, y su cólera me sorprendió. No encajaba con su habitual autocontrol.

—¡No te creo! —rugió Bill—. Sabes que siempre le cuenta todo a todo el mundo. Se lo dijiste porque sabías que acabaría llegando a mis oídos y eso te permitiría eludir la responsabilidad de tus palabras. ¿Acaso niegas haberlo dicho? ¡No! Luego la pregunta es: ¿hablabas en serio?

Se produjo un silencio.

—¿Qué demonios estoy haciendo aquí? —vociferó Bill—. ¡Dime eso!

En ese momento oí un sonoro estrépito. Bill debía de haber golpeado o propinado una patada a algo.

—¡Lo has roto! —oí que exclamaba Lucille, iracunda. Sentí como si su voz, temblorosa e histérica, me traspasara, y Mark comenzó a llorar—. ¡Cállate! —chilló ella—. ¡Cállate! ¡Cállate!

Me levanté para cerrar la ventana. Lo último que oí fue la voz de Bill que se dirigía a su hijo:

—Mark, Mark, ven aquí.

Al día siguiente, Bill me llamó desde su estudio y me dijo que se había marchado de Greene Street y que volvía a vivir en Bowery. Su voz sonaba amortiguada por la tristeza.

—¿Quieres que vaya a verte? —le pregunté.

Él tardó unos segundos en contestarme, y por fin dijo:

—Sí, creo que sí.

En ningún momento mencionó a aquella misteriosa mujer que había desempeñado un papel tan crucial en la discusión del día anterior, y yo no podía interrogarle al respecto sin confesar que había estado escuchándoles. Así pues, le dejé hablar, pero apenas pude obtener explicación alguna de las cosas que me contaba. Me dijo que aunque Lucille le había manifestado repetidas veces antes del nacimiento de Mark cuánto le apetecía ser madre, después del parto había parecido contrariada.

—Ha estado francamente deprimida e irritable. Todo lo que hago parece molestarla. Que si hago demasiado ruido al tragar cuando como, que si me cepillo los dientes con demasiado ímpetu, que si la pongo histérica paseando de un lado a otro mientras pienso. Mis calcetines huelen. La toco demasiado. Trabajo en exceso. Salgo mucho. Le gusta que me ocupe de Mark pero no le gusta cómo lo hago. Dice que no debería cantarle canciones de Lou Reed. Que no son apropiadas para él. Que armamos demasiado escándalo al jugar. Que le altero el horario.

Las quejas de Lucille eran banales, y no pasaban de ser manifestaciones familiares de una intimidad incómoda. Siempre he pensado que el amor prospera si se le somete a cierta distancia; que exige una cierta separación respetuosa para perpetuarse. Sin ese aislamiento imprescindible, las minucias físicas del otro llegan a adquirir una magnitud odiosa. Allí, sentado frente a Bill, su aspecto se me antojaba como el ideal byroniano de belleza masculina. Un negro mechón de cabellos rizados caía sobre su frente mientras inhalaba el humo de su cigarrillo, y sus ojos entrecerrados le prestaban un aire de profunda reflexión. Tras él podían verse los siete cuadros inacabados de su padre que había decidido exponer. Llevaba dos años trabajando en los retratos de Sy Wechsler. Debía de haber cincuenta lienzos del personaje en diversas posturas, pero Bill había optado por mostrar tan sólo siete, todos los cuales mostraban al padre de espaldas. Había titulado la serie como «Los ausentes». La luz del atardecer fue sumergiéndose a través de las ventanas, y a medida que la estancia se oscurecía nos pasamos varios minutos sin hablar. Por primera vez me compadecí de Bill, y al pensar en su amargura sentí como si una opresión me atenazara el pecho. A eso de las cinco le dije que le había prometido a Érica que regresaría en diez minutos.

—¿Sabes, Leo? —me dijo—. Durante años he vivido en la convicción de que Lucille era otra persona. Me he engañado a mí mismo. La culpa es mía, no suya. Y ahora tenemos un hijo.

Yo eludí responder a aquello de un modo directo.

—Tal vez no signifique gran cosa —le dije—, pero si me necesitas, aquí me tienes.

Mientras lo decía, recordé a Violet corriendo escaleras arriba y lo que me había dicho acerca de estar «ahí» para Bill. Durante unos instantes me pregunté si ya entonces sabía algo sobre él y Lucille que yo ignoraba, y a continuación me olvidé de ella y de su comentario durante casi un año entero.

Lucille se quedó en el *loft* de Greene Street, y Bill siguió instalado en Bowery. Mark se repartía entre ambos progenitores: media semana con Lucille y otra media con Bill. Hablaban por teléfono todos los días, y ninguno de los dos mencionó en ningún momento el divorcio. El *loft* de Bowery empezó a llenarse de camioncitos, coches de bomberos y pañales, y llegado el mes de julio Bill le construyó a su hijo una cama preciosa con forma de barco. La dotó de un soporte para que pudiera mecerse, como una cuna gigantesca, y la pintó de un intenso azul marino. Bill leía a su hijo, le alimentaba y le animaba a que, por lo menos, probara el orinal de plástico que había en el cuartito del retrete. Se preocupaba si no comía, se angustiaba pensando que pudiera caerse por las escaleras y recogía personalmente la mayor parte de sus juguetes a pesar de su manifiesta incapacidad para las labores domésticas. El *loft* estaba más descuidado que nunca, porque jamás se molestaba en limpiarlo, y el fregadero había comenzado a adoptar tonalidades que yo nunca había visto hasta entonces en una superficie de porcelana y que conformaban una paleta que abarcaba desde el gris pálido y el naranja hasta un marrón oscuro y repugnante. Yo nunca mencioné la mugre. Lo cierto era que padre e hijo parecían sentirse de lo más confortables en aquella nave enorme y cochambrosa. No les importaba vivir rodeados de las pilas de ropa sucia que se alzaban en el suelo polvoriento y cubierto de ceniza.

Bill tampoco me hablaba mucho de su fracaso matrimonial. Nunca le oía quejarse de Lucille, y cuando no estaba al cuidado de Mark trabajaba sin descanso durante horas y apenas dormía. Pero lo cierto es que aquel verano, siempre que Érica, Matt y yo acudíamos a visitar a Bill y a Mark, yo me sentía a menudo aliviado al despedirme de ellos y salir al calor de la calle. En el estudio reinaba una atmósfera opresiva y casi sofocante, como si la pesadumbre de Bill hubiera rezumado sobre las sillas, los libros, los juguetes y las botellas de vino vacías que se amontonaban bajo la pila. En los retratos de su padre, la aflicción de Bill adquiría una belleza palpable que él ejecutaba con mano rigurosa y firme, pero en la vida real su dolor resultaba sencillamente deprimente.

Cuando los retratos del padre de Bill se expusieron en el mes de septiembre, Lucille no acudió a la inauguración. Yo le había preguntado si nos veríamos allí, a lo que ella me dijo que estaba corrigiendo un manuscrito y que tendría que quedarse trabajando hasta bien entrada la noche. Aquella respuesta me sonó a evasiva, y ella debió de percibir algo dubitativo en mi expresión, porque insistió.

—Me he comprometido a entregarlo dentro de un plazo —dijo—. No hay nada que pueda hacer al respecto.

Se vendieron todos los cuadros de la exposición, pero entre los compradores no hubo ningún norteamericano. Un francés llamado Jacques Dupin compró tres, y los otros fueron a un coleccionista alemán y a un comprador holandés relacionado con la industria farmacéutica. Después de aquella exposición, Bill firmó sendos acuerdos con una galería de Colonia, otra de París y una tercera de Tokio. Los críticos norteamericanos estaban perplejos, y los elogios de algunos se alternaban con feroces ataques por parte de otros. Entre quienes se ganaban la vida escribiendo sobre arte no parecía haber posibilidad de consenso por lo que se refería a Bill, a pesar de lo cual me llamó la atención la abundante presencia de gente joven en la galería, y no sólo el día de la inauguración, sino en todas las ocasiones en que acudí a contemplar los cuadros. Bernie me dijo que nunca había visto tantos artistas, poetas y novelistas veinteañeros en ninguna otra de sus exposiciones.

—Los jóvenes no hacen más que hablar de él —me dijo—, y eso tiene que ser bueno. Cuando estos viejos carcamales vayan desapareciendo, serán ellos quienes tomen el testigo.

Fueron necesarias varias visitas a la galería para darme cuenta de que aquel hombre cuya espalda apenas se diferenciaba entre un cuadro y otro estaba envejeciendo. Advertí que se le estaban formando arrugas en la nuca, y que su piel experimentaba cambios. Los lunares se multiplicaban, y en el último lienzo había aparecido un pequeño quiste bajo la oreja de Sy. Sin embargo, por algún milagro del arte o de la naturaleza, sus cabellos seguían siendo negros en todas las versiones. Los retratos que Bill había hecho de su padre, ataviado invariablemente con un traje oscuro, me recordaban a los cuadros holandeses del XVII, aunque desprovistos de su ilusión de profundidad. La imagen tersa y clara de la espalda del hombre aparecía iluminada desde el costado izquierdo del lienzo, y el artista había representado con minuciosidad absoluta cada pliegue del tejido de su atuendo, cada mota de polvo en las hombreras y cada arruga de la negra superficie de cuero de sus zapatos. No obstante, lo que realmente fascinaba a los espectadores eran los objetos —cartas, fotografías, postales, notas internas, recibos, llaves de hotel, resguardos de entradas de cine, aspirinas, preservativos— superpuestos a la imagen inicial, que quedaba parcialmente oculta por éstos hasta el punto de que cada obra se convertía en un denso palimpsesto de escrituras legibles e ilegibles, a la vez que en un batiburrillo de esos variopintos y pequeños objetos que atestan el fondo de los cajones de casi cualquier hogar. No había nada nuevo en el hecho de adherir elementos extraños a un cuadro, pero en este caso el efecto era muy distinto al de las espesas estratificaciones de Rauschenberg, por ejemplo, porque los materiales de los lienzos de Bill provenían de un solo hombre, y resultaba divertido ir leyendo los diversos fragmentos de papel a medida que se pasaba de un cuadro a otro. Me gustó especialmente una carta escrita con un lápiz de cera: «Querido tío Sy, gracias por el hestupendo automóbil de carreras. De berdad que es hestupendo. Besos, Larry». Examiné a continuación una invitación que rezaba: «Os rogamos que acudáis a celebrar con nosotros el decimoquinto aniversario de boda de Regina y Sy. ¡Y, sí, en efecto, ya ha pasado todo ese

tiempo!». Había también una factura de hospital a nombre de Daniel Wechsler, un cartel de *Hello, Dolly!* y un trozo de papel arrugado y maltrecho en el que aparecía escrito el nombre de Anita Himmelblatz seguido de un número de teléfono. Pero a pesar de aquellos atisbos existenciales momentáneos, los lienzos y sus materiales poseían también una cualidad abstracta, una inexpresividad de fondo que sugería el misterio de la mortalidad misma, la sensación de que incluso si llegáramos a rescatar hasta los últimos retazos de una vida y los amontonáramos en una inmensa pila y luego los cribáramos cuidadosamente en busca de todos sus posibles significados, seguirían sin sumar una existencia completa.

Bill había cubierto cada lienzo con una gruesa plancha de plexiglás, aislando así al espectador de las dos capas inferiores. El plexiglás convertía las obras en monumentos conmemorativos. Sin él, los objetos y los papeles habrían estado al alcance del espectador, pero al encontrarse sellados bajo aquella lámina transparente resultaba imposible acceder a la imagen del personaje y a los despojos de su vida.

Retorné a la exposición de West Broadway siete u ocho veces. La última, apenas unos días antes de que concluyera, coincidí con Henry Hasseborg. Yo ya le había visto deambular anteriormente por otras galerías, por lo que le conocía de vista. Jack, que había hablado con él en un par de ocasiones, le había llamado en cierta ocasión «el hombre sapo». Hasseborg era un crítico y novelista bien conocido por su prosa altanera y por sus opiniones mordaces. Menudo y calvo, siempre se le veía elegantemente vestido de negro. Poseía unos ojillos diminutos, una nariz achatada y una boca descomunal. Un sarpullido que bien pudiera obedecer a un eccema ascendía por un costado de su rostro hasta la coronilla. Al verme se aproximó a mí y se presentó. Dijo que conocía mi obra y que confiaba en que estuviera preparando algún nuevo libro. Había leído mi Piero y le había encantado, así como mi libro de ensayos. «Extraordinarios», fue la palabra que utilizó. Luego, desvió distraídamente la mirada en dirección a uno de los cuadros y dijo:

—¿Le gusta?

Le respondí que sí, pero apenas había comenzado a explicarle los motivos cuando me interrumpió:

—¿No los encuentra anacrónicos?

Yo inicié una nueva frase:

—No, opino que se sirve de las referencias históricas de un modo distinto…

Pero Hasseborg me cortó de nuevo. Era casi treinta centímetros más bajo que yo, y al alzar la mirada hacia mí avanzó un paso en mi dirección. Aquella proximidad me resultó súbitamente incómoda.

—Se dice que ha firmado con algunas galerías europeas.

—¿Cuáles?

—Lo ignoro —dije—. Si le interesa saberlo debería hablar con Bernie.

—No sé si hablar de interés no resultaría un poco exagerado —dijo, y sonrió—. Wechsler es tal vez demasiado cerebral para mí.

—No me diga. Yo, sin embargo, percibo una profunda emoción en sus obras —repuse. Hice una pausa, sorprendido de que me hubiera permitido completar la frase, y proseguí—: Creo recordar un artículo que escribió usted sobre Warhol. Y si hay alguien cuya obra encarna ideas, es Warhol. No me negará que eso es cerebral.

Hasseborg se inclinó aún más hacia mí y alzó la barbilla.

—Andy es un icono —dijo, como si con ello respondiera a mi pregunta —. Le tenía cogido el pulso a la cultura, amigo mío. Sabía lo que se avecinaba, y acertaba. Su amigo Wechsler anda perdido por ciertas callejuelas secundarias…

No terminó la frase. Miró el reloj y dijo:

—Mierda, se me ha hecho tarde. Ya nos veremos, Leo.

Mientras le veía avanzar lentamente hacia el ascensor, me pregunté qué acababa de ocurrir exactamente. El tono de su conversación había oscilado entre el cumplido obsequioso y la familiaridad insultante. Advertí asimismo que al presentarse no había mencionado mi amistad con Bill, pero que a medida que continuaba hablando había insinuado nuestra relación al preguntar por las galerías europeas y referirse luego directamente a él como «su amigo Wechsler». Finalmente, había rematado nuestra malograda plática con la impertinente utilización de mi nombre de

pila, como si fuéramos viejos amigos. Yo no era ningún ingenuo. Para Hasseborg, manipular a los demás constituía un sofisticado juego que podía reportarle diversas ventajas: una información confidencial, algún chismorreo del mundo del arte, una cita de alguien que en ningún momento había pretendido que sus observaciones salieran a la luz… Era un hombre sin escrúpulos, pero también era un hombre inteligente, y en Nueva York uno podía llegar lejos con esa combinación. Henry Hasseborg había intentado obtener algo de mí, pero por mucho que pensaba no conseguía imaginar de qué podría tratarse.

Para entonces, Érica y yo llevábamos juntos más de cinco años, y yo a menudo visualizaba nuestro matrimonio como una única y prolongada conversación. Hablábamos mucho, y a mí me gustaba escucharla, especialmente por las tardes, cuando hablaba de Matt o de su trabajo. Su voz adquiría un timbre bellísimo cuando estaba fatigada. Perdía estridencia, y las palabras se veían interrumpidas a veces por bostezos o por pequeños suspiros de alivio ante la conclusión de una larga jornada. Una noche, estábamos juntos en la cama; hacía horas que Matt se había acostado, pero aún seguíamos hablando. Érica tenía la cabeza apoyada sobre mi pecho, y yo le hablaba de un artículo mío sobre el manierismo —y en particular sobre Pontormo— que comenzaba con una larga definición de «distorsión» y del contexto necesario para comprender el significado de esa palabra. Ella deslizó la mano por mi vientre, y a continuación noté que sus dedos se internaban entre mi vello púbico.

—¿Sabes, Leo? —dijo—. Cuanto más listo te vuelves, más sexy resultas.

Nunca olvidé aquella ecuación de Érica. Para ella, los encantos de mi cuerpo estaban relacionados con la vivacidad de mi mente, y a la luz de aquello siempre he juzgado conveniente mantener tan elevado órgano firme, en forma y bien ejercitado.

Matt se había convertido en un niño delgado y reflexivo que se expresaba con monosílabos y se paseaba por la casa con su león de peluche —llamado «La»— sin dejar de canturrear para sí con una vocecita aguda

de melodía irreconocible. No era elocuente, pero comprendía todo lo que se le decía. Érica y yo nos turnábamos para leerle por las noches, y Matt escuchaba inmóvil, tendido en su lecho, con sus ojos de color avellana muy abiertos y concentrados, como si pudiera contemplar el desarrollo de la historia en el techo. A veces se despertaba por la noche, pero raramente nos reclamaba. Su dormitorio era contiguo al nuestro, y le oíamos charlar con sus animales y sus coches y sus bloques de construcción en un lenguaje fluido pero íntimo. Como la mayoría de los críos de dos años, a menudo correteaba hasta la extenuación, sollozaba violentamente, se tornaba despótico con nosotros y parecía frustrado cuando nos negábamos a obedecer sus mandatos imperiales; dentro de aquel bebé, sin embargo, yo percibía un núcleo peculiar, tumultuoso y solitario: un inmenso santuario interior en el que se desarrollaba buena parte de su vida.

Violet reapareció en junio de 1981. Yo me encontraba en las proximidades de Bowery, porque acababa de comprar unas salchichas en un delicatessen italiano de Grand Street, y animado por el espíritu veraniego y por la sensación de hallarme libre de exámenes, de alumnos y de las interminables discusiones de mis colegas en las reuniones de comité, decidí acercarme a ver a Bill. Descendía por Hester Street cuando los vi a Violet y a él, detenidos frente a la puerta del cine chino que hay en la esquina. A ella la reconocí instantáneamente a pesar de que se había cortado el pelo y estaba de espaldas. Mantenía a Bill estrechamente aferrado por la cintura y tenía la cabeza apoyada sobre su pecho. Vi que él le alzaba la barbilla con ambas manos y la besaba. Violet tuvo que ponerse de puntillas y perdió el equilibrio; durante un instante, pareció que iba a caerse, pero Bill la atrapó, muerto de risa, y la besó en la frente. Ninguno de los dos me vio, inmóvil como estaba en la acera opuesta de la calle. Violet besó de nuevo a Bill, volvió a estrecharle contra sí y a continuación echó a correr calle abajo alejándose de mí. Observé que corría bien, como un chico, pero pronto se cansó, aminoró el paso y recorrió el resto de la manzana a saltitos, volviéndose en una ocasión para lanzarle un último beso. Él se quedó mirándola hasta que hubo doblado la esquina. Yo crucé la calle, y al acercarme a Bill me saludó con la mano.

—Nos has visto —me dijo al llegar junto a él.

—Sí; estaba algo más arriba, junto al delicatessen, y…

—No pasa nada. No te preocupes.

—Ha vuelto.

—Sí, hace ya algún tiempo —dijo, rodeándome los hombros con el brazo—. Vamos. Acompáñame arriba.

Mientras Bill me hablaba de Violet, sus ojos mostraban ese fulgor sereno y concentrado que recordaba haber visto en ellos el primer año en que le conocí.

—La cosa viene de antes —dijo—, de cuando la pintaba. Entre nosotros no pasó nada. Quiero decir, que no tuvimos ninguna aventura, pero la sensación estaba ahí. Dios mío, si supieras hasta qué punto procuraba ser cauteloso. Recuerdo que pensaba que si la rozaba simplemente estaría acabado. En fin… luego se marchó, y comprobé que no podía dejar de pensar en ella. Creí que podría superarlo, que se trataba de una atracción sexual que se me pasaría si volvía a verla algún día. Hace un mes, cuando me llamó, una parte de mí esperaba que al primer vistazo yo mismo me dijera: «Pero bueno, ¿te has pasado años obsesionado con esta tía? ¿Es que estás chalado?». Pero entró por la puerta y… —Bill se frotó la barbilla y sacudió la cabeza—. Me desmoroné nada más verla. Su cuerpo… —dejó la frase sin concluir—. Es tan ardiente, Leo. Nunca había experimentado nada igual. Ni siquiera parecido.

Cuando le pregunté si le había hablado a Lucille acerca de Violet, él negó con la cabeza.

—He estado aplazándolo. No porque ella quiera volver conmigo, que no quiere, sino porque Mark… —vaciló un instante—. Cuando hay un niño de por medio todo es mucho más complejo. Bastante confuso se siente ya el pobre crío.

Durante un rato, hablamos de nuestros hijos. Mark hablaba con fluidez, pero se distraía fácilmente. Matt apenas decía nada, pero era capaz de entretenerse por sí solo durante largo tiempo. Bill me preguntó por Pontormo, y yo, antes de irme, le hablé durante unos minutos de las alargadas formas que se aprecian en su Descendimiento.

—Antes de que te marches quiero mostrarte algo. Es un libro que me prestó Violet.

El libro en cuestión era obra de un francés, Georges Didi-Huberman, pero lo que interesaba a Bill eran sus fotografías. Todas habían sido tomadas en el Hospital de la Salpêtrière de París, donde el célebre neurólogo Jean-Marie Charcot realizara sus experimentos sobre mujeres atacadas de histeria. Algunas de ellas aparecían retorcidas en posturas que me recordaban a las de las contorsionistas de los circos. Otras miraban a la cámara con ojos inexpresivos y extendían los brazos, atravesados con alfileres del tamaño de agujas de hacer punto. Otras, en fin, estaban arrodilladas y parecían estar orando o implorando ayuda a Dios.

Sin embargo, la que mejor recuerdo es la fotografía de cubierta: una hermosa muchacha de cabellos oscuros yacía en la cama cubierta por las sábanas. Tenía el cuerpo girado hacia un lado y la lengua fuera. La lengua mostraba un aspecto anormalmente grueso y alargado, lo que prestaba al gesto una obscenidad añadida. También me pareció detectar cierto brillo malicioso en sus ojos. La fotografía había sido cuidadosamente iluminada para destacar la voluptuosa redondez de los hombros y el torso de la muchacha bajo las sábanas. Durante un rato, me quedé contemplando aquella imagen sin saber muy bien qué era lo que estaba viendo.

—Se llamaba Augustine —dijo Bill—. Violet parece especialmente interesada en ella. La fotografiaron constantemente mientras estuvo en aquel pabellón, hasta el punto de que se convirtió en una especie de estereotipo femenino de la histeria. Además, era daltónica. Al parecer, muchos histéricos tan sólo distinguían los colores bajo hipnosis. Resulta casi demasiado perfecto: en los primeros tiempos de la fotografía, el estereotipo femenino de una enfermedad sólo puede ver el mundo en blanco y negro.

Violet, por entonces, tan sólo tenía veintisiete años, y aún trabajaba arduamente en su tesis sobre mujeres del pasado cuyas dolencias conllevaban violentos ataques espasmódicos, miembros paralizados, estigmas, comezón obsesiva, posturas lascivas y alucinaciones. Se refería a las histéricas como «mis locas queridas», y las mencionaba con toda naturalidad por su nombre, como si las hubiera visto recientemente en su

pabellón y las considerara como buenas amigas o, al menos, como conocidas interesantes. A diferencia de la mayoría de los intelectuales, Violet no era capaz de distinguir entre lo cerebral y lo físico. Sus reflexiones parecían recorrer todo su ser, como si pensar constituyera una experiencia de carácter sensual. Sus movimientos sugerían calor y languidez, así como una sosegada complacencia en su propio cuerpo. Se pasaba la vida buscando una postura más cómoda. Sentada en una butaca, se arrellanaba y procuraba ajustar el cuello, los brazos y los hombros. Cruzaba las piernas o dejaba una de ellas colgando por encima del borde del sofá. Cuando pensaba mostraba cierta tendencia a suspirar, a inspirar profundamente y a mordisquearse el labio inferior. A veces se acariciaba suavemente el brazo al hablar o deslizaba la yema de los dedos por sus labios al escuchar. Y a menudo, cuando se dirigía a mí, alargaba un brazo y me tocaba levemente la superficie de la mano. Con Érica se mostraba abiertamente cariñosa. Le gustaba acariciar sus cabellos o rodear plácidamente sus hombros con el brazo.

A mi mujer siempre se la había visto abierta y relajada en compañía de Lucille. Junto a Violet, los nervios de Érica y la relativa rigidez de su cuerpo parecían redefinirla como una persona reservada y cautelosa. No obstante, las dos mujeres se cayeron bien de inmediato, y entre ambas surgió una amistad duradera. Violet seducía a Érica con sus relatos de subversión femenina, protagonizados por mujeres que llevaban a cabo intrépidas evasiones del ámbito de hospitales y de esposos, de padres y de jefes. Mujeres que se cortaban el pelo y se disfrazaban de hombres, que trepaban muros, se descolgaban por las ventanas y saltaban de un tejado a otro. Que se embarcaban y se hacían a la mar. Pero a Érica le gustaban sobre todo las historias de animales. Se le abrían desmesuradamente los ojos y sonreía al oír narrar a Violet la epidemia de maullidos que se había desatado entre las alumnas de un convento francés: todas las tardes, exactamente a la misma hora, las muchachas se ponían a cuatro patas y maullaban sonoramente durante varias horas hasta que sus gritos resonaban en todo el vecindario. En otro incidente similar el comportamiento había sido de naturaleza canina. Violet le informó de que

en 1855 todas y cada una de las mujeres de la población francesa de Josselin sucumbieron a una crisis incontrolable de ladridos.

Violet también cautivaba a Érica con sus propias historias, muchas de las cuales se me ocultaban hasta el punto de que tan sólo me llegaban atisbos de ellas, pero terminé por llegar a la conclusión de que Violet había conocido numerosos lechos en su juventud, y que no todos ellos habían sido compartidos con hombres. Para Érica, que se había acostado exactamente con tres hombres a lo largo de sus treinta y nueve años, las aventuras eróticas de Violet eran algo más que simples anécdotas intrigantes: eran relatos de una osadía y una libertad envidiables. Para Violet, Érica encarnaba la sensatez femenina, un concepto que la historia había relegado en general a la categoría de oxímoron. Érica poseía una paciencia intelectual de la que Violet carecía, una obstinada voluntad que la llevaba a convertir sus reflexiones en hechos concretos, y había días en los que Violet acudía a visitarnos para formularle a Érica alguna pregunta relacionada casi siempre con la filosofía alemana: Hegel, Husserl o Heidegger. En esos momentos, Violet se convertía en alumna de Érica. Se tendía en nuestro sofá, fijaba la mirada en el rostro de su maestra y la escuchaba aguzando la mirada, frunciendo el entrecejo y estirándose mechones de pelo como si aquellos gestos pudieran ayudarla a desentrañar los tortuosos misterios del ser.

Dudo mucho de que Érica o yo nos hubiéramos hecho amigos de Violet con tanta rapidez de no haber estado ella con Bill. No se trataba tan sólo de que le conociéramos y nos mostráramos por ello favorablemente predispuestos hacia la mujer que tanto parecía amar, sino que nos gustaba verlos juntos. Eran los dos sumamente atractivos, y mi mente aún rebosa de recuerdos que se remontan a los primeros días de su romance: Violet con la mano oculta entre los cabellos de Bill o apoyada sobre sus muslos, y Bill reclinado sobre ella, rozándole apenas la oreja con los labios. Siempre que les veía tenía la impresión de que acababan de hacer el amor o se disponían a hacerlo, de que nunca desviaban la mirada el uno del otro. La personas obnubiladas por el amor a menudo parecen ridículas a los ojos de otros; sus interminables arrullos, caricias y besos pueden resultar intolerables para otros amigos que ya han superado esa etapa. Bill y Violet,

sin embargo, nunca hacían que me sintiera violento. A pesar de la evidente pasión que experimentaban el uno por el otro, jugaban a controlarse y procuraban reprimirse cuando Érica o yo estábamos en la habitación, y ahora creo que esa tensión común que creaban era precisamente lo que más me gustaba. Siempre pensé que se hallaban conectados por un cable invisible y hasta tal punto tenso que amenazaba con romperse.

Violet se había criado en una granja próxima a Dundas, Minnesota, un pueblo de seiscientos veintitrés habitantes. Yo apenas sabía nada de aquel rincón del Medio Oeste, con sus campos de alfalfa, sus vacas Holstein y sus hieráticos habitantes, que portaban nombres como Harold Lundberg, Gladys Hrbek y Lovey Munkemeyer; sin embargo, procuraba imaginarlo, y para ello me servía de las imágenes que tanto películas como libros brindaban de un paisaje llano cubierto por un cielo inmenso. Violet se había graduado en el instituto de la población vecina de Northfield, y posteriormente había estudiado en la Universidad de St. Olaf, situada en la misma ciudad, antes de escapar al Este para asistir a la Escuela para Graduados en la Universidad de Nueva York. Sus bisabuelos por parte de padre y de madre habían sido emigrantes noruegos que atravesaron el país para fundar sus propias granjas y batirse contra la tierra y el clima. Violet aún no había conseguido desprenderse de su infancia rural, que se revelaba no sólo en las vocales alargadas propias de la zona y en sus referencias a morrales y ordeñadoras mecánicas, sino en la sinceridad y la ponderación de su carácter. Violet tenía encanto, pero no era un encanto ejercitado. Cuando hablaba con ella me asaltaba la sensación de que sus pensamientos habían madurado en grandes espacios abiertos en los que imperaban el laconismo y el silencio.

Una tarde de julio me encontré a solas con Violet. Érica se había llevado a Matt y a Mark a Greene Street provista del primer capítulo de la tesis de Violet, que había prometido leer. Bill se había marchado a los almacenes Pearl Paint en busca de materiales de pintura. La luz se reflejaba en los cabellos castaños de Violet, y ésta, sentada junto a la ventana con las piernas cruzadas, me contó la historia de Augustine, que resultó ser una historia acerca de sí misma.

En París, Violet había rebuscado en documentos, archivos e historiales clínicos titulados observaciones y procedentes de la Salpêtrière. Luego, a partir de aquellos materiales, había pergeñado unas cuantas historias personales más o menos deslavazadas.

Tanto su padre como su madre eran criados —me contó Violet—, y poco después de nacer la enviaron a vivir a casa de unos parientes. Permaneció con ellos seis años, pero luego volvieron a trasladarla, esta vez a una escuela conventual. Era una niña rebelde, de carácter irascible y difícil. Las religiosas pensaban que estaba poseída por el demonio, y le arrojaban agua bendita en el rostro para tranquilizarla. Cuando cumplió trece años, las monjas la expulsaron y regresó junto a su madre, que trabajaba a la sazón como doncella en una residencia parisina. El historial no detalla lo ocurrido con el padre. Debió de desaparecer. Sí revela, sin embargo, que Augustine fue contratada «con el pretexto» de enseñar canto y costura a los pequeños de la casa. A cambio, se le permitía dormir en un pequeño cuchitril. Al final, resultó que su madre estaba liada con el dueño de la casa, que figura en los registros como «Señor C». Poco después de que Augustine se trasladara a vivir con ellos, el señor C. comenzó a hacerle insinuaciones de tipo sexual que ella rechazó. Finalmente, y tras amenazarla con una navaja barbera, la violó. Augustine comenzó a padecer crisis convulsivas y ataques de parálisis. Experimentaba alucinaciones en las que veía ratas y perros y ojos enormes que la vigilaban. Su condición empeoró hasta el punto de que su madre la llevó a la Salpêtrière, donde le diagnosticaron histeria. Tenía entonces quince años.

—Muchas personas se volverían locas después de semejantes experiencias —dije yo.

—Estaba condenada. Te sorprendería saber cuántas de las muchachas y de las mujeres sobre las que he leído tenían antecedentes similares. La mayoría eran pobres de solemnidad. Muchas de ellas se habían visto obligadas a dar tumbos entre unos parientes y otros. Quedaban desarraigadas en plena infancia. Y muchas de ellas habían tenido también que soportar abusos, ya fuera de sus padres o de sus jefes o de otras personas. —Violet enmudeció durante varios segundos—. Existen aún psicoanalistas que hablan de «personalidad histérica», pero la mayoría de

los psiquiatras ya ni siquiera consideran la histeria como una enfermedad mental. Lo único que se mantiene en los libros es la «conversión histérica» o el «desorden de conversión». Define aquellas ocasiones en las que uno despierta un día por la mañana y descubre que no puede mover los brazos o las piernas sin que exista un motivo físico para ello.

—Lo que estás diciendo es que la histeria ha sido una creación de los médicos —dije yo.

—No —repuso Violet—. Eso sería demasiado simple. El estamento médico intervino sin duda en todo ello, pero el hecho de que haya habido tantas mujeres aquejadas de ataques de histeria, y no me refiero tan sólo a aquellas que han tenido que ser hospitalizadas por ello, sugiere algo más. Las pérdidas de conocimiento, las convulsiones y los espumarajos eran mucho más corrientes en el siglo XIX. Hoy en día apenas se dan. ¿No te parece extraño? Quiero decir, que la única explicación es que la histeria fuera en realidad un amplio fenómeno cultural: una salida aceptable.

—¿Una salida de qué?

—De la casa del señor C, sin ir más lejos.

—¿Opinas que Augustine estaba fingiendo?

—No. Opino que estaba sufriendo realmente. De haber ingresado hoy en día en un hospital habrían dicho que era una esquizofrénica o una bipolar, pero seamos sinceros: esas denominaciones también son bastante nebulosas. Creo que su enfermedad adoptó la forma que adoptó porque se hallaba en el aire, flotando como si fuera un virus… del mismo modo que la anorexia nerviosa flota hoy por ahí.

Mientras yo reflexionaba sobre lo que acababa de decir, ella prosiguió:

—Cuando mi hermana pequeña, Alice, y yo éramos niñas, solíamos pasar largos ratos en el granero. El verano posterior a mí noveno cumpleaños Alice tenía seis, y estábamos las dos jugando con nuestras muñecas en el henil del altillo. Estábamos sentadas una frente a otra, entretenidas en hacer hablar a nuestras muñecas, cuando de repente Alice adoptó una expresión extraña y señaló el ventanuco. «Mira, Violet —dijo —, hay un ángel». Yo no veía nada más que un pequeño recuadro de luz, pero me asusté, y entonces, durante un instante, pensé que sí era posible que hubiera allí una figura, un ente descolorido e ingrávido. Alice cayó de

costado y comenzó a atragantarse y a cocear. Yo la aferré e intenté sacudirla. Al principio pensé que estalla tomándome el pelo, pero entonces reparé en que tenía los ojos en blanco y supe que no era así. Empecé a llamar a mi madre a gritos y de repente sufrí un ataque de arcadas provocado por mi propia saliva y me puse a dar patadas y a revolcarme por la paja. Mi madre acudió corriendo desde la casa y ascendió por la escalera de mano hasta donde nos encontrábamos. Yo estaba como loca, Leo. Gritaba tanto que terminé afónica. Mi madre tardó un par de minutos en determinar cuál de las dos era la que tenía problemas, y cuando lo hizo tuvo que apartarme de en medio sin contemplaciones, porque yo seguía aferrada a las rodillas de Alice y me negaba a soltarlas. La bajó de allí por la escalera y se la llevó al hospital.

Violet aspiró profundamente. Un estremecimiento sacudió su cuerpo y prosiguió su relato:

—Me quedé en casa con mi padre. Estaba muerta de vergüenza. Me había dejado dominar por el pánico. Lo había hecho todo mal. No había demostrado el más mínimo valor y, lo que es peor, intuía que mi actuación había sido una pantomima, que sólo era real en parte —dijo, y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Me encerré en mi cuarto y empecé a contar. Conté hasta mil y pico, hasta que mi padre entró en la habitación y anunció que mi madre había llamado desde el hospital para decir que Alice se pondría bien. Me aferré a él y estuve llorando un buen rato —añadió, y apartó la mirada—. Alice había sufrido un ataque grave. Es epiléptica.

—No deberías avergonzarte de haberte asustado —le dije.

Violet me miró con ojos súbitamente perspicaces.

—¿Sabes cómo comenzó Charcot a comprender la histeria? En el hospital, los histéricos estaban alojados justamente al lado de los epilépticos, y al cabo de cierto tiempo comenzaban a sufrir los mismos ataques. Se convertían en aquello que tenían cerca.

En agosto, Érica y yo alquilamos una vivienda en Martha's Vineyard durante dos semanas y celebramos el cuarto aniversario de Matt en la pequeña casita blanca, situada a menos de quinientos metros de la playa.

Aquella mañana, cuando se levantó, Matt se mostró inusualmente callado. Se sentó a la mesa del desayuno frente a nosotros y contempló con mirada neutra los regalos que se amontonaban frente a él. A través de la ventana de la cocina que se abría a sus espaldas podíamos divisar la verde extensión del pequeño jardín y el fulgor del rocío sobre la hierba. Esperé a que comenzara a despojar los paquetes de su envoltorio, pero no se movía. Parecía como si estuviera a punto de decir algo. Matt, con frecuencia, hacía una pausa antes de hablar, concentrándose en la frase que se disponía a pronunciar. Su capacidad verbal había mejorado espectacularmente a lo largo del último año, pero aún iba retrasado con respecto a la mayoría de sus amigos.

—¿No quieres abrir tus regalos? —le preguntó Érica.

Él señaló la pila de paquetes con un ademán de la barbilla, se volvió hacia nosotros y dijo con voz alta y clara:

—¿Cómo van a entrar en mi cuerpo?

—¿Quiénes? —inquirí yo.

—Los cuatro —dijo Matt, abriendo mucho sus ojos avellanados con expresión de sorpresa.

Érica alargó la mano a través de la mesa y la depositó sobre su brazo.

—Lo siento, Matty —dijo—, pero no comprendemos qué quieres decirnos.

—Ya tengo cuatro —dijo él. Su voz denotaba insistencia.

—Ah, entiendo —dije yo, lentamente—. La cifra no tiene que entrar en ti, Matt. La gente dice que cumples cuatro años, pero a tu cuerpo no le pasa nada.

Tardamos un rato en explicarle los números a Matt, en hacerle comprender que éstos no se alojaban mágicamente en nuestro interior el día de nuestro cumpleaños, que no eran sino símbolos abstractos, un modo de enumerar años o tazas o cacahuetes o cualquier cosa que se nos ocurriera. Aquella noche volví a pensar en los «cuatro» de Matthew al oír la voz de Érica procedente de su dormitorio. Estaba leyéndole Alí Baba y los cuarenta ladrones, y cada vez que decía «Ábrete, Sésamo», Matt coreaba las palabras mágicas con ella. No era de extrañar que le hubiera desconcertado la expresión «tener cuatro». Su cuerpo, al fin y al cabo,

tenía propiedades milagrosas. Poseía un interior invisible y una superficie uniforme dotada de aberturas y pasadizos. Asimilaba alimentos y expulsaba orina y heces. Cuando lloraba, un líquido salino brotaba de sus ojos. ¿Cómo podía saber que «cumplir cuatro» no implicaba una nueva transformación física, una especie de «ábrete sésamo» corporal que hacía posible que un número cuatro completamente nuevo ocupara su lugar propio junto a su corazón o al lado de su estómago, si es que no se alojaba en el interior de su cabeza?

Aquel verano yo ya había comenzado a tomar notas destinadas al libro que proyectaba escribir sobre los nuevos puntos de vista que iban surgiendo en torno a la pintura occidental y que no había de ser sino un análisis de las normas establecidas en nuestra perspectiva. Se trataba de un proyecto amplio y ambicioso, pero también arriesgado. Los signos, a menudo, se confunden con otros signos, así como con las cosas que en la realidad los trascienden. Los símbolos icónicos, sin embargo, funcionan de modo distinto a las palabras y los números, y el problema del parecido ha de encararse sin caer en la trampa del naturalismo. A medida que trabajaba en mi libro, el «cuatro» de Matt acudió con frecuencia a mis pensamientos, como un pequeño recordatorio de la necesidad de evitar tan seductivas formas de error filosófico.

En la primera carta de Violet a Bill, fechada el 15 de octubre, le escribía: «Querido Bill, hace una hora que me abandonaste. No esperaba que desaparecieras de mi vida de un modo tan abrupto, ni que te desvanecieras sin una palabra de aviso. Después de acompañarte hasta el metro, después de tu beso de despedida, regresé a casa, me senté en la cama y me quedé contemplando la almohada mullida por el peso de tu cabeza y las sábanas que tu cuerpo había fruncido. Me tendí en el mismo lugar en el que tú habías estado pocos minutos antes y comprendí que ni estaba enfadada ni quería llorar. Me sentía sencillamente perpleja. Cuando me dijiste que tenías que volver a tu antigua vida por Mark, lo dijiste de un modo tan desapasionado y tan triste que me fue imposible discutírtelo ni intentar hacerte cambiar de opinión. Estabas decidido. Podía notarlo

perfectamente, y dudo que ni mis lágrimas ni mis palabras hubieran supuesto la menor diferencia.

»Seis meses no es tanto tiempo. Es lo que ha transcurrido desde que acudí a verte en mayo, pero lo cierto es que es mucho más que eso. Llevamos años viviendo el uno en el interior del otro. Te he amado desde el primer instante en que te vi, encaramado a aquella escalera con una fea camiseta gris manchada de pintura negra. Aquel día apestabas a sudor, y me examinaste como si fuera un objeto que estuvieras considerando la posibilidad de adquirir en alguna tienda. Por algún motivo, aquella mirada de tus ojos, tan fría y tan severa, me hizo enloquecer de amor por ti, pero no te revelé lo más mínimo. Era demasiado orgullosa».

«Pienso en tus muslos —escribía en la segunda carta—, y en el aroma húmedo y cálido que tiene tu piel por las mañanas, y en esas diminutas pestañas que asoman en las comisuras de tus ojos y que son lo primero que veo cuando te vuelves hacia mí. Ignoro por qué eres mejor y más apuesto que cualquier otra persona. Ignoro por qué no consigo dejar de pensar en tu cuerpo, por qué esas pequeñas estrías e irregularidades de tu espalda me resultan tan adorables, ni por qué esos pies de ciudadano de Nueva Jersey que nunca ha tenido que caminar sin zapatos me resultan más preciados, con sus suaves y pálidas plantas, que cualesquiera otros en el mundo, pero así es. Pensé que dispondría de algo más de tiempo para cartografiar tu cuerpo, para trazar la silueta de sus polos; de sus perfiles y de sus terrenos; de sus regiones interiores —las templadas y las tórridas— hasta establecer una topografía completa de tus músculos, tus huesos y tu piel. No te lo dije, pero me veía pasando el resto de mis días como tu exploradora, a lo largo de años de investigaciones y descubrimientos que habrían de ir modificando gradualmente el contorno de mis mapas. Mapas que tendría que redibujar y reconfigurar sin descanso para no perderte la pista. Estoy segura de que se me habrán escapado algunas cosas, Bill, y de que otras las habré olvidado, porque me he pasado la mitad del tiempo deambulando ciegamente por tu cuerpo, ebria de felicidad. Y aún hay en él lugares que no he visitado».

En la quinta y última carta, Violet escribía: «Quiero que vuelvas a mí, pero incluso si no lo haces, yo ya estoy en ti. Todo comenzó con los

cuadros que pintabas de mí diciendo que eras tú. Nos hemos escrito y dibujado el uno al otro. Profundamente. Tú sabes cuán profundamente. Cuando duermo sola te oigo respirar conmigo, y lo más gracioso de todo es que sola me encuentro perfectamente, estoy feliz sola y sé vivir sola. No me muero por ti, Bill. Tan sólo te quiero y si te quedas con Lucille y Mark para siempre, nunca volveré para arrebatarte lo que te di la noche en la que oímos a aquel hombre que cantaba a la luna parapetado detrás de los cubos de basura. Te quiero. Violet».

La separación de Bill y Violet duró cinco días. El día quince se trasladó de nuevo al piso de arriba y reanudó su matrimonio; y el diecinueve dejó a Lucille para siempre. El primer día, tanto Bill como Violet nos llamaron a Érica y a mí para contarnos lo ocurrido, y ninguno de los dos pareció traslucir emoción alguna al comunicárnoslo. En aquellos días tan sólo vi a Violet una vez: en la mañana del dieciséis me topé con ella en el vestíbulo que hay al pie de las escaleras. Érica había intentado en vano comunicarse con Violet desde que ésta la llamara para darle la noticia. «Se la oía muy tranquila —me había dicho Érica—, pero tiene que estar hecha polvo».

Violet, sin embargo, no parecía en absoluto «hecha polvo». Ni siquiera se la veía triste. Llevaba un escueto vestido azul marino que ceñía estrechamente su cuerpo. Sus labios centelleaban de carmín rojo, y lucía un hirsuto tocado de peluquería. Sus zapatos de tacón alto tenían aspecto de nuevos, y al verme me obsequió con una deslumbrante sonrisa. Sostenía una carta en la mano, y al preguntarle yo qué tal estaba ella recompensó el acento cordial de mi voz con un tono frío y seco que me previno de que haría bien en despojar mis palabras de cualquier posible vestigio de compasión:

—Estoy bien, Leo. Vengo a dejar una carta para Bill —dijo—. Siempre será más rápido que el correo.

—¿Tan importante es la rapidez? —dije yo.

Violet fijó sus ojos en los míos.

—Se trata de rapidez y de estrategia —dijo—. Eso es lo que importa en este momento.

Dicho lo cual depositó la carta en el buzón con un sencillo y enfático gesto, giró sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta. En ese instante

me cupo la certidumbre de que Violet era consciente de estar viviendo uno de sus mejores momentos: su porte enhiesto, su barbilla ligeramente erguida y el sonido de sus tacones sobre el pavimento embaldosado habrían resultado vanos sin un público. Antes de salir, se volvió hacia mí y me guiñó un ojo.

Bill nunca me había dicho que estuviera pensando en reconsiderar su situación matrimonial, pero yo sabía que Lucille había comenzado a llamarle con más frecuencia después de que él le hablara acerca de Violet. También sabía que se habían reunido en varias ocasiones para hablar de Mark. Ignoro qué le diría Lucille al respecto, pero sus palabras debieron de apelar tanto a la culpabilidad de Bill como a su sentido del deber. Tuve entonces el convencimiento de que si había abandonado a Violet se había debido a que estaba realmente convencido de que era el único camino que podía tomar. Érica pensó que había perdido el juicio; pero Érica, claro está, ya no era imparcial: no sólo apreciaba a Violet sino que había desarrollado animadversión hacia Lucille. Intenté explicarle aquello que hacía tiempo que había percibido en Bill, ese rígido aspecto de su personalidad que a veces le impulsaba a adoptar posturas drásticas. Bill me había revelado en cierta ocasión cómo a los siete años decidió atenerse a un estricto código privado de comportamiento moral. En mi opinión debía de ser consciente de que resultaba un tanto soberbio arrogarse unos valores morales superiores a los de los demás, pero durante todo el tiempo que le conocí siempre pareció tener presente la idea de que vivía sometido a unas restricciones especiales, algo que, supongo, debía de cimentarse en el convencimiento de sus propios dones. Ya de niño, Bill era capaz de correr más rápido, de batear con más fuerza y de lanzar la pelota con más precisión que cualquier otro chiquillo de su edad. Era guapo, buen estudiante y dibujaba como un mago, y a diferencia de muchos otros muchachos igualmente bien dotados, era perfectamente consciente de su propia superioridad. Para Bill, no obstante, el heroísmo tenía un precio. Nunca reprochaba a los demás ni una indecisión vacilante, ni una debilidad ética ni un juicio embrollado, pero se negaba a permitírselos a sí mismo. Enfrentado a la voluntad de Lucille de reintentar nuevamente aquel matrimonio y a la necesidad de Mark de contar con un padre a

tiempo completo, había obedecido sus leyes internas, por más que éstas le obligaran a traicionar sus sentimientos hacia Violet.

A Bill y a Violet les gustaba la historia de su breve ruptura y de su posterior reencuentro. Los dos la relataban de la misma manera, con toda sencillez, cual si de un cuento de hadas se tratara y sin mencionar jamás el contenido de las cartas. Una mañana, Bill se había despertado y le había dicho a Violet que la dejaba. Ella le acompañó hasta el metro y ambos se despidieron con un beso. Luego, durante cinco días seguidos, Violet depositó en mano en el buzón del 27 de Greene Street sendas cartas que luego Bill se subía a casa. El decimonoveno día, después de leer la quinta misiva, Bill comunicó a Lucille que la situación entre ellos estaba condenada sin remedio, abandonó nuestro edificio, se encaminó al apartamento de Violet en la calle Siete Este y le declaró su amor eterno, ante lo cual ella rompió a llorar y estuvo sollozando veinte minutos.

Yo he llegado a contemplar aquellos cinco días que estuvieron separados como una batalla entre dos voluntades poderosamente fuertes, y ahora que he leído las cartas me resulta evidente el motivo por el que Violet salió vencedora. Ella nunca cuestionó el derecho de Bill para hacer aquello que sintiera que tenía que hacer. Supo argumentar persuasivamente la conveniencia de que Bill la eligiera a ella por encima de su mujer sin que en absoluto pareciera que estaba haciéndolo y sin mencionar el nombre de Lucille más que una sola vez. Violet era consciente de que Lucille tenía de su parte el tiempo, la legitimidad y un hijo, todo ello reforzado por el inquebrantable sentido de la responsabilidad de Bill, pero en ningún momento contradijo su código moral. Fue minando sus defensas mediante la única certeza que podía ofrecerle: que le amaba con fervor, pues sabía que esa pasión era exactamente aquello de lo que Lucille carecía. Posteriormente, siempre que se refirió a las cartas, Violet dejó claro que las había redactado con todo esmero.

—Tenían que ser sinceras —decía—, pero no podían ser lloronas. Tenían que estar bien escritas, sin la menor traza de autocompasión, y poseer un matiz sexy sin llegar a resultar pornográficas. No pretendo vanagloriarme, pero el caso es que funcionaron.

Era Lucille quien había pedido a Bill que volviera con ella. Él mismo me lo confesó abiertamente, pero creo que la vehemencia de ella comenzó a disiparse tan pronto como lo hizo. Decía Bill que, apenas dos horas después, Lucille había encontrado motivos para criticar tanto su forma de fregar los platos como el libro que le estaba leyendo a Mark, titulado *Busy Day, Busy People*[2]. La frialdad de Lucille y su inaccesibilidad habían constituido para Bill sus rasgos más atractivos, especialmente porque ella misma parecía inconsciente del poder que éstos ejercían sobre él. Pero las recriminaciones no dejan de ser una estrategia propia de los débiles y carente por completo de misterio. Así, sospecho que la causa de Violet, defendida en sus cartas con tan ardiente claridad de intención, contó con el refuerzo de los fastidiosos reproches domésticos de Lucille. Nunca oí a Lucille referirse a aquellos días, por lo que no puedo saber con seguridad cuáles eran sus sentimientos al respecto, pero sospecho que, lo supiera o no, una parte de ella quería rechazar a Bill, una posibilidad que, de ser cierta, convertiría la victoria de Violet en algo quizá no tan extraordinario como ella pudiera suponer.

Violet se trasladó al 89 de Bowery con Bill, y nada más llegar se puso a limpiar. Con un celo que sin duda era fruto de su larga estirpe de protestantes escandinavos, frotó, blanqueó, fregó y abrillantó hasta que el *loft* adquirió un aspecto extraño, desnudo y casi deslumbrante. Lucille continuó siendo nuestra vecina de arriba, y Mark, concluida aquella breve tregua que su existencia dividida había experimentado a la edad de cuatro años, retornó a su existencia de idas y venidas. Bill nunca me habló del gozo y el alivio que sintió a partir de entonces. No le hacía falta. Advertí que comenzaba de nuevo a propinarme palmadas en la espalda y a asirme del brazo con afecto, y lo más curioso es que hasta que no volvió a tocarme físicamente no reparé en que durante un tiempo había dejado de hacerlo.

Los días transcurrían con regularidad cuasi litúrgica, como conjuros de lo ordinario y lo íntimo. Por las mañanas Matt se vestía muy, muy lentamente, sin dejar de canturrear para sí con su vocecilla aguda y

disonante. Cuatro días a la semana, Érica salía por la puerta con un bollito en la mano y el portafolios bajo el brazo. Yo acompañaba a Matt al colegio y luego tomaba el metro en dirección Norte. Durante el trayecto componía mentalmente párrafos para uno de mis capítulos, centrado en la Historia natural de Plinio, mientras entreveía los rostros y los cuerpos del resto de los viajeros. Notaba sus cuerpos apretados contra el mío, olfateaba su tabaco, su sudor y sus empalagosos perfumes, sus pomadas terapéuticas y sus hierbas medicinales. Organicé para los muchachos de Columbia y unas cuantas chicas de Barnard un curso de análisis del arte occidental, en la confianza de que algunas de aquellas imágenes —las abstracciones en azul y oro de un Cimabue, por ejemplo, la lejana belleza de la Virgen del prado de Bellini o el sobrecogedor Cristo muerto de Holbein— permanecieran con ellos para siempre. Jack se quejaba de la docilidad de los alumnos: «Nunca habría imaginado que terminaría por echar de menos a esos elementos de la SDS[3]». Después del trabajo Érica y yo volvíamos a casa, donde nos esperaban Matt y Grace. Para entonces él ya solía estar acurrucado en su regazo, un lugar que había bautizado como «la casa blanda». Nosotros le dábamos de cenar y le bañábamos, y él nos contaba sus historias sobre Gunna, un muchacho salvaje y pelirrojo que vivía en un país llamado «Lutit» situado en algún lugar indeterminado «del Norte». También le gustaba combatirnos, especialmente cuando se metamorfoseaba en Superman o Batman y nosotros teníamos la audacia de desafiar su omnipotencia con órdenes relativas al cepillado de los dientes o la hora de acostarse. Érica ayudaba a Violet a corregir su tesis. Las ideas volaban entre ellas, despertando la excitación de ambas, y yo, algunas noches, le daba a mi mujer masajes en la espalda para mitigar el dolor de cabeza resultante de la tensión acumulada durante sus largas charlas telefónicas con Violet sobre el contagio cultural y el motivo artístico como problema.

Los días en que no estaba a cargo de Mark, Bill trabajaba hasta altas horas de la noche en sus construcciones sobre la histeria, y para cuando terminaba Violet a menudo ya estaba dormida. Según me contaba ella, raramente se sentaba a comer, y cuando lo hacía era acomodado frente a la pieza con el plato en el regazo y sin pronunciar palabra. Aquel año ni Bill

ni yo dispusimos de demasiado tiempo para tomar café o almorzar juntos, pero tampoco se me escapaba que Violet había alterado los contornos de nuestra amistad. Sin embargo, tampoco era que me dejara deliberadamente de lado. Hablábamos por teléfono. Me pedía que escribiera acerca de obras inspiradas en la histeria, y siempre que nos veíamos me traía algo para leer, un Raw[4] Comics, un libro de ilustraciones médicas o alguna oscura novela. Lo cierto era que Violet había abierto en Bill un pasadizo que le introducía aún más en su propia soledad. Yo sólo podía conjeturar lo que sucedía entre ellos, pero a veces tenía la sensación de que su intimidad se hallaba dotada de un coraje y una ferocidad que yo nunca había conocido, y la consciencia de esta falta llegaba a producirme cierta desazón que se aposentaba en mi boca como un gusto seco y despertaba en mí un anhelo que no lograba aplacar con nada. No se trataba de hambre ni de sed; ni siquiera era sexo lo que ansiaba. Era una vaga pero irritante necesidad de algo anónimo e ignoto que ya había experimentado con cierta regularidad desde que era niño. Algunas noches de aquel año me vi despierto, tendido junto a mi mujer dormida y notando esa sensación de vacuidad en la boca; en tales ocasiones, optaba por trasladarme al salón y sentarme en una butaca junto a la ventana para esperar la llegada del amanecer.

Durante algún tiempo consideré a Dan Wechsler como un desaparecido más en una familia de desaparecidos. El abuelo, Moishe, se había esfumado; el padre, Sy, había permanecido junto a su familia, pero aislado de toda relación afectiva; y Dan, el más joven de aquellas tres generaciones de hombres, se había mantenido oculto en Nueva Jersey en calidad de residente fantasma de hospitales y centros de rehabilitación, dependiendo de su estado mental. Aquel año, Bill y Violet ofrecieron en Bowery una selecta cena de Acción de Gracias a la que invitaron a Dan. Éste se pasó varios días llamando por teléfono a Bill. Un día canceló su asistencia. Al día siguiente cambió de opinión, y al otro volvió a llamar diciendo otra vez que no iba. No obstante, en el último momento encontró el valor necesario para tomar el autobús hasta la terminal de la Autoridad Portuaria, y Bill acudió a recogerle. Éramos siete en total: Bill, Violet, Érica, Dan, Matthew, Mark y yo. Regina se había marchado a pasar el día con la familia de Al, y los Blom habían renunciado a pasar la festividad en

Nueva York por considerar que implicaba un viaje demasiado largo y costoso. El estado de perturbación de Dan resultaba evidente. Llevaba las uñas espantosamente sucias, y el cuello densamente tapizado de cenicientas escamas de piel muerta. Además, tenía la camisa mal abotonada, lo que prestaba a todo su torso un aspecto ladeado. Llegada la hora de la cena me tocó sentarme a su lado, y cuando aún estaba desdoblando la servilleta y depositándola sobre mi regazo Dan ya tenía entre los dedos su cuchara de postre y había comenzado a engullir el pavo y el relleno a una velocidad portentosa. Aquel pantagruélico apetito le duró unos treinta segundos, tras lo cual encendió un cigarrillo, inhaló profundamente el humo, se volvió abruptamente hacia mí y exclamó con voz sonora y excitada:

—¿Te gusta comer, Leo?

—Desde luego —respondí—. Me gusta comer casi de todo.

—Qué bien —dijo, pero parecía decepcionado.

Con la mano que tenía libre comenzó a rascarse el antebrazo con tanta fuerza que las uñas iban dibujando franjas encarnadas sobre su piel. Luego enmudeció y desvió de mí sus enormes ojos, muy similares a los de su hermano salvo por la diferencia de que tenían el iris algo más oscuro.

—¿Y a ti, te gusta comer? —inquirí.

—No mucho.

—Ayer, cuando te llamé, estabas comiendo galletitas saladas, Dan —nos interrumpió Bill.

Dan sonrió.

—¡Estaba comiendo galletas, es verdad! —dijo con voz alborozada, tras lo cual se puso en pie y comenzó a deambular de un lado a otro.

Caminaba con los hombros encorvados y la cabeza gacha, y al mismo tiempo realizaba un curioso gesto con la mano izquierda: primero dibujaba una «O» con el índice y el pulgar; luego, cerraba la mano y apretaba el puño para, al cabo de un instante, repetir nuevamente el signo de la «O».

Bill hizo caso omiso de su hermano y reanudó su conversación con Érica y Violet. Matt y Mark permanecieron sentados unos minutos más y finalmente abandonaron la mesa y echaron a correr a la vez que proclamaban sonoramente su condición de «superhéroes». Dan seguía

caminando de un lado a otro. La tarima alabeada del suelo crujía bajo sus pasos a medida que iba y venía sin parar, y mientras lo hacía no dejaba de murmurar para sí, interrumpiendo de vez en cuando su propio monólogo con breves explosiones de risa. Violet le dirigía frecuentes miradas y a continuación se volvía hacia Bill, pero éste sacudía invariablemente la cabeza para indicarle que no debía intervenir.

Concluidos los postres, observé que Dan se había retirado al fondo de la estancia y se hallaba encaramado a un taburete próximo a la mesa de trabajo de Bill. Decidí levantarme e ir hacia él, pero a medida que me acercaba le oí decir:

—Tu hermano no te permitirá volver a ese agujero infecto. Mamá ya está vieja. Y, de todos modos, se limita a fingir que te quiere.

Pronuncié su nombre.

El sonido de mi voz debió de sobresaltarle, porque vi que todo su cuerpo se estremecía y adoptaba una postura rígida.

—Lo siento —dijo—. Espero que no pase nada porque me haya venido aquí. Tenía que pensar. He estado pensando mucho últimamente.

Me senté junto a él. Podía olerle. Apestaba a sudor, y su camisa mostraba sendas manchas de humedad a la altura de las axilas.

—¿En qué estás pensando? —le pregunté.

—En Misterio —dijo él, estirándose el vello del antebrazo y retorciéndolo hasta formar una pequeña trenza—. A Bill ya se lo he contado. Es gracioso, porque tiene dos aspectos: el masculino y el femenino.

—¿En serio? —dije yo—. ¿En qué sentido?

—Pues mira: puede ser Mister Io o Miss Terio. ¿Sabes cómo te digo?

—Por supuesto.

—Son los protagonistas de la obra de teatro que estoy escribiendo.

Volvió a retorcerse cruelmente el vello del brazo, encendió otro cigarrillo y alzó la mirada hacia el techo. Sus ojos aparecían circundados de negro, pero su perfil demacrado me recordaba al de Bill, y por un instante imaginé a los dos hermanos como niños pequeños en mitad del sendero de un jardín. Dan se sumergió de nuevo en sus cavilaciones y el signo de la «O» reapareció en sus dedos, que movía con ademán urgente y

veloz. De pronto, se puso de pie e hizo ademán de reanudar sus vagabundeos, pero Violet nos interrumpió.

—¿Por qué no volvéis a la mesa y os tomáis un coñac con nosotros? —dijo.

—Gracias, Violet —dijo Dan, cortésmente—, pero prefiero fumar y seguir paseando.

Al cabo de algunos minutos, sin embargo, regresó efectivamente a la mesa. Se sentó junto a Bill, se inclinó hacia su hermano y comenzó a palmearle vigorosamente el hombro.

—Mi hermano mayor —dijo—. El gran Bill, mi gran hermano, el viejo Big Bill…

Bill interrumpió su parloteo rodeándole con el brazo.

—Me alegro de que hayas venido —dijo—. Me gusta que estés aquí.

Dan sonrió de oreja a oreja y dio un sorbo de la copa que tenía ante él.

Una hora después, los platos ya estaban fregados y guardados. Los dos niños jugaban con sus bloques de construcción junto a los ventanales mientras Violet, Érica, Bill y yo nos agrupábamos alrededor del colchón en el que Dan había caído profundamente dormido. Se hallaba estrechamente enroscado sobre sí mismo con las manos entrelazadas en torno a las rodillas y respiraba con la boca abierta, despidiendo al hacerlo un leve silbido. Sobre la manta extendida junto a él yacían su encendedor y un cigarrillo partido por la mitad.

—Tal vez he hecho mal en dejar que se tomara ese brandy —dijo Bill —. Podría haber hecho reacción con el litio.

Dan no iba con frecuencia a Bowery, pero me consta que Bill hablaba regularmente por teléfono con él, en algunas épocas incluso a diario. El pobre Dan estaba grillado. Su vida cotidiana era una lucha constante por defenderse de una nueva crisis y del regreso al hospital. Le asaltaban ataques de paranoia durante los que llamaba a Bill para preguntarle si aún le quería o, peor aún, si había decidido matarle. No obstante, y a pesar de su enfermedad, seguía conservando rasgos en común con su hermano. Ambos compartían emociones difíciles de dominar. En el caso de Bill, tan poderosa sensación hallaba su vía de escape por medio del trabajo. «Trabajo para vivir», me dijo en cierta ocasión, y después de conocer a

Dan comprendí mucho mejor lo que había querido decir con aquellas palabras. Bill precisaba de la creación artística para mantener un mínimo de equilibrio, para seguir en la brecha. Las obras de teatro y los poemas de Dan permanecían en su mayoría inacabados, y no eran sino el fruto maltrecho de una mente que divagaba en círculos sin llegar nunca a evadirse de sí misma. Al hermano mayor, su inteligencia, su carácter y sus circunstancias personales le proporcionaban la fuerza necesaria para soportar el desgaste de la vida cotidiana. El pequeño, sin embargo, no tenía esa suerte.

No había día en que no oyera a Lucille paseando por encima de nosotros. Poseía unos andares peculiares, ligeros pero levemente arrastrados. Cuando nos cruzábamos en la escalera sonreía con expresión azorada antes de empezar a hablar. Nunca hacía mención de Bill ni de Violet, y aunque yo siempre le preguntaba por su trabajo, ella nunca volvió a pedirme que leyera sus poemas. Aquella misma primavera, a instancias mías, Érica invitó a Lucille y a Mark a una merienda cena. Se puso para la ocasión una extraña túnica de color beis que no le favorecía en absoluto, y aunque su cuerpo se mantenía del todo oculto bajo ella, aquel atuendo tan mal escogido llegó a conmoverme. Lo interpreté como una nueva manifestación de su ingenuidad, y su fealdad, en lugar de repelerme, se me antojó entrañable. Aquella noche, sentada a la mesa frente a mí, me maravillé ante la estricta compostura de su semblante, pálido y ovalado. Su circunspección le proporcionaba un aura casi inanimada, como si por alguna peripecia sobrenatural me encontrara en realidad ante un retrato suyo pintado varios siglos antes de su nacimiento.

Aquella noche, Mark y Matt sacaron sus disfraces de Halloween y se dedicaron a alborotar por toda la habitación. Mark vestía un delgado traje de esqueleto fabricado con nailon negro en el que aparecían los huesos pintados de blanco; Matt, por su parte, era un Superman enano y delgaducho, enfundado en un pijama azul que tenía la «S» de color rojo cosida al pecho y una capa del mismo tejido. Matt comenzó a llamar a Mark «huesomán» y «coco duro», y al cabo de un par de minutos los

apodos se convirtieron en un ruidoso cántico: «Huesos huesos muertos caídos». Los chiquillos correteaban en círculo cerca de las ventanas del *loft*, repitiendo una y otra vez su salmodia como dos sepultureros enloquecidos: «¡Huesos! ¡Huesos! ¡Muertos! ¡Caídos!». Érica los vigilaba, y yo también me volví varias veces a mirarlos para asegurarme de que aquel enardecimiento gradual no se convirtiera en un frenesí que pudiera terminar en lágrimas, pero Lucille en ningún momento pareció interesada en su hijo ni dio muestras de oír siquiera la canción inventada por Matt para acompañar el juego.

Nos contó que estaba sopesando la posibilidad de aceptar un puesto que le habían ofrecido como profesora de literatura creativa en la Universidad Rice de Houston.

—Nunca he estado en Texas —dijo—. Si me quedo con el trabajo, espero conocer a un cowboy o dos. Nunca he visto ninguno.

Lucille a menudo salpicaba su discurso de breves silencios, un pequeño tic que nunca me había llamado la atención hasta ese momento.

—Desde que era niña siempre me han interesado los cowboys —prosiguió—. No los de verdad, claro está, sino los que yo misma me inventaba. Es posible que uno auténtico me decepcionara terriblemente.

Lucille aceptó el empleo, y a comienzos de agosto partió hacia Texas en compañía de Mark. Para entonces, Bill y ella ya llevaban dos meses divorciados. Y cinco días después de que se ejecutara oficialmente el procedimiento, Bill y Violet se casaron. La boda tuvo lugar en el *loft* de Bowery el 16 de junio, el mismo día en que el Ulises judío de Joyce había paseado errabundo por Dublín. Pocos minutos después del intercambio de votos por parte de los novios, reparé en que al apellido de Violet —Blom — tan sólo le faltaba una «o» para convertirse en bloom, que en inglés significa «florecer». Sin embargo, aquella reflexión carente de significado me llevó a pensar en el apellido de Bill —Wechsler—, que porta en sí la raíz alemana que denota «cambio» o «cambiar». Florecer y cambiar, pensé.

Bill y Violet habían querido casarse en París, lejos de familiares y amigos. Al menos, ésa es la versión que dieron a Regina y a los padres de Violet, pero su romántico capricho se vio obstaculizado por una maraña de

leyes francesas y al final se casaron apresuradamente antes de partir hacia allí. Las únicas personas que realmente presenciamos el acontecimiento fuimos Matt, Dan, Érica y yo. Mark y Lucille estaban en Cape Cod con la familia de ella. Regina y Al estaban haciendo un crucero por no sé dónde, y los Blom optaron por organizar en honor de la pareja una recepción que habría de tener lugar en Minnesota aquel mismo año.

Con una temperatura próxima a los cuarenta grados, sudábamos los seis a chorros. El ventilador del techo removía perezosamente aquel aire bochornoso con un chirrido incesante que acompañó de principio a fin el desarrollo de la breve ceremonia, oficiada por un hombrecillo calvo de la Sociedad para la Cultura Ética que, tras unas breves palabras y la lectura del poema «The Good-Morrow», de John Donne, declaró a Bill y a Violet marido y mujer. Apenas unos minutos después el viento arreció, introduciéndose a través de las ventanas, tras lo cual comenzó a llover y a tronar y el agua estuvo cayendo a mares mientras nosotros bebíamos champán y bailábamos al son de las canciones de las Supremes. Bailamos todos. Dan lo hizo con Violet, con Érica, con Matt y conmigo, taconeando por el pavimento con pesadas zancadas y riéndose sordamente por lo bajo hasta que por fin cedió al deseo de retirarse a un rincón para deambular y fumar en soledad. Érica había vestido a Matt con chaqueta azul, pantalones grises y pajarita, pero el niño estuvo bailando descalzo sin otra vestimenta que su camisa blanca y los calzoncillos, agitando las manos sobre la cabeza y haciendo oscilar su cuerpo al ritmo de la música. Los novios también bailaron. Violet lo hacía retorciéndose, perneando y arqueando la espalda, y Bill seguía sus movimientos. Movido por un súbito impulso, la cogió en brazos, la sacó al rellano de la escalera y regresó nuevamente con ella al interior.

—¿Qué le está haciendo el tío Bill a Violet? —me preguntó Matt.

—Está cruzando el umbral con ella en brazos —repuse, agachándome junto a él para explicarle el simbolismo de las puertas. Matt, sin dejar de contemplarme con ojos muy abiertos, quiso saber si yo lo había hecho con mamá. La respuesta era que no, y al mirarle a los ojos noté que mi masculinidad palidecía ligeramente en comparación con la del vigoroso tío Bill.

Bill no había querido que Lucille abandonara Nueva York llevándose consigo a Mark, pero cuanto más le insistió él para que se quedara, más obstinada se mostró Lucille, hasta que finalmente hubo de ser él quien perdiera aquella primera batalla por su hijo. Conservó el *loft* que habían comprado con su herencia, pero su camioneta, su cuenta de ahorro y todo el mobiliario que Lucille y él habían comprado juntos desaparecieron de conformidad con los términos del acuerdo de separación junto con tres retratos de Mark. Para cuando Bill y Violet regresaron de Francia, Lucille y Mark ya habían volado a Texas, y el *loft* del piso de arriba había quedado despojado de todo salvo de los libros de Bill. Violet lo limpió a fondo y se instalaron, pero a finales de septiembre, apenas unas semanas después de trasladarse a Texas, Lucille telefoneó a Bill y le dijo que le resultaba imposible compaginar el cuidado de Mark con sus clases, tras lo cual puso al niño en un avión y lo envió de regreso a casa de su padre. Mark aterrizó junto a Bill y Violet en Greene Street, el mismo lugar en el que había vivido un par de años con su madre. Tuvo que parecerle muy distinto. Lucille, como ama de casa, era indiferente. Aunque no tan desaliñada como Bill, vivía rodeada de libros apilados, juguetes esparcidos por el suelo y una abundante presencia de pelusas de polvo. Violet irrumpió en su nueva vivienda con una vehemencia típica en ella, y las habitaciones, en su mayor parte vacías, terminaron reluciendo como consecuencia de sus denodadas limpiezas. El primer día que vi el piso con su nuevo aspecto, me llamó la atención un jarrón transparente colocado sobre una sencilla mesa que Bill acababa de construir y que Violet había pintado de un tono turquesa oscuro. En el interior del jarrón reposaban veinte tulipanes de color rojo brillante.

En octubre de 1983, época en la que se expusieron finalmente las piezas de Bill inspiradas en la histeria, el SoHo al que Érica y yo nos habíamos mudado en 1975 había desaparecido. Sus calles, algo sórdidas y casi por completo desiertas, mostraban un renovado lustre. Una tras otra,

sus puertas fueron lijadas y repintadas para dar paso a otras tantas galerías de arte. Se inauguraban tiendas de ropa con amplios salones de tonos pálidos en los que se exhibían siete u ocho vestidos, faldas o jerséis como si también aquellas prendas fueran obras de arte. Bernie redecoró la enorme galería de paredes blancas que poseía en una segunda planta de West Broadway para hacer de ella otro espacio todavía más grande y de paredes aún más blancas, y a medida que aumentaban sus ventas comenzó a prosperar más deprisa y a llegar más alto. Cada vez que me topaba con él en una esquina o un café tenía que verle oscilar y bambolearse con una sonrisa luminosa en los labios sin dejar de parlotear sobre los artistas que acababa de descubrir, las exposiciones que acababa de vender al completo y las subidas que habían experimentado los precios. En lo que se refería al dinero, Bernie no albergaba el más mínimo pudor. Lo amaba con una exuberancia y una impudicia que yo no podía por menos de admirar. Nueva York siempre ha estado acostumbrada a una sucesión regular de triunfos y fracasos, pero nunca como entonces me había sentido tan próximo a las grandes sumas de dinero. Aquellos dólares arrastraban legiones de forasteros al barrio. Los autobuses instituían en West Broadway nuevas paradas en las que descargar a sus turistas, en su mayoría mujeres y casi todas de mediana edad, grupos de damas que se pateaban el barrio visitando una galería detrás de otra. Por lo general iban vestidas con chándal, una moda que tenía el antiestético electo de prestar a quienes la practicaban el aspecto de niños envejecidos. De Europa llegaban jóvenes dispuestos a adquirir *lofts*; jóvenes que después de decorar sus nuevos alojamientos de acuerdo con las tendencias minimalistas de la época salían a recorrer las calles, los restaurantes y las galerías de arte, dedicándose a vagabundear durante horas, tan ociosos como elegantemente vestidos.

El arte es misterioso, pero el comercio del arte puede resultar más misterioso aún. El objeto en sí se compra y se vende, y de este modo pasa de una persona a otra, pero a pesar de ello existen innumerables factores que intervienen en la transacción. Para incrementar su valor, una obra de arte precisa de un clima psicológico especial. En aquella época, SoHo suministraba el grado de acaloramiento mental óptimo para la prosperidad

del arte y el alza de los precios. Las obras más costosas, sea cual sea el período al que pertenecen, han de encontrarse impregnadas de algo intangible: la noción del valor. Dicha noción posee el efecto paradójico de separar el nombre del artista del objeto en sí, de tal modo que es ese nombre lo que se convierte en mercancía de compraventa. El objeto se limita a seguir la estela del nombre a modo de prueba tangible de su existencia. Ni que decir tiene que el o la artista poco tienen que ver con el proceso, pero en aquella época era imposible salir a hacer la compra o guardar cola en la oficina de Correos sin escuchar sus nombres. Schnabel, Salle, Fischl, Sherman eran a la sazón palabras mágicas comparables a las de los cuentos de hadas que acostumbraba a leer a Matt todas las noches. Palabras que abrían puertas cerradas y que llenaban de oro bolsillos antaño desabastecidos. Por aquel entonces el apellido Wechsler no poseía aún tal capacidad de transmutación, pero tras la exposición de Bernie comenzó a mencionarse por lo bajo aquí y allá, y percibí que, poco a poco, el nombre de Bill también podría llegar a sucumbir al peculiar clima que reinó en SoHo durante cierto número de años hasta verse súbitamente interrumpido otro día de octubre, en este caso de 1987.

En agosto, Érica y yo fuimos invitados a acudir a Bowery para examinar tres de las piezas ya acabadas de las que integraban la serie inspirada en la histeria. En torno al mismo tema había además docenas de obras más pequeñas —pinturas, dibujos, pequeñas construcciones— pendientes de finalización. Al entrar, lo primero que vi en medio de la sala fueron tres enormes cajas no demasiado profundas —apenas treinta centímetros— que vendrían a medir unos tres metros por dos. Sobre sus estructuras se habían extendido sendos lienzos cuyo tejido resplandecía por obra de las lámparas eléctricas instaladas en el interior de las mismas. Al principio, lo único que percibí fueron sus superficies: pasillos, escaleras, ventanas y puertas pintadas con apagados tonos marrones, ocres, azules y verde oscuro. Unos escalones conducían a un techo desprovisto de acceso alguno a la planta superior. Las ventanas se abrían a paredes de ladrillo. Las puertas yacían de costado o aparecían inclinadas en ángulos imposibles. Un orificio que conectaba el exterior pintado con el interior

también pintado daba paso a una escalera de incendios que a su vez servía de soporte a un largo brote de hiedra.

Las tres cajas aparecían cubiertas por un tenso paramento de cierto material que recordaba al plástico de envolver los alimentos. Sobre el plástico se habían imprimido diversos textos e imágenes de tal modo que podía apreciarse su huella, pero no su color. El efecto de aquellas palabras e imágenes era más subliminal que otra cosa, tal vez por lo difícil que resultaba discernirlas. Cerca de la esquina inferior derecha de la tercera caja podía verse un hombre tridimensional de unos quince centímetros de estatura que, ataviado con levita y sombrero de copa, empujaba una puerta aparentemente entreabierta. Al observarlo todo más de cerca advertí que se trataba de una puerta real dotada de sus propios goznes, y a través de la ranura del quicio alcancé a distinguir una calle de aspecto similar a la nuestra, Green Street, en su tramo comprendido entre Grand y Canal.

Érica descubrió una puerta en la primera de las cajas y la abrió. Aproximándome a ella, pude atisbar el interior de una diminuta estancia, crudamente iluminada por una minúscula luz cenital enfocada hacia una vieja fotografía en blanco y negro adherida a la pared del fondo. La fotografía mostraba la cabeza y el torso de una mujer vistos por detrás. Entre los omóplatos podía leerse la palabra SATÁN escrita con grandes trazos. Delante de la foto se veía la imagen de otra mujer arrodillada en el suelo. Había sido pintada en un grueso lienzo y posteriormente recortada, y para representar su espalda y sus brazos desnudos Bill se había servido de idealizados y perlados tonos carne que recordaban a los habituales en Tiziano, mientras que el camisón que colgaba de sus hombros era de un azul palidísimo. La tercera figura presente en la estancia era una pequeña escultura de cera, y representaba a un hombre que se erigía sobre la silueta recortada de la mujer. Iba provisto de un puntero similar a los que se utilizan en clase de geografía, y parecía estar delineando algo sobre su piel: un árbol, una casa y una nube toscamente trazados.

Érica apartó la cabeza.

—Dermografismo —observó, dirigiéndose a Violet.

—Sí, escribían sobre ellas —me dijo Bill—. Los médicos recorrían sus cuerpos con un instrumento romo y las palabras o las imágenes aparecían

sobre la piel. A continuación, fotografiaban lo escrito.

Bill abrió otra puerta, lo que me permitió asomarme a una segunda habitación de la misma caja. La pared del fondo aparecía cubierta por la imagen pintada de una mujer que miraba por la ventana. Sus largos cabellos oscuros habían sido apartados a un lado para dejar los hombros al aire. El estilo de la pintura parecía calcado de los holandeses del siglo XVII, pero Bill había querido complicar la imagen a base de dibujar sobre ella con leves trazos de color negro. El dibujo representaba a la misma mujer, pero el estilo representativo era distinto, y el esbozo de la parte superior del cuadro me hizo pensar que aquella mujer se encontraba en compañía de su propio fantasma. En su brazo aparecía escrita por duplicado —una vez con pintura roja y otra con pintura negra— la leyenda: T. BARTHÉLÉMY. Las letras daban la impresión de estar sangrando.

—Didi-Huberman menciona a Barthélémy —dijo Violet—. Era un médico francés que escribió su nombre sobre una mujer y luego le ordenó que sangrara a través de las letras a las cuatro en punto de aquella misma tarde. La mujer sangró, y según el informe el nombre se mantuvo legible durante tres meses.

Yo seguí escrutando el interior de la minúscula habitación iluminada. En el suelo, frente al cuadro de Augustine, se veían pequeñas prendas de vestir en miniatura: unas enaguas, un corsé microscópico, unas medias y unas botitas.

Violet abrió la tercera puerta. La estancia a la que se abría, pintada enteramente de blanco, se hallaba iluminada desde arriba por una pequeña araña eléctrica. Un diminuto cuadro circundado por un florido marco dorado reposaba sobre el suelo, apoyado en la pared. El lienzo mostraba a un hombre completamente vestido y a una mujer desnuda en lo que parecía ser un pasillo. No podía verse el rostro de la mujer, pero su cuerpo me recordó al de Violet. Estaba tendida en el suelo, con el joven sentado a horcajadas sobre su espalda, y éste aferraba en la mano izquierda una voluminosa pluma con la que parecía estar escribiendo vigorosamente en una de sus nalgas.

La caja central tenía dos puertas. Detrás de la primera había una muñequita que me hizo pensar en el personaje de Ricitos de Oro: largos bucles rubios, vestido de cuadros y delantal blanco. El diminuto personaje estaba sufriendo una rabieta. Tenía los ojos fuertemente apretados, los labios distendidos de lado a lado del semblante en un grito mudo y los brazos entrelazados en torno a un poste que dividía la habitación en dos mitades. A causa del berrinche tenía el cuerpo contorsionado hacia un lado y el vestido enroscado en torno a la cintura, y al examinar sus minúsculas facciones más de cerca pude ver que un largo arañazo sanguinolento surcaba una de sus mejillas. En los muros que la rodeaban, Bill había pintado diez tenebrosos personajes masculinos en blanco y negro. Todos ellos sostenían sendos libros en la mano y tenían sus ojos grises vueltos hacia la vociferante chiquilla.

La segunda puerta de la caja central contenía un cuadro en blanco y negro que más parecía una de las fotografías de la Salpêtrière. Bill se había servido de la foto de una mujer en actitud crucificada para llevar a cabo su propia versión de Geneviève, una joven ante cuyas odiseas médicas —parálisis, crisis nerviosas, estigmas— empalidecían los sufrimientos atribuidos a los santos. En el suelo, frente a la fotopintura, yacían boca arriba cuatro muñecas Barbie. Tenían los ojos vendados y las bocas tapadas con cinta adhesiva, y a medida que las examinaba advertí que las tres primeras portaban otras tantas leyendas impresas en sus mordazas: HISTERIA, ANOREXIA NERVIOSA y MUTILACIÓN EXQUISITA. La cuarta estaba en blanco.

La tercera caja, con su solitaria figura ocupada en abrir a empujones la puerta del fondo, contenía otras dos puertas bien escondidas. Pude encontrar la primera, cuyo picaporte se hallaba disimulado entre otros doce mecanismos similares pintados a modo de trampantojo, y al abrirla me asomé a un cuarto brillantemente alumbrado que era, sin embargo, mucho más pequeño que los demás. En el suelo reposaba un ataúd de madera en miniatura. Eso era todo. Fue Érica quien abrió la última puerta, y al hacerlo descubrió otra habitación casi vacía. No había en ella nada salvo un ajado y sucio trozo de papel que mostraba escrita la palabra «llave» con caligrafía menuda y letra cursiva.

Érica se inclinó para examinar la pequeña escultura del hombre del sombrero de copa que salía a Greene Street.

—¿Es también él una persona real? —preguntó.

—Él, no: ella —corrigió Violet—. Obsérvala más de cerca.

Me agaché yo también junto a Érica. Bajo la chaqueta podían distinguirse los pechos del personaje. El traje le venía grande, y presentaba bolsas a la altura de los tobillos.

—Es Augustine —dijo Violet—. La imagen representa el final de su historia, el último y definitivo apunte de sus «observaciones»: «*9 septembre - X... se sauve de la Salpêtrière déguisée en homme*[5]».

—¿X? —dije yo.

—Sí. Los médicos disfrazaban las identidades de sus pacientes mediante letras y códigos. Pero no cabe duda de que se trataba de Augustine. Le he seguido la pista. El 9 de septiembre de 1880 se evadió de la Salpêtrière vestida de hombre.

Atardecía. Érica y yo habíamos acudido a Bowery directamente desde el trabajo, y el hambre y el cansancio comenzaban a pesar sobre mí. Pensé en Matt, que estaría en casa con Grace, y mientras me preguntaba qué podía escribir acerca de aquellas cajas vi que Bill rodeaba con el brazo a Violet, quien a su vez seguía conversando con Érica.

—Convertían a mujeres vivas en cosas —decía—. Charcot llamaba a sus hipnotizadas «histéricas artificiales». Ése era el término que empleaba. El dermografismo no hace sino prestar una potencia adicional a la idea. Algunos médicos, como el propio Barthélémy, gustaban de firmar los cuerpos de sus pacientes como si se trataran de obras de arte.

—Todo esto apesta a fraude —dije yo—. Nombres que sangran, dibujos que brotan al simple contacto con la piel…

—Eso no lo falseaban, Leo. Es cierto que toda la puesta en escena resultaba bastante teatral. Charcot hizo decorar su estudio por entero de negro. Le fascinaban las historias relacionadas con la demonología, la brujería y las curaciones mediante la fe. Supongo que pensaba que todo podía explicarse con métodos científicos, pero el dermografismo era auténtico. Incluso yo puedo hacerlo.

Violet se sentó en el suelo.

—Se tarda un poco —dijo—. Tened paciencia.

Cerró los ojos y comenzó a inspirar y espirar. Dejó caer los hombros y entreabrió los labios. Bill bajó la mirada hacia ella, sacudió la cabeza y sonrió. Violet abrió los ojos y fijó la mirada ante sí. Extendió el antebrazo y recorrió levemente el dorso con el índice de la mano que aún conservaba libre. Sobre su piel apareció el nombre de Violet Blom como una pálida inscripción de color rosa pálido que luego fue tornándose algo más oscura. Violet cerró los ojos, aspiró de nuevo y, al cabo de un instante, volvió a abrirlos.

—Magia —dijo—. Magia de verdad.

Extendió el brazo para que lo examináramos y frotó con los dedos la rizada silueta de las letras, y yo, al escrutar las palabras escritas sobre aquella piel arrebolada, sentí acortarse la distancia que me separaba de los médicos de la Salpêtrière. La medicina había otorgado su permiso para la consecución de una fantasía que los hombres jamás han abandonado: una versión desorientada de ese híbrido entre mujer real y objeto hermoso que tanto anhelara Pigmalión. Violet sonreía. Dejó caer el brazo y yo pensé en el Pigmalión de Ovidio y le imaginé besando, abrazando y ataviando a la muchacha que había tallado en marfil. Cuando su sueño se hace realidad, Pigmalión acaricia la nueva y cálida piel de la joven y sus dedos dejan en ella su impronta. El nombre inscrito en el brazo de Violet aún era visible mientras ella permanecía sentada en el suelo con las piernas cruzadas y las manos apoyadas en el regazo. Las mujeres hipnotizadas habían obedecido todas las órdenes que recibían: inclínate, arrodíllate, levanta el brazo, arrástrate… Habían dejado resbalar sus blusas por encima de sus hombros y habían vuelto la espalda desnuda a la varita mágica del facultativo. Bastaba con un simple toque para que las palabras de su mente se tornaran en palabras inscritas en la carne. En sueños de omnipotencia. Todos los concebimos, pero por lo general sólo existen en los cuentos, en las ensimismaciones y en otros territorios en los que se les permite deambular a su antojo. Pensé en una de las minúsculas pinturas que acababa de ver y que ahora yacía oculta tras una puerta cerrada: el joven oprime el extremo de su pluma contra la mórbida nalga de la mujer reclinada. Al verlo por primera vez me había resultado cómico, pero el recuerdo de la escena

despertó en mí una sensación cálida que interrumpió finalmente la voz de Bill:

—¿Y bien, Leo? —dijo—. ¿Qué dirías tú de todo esto?

Le respondí, pero sin mencionar nada relacionado con el brazo de Violet, Pigmalión o la pluma erótica.

Al abandonar las limitaciones planas de la pintura, Bill había irrumpido en un territorio nuevo, pero al mismo tiempo continuó jugando con el concepto original al enfrentar imágenes bidimensionales con espacios y muñecas tridimensionales. Siguió trabajando con estilos en contraste, y siguió recurriendo a la historia de la pintura y a las imágenes culturales en general, anuncios publicitarios incluidos. Descubrí entonces que la «piel» de plástico de las cajas había sido densamente decorada con anuncios viejos y nuevos en los que se ofrecían toda clase de cosas, desde corsés hasta café. Entre los anuncios había poemas de Dickinson, Hölderlin, Hopkins, Artaud y Celan: los poetas solitarios. Se incluían también citas de Shakespeare y de Dickens, sobre todo aquellas que ya habían entrado a formar parte del lenguaje, como: «Todo el mundo es un escenario» o «La ley es un asno». Sobre una de las puertas descubrí el poema de Dan «Charge Brothers W.», y próximo a él pude descifrar el título de otra obra que también reconocí: «Misterio: Un drama cortado por la mitad, de Daniel Wechsler».

Durante varias semanas dejé de lado mi libro para redactar un breve artículo de siete páginas. Una vez más, el escrito fue fotocopiado y depositado en una mesa de la galería Weeks, pero en esta ocasión acompañado de sendas reproducciones de las cajas y de algunas de las piezas más pequeñas en tamaño postal. A Bill le gustó el artículo. Dadas las circunstancias, había hecho todo cuanto podía razonablemente hacer, pero lo cierto es que habría necesitados años, y no un mes, para analizar aquellas obras en profundidad. Yo, por entonces aún no comprendía lo que sé ahora. Las cajas eran como tres sueños tangibles que Bill había experimentado cuando su vida se vio dividida entre Lucille y Violet. Tanto si lo sabía como si no, la figurita de la mujer vestida de hombre era otro autorretrato. Augustine era la criatura ficticia que habían concebido Violet y él, y su intento de fuga a aquella calle tan familiar representaba también

la fuga de Bill. Nunca he dejado de pensar en lo que Augustine dejó tras de sí en las habitaciones de aquella misma caja: un féretro diminuto y la palabra «llave». A Bill no le habría supuesto ningún problema depositar una llave real en aquella blanca estancia, pero había preferido no hacerlo.

Tanto Érica como yo nos preguntábamos si no nos habríamos equivocado al llevar a Matt a la galería para que viera las cajas inspiradas en la histeria. Tras su primera visita adquirió la costumbre de implorar nuevas excursiones a «casa de Bernie». Parte de la responsabilidad de la atracción que sentía por la galería era atribuible al cuenco de bombones rellenos que reposaba sobre la mesa de recepción, pero también le gustaba el modo que tenía Bernie de hablar con él. Bernie no modulaba su voz para emplear ese tono condescendiente que tan a menudo adoptan los adultos en presencia de los niños.

—Oye, Matt —le decía—, tengo en la trastienda algo que tal vez te podría gustar. Es una escultura chulísima que representa un guante de béisbol al que le crecen unas cosas como peludas.

Ante aquellas invitaciones, Matt se erguía y seguía los pasos de Bernie con porte solemne y pausado. Apenas contaba seis años y ya tenía pretensiones. Sin embargo, más que a nada ni a nadie de la galería Weeks, Matt adoraba a la niña monstruosa que aparecía en la segunda pieza de la serie, y docenas de veces hube de alzarle en brazos para que pudiera abrir la puerta y atisbar el grito interminable de la pequeña.

—¿Qué es lo que tanto te gusta de esa muñequita, Matt? —le pregunté por fin una tarde después de depositarlo de nuevo en el suelo.

—Me gusta verle las bragas —dijo él con la mayor naturalidad.

—¿Es su hijo? —dijo una voz.

Al alzar la mirada vi que se trataba de Henry Hasseborg, que vestía un jersey negro y pantalones del mismo color; llevaba, además, una bufanda roja enrollada en torno al cuello y luego lanzada por encima del hombro, a la manera de los estudiantes franceses. Ante aquella abierta manifestación de coquetería no pude por menos de compadecerle durante un instante. Él

contempló a Matt con los ojos entrecerrados y luego alzó la mirada hacia mí.

—Aquí estoy, haciendo la ronda —dijo, con voz innecesariamente alta —. Me perdí la inauguración, pero ni que decir tiene que me llegaron noticias de ella. Parece haber despertado cierta conmoción sorda entre los conocedores. Y buen artículo, dicho sea de paso —añadió con tono distraído—. Claro está que era usted la persona indicada para escribirlo; lo digo por su conocimiento de los antiguos maestros.

Vocalizó cuidadosamente las dos últimas palabras a la vez que con los dedos dibujaba unas comillas en el aire.

—Gracias, Henry —dije—. Lamento no poder quedarme a charlar, pero Matthew y yo ya nos íbamos.

Dejamos a Hasseborg asomando su roja narizota por una de las puertas de Bill.

—Qué señor más gracioso —me dijo Matt en la calle mientras me asía de la mano.

—Sí —dije yo—. Es gracioso, pero tú sabes que él no tiene la culpa de mostrar ese aspecto.

—Es que también habla gracioso, papá.

Matt se detuvo y yo esperé. Resultaba obvio que estaba cavilando profundamente. En aquella época, mi hijo pensaba con el rostro. Aguzó la mirada, frunció la nariz y apretó los labios.

—Habla como yo cuando estoy mintiendo —dijo, al cabo de varios segundos, y añadió con voz profunda—, así: «Soy Spiderman».

Yo me quedé contemplándole.

—Pues tienes razón, Matt —le dije—. Está fingiendo.

—¿Pero quién quiere ser? —inquirió él.

—Él mismo —dije yo.

Ante aquello, se echó a reír.

—Qué tontería —dijo, y rompió a cantar—. «Ja, ja —gorjeó—. ¡Me llamo Rumpelstiltskin! ¡Rumpel, Rumpel, Rumpel, Rumpel, Rumpelstiltskin!».

Desde que cumpliera los tres años de edad, Matt había dibujado todos los días. Sus personajes ovoides, dotados de brazos que brotaban directamente de sus cabezas gigantescas, pronto se vieron dotados de cuerpos, y más tarde de entornos. A los cinco años ya esbozaba los perfiles de los viandantes que pasaban por la calle. Aunque aquellos transeúntes mostraban narices sobredimensionadas y parecían moverse con rigidez, los había de todas las formas y tamaños posibles: gordos y flacos, negros y tostados, cobrizos y rosados, y él los ataviaba con trajes y con vestidos y con atuendos de motociclista que debía de haber visto en Christopher Street. En las esquinas de sus calles había cubos de basura desbordantes de desperdicios y de latas de refrescos. Las moscas revoloteaban sobre los desechos, y podían verse fisuras en los pavimentos de las aceras. Sus perros rollizos orinaban y defecaban mientras sus amos aguardaban junto a ellos, provistos de hojas de papel de periódico. La señorita Langenweiler, profesora de kindergarten de Matt, afirmaba que en todos sus años de docencia nunca había visto tanto detalle en un dibujo infantil. Las letras y los números, sin embargo, se le resistían. Si le mostraba una «b» o una «t» en el periódico, salía huyendo lejos de mí. Érica le compró abecedarios cuidadosamente ilustrados y provistos de letras de gran tamaño. «Pelota», decía, al tiempo que le señalaba la imagen de un balón de playa. « P-E-L-O-T-A». Pero Matthew no quería saber nada de pelotas ni de «pes».

—Léeme Los siete cuervos, mami —solía decir, y Érica dejaba a un lado el tedioso abecedario recién adquirido y alargaba la mano en busca de nuestro deslucido ejemplar de Cuentos de Grimm.

A veces se me ocurría que Matt veía demasiadas cosas, que sus ojos y su cerebro se hallaban tan desbordados por la increíble especificidad del mundo que el mismo don que le había permitido observar los hábitos de las moscas, las grietas del cemento y el modo en que se abrochan los cinturones le dificultaba el aprendizaje de la lectura y de la escritura. Mi hijo tardó largo tiempo en comprender que en nuestro idioma las palabras se desplazaban de izquierda a derecha de la página, y que los huecos que separaban los grupos de letras indicaban la separación entre una y otra.

Todas las tardes, después del colegio, Mark y Matthew jugaban juntos mientras Grace les obsequiaba con trozos de zanahoria y de manzana, les leía cuentos y ponía paz en las ocasionales disputas que surgían entre ellos. Pero aquella rutina cotidiana se vio alterada en febrero. Bill me explicó que Mark se había sentido «muy disgustado» con la visita navideña de su madre, y que Lucille y él habían decidido que para el niño sería mejor vivir con ella en Texas. Yo no le acucié para que me proporcionara más detalles. Las pocas veces que me hablaba de su hijo, su voz, por lo general suave, se tensaba, y su mirada se detenía en algún punto indeterminado —una pared, un libro, una ventana— situado a mis espaldas. Aquella primavera Bill viajó tres veces a Houston. Durante aquellos largos fines de semana, Mark y él se aislaban en algún motel, veían los dibujos animados, paseaban, jugaban con muñecos de La guerra de las galaxias y leían Hansel y Gretel.

—Es lo único que le apetece que le lea… una y otra vez, una y otra vez —decía Bill—. Me lo sé de memoria.

Bill dejó al niño con su madre, pero se llevó el cuento consigo y comenzó una serie de construcciones que terminarían convirtiéndose en su propia versión de la historia. Para cuando concluyó Hansel y Gretel, Mark y su madre estaban viviendo otra vez en Nueva York. A Lucille le habían ofrecido una renovación anual de su puesto de enseñanza en Rice, pero la había rechazado.

Poco después de que Mark se trasladara a Texas, Gunna murió. La desaparición de aquel muchacho imaginario que había vivido en la casa durante dos años se vio sucedida por la llegada de una nueva persona a la que Matt llamó «el Niño Fantasma». Cuando Érica le preguntó cómo había muerto Gunna, él respondió:

—Se hizo demasiado viejo y ya no podía vivir.

Una tarde, Érica y yo acabábamos de leerle su cuento y estábamos sentados en el borde de su cama.

—Tengo la sensación del Niño Fantasma —dijo Matt.

—¿Quién es el Niño Fantasma? —preguntó Érica, inclinándose hacia él y depositando los labios sobre su frente.

—Es un niño que vive en mis sueños.

—¿Y sueñas mucho con él? —pregunté.

Matt asintió.

—No tiene cara y no sabe hablar, pero puede volar. No tan bien como Peter Pan, pero se despega un poco del suelo y luego vuelve a caer. A veces está aquí, pero otras veces se va.

—¿Y adónde va? —preguntó Érica.

—No lo sé. Yo nunca he estado allí.

—¿Y sólo se llama Niño Fantasma o tiene algún otro nombre? —pregunté yo.

—Lo tiene, pero no me lo puede decir. ¡No sabe hablar, papá!

—Es verdad, se me olvidaba.

—No te da miedo, ¿verdad, Matt? —dijo Érica.

—No, mamá —repuso él—. Es bueno conmigo, ¿sabes? Está medio dentro de mí, medio fuera de mí, y además sé que en realidad no es de verdad.

Aceptamos aquella críptica explicación y le dimos un beso de buenas noches. El Niño Fantasma estuvo años yendo y viniendo. Al cabo de cierto tiempo se convirtió para Matt en un recuerdo, en un personaje al que ya se refería en pasado. Érica y yo terminamos por comprender que se trataba de una criatura deficiente y merecedora de compasión. Cuando nos contaba sus desfallecidos intentos por volar, que apenas le elevaban unos centímetros por encima del suelo, Matt sacudía la cabeza y adoptaba un extraño tono de superioridad. Hablaba como si a diferencia de su fantasía, él, Matthew Hertzberg, contara con un par de alas amplias y eficaces con las que soliera volar regularmente por el centro de Nueva York.

En mayo, cuando Violet leyó su tesis, el Niño Fantasma aún seguía activo. Érica y ella se pasaron horas discutiendo sobre qué debía ponerse Violet para la ocasión. Cuando las interrumpí para explicarles que los tribunales nunca se fijaban en el atuendo de los aspirantes al doctorado, Érica me interrumpió.

—¿Qué sabes tú? Tú no eres una mujer.

Finalmente, se decidió por una falda de diseño conservador, una blusa y tacones bajos, pero debajo se puso un corsé de ballenas que había encontrado en una compañía de alquiler de vestuario del Village. Antes de

partir hacia el examen se presentó en nuestra casa para mostrarnos el aspecto que tenía.

—El corsé es para que me dé buena suerte —dijo, mientras giraba sobre sus talones para que Érica y yo pudiéramos admirarla—. Me hace sentir más próxima a mis histéricas, pero también me apuntala las zonas apropiadas —se examinó el vientre—. Tantos meses sin despegar el culo del asiento me han vuelto bastante oronda.

—No estás gorda, Violet —dijo Érica—. Si acaso, voluptuosa.

—Estoy rechoncha, y lo sabes.

Besó a Érica y a continuación me besó a mí. Cinco horas después, regresó con expresión triunfal.

—Para algo tendrá que servirme —dijo, refiriéndose a su doctorado—. Por aquí me consta que no hay ofertas. La semana pasada una amiga me contó que sólo había tres plazas de Historia Francesa en todo el país. Estoy condenada al desempleo. Tal vez me convierta en una de esas taxistas cultas y supereducadas que van de un barrio a otro cantando arias de Puccini o citando a Voltaire para beneficio de los pasajeros que transportan en el asiento de atrás, que a su vez se pasarán el trayecto rogando al cielo por que me calle y conduzca.

Violet no terminó de taxista, y tampoco de profesora. Un año más tarde, la University of Minnesota Press publicó Histeria y sugestión: sumisión, rebelión y enfermedad en la Salpêtrière. Los puestos docentes a los que Violet podría haber aspirado se encontraban en lugares remotos como Nebraska o Georgia, y a ella no le apetecía abandonar Nueva York. En cuanto a Bill, un museo español de arte contemporáneo había comprado sus tres grandes obras sobre la histeria, y muchas de las piezas menores habían ido a parar a manos de los coleccionistas, por lo que sus problemas económicos estaban solucionados, al menos durante una temporada. Sin embargo, mucho antes de que le publicaran el primer libro, Violet ya había iniciado las labores de investigación destinadas a un segundo volumen que habría de versar acerca de otra epidemia cultural. Había decidido escribir sobre los trastornos de la alimentación. Aunque exageraba al hablar de su propia gordura, lo cierto era que sus amplias curvas habían comenzado a recordar a las de las más turgentes estrellas de

cine de mi juventud. Violet sabía que su cuerpo estaba lejos de lo exigido por la moda, y sobre todo en Manhattan, donde la delgadez era una condición fundamental para considerarse verdaderamente chic. Su trabajo despertaba inevitablemente sus pasiones más íntimas, y la comida era una de ellas. Cocinaba bien, y comía con verdadera fruición, hasta el punto de perder la compostura en más de una ocasión. Casi siempre que Érica y yo compartíamos una comida con ella y con Bill acabábamos teniendo que ver cómo éste, servilleta en mano, se ocupaba de limpiar delicadamente los restos de comida y las manchas de salsa que salpicaban el rostro de su mujer.

Violet aún tardaría años en escribir su libro, y éste sería algo más que un frío estudio académico. Había emprendido la misión de poner al descubierto esas afecciones que ella llamaba «histerias invertidas».

—Hoy en día las chicas crean límites —decía—. Las histéricas querían reventarlos. Las anoréxicas quieren definirlos.

Se sumergió en textos históricos. Estudió a los santos, que se negaban a sí mismos el alimento terrenal para mejor degustar el sustento celestial del cuerpo de Cristo en sus visiones: su sangre, el pus de sus llagas, incluso su prepucio extraviado. Desenterró informes médicos de muchachas que supuestamente se habían pasado meses sin comer y de mujeres que se nutrían del aroma de las flores o de ver comer a los demás. Exploró las vidas de los artistas del hambre que habían actuado en las ciudades de Europa y Norteamérica durante todo el siglo XIX y hasta bien entrado el XX. Me habló de un hombre llamado Sacco que en Londres había ayunado públicamente encerrado en una urna de cristal mientras cientos de visitantes desfilaban junto a su cuerpo consumido. Visitó también sanatorios y hospitales. Entrevistó a mujeres y a adolescentes aquejadas de anorexia nerviosa, bulimia y obesidad. Habló con médicos, terapeutas, psicoanalistas y editores de revistas femeninas. Fue acumulando en su pequeño estudio del piso de arriba horas y horas de cintas magnetofónicas con material para su libro, y aprovechaba nuestros encuentros para ir comunicándonos los nuevos títulos que se le iban ocurriendo, todos a cual más chistoso: Vacas y flacas, Bocas locas y mi favorito, Apetitos chiquititos y hambres grandes.

Bill me invitó tres o cuatro veces a visitar su estudio mientras trabajaba en la serie de Hansel y Gretel. Durante mi tercera visita advertí de pronto que el cuento que había escogido también tenía que ver con la comida. Todo el argumento giraba en torno a la problemática de comer o no comer o ser comido. Bill narraba Hansel y Gretel por medio de nueve obras diferentes. A lo largo del relato las figuras y las imágenes iban tornándose cada vez más grandes, hasta que en la última de ellas alcanzaban por fin la escala humana. El Hansel y la Gretel de Bill eran niños hambrientos, víctimas de la desnutrición cuyos ojos inmensos y frágiles extremidades recordaban los cientos de fotografías que documentan la miseria del siglo XX, y el artista los vestía con camisetas harapientas, vaqueros y playeras.

La primera pieza era una caja de unos setenta centímetros de lado construida a la manera de una casa de muñecas y abierta en uno de sus costados para revelar el interior. En el rellano superior de una escalinata podían verse las figuras recortadas de Hansel y Gretel. Bajo ellos figuraban otras dos siluetas construidas de modo similar que representaban a un hombre y una mujer sentados en un sofá frente al parpadeo de una pantalla de televisión cuya luz palpitante estaba alimentada por una bombilla diminuta instalada tras el cuadro. Resultaba imposible divisar el rostro del hombre, cuyos rasgos se mantenían ocultos por las sombras; no así el semblante de la mujer que, vuelto hacia el marido, se asemejaba a una máscara dura y crispada. Los cuatro personajes habían sido dibujados en tinta negra (con un estilo que me recordaba vagamente los tebeos de Dick Tracy) y luego instalados en el interior de la casa, pintada a su vez de diversos colores.

Las tres piezas siguientes eran otros tantos cuadros. Los lienzos aparecían rodeados de voluminosos marcos dorados como los que abundan en los museos, y cada uno de ellos era algo mayor que el anterior. Al principio, los colores y el estilo de los cuadros me recordaron a Friedrich, pero luego me di cuenta de que poseían una mayor semejanza con los paisajes americanos románticos pintados por Rider. El primer cuadro mostraba a los niños vistos desde una gran distancia, poco después de que despertaran en el bosque y descubrieran la ausencia de sus padres. Las

diminutas figuras estaban abrazadas bajo una luna distante y siniestra que bañaba con su fría luz los guijarros de Hansel. A aquella imagen seguía otro paisaje del suelo boscoso en el que, bajo un cielo azul negruzco, podía verse un largo rastro de migas de pan que refulgían como pálidos tubérculos. En aquella imagen, los niños, apenas visibles, no eran sino meras sombras tendidas una junto a otra en el lecho de la foresta. En el tercer lienzo Bill había pintado a los pájaros que descendían volando en busca de las migajas a medida que un sol dorado y mortecino ascendía a través de los árboles. Hansel y Gretel no se veían por ninguna parte.

Para representar la casita de chocolate Bill había renunciado a los lienzos enmarcados en favor de una tela de mayor tamaño estructurada en forma de casa. Hansel y Gretel eran figuras recortadas y adheridas al tejado. Para pintar la casa y los niños se había servido de anchas y violentas pinceladas y de colores mucho más llamativos que los utilizados hasta entonces. Las dos criaturas famélicas y abandonadas aparecían arrellanadas sobre la casa, atracándose de dulces. Hansel oprimía con fuerza la palma de la mano sobre sus labios mientras se atiborraba de bombones. Gretel entrecerraba los ojos de felicidad a la vez que mordía una piruleta. Todos los caramelos que componían la casa eran reconocibles. Algunos estaban pintados, pero otros eran cajas y bolsas de confites auténticos que Bill había adherido a la superficie de sus paredes: Chuckles, Hersheys, Sweetarts, Jujyfruits, Kit Kats y Almond Joys.

La bruja no aparecía hasta la sexta pieza, que era también un cuadro. En el interior de otro lienzo con forma de casa, aunque pintado con colores más apagados que el anterior, una vieja se inclinaba sobre los niños dormidos, que mostraban el semblante rollizo y beatífico de dos glotones bien saciados. Junto a las tres figuras había una mesa alfombrada de platos sucios. Bill había pintado en ella migajas de pan y trozos de hamburguesa, así como rojos vestigios de kétchup en los platos. El interior de la estancia era tan vulgar e insustancial como el de cualquier otro hogar americano, pero estaba pintado con una energía que me recordó a Manet. Una vez más, Bill había incluido un televisor, en cuya pantalla aparecía representado un anuncio de mantequilla de cacahuete. La bruja vestía un sujetador mugriento y unos *panties* color carne a través de los que podían

distinguirse el aplastado retazo del vello púbico bajo su vientre hinchado y reblandecido. Sus senos marchitos bajo el sujetador y los dos enjutos michelines que rodeaban su cintura eran, ya de por sí, desagradables de contemplar, pero sus facciones eran realmente monstruosas. Los ojos, desencajados de ira, parecían a punto de salirse de las órbitas tras los gruesos lentes que portaba, y la boca, abierta de par en par, se antojaba desproporcionadamente grande y mostraba una hilera de dientes salpicados de relucientes empastes de plata. En la bruja de Bill se hacía realidad todo el horror literario de los cuentos de hadas. Aquella mujer era una caníbal.

En la séptima pieza Bill volvía a cambiar de formato. En el interior de una jaula de acero reposaba una imagen plana de Hansel recortada en lienzo. El niño aparecía a gatas, y al mirar a través de los barrotes pude ver que su aspecto era mucho más rollizo que en anteriores encarnaciones. Sus viejas ropas ya no le servían, y el voluminoso vientre desbordaba ya sus vaqueros desabrochados. Al fondo de la jaula yacía una auténtica espoleta ósea de pollo, limpia, seca y blanquecina. La octava pieza mostraba a Gretel frente a un fogón. La niña, similar a su anterior caricatura, era un grueso recorte de cartón, pero mucho más rechoncha. Bill había pintado tanto la perspectiva frontal de su cuerpo como la posterior, porque la figura estaba pensada para verse desde ambos lados. El fogón era un fogón real con la puerta del horno abierta. En su interior, sin embargo, no había ningún cadáver chamuscado. Bill había retirado la pared posterior del horno, y todo cuanto podía verse era la pared blanca que se extendía tras ella.

La última obra mostraba a dos niños bien alimentados que atravesaban el umbral de una puerta recortada en lo que había sido un amplio lienzo rectangular de tres metros de ancho por dos de alto. La estructura ya no era la de una casita de chocolate, sino la estructura clásica de una de esas casas unifamiliares que tanto abundan en cualquier suburbio norteamericano, aunque pintada de tal modo que pareciera extraída de una desvaída foto en color. Bill había rodeado el lienzo con un reborde blanco y delgado como los que solían circundar las fotografías antiguas. Los niños sostenían una cuerda real en sus aplastadas manos. A poca distancia

de ellos se alzaba la escultura tridimensional de un hombre modelado en tamaño real. Arrodillado en el suelo, aferraba el otro extremo de la soga y parecía estar arrastrando a los pequeños hacia él en un intento por arrancarlos del relato. Junto a sus pies yacía un hacha real. La figura paterna se hallaba pintada por entero de azul, y encima del azul podía leerse en letras blancas el cuento completo de Hansel y Gretel: «Junto a la linde de un gran bosque vivía un pobre leñador con su mujer y sus dos hijos. El niño se llamaba Hansel, y la niña Gretel».

Palabras de salvación, pensé para mí al descifrar la escritura que adornaba el cuerpo del hombre. Ignoro qué pretendía decir exactamente con ello, pero lo pensé de todos modos. La noche siguiente a mi primera aproximación al Hansel y Gretel ya terminado, soñé que alzaba el brazo y descubría diversas palabras tatuadas en mi piel. No podía comprender cómo habían llegado allí, y tampoco me era posible leerlas, pero sí podía identificar los sustantivos, ya que todos ellos aparecían escritos en letras mayúsculas. Intenté borrar las palabras, pero se negaban a desaparecer. Al despertar del sueño supuse que habría estado inspirado por la figura paterna de Bill, pero en ese momento recordé la imagen de la mujer estigmatizada y las pálidas marcas que el nombre de Violet había adoptado sobre la epidermis de su dueña. Hansel y Gretel era una historia de voracidad y de penuria y de terrores infantiles, pero la obra de Bill, con sus niños esqueléticos, había exhumado una nueva asociación de entre las quimeras de mi pensamiento: los nombres en mayúsculas de mi lengua materna se habían transformado en los números grabados a fuego en los brazos de los internos que llegaban a los campos de exterminio nazis. Mi tío David había sido el único miembro de mi familia que vivió lo suficiente como para que llegaran a marcarle. Durante largo rato permanecí tendido en la cama, escuchando la respiración de Érica, y al cabo de una hora aproximadamente salí de la habitación sin hacer ruido, me senté ante mi escritorio y escarbé en el cajón en busca de la foto de boda de David y Marta. Eran las cuatro de la mañana, y en Greene Street reinaba una calma singular. Mientras examinaba la fotografía apenas llegaba a mis oídos el rumor de los escasos camiones que descendían por Canal. Observé el traje de mi tío y el elegante vestido que lucía Marta, un

largo modelo que llegaba hasta los tobillos. David había sido más guapo que mi padre, pero no era difícil reconocer el parecido entre ambos, especialmente en la mandíbula y en la frente. Conservo un único recuerdo de mi tío: mi padre y yo hemos de reunirnos con él y vamos caminando juntos a su encuentro. Estamos en un parque, y el sol que brilla a través de los árboles dibuja juegos de luces y de sombras sobre el césped. Yo observo atentamente la hierba, y de repente aparece el tío David, me coge por la cintura y me eleva por encima de su cabeza. Recuerdo el placer de subir y bajar por el aire, y la admiración que me producían su fuerza y su confianza. Mi padre quería que abandonara Alemania con nosotros. No recuerdo que aquel día discutieran al respecto, pero sé que riñeron varias veces, y también que David se negó en redondo a dejar atrás el país que tanto amaba.

La exhibición de la serie de Hansel y Gretel causó sensación. El inspirador de todo el jaleo no fue otro que Henry Hasseborg, que había escrito para *DASH: The Downtown Arts Scene Herald* un artículo titulado: «*LA PERSPECTIVA MISÓGINA DEL CHICO DE MODA*». De entrada, Hasseborg acusaba a Bill de adoptar «la frívola actitud machista de los expresionistas abstractos para hacerles el juego a los coleccionistas ricos de Europa», tras lo cual vapuleaba la obra en su conjunto, calificándola de «ilustración pueril». A continuación, la definía como «la más flagrante expresión artística de odio hacia las mujeres que recordamos en la historia reciente». A lo largo de tres apretadas columnas de texto, Hasseborg vituperaba, despotricaba y destilaba veneno. El artículo incluía una generosa fotografía de Bill con unas gafas de sol que le hacían parecer una estrella de cine. Bill se mostró estupefacto. Violet se echó a llorar. Érica dijo que el artículo era un ejemplo de «odio narcisista», y Jack pareció divertido:

—¿Cómo se atreve semejante mofeta a dárselas de feminista? ¡Y encima habla de hacer el juego!

Personalmente, pensé que Hasseborg llevaba tiempo queriendo atacar. Para cuando apareció el artículo, Bill había obtenido la atención suficiente como para ganarse la antipatía de más de uno. La envidia y la crueldad son

acompañantes inevitables de la fama, por modesta que pueda ser. Poco importa dónde surja: en el patio de la escuela, en un colegio interno, en los pasillos de la facultad o entre los blancos muros de una galería de arte. Fuera, en el ancho mundo, el nombre de William Wechsler significaba bastante poco, pero en el incestuoso círculo de coleccionistas y museos de Nueva York su reputación iba caldeándose, y un débil resplandor bastaba para sulfurar a personajes como Henry Hasseborg.

A lo largo de los años, Bill habría de despertar una y otra vez el odio de personas que ni siquiera le conocían, y en todas aquellas ocasiones se sintió igualmente dolido y sorprendido. Sus apuestas facciones eran una maldición ya de por sí, pero mucho más perjudicial resultaba el hecho de que los desconocidos —por lo general periodistas— detectaran vagamente su código ético, esa exasperante certeza de quien se niega a aceptar compromisos. Para algunos, por lo general europeos, ello le convertía en una figura romántica, a la vez que en un genio fascinante y misterioso. Para otros, casi siempre norteamericanos, las rigurosas convicciones de Bill eran como una bofetada, una insultante confirmación de que no era «un tipo normal». Lo cierto es que gran parte de sus creaciones ni siquiera se exhibían. Sus exposiciones eran el resultado de severas purgas durante las cuales reducía su producción a aquello que consideraba esencial. El resto lo mantenía oculto. Consideraba algunas de sus obras como fracasos; otras, como redundancias, y un tercer grupo como piezas únicas y aisladas, lo que significaba que no podían exhibirse como parte de un grupo. Aunque Bernie se las arreglaba para vender algunos de los trabajos desconocidos directamente desde la trastienda, Bill se limitaba a conservar gran número de ellos para sí. Según me dijo, no necesitaba dinero, y le gustaba rodearse de sus cuadros y de sus cajas y de sus pequeñas esculturas, como si se trataran de «viejos amigos». A la vista de aquello, la acusación de Hasseborg según la cual Bill modelaba su estilo a gusto de los coleccionistas sólo podía calificarse de risible, pero nacía de un anhelo ardiente. Para Henry Hasseborg, admitir que pudiera haber artistas que no obedecieran al vanidoso y complaciente impulso de promocionar sus carreras habría equivalido a autoaniquilarse. Había mucho en juego, y el tono del artículo reflejaba la desesperación del personaje.

Tras la publicación del artículo pedí a Bernie más información acerca de Hasseborg. Supe entonces que antes de dedicarse a escribir había sido pintor. Según Bernie, se había dedicado a pintar lienzos confusos y semiabstractos que nadie compraba, y tras varios años de penuria había abandonado finalmente su vocación para emprender la carrera de novelista y crítico de arte. A comienzos de la década de 1970 publicó un libro acerca de un traficante de drogas del Lower East Side que, entre transacción y transacción, encuentra tiempo para meditar sobre la situación del mundo. El libro había obtenido algunas buenas críticas, pero Hasseborg no había conseguido completar otro en los diez años siguientes a su publicación. Sí había escrito, no obstante, numerosas críticas, y Bill no era en modo alguno su primera víctima. También en los setenta, Bernie había expuesto a una artista llamada Alicia Cupp, cuyas delicadas esculturas de cuerpos fragmentados y retazos de encaje se habían vendido muy bien en la galería Weeks. En otoño de 1979, Hasseborg pulverizó sus obras a lo largo de una reseña publicada en Art in America. «Alicia siempre fue una persona frágil —me dijo Bernie—, pero aquel artículo terminó de hundirla. Pasó algún tiempo internada en el sanatorio Bellevue y finalmente hizo las maletas y se marchó a vivir a Maine. Lo último que oí de ella era que se había atrincherado en una cabaña con treinta gatos. En cierta ocasión la llamé para preguntarle si no querría vender algo de obra a través de mí. Le dije específicamente que no tenía necesidad de venir a Nueva York. ¿Pues sabes lo que me dijo? "Ya no hago esas cosas, Bernie. Lo he dejado"».

La inesperada conclusión de la historia fue que la virulencia de Hasseborg sirvió de inspiración para otros tres artículos en torno a Hansel y Gretel, uno de ellos igualmente hostil a la serie y otros dos que la elogiaban. Uno de estos últimos apareció en Artforum, una revista más relevante que DASH, y la polémica resultante no hizo sino impulsar a más y más público a visitar la galería. La gente acudía para ver a la bruja de Bill, pues era la bruja la que claramente había desatado las iras de Hasseborg. Aquellos *panties* le habían ofendido al punto de dedicar todo un párrafo a las medias de la vieja y al vello púbico que se adivinaba bajo ellas. La mujer que criticó la obra para Artforum contribuyó a la polémica desatada en torno a los *panties* con tres párrafos en los que defendía el uso

de dicha prenda por parte de Bill, a raíz de lo cual numerosos artistas que él ni siquiera conocía le telefonearon para transmitirle su solidaridad y expresar la admiración que sentían por su obra. Sin pretenderlo, Hasseborg había sacado a la bruja de Bill a plena luz, y ésta, por su parte, había sometido al mundo del arte a un sortilegio mediante la magia de la controversia.

La bruja reapareció en el curso de una conversación sostenida una tarde de sábado del mes de abril. Cuando Violet llamó a la puerta yo estaba sentado ante mi escritorio, observando una gran reproducción de la puerta pintada por Giorgione con la imagen de Judit pisando la cabeza cortada de Holofernes. Violet dejó caer sobre la mesa un libro que le había prestado y a continuación depositó una mano sobre mi hombro y se inclinó sobre mí para observar la pintura más de cerca. Con el pie apoyado sobre la cabeza del hombre que acaba de decapitar, Judit parecía sonreír levemente, pero lo mismo le ocurría a la cabeza, como si la mujer y aquella testa incorpórea compartieran un secreto en común.

—Cualquiera diría que a Holofernes le ha gustado que le decapitaran —dijo Violet—. La imagen no resulta en absoluto violenta, ¿no crees?

—Es cierto —dije yo—. A mí me parece erótica. Sugiere el reposo posterior al sexo, el silencio de la satisfacción.

Violet deslizó la mano a lo largo de mi brazo. Esa clase de gestos íntimos a ella le resultaban naturales, pero yo me sentí súbitamente consciente de la presencia de sus dedos a través del tejido de la camisa.

—Tienes razón, Leo. Tienes toda la razón.

Se desplazó hasta el lado de la mesa y se reclinó sobre ella.

—Judit ayunaba, ¿no es así? —dijo, recorriendo el largo cuerpo de la mujer con el dedo—. Es como si se hubieran fundido el uno con el otro, ¿verdad? Supongo que eso es en definitiva el sexo. —Volvió la cabeza a un lado—. ¿No está Érica en casa?

—Ha salido a hacer unos recados con Matt.

Violet cogió una silla y se sentó frente a mí. Alzó el libro e hizo girar la imagen para verla derecha.

—Sí, yo creo que aquí lo ha conseguido. Es muy misterioso, todo este concepto de fusión.

—¿Qué es esto, una idea nueva?

—No precisamente —dijo—. Todo comenzó porque estaba buscando un modo de referirme a la amenaza que las personas anoréxicas perciben en el exterior. Esas muchachas se encuentran sobremezcladas, si sabes a qué me refiero. Les resulta difícil separar sus propias necesidades y apetencias de las de los demás, y al cabo de cierto tiempo se rebelan encerrándose en sí mismas. Intentan ocluir todas sus aberturas de tal modo que nada ni nadie pueda penetrar en ellas. Pero vivimos en un mundo de mezclas. El mundo transita a través de nosotros por medio de la comida, los libros, las imágenes, el resto de las personas… —Violet apoyó los codos sobre la mesa y frunció el entrecejo—. Creo que cuando se es joven resulta más difícil saber lo que se quiere, saber en qué medida está uno dispuesto a aceptar a los demás. Yo, cuando vivía en París, me probaba ideas acerca de mí misma como quien se prueba sombreros. Me pasaba la vida reinventándome. El proceso de recolectar todas esas historias sobre las internas del pabellón me producía inquietud y desasosiego. Solía vagar por las calles a última hora de la tarde, deteniéndome aquí y allá para tomar un café. Un día conocí en un café a un joven llamado Jules. Me dijo que acababa de salir de la cárcel… ese mismo día. Había cumplido una condena de ocho meses por extorsión. Me pareció muy interesante, y le pedí que me hablara de la cárcel, de cómo era. Me dijo que era un lugar terrible, pero que había podido leer mucho en su celda. Era un tipo muy apuesto, con grandes ojos castaños y unos labios muy tiernos, no sé cómo explicarlo, de esos que parece como si estuvieran ligeramente magullados de tanto besar. Sea como fuere, el caso es que me colé por él. Jules estaba convencido de que yo, Violet Blom, era una alocada jovencita norteamericana, una especie de femme fatale de finales del siglo XX que andaba suelta por París. Era todo una tontería, pero a mí me gustaba. Durante todo el tiempo que estuve con él me vi a mí misma como si fuera un personaje de película.

Violet alzó la mano de la mesa e hizo ademán de señalar a la derecha.

—Mira —prosiguió—: Ahí la tienes, sentada con él en un café. La escena está bien iluminada, pero levemente desenfocada para hacerla más atractiva. Al fondo se oye una música hortera. Y ella le mira de esa manera, irónica, distante, inaprensible. —Violet dio una palmada—. ¡Corten! —exclamó, y señaló el otro extremo de la habitación—. Ahí la tenemos de nuevo. Tiñéndose el pelo en el fregadero. Se vuelve hacia la cámara. Violet ha desaparecido y ahora tenemos a V Platinum. V sale a la noche y al encuentro de Jules.

—Te teñiste el pelo de rubio —dije yo.

—Sí, y ¿sabes qué me dijo Jules al ver mi nuevo aspecto?

—No.

—Dijo: «Pareces una chica a la que le vendría bien aprender a tocar el piano».

Me eché a reír.

—Puedes reírte si quieres, Leo —dijo—, pero así empezó todo. Jules me recomendó un profesor.

—¿Quieres decir que realmente acudiste a clases de piano tan sólo porque él te lo dijo?

—En ese momento me sentía de humor para hacerlo. Era una orden y un desafío al mismo tiempo… resultaba muy sexy. ¿Y por qué no recibir clases de piano? Tenía que acudir a un apartamento de Marais. El tipo se llamaba Renasse. Tenía montones de plantas, árboles enormes, helechos y pequeños cactus llenos de pinchos: una auténtica jungla. Tan pronto como entré en su casa tuve la sensación de que allí se cocía algo, pero no habría sabido decir qué. *Monsieur* Renasse era un personaje envarado y cortés. Empezamos desde el principio. Yo debía de ser una de las pocas niñas norteamericanas que nunca en su vida habían tocado el piano, aunque sí había tocado la batería. El caso es que durante un mes acudí a casa de *monsieur* Renasse todos los martes. Aprendí a tocar algunas piezas breves. Él se mostraba siempre très correct, casi hasta el punto de resultar aburrido, y sin embargo cuando me sentaba junto a él notaba mi cuerpo con tanta intensidad que era como si no me perteneciera. Mis pechos me parecían demasiado grandes, mis nalgas ocupaban demasiado sitio en el banco, y notaba como si mis nuevos cabellos blancos me quemaran.

Tocaba con los muslos apretados. Durante la tercera lección, se mostró algo más severo y me riñó un par de veces. Pero fue durante la cuarta cuando le vi realmente exasperado. De repente, se detuvo y vociferó: «*Vous êtes une femme incorrigible*[6]» y a continuación me sujetó el dedo índice de esta manera —Violet se inclinó sobre la mesa y me aferró la mano y luego el dedo, que oprimió con fuerza. A continuación se incorporó sin soltarlo y se reclinó sobre mí. Aproximó sus labios a mi oído y prosiguió quedamente con voz ronca—: Y entonces me dijo con un susurro, «Jules».

Violet soltó mi dedo y retornó a su silla.

—Salí corriendo de allí. No me llevé un limonero por delante de milagro —dijo, e hizo una pausa antes de seguir—. ¿Sabes, Leo? Han intentado seducirme cientos de hombres. Por entonces ya estaba acostumbrada, pero aquello era diferente. Me asustaba, porque de lo que se trataba era de mezclarse.

—No estoy seguro de comprender a qué te refieres —dije yo.

—Cuando me oprimió el dedo fue como si lo estuviera haciendo Jules, ¿no entiendes? Jules y *monsieur* Renasse estaban mezclados entre sí, y a mí me daba miedo precisamente porque me atraía. Me excitaba.

—También puede ocurrir que *monsieur* Renasse se sintiera atraído por ti y tú por él, y que simplemente estuviera utilizando a Jules.

—No, Leo —dijo ella—. A mí, *monsieur* Renasse no me atraía en lo más mínimo. Sabía que era Jules. Jules lo había organizado, y a mí me atraía la idea de representar en la realidad una de sus fantasías.

—¿Pero no eras ya la amante de Jules?

—Por supuesto, pero a eso precisamente me refiero. No le bastaba. Quería que interviniera una tercera persona.

No respondí. Comprendía la historia mejor de lo que ella misma imaginaba, y fuera lo que fuese lo sucedido en aquel apartamento selvático, sentí como si ahora el episodio también me incluyera a mí, como si aquellos eslabones de energía erótica siguieran intactos.

—He decidido que mezcla es un término clave. Es mejor que sugestión, que al fin y al cabo es unilateral. Explica aquello de lo que las personas rara vez hablamos, porque nos definimos como cuerpos aislados

y cerrados que entrechocan unos con otros pero sin abrirse. Descartes se equivocaba. No es: «Pienso, luego existo». Es: existo porque tú existes. Eso sería Hegel… bueno, digamos que en versión abreviada.

—Tal vez demasiado abreviada —dije yo.

Violet hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Lo importante es que estamos entremezclándonos de modo constante con los demás. A veces es normal y es bueno, y otras veces resulta peligroso. Las clases de piano no son más que un ejemplo evidente de lo que yo percibo como peligroso. Bill se mezcla con sus cuadros. Los escritores, con sus libros. Nos pasamos la vida haciéndolo. Piensa en la bruja.

—¿Te refieres a la bruja de Bill?

—Sí. Hansel y Gretel es la historia de Mark. Es como su cuento de hadas particular, el que más directamente le llega a él. Bill lo pintó por Mark, y a veces Mark me dice: «Mi mamá de verdad eres tú», pero luego, al cabo de dos minutos, se enfada y exclama: «Tú no eres mi mamá de verdad. Te odio». Todo cuanto puedo decir es que siempre que estoy con él la noto a ella presente. La percibo en todos nuestros juegos. Me susurra al oído cada vez que hablo con él. Si dibujamos, la tengo allí. Si sacamos los bloques de construcción, sigue allí. Si le riño, está allí. Cada vez que alzo la mirada me la encuentro allí.

—¿Quieres decir que a sus ojos siempre estás a caballo entre la buena madre y la bruja?

—Aguarda un momento y te lo explicaré —dijo—. Hace ya más de un año que Mark y yo jugamos a un juego siempre que le saco del baño. Ahora me permite que le vea desnudo. Antes no quería. El juego se llama «El señorito Fremont», y funciona así: Mark es el señorito Fremont y yo soy su criada. Le envuelvo en su albornoz y le conduzco del cuarto de baño a la cama. Le acuesto y a continuación empiezo a abrazar y a besar a mi joven amo. Él finge montar en cólera y me despide. Yo le prometo portarme bien y no volver a abrazarle pero, incapaz de controlarme, vuelvo a arrojarme sobre él y comienzo de nuevo a besarle y a abrazarle. Él vuelve a despedirme. Yo le imploro que me conceda una nueva oportunidad. Me arrodillo delante de él. Hago como si llorara. Él se

compadece de mí y el juego vuelve otra vez al principio. Si por él fuera, seguiríamos así para siempre.

—Eres demasiado oscura, Violet.

—Se trata de Lucille, ¿no lo entiendes? Es Lucille.

—El juego —dije, lentamente.

—Sí: es un juego de mezclas. Le permite rechazarme, despedirme y luego aceptarme de nuevo, una y otra vez. Él es quien tiene el poder. En el juego, yo represento a Mark. Y él representa…

—A su madre —dije yo.

—Sí —dijo Violet—. Lucille no nos dejará nunca.

Un mes después de aquella conversación me encontré a solas con Lucille. Habíamos perdido el contacto durante el año que vivió en Houston, y en otoño, después de su regreso a la ciudad, mis encuentros con ella se habían limitado a saludarnos de vez en cuando o a charlar unos instantes en el pasillo cuando venía a buscar a Mark. Las referencias de Violet a las «mezclas» presentes en la pintura de Giorgione, en las clases de piano y en el juego del señorito Fremont muestran una peculiar relevancia con relación a lo sucedido entre Lucille y yo, y he llegado a pensar que aunque aquella noche éramos las únicas personas que había en la habitación, en realidad no estábamos solos.

Todo comenzó un sábado por la tarde. Érica y yo habíamos acudido a una gran recepción organizada en Wooster Street para los seguidores de un grupo teatral del centro. La primera vez que vi a Lucille estaba conversando animadamente con un hombre muy joven, tal vez de veintipocos años. Llevaba el pelo recogido, con lo que su esbelto cuello quedaba a la vista, y llevaba un vestido gris mucho más bonito que cualquier otra cosa que le hubiera visto ponerse anteriormente. Advertí que a medida que hablaba con el joven, le asía de vez en cuando el antebrazo con un gesto enfático y sorprendentemente enérgico. Intenté cruzar la mirada con ella, pero no me vio. Era una de esas veladas multitudinarias en las que las conversaciones giran en torno a generalidades en el mejor de los casos y en las que la iluminación es

demasiado tenue como para ver bien a nadie. Al cabo de un rato la perdimos de vista.

Llevábamos cosa de media hora en la fiesta cuando Érica me dijo:

—¿Ves a ese chico que hay ahí?

Me volví. Al otro lado de la sala había un muchacho alto y delgado con gruesas gafas de montura negra y el cabello rubio y peinado de punta, como el penacho de una escoba. Paseaba sin rumbo fijo en torno a la mesa del bufette, y de pronto vi que alargaba velozmente la mano en dirección a un plato de comida. Se apropió de varios colines de pan y se los introdujo apresuradamente en los bolsillos de la larga gabardina que llevaba puesta y que tan poco apropiada se antojaba para una cálida noche de primavera sin lluvia. Al cabo de pocos minutos había conseguido aprovisionarse de bollos, uvas, dos quesos enteros y al menos un cuarto de kilo de jamón que fue repartiendo por los diferentes bolsillos de la prenda. Luego, aparentemente satisfecho con su botín y mostrando una silueta salpicada de protuberancias, el muchacho hizo ademán de dirigirse hacia la puerta.

—Voy a hablar con él —dijo Érica.

—No lo hagas, le avergonzarás —repuse yo.

—No pienso decirle que lo devuelva. Tan sólo quiero saber quién es.

Al poco rato, Érica me presentó a Lazlo Finkelman. Cuando le estreché la mano, él correspondió con una rígida inclinación de cabeza. Reparé en que llevaba la gabardina abrochada por debajo de la barbilla, y que parecía llevar más provisiones almacenadas en las inmediaciones del cuello. Lazlo no se quedó a charlar con nosotros, y al cabo de unos instantes le vimos encaminarse dificultosamente hacia la salida y desaparecer.

—El chaval está muerto de hambre, Leo. Sólo tiene veinte años. Vive en Brooklyn, en Greenpoint. Es artista, pero no sé muy bien qué hace. Se alimenta a base de saquear las mesas de los bufettes y de colarse en fiestas como ésta. Le he invitado a cenar la semana que viene. Quiero ayudarle.

—Con lo que ha pillado hoy debería tener para un mes —dije yo.

—Me he quedado con su número de teléfono —dijo Érica—. Pienso llamarle para asegurarme de que viene.

Cuando salíamos por la puerta volvimos a ver a Lucille. Estaba sola, con la espalda reclinada en la pared. Érica se aproximó a ella.

—¿Lucille? ¿Te encuentras bien? —dijo.

Lucille alzó el rostro para mirar a Érica y luego desvió los ojos hacia mí.

—Leo —dijo.

Le centelleaban los ojos, y su semblante mostraba una tersura que nunca había visto antes en ella. Las articulaciones de su cuerpo, por lo general rígido, parecían relajadas como las de una marioneta, y allí mismo, delante de nosotros, se le doblaron las rodillas y comenzó a deslizarse a lo largo de la pared. Érica la sostuvo.

—¿Dónde está Scott? —dijo Lucille.

—No sé quién es Scott —dijo Érica con voz dulce, y añadió, volviéndose hacia mí—: Ha debido de dejarla plantada. No podemos abandonarla aquí. Ha bebido bastante más de la cuenta.

Érica regresó andando a Greene Street para relevar a Grace de sus obligaciones de canguro, y yo tomé un taxi y acompañé a Lucille hasta East Third Street, entre las avenidas A y B. Ya en los escalones de acceso a su portal, mientras registraba el bolso en busca de sus llaves, observé que se había despejado un poco. Aunque sus gestos desmayados aún traicionaban su voluntad, pude reconocer el retorno de un leve velo de consciencia mientras se esforzaba por introducir la llave en la cerradura. En su pequeño apartamento en forma de túnel, situado en la primera planta del edificio, reinaba un silencio roto tan sólo por el goteo de un grifo oculto en alguna de las habitaciones. Podían verse algunos juguetes esparcidos por el suelo, una mesa cubierta de papeles y diversas prendas de ropa plegadas sobre el respaldo del sofá. Lucille se derrumbó sobre él y me miró. Tenía el peinado deshecho, y largos mechones de cabello caían sobre su rostro.

—¿Con quién está Mark esta noche? ¿Con Bill? —pregunté.

—Sí —dijo, deslizándose cautelosamente los dedos a por la cabellera como si no estuviera muy segura de qué hacer con ella—. Te agradezco todo esto.

—¿Te encuentras bien? —dije—. ¿Necesitas algo?

Ella me aferró repentinamente por la muñeca.

—Quédate un rato conmigo —dijo—. Por favor, quédate.

No me apetecía seguir allí. Era ya más de medianoche, y el bullicio de la fiesta me había fatigado, pero me senté junto a ella.

—La verdad es que apenas hemos hablado desde que volviste de Texas —dije—. ¿Llegaste a conocer a algún cowboy?

Lucille me sonrió. El alcohol le favorecía, pensé, porque ejercía un efecto de relajación permanente en sus rasgos que hizo que aquella sonrisa resultara mucho menos inhibida que de costumbre.

—No —repuso ella—. Lo más parecido que encontré fue Jesse. De vez en cuando le daba por ponerse un sombrero tejano.

—¿Y quién es Jesse?

—Era uno de mis alumnos, pero también salíamos juntos. Todo empezó cuando corregí sus poemas. No le gustaron mis sugerencias, y su irritación me interesó.

—¿De modo que te enamoraste del tal Jesse? —dije yo.

Lucille me miró fijamente a los ojos.

—Llegó a interesarme considerablemente. En cierta ocasión me pasé dos días siguiéndole. Quería averiguar a qué se dedicaba cuando no estaba conmigo, y le seguí sin que él lo supiera.

—¿Acaso pensabas que salía con otra mujer? —inquirí.

—No.

—¿Y qué hacía cuando no estaba contigo?

—Dar vueltas en su moto. Leer. Hablar con su patrona, una señora rubia que se maquillaba en exceso. Comer. Ver más televisión de lo recomendable. Una noche me quedé durmiendo en su garaje. Me gustó hacerlo, porque nunca llegó a enterarse. Llegué a su casa, estuve un rato espiándole por la ventana y luego pasé la noche en el garaje y me marché por la mañana, antes de que se levantara.

—No debió de resultar muy cómodo.

—Había una lona impermeable —dijo ella.

—Yo diría que eso es amor —dije—. Tal vez un poco obsesivo, pero amor al fin y al cabo.

Lucille mantuvo sus ojos fijos en mí y aguzó la mirada. Su semblante pálido mostraba unas profundas ojeras. Sacudió la cabeza.

—No —dijo—. No le quería, pero me gustaba estar cerca de él. Una vez, al principio, me dijo que me marchara, pero estaba enfadado y no lo decía de veras. Yo obedecí, y él vino a buscarme y nos reconciliamos. Luego, unos meses más tarde, volvió a decírmelo. Aquella vez se le veía tranquilo, y supe que hablaba en serio, pero me quedé hasta que me sacó por la puerta a empujones.

La observé en silencio. ¿Por qué me contaba todo aquello? ¿Acaso se había enredado en una especie de acertijo semántico sobre el significado del amor? ¿No estaría tal vez confesando su falta de sentimientos? ¿Por qué relataba historias tan íntimas, tan humillantes incluso, como si se trataran de ejercicios de ingenio extraídos de un manual de lógica para principiantes? Al contemplar sus ojos azules y diáfanos, su mirada fría y serena me resultó a la vez fascinante e irritante, y de pronto experimenté el impulso de abofetearla. O de besarla. Cualquiera de las dos cosas habría bastado para satisfacer el ansia que me invadía, y que no era otra cosa que un intenso deseo de alterar la frágil superficie de aquel rostro impasible. Me incliné hacia ella, y su respuesta fue inmediata. Me asió por los hombros, me atrajo hacia sí y me besó en los labios. Al devolverle el beso, introdujo su lengua profundamente en el interior de mi boca. Su agresividad me sorprendió, pues no encajaba con su carácter, pero en ese momento no me interesaban ni sus motivos ni los míos. A medida que comenzaba a desabotonar su vestido por la espalda ella desplazó sus labios hacia mi cuello, y pude sentir el contacto de su lengua y de sus dientes mordisqueándome la piel. La dentellada recorrió mi cuerpo como un pequeño calambre, y percibí en ella un cierto atisbo de violencia. Lucille no buscaba ternura, y quién sabe si no había notado desde el principio que el deseo que me inspiraba se hallaba muy próximo a la cólera. Aferré sus hombros, la arrojé de espaldas sobre el sofá y la miré a los ojos. Ella dejó escapar un leve jadeo. Estaba sonriendo. Se trataba de una sonrisa tenue y apenas discernible, pero supe reconocerla del mismo modo que reconocí la expresión de triunfo e incitación que asomaba a sus ojos. Le alcé el vestido por encima de la cintura a la vez que intentaba despojarla a tirones de las medias y de la ropa interior. Ella me ayudó y, de una patada, arrojó al suelo aquel revoltijo de prendas marrones. Yo no me desnudé. Me

desabroché los pantalones y le separé los muslos. Al penetrarla dejó escapar un leve gruñido, y aunque durante el resto del tiempo apenas emitió sonido alguno pude notar que me clavaba con fiereza las uñas en la espalda a la vez que me embestía con el movimiento de sus caderas. Yo, sudando y jadeando sobre ella, podía percibir el contacto cálido y húmedo del aire que circundaba mi piel, y alcancé a distinguir el aroma de su perfume o de su jabón, una fragancia acre que se entremezclaba con el seco olor del apartamento. Creo que el episodio no duró mucho. Lucille profirió un grito ahogado y yo alcancé el orgasmo unos segundos después. Al poco rato estábamos nuevamente sentados en el sofá, el uno junto al otro.

Ella se puso en pie y yo me quedé contemplándola mientras salía de la habitación. Tan pronto como desapareció, el arrepentimiento se aposentó en mi pecho como un bloque de cemento. Cuando regresó y me alargó una toalla marrón con la que limpiarme pensé que no recordaba haber notado nunca mi cuerpo tan pesado, como un tanque inmovilizado por falta de combustible.

Me lavé el sexo con jabón en el cuarto de baño de Lucille. Mientras me secaba con otra toalla del mismo color pude percibir el abismo que iba creándose entre yo y el momento presente, como si ya hubiera abandonado el apartamento. Apenas unos minutos antes había sentido por Lucille un deseo furioso y real. Al obedecer a ese deseo había obtenido placer, pero para entonces el sexo ya comenzaba a tornarse remoto, como una aparición de sí mismo. Al abrocharme los pantalones recordé una cita del pintor Norman Bluhm que le había oído mencionar a Jack en cierta ocasión: «Todos los hombres son prisioneros de sus pitos», y mientras contemplaba las cremas de belleza de Lucille y los azulados restos de dentífrico solidificados en la superficie del lavabo sus palabras se apoderaron de mi pensamiento.

Tras un intervalo de tiempo exageradamente largo salí del cuarto de baño y regresé junto a Lucille, que seguía sentada en el sofá con el vestido a medio abrochar. Al verla experimenté el impulso de disculparme, pero comprendí que hacerlo habría constituido una falta de tacto, porque implicaría el reconocimiento de haber cometido un error. Me senté junto a

ella, así su mano e inicié mentalmente una sucesión de frases: Quiero a Érica. No sé qué me ha pasado… Lucille, esto no ha sido… Creo que deberíamos hablar sobre… Pero descarté todas aquellas frases estereotipadas y opté por guardar silencio.

Lucille se volvió hacia mí.

—Leo —dijo, y habló lentamente, vocalizando cada una de sus palabras—. No se lo contaré a nadie.

Sus ojos se enfrentaron a los míos, y nada más pronunciar aquellas palabras apretó los labios. Al principio me sentí aliviado, y ello a pesar de que ni siquiera había tenido tiempo de pensar en la posibilidad de que pudiera confesar a otros nuestra aventura, pero al cabo de un instante me pregunté por qué habría dicho aquello antes que ninguna otra cosa: que no tenía intención de revelarlo. ¿Por qué ese «nadie» había tenido que irrumpir como un nuevo personaje en un drama que hasta aquel momento se desarrollaba sólo entre nosotros? Yo, que había estado pensando en cómo escabullirme de aquel vínculo sin herir sus sentimientos, notaba de pronto que se me había adelantado, que era ella la que no quería nada más de mí. Había deseado que se produjera aquella ocasión, pero sólo esa.

Y entonces lo dije:

—Quiero mucho a Érica. La quiero más que a nada en el mundo. Me he precipitado…

Me detuve. El rostro de Lucille aparecía distendido en una nueva sonrisa, más amplia aún que la de antes, y no era una sonrisa satisfecha ni comprensiva. Parecía azorada. Su rostro enrojeció.

—Lo siento —tartamudeé, disculpándome a mi pesar, y me puse en pie —. ¿Quieres que te traiga algo? —le pregunté—. ¿Un vaso de agua? Puedo preparar un café.

Todo mi afán era impregnar la atmósfera de palabras, seguir hablando el tiempo necesario para aliviar su sonrojo.

—No, Leo —dijo ella. Alargó el brazo, me asió la mano y alzó la palma hacia ella para examinarla—. Tienes los dedos largos —dijo—, y la palma rectangular. Una vez leí un libro en el que decía que esta clase de manos pertenecen siempre a personas con poderes extrasensoriales.

—En mi caso —dije— me temo que el libro se equivocaba.

Ella asintió.

—Buenas noches, Leo.

—Buenas noches.

Me incliné hacia ella y la besé en la mejilla. Al hacerlo, hube de realizar un considerable esfuerzo para disimular mi turbación. Y a continuación, aunque ansiaba escapar de aquel apartamento, me demoré unos instantes, dominado por la sensación de que lo nuestro aún no había terminado. Deposité la mirada en el suelo y observé que había un juguete a mis pies, un objeto blanco y rojo que reconocí de inmediato porque Matt tenía varios iguales. El juguete, llamado Transformer, podía convertirse tanto en un vehículo como en una criatura robótica de formas más o menos humanas. En aquel momento se encontraba en un estado intermedio: mitad hombre, mitad cosa. Obedeciendo a un impulso repentino, lo recogí. Por algún motivo, me había sido imposible no tocarlo. Con el dedo, modifiqué la orientación de uno de sus componentes para completar el cambio, y el artilugio completó su metamorfosis al estado de robot: ahora ya tenía dos brazos, dos piernas, cabeza y torso. Podía notar la mirada de Lucille.

—Un juguete horroroso —dijo.

Yo asentí y deposité el Transformer sobre la mesa. Luego, volvimos a desearnos buenas noches y me marché.

Al introducirme en la cama junto a Érica, ella se despertó brevemente.

—¿Estaba bien Lucille? —preguntó.

Yo le dije que sí, pero que le apetecía charlar y que me había quedado un rato con ella. Érica dio media vuelta y siguió durmiendo. Su hombro y su brazo asomaban por encima de las sábanas, y me quedé contemplando el delgado tirante de su camisón en la penumbra de la estancia. Érica jamás sospecharía mi traición, y su confianza en mí me ponía enfermo. De haber sido una mujer que dudara de mi lealtad, me habría sentido algo menos culpable. Por la mañana repetí el mismo embuste sin pestañear. Mentí tan bien que fue como si la noche anterior adoptara el recuerdo de lo que debería haber sucedido, y no de lo que en realidad ocurrió. «No se lo contaré a nadie». La promesa de Lucille era el vínculo que nos unía, el único que podría ayudarme a borrar el hecho real de haberme acostado con ella. Aquel domingo por la mañana, sentado a la mesa con Érica y con

Matt frente a un canasto rebosante de panecillos, escuché a mi hijo mientras hablaba de Ling. Ling había dejado la tienda de ultramarinos de la esquina para irse a trabajar a otro sitio.

—Probablemente no vuelva a ver nunca a Ling —dijo él.

Mientras me hablaba recordé los dientes de Lucille mordisqueándome el cuello y creí distinguir de nuevo el contraste entre la blancura de su piel y el suave tono tostado de su vello púbico. Lucille no había buscado ninguna aventura, de ello estaba prácticamente seguro, pero sí había querido algo de mí. Y digo algo porque, fuera lo que fuese, se había limitado a adoptar la forma de un encuentro sexual. Cuanto más pensaba en ello más me inquietaba, porque empecé a sospechar que ese algo estaba relacionado con Bill.

Después de aquel día tardé meses en volver a ver a Lucille. O bien no coincidía con ella cuando venía a nuestro edificio, o bien había llegado a algún otro tipo de acuerdo con Bill y ya no venía a buscar a Mark sino rara vez. Apenas unas semanas después de hacer el amor con ella, sin embargo, pregunté a Bill cuál era esa enfermedad de su exmujer a la que se había referido en cierta ocasión años atrás, y mi cautela al respecto durante todo aquel tiempo se me antojó absurda ante la franqueza de su respuesta.

—Intentó suicidarse —dijo—. Me la encontré en el dormitorio de la residencia universitaria con las venas de las muñecas cortadas y rodeada por un charco de sangre. —Bill hizo una pausa y cerró los ojos un instante —. Estaba sentada en el suelo con los brazos extendidos, contemplando serenamente cómo se desangraba. Me lancé sobre ella, le anudé unas toallas en torno a las muñecas y me puse a gritar pidiendo ayuda. Los médicos dijeron luego que los cortes no eran demasiado profundos, y que probablemente no había pretendido matarse, y ella, algunos años después, me contó que le había gustado ver cómo brotaba la sangre. —Bill se interrumpió una vez más—. Dijo una cosa curiosa al respecto. Dijo, «Era auténtico». Pasó una temporada en el hospital, y luego se marchó a vivir a casa de sus padres. Ellos no me dejaban verla. Me consideraban una influencia negativa. Hay que tener en cuenta que cuando lo hizo sabía que yo no andaba muy lejos, que en cualquier momento iría a buscarla; y sus padres debieron de pensar que si me tenía cerca podría volver a intentarlo.

—Su rostro dibujó una mueca fugaz al tiempo que sacudía la cabeza—. Aún me cuesta trabajo recordarlo —dijo.

—Pero si no fue culpa tuya.

—Ya lo sé. Me siento mal porque me gustaba esa locura suya. Me resultaba conmovedora. En aquella época era muy guapa. La gente solía decir que se parecía a Grace Kelly. Resulta espantoso decirlo, pero una chica atractiva desangrándose resulta mucho más irresistible que una chica anodina desangrándose. Yo entonces tenía veinte años y era un completo idiota.

Y yo tengo cincuenta y cinco, pensé para mí, y sigo siendo un completo idiota. Bill se puso en pie y comenzó a deambular por la habitación. A medida que le veía caminar de un lado a otro supe que si no me andaba con cuidado, el secreto que Lucille y yo compartíamos corría el riesgo de infectarse como una llaga. Y sabía también que debía guardarlo. Lo único que ganaría confesándolo sería mi propio alivio. «Lucille no nos dejará nunca», había dicho Violet, y tal vez eso era exactamente lo que Lucille pretendía.

Tras unos meses de sucesivos aplazamientos, Lazlo Finkelman vino por fin a cenar, y buena parte del placer que Érica obtuvo de su compañía durante la velada provino de verle comer. El muchacho devoró montañas de puré de patatas, seis porciones de pollo y cantidades algo más reducidas, pero también significativas, de zanahorias y de brécol. Luego, tras engullir varios trozos de tarta de manzana, pareció finalmente dispuesto a conversar. Hablar con Lazlo, sin embargo, era como escalar una ladera empinada. Era casi perversamente lacónico, y respondía a nuestras preguntas con monosílabos o mediante frases que evolucionaban tan lentamente que conseguía aburrirme antes de acabarlas. Así y todo, para cuando se marchó a casa habíamos llegado a la conclusión de que era huérfano y había crecido en Indianápolis. Su padre murió cuando él tenía nueve años, y siete años después perdió también a su madre. A los dieciséis había sido acogido por sus tíos, dos personas que, según él,

estaban «bien». No obstante, al cumplir los dieciocho los dejó y se marchó a Nueva York. «Para practicar mi arte», dijo.

Lazlo había realizado numerosos trabajos. Había sido ayudante de camarero, empleado de ferretería y mensajero en bicicleta. Durante un período especialmente difícil se dedicó a recoger cascos de botellas por la calle para obtener el reembolso de su devolución. En aquella época trabajaba como cajero en una tienda de Brooklyn que ostentaba el absurdo nombre de La Bagel Delight. Cuando le pregunté por su arte, extrajo de inmediato una colección de diapositivas del interior de su bolsa. Sus obras me recordaron los juegos de construcción que solía comprarme mi madre poco después de que llegáramos a Nueva York. Mientras estudiaba las extrañas formas de sus esculturas se me ocurrió que aquellos palitroques parecían genitales, tanto masculinos como femeninos.

—¿Giran todas tus obras en torno a temas sexuales? —le preguntó Érica.

Lo dijo sonriendo, pero Lazlo parecía inmune a su sentido del humor. La escrutó a través de sus lentes y asintió con gesto grave. Su rubia escoba capilar asintió con él.

—Eso es lo que hago —dijo.

Fue Érica la que abordó a Bill para hablarle de Lazlo. Bill llevaba ya algún tiempo hablando de la posibilidad de contratar un ayudante, y Érica estaba convencida de que Lazlo «sería perfecto». Yo me mostraba algo más escéptico acerca de la capacidad del muchacho, pero Bill no podía resistirse a Érica, y Lazlo se convirtió en un elemento permanente de nuestras vidas. Comenzó a trabajar para Bill, para lo cual tenía que acudir a Bowery todas las tardes. Érica le daba de comer una vez al mes, y Matt le adoraba. Lazlo no tuvo que hacer nada para ganarse a Matthew. No jugaba con él, ni le hablaba más que a nosotros, pero su aparente frialdad no desanimaba en lo más mínimo a Matt, que trepaba a su regazo para tocar aquel pelo fascinante y hablarle de su creciente pasión por el béisbol; también, de vez en cuando, aferraba a Lazlo por ambas mejillas y le besaba. Durante aquellos ataques de pasión, Lazlo permanecía impasible en su silla, hablando lo menos posible y sin alterar su permanente expresión taciturna. Con todo, una tarde en que tuve ocasión de ver a Matt

echando los brazos en torno a las flacas piernas de Finkelman mientras éste se disponía a cruzar el umbral para sentarse a cenar, tuve la repentina impresión de que su falta de resistencia a las aproximaciones de Matt constituía en sí misma una muestra de afecto. Era, sencillamente, lo mejor que era capaz de hacer en aquel momento.

Aquel mes de enero, mi colega Jack Newman inició su relación con Sara Wang, una estudiante de posgrado a la que había tenido como alumna en uno de sus cursos. Sara era una hermosa joven de ojos castaños y cabellos negros que le llegaban a la mitad de la espalda. Ya había habido otras antes que ella, como Jane y Delia y Tina, esta última de casi un metro noventa de estatura y dotada de un apetito sexual en apariencia tan voluminoso como ella misma. Jack se sentía solo. Su libro Urinarios y Sopas Campbell, en el que ya llevaba cinco años trabajando, no le bastaba para llenar las horas vespertinas que pasaba en su enorme piso de Riverside Drive, y aquellas aventuras no duraban demasiado. Las amantes de Jack no eran siempre atractivas, pero sí, invariablemente, inteligentes. Un día me contó, francamente apenado, que nunca había conseguido llevarse a una tonta a la cama. Pero incluso las listas no tardaban en cansarse de Jack. Supongo que comprendían que no iba en serio, que le gustaba el juego más que ellas mismas. Tal vez se despertaban por la mañana, contemplaban a aquel individuo encalvecido que yacía junto a ellas y se preguntaban qué habría sido de la magia de la noche anterior. Ignoro a qué se debía, pero las perdía a todas. En cierta ocasión, ya avanzada la tarde, enfilé el pasillo en dirección a su despacho. Me había quedado para corregir unos exámenes y quería enseñarle una breve pero extraordinaria redacción con la que me había topado. Trataba sobre Fra Angélico, y aparecía firmada por un joven llamado Fred Ciccio. Cuando acerqué los ojos al ventanuco de su despacho pude verles a Sara y a él, estrechamente abrazados. Una de las manos de Jack había desaparecido bajo la blusa de Sara, y aunque las manos de ella se hallaban ocultas bajo la mesa, a juzgar por la expresión de él se diría que no permanecían ociosas. Tan pronto como comprendí lo que estaba viendo, di media

vuelta, apoyé la cabeza contra el cristal para obstruir la visión y caí presa de un súbito y violento ataque de tos antes de llamar a la puerta. Nada más entrar, Sara, nuevamente abotonada pero con el rostro arrebolado, salió huyendo del despacho.

No me anduve con rodeos frente a Jack. Me senté frente a él y le solté el discurso de rigor. Le previne de que su falta de discreción podía malograr su carrera dentro del departamento. El clima reinante no era el mejor para andar seduciendo a las alumnas. Tendría que interrumpir la relación u ocultar a la chica.

Jack suspiró, me dirigió una mirada adusta y dijo:

—Estoy enamorado de ella, Leo.

—Has estado enamorado de todas, Jack —repuse yo.

Él meneó la cabeza.

—No, Sara es diferente. ¿Acaso recuerdas alguna otra vez en la que haya utilizado esa palabra?

Realmente, no podía recordar si en su día había dicho estar enamorado de Tina o Delia o Jane. En ese momento pensé en Lucille y en la peculiar diferencia que había establecido entre un «considerable interés» y el estado de «enamoramiento».

—Tampoco creo que el amor baste para justificar cualquier cosa —le dije.

Ya en el metro, me puse a reflexionar sobre mis palabras. Habían surgido sin vacilar de mis labios como una reacción inmediata a la confesión de Jack, pero ¿qué había querido decir con ellas? ¿Había dicho aquello porque no creía en el amor de Jack por Sara o porque sí? Durante todos mis años de matrimonio, ni una sola vez me había preguntado hasta qué punto amaba a Érica. El primer año me había sentido completamente trastornado por ella. Mi corazón palpitaba, y el anhelo tensaba mis nervios hasta el punto de que casi me parecía oírlos vibrar. Perdí el apetito, y cuando no estaba con ella padecía síntomas propios de un síndrome de abstinencia. Poco a poco, aquella obsesión fue cediendo, pero mientras ascendía las escaleras del metro y salía a la atmósfera fría y grisácea de la calle comprendí lo mucho que me apetecía verla. Al llegar a casa la encontré en la cocina en compañía de Grace y de Matthew. La estreché con

fuerza y, tras reclinarla hacia atrás sobre mi antebrazo, la besé violentamente en los labios. Grace se echó a reír. Matt se quedó contemplando la escena con la boca abierta, y Érica dijo:

—Otra vez, si no te importa. Me ha gustado.

Lo repetí.

—¡Y ahora a mí, papá! —exclamó Matt.

Yo me incliné, recliné al niño sobre el brazo y estampé un beso en sus diminutos labios fruncidos. Aquellas demostraciones de afecto divirtieron tanto a Grace que se desplomó en una de las sillas de la cocina y estuvo riéndose un minuto largo.

Fue un incidente sin importancia, pero con frecuencia he vuelto a recrearlo mentalmente. Años después, comencé a imaginar el episodio desde una perspectiva distante, como si el hombre que entraba por la puerta formara parte de una película. Observo cómo se quita el abrigo y deposita las llaves y la cartera en el vestíbulo, junto al teléfono. Es un hombre de mediana edad y de cabellos cada vez más escasos pero no del todo grises que aferra a una mujer todavía joven de cabellos castaños que luce un pequeño lunar encima del labio y la besa. Aquel día besé a Érica movido por un impulso, a pesar de lo cual habría sido posible situar el origen de aquel deseo súbito en el despacho de Jack cuando me dijo que amaba a Sara o, incluso antes, en el sofá de Lucille mientras ésta se enredaba en laberintos lingüísticos en torno a la misma palabra. Yo era el único que podía trazar la historia de aquel beso. Su invisible rastro era un confuso proceso de interacciones humanas que alcanzaban su punto culminante en mi impulsivo gesto de reafirmación. Es una escena que siempre evoco con cariño. Tanto si mis recuerdos son exactos como si no, posee una nitidez que nada de lo que hoy contemplo podría alcanzar. Si me concentro alcanzo a ver cómo se cierran los ojos de Érica y como sus gruesas pestañas acarician la delicada piel de sus párpados inferiores. Veo cómo su flequillo deja la frente al descubierto y percibo en mi brazo el peso de su cuerpo. Y puedo recordar lo que llevaba puesto: una camiseta de rayas y manga larga cuyo cuello, redondo y abierto, permitía distinguir sus clavículas y la palidez uniforme de su piel invernal.

Aquel mes de agosto fue el primero de los cuatro agostos que las dos familias pasamos juntas en Vermont. Matt y Mark cumplieron ocho, nueve, diez y, finalmente, once años en la vieja y enorme granja que alquilábamos todos los años: un chirriante y destartalado caserón con siete dormitorios. A lo largo de sus ciento cincuenta años de existencia, el edificio había experimentado sucesivas ampliaciones que fueron agrandándolo una y otra vez para acomodar a las cada vez más nutridas familias que lo habitaban, pero cuando nosotros lo encontramos ya nadie vivía en él durante el resto de los meses del año. Una anciana se lo había legado a sus ocho ahijados, que por entonces ya eran también personas mayores, por lo que la casa languidecía, convertida poco menos que en un bien desechado. Se alzaba en la cumbre de una colina (que los lugareños gustaban de llamar montaña) no lejos de Newfane, una población lo bastante pintoresca como para verse obsesivamente fotografiada en tanto que urbe arquetípica de la acogedora Nueva Inglaterra. Todos aquellos meses veraniegos se agolpan simultáneamente en mis recuerdos, hasta el punto de que no siempre puedo distinguir unas vacaciones de otras, pero los cuatro meses que en total pasamos allí han adquirido hoy en día una cualidad que sólo sabría calificar de imaginaria. Y no es que dude de su autenticidad. Mi memoria de ellos no puede ser más clara. Puedo visualizar las habitaciones como si hubiera estado en ellas ayer mismo. Recuerdo el paisaje que se divisaba desde la pequeña ventana junto a la que solía sentarme para trabajar en mi libro. Oigo a los niños que juegan en el piso de abajo y también a Érica, que canturrea para sus adentros no lejos de ellos. Huele a maíz cocido. No, lo que sucede es que la satisfacción y el bienestar habituales que asocio con esa casa se han visto reconfigurados en mi mente como «el pasado». El hecho de que hoy haya desaparecido lo que en otro tiempo existió hace que ese existió se convierta en algo idílico. De haber pasado allí un único verano, esa montaña verde nunca podría haber conservado la magia que hoy posee para mí. Es la repetición lo que le ha prestado su encanto: el viaje hacia el Norte con nuestro coche y la camioneta de Bill, ambos vehículos cargados

con libros, material de pintura y juguetes; el proceso de instalarnos en aquellas mohosas habitaciones; los rituales de limpieza que dirigía Violet; la cocina, las comidas, las lecturas, las canciones nocturnas y los cuatro adultos sentados junto a la estufa de leña y charlando hasta altas horas de la noche. Había días cálidos, otros más desapacibles y rachas de lluvia que sacudían las ventanas y congelaban la casa. Había noches en que nos tumbábamos encima de las mantas y estudiábamos las constelaciones, que relucían con la claridad y la nitidez de los mismos puntos que las representaban en los mapas astronómicos. Por las noches oíamos desde la cama los aullidos de los osos negros, que se llamaban unos a otros con voces similares a las de los búhos. Los ciervos se apostaban en el lindero del bosque para vigilar la casa, y en cierta ocasión una enorme garza azul aterrizó a medio metro de la casa y se quedó observando a Matt, que se encontraba en ese momento cerca de la ventana. El niño ignoraba qué era aquel animal, y cuando vino a explicarme lo que había visto aún seguía pálido por efecto de la súbita aparición de un ave que le parecía demasiado grande para ser real.

Bill, Violet, Érica y yo mandábamos a los niños a un campamento diurno de Weston y trabajábamos hasta las dos de la tarde, hora en la que alguno de los adultos se encargaba de hacer los veinte minutos de trayecto que había que recorrer para ir a buscarles. Érica, Violet y yo trabajábamos en el interior de la casa, pero Bill había instalado su estudio en una construcción adyacente de la misma finca, una estructura desvencijada a la que llamaba Bowery Dos. Hoy en día recuerdo bien aquellas horas libres de niños en las que cada uno de nosotros tenía la posibilidad de dedicarse a su propio trabajo como en un ensueño colectivo. Podía oír el tenue sonido de la máquina de escribir eléctrica de Érica mientras escribía su libro, que finalmente habría de publicarse bajo el título de Henry James y las ambigüedades del diálogo. Desde el cuarto de Violet llegaba a mis oídos el rumor ahogado de las entrevistas magnetofónicas con las adolescentes. Un día de aquel primer verano me encaminaba en busca de un vaso de agua cuando, al pasar junto a su puerta, pude oír una voz de acento infantiloide que decía: «Me gusta ver mis huesos. Me gusta verlos y tocarlos. Cuando hay demasiada grasa entre mis huesos y yo me siento más alejada de mí

misma. ¿Entiende lo que quiero decir?». Del taller de Bill me llegaba el estrépito de sus martillazos entremezclado con algún que otro estampido y crujido aislados y con el sonido distante de su música: Charlie Mingus, Tom Waits, Lou Reed, Talking Heads, arias de Mozart o Verdi, y lieder de Schubert. Bill estaba construyendo cajas de cuentos de hadas. Cada una de ellas albergaba una historia, y como yo, por lo general, conocía las historias en las que trabajaba, a veces penetraban flotando en mi consciencia imágenes de cabelleras desmesuradamente largas, castillos gigantescos o dedos perforados por alfileres mientras me inclinaba para contemplar la reproducción de una madonna de Duccio. Me encantan el misterio y la ausencia de relieve propios del arte del medioevo y del Renacimiento temprano, y solía esforzarme en interpretar sus códigos didácticos desde una perspectiva basada en el devenir histórico. Con su extraña y sangrienta estética cristiana, los trípticos y retablos inspirados en la Pasión, en la vida de la Virgen y en episodios hagiográficos se solapaban a veces con los mágicos argumentos de Bill o con las famélicas muchachas de Violet, chiquillas para las que la negación y el autocastigo no eran sino virtudes. Y como rara era la tarde en la que Érica no me leía algo de su libro, llegué a descubrir que las frases atenuadas de Henry James (con esos innumerables calificativos que inevitablemente acababan arrojando dudas sobre el nombre abstracto o la frase nominal que los precedía) infectaban a veces mi propia prosa, lo que me obligaba a revisar mis párrafos para librarlos de la influencia de un escritor que había conseguido llegar a mis páginas a través de la voz de Érica.

Al regresar del campamento, los niños solían jugar fuera de la casa. Excavaban hoyos y los rellenaban de nuevo. Construían fuertes con troncos de árboles muertos y mantas viejas, y capturaban tritones y escarabajos y numerosos abejorros de tamaño considerable. Crecían. Los dos críos del primer verano poco tenían que ver con los adolescentes larguiruchos del último. Matt jugaba y reía y corría como cualquier otro niño, pero yo seguía percibiendo en su personalidad una contracorriente que le separaba de sus compañeros, un núcleo apasionado que le impulsaba en su propia dirección. Dado que Mark y él se conocían desde siempre y compartían una relación casi fraternal, su amistad se

fundamentaba en la mutua tolerancia de sus diferencias. Mark era de trato más fácil que Matt, y ya desde los siete años se había convertido en un niño singularmente bonachón. Las cuitas a las que había tenido que enfrentarse no parecían haber dejado rastro alguno en su carácter. Matt, por el contrario, vivía intensamente. Rara vez lloraba cuando se producía cortes o contusiones, pero se deshacía en lágrimas cada vez que se sentía despreciado o maltratado. Poseía una conciencia estricta y aun cruel, y a Érica le preocupaba que pudiéramos haber creado accidentalmente un niño dotado de un monstruoso superego. Antes de que cualquier reproche pudiera salir de mi boca, Matt ya estaba disculpándose: «¡Lo siento mucho, papá! ¡Lo siento mucho, mucho, mucho!». Él mismo se administraba sus propios castigos, hasta el punto de que a menudo Érica y yo acabábamos consolándole más que riñéndole.

Con ayuda de un tutor, Matt había aprendido a leer de un modo lento pero certero, y nosotros seguíamos leyéndole historias por las noches. Los libros, cada vez más largos y complicados, ejercían junto con diversas películas un poderoso efecto en su imaginación. Se veía a sí mismo huérfano y encarcelado. Encabezaba motines y sobrevivía a naufragios. Exploraba nuevas galaxias. Durante una época, Mark y él llegaron a tener su propia tabla redonda en el bosque. Sin embargo, la fantasía favorita de Matt era el béisbol. Su guante le acompañaba a todas partes. Practicaba constantemente sus posturas y su *swing*. Se plantaba delante del espejo con el uniforme puesto y atrapaba pelotas imaginarias con la ayuda de su guante. Coleccionaba cromos, leía La enciclopedia del béisbol por las noches e inventaba mentalmente juegos que a menudo terminaban en un «toque suicida». A veces me lamentaba por él mismo de que no hubiera sido mejor jugador. Cuando tenía nueve años comenzó a necesitar gafas y la calidad de su lanzamiento mejoró, pero los progresos que fue logrando en la Pequeña Liga obedecieron más a su voluntad feroz e infatigable que a ningún talento innato. Cuando le veía correr de una base a otra agitando enloquecidamente los brazos y las piernas con sus gafas nuevas bien sujetas a la cabeza me resultaba evidente que su estilo era mucho menos

elegante que el de algunos de los demás niños, y que a pesar de su tesón tampoco era tan rápido. Pero, en fin, no era el único al que le pasaba. La Pequeña Liga, al menos en los primeros años, es un festival de errores, de chiquillos que se duermen despiertos en las bases y olvidan las reglas, que pierden pelotas que vuelan directamente al encuentro de sus guantes y que tropiezan o se caen tan pronto como las tienen en su poder. Matt cometía todos los errores posibles salvo por lo que respecta a la falta de atención. Como decía Bill: «Tiene la capacidad de concentración de un campeón». Lo que le faltaba era el físico de un campeón.

Las complejidades del juego estrecharon los lazos entre Bill y Matt. Cual sacerdote gnóstico que iniciara a un joven discípulo en los usos de su secta, Bill instruía a Matt en oscuras técnicas y en métodos de descodificar los ademanes y gestos que constituían el lenguaje de signos del juego, arrojándole pelotas en el jardín hasta que anochecía y la pelota se tornaba invisible. El interés de su propio hijo por el juego era más bien tibio. Mark, a veces, se unía a aquellos dos fanáticos; otras, se marchaba a la caza de insectos que guardaba en sus jarras o se limitaba a tenderse en la hierba y contemplar el cielo. Jamás percibí en Mark el menor vestigio de celos hacia Matt. Parecía perfectamente conforme con la creciente amistad que se desarrollaba entre su padre y su mejor amigo.

Bill combinaba por sí solo las dos grandes pasiones de Matt: el béisbol y el arte, y pude comprobar que el afecto del niño hacia Bill iba convirtiéndose gradualmente en algo más parecido a la veneración que se le tiene a un héroe. En los dos últimos veranos que pasamos en Vermont, Matt fue adquiriendo la costumbre de esperar a que Bill concluyera su trabajo. Se sentaba pacientemente en los escalones de madera de la puerta del achatado estudio, por lo general con un dibujo en el regazo, y cuando oía el ruido de los pasos de Bill y el chirrido de la puerta de rejilla, se ponía en pie de un brinco y blandía la hoja de papel que tenía en la mano, una escena que tuve ocasión de ver a menudo desde la cocina aquellos días en los que me encontraba ocupado con la tarea que tenía asignada, que no era otra que la de trocear verduras. Bill salía del pequeño pabellón y se detenía frente a la puerta. Si el día era cálido, se enjugaba la frente y las mejillas con uno de los trapos manchados de pintura que llevaba en los

bolsillos mientras Matt ascendía corriendo los escalones que le separaban de él. Bill aceptaba el dibujo del niño, sonreía, asentía y a menudo alargaba la mano y desgreñaba cariñosamente los cabellos de Matt. Uno de aquellos dibujos fue un obsequio para el propio Bill: un boceto en color en el que Matt había estado trabajando durante días y que representaba a Jackie Robinson en la base del bateador. Al regresar a Nueva York en el mes de septiembre Bill lo colgó en su estudio, donde habría de permanecer durante años.

Aunque Matt siempre estaba dibujando campos de béisbol y jugadores, tampoco dejó nunca de representar y pintar la ciudad de Nueva York y, con el tiempo, sus imágenes se tornaron más y más complejas. Pintaba la ciudad a la luz del sol o bajo cielos encapotados y tranquilos. La pintaba azotada por el viento, bajo la lluvia o envuelta en el torbellino de una tormenta de nieve. Dibujaba perspectivas de la ciudad vista desde arriba, desde un costado y desde abajo, y poblaba sus calles con enérgicos hombres de negocios, elegantes artistas, delgadas modelos, vagabundos y esos locuaces chiflados que nos encontrábamos todos los días de camino al colegio. Dibujaba el puente de Brooklyn y la estatua de la Libertad y el edificio Chrysler y las Torres Gemelas, y cuando me mostraba aquellas escenas urbanas yo procuraba examinarlas sin prisa, porque sabía que sólo un atento escrutinio me revelaría sus detalles: una pareja abrazada en el parque, un niño llorando en una esquina ante la impotencia de su madre, turistas perdidos, carteristas y trileros.

El verano en que cumplió nueve años, Matt comenzó a incluir un personaje fijo en casi todos sus dibujos urbanos: un anciano con barba que por lo general aparecía tras la ventana de su diminuto apartamento y que, al igual que los reclusos de Hopper, siempre estaba solo. A veces podía verse un gato de color gris merodeando por el alféizar o enroscado en el suelo a sus pies, pero nunca gozaba de compañía humana. En uno de los dibujos el hombre aparecía encorvado en una silla con la cabeza entre las manos.

—Este pobre hombre siempre anda por aquí —dije.

—Ése es Dave —dijo Matt—. Yo le llamo Dave.

—¿Por qué Dave? —le pregunté.

—No lo sé, pero es su nombre. Es un tipo solitario, y no hago más que pensar que debería verse con alguien, pero siempre que le dibujo está solo.

—Parece desgraciado —dije yo.

—A mí me da pena. Su único amigo es Durango —señaló al gato—, y ya sabes cómo son los gatos, papá: al final van a lo suyo.

—En fin —dije—, tal vez acabe encontrando un amigo…

—Tú piensas que está en mi mano porque soy yo quien se lo ha inventado, pero dice el tío Bill que las cosas no funcionan así, que hay que sentir cómo son de verdad, y que a veces, en el arte, la verdad es triste.

Contemplé el rostro circunspecto de mi hijo y luego miré de nuevo a Dave. Matt había pintado las venas que surcaban las manos del anciano. Junto a sus pies reposaba una taza de café con su platillo correspondiente. Seguía siendo un dibujo infantil. La perspectiva de Matt era imprecisa, y su anatomía un tanto desnivelada, pero las líneas que perfilaban el cuerpo de aquel hombre solitario me conmovían poderosamente, y adquirí la costumbre de buscar a Dave cada vez que Matt me alargaba uno de sus paisajes metropolitanos.

Por las tardes, a última hora, descendíamos paseando por los senderos de tierra de la montaña. A veces conducíamos hasta la granja Dutton para aprovisionarnos de tomates, pimientos y judías para la cena. Los días de sol nadábamos en el estanque que había junto a la casa. Bill rara vez nos acompañaba a ningún sitio. Trabajaba durante más tiempo que nosotros, y nunca cocinaba: fregaba los platos. Pero todos los veranos había un par de tardes abrasadoras en las que abandonaba Bowery Dos y se unía a nosotros para darse un chapuzón. Le veíamos atravesar el campo y quedarse en calzoncillos junto al estanque. Por entonces Bill parecía inmune al paso del tiempo, hasta el punto de que me resultaba imposible reconocer que hubiera envejecido un solo día desde que le conocí. Penetraba despaciosamente en el estanque, emitiendo exclamaciones convulsionadas a medida que iba internándose en sus aguas. A menudo sostenía un cigarrillo entre el índice y el pulgar, procurando que la humeante colilla no entrara en contacto con la superficie. En los cuatro veranos que

pasamos en Vermont, tan sólo una vez le vi agacharse, mojarse la cabeza y nadar como es debido, pero la ocasión me permitió comprobar que sus brazadas eran a la vez poderosas y rápidas.

El verano en que cumplí los cincuenta y seis advertí repentinamente que mi cuerpo había cambiado. Sucedió el mismo día en que Bill se decidió a nadar, mientras oía a Matt y a Mark que le vitoreaban a medida que se deslizaba por el estanque. Yo mismo había estado nadando poco antes, y estaba sentado junto a la orilla con mi bañador negro. Al contemplar mi cuerpo me di cuenta de que los dedos de mis pies se habían tornado huesudos y nudosos. En mi pierna izquierda había brotado una larga variz, y el vaporoso vello que adornaba mi pecho se había vuelto blanco. Notaba el torso y los hombros curiosamente menguados, y mi piel, tradicionalmente pálida, aparecía salpicada de descoloridas manchas de tono pardo o rojizo. Más sorprendentes me resultaron, sin embargo, los blanquecinos repliegues de grasa que se habían aposentado en torno a mi cintura. Yo siempre había sido delgado, y aunque ya había notado una sospechosa tirantez en la cintura cuando me abrochaba los pantalones por las mañanas, tampoco me había inquietado en demasía. Lo cierto es que me había perdido la pista a mí mismo. Había seguido yendo por ahí con una imagen propia completamente desfasada. Al fin y al cabo, ¿cuándo tenía yo ocasión de verme? Al afeitarme me concentraba únicamente en mi rostro. De vez en cuando alcanzaba a vislumbrar mi reflejo en alguna ventana o escaparate de la ciudad. En la ducha me frotaba, no me dedicaba a examinar mis defectos. Me había convertido en un anacronismo para mí mismo. Cuando le pregunté a Érica por qué no había mencionado aquellos cambios tan poco favorecedores, ella se limitó a pellizcarme la cintura.

—No te preocupes, tesoro. Me gustas viejo y gordo —dijo.

Pasé algún tiempo acariciando sueños de metamorfosis. Me compré unas pesas durante una excursión que hicimos a Manchester, y me esforcé por prestar algo más de atención al brécol que tenía en el plato y algo menos al roast beef, pero mi determinación no tardó en desvanecerse. Mi vanidad, sencillamente, no era lo bastante fuerte como para soportar las privaciones.

Todos los años, en la última semana de agosto, Lazlo acudía para ayudar a Bill a embalar sus obras. Aún me parece verle con sus ajustados pantalones rojos, sus negras botas de cuero y su expresión impenetrable, ocupado en cargar los materiales desde Bowery Dos hasta la camioneta de Bill, estacionada en el extremo opuesto del campo. Lo que prestaba personalidad a Lazlo no era su rostro, sino su peinado. El cepillo pajizo que coronaba su cabeza sugería la existencia de un profundo sentido del humor oculto en el interior de la persona de Finkelman y, cual accesorio de un artista del mimo, parecía hablar por él, prestándole el aspecto de un ingenuo y desventurado héroe de ficción, de un Cándido de nuestros días cuya actitud ante el mundo fuera la de una profunda e interminable sorpresa. En realidad, Lazlo era una persona amable y apocada. Si Matt le traía una rana, él la examinaba cuidadosamente; tan sólo se pronunciaba sobre las cosas como respuesta a preguntas específicas y, si se le pedía, gustaba de secar los platos de forma singularmente lenta y metódica. Fue su carácter equilibrado lo que impulsó a Érica a otorgarle la consideración de «dulce».

Érica iniciaba todos los meses de agosto aquejada de una migraña que a menudo le duraba dos o tres días. Las estrellas blancas y rosadas que flotaban en la periferia de la visión de su ojo izquierdo se veían acompañadas de un dolor tan intenso que llegaba a provocarle vómitos y convulsiones. La jaqueca le decoloraba el semblante y oscurecía la piel de sus ojos hasta casi ennegrecerla. Tan pronto se quedaba dormida como se despertaba. Apenas comía y rechazaba toda compañía. Cualquier sonido la torturaba, y a lo largo de todo el proceso no dejaba de echarse la culpa a sí misma y de balbucir cuánto lo lamentaba.

Cuando enfermó por tercer año consecutivo, Violet decidió intervenir. El día en que le asaltó el dolor de cabeza reinaba un tiempo húmedo y desapacible. Érica se encerró en nuestro dormitorio, y a primera hora de la tarde me acerqué a comprobar cómo se encontraba. Al abrir la puerta vi que las persianas estaban cerradas. Violet estaba sentada sobre su espalda y procedía a aplicarle masaje en los hombros. Yo cerré la puerta sin decir nada. Cuando volví, una hora más tarde, a mis oídos llegó la voz de Violet como un rumor uniforme y apenas audible. Abrí la puerta. Érica estaba

tendida en la cama con la cabeza apoyada en el pecho de Violet. Al oírme entrar, volvió el rostro hacia mí y sonrió.

—Estoy mejor, Leo —dijo—. Estoy mejor.

Ignoro si Violet poseía unas propiedades curativas milagrosas o si la migraña había completado simplemente su proceso; fuera lo que fuese, lo cierto es que a partir de entonces Érica ya siempre recurrió a Violet. Durante nuestra primera semana de estancia, y tan pronto como aparecía el dolor, Violet llevaba a cabo su ritual de masajes y murmullos. Nunca pregunté qué era lo que le decía a Érica. La afinidad entre ambas se había intensificado hasta convertirse en una relación que a mí se me antojaba oscuramente femenina: una complicidad infantil entre dos mujeres que incluía el intercambio de caricias, risitas y secretos.

Pero en aquella casa se daban también otras intimidades, la mayor parte de ellas por completo banales. Violet y yo nos veíamos el uno al otro en pijama; tuve ocasión de descubrir que se servía de pasadores para dominar la maraña de sus cabellos; y observé que aunque Bill siempre se lavaba con aguarrás y con jabón antes de cenar, rara vez se bañaba, y que por las mañanas se mostraba huraño hasta que no se tomaba un café. Érica y yo oíamos a Violet reconvenir a Bill por descuidar sus labores domésticas, y a él protestar del grado de exigencia que ella mostraba al respecto. Bill y Violet, por su parte, oían a Érica reprenderme por haber olvidado comprar cosas que estaban en la lista y por ponerme pantalones que «debería haber tirado a la basura años atrás». Yo iba por la casa recogiendo los calcetines y los calzoncillos de los dos niños, agarrotados de puro sucios. Una tarde, reparé en unas manchas de sangre que había en la tabla del retrete. Me constaba que Érica no estaba menstruando. Humedecí un poco de papel higiénico y limpié las manchas, ignorante en ese momento de hasta qué punto podían ser significativas, pero esa misma noche Érica y yo oímos llorar a Violet en su dormitorio, situado al otro extremo del pasillo, y a nuestros oídos llegó el sonido apagado de la voz de Bill entremezclada con sus sollozos.

—Está llorando por el niño —dijo Érica.

—¿Qué niño?

—El niño que no puede tener.

Érica guardaba un secreto que no me había revelado. Violet llevaba más de dos años intentando quedarse embarazada. Los médicos no habían sido capaces de encontrar nada anormal ni en ella ni en Bill, pero a pesar de ello se había sometido a diversos tratamientos de fertilidad que, hasta el momento, habían fallado.

—Hoy le ha venido la regla —dijo Érica.

Los sollozos de Violet cesaron al fin, y en ese momento recordé haber oído decir a Bill que siempre había querido tener niños: «miles de niños».

La casa carecía de televisor, y su ausencia nos devolvió a distracciones de otra época. Todas las noches, después de cenar, uno de los adultos leía historias en voz alta, por lo general cuentos de hadas. Yo, cuando me tocaba leer, solía hojear alguno de los numerosos volúmenes de cuentos populares que Bill había llevado consigo y escogía uno de ellos, cuidando escrupulosamente de evitar aquellos que empezaban con un rey y una reina que anhelaban un hijo. Bill era el que mejor leía de todos nosotros. Lo hacía en voz baja pero con gran variedad de matices, modificando el ritmo de las frases según su significado. Administraba las pausas para lograr un mayor efecto, y a veces guiñaba el ojo a los niños o abrazaba a Mark, que casi siempre se sentaba junto a él, para atraerle aún más estrechamente hacia sí. Bill nunca se cansaba de los cuentos. Se pasaba el día reinventándolos en su estudio, y por las noches siempre se mostraba dispuesto a leer otros nuevos. Fuera cual fuese el proyecto en el que estuviera trabajando en un momento determinado, éste se convertía en el obsesivo hilo conductor de su existencia, y lo seguía infatigablemente hasta el final. Su entusiasmo era contagioso, pero también agotador. A menudo me citaba pasajes de artículos eruditos, me mostraba fotocopias de dibujos y elucubraba acerca del significado de los treses: tres hijos, tres hijas, tres deseos. Tocaba canciones populares vagamente relacionadas con sus investigaciones y me señalaba con una X aquellas obras que, según él, debía leer. Yo rara vez lograba resistirme. Cuando Bill acudía a mí con una nueva reflexión jamás alzaba la voz ni denotaba emoción alguna a través de sus gestos: todo estaba en sus ojos, que ardían con cada idea que se le

ocurría, y al revelármelas me hacía sentir que no me quedaba otra opción que la de escucharle.

Bill produjo más de doscientas cajas a lo largo de cinco años. Ilustró un libro de poesía escrito por un amigo, continuó realizando pinturas y dibujos —incluyendo numerosos retratos de Violet y de Mark— y raro era el momento en que no estaba ocupado en construir algún vehículo o artilugio para los niños. Aquellos juguetes de brillantes colores rodaban, volaban o giraban como molinetes. Mark y Matt se mostraban especialmente entusiasmados con un muñeco enloquecido que tan sólo sabía ejecutar un único truco: al accionar un mecanismo situado en su espalda, sacaba la lengua y los pantalones se le caían hasta los tobillos. Para Bill, construir juguetes representaba un descanso después del arduo trabajo que suponían sus cajas de cuentos. Todas eran de un tamaño similar: un metro por un metro treinta, aproximadamente. Utilizaba figuras planas y tridimensionales, combinaba objetos reales con otros pintados y se servía de imágenes contemporáneas para narrar historias ancestrales. Las cajas se dividían en secciones que sugerían pequeñas estancias.

—Son como tebeos en dos y tres dimensiones, pero sin bocadillos de diálogo —me dijo.

Sin embargo, aquella descripción era engañosa. Las diminutas proporciones de las cajas apelaban a la fascinación que por lo general experimentan las personas al atisbar en el interior de las casas de muñecas y al placer de reconocer sus detalles, pero el contenido de los minúsculos universos de Bill burlaban las expectativas habituales y a menudo despertaban una sensación de misterio. Aunque por su forma y por algunos de sus mágicos contenidos recordaban a Joseph Cornell, las obras de Bill eran más voluminosas, más resistentes y mucho menos líricas. A mis ojos, las tensiones que albergaban eran más parecidas a argumentos visuales. En las primeras, Bill siempre había contado con la familiaridad que el espectador a buen seguro tendría con la historia a la hora de narrarla. Su Blancanieves morena y atezada yacía en coma en una habitación de hospital. Las vías intravenosas y los cables de un electrocardiógrafo se enredaban con los complicados arreglos florales que enviaban sus seres

queridos: gigantescos gladiolos, claveles, rosas, aves del paraíso y helechos atestaban la estancia. La hiedra plantada en una cesta rosada se internaba en su cabellera y se enroscaba en el auricular del teléfono de la princesa, instalado en una mesita junto a la cama. En una escena posterior, la imagen recortada de un hombre desnudo con el pene en erección colgaba en el aire sobre la cama de la durmiente. El hombre sostenía en la mano unas tijeras abiertas. En la imagen final se veía a la muchacha incorporada en la cama con los ojos abiertos. El hombre había desaparecido, pero las flores, los tubos y los alambres, cercenados y desparramados por el suelo, formaban una masa que llegaba a la altura de las rodillas de los personajes.

Posteriormente Bill llegaría a adaptar a sus cajas historias más oscuras, entre ellas una que habíamos leído juntos en El libro violeta de los cuentos de hadas, de Andrew Lang: «La niña que fingía ser un niño». Una princesa se disfraza de jovencito para salvar el reino de su padre. Tras numerosas aventuras, entre las que se incluye el rescate de una princesa cautiva, la heroína descubre que sus proezas la han convertido en héroe, y la secuencia final, compuesta por nueve viñetas, mostraba a la protagonista de la historia frente a un espejo, ataviada con traje y corbata. A la altura de la entrepierna asomaba un inequívoco abultamiento que denotaba su virilidad.

En el verano de 1987, Bill concluyó una pieza titulada El niño permutado que aún hoy sigue contándose entre mis favoritas de aquella serie. Era también la preferida de Jack, aunque para él no era sino una muestra de arte contemporáneo que jugaba con identidades, reproducciones y pastiches. Yo, no obstante, me hallaba más próximo a Bill que él, y no podía evitar el convencimiento de que aquella obra, con sus siete habitaciones, constituía una especie de parábola que el artista había extraído de su propia vida interior.

En la primera se veía la pequeña figura esculpida de un muchacho en pijama detenido frente a una ventana con las manos apoyadas en el alféizar. Parecía tener más o menos la misma edad que tenían entonces Mark y Matt: diez u once años. En el exterior ya había anochecido, y tres de las ventanas del edificio adyacente brillaban iluminadas por la luz

eléctrica. En cada una de ellas Bill había pintado una escena diferente: un hombre hablando por teléfono, una anciana con un perro y dos amantes tendidos boca arriba en la cama. En la habitación del muchacho, regada de juguetes y prendas de ropa, reinaba el más completo desorden. Algunos de los objetos habían sido pintados en el suelo; otros eran esculturas en miniatura. Aproximándome mucho a la caja alcancé a ver que el chiquillo sostenía en la mano derecha una aguja y un carrete de hilo.

En la segunda habitación de la caja, el niño ya se había acostado. A su derecha podía verse a una mujer fabricada con papel que entraba en la estancia por la ventana. La figura resultaba chocante por su crudeza. Con su enorme cabezota, sus bracitos cortos y sus rodillas, dobladas en un ángulo imposible, recordaba los dibujos de los niños. Una de las piernas ya había penetrado por la abertura, y advertí de inmediato la presencia del mocasín diminuto que calzaba su pie de papel.

En la tercera escena, la peculiar mujeruca había alzado al durmiente de la cama. La siguiente viñeta no representaba una habitación, sino un retablo liso que había sido pintado y posteriormente adherido al frontispicio de la caja. La pintura mostraba a la mujer transportando al niño por una calle de Manhattan que recordaba por su estilo a las del Diamond District. La mujer, hasta entonces plana, mostraba aquí una ilusión de profundidad. Ya no parecía una muñeca de papel, sino una figura tan tridimensional como el niño que portaba en brazos. Caminaba con la espalda inclinada y las rodillas dobladas, y tan sólo su rostro se mantenía idéntico: dos puntos para representar los ojos, una línea vertical a modo de nariz y otro trazo, éste horizontal, donde debiera estar la boca. En la quinta habitación, la mujer se había convertido en una escultura que mostraba ese mismo rostro primitivo pintado en la ovalada superficie de su cabeza. De pie, contemplaba al niño, que ahora dormía en el interior de una urna de cristal con la aguja y el hilo aún fuertemente aferrados. Junto a la mujer podía verse otro chiquillo con los ojos cerrados, una figura por completo idéntica a la del pequeño que yacía en aquel féretro transparente. El sexto retablo de la obra era una copia exacta del cuarto: mujer encorvada, niño dormido y barrio de Diamond District. La primera vez que vi aquella segunda pintura la escruté detenidamente en busca de un rasgo

distintivo, de algún elemento diferenciador, pero no descubrí nada. La escena final ocupaba por completo la parte inferior de la caja. La mujer había desaparecido. Uno de los niños, probablemente el segundo, aparecía sentado en la cama de una habitación exactamente igual que la que iniciaba la narración. Sonriente, había alzado los brazos para estirarse, y la generosa iluminación de la estancia sugería sin lugar a dudas la llegada de la mañana.

La primera vez que vi aquella pieza fue en Bowery Dos, un día lluvioso de finales de agosto. Estábamos solos, Bill y yo. La única luz que penetraba aquella tarde por las ventanas era débil y grisácea. Cuando le pregunté de dónde había sacado una historia tan poco corriente, me contó que se la había inventado.

—Existe un montón de folclore sobre el tema de los niños intercambiados al nacer —dijo—. Los duendes malignos roban al bebé y lo sustituyen por una copia idéntica para que nadie pueda advertir la diferencia. No es más que otra versión de los innumerables mitos duplicadores que encontramos por doquier, desde las esculturas animadas de Dédalo y Pigmalión hasta el acervo popular inglés y las leyendas de los indios de Norteamérica. Gemelos, dobles, espejos… ¿No te he contado nunca la anécdota de Descartes? La leí no sé dónde, o tal vez alguien me la contó, pero por lo visto siempre viajaba con un autómata que era la reproducción de una sobrina a la que amaba profundamente y que había muerto ahogada.

—Eso no puede ser verdad —dije yo.

—No lo es, pero eso no quita que sea una buena historia. Fueron las histéricas las que me iniciaron en todo esto. En estado de hipnosis, las mujeres de Charcot se convertían hasta cierto punto en personas intercambiadas. Aunque permanecían en sus propios cuerpos, eran como copias de ellas mismas. Y no tienes más que recordar todas esas historias de OVNIS que hablan de personas sojuzgadas por alienígenas. Todo forma parte de la misma idea: el impostor, la falsa identidad, el receptáculo vacío que de pronto cobra vida, o el ser vivo que es transformado en un ente muerto…

Yo me incliné y señalé el mocasín.

—¿Representa el zapato otro doble? —pregunté—. ¿La pareja del que aparece en el cuadro de Violet, quizá?

Por un instante, Bill pareció desconcertado.

—Eso es —dijo lentamente—. Me serví del zapato de Lucille para aquel cuadro. Lo había olvidado.

—Pensé que a lo mejor era intencional.

—No. —Bill se apartó de la caja, cogió un destornillador que yacía sobre su mesa de trabajo y lo hizo girar en sus manos—. Va a casarse con ese tipo con el que ha estado saliendo —dijo.

—¿En serio? ¿De quién se trata?

—Es escritor. Escribió esa novela titulada Egg Parade. Y enseña en Princeton.

—¿Cómo se llama?

—Philip Richman.

—No me suena para nada —dije.

Bill acarició el mango del destornillador.

—¿Sabes? Hoy en día me cuesta trabajo creer que haya podido estar casado con ella. A menudo me pregunto en qué demonios estaba pensando. No es que no me quisiera, es que ni siquiera le gustaba. Ni siquiera le atraía.

—¿Cómo puedes saber eso, Bill?

—Me lo dijo ella.

—Cuando estamos enfadados decimos toda clase de cosas. Si te dijo eso, estoy seguro de que sólo pretendía herirte. Menuda ridiculez.

—No me lo dijo directamente. Se lo dijo a otra persona y esa persona me lo dijo a mí.

Yo recordé aquella lejana tarde de primavera en la que sus voces habían llegado hasta mí a través de la ventana.

—Así y todo —proseguí—, no puede ser verdad. Quiero decir que, en tal caso ¿por qué se habría casado contigo? Desde luego, no sería por tu dinero. En aquella época no lo tenías.

—Lucille no es una embustera. De eso puedo dar fé. Se lo dijo a una amiga común, a una persona célebre por su afición de llamar a los demás para contarles chismorreos maliciosos y a continuación solidarizarse con

ellos. Lo irónico del caso es que esta vez el origen del chisme era mi propia mujer.

—¿Por qué no habló directamente contigo?

—Supongo que porque no podría. —Bill hizo una pausa—. Hasta que no empecé a vivir con Violet no me di cuenta de lo extraña que había sido mi vida con Lucille. Violet es tan real, tan vital… Siempre está abrazándome y diciéndome que me quiere. Lucille nunca me lo dijo. —Se detuvo un instante—. Ni una sola vez. —Alzó la mirada del destornillador —. Día tras día, durante años, viví con un personaje ficticio, con una persona que yo mismo me había inventado.

—Eso no explica por qué se casó ella contigo.

—Porque yo insistí, Leo. Lucille era débil.

—No, Bill. Las personas son responsables de sus actos. Fue ella quien decidió hacerlo.

Bill devolvió la mirada al destornillador.

—Está embarazada —dijo—. Según me dijo, había ocurrido por accidente, pero el otro se va a casar con ella. Parecía contenta. Van a mudarse a Princeton.

—¿Y quiere que Mark se traslade allí con ella?

—No estoy seguro. Ya he aprendido que basta con que yo sugiera que se quede para que ella insista en que viva con ella. Si ve que me desentiendo, su interés disminuye considerablemente. Yo diría que está dispuesta a dejar que Mark decida por sí mismo. A Violet le da miedo que Lucille pueda arrebatarnos al niño, que pueda ocurrir algo. Cuando se trata de Lucille, se vuelve… se vuelve poco menos que supersticiosa.

—¿Supersticiosa?

—Sí, yo creo que ésa es la palabra justa. Es como si creyera que Lucille pudiera tener quién sabe qué difuso poder sobre nosotros; y no sólo en lo referente a Mark, sino también en otras cosas…

No insistí en aquel aspecto de la conversación. Me dije que Lucille merecía ser feliz, casarse de nuevo y tener otro hijo. Escapar por fin de aquel apartamento deprimente de East Third Street. Así y todo, en mis buenos deseos subyacía la turbulenta certeza de que Lucille era alguien para mí incomprensible.

La última noche que pasamos en la casa de Vermont me desperté y vi a Érica sentada en el borde de la cama. Di por supuesto que necesitaría ir al baño y me di media vuelta para conciliar de nuevo el sueño, pero mientras yacía allí, en duermevela, oí sus pasos en el pasillo. Había pasado de largo junto al cuarto de baño. La seguí y la vi detenida frente al dormitorio de los niños. Tenía los ojos abiertos. Depositó levemente los dedos en el picaporte pero no lo giró. Retiró la mano y, a continuación, agitó los dedos sobre él como haría un mago para ejecutar un truco. Al acercarme a ella se volvió y me miró. Por la rendija inferior de la puerta escapaba el resplandor de la lámpara nocturna de los niños, y su luz me permitió distinguir vagamente sus facciones. Sabía que no estaba despierta y, recordando la vieja máxima según la cual no conviene despertar a los sonámbulos, la tomé suavemente por el brazo con intención de conducirla de regreso a la cama. Sin embargo, al contacto de mis dedos, ella exclamó con voz sonora y enfática: «*Mutti!*». Su reacción me sobresaltó. Solté su brazo y ella se volvió de nuevo hacia el picaporte, lo tocó fugazmente con el índice y retiró al punto la mano como si el metal estuviera incandescente.

—Soy yo, Érica —le susurré—. Leo. Déjame que te acompañe a la cama.

Ella me miró directamente a los ojos y dijo:

—Ah, eres tú, Leo. ¿Dónde estabas?

Rodeé sus hombros con el brazo y, tras guiarla a lo largo del pasillo, la recosté suavemente sobre la cama. Durante al menos una hora permanecí despierto con la mano apoyada en su espalda, atento a cualquier indicio de actividad, pero no volvió a moverse.

Yo también solía llamar a mi madre Mutti, y la palabra pareció abrir en mí un abismo. Pensé en mi madre, pero no en su época de vejez sino cuando aún era joven, y durante un rato, tendido en la cama, logré recuperar el olor que despedía al inclinarse sobre mí —polvos de maquillaje y un toque de perfume— y percibí su aliento en mi mejilla y sus dedos entre mis cabellos mientras me acariciaba la cabeza. *Du musst schlafen, Liebling. Du musst schlafen*[7]. Pero mi dormitorio londinense carecía de ventanas, y me dediqué a despegar el deslucido papel de hiedras

entrelazadas que había junto a mi cama hasta descubrir una alargada, estrecha y amarillenta franja de pared desnuda.

Cuando la galería Weeks expuso las cajas de cuentos de Bill en el mes de septiembre, una crisis como la que había de sacudir Wall Street al cabo de menos de un mes y a apenas unas manzanas de distancia parecía tan improbable como el fin del mundo. Doscientas personas, si no más, atestaban el local el día de la inauguración, y al contemplarlas me pareció verlas solidificarse en una única masa descomunal y vertiginosa, como un ente dotado de múltiples cabezas y extremidades que obedeciera a una voluntad propia. Aquella noche me vi empujado, sacudido, empapado, zancadilleado y recluido en los rincones. A través del bullicio reinante pude oír referencias a diversos precios, y no sólo los de las cajas de Bill sino los de obras de otros artistas que se habían «puesto por las nubes», expresión ésta que me hizo pensar en innumerables billetes flotando sobre la silueta de los edificios. Me constaba que la mujer que afirmaba saber lo que costaba una de las cajas de cuentos había inflado el precio en varios miles de dólares, y eso que la cifra real no era ningún secreto, pues Bernie tenía en su despacho una lista oficial a disposición de cualquiera que pudiera estar interesado. La exageración de la mujer era probablemente involuntaria. Su frase había comenzado con las palabras «Según me han dicho…». Pero poco importaba que fuera murmuración o realidad, ya que, al igual que en la Bolsa, la realidad venía generada por rumores. Así y todo, pocos de los allí presentes habrían relacionado mentalmente los cuadros, esculturas, instalaciones y objetos conceptuales que tal auge estaban alcanzando en el bajo Manhattan con los bonos basura, las cifras hinchadas y las campanas de Wall Street.

Las últimas en llegar fueron las primeras en desaparecer. Las pequeñas galerías del East Village desaparecían para verse inmediatamente sustituidas por boutiques especializadas en prendas de cuero y cinturones con tachuelas. El SoHo comenzó a marchitarse. Las galerías ya consolidadas soportaron el golpe, pero hubieron de recortar gastos. Bernie permaneció abierto, pero se vio obligado a interrumpir el estipendio que

pagaba a los artistas más jóvenes y a vender discretamente y desde la trastienda su colección de dibujos de grandes maestros. Cuando un coleccionista británico decidió desprenderse de las obras de varios «monstruos de los ochenta», la reputación de estos últimos se enfrió de inmediato, hasta el punto de que al cabo de pocos meses sus nombres se habían visto relegados a la nostalgia del pasado y a menudo sonaban precedidos de la palabra «recuerdo». Otros, simplemente, se olvidaron. Los más famosos sobrevivieron, pero con frecuencia hubieron de abandonar sus casas de Quogue o Bridgehampton.

Las obras de Bill bajaron de precio, pero sus coleccionistas no le abandonaron. En cualquier caso, la mayor parte de las piezas habían viajado a Europa, donde habían adquirido una consideración especial debido a que su obra atraía a jóvenes que hasta entonces se habían mostrado desinteresados por el arte. Su galería francesa hizo un buen negocio con la comercialización de carteles de sus cajas de cuentos, y ya tenía planeado el lanzamiento de un libro con sus reproducciones. Violet había aprovechado el período más próspero para actualizar su vestuario y comprar algunos muebles para el *loft*, pero el rechazo de Bill hacia el consumismo se había mantenido en todo momento incólume. «No quiere nada —me decía Violet—. Compré una mesita auxiliar para el salón y tardó una semana en darse cuenta de su presencia. A veces dejaba un libro o un vaso encima, pero pasaron varios días hasta que de pronto dijo: "¿Es nuevo esto?"». Bill pudo capear el temporal gracias a que tenía dinero ahorrado, y tenía dinero ahorrado porque vivía sobrecogido por su pasado y por la amarga pobreza que había padecido en sus tiempos de albañil y pintor de brocha gorda. Aquélla era la época en la que se había casado con Lucille, y advertí que, a medida que transcurría el tiempo, Bill hablaba de aquel período de su existencia con creciente amargura, como si en retrospectiva se hubiera tornado aún más oscuro y doloroso de lo que en realidad fue. Bill, al igual que todo el mundo, reescribió su vida. Los recuerdos de las personas mayores son distintos de los de los jóvenes. Lo que a los cuarenta años nos parece vital bien puede haber perdido su importancia a los setenta. Al fin y al cabo, nos inventamos historias a partir del fugaz material sensorial que nos bombardea a cada instante, que

no es sino una serie fragmentada de imágenes, conversaciones, aromas y contactos de personas y cosas. La mayor parte de esta información la eliminamos para así vivir en algo parecido al orden, y seguimos barajando una y otra vez nuestros recuerdos hasta que morimos.

Aquel otoño acabé mi libro. El manuscrito tenía seiscientas páginas, y se titulaba Breve historia de la mirada ante la pintura occidental. Lo había comenzado con la esperanza de que el rigor epistemológico me ayudara a llegar hasta el final, de que el libro terminara siendo un argumento sintético sobre la visión artística y sus cimientos filosóficos e ideológicos, pero a medida que trabajaba en él fue convirtiéndose en una obra más extensa, más indefinida, más especulativa y —creo— más honesta. Se deslizaron en ella ambigüedades ajenas a su esquema inicial, pero las dejé estar a modo de interrogantes. Érica, mi primera lectora y correctora, influyó tanto en la prosa como en algunas de mis clarificaciones, lo que le agradecí, pero dediqué el libro a Bill. Hacerlo no constituyó tan sólo un acto de amistad, sino también de humildad. Las buenas obras de arte acarrean de modo inevitable lo que yo defino como un «exceso» o una «plétora» que escapa a la mirada del intérprete.

El 7 de noviembre Érica cumplió cuarenta y seis años. Aquel cumpleaños, que puso repentinamente la cincuentena al alcance de la vista, pareció estimularla. Comenzó a asistir a clases de yoga. Se estiraba, se contorsionaba, respiraba y hacía el pino en el suelo del salón a la vez que aseguraba que aquellos esforzados tormentos hacían que se sintiera «estupendamente». Desencadenó un auténtico revuelo en la convención de la MLA[8] con un artículo titulado «Bajo La copa dorada», publicó tres de sus capítulos ya terminados en diversos periódicos, y el departamento de Lengua Inglesa de Berkeley le ofreció un puesto mucho mejor pagado, que ella, sin embargo, rechazó. No obstante, aquella dieta regular de yoga, publicaciones y elogios pareció sentarle bien. Se tranquilizó. Sus jaquecas se tornaron menos frecuentes, y comprobé que ya no mantenía la frente permanentemente fruncida cuando estaba en reposo. Se le disparó la libido. Se aferraba a mis caderas mientras estaba cepillándome los dientes.

Me mordisqueaba la espalda o me introducía la mano por debajo de los pantalones en medio del pasillo. Si me veía leyendo en la cama, se desnudaba delante de mí y luego se deslizaba entre las sábanas para sentarse a horcajadas sobre mi vientre. Yo disfrutaba de aquellos asaltos, y descubrí que los revolcones nocturnos dejaban a su paso vestigios comprobables por la mañana. Aquel año hubo muchos días en los que se me vio salir de casa silbando.

Según Matt, la clase de quinto curso de la señora Rankleham hervía de intrigas. La popularidad reinaba como valor supremo entre los chavales de diez y once años. El curso se había dividido en facciones jerárquicas que o bien se enfrentaban abiertamente o bien recurrían a crueldades más sutiles y más propias de la corte francesa. Me pareció entender que ciertos muchachos y ciertas muchachas «salían juntos», nebulosa expresión que podía abarcar cualquier cosa, desde compartir una porción de pizza hasta disfrutar de un amorío furtivo. Que yo supiera, aquellos emparejamientos cambiaban con carácter semanal, pero Matt nunca se contaba entre los elegidos. Por mucho que anhelara poseer una categoría de mayor nivel, podía percibir que no estaba dispuesto a esforzarse por alcanzarla, y un día de octubre en que acudí a recogerle después de clase para ir al dentista comprendí el motivo. Reconocí a varias chicas de su clase a las que conocía desde años atrás, chicas que desempeñaban papeles fundamentales en los dramas que Matt desgranaba a la hora de cenar. Parecían mujeres. Habían crecido varios centímetros desde la última vez que las viera. Sus pechos se habían desarrollado y sus caderas se habían ensanchado. En los labios de una o dos de ellas alcancé a distinguir el brillo de un lápiz de labios, y me quedé contemplándolas mientras desfilaban pavoneándose junto a Matt y otros varios mequetrefes ocupados en tirarse a la cabeza galletitas con forma de pez. Abordar a una de aquellas chicas requería o un enorme valor o un grado de estupidez monumental, y Matt, al parecer, no poseía ni lo uno ni lo otro.

Después del colegio solía jugar con Mark y algún que otro compañero de clase. Concentraba sus energías en el béisbol, el dibujo y la pugna por obtener buenas notas. Se mostraba desconcertado por la aritmética y las ciencias, escribía pequeñas redacciones con doloroso esfuerzo y espantosa

ortografía, y se aplicaba afanosamente a sus proyectos caseros: un collage inspirado en un libro, un galeón español de escayola que se derritió al introducirlo en el horno y el memorable e interminable asunto del sistema solar de *papier-mâché*. Los tres, Matt, Érica y yo, nos pasamos una semana manipulando, envolviendo y pegando babosos fragmentos de papel de periódico, así como midiendo las dimensiones de Venus y Marte y Urano y la Luna. Los anillos de Saturno se desintegraron tres veces y hubo que rehacerlos otras tantas, pero cuando el proyecto concluyó y pudimos verlo colgando de sus delgados hilos plateados, Matt se volvió hacia mí y me dijo: «La que más me gusta es la Tierra», y tenía razón. Había construido una Tierra preciosa.

Los sábados Mark acudía a visitar a su madre, que ahora vivía en Cranbury, Nueva Jersey, con su nuevo esposo, y Matt aprovechaba a menudo tales ocasiones para ir a ver a Bill a su estudio. Le dejábamos ir solo hasta Bowery, pero siempre aguardábamos con ansiedad a que nos llamara para confirmarnos que había llegado bien. Uno de aquellos sábados se pasó seis horas seguidas a solas con Bill, y cuando le pregunté qué habían hecho durante todo aquel tiempo, él respondió: «Charlar y trabajar». Aguardé a que me diera algún detalle, pero ésa era su respuesta final. Durante aquella primavera Matt montó en cólera con Érica y conmigo en un par de ocasiones a causa de nimiedades. Cuando estaba realmente de mal humor colgaba de su puerta un cartel de No MOLESTAR sin el cual tal vez no hubiéramos sido conscientes de las sombrías cavilaciones que tenían lugar en el interior de su dormitorio; pero el cartel certificaba de modo inequívoco su reclusión, y siempre que pasaba junto a él la soledad defensiva de Matt me calaba hasta los huesos como una memoria física de mi propia adolescencia temprana. Aquellas angustias hormonales de Matt, sin embargo, rara vez duraban demasiado. Más pronto o más tarde terminaba saliendo de su habitación, por lo general de excelente humor, y los tres charlábamos animadamente durante la cena sobre temas que podían oscilar entre el audaz guardarropa de una compañera de once años llamada Tanya Farley y la política exterior norteamericana durante la Segunda Guerra Mundial. Érica y yo adoptábamos una política parental basada en la tolerancia y rara vez

comentábamos los fluctuantes estados de ánimo de Matt. Después de todo, parecía absurdo reprocharle unas subidas y bajadas que ni él mismo comprendía.

Por medio de Matt recobré mis propios días de aprensión y secretismo. Recordé aquel cálido fluido que se derramaba sobre mis muslos y mi vientre y se enfriaba inmediatamente después del sueño, los rollos de papel higiénico que escondía bajo la cama para las sesiones vespertinas de masturbación, y mis viajes clandestinos al cuarto de baño para arrojar los pringosos amasijos por el retrete, siempre de puntillas y conteniendo la respiración, como si aquellas efusiones de mi propio cuerpo fueran objetos robados. El tiempo ha convertido mi joven cuerpo en una especie de chiste, pero en aquella época no tenía nada de gracioso. Recuerdo cómo acariciaba los tres cabellos que de la noche a la mañana me brotaron en el pubis y cómo examinaba mis axilas todas las mañanas en busca de presagios de nuevos brotes pilosos. Me estremecía de excitación para a continuación encerrarme en la dolorosa soledad que subyacía bajo mi piel aún tierna. La señorita Reed, una persona en la que hacía años que no pensaba, volvió igualmente a mi memoria. Mi profesora de baile tenía el pecho cubierto de pecas y un aliento que olía a menta. Solía llevar vestidos de falda larga con delgados tirantes por encima de sus hombros blancos y redondeados, y de vez en cuando, durante un foxtrot o un tango, uno de aquellos tirantes se caía. Todo le llegará a Matt, pensé, y es absurdo pretender contarle toda la historia para que le resulte más fácil. El cuerpo en desarrollo cuenta con un lenguaje propio, y la soledad es la mejor maestra. Durante aquella primavera descubrí en varias ocasiones a Matt inmóvil frente al Autorretrato que llevaba trece años colgado de la pared. Sus ojos recorrían las rollizas formas de la joven Violet y se detenían en el diminuto taxi que reposaba próximo a su sexo, y fue como si también yo volviera a ver el lienzo por vez primera, con toda su fuerza erótica.

Tanto aquella pintura temprana como las demás que componían la serie comenzaron a adquirir el carácter de oráculos, como si Bill hubiera sabido tanto tiempo atrás que algún día Violet portaría en su interior los cuerpos de personas capaces de comer hasta la inmensidad o ayunar hasta la insignificancia. Aquel mismo año Violet estuvo visitando con

regularidad a una joven de Queens que pesaba casi doscientos kilos. Angie Knott nunca salía de la casa en la que vivía con su madre, también obesa pero no tanto como su hija. La señora Knott tenía un pequeño negocio de confección de cortinas a medida para su clientela del vecindario, y Angie le llevaba la contabilidad.

—Cuando dejó el colegio, a los dieciséis años, empezó a ponerse cada vez más gorda —contaba Violet—, pero también es cierto que ya fue un bebé grueso y una niña gruesa y que su madre la atiborró a comer desde el principio. Es una boca andante, una máquina de devorar pasteles y bollos y cajas de chucherías y montañas de cereales con azúcar. Y estamos hablando de grasa —añadió Violet, mostrándome el retrato de la joven—. Ha convertido su propio cuerpo en una gruta en la que puede esconderse, y lo más curioso del caso es que la comprendo, Leo. Quiero decir que, desde su punto de vista, todo cuanto la rodea es peligroso. Ella se siente segura debajo de todo ese forro por mucho riesgo que corra de padecer diabetes y enfermedades del corazón. Y el sexo es inalcanzable para ella. Nadie podría abrirse paso a través de esa masa de sebo, y eso es precisamente lo que ella quiere.

Había días en los que Violet dejaba a Angie para ir a visitar a Cathy, sometida a tratamiento en el hospital de Nueva York. Violet la llamaba Santa Catalina en homenaje a Catalina Benincasa, la santa dominica de Siena que ayunó hasta la muerte.

—Es un monstruo de pureza —decía—, más feroz y más virtuosa de lo que ninguna monja podría ser. Su intelecto funciona mediante pequeños y angostos canales de pensamiento, pero se mueve a sus anchas por ellos, y respalda su ayuno con una afluencia de argumentos digna de un erudito hermético del Medievo. Si se come media galleta se siente mancillada y culpable. Tiene un aspecto horrible, pero sus ojos relucen de orgullo. Sus padres esperaron mucho tiempo, demasiado. Lo dejaron correr. Siempre había sido una buena chica y, sencillamente, no logran comprender qué es lo que le ha ocurrido. Es la cara opuesta de Angie, aunque en su caso no es la grasa lo que la protege, sino su coraza virginal. Los demás se preocupan por su equilibrio electrolítico, cuando lo cierto es que podría morir.

Violet incluyó a Angie y a Cathy en su libro junto con otras muchas chicas. Atribuía a todas un nombre supuesto y analizaba sus patologías como el resultado tanto de sus antecedentes personales como de la «histeria» norteamericana en torno a la nutrición, o lo que ella denominaba «un virus sociológico». Me contó que utilizaba la palabra «virus» debido a que los virus no están ni vivos ni muertos, sino que su animación depende de la relación con el huésped. Ignoro hasta qué punto las chicas de Violet habían encontrado el modo de introducirse en la obra reciente de Bill o en qué medida éste estaba retornando simplemente a un antiguo tema, pero a medida que seguía trabajando en su nueva pieza observé que el hambre había encontrado nuevamente un lugar propio en su arte.

El viaje de O estaba concebido en torno al alfabeto. Érica fue la primera en referirse a sus veintiséis cajas como «la gran novela americana de Bill». A él le gustó la frase, y de hecho comenzó a utilizarla porque afirmaba que, al igual que las grandes novelas, tardaría mucho en extinguirse. Las cajas, independientes unas de otras, eran pequeños cubos de vidrio de unos treinta centímetros de lado que el espectador podía contemplar desde todos los ángulos. Los personajes se hallaban identificados por grandes letras que llevaban cosidas o pintadas en el pecho, a la manera de Hester Prynne. El joven pintor que protagonizaba la «novela», llamado O, mostraba un asombroso parecido con Lazlo, con la diferencia de que era pelirrojo en vez de rubio y de que tenía la nariz más larga que él (lo que yo interpreté como una referencia al personaje de Pinocho). Bill estaba completamente absorto en aquellos cubos. El estudio rebosaba de dibujos, pinturas diminutas, retazos de tela destinados a la fabricación de minúsculos ropajes y blocs repletos de citas ajenas y de reflexiones del propio Bill. En una de las páginas tuve ocasión de ver reunidos un comentario del lingüista Roman Jakobson, una referencia a los cabalistas y una nota en la que Bill se recordaba a sí mismo los datos de cierto tebeo protagonizado por el pato Lucas. En los dibujos, O aumentaba y disminuía de tamaño, según las circunstancias, y en uno de mis favoritos yacía demacrado en un estrecho camastro con el rostro lánguidamente desviado en dirección a su propia pintura de un roast beef.

Aquel año visité el estudio con frecuencia. Bill me entregó una copia de las llaves para que pudiera entrar y salir sin molestarle. Una tarde le encontré tendido en el suelo con la mirada fija en el techo. A su alrededor yacían diseminados cuatro cubos vacíos y varias muñecas de reducidas dimensiones.

Al oírme entrar no se movió. Yo me acomodé en una silla situada a un par de metros de distancia de él y esperé, y al cabo de unos cinco minutos se incorporó.

—Gracias, Leo —dijo—. Tenía que resolver un problema con B que no podía esperar.

Otras veces, sin embargo, le sorprendía sentado en el suelo con las piernas cruzadas, ocupado en coser a mano tanto ropitas como figuras enteras. En tales ocasiones iniciaba la conversación con un caluroso saludo, pero sin alzar en ningún momento la mirada de su labor.

Cuánto me alegro de que hayas venido, Leo —me dijo una tarde—. Te presento a la madre de O.

Y al decirlo alzó en el aire una delgada figura de plástico dotada de un par de ojuelos rosados.

—Esta pobre mujer es la madre de O —prosiguió—, una dama abnegada y bondadosa, aunque un poco borrachuza. Yo la llamo X. El padre de O se llama Y, pero nunca va a figurar en carne y hueso. No es más que una letra que revolotea en la distancia o por encima de la cabeza de O, como si se tratara de un pensamiento o una idea. Así y todo, X e Y engendraron a O. Lógico, ¿no te parece? X sugiere lo antiguo, como en exmujer, por ejemplo, o también la X que señala el punto clave en el plano del tesoro, pero también la X que representa el beso de despedida en la conclusión de una carta. Y es que X le ama, ¿comprendes? Pero luego está la Y, la gran Y ausente, como en W-H-Y: ¿por qué?

Bill se echó a reír. Tanto su rostro como el sonido de su voz me hicieron pensar en Dan, y sin venir a cuento le pregunté por su hermano.

—Está igual —dijo él, y sus ojos se enturbiaron un instante—. Está igual.

Cada vez que le visitaba encontraba más personajes desparramados sobre la mesa y el suelo. Una tarde del mes de marzo recogí una figura

bidimensional que había fabricado con alambre para luego cubrirla con un tejido de muselina que más parecía una epidermis transparente que un vestido. La muñeca estaba arrodillada y tenía los brazos alzados en un gesto implorante. Cuando vi la C que llevaba adherida al pecho pensé en Santa Catalina.

—Es una de las amigas de O —dijo Bill—. Está matándose de inanición.

Al cabo de un instante reparé en dos muñequitos de tela que aparecían fundidos en un estrecho abrazo. Acerqué a mis ojos la doble figura y pude ver que los dos pequeños —uno con el pelo negro y el otro más bien castaño— se encontraban unidos por la cintura y que cada uno de ellos portaba una letra M cosida al pecho. Por un momento, aquella flagrante referencia a Matthew y a Mark me desconcertó, y examiné los dos rostros pintados en busca de rasgos reconocibles, pero ambas criaturas eran idénticas.

—¿Has incluido a los niños? —pregunté.

Bill me miró y sonrió.

—He incluido una versión de ellos —dijo—. Son los hermanitos de O.

Yo los devolví cuidadosamente a su lugar en el interior del cubo que tenía ante mí.

—¿Has llegado a conocer al hermano pequeño de Mark? —le pregunté.

Él aguzó la mirada.

—¿Qué es esto, una asociación libre o un intento por adivinar significados ocultos en mis emes?

—Lo decía por curiosidad.

—Pues no… todo cuanto he visto es una fotografía de un recién nacido arrugado y rubicundo que tiene una boca descomunal.

Aunque El viaje de O no reflejaba ninguno de los detalles de la vida de Bill, comencé a pensar en las letras personificadas y en sus desplazamientos de un cubo a otro como si constituyeran la autobiografía fabulada de su autor, o una especie de traducción del lenguaje del mundo exterior a los jeroglíficos de su vida interior. Bill me contó que O tendría que desaparecer al concluir la obra, pero no porque muriera, sino porque sencillamente se desvanecería. En el penúltimo de los cubos apenas

resultaría ya visible, como un espectro de sí mismo. Y aunque en el cubo final se habría evaporado, el espectador advertiría la presencia de un lienzo a medio terminar en el interior de su habitación. Yo ignoraba por completo qué planeaba reproducir Bill en dicho lienzo, y personalmente opino que él tampoco lo sabía.

En algún momento del mes de diciembre de aquel mismo año se produjo una desaparición real, y el hecho de que no tuviera demasiada importancia no la hizo menos misteriosa. El día de su undécimo cumpleaños yo le había regalado a Matt una navaja suiza con sus iniciales grabadas. La entrega del instrumento se había visto acompañada de un breve discurso acerca de su uso responsable y Matt había aceptado todas las restricciones, la más importante de las cuales era que no podría llevarla al colegio. Matt adoraba aquella navaja, y le añadió una cadenita para llevarla colgada del cinturón. «Me gusta tenerla a mano —decía—. Resulta muy útil». Su utilidad, no obstante, se veía superada probablemente por su simbolismo. Matt lucía la navaja del mismo modo que ciertos ordenanzas hacen ostentación de sus llaves: como un emblema de orgullo masculino. En su caso, pendía de su cintura como un apéndice añadido cuya presencia él comprobaba a cada poco para asegurarse de que no se había caído, y antes de acostarse la depositaba con reverencia en la mesilla de noche. Pues bien, una tarde no pudo encontrarla. Érica y él, ayudados por Mark y Grace, registraron el armario y los cajones y buscaron debajo de la cama, pero cuando volví del trabajo me encontré a Matt hecho un mar de lágrimas. Grace incluso había deshecho la cama para investigar la posibilidad de que la herramienta hubiera podido deslizarse entre las sábanas durante la noche. ¿Estaba seguro de haberla dejado en la mesilla? ¿La había visto al levantarse por la mañana? Matt creía que sí, pero cuanto más lo pensaba más confuso se sentía. La búsqueda se prolongó durante días, pero la navaja no apareció. Le dije que si aún la echaba de menos cuando se aproximara su duodécimo cumpleaños, le compraría otra.

Aquel año, Matt y Mark decidieron que querían ir juntos a un campamento de verano de los de «pernoctar», y a finales de enero Bill, Violet, Érica y yo procedimos a examinar un grueso listado de las organizaciones disponibles. Llegado el mes de febrero ya habíamos llevado a cabo una primera selección y estábamos digiriendo la propaganda que habían enviado siete de ellas. Volcamos sobre aquellos inocentes folletos y aquellas octavillas fotocopiadas todo nuestro talento hermenéutico. ¿Qué querían decir exactamente al hablar de «filosofía no competitiva»? ¿Pretendía sugerir un saludable rechazo a la mentalidad de «ganar a toda costa» o no era más que una excusa para justificar la pereza? Bill examinó detenidamente las fotografías en busca de pistas. Ante aquellas que le parecían demasiado deslumbrantes y artificiales se mostraba suspicaz. Yo deseché dos de los candidatos porque sus textos se encontraban plagados de errores gramaticales, mientras que Érica parecía más preocupada por las aptitudes de los monitores. Finalmente, el ganador fue un campamento de Pensilvania llamado Green Hill. A los críos les gustaba la fotografía que ilustraba la portada del catálogo, en la que podía verse a una veintena de chicos y chicas ataviados con camisetas de la organización que sonreían a la cámara bajo un frondoso toldo de árboles. El campamento contaba con todo lo que habíamos buscado: béisbol, baloncesto, natación, vela, piragüismo y un programa de cursos de arte que incluía pintura, danza, música y teatro. La decisión estaba tomada, y los cheques partieron en el siguiente correo.

Un viernes por la tarde del mes de abril, poco antes de que concluyera el semestre de Columbia, Bill, Mark, Matthew y yo fuimos en coche al Shea Stadium para ver un partido de los Mets. El equipo local, a pesar de ocupar un puesto inferior en la clasificación, logró ganar el partido en la novena entrada. Mark escrutó atentamente cada lanzamiento y cada juego, farfullando en voz alta las cifras estadísticas de los jugadores y brindando a continuación su propio análisis de las posibilidades de cada uno de ellos en la base. A medida que se desarrollaba el juego le vimos alternativamente angustiado, nervioso y regocijado, dependiendo de la situación de los Mets en cada instante, y tal vez por lo intenso de su

emoción, yo mismo contemplé el final del partido con una mezcla de agotamiento y alivio.

Aquella noche, cuando entré en el cuarto de Matt para depositar un vaso de agua en su mesilla, era ya tarde. Érica ya le había dado las buenas noches. Me incliné sobre él y le di un beso en la mejilla, pero él no me lo devolvió. Contempló el techo unos instantes con los ojos entrecerrados y dijo:

—¿Sabes, papá? Siempre estoy pensando en el número de personas que habrá en el mundo. Me acordé durante el partido, entre entrada y entrada, y al final tuve una sensación extraña al imaginar los miles de millones de pensamientos que las personas producen al mismo tiempo.

—Sí —dije yo—. Un torrente de pensamientos que no podemos oír.

—Exacto. Y entonces se me ocurrió la idea chiflada de que cada una de esas personas ve las cosas de un modo ligeramente distinto a los demás.

—¿Quieres decir que cada uno tenemos un modo diferente de ver el mundo?

—No, papá; quiero decir de verdad. Me refiero a que esta noche, por el hecho de estar sentados donde estábamos, vimos un partido ligeramente distinto al de esos tipos que bebían cerveza junto a nosotros. Era el mismo partido, pero tal vez yo noté cosas de las que ellos no se dieron cuenta. Y entonces pensé que de haber estado sentado donde ellos habría visto otra cosa. Y no me refiero sólo al partido. Quiero decir que ellos me veían y yo les veía a ellos, pero ni yo me veía a mí mismo ni ellos tampoco. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Comprendo exactamente lo que quieres decir, y yo también he pensado mucho en ello, Matt. El lugar que yo ocupo no forma parte de mi perspectiva, y eso le sucede igual a todo el mundo. Nunca vemos nuestra situación en el cuadro, ¿verdad? Es como si tuviera un agujero.

—Y cuando combino eso con la idea de todos a los que se les están ocurriendo sus millones y millones de pensamientos —algo que está sucediendo en este mismo instante—, noto una sensación como si flotara. —Se interrumpió un segundo—. Durante el trayecto de regreso, en un momento en el que estábamos todos callados, se me ocurrió que los pensamientos de todos nosotros no hacen más que cambiar

constantemente. Los pensamientos que la gente tenía durante el partido ya no eran los mismos cuando nos metimos en el coche. Aquello fue entonces, pero esto es ahora, pero de pronto ese «ahora» se esfuma y hay otro «ahora». Ahora mismo estoy diciendo «ahora mismo», pero aún no he acabado de decirlo y ya es cosa del pasado.

—En cierto modo —le dije yo— ese «ahora» al que te refieres a duras penas existe. Lo percibimos, pero no se puede medir. El pasado siempre está devorando al presente. —Hice una pausa y le acaricié el pelo—. Creo que por eso es por lo que siempre me ha gustado la pintura. Alguien pinta un lienzo en un momento determinado del tiempo, pero cuando está terminado el cuadro permanece para siempre en el presente. ¿Le encuentras sentido a eso?

—Sí —dijo él—. Desde luego. Me gusta que las cosas duren mucho, mucho tiempo.

Él alzó la mirada hacia mí y tomó aliento.

—He tomado una decisión, papá —prosiguió—. Voy a ser artista. De pequeño pensaba que iba a jugar al béisbol en la liga profesional, y de hecho siempre seguirá gustándome jugar, pero ésa no va a ser mi profesión. No: voy a tener un estudio aquí mismo, en el barrio, y un apartamento que no esté muy lejos. De ese modo podré venir a visitaros a mamá y a ti siempre que quiera. —Cerró los ojos—. Algunas veces pienso que pintaré cuadros grandes, y otras que haré cuadros pequeños y bonitos. Todavía no me he decidido.

—Aún tienes tiempo —le dije. Matt se tumbó boca abajo y asió el embozo, y yo me incliné y le besé en la frente.

Aquella noche, al salir de su dormitorio, me detuve en el pasillo y me recliné unos instantes sobre la pared. Me sentía orgulloso de mi hijo. La sensación fue expandiéndose en mis pulmones como una ráfaga de aire, y en ese momento me pregunté si mi orgullo no sería una forma de vanidad reflejada. Las reflexiones de Matthew eran idénticas a las mías, y aquella noche, al escucharle, me había sentido como si me escuchara a mí mismo; no obstante, reparé entonces en que también admiraba una cualidad de Matt que yo no compartía: a sus once años, tenía más seguridad y más aplomo de lo que yo había tenido nunca.

—Tenemos suerte —dijo Érica cuando le hablé acerca de nuestra conversación—. Tenemos suerte de tenerle. Es el mejor niño que hay en el mundo.

Y con aquella hiperbólica declaración, se dio media vuelta y se durmió.

El 27 de junio los seis nos metimos como pudimos en una furgoneta alquilada y partimos hacia Pensilvania. Bill y yo introdujimos las dos pesadas bolsas de lona de Matt y Mark en la cabaña que habían de compartir con otros siete niños y nos presentamos a sus monitores, Jim y Jason. La pareja —uno delgado y el otro corpulento— se me antojó como una versión adolescente de Laurel y Hardy, y ambos nos saludaron con amplias sonrisas. Luego nos entrevistamos brevemente con el director del campo, un hombre velludo de voz ronca que nos estrechó la mano como si estuviera accionando una bomba de agua. Paseamos por las instalaciones, admirando el comedor, el lago, las pistas de tenis y el salón de actos. Procuramos alargar el momento de la separación. Matt se arrojó a mis brazos y me estrechó contra sí. Por entonces ya sólo me obsequiaba con tan afectuoso trato por las noches, pero resultaba evidente que con aquella despedida había decidido hacer una excepción. Mientras se apretaba contra mí pude percibir la forma de sus costillas a través de la camiseta, y le miré a los ojos.

—Te quiero, papá —dijo en voz baja, y yo le respondí como siempre hacía.

—Y yo te quiero a ti, Matt. Te quiero.

Luego le vi abrazar a Érica, y noté que le costaba algún trabajo separarse de su madre. Ella le quitó la gorra de los Mets y le apartó el flequillo de la frente.

—Matty —dijo—. Pienso escribirte todos los días, aunque te dé vergüenza.

—No me dará vergüenza, mamá —dijo. La abrazó con fuerza y oprimió la mejilla contra su cuello hasta que, finalmente, alzó la cabeza y sonrió—. Pero esto sí que me la da.

Érica y Violet alargaron aún más la partida con absurdos recordatorios sobre la conveniencia de cepillarse los dientes, lavarse y dormir bien, y

cuando llegamos al coche me volví para mirar a los niños. Se habían detenido en el espacioso campo de hierba que se abría junto al edificio principal del campamento. Un inmenso roble extendía sus ramas sobre ellos, y a su espalda el sol relucía en las aguas del lago y lanzaba destellos al incidir sus rayos en los rizos de la superficie. Bill se puso al volante para conducir durante el primer tramo del trayecto de vuelta, y yo, tras acomodarme junto a Violet en el asiento trasero, me volví de nuevo para contemplar aquellas dos figuras que se alejaban a medida que la furgoneta recorría el largo sendero que conducía a la carretera. Matthew tenía la mano alzada en un saludo, y desde aquella distancia su aspecto era el de un niño muy pequeño al que hubieran vestido con ropa demasiado grande para él. Pensé en lo flacos que parecían sus muslos bajo las anchas perneras de sus pantalones cortos, y observé la estrecha silueta de su cuello, que asomaba de la camiseta esponjada por la brisa. Aún sostenía la gorra en la mano, y alcancé a ver cómo una ráfaga de viento le apartaba del rostro un mechón del flequillo.

Dos

Ocho días después, Matt murió. El 5 de julio, a eso de las tres de la tarde, salió a navegar en canoa por el río Delaware con tres monitores y otros seis chicos. Su embarcación chocó contra una roca y volcó. Matt salió despedido y se golpeó la cabeza con un peñasco. El impacto le hizo perder el conocimiento, y a pesar de tratarse de aguas superficiales, se ahogó antes de que nadie pudiera llegar hasta él. Érica y yo nos pasamos meses recreando una y otra vez la secuencia de los acontecimientos en busca del culpable. Al principio le echamos la culpa al monitor de Matt, Jason, que viajaba en la popa, porque todo había sucedido por una diferencia de pocos centímetros. De haberse desviado Jason ligeramente hacia la derecha, el accidente no se habría producido. De haberlo hecho hacia la izquierda la colisión se habría producido igualmente, pero Matt no se habría golpeado la cabeza contra la roca. Culpábamos también a un chico llamado Rusty, que pocos instantes antes del choque se había puesto de pie en el interior de la embarcación para menear las nalgas en dirección a Jason. En aquellos segundos el monitor había perdido de vista los rápidos que rizaban la superficie del agua frente a él. Centímetros y segundos. Cuando Jim y un muchacho llamado Cyrus sacaron a Matthew del agua no sabían que estaba muerto. Jim le aplicó la respiración boca a boca, insuflando aire en el cuerpo inerte de Matt y expulsándolo después. Detuvieron un automóvil que pasaba por la carretera y el conductor, un tal señor Hodenfield, les llevó a toda velocidad al centro sanitario más próximo, el Grover M. Hermann Community Hospital de Callicoon, Nueva York. Jim no dejó en ningún momento de practicarle la respiración asistida a Matt, oprimiendo su pecho y soplando una y otra vez en su interior, pero al llegar al hospital los médicos solo pudieron certificar su muerte. Qué

extraña palabra, la de «certificar». El niño ya había muerto, pero hasta que no la pronunciaron en la sala de urgencias no se supo que todo había terminado. Esa certificación convirtió lo sucedido en real.

Fue Érica quien aquella misma tarde respondió a la llamada telefónica. Yo me encontraba en la cocina, a poco más de un metro de distancia de ella. Advertí que se le demudaba el semblante, y entonces la vi aferrarse al borde de la encimera y exhalar débilmente la palabra «No». A pesar de que era un día caluroso no habíamos conectado el aire acondicionado y yo estaba sudando, pero al verla empecé a sudar mucho más. Érica garabateaba palabras en un bloc. Le temblaba la mano, y tuvo que tragar por falta de aire mientras escuchaba lo que le decía aquella voz. Yo supe que aquella llamada tenía que ver con Matthew. Había oído a Érica repetir la palabra «accidente» y la había visto escribir el nombre del hospital. Me dispuse a partir. Un torrente de adrenalina recorría todo mi cuerpo. Corrí en busca de la cartera y las llaves del coche, y cuando regresé al salón con el llavero en la mano Érica me dijo: «Leo, ese hombre que ha llamado por teléfono. Dice que Matt está muerto». Dejé de respirar, cerré los ojos y me dije a mí mismo lo que acababa de oírle a Érica. No, dije. Sentí que me invadía una sensación de náusea y que se me doblaban las rodillas, y me apoyé en la mesa para sostenerme. Las llaves tintinearon al chocar con la superficie de madera, y me senté. Érica seguía aferrada al extremo opuesto de la mesa. Contemplé sus nudillos pálidos y luego alcé la mirada hacia su rostro contraído.

—Tenemos que ir a buscarle —dijo.

Conduje yo. Las líneas blancas y amarillas que se sucedían en el asfalto negro de la carretera acaparaban toda mi atención. Me concentré en las líneas y en ver cómo desaparecían bajo las ruedas. El sol me deslumbraba a través del parabrisas, y de vez en cuando tenía que guiñar los ojos a pesar de las gafas oscuras. Junto a mí viajaba una mujer a la que apenas reconocía: pálida, inmóvil y aturdida. Sé que Érica y yo le vimos en el hospital y que nos pareció que estaba flaco. Tenía las piernas tostadas por el sol, pero su rostro había cambiado de color. Tenía los labios azulados y las mejillas grises. Era Matthew y no era Matthew. Érica y yo recorrimos diversos pasillos y hablamos con el forense y llevamos a cabo

las formalidades necesarias envueltos por esa recogida atmósfera de deferencia que se crea en torno a las personas sobre las que acaba de abatirse la congoja, pero lo cierto es que el mundo ya no parecía ser el mundo, y siempre que recuerdo aquella semana, con el funeral, y el cementerio, y las personas que acudieron, todo se me aparece como impregnado de cierta superficialidad, como si mi perspectiva hubiera cambiado y todo cuanto entonces veía hubiera perdido la consistencia que hasta antes poseyera.

Supongo que esa pérdida de relieve es producto de la incredulidad. No basta con saber la verdad. Todo mi ser rechazaba la muerte de Matt, y esperaba en todo momento verle entrar por la puerta. Le oía rebullir en su habitación y subir por las escaleras. En una ocasión le oí decir «Papá». El sonido de su voz me llegó tan claro como si hubiera estado a medio metro de distancia. El convencimiento de lo ocurrido habría de aposentarse muy lentamente, y revelarse tan sólo a ratos perdidos, en momentos que parecían taladrar la superficie de aquel peculiar escenario que había venido a sustituir el mundo que me rodeaba. Dos días después del funeral estaba vagando por el piso cuando de pronto oí un ruido procedente del dormitorio de Matt. Al atisbar por la rendija de la puerta vi a Érica tendida en su cama. Yacía hecha un ovillo bajo las sábanas y se mecía a sí misma hacia delante y hacia atrás con los dientes clavados en la almohada, que mantenía aferrada entre sus brazos. Me acerqué a ella y me senté en el borde de la cama, pero el movimiento no cesó. La funda de la almohada aparecía húmeda, salpicada de manchas de lágrimas y saliva. Deposité una mano sobre su hombro, pero ella giró bruscamente el torso en dirección a la pared y comenzó a gritar, profiriendo unos gemidos roncos y guturales que brotaban de lo más profundo de su garganta. «¡Quiero a mi niño! ¡Fuera de aquí! ¡Quiero a mi niño!». Retiré la mano. Ella golpeaba la pared y la cama con los puños. Sollozaba y vociferaba las mismas palabras una y otra vez. Yo sentía como si sus gritos me arrancaran los pulmones, y a cada nuevo alarido mi respiración se interrumpía. Allí sentado, mientras oía llorar a Érica, sentí miedo, pero no de su dolor sino del mío. Dejé que los sonidos que emitía rasgaran y desgarraran mi entrañas. Sí, me dije. Todo esto es cierto. Todo cuanto estoy oyendo es real. Miré al suelo y me

imaginé a mí mismo allí tendido. Para que esto acabe, pensé, tan sólo para que esto acabe. Me sentía reseco. Ése era el problema: me sentía reseco como un hueso viejo, y envidiaba los lamentos y los gemidos de Érica. Mi cuerpo no experimentaba aquella reacción, pero dejé que ella prosiguiera con su duelo. Terminó cobijando la cabeza en mi regazo, y yo me quedé contemplándola: tenía el rostro aplastado, con la nariz enrojecida y los ojos hinchados. Deposité cuatro dedos sobre uno de sus pómulos y los deslicé lentamente hasta la barbilla. «Matthew —le dije. Y al cabo de un instante lo repetí—. Matthew».

Érica alzó la mirada hacia mí. Sus labios temblaban.

—Leo —me dijo—. ¿Cómo vamos a vivir?

Los días se hacían largos. Supongo que entonces, como siempre, seguirían acudiendo pensamientos a mi mente, pero no los recuerdo. Me pasaba la mayor parte del tiempo sentado. No leía, ni lloraba, ni me mecía convulsivamente, ni me movía. Me sentaba en la butaca en la que a menudo me siento todavía hoy y me quedaba mirando por la ventana, absorto en el tráfico y en los peatones que desfilaban con sus bolsas de la compra. Veía pasar los taxis amarillos, observaba a los turistas, con sus camisetas y sus pantalones cortos, y luego, al cabo de unas horas, entraba en la habitación de Matt y tocaba sus cosas. Nunca cogía nada. Deslizaba los dedos por su colección de discos de rock, tentaba las camisetas dobladas en el cajón o depositaba las manos sobre su mochila, aún llena de ropa sucia procedente del campamento. Palpaba su cama deshecha. No hicimos la cama en todo el verano, y tampoco movimos ni uno solo de los objetos de la estancia. Más de una mañana, al amanecer, descubrí que Érica se había trasladado a la cama de Matthew. Ella, algunas veces, recordaba haberse encaramado al lecho de su hijo en medio de la noche; otras, no.

Había empezado de nuevo a caminar en sueños; no todas las noches, pero sí en torno a un par de veces por semana. Durante aquellos trances ambulatorios, siempre se la veía a la búsqueda de algo. Abría los cajones de la cocina y rebuscaba en el interior de los armarios. Extraía los libros de los estantes de su estudio y escrutaba la madera desnuda en la que habían reposado. Una noche me la encontré de pie en mitad del pasillo.

Sus dedos hicieron girar un picaporte invisible, su mano empujó una puerta inexistente y comenzó a gesticular como si pretendiera aferrar el aire. Yo, temeroso de perturbarla, la dejé hacer. Dormida, poseía una determinación de la que carecía en estado de vigilia, y cuando la notaba estirarse e incorporarse junto a mí, yo me levantaba con ella y la seguía de cerca por todo el *loft* hasta que concluía con su ritual de búsqueda. Me convertí en un espectador nocturno, en el celoso vigilante de las aletargadas andanzas de mi mujer. Había noches en las que me situaba ante la puerta del rellano por temor a que pudiera marcharse y extender sus pesquisas a las calles, pero fuera lo que fuese lo que intentaba encontrar, pienso que debía de situar su pérdida en el ámbito de la vivienda. A veces mascullaba: «Sé que lo guardé en algún sitio. Estaba aquí», pero nunca pronunciaba el nombre del objeto en cuestión. Al cabo de un rato abandonaba su empeño, se encaminaba al dormitorio de Matthew, se metía en su cama y dormía hasta el amanecer. Alguna vez, durante las primeras semanas, hice mención de sus vagabundeos, pero luego desistí. No tenía nada nuevo que contarle, y con mis descripciones de sus registros inconscientes no conseguía sino hacerla sufrir más.

No sabíamos cómo renunciar a él, cómo existir. No lográbamos acoplarnos de nuevo a los ritmos de la vida ordinaria. La simple rutina de levantarse, recoger el periódico del rellano y sentarse a desayunar se convirtió en la cruel pantomima de un día a día que ahora debíamos ejecutar en la ensordecedora ausencia de nuestro hijo. Y aunque Érica se sentaba a la mesa frente al habitual cuenco de cereales, no le era posible comer. Nunca había sido precisamente hambrona, y poseía una complexión delgada, pero al concluir el verano había perdido más de cinco kilos. Tenía las mejillas hundidas, y cuando me sentaba frente a ella me parecía distinguir la silueta de su cráneo. Yo le insistía una y otra vez para que comiera, pero mis esfuerzos eran más bien desganados, porque tampoco a mí me era posible disfrutar de la comida que tenía en el plato, y me limitaba a introducírmela a la fuerza en la boca. Era Violet quien se encargaba de alimentarnos. Comenzó a prepararnos la cena a Érica y a mí al día siguiente de morir Matt, y no dejó de hacerlo hasta bien entrado el otoño. Al principio siempre llamaba con los nudillos antes de entrar, pero

a partir de entonces nos habituamos a dejarle la puerta abierta. Todas las tardes oía sus pasos en la escalera y luego la veía entrar con sus sartenes cubiertas de papel de aluminio. En los días inmediatamente posteriores a la muerte de Matt, apenas hizo intentos por conversar con nosotros, y ambos agradecimos su silencio. Se limitaba a anunciar el nombre de los platos —«Lasaña, ensalada», o «Pollo con judías y arroz»— y a continuación depositaba los recipientes sobre la mesa, los destapaba y procedía a servir los platos. Durante todo el mes de agosto se quedó con nosotros durante la cena para animar a Érica a comer. Se encargaba de cortarle los alimentos, y mientras ella los mordisqueaba indecisa, Violet aprovechaba para aplicarle masaje en los hombros o acariciarle la espalda. A mí también me tocaba, pero de distinto modo. Me asía el brazo por encima del codo y lo oprimía con fuerza, no sé muy bien si para tranquilizarme o para obligarme a reaccionar.

Dependíamos de ella, y hoy, cuando lo recuerdo, soy consciente de cuánto se esforzó. Aunque Bill y ella salieran a cenar fuera, no por ello dejaba de prepararnos la cena y de dejárnosla al partir, y para la quincena de vacaciones que ella y Bill tomaron en agosto nos llenó el congelador de recipientes que previamente había etiquetado con el nombre de los días de la semana. Nos llamaba todos los días a las diez desde Connecticut para ver qué tal estábamos, y concluía la conversación diciendo: «En cuanto colguemos, sacad del refrigerador la bandeja que pone miércoles y así se habrá descongelado para la hora de la cena».

Bill acudía a vernos en solitario. Ni Violet ni él lo mencionaron jamás, pero creo que preferían venir separados en lugar de juntos para que Érica y yo tuviéramos más horas de compañía. Aproximadamente dos semanas después del funeral, trajo consigo una acuarela que Matt había pintado durante una de sus visitas al estudio. Era otro paisaje urbano. Érica, al verlo, le dijo: «Creo que ya la veré en otro momento, si no te importa. Ahora no puedo. Sencillamente, no puedo…». Nos dejó solos, enfiló el pasillo y pude oír cómo cerraba la puerta de nuestro dormitorio tras ella. Bill trajo una silla, se sentó junto a mí y colocó la acuarela frente a nosotros, en la mesita auxiliar.

—¿Distingues el viento? —dijo.

Yo observé atentamente la escena.

—Fíjate en estos árboles combados, y en estos edificios. Toda la ciudad parece sacudida por el viento. Es una escena estremecida. Once años tenía, Leo, y fue capaz de hacer esto. —Bill iba recorriendo las imágenes con el dedo—. Observa a esta mujer que recoge latas, y a la niña vestida de bailarina que pasa en compañía de su madre. No te pierdas el cuerpo de este hombre ni el modo en que camina, luchando contra la fuerza del aire. Y aquí está Dave dando de comer a Durango…

A través de una ventana distinguí al anciano. Aparecía inclinado sobre el suelo con un cuenco entre las manos. La barba le colgaba separada del pecho debido a su postura encorvada.

—Sí —dije—. Dave siempre anda por ahí.

—Pintó este cuadro para ti —dijo Bill—. Es tuyo.

Recogió la acuarela y la depositó sobre mi regazo. Yo la examiné cuidadosamente, procurando fijarme en todos los personajes que transitaban por la calle. Una bolsa de plástico y un periódico revoloteaban sobre el pavimento agitados por el viento; y entonces, a medida que alzaba la mirada, distinguí una figura diminuta encaramada a la azotea del edificio de Dave: era la silueta de un niño. Bill le señaló con el dedo.

—Carece de rostro. Matt me dijo que lo prefería así…

Yo me acerqué el papel a los ojos.

—Y no tiene los pies apoyados en el suelo —dije lentamente. Aquel chiquillo desprovisto de facciones sostenía algo en la mano: una navaja con todas sus hojas desplegadas, como las puntas de una estrella.

—Es el Niño Fantasma —dije—, y lleva consigo la navaja que perdió Matt.

—Es para ti —repitió Bill.

Yo, en aquel momento, acepté la explicación, pero hoy en día me pregunto si Bill no se inventaría la historia del regalo. Depositó una mano sobre mi hombro. Yo ya temía que pudiera pasar aquello, y permanecí rígido porque no quería que me tocara. Al volverme hacia aquel hombre que tenía junto a mí, sin embargo, pude observar que estaba llorando. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas, y en ese momento comenzó a sollozar ruidosamente.

Después de aquello Bill adquirió la costumbre de venir todos los días a sentarse conmigo frente a la ventana. Regresaba de su estudio algo más temprano de lo acostumbrado, y siempre a la misma hora: las cinco en punto de la tarde. A menudo apoyaba la mano en uno de los brazos de mi butaca y no la apartaba de allí hasta que se marchaba, aproximadamente una hora más tarde. Me contaba historias de su niñez con Dan y anécdotas de la época en la que era un joven artista y vagaba por Italia. Me describió su primer trabajo como pintor de interiores en Nueva York: lo había conseguido en un burdel cuya clientela se componía casi exclusivamente de judíos hasídicos. Me leía artículos de Artforum. Me hablaba de la conversión de Philip Guston, del Maus de Art Spiegelman y de los poemas de Paul Celan. Yo raramente le interrumpía, pero él tampoco parecía esperar respuesta. En ningún momento intentó evitar el tema de Matthew, y a veces me contaba las conversaciones que habían mantenido en el estudio.

—Quería saberlo todo sobre la línea, Leo. Desde el punto de vista metafísico, quiero decir: sobre los bordes de las cosas que contemplamos; quería saber si las manchas de color poseen líneas, o si la pintura era en sí superior al dibujo. Me dijo que había soñado varias veces que penetraba en el sol pero sin poder ver nada, porque la luz le cegaba.

Bill siempre hacía una pausa después de mencionar a Matt. Los días en que Érica se sentía lo bastante fuerte como para acompañarnos se tendía en el sofá, a unos metros de distancia. Me consta que nos escuchaba, porque a veces alzaba la cabeza y decía: «Sigue, Bill», y él, entonces, reanudaba su monólogo. Yo oía todo lo que decía, pero sus palabras me sonaban amortiguadas, como si estuviera hablando a través de un pañuelo. Antes de partir, retiraba la mano de mi butaca, me oprimía el brazo con fuerza y decía: «Aquí estoy, Leo. Aquí estamos». Durante un año, Bill vino a vernos todos los días a no ser que se encontrara fuera de la ciudad. Cuando estaba de viaje, llamaba por teléfono más o menos a la misma hora de su visita habitual. Sin él, creo que me hubiera agostado por completo hasta desaparecer arrastrado por el viento.

Grace se quedó con nosotros durante la primera semana de septiembre. La muerte de Matt la había convertido en una mujer silenciosa, pero

siempre que le mencionaba se refería a él como «mi niño chico». A juzgar por su modo de respirar, parecía llevar la amargura aposentada en el pecho, y sus voluminosos senos se alzaban y descendían mientras ella sacudía la cabeza.

—Es incomprensible —me decía—. Es algo que no podemos controlar.

Encontró trabajo con otra familia del vecindario, y el día que nos dejó me sorprendí observando su cuerpo. A Matt siempre le había encantado la plenitud de Grace. En cierta ocasión le había comentado a Érica que en el regazo de Grace uno podía sentarse sin encontrar huesos puntiagudos que estorbaran su comodidad. Pero la generosidad de proporciones de aquella mujer no sólo era física, sino también espiritual. Grace terminó mudándose a Sunrise, Florida, donde aún vive en un piso con el señor Thelwell. Érica y ella siguen escribiéndose a pesar de los años transcurridos, y según me cuenta Érica, Grace aún conserva en el salón una fotografía de Matt junto a los retratos de sus seis nietos.

Aquel otoño, justamente antes de que Érica y yo volviéramos al trabajo, Lazlo vino a visitarnos. No le veíamos desde el día del funeral. Entró por la puerta con una caja de cartón, nos saludó con una inclinación de cabeza y la depositó en el suelo. A continuación, procedió a desenvolver el objeto que contenía y a depositarlo sobre la mesita auxiliar. Las maderitas azules que componían la pequeña escultura no tenían nada que ver con las obras anatómicas que había visto hasta entonces. De una base plana de color azul oscuro se elevaban unos frágiles rectángulos abiertos. El aspecto de la pieza era el de una ciudad de palillos, y llevaba adherida a la base una etiqueta con el título: En memoria de Matthew Hertzberg. Lazlo no se atrevía a mirarnos. «Será mejor que me vaya», farfulló, pero Érica alargó los brazos hacia él y le retuvo antes de que pudiera dar un paso, rodeando su delgada cintura y estrechándole contra ella. Lazlo extendió torpemente los brazos y los mantuvo alzados en el aire. Durante unos instantes, los conservó así, como si dudara entre salir corriendo o no, pero al fin los enlazó en torno a Érica. Sus dedos permanecieron unos momentos en leve contacto con la espalda de ella hasta que, finalmente, apoyó la barbilla sobre su cabeza. Su rostro dibujó un fugaz espasmo que le hizo fruncir los labios, pero desapareció de

inmediato. Yo le estreché la mano, y mientras sus cálidos dedos oprimían los míos tragué saliva con fuerza y volví a hacerlo al cabo de un instante. En ambas ocasiones, noté que el gesto producía en el interior de mi cabeza un fragor similar al de un cañonazo distante.

Cuando Lazlo se hubo marchado, Érica se volvió hacia mí.

—Nunca lloras, Leo. No has llorado ni una sola vez. Ni una.

Yo contemplé sus ojos enrojecidos, su nariz húmeda y sus labios temblorosos. En ese momento me repelía.

—No —dije—. No he llorado.

Ella percibió la cólera reprimida que traslucían mis palabras y se quedó mirándome con la boca abierta. Yo me volví de espaldas y me alejé a lo largo del pasillo. Entré en el dormitorio de Matthew y me detuve un instante junto a su cama hasta que, de pronto, estrellé el puño contra la pared de escayola. El tabique pareció ceder bajo el golpe, y un relámpago de dolor me recorrió toda la mano. La sensación, sin embargo, me pareció agradable; no: más que agradable. Noté un alivio intenso y enardecedor, pero éste no duró. Podía sentir en mi espalda los ojos de Érica, que me contemplaba desde el umbral. Cuando me volví a mirarla, dijo:

—¿Qué has hecho? ¿Se puede saber qué le has hecho a la pared de Matt?

Tanto Érica como yo nos aplicamos con denuedo a nuestros respectivos trabajos, pero vivíamos la rutina y la familiaridad de nuestros deberes más como una recreación de nuestras antiguas vidas que como una continuación de las mismas. Yo recordaba perfectamente al Leo Herzberg que había enseñado en el departamento de Historia del Arte antes de la muerte de Matt, y descubrí que podía suplantarle sin ninguna dificultad. Al fin y al cabo, mis alumnos no me necesitaban a mí: le necesitaban a él, al hombre que corregía sus exámenes y respetaba el horario de clases. Si acaso, continué desempeñando mis deberes más escrupulosamente que antes. En tanto siguiera con mi trabajo, nadie podría acusarme de nada, y no tardé en descubrir que mis colegas y alumnos, conscientes de la pérdida de mi hijo, me protegían con sus propios muros de respetuoso silencio.

Advertí igualmente que también Érica había adoptado una actitud similar. Durante la hora siguiente a su regreso cotidiano de Rutgers todos sus gestos eran bruscos y mecánicos, y luego insistía en quedarse hasta tarde corrigiendo exámenes. Cuando la oía conversar por teléfono con sus colegas su voz sonaba como una parodia cinematográfica de la secretaria eficiente, y aunque yo me sentía retratado en su rostro crispado y resuelto, no era aquél un reflejo que me agradara, y cuanto más lo contemplaba más repulsivo me parecía.

La diferencia entre nosotros era que la pose de Érica se desmoronaba día a día. A finales de verano dejó de caminar en sueños. Antes bien, se encerraba en el cuarto de Matt y lloraba sobre su cama hasta que la fatiga terminaba por secarle las lágrimas. El dolor de Érica era un dolor volátil. Durante meses, acudí a sentarme junto a ella en la cama de Matt, sin saber jamás qué podía esperar. Había noches en las que se aferraba a mí y me besaba las manos y el rostro y el pecho, y otras en las que me golpeaba los brazos y el torso. Había noches en las que me suplicaba que la abrazara para luego apartarme violentamente tan pronto como la tenía entre mis brazos. Al cabo de un tiempo descubrí que mis reacciones ante Érica tenían algo de robótico. Procuraba cumplir con mi obligación de estrecharla o, en aquellos casos en los que le apetecía tenerme a su lado, de permanecer sentado y en silencio a pocos metros de ella, pero los gestos y las palabras que intercambiábamos parecían evaporarse de inmediato sin dejar a su paso el menor rastro. Con qué gusto me hubiera quedado sordo cada vez que Érica sacaba a relucir a Rusty o a Jason. Y cuando me acusaba de estar «catatónico», yo me limitaba a cerrar los ojos. Habíamos dejado de dormir juntos en la misma cama. Ya no había sexo entre nosotros, y yo ni siquiera me tocaba. A veces sentía la tentación de masturbarme, pero intuía que a pesar del alivio que ello pudiera prestarme se cernía también sobre mí la amenaza de un profundo abatimiento posterior.

En diciembre Érica fue al médico para consultarle sobre su peso, y él la envió a una colega que era también psicoanalista. A partir de entonces acudió todos los viernes a visitar a la doctora Trimble en su consulta de Central Park West. La doctora Trimble pidió verme también a mí, pero yo

me negué a ir. Lo último que me apetecía era tener a un completo extraño aguijoneándome la mente en busca de traumas infantiles y formulándome preguntas sobre mis padres. Debería haber ido, sin embargo. Hoy en día me resulta evidente. Debería haber ido porque Érica quería que fuera. Mi negativa se convirtió en la manifestación inequívoca de un alejamiento sin posibilidad de vuelta atrás. Mientras Érica hablaba con la doctora Trimble yo me pasaba una hora en casa escuchando a Bill y, después de que se marchara, me quedaba mirando por la ventana. Me dolía todo el cuerpo. El dolor se había afianzado en mis brazos y en mis piernas, y sufría de una rigidez muscular que ya se había vuelto crónica. Mi mano derecha, la misma que había estrellado contra la pared, tardó largo tiempo en sanar. Me había roto el dedo corazón, y la colisión me dejó una gruesa protuberancia junto al nudillo. Aquel pequeño desfiguramiento y mi cuerpo dolorido constituían mi única satisfacción, y a menudo aprovechaba los ratos que pasaba sentado en mi butaca para frotarme lentamente el dedo.

Érica bebía continuamente latas de cierto nutriente líquido llamado Ensure, y por las noches se tomaba una pastilla para dormir. A medida que transcurrían los meses fue mostrándose conmigo mucho más afectuosa que antes, pero aquella nueva y solícita actitud tenía algo de impersonal, como si estuviera dirigida a un vagabundo callejero más que a su marido. Dejó de dormir en la cama de Matt y regresó a la nuestra, pero yo rara vez la acompañaba: prefería quedarme en mi butaca. Una noche de febrero me desperté y la sorprendí tapándome con una manta. En lugar de abrir los ojos opté por fingir que seguía dormido. Noté que depositaba los labios sobre mi frente, y me imagine atrayéndola hacia mí y besándola en el cuello y en los hombros, pero no lo hice. En aquella época yo era como un hombre atenazado por una pesada armadura, y vivía en el interior de aquella fortaleza corpórea alimentado por un único deseo: No me dejaré consolar. Por perverso que aquel anhelo pudiera ser, yo lo percibía como un salvavidas, como el último retazo de certidumbre que aún me restaba. Estoy absolutamente seguro de que Érica era consciente de lo que sentía, y en marzo me anunció que iba a producirse un cambio.

—He decidido aceptar el puesto que me ofrecían en Berkeley, Leo. Siguen queriendo que trabaje con ellos.

Estábamos cenando comida china que habíamos solicitado a domicilio. Alcé la mirada de mi caja de pollo con brécol y examiné su expresión.

—¿Qué es esto? ¿Tu manera de pedir el divorcio? —dije.

La palabra «divorcio» poseía un timbre peculiar, y me di cuenta de que hasta entonces nunca me había venido a la mente.

Érica sacudió la cabeza y fijó la mirada en la superficie de la mesa.

—No, no quiero el divorcio. No sé si me quedaré allí. Lo único que sé es que no puedo seguir viviendo en el mismo lugar en el que vivía Matt, y que tampoco puedo estar contigo, porque… —hizo una pausa—. Porque tú también estás muerto, Leo. No te he ayudado. Lo sé. He pasado mucho tiempo como loca, y me he portado mal.

—No —le dije—. No te has portado mal. —No podía soportar mirarla, de modo que volví la cabeza y me dirigí a la pared—. ¿Estás segura de que quieres irte allí? Los traslados también resultan duros para las personas, ya lo sabes.

—Lo sé —dijo.

Permanecimos un rato en silencio, y al fin prosiguió:

—Recuerdo lo que dijiste sobre tu padre: lo que le pasó después de que descubriera lo que le había ocurrido a su familia. «Se quedó paralizado», dijiste.

Yo permanecí inmóvil, con la mirada fija en la pared.

—Sufrió un derrame.

—Antes del derrame. Dijiste que le había sucedido antes del derrame.

Me pareció ver a mi padre sentado en su butaca, frente a la chimenea, de espaldas a mí. Asentí y me volví hacia Érica, y al cruzarse nuestras miradas me di cuenta de que estaba medio sonriendo, medio llorando.

—Con esto no quiero decir que lo nuestro haya acabado, Leo. Me gustaría venir a visitarte, si me dejas. Me gustaría escribirte y contarte lo que hago.

—Sí —dije yo, y comencé a cabecear repetidamente, como esas muñecas que tienen la cabeza unida a un muelle. Acaricié mi barba de dos días con ambas manos y me froté el rostro sin dejar de asentir.

—Además —prosiguió ella— deberíamos revisar las cosas de Matthew. He pensado que podrías clasificar sus dibujos. Podemos enmarcar algunos y conservar el resto en portafolios. Yo me ocuparé de su ropa y de sus juguetes. Algunos podría quedárselos Mark…

Aquella labor nos ocupó varias semanas, pero descubrí que podía realizarla. Me aprovisioné de carpetas y de cajas de embalaje y empecé a inventariar cientos de dibujos, de proyectos artísticos escolares, de cuadernos y de cartas que habían pertenecido a Matt. Érica dobló cuidadosamente sus camisetas y sus pantalones, largos y cortos. De entre las primeras conservó su favorita, adornada con la leyenda ART NOW, y lo mismo hizo con sus pantalones de camuflaje. Luego guardó en cajas el resto de las prendas, que irían a parar a Mark o a la beneficencia. Reunió todos sus juguetes y separó los buenos de la morralla. Mientras ella trabajaba rodeada de cajas en el suelo de la habitación de Matt, yo, sentado ante su mesa, me encargaba de archivar los dibujos. Avanzábamos con lentitud. A Érica se le iban las horas clasificando las prendas de Matthew, sus camisetas, sus calzoncillos, sus calcetines… Qué terrible condición la de aquellos objetos, a la vez terribles y banales. Una tarde comencé a recorrer con el dedo los trazos de sus dibujos, de sus personajes, sus edificios y sus animales. Desde el momento en que descubrí que ello me permitía emular el movimiento de su mano cuando vivía, ya no supe parar. Una tarde de abril, Érica entró en la habitación y se detuvo detrás de mí. Durante un rato observó el recorrido de mi mano sobre la página hasta que, finalmente, extendió el brazo, depositó un dedo sobre Dave y dibujó a su vez los contornos del cuerpo del anciano. En ese momento se echó a llorar, y yo comprendí al fin hasta qué punto había odiado sus lágrimas, porque por algún motivo no las odié entonces.

La inminente partida de Érica nos cambió a los dos. El hecho de saber que pronto estaríamos separados nos hizo a ambos más indulgentes y nos liberó de un lastre que ni siquiera hoy sabría cómo nombrar. Yo no quería que se fuera; era como si el hecho de hacerlo aflojara una tuerca de la maquinaria de nuestro matrimonio, un matrimonio que para entonces se había convertido en un mecanismo, en un incansable y repetitivo motor de duelo.

Dediqué aquella primavera a dar un seminario sobre la naturaleza muerta para doce estudiantes de posgrado, y en abril impartí una de mis últimas clases. Al entrar en clase aquel día, uno de los estudiantes, Edward Paperno, estaba abriendo las ventanas del aula para permitir el paso del aire cálido del exterior. La luz del sol, la brisa, el hecho de que el semestre ya casi hubiera terminado, todo contribuía a formar una atmósfera perezosa y lánguida. Mientras me sentaba, dispuesto a iniciar el coloquio, me tapé la boca con la mano para bostezar. En la mesa, frente a mí, descansaban mis anotaciones y una reproducción del Vaso de agua y cafetera de Chardin. Mis alumnos habían leído a Diderot y a Proust y los escritos de los hermanos Goncourt sobre el propio Chardin. Habían acudido a la Frick para estudiar las naturalezas muertas que formaban parte de su colección. Para entonces habíamos analizado ya numerosos cuadros. Comencé por hacerles ver cuán sencilla era la pintura: dos objetos, tres cabezas de ajo y un ramillete de hierbas. Resalté la luz que incide sobre el borde y el asa del recipiente, la blancura del ajo y los plateados matices del agua. Y luego me sorprendí absorto en el vaso de agua que figuraba en la imagen y me aproximé cuanto pude a él. Las pinceladas resultaban visibles. Podía distinguirlas de modo inequívoco. Al pintor le había bastado un temblor milimétrico del pincel para crear luz. Tragué saliva, aspiré profundamente y me atraganté.

Alguien me interpeló, creo que fue María Livingston:

—¿Se encuentra usted bien, profesor Hertzberg?

Yo me aclaré la garganta, me quité las gafas y me enjugué los ojos.

—El agua —dije en voz baja—. El vaso de agua me resulta profundamente conmovedor.

Al alzar la mirada observé que mis alumnos me contemplaban con expresión perpleja.

—El agua es un símbolo de… —proseguí, pero me detuve—. El agua parece ser un símbolo de ausencia.

Enmudecí entonces, pero podía notar el cálido contacto de las lágrimas al deslizarse por mis mejillas. Mis alumnos no apartaban la vista de mí.

—Creo que eso será todo por hoy —les comuniqué con voz trémula—. Salid a la calle y disfrutad del buen tiempo.

Observé cómo mis doce alumnos abandonaban la estancia en silencio, y al hacerlo advertí con sorpresa que Letitia Reeves tenía unas piernas preciosas que hasta aquel día se habían mantenido ocultas bajo sus habituales pantalones. Oí cerrarse la puerta, y luego el rumor amortiguado de las conversaciones de los estudiantes en el pasillo. El sol iluminaba el aula vacía, y una suave brisa penetró de pronto por la ventana y me acarició el rostro. Intenté no hacer ningún ruido, pero sé que no lo conseguí. Jadeé en busca de aliento y de mi garganta brotaron profundos y angustiosos quejidos mientras sollozaba sin parar durante lo que me pareció un largo tiempo.

Algunas semanas después me topé casualmente con mi calendario de 1989, una diminuta agenda que en su día utilizara para anotar citas y acontecimientos. Hojeé sus páginas, deteniéndome en los partidos de béisbol de Matt, en sus conferencias y en una exposición que tuvo lugar en su colegio. Al internarme en el mes de abril observé que en la página 14 había escrito PARTIDO METS en grandes letras de molde, y pensé que era exactamente un año después cuando me había desmoronado en clase al contemplar la pintura de Chardin. Recordé mi conversación de aquella noche con Matt. Recordé el lugar exacto de su cama en el que me había sentado. Recordé su rostro mientras me hablaba y también que parte del tiempo había dado la sensación de estar dirigiéndose al techo. Recordé su habitación, sus calcetines tirados en el suelo, la colcha de algodón a cuadros con la que se había arropado hasta la barbilla y la camiseta de los Mets que llevaba puesta a modo de pijama. Recordé su lámpara, con la base diseñada en forma de lapicero, y la luz que arrojaba sobre la mesilla, y el vaso de agua que yacía bajo ella, flanqueado a la izquierda por su reloj de pulsera. Le había llevado cientos de vasos de agua a la cama, y desde su muerte había bebido muchos más, pues siempre dejaba uno sobre mi propia mesilla de noche al acostarme. Ni uno solo de aquellos vasos de agua reales me había recordado a mi hijo, pero la imagen de otro vaso de agua pintado doscientos treinta años atrás me había catapultado súbita e irremediablemente a la dolorosa certeza de que aún me encontraba vivo.

Después de aquel episodio en el aula mi dolor inició una nueva etapa. Durante meses había vivido en un estado de rigor mortis autoimpuesto que sólo se veía alterado por la pantomima de mi trabajo, la cual apenas erosionaba la lápida mortuoria bajo la que había escogido vivir, aunque parte de mí sabía que la aparición de fisuras era inevitable. Chardin se convirtió en el instrumento de ese cambio, porque su pequeño cuadro me tomó por sorpresa. Mis sentidos no se encontraban preparados para aquel ataque, y me vine abajo. Pero lo cierto es que había intentado evitar la resurrección porque era consciente de lo atrozmente dolorosa que resultaría. Aquel verano fue como si la luz, los sonidos, los colores, los aromas, incluso los más leves movimientos del aire, me descarnaran la piel con sus estímulos.

Llevaba puestas constantemente las gafas de sol, pues las menores variaciones en la intensidad de la luz me lastimaban. Las bocinas de los coches me destrozaban los tímpanos. Las conversaciones de los transeúntes, sus risas, sus exclamaciones, incluso la voz de una sola persona que cantara en la calle: todo me agredía. No podía soportar las tonalidades rojas. Las camisas y los jerséis encarnados o el carmín de labios de una chica guapa que intentara detener un taxi a mi lado me obligaban a volver la cabeza. El trasiego normal de cualquier acera —el brazo o el codo de un viandante rozándome el cuerpo, el empujón del hombro de un desconocido— desencadenaba un escalofrío que recorría de arriba abajo mi espina dorsal. El viento, más que azotarme, me traspasaba, hasta el punto de que sentía como si todos mis huesos entrechocaran. Las basuras que se recalentaban en medio de la calle me producían accesos de mareo y náuseas, pero lo mismo me sucedía con los aromas a comida procedentes de los restaurantes: el pollo, las humeantes hamburguesas y los picantes olores de las especias propias de la cocina oriental. Mi nariz captaba todos los efluvios humanos, tanto naturales como artificiales: las colonias y los aceites y el sudor y el hedor rancio, agrio o ácido del aliento de las personas. Me sentía bombardeado y sin posibilidad de escapar.

Pero lo peor es que durante aquellos meses de hipersensibilidad llegué, en algunas ocasiones, a olvidarme de Matthew. Podían transcurrir varios minutos seguidos sin que pensara en él. Mientras estaba vivo nunca había

experimentado la necesidad de pensar en él constantemente. Sabía que estaba allí, y olvidarle era normal, pero después de su muerte convertí mi cuerpo en un mausoleo, en una lápida inerte erigida en su memoria. Estar despierto, no obstante, significaba que se producían momentos de amnesia, y esos momentos parecían aniquilar a Matthew por segunda vez. Cada vez que le olvidaba, mi hijo no estaba en ninguna parte: ni en el mundo ni en mi mente, y creo que mi colección representó un medio de respuesta ante aquellas lagunas. A medida que Érica y yo seguíamos revisando sus cosas, fui escogiendo algunas de ellas para conservarlas en el cajón en el que guardaba las fotografías de mis padres, mis abuelos, mi tía, mi tío y las gemelas. Mi selección era puramente instintiva. Elegí una piedra verdosa, la tarjeta de béisbol conmemorativa de Roberto Clemente que Bill le había regalado en Vermont con motivo de uno de sus cumpleaños, el programa de mano que él mismo había diseñado en cuarto curso para la producción de *Horton Hears a Who*[9] y una pequeña pintura que había realizado de Dave en compañía de Durango y que traslucía más humor que la mayoría de sus cuadros. Representaba al anciano dormido en el sofá con el rostro tapado por un periódico mientras el gato le lame los dedos de los pies.

Érica partió a primeros de agosto, cinco días antes del cumpleaños de Matt. Dijo que necesitaría varias semanas para instalarse en su apartamento de Berkeley. Yo la ayudé a empaquetar sus libros para enviarlos por correo a su nueva dirección. Tuvo que dejar la consulta de la doctora Trimble, y a veces llegué a pensar que eso le atemorizaba más que dejar Rutgers, más que dejar a Bill y a Violet y más que dejarme a mí. Sin embargo, contaba con el nombre de otro especialista de Berkeley a quien comenzó a visitar a los pocos días de su llegada. Aquella mañana cargué con su maleta y la acompañé escaleras abajo hasta la puerta para ayudarla a encontrar un taxi. Hacía un día nublado pero luminoso, y aun resguardado por mis gafas de sol tuve que guiñar los ojos sin poder evitarlo. Detuve un taxi y le dije al conductor que pusiera en marcha el taxímetro y que esperara unos instantes, pero cuando me volví para despedirme de ella, Érica se puso a temblar.

—Últimamente nos estaba yendo mejor —dije—. ¿Verdad?

Érica fijó la mirada en sus pies. Observé que a pesar de haber ganado peso la falda pendía holgadamente en torno a su cintura.

—Sí, porque esto ha servido para sacudirnos del letargo en el que estábamos, Leo. Habías comenzado a odiarme. Ahora no lo harás. —Érica alzó la barbilla y me sonrió—. Nos… nos… nos… —su voz se quebró y se echó a reír—. No sé lo que me digo. Te llamaré cuando llegue.

Se arrojó sobre mí y me rodeó la espalda con ambos brazos, y pude notar su cuerpo contra el mío, con sus hombros y sus senos diminutos, y su húmedo rostro oprimido contra mi cuello. Cuando se apartó de mí sonreía de nuevo. Las arrugas en torno a sus ojos se fruncieron, y yo examiné el lunar de su labio superior e, inclinándome hacia ella, lo besé. Ella se dio cuenta del lugar que había escogido para depositar el beso y volvió a sonreír.

—Me ha gustado eso —dijo—. Repítelo.

La besé de nuevo.

Mientras se introducía en el coche observé sus piernas, que no habían visto el sol en todo el verano. De pronto, experimenté el impulso de deslizar la mano entre sus muslos y acariciar su piel, y aquella cálida oleada sexual desató un estremecimiento interno en todo mi cuerpo. Escuché el sonido de la portezuela al cerrarse y me quedé inmóvil, contemplando cómo el vehículo avanzaba por Greene Street para luego torcer a la derecha. Ahora la deseas… después de todos estos meses, me dije a mí mismo, y en el instante en que giraba sobre mis talones para retornar al interior del edificio comprendí de pronto hasta qué punto me conocía bien Érica.

No se advertían grandes diferencias en el piso. Se apreciaban algunos huecos en las estanterías, y en el armario del dormitorio había ahora más espacio. Érica se había llevado muy pocas cosas, después de todo. Sin embargo, a medida que recorría el *loft* y examinaba los espacios abiertos en los estantes, las perchas vacías y el trozo de suelo en el que se habían alineado sus zapatos el día anterior, noté que me faltaba el aliento. Me había preparado durante meses para su partida, pero no había sabido adivinar lo que sentiría llegado el momento: un temor gélido que me atenazaba el corazón. Me aferré al convencimiento de lo justo de aquel

castigo y me puse a recorrer sucesivamente las habitaciones con los pulmones oprimidos por aquella fría sensación de ansiedad. Encendí el televisor para oír otras voces, y luego lo apagué para desembarazarme de ellas.

Pasó una hora, y luego otra. A las cuatro me sentía ya exhausto de revolotear por el piso como un pájaro despavorido. Seguí deambulando de habitación en habitación, pero ya algo más tranquilo y con paso más reposado. Al llegar al cuarto de baño abrí el armario de las medicinas y examiné una barra de labios y un viejo cepillo de dientes que pertenecían a Érica. Extraje del armario la barra de labios, la destapé, hice girar la rosca inferior y observé su tonalidad, que era de un marrón rojizo. Tras cerrarla y taparla de nuevo, me dirigí a mi mesa de trabajo, abrí el cajón y la deposité en su interior. Escogí, además, otros dos objetos para acompañarla: un pequeño par de calcetines negros y dos pasadores que reposaban sobre su mesilla de noche. Era consciente de lo absurdo de aquella rapiña, pero me daba igual. El hecho de cerrar el cajón que albergaba aquellas pertenencias de Érica me apaciguó, y para cuando llegó Bill ya me sentía tranquilo. Así y todo, se quedó más tiempo de lo habitual, y estoy convencido de que lo hizo porque adivinaba el pánico que subyacía tras mi aparente equilibrio.

Érica telefoneó aquella misma noche. Su voz sonaba más aguda y algo chillona.

—Al introducir la llave en la cerradura me sentía contenta —dijo—, pero cuando entré en la casa, me senté y miré a mi alrededor pensé que me había vuelto completamente loca. He estado viendo la televisión, Leo. Yo nunca veo la televisión.

—Te echo de menos —dije yo.

—Sí.

Ésa fue su respuesta. No quiso confesar que ella también.

—Pienso escribirte. No me gusta el teléfono.

La primera carta llegó a finales de la semana. Era una carta larga y repleta de detalles domésticos: la maceta de cintas que había comprado para adornar el apartamento, el desapacible tiempo reinante aquel día, la visita que había realizado a la librería Cody y sus proyectos para el curso.

Explicaba su preferencia por las cartas. «No me agrada ver las palabras desnudas, como sucede en un fax o en un ordenador. Me gusta que lleguen protegidas por un sobre que hay que rasgar para alcanzarlas. Procuro dejar un tiempo de espera; una pausa entre la escritura y la lectura. Y quiero que tengamos cuidado con las cosas que nos decimos. Quiero que los kilómetros que nos separan sean kilómetros prolongados y reales. En eso consistirá nuestra ley: en redactar nuestra cotidianidad y nuestro sufrimiento con mucho, mucho cuidado. En las cartas sólo puedo hablar de mi desesperación, una desesperación que en ellas estará ausente por más que yo esté desesperada y enloquecida a causa de Matt. Pero las cartas no pueden gritar. Los teléfonos sí. Hoy, cuando regresé de la librería, dejé los libros sobre la mesa, me dirigí al cuarto de baño, me introduje una toalla pequeña en la boca y regresé al dormitorio para tumbarme en la cama y gritar sin hacer demasiado ruido. Y es que estoy empezando a verle de nuevo; pero no muerto, sino vivo, porque durante el último año sólo había conseguido visualizarle tendido en aquella camilla. De este modo, alejados el uno del otro sin otro contacto que nuestras cartas, tal vez logremos encontrar el camino que nos reconduzca a un nuevo encuentro. Te quiero. Érica».

Yo respondí aquella misma tarde, y a partir de ahí nos embarcamos en la etapa epistolar de nuestro matrimonio. Respeté las reglas del juego y no la llamé, pero le escribía cartas largas e intensas. La mantuve informada acerca de mi trabajo y del piso. Le conté que mi colega Ron Bellinger estaba probando un nuevo tratamiento para su narcolepsia, un medicamento que le prestaba una expresión levemente atónita pero que al mismo tiempo le hacía algo menos susceptible a quedarse dormido en los consejos de dirección, y también que Jack Newman seguía saliendo con Sara. Le conté que Olga, la asistenta que había contratado, había fregado la cocina con tal denuedo que las palabras ANTERIOR y POSTERIOR que servían para identificar los mandos de los quemadores se habían desvanecido bajo la acción de su madeja de aluminio, y le dije además que me había sentido completamente desolado cuando comprendí que se había ido, que se había marchado realmente. Ella me escribió de vuelta, y así seguimos. Lo que ninguno de los dos podía saber era lo que el otro omitía.

Toda correspondencia se halla agujereada por perforaciones invisibles, por los diminutos orificios de lo que no está escrito pero sí pensado, y a medida que transcurría el tiempo, comencé a anhelar fervientemente que no fuera un hombre lo que faltaba en aquellas páginas que me llegaban semanalmente.

A lo largo de los meses siguientes me sorprendí a mí mismo una y otra vez subiendo las escaleras hacia el *loft* de Bill y Violet para cenar con ellos. Violet me llamaba a primera hora de la tarde y me preguntaba si debía poner un cubierto más. Yo le respondía que sí. Hubiera resultado difícil afirmar de un modo convencido que prefería quedarme en el piso de abajo comiendo huevos revueltos o cereales tostados. Dejé que Violet y Bill me cuidaran, y mientras lo hacían sentí como si volviera a conocerles de nuevo. Su intensidad me hacía sentir levemente conmocionado, como un hombre que, tras pasar años en una oscura y lóbrega mazmorra, consiguiera al fin salir de ella. Violet me besaba en las mejillas y me tocaba los brazos y las manos y los hombros. Su risa poseía un timbre estridente, y a veces, mientras comía, emitía pequeños sonidos de satisfacción. Sin embargo, también detecté en ella ciertos lapsos de tiempo de los que antaño no me había apercibido: períodos aislados de cinco o seis segundos en los que parecía recogerse y reflexionar con tristeza sobre alguien o algo cuya naturaleza yo ignoraba. Si estaba removiendo una salsa, su mano se detenía, sus cejas se fruncían formando una arruga y se quedaba contemplando el fuego de la cocina con aire ausente hasta que, por fin, se recobraba y reanudaba lo que estaba haciendo. La voz de Bill, por su parte, me parecía más ronca y más musical de lo que la recordaba. La edad y el tabaco, tal vez, pero lo cierto es que comencé a fijarme con renovada atención en las pausas que realizaba y en el modo en que se elevaba y descendía. Percibía en él una solemnidad añadida, la consistencia casi palpable de una vida que se había tornado más densa. Violet y Bill parecían ligeramente distintos, como si su vida juntos hubiera cambiado de una tonalidad mayor a otra menor. Acaso lo que ocurría era que la muerte de Matt me permitía apreciar en ellos cosas en las que hasta entonces nunca había reparado, pero también pudiera ser que, sin Matt, mi perspectiva de las cosas ya no pudiera volver a ser nunca la misma.

El único que parecía no haber cambiado nada era Mark. Tampoco es que nunca hubiera desempeñado un papel demasiado importante en mi vida, salvo como afable compañero de Matt, y tras la muerte de éste también él desapareció de mi existencia. No obstante, comencé a observarle con más atención durante aquellas comidas que compartíamos en su casa. Su estatura se había incrementado un poco, no mucho. Acababa de cumplir trece años, pero aún conservaba unas facciones suaves, redondeadas y aniñadas que a mí se me antojaban extraordinariamente tiernas. Mark era un chaval muy guapo, pero su dulzura no tenía que ver con su belleza, sino que provenía de sus expresiones faciales, que transmitían una inocencia perpetua, inmanente y no del todo distinta a la de su héroe del momento, Harpo Marx. Sentados a la mesa durante la cena, Mark se reía y hacía el payaso e imitaba los ojos saltones de Harpo. Nos leía pasajes de *Harpo habla*[10] y cantaba Hail Freedonia, de Sopa de ganso. Pero también hablaba de la compasión que le inspiraban los vagabundos sin techo de Nueva York, de la absurdidad del racismo y de la crueldad de los criadores de pollos. Nunca analizaba aquellos temas en profundidad, pero siempre que hablaba de injusticia, su voz, aún aguda e infantil, me conmovía por la conmiseración que reflejaba. Con su amabilidad, alegría y desenfado, Mark siempre conseguía elevar mi estado de ánimo. Comencé a contemplar con expectación las ocasiones en que nos veíamos, y descubrí que los fines de semana en que se marchaba a Cranbury, Nueva Jersey, para visitar a su madre, a su padrastro y a su hermano pequeño, Oliver, le echaba de menos.

Durante las vacaciones de invierno, pocos días antes de volar a Minnesota para pasar la Navidad con los Blom, Bill y Violet organizaron, aun con retraso, una fiesta de cumpleaños para Mark. Hacía ya meses que había cumplido los trece, pero para Bill el acontecimiento sirvió a modo de *Bar Mitzvah*[11] seglar mediante el que prestaba reconocimiento a la tradición sin llevar a cabo el ritual. Bill y Violet enviaron una invitación a Érica, pero ésta prefirió no acudir. En una carta posterior me informaba de que había decidido pasar las vacaciones en Berkeley. Durante varias

semanas estuve dándole vueltas a la cabeza, intentando decidir qué le regalaría a Mark, pero finalmente me decidí por un juego de ajedrez, un tablero precioso con piezas talladas que me recordaba a mi padre, de quien había aprendido el juego. Me constaba que Mark nunca había aprendido a jugar, y procuré cuidar en extremo la redacción de la nota con la que había de acompañar el regalo. En el primer borrador mencionaba a Matthew. En el segundo, no. Finalmente, escribí una tercera versión, breve y concisa: «Feliz decimotercer cumpleaños, con retraso. El presente obsequio incluye lecciones por parte del firmante. Muchos besos de tu tío Leo».

Tenía el deseo y la intención de portarme bien en el cumpleaños de Mark, pero llegado el momento descubrí que me era imposible. Hube de acudir en repetidas ocasiones al cuarto de baño, pero no para satisfacer necesidad fisiológica alguna, sino tan sólo para aferrarme al lavabo e hiperventilar durante un par de minutos antes de retornar con los demás. Debía de haber unos sesenta invitados a la fiesta, pero yo tan sólo conocía a unos pocos. Violet iba y venía de una persona a otra y realizaba frecuentes visitas a la cocina para dar instrucciones a los tres camareros. Bill, entretanto, los ojos levemente enrojecidos y la voz ya algo ronca, paseaba un vaso de vino que iba rellenando con regularidad. Saludé a Al y a Regina, y felicité a Mark, que parecía sorprendentemente cómodo con su chaqueta azul, sus pantalones de franela gris y su corbata roja. Al verme, me sonrió y me dio un fuerte abrazo, para luego estrechar la mano de Lise Bochart, una escultora de sesenta y pocos años.

—Creo que la pieza que tiene expuesta en el Whitney está realmente bien —le dijo Mark.

Lise ladeó la cabeza y su semblante dibujó una amplia sonrisa. A continuación, se inclinó hacia Mark y le besó. El muchacho no se sonrojó ni desvió la mirada, sino que sostuvo su mirada con aplomo y, al cabo de unos instantes, se dirigió hacia otro de los invitados.

Yo ya me había acostumbrado a Mark, al que cada vez tenía más aprecio, pero entre los presentes se contaban varios de sus viejos amigos del colegio, y a medida que iba reconociéndolos uno por uno noté que se acentuaba el dolor que oprimía mi pecho de modo permanente. Lou Kleinman había crecido por lo menos quince centímetros desde la última

vez que le vi. Se hallaba en un rincón en compañía de Jerry Loo, otro de los compañeros de Matt, compartiendo risitas en torno a un anuncio de teléfonos eróticos que debían de haber recogido en la calle, pues mostraba la huella de una pisada en la esquina superior derecha. También se hallaba presente otro de sus amigos, Tim Andersen, que no había cambiado en lo más mínimo, y recordé que Matt había expresado a menudo la compasión que le inspiraba aquel chiquillo pálido y raquítico cuya dificultad para respirar le impedía practicar cualquier deporte. No me dirigí a Tim —de hecho ni le miré siquiera—, pero sí me senté en una silla próxima al lugar en el que se encontraba desde la que me era posible oírle respirar. Mi intención inicial había sido la de observar al muchacho, pero en su lugar permanecí sentado de espaldas a él, súbita y terriblemente fascinado, mientras escuchaba el silbido de sus pulmones asmáticos. Cada una de sus sonoras exhalaciones me confirmaba que seguía vivo; frágil, enclenque y enfermo, tal vez, pero vivo. Su respiración, ronca y ávida, me torturaba, pero permanecí allí. A pesar de la acumulación de sonidos reinantes —conversaciones de voces superpuestas, risas, el tintineo de los cubiertos en los platos—, todo cuanto ansiaba oír era el rumor de la respiración de Tim. Hubiera querido aproximarme a donde se encontraba, inclinarme sobre él y aplicar el oído a sus labios, y aunque no lo hice me di cuenta de que permanecía sentado en mi butaca con los puños apretados y sin dejar de tragar saliva audiblemente con objeto de controlar la temblorosa sensación de tristeza y de ira que me invadía. En ese momento, Dan acudió al rescate.

Iba sucio y desaliñado, y se aproximó a mí a grandes zancadas. A lo largo del recorrido chocó contra el codo de una mujer, a la que hizo derramar el vino, profirió una estridente disculpa a escasos centímetros de su rostro y reanudó su camino en dirección a mí.

—¡Leo! —vociferó desde una distancia de apenas metro y medio—. ¡Me han cambiado todos los potingues, Leo! El Haldol me tenía tieso como un tablón y no me podía doblar.

Extendió los brazos ante él y concluyó su trayecto imitando los andares del monstruo de Frankenstein.

—Demasiadas idas y venidas, Leo. Demasiados monólogos en voz alta. De modo que me llevaron al sanatorio para una puesta a punto. Le leí mi obra a Sandy. Sandy es una de las enfermeras. La he titulado *Odd Boy and the Odd Body*[12].

Se interrumpió, acercó su rostro al mío y prosiguió animadamente:

—Y ¿a que no sabes una cosa, Leo? Tú apareces en ella.

Se hallaba muy próximo a mí y sonreía con la boca abierta, lo que me permitía contemplar de cerca su dentadura amarillenta. Nunca me había sentido tan conmovido por él ni tan agradecido por tenerle cerca. Por primera vez, su locura me resultaba reconfortante y familiar.

—¿Me has incluido en tu obra? —dije—. Me siento honrado.

—Pero tu personaje es mudo —repuso él con expresión contrita.

—¿No digo nada? —inquirí—. ¿Sólo soy un comparsa?

—No, pero Leo se pasa toda la obra tumbado.

—¿Muerto? —pregunté.

—¡No! —tronó Dan. Parecía perplejo—. Dormido.

—O sea que soy un dormilón —sonreí, pero Dan no me devolvió la sonrisa.

—No, Leo, estoy hablando en serio; te tengo aquí —dijo, golpeándose la sien con el dedo índice.

—Me alegro —dije, y era cierto.

Cuando todos se hubieron marchado a sus casas, Dan y yo nos quedamos sentados a ambos extremos del sofá. No hablábamos, pero habíamos acotado aquel espacio para nosotros solos. El hermano loco y el «tío» desconsolado habían constituido una alianza temporal para sobrevivir a la fiesta. Bill se sentó entre los dos y nos rodeó con sus brazos, pero sus ojos no se apartaban de Mark, que estaba en la cocina pellizcando la superficie glaseada de lo que quedaba de tarta. Y por fin, en ese momento, me acordé de Lucille.

—¿No deberían haber estado presentes Lucille, Philip y Oliver? —le pregunté a Bill.

—No han querido venir —dijo él—. Lucille me dio una explicación bastante extraña. Según me dijo, Philip no quiere que Oliver venga a la ciudad.

—¿Y por qué diablos no? —dije yo.

—Ni idea —dijo, y frunció el entrecejo.

Y eso fue todo cuanto dijimos sobre Lucille. Incluso a distancia, pensé, aquella mujer era una especialista en interrumpir conversaciones. Sus peculiares respuestas ante cualquier comentario normal y corriente o, en este caso, ante una simple invitación, a menudo dejaban a los demás sumidos en un perplejo silencio.

Me hallaba situado junto a Mark cuando éste desenvolvió mi regalo y apareció el juego de ajedrez. Al verlo, se puso en pie de un salto y me rodeó la cintura con los brazos. Había sido una fiesta de cumpleaños larga y difícil, y no me encontraba preparado para semejante grado de excitación. Le abracé y volví la mirada hacia Bill, Violet y Dan, sentados uno junto al otro en el sofá. Dan se había quedado profundamente dormido, pero Bill y Violet sonreían con lágrimas en los ojos, y el hecho de presenciar su emoción hizo que me resultara mucho más difícil controlar la mía. Para lograrlo, mantuve la mirada fija en Dan, pero Mark debió de percibir la agitación de mi pecho, y al desprenderse de mi abrazo tuvo que ver el espasmo que contraía mi semblante, pero continuó contemplándome con la misma expresión de regocijo, y por motivos que me resultarían difícil expresar me sentí enormemente aliviado de no haber mencionado a Matthew en mi nota.

Mark aprendió a jugar a gran velocidad. Era un ajedrecista vivo e inteligente, y su habilidad me estimulaba. Le dije la verdad: no sólo había aprendido los movimientos, sino que poseía la actitud imperturbable que precisa todo buen jugador, esa indiferencia estudiada que yo nunca había logrado dominar pero que bastaba para hacer perder los nervios incluso a un oponente de fuerza superior. A medida que aumentaba mi entusiasmo, sin embargo, fue decreciendo el de Mark. Le dije que debería unirse al equipo de ajedrez del colegio, y él prometió considerar la posibilidad, pero no creo que llegara a hacerlo nunca. Adquirí la sensación de que jugaba más para complacerme a mí que a sí mismo y, discretamente, no volví a insistirle. Si le apetece jugar, le dije a Bill, ya me lo pedirá él. Nunca lo hizo.

Me zambullí en una existencia distinta. Todo cuanto escribí aquel año fue para Érica. Me olvidé de artículos y de reseñas, y ni siquiera pensé en la posibilidad de acometer otro libro, pero fui contándole todo a Érica en las largas cartas que le enviaba semana tras semana. Le decía que mis clases se habían vuelto más apasionadas, que pasaba más tiempo con mis alumnos y que a algunos de ellos les permitía contarme cosas de su vida privada durante las horas lectivas. No siempre les escuchaba, pero comprendía su necesidad de explayarse, y descubrí que agradecían mi presencia, a la vez distante y benévola. Le conté mis cenas en compañía de Bill, Violet y Mark, detallándole los títulos de los libros sobre cine mudo que había encontrado para Mark y las diapositivas cinematográficas de Una noche en la ópera y Plumas de caballo que le había comprado en una tienda de Eighth Street. Le describía la expresión de felicidad que dibujaba su rostro al recibir aquellos presentes, y le decía asimismo que desde la muerte de Matt El viaje de O había adquirido una vida propia que impregnaba mis horas de soledad. A veces, cuando me sentaba en mi butaca por las tardes, me parecía vislumbrar mentalmente fragmentos de su narrativa: la gruesa figura de B con aquellas alas que brotaban de su espalda, sentada a horcajadas encima de O, estirados sus robustos brazos por efecto del orgasmo y el rostro contraído en una imitación paródica de la Santa Teresa de Bernini. Veía a M y M, los hermanitos de O, aferrados el uno al otro detrás de la puerta mientras un ladrón irrumpe en la casa y roba uno de los cuadros de O: un retrato de los pequeños M y M. Pero sobre todo solía ver el último lienzo de O, el mismo que su autor deja atrás al desaparecer. Ese lienzo carece de imagen, y muestra únicamente la letra B: la marca del creador de O y de la gruesa mujer que le encarnaba en la obra.

No conté a Érica que había noches en que regresaba a casa después de cenar y seguía percibiendo en mi camisa el olor de Violet: de su perfume, de su jabón y tal vez de otras cosas, de su piel quizá; un aroma que intensificaba los otros y que convertía aquella fragancia floral en algo corpóreo y humano. No dije a Érica que me gustaba respirar aquel leve

efluvio; ni le dije tampoco que intentaba resistirlo al mismo tiempo. Algunas noches, me quitaba la camisa y la arrojaba al cesto de la ropa sucia.

En marzo, Bill y Violet me preguntaron si querría ocuparme de Mark un fin de semana largo. Tenían que ir a Los Ángeles, en una de cuyas galerías estaba exponiéndose El viaje de O. Lucille también estaba de viaje, y pensaban que era mejor no cargar a Philip con dos niños, de modo que me trasladé al piso de arriba con Mark. Nos encontrábamos a gusto juntos, y Mark se mostró de lo más cooperativo. Fregaba los platos, sacaba la basura y recogía todo lo que desordenaba. El sábado por la noche puso una cinta y me obsequió con la ejecución de un karaoke pop, aunque limitándose a mover los labios y a dar brincos por el salón con una guitarra imaginaria entre las manos. Tras girar varias veces sobre sí mismo con expresión fingidamente torturada, terminó derrumbándose en el suelo en imitación de la agonía de cierta estrella del rock'n'roll cuyo nombre no consigo recordar.

Cuando hablábamos, sin embargo, podía notar que Mark apenas había absorbido las asignaturas que por lo general se enseñan en la escuela —geografía, política, historia—, y que su ignorancia era una ignorancia deliberada. Matthew había hecho las veces de balanza en la que medir las diferencias con el resto de los chicos de su edad, aunque, por otra parte, ¿quiénes éramos nosotros para atribuir a Matt la condición de barómetro de la normalidad?

Antes de morir, su intelecto había estado repleto de información, tanto trivial como importante; de datos que abarcaban desde las estadísticas de béisbol a las batallas de la guerra civil norteamericana. Conocía los nombres de los sesenta y cuatro sabores de su marca favorita de helados, y era capaz de identificar docenas de pintores contemporáneos, muchos de los cuales yo mismo no habría sabido reconocer. En el caso de Mark, y salvo por lo que respecta a su amor por Harpo, sus intereses eran más corrientes —música popular, películas de terror y de acción—, a pesar de lo cual prestaba a dichas cuestiones la misma agilidad mental y la misma

viveza intelectual que ya demostrara ante el tablero de ajedrez. Su falta de contenido parecía así quedar compensada por su dinamismo.

Llegado el momento de acostarse, siempre se resistía. Todas las noches que pasé con él se dedicó a remolonear en el umbral del dormitorio de Violet y de Bill, en el que yo estaba leyendo, como si no quisiera marcharse. Podían pasar quince, veinte o veinticinco minutos y allí seguía, reclinado en el quicio de la puerta sin dejar de charlar. Las tres noches hube de decirle que quería dormirme y que haría bien en hacer lo mismo.

El único contratiempo que surgió entre nosotros durante aquel fin de semana se debió a unos Donuts. El sábado por la tarde me puse a buscar una caja de Donuts que había comprado el día anterior. Busqué en la despensa, pero allí no estaban.

—¿Te has comido tú los Donuts? —le grité a Mark, que estaba en la habitación contigua, y él entró en la cocina y me miró.

—¿Los Donuts? No.

—Hubiera jurado que los guardé en esta alacena, y ahora no están. Qué raro.

—Qué se le va a hacer —dijo él—. A mí también me gustan los Donuts. Supongo que será uno de esos misterios domésticos. Violet siempre dice que las casas se comen cosas cuando no miramos.

Sacudió la cabeza, me sonrió y desapareció en el interior de su dormitorio. Un instante después le oí silbar una canción pop, una melodía aguda, dulce y melódica.

A eso de las tres de la tarde del día siguiente respondí a una llamada telefónica. A través del auricular oí a una mujer que me gritaba con voz iracunda y penetrante.

—¡Su hijo ha provocado un incendio! ¡Ya puede usted venir ahora mismo!

Olvidé dónde me encontraba, lo olvidé todo. Me sentía demasiado turbado para hablar, pero respiré profundamente y dije:

—No comprendo lo que quiere decir. Mi hijo está muerto.

Silencio.

—¿No es usted William Wechsler?

Me expliqué. Ella se explicó. Mark y su hijo habían provocado un incendio en la azotea.

—Eso no es posible —dije yo—. Está leyendo en su cuarto.

—¿Quiere apostarse algo? —exclamó ella, airada—. Le tengo aquí mismo, delante de mí.

Tras comprobar que Mark no estaba en su habitación bajé las escaleras y acudí en su busca al edificio contiguo. La mujer seguía estremecida cuando me abrió la puerta.

—¿De dónde han sacado las cerillas? —me chilló según entraba por la puerta—. ¿Es o no es usted el responsable de él? ¿Y bien?

Yo farfullé que así era y añadí que un chiquillo podía obtener cerillas casi de cualquier lugar. ¿De qué clase de fuego se trataba?, quise saber.

—¡Un fuego! ¡Un fuego! ¿Qué más da de qué tipo?

Me volví hacia Mark, que me contemplaba con mirada ausente. No había en su expresión rastro alguno de beligerancia… nada. El otro niño, que no parecía tener más allá de diez años, tenía los ojos húmedos y enrojecidos, y no cesaba de moquear y de apartarse el flequillo, que inmediatamente volvía a caer sobre sus ojos. Me disculpé débilmente y conduje a Mark de regreso a casa en silencio.

Hablamos al respecto cuando ya estábamos en su habitación. Me dijo que el chico en cuestión se llamaba Dirk, que se lo había encontrado en la azotea y que para cuando le vio Dirk ya había iniciado el fuego.

—Lo único que hice fue quedarme allí mirando.

Le pregunté qué era lo que habían quemado.

—Tan sólo unos papeles y unas cosas. Nada.

Le previne de que los fuegos podían descontrolarse con facilidad, y que debería haberme avisado de que salía de casa. Él me escuchó, asimilando mis admoniciones con mirada serena, y finalmente exclamó con voz inesperadamente hostil:

—¡La madre de ese chaval está loca!

Sus ojos mantenían una expresión indescifrable. Guardaban un parecido extraordinario con los de Bill, pero carecían por completo de la energía de los de su padre.

—Yo creo que más que loca estaba asustada —dije yo—. Estaba realmente asustada por su hijo.

—Sí, supongo —accedió él.

—Mark, no vuelvas a hacer una cosa así. Tenías que haberlo impedido. Eres mucho mayor que ese chico.

—Tienes razón, tío Leo —dijo, y me alivió detectar un matiz de convicción en su voz.

Por la mañana le preparé unas tostadas y le envié al colegio. Al despedirnos le alargué la mano, pero él en lugar de aceptarla me echó los brazos al cuello. Al estrecharle entre mis brazos le sentí pequeño, y el modo en que oprimió su mejilla contra la mía me recordó a Matthew, pero no al Matthew de once años, sino al de cuatro o cinco.

Cuando se hubo marchado subí a la azotea para investigar si quedaba algún vestigio del fuego. Pensé que tal vez me vería obligado a cruzar al edificio adyacente, en el que vivía Dirk, pero no tardé en descubrir un montoncito de cenizas y de papeles en el tejado del nuestro y me agaché para examinarlo. Dominado por un sentimiento de clandestinidad y aun de cierto ridículo, removí los restos carbonizados con una percha de alambre que encontré tirada por allí. Aquello no había sido una hoguera, sino apenas una fogata minúscula que en ningún caso habría durado mucho tiempo. Advertí la presencia de unos cuantos trapos chamuscados y recogí un fragmento que en otro tiempo había formado parte de un calcetín de deporte. Entre los trozos de papel yacían esparcidas algunas esquirlas de vidrio verdoso procedentes de una botella rota, y junto a ellas observé parte de un envase de cartón a medio quemar: era la caja de los Donuts. Aún podían leerse en su superficie algunas letras: ENTE.

Mark me había mentido. Había citado las palabras de Violet con tanta naturalidad, había sonreído de un modo tan espontáneo, que en ningún momento se me había ocurrido dudar de él, pero lo más curioso de todo es que aunque me hubiera confesado haberse comido los Donuts tampoco me habría importado. De hecho, los había comprado pensando en él. Sostuve el pedazo de cartón entre mis dedos y paseé la mirada por el desolado paisaje de los tejados de la parte baja de Manhattan, con sus oxidados depósitos de agua y sus telas asfálticas ya raídas por el tiempo. La luz del

sol intentaba abrirse paso débilmente a través de las nubes, y había comenzado a soplar algo de viento. Guardé las cenizas y los cristales en una vieja bolsa de la compra que alguien había dejado tirada en la azotea y al contemplar mis manos tiznadas de gris me asaltó una inesperada sensación de culpa, como si yo mismo, de algún modo, estuviera implicado en el embuste de Mark. Al abandonar el tejado no añadí el trozo de cartón chamuscado al resto de los desperdicios, sino que bajé las escaleras y deposité cuidadosamente lo poco que quedaba de la caja en el interior del cajón de mi mesa.

A Bill y a Violet no les mencioné nada acerca del fuego; Mark probablemente agradeció que no lo hiciera y sintió que con su tío Leo tenía un aliado en el piso de abajo, que era precisamente lo que yo quería. El episodio del fuego fue disipándose tal y como a veces sucede con los sueños, dejando tras de sí tan sólo una vaga sensación de malestar. En cuanto a mí, apenas volví a acordarme del incidente, salvo en aquellas ocasiones en las que abría el cajón para contemplar mi colección, y cuando lo hacía siempre me preguntaba por qué habría decidido conservar aquel trozo de cartón.

No obstante, ni lo trasladé de lugar ni lo tiré. Supongo que una parte de mí pensaba que allí era donde debía estar.

En otoño de 1991 la University of Minnesota Press publicó Cuerpos cerrados: Exploración de imágenes corporales contemporáneas y de trastornos de la alimentación. A medida que leía el libro de Violet, la desaparición de los Donuts y la caja quemada retornaban de vez en cuando a mi mente. El libro comenzaba con algunas preguntas elementales: ¿Por qué existen hoy en día en Occidente miles de jóvenes empeñadas en matarse de hambre? ¿Por qué otras se atiborran para luego vomitar? ¿A qué se debe que la obesidad esté viviendo un momento de apogeo? ¿Por qué estas enfermedades, en otro tiempo desacostumbradas, se convierten hoy en epidémicas?

«La comida —escribía Violet— es a la vez nuestro placer y nuestra penitencia, nuestro bien y nuestro mal. Al igual que ocurriera con la

histeria hace un centenar de años, se ha convertido en el foco de una obsesión cultural que ha infectado a grandes cantidades de personas que nunca enferman de gravedad a causa de trastornos de la alimentación. El empeño fanático por ejercitarse a base de correr, el auge de los gimnasios y de las tiendas de alimentación sana, el rolfing, los masajes, las terapias vitamínicas, las lavativas, los centros dietéticos, el culturismo, la cirugía plástica, el espanto moral ante el tabaco y el azúcar, y el pánico a los contaminantes no son sino otros tantos elementos que confirman nuestro concepto del cuerpo como algo extremadamente vulnerable, dotado de umbrales de tolerancia inciertos y sometido a constantes amenazas».

El análisis se prolongaba a lo largo de casi cuatrocientas páginas. El primer capítulo, concebido como una introducción histórica, pasaba rápidamente revista a los griegos —con los cuerpos ideales atribuidos a sus dioses—, y luego se entretenía algo más con la cristiandad medieval, sus santas, el culto al sufrimiento físico y el ya más amplio fenómeno de las epidemias y hambrunas. Se refería también a los cuerpos del Renacimiento neoclásico y a la supresión por parte de la Reforma de la Virgen y de su cuerpo maternal. Recorría luego los dibujos médicos del siglo XVIII y las obsesivas disecciones nacidas de la Ilustración, hasta llegar por fin a los artistas del hambre y a las muchachas famélicas del doctor Lasègue, el primer galeno que utilizó la palabra «anorexia» para describir su mal. Al pasar del XIX al XX Violet mencionaba los ayunos y las francachelas de lord Byron, la férrea autonegación de J. M. Barrie —que tal vez llegó incluso a atrofiar su crecimiento— y el estudio por parte de Binswanger del caso de Ellen West, una joven y atormentada altruista que murió de desnutrición en 1930, una época en la que la anorexia aún se consideraba como un fenómeno extremadamente raro.

Violet insistía en que nuestros cuerpos están construidos de ideas tanto como de carne, y que no cabe culpar a las modas de la obsesión contemporánea con la delgadez, toda vez que no constituyen sino una de tantas formas de expresión de una cultura más amplia. En una época que ha conseguido asimilar la amenaza nuclear, la guerra biológica y el SIDA, el cuerpo perfecto representa nuestra armadura: una armadura acerada, reluciente e impenetrable. Violet reunía pruebas procedentes de vídeos de

ejercicios físicos y de anuncios de programas y de máquinas en los que se empleaban términos tan reveladores como «glúteos de acero» y «abdominales a prueba de balas». Santa Catalina había desafiado la autoridad de la Iglesia al ayunar por amor a Jesucristo. Las muchachas de finales del siglo XX ayunan por amor a sí mismas y en contra de sus padres y de un mundo hostil y sin fronteras. En un mundo de abundancia, el cuerpo demacrado es testimonio de que su dueña se encuentra por encima de los deseos ordinarios, mientras que la obesidad denota la protección de un relleno capaz de proteger al cuerpo de cualquier ataque. Violet citaba a psicólogos, analistas y médicos, y rebatía la extendida opinión según la cual la anorexia en particular no es más que una tentativa errónea de alcanzar la autonomía por parte de adolescentes cuyos cuerpos son focos de rebelión contra aquello que no pueden manifestar. No obstante, las historias particulares no bastan para explicar una epidemia, y Violet exponía una persuasiva argumentación según la cual tras los trastornos de la alimentación subyacen diversas alteraciones en el comportamiento social entre las que se incluía la desaparición de los rituales de cortejo y de los códigos sexuales, lo que despojaba a las jóvenes de sus formas y las tornaba vulnerables; asimismo, desarrollaba su concepto de la «mezcla», citando diversas investigaciones en torno a los «vínculos» y también estudios acerca de niños pequeños de diversas edades para los que la comida se convierte en el elemento tangible de una batalla emocional.

Las historias individuales ocupaban gran parte del libro, y a medida que iba leyéndolo descubrí algunas verdaderamente fascinantes. Raymond, un niño de siete años inmensamente obeso, contaba a su analista que visualizaba su cuerpo como una masa de gelatina, y que estaba convencido de que si su piel resultara perforada sus entrañas se desparramarían a su alrededor. Berenice, después de varios meses de progresiva disminución de su ingesta alimenticia, había llegado a reducir su menú a un único dátil. Se sentaba ante él, lo cortaba en cuatro porciones con un cuchillo, dedicaba una hora y media larga a chupar los trozos y luego cuando el último ya se había disuelto en su boca, se manifestaba «ahíta». Naomi acudía a casa de su madre para atiborrarse. Se sentaba a la mesa de la cocina, devoraba enormes cantidades de comida y luego las vomitaba en el interior de

varias bolsas de plástico que finalmente distribuía por las habitaciones de la casa para que las encontrara su madre. A Anita le horrorizaba encontrar grumos o bultos en los alimentos, lo que resolvía mediante una dieta exclusivamente líquida; al cabo de una temporada, sin embargo, comenzó a rechazar también el color, por lo que el líquido tenía que ser a la vez fluido y transparente; así, redujo su dieta a agua y a Sprite bajo en calorías y murió a los quince años de edad.

Aunque tampoco sospechaba en Mark excesos como los que relataba Violet, me pregunté si no habría mentido acerca de los Donuts a causa de un sentimiento de culpabilidad desencadenado por el hecho de comérselos. Violet enfatizaba que algunas personas que se muestran en general rigurosamente sinceras a menudo mienten en lo que se refiere a la comida si su relación con ella se corrompe. Recordé entonces aquel batiburrillo marrón compuesto de judías y verduras entristecidas que había preparado Lucille la noche en que la conocí y de inmediato me vino a la mente una imagen de la mesita auxiliar de su casa la noche que pasamos juntos. Sobre una pila de publicaciones diversas yacían varios ejemplares de una revista llamada Prevención.

Érica ya no respondía a mis cartas con la rapidez con que lo hiciera en otro tiempo. Entre una y otra transcurrían a veces hasta dos semanas, dos semanas que yo me pasaba contando impacientemente los días. Su tono también había variado. Aunque escribía con acento franco y sincero, me parecía percibir cierta falta de entusiasmo en sus palabras. Muchas de las cosas que decía debía de habérselas contado también a la doctora Richter, la psiquiatra, psicoanalista y psicoterapeuta a la que visitaba dos veces por semana. Se había convertido asimismo en amiga íntima de una joven de su departamento llamada Renata Doppler que, entre otras cosas, escribía densos y eruditos artículos sobre pornografía, y también con ella debía de haber hablado a menudo al respecto. Me constaba, además, que llamaba a Violet y a Bill con regularidad. Yo intentaba no pensar en aquellas conversaciones telefónicas, y me esforzaba por no imaginar a mis amigos oyendo la voz de Érica. El universo de mi mujer se había expandido, y creí

intuir que a lo largo del proceso mi lugar en él se había reducido. Así y todo, descubría aquí y allá algunas frases a las que me aferraba como testimonio de la existencia de algún vestigio de pasión. «Por las noches pienso en ti, Leo. No he olvidado». En mayo me escribió para decirme que proyectaba pasar una semana en Nueva York durante el mes de junio. Pensaba quedarse conmigo, pero sus cartas dejaban bien claro que aquella visita no significaba una reanudación de nuestra antigua vida. Mi nerviosismo fue aumentando a medida que se aproximaba el día, y en la mañana de su llegada había alcanzado un punto culminante que sentía como una especie de alarido interior. La idea misma de que en breve habría de ver de nuevo a Érica, más que excitarme, me hería, y a medida que iba y venía por el *loft* intentando tranquilizarme reparé en que caminaba sujetándome el pecho, como un hombre al que acabaran de apuñalar. Me senté e intenté desenmarañar esa sensación de angustia, pero no lo logré, o al menos no del todo. Sí era consciente, empero, de que de pronto Matt se hallaba presente por doquier. Su voz resonaba entre las paredes del *loft*, y los muebles parecían conservar la huella de su cuerpo. Hasta la luz que penetraba por las ventanas conjuraba la presencia de Matthew. No va a funcionar, pensé para mis adentros. Esto no va a funcionar. En cuanto a Érica, nada más entrar por la puerta rompió a llorar.

No discutimos. Conversamos con la intimidad de dos antiguos amantes que hace tiempo que no se ven y que no se guardan rencor. Una noche cenamos con Bill y Violet en un restaurante. Bill contó un chiste de Henny Youngman sobre un hombre que se escondía en un armario, y Érica se rió con tantas ganas que se atragantó, y Violet tuvo que sacudirle con fuerza la espalda para evitar que se asfixiara. Al menos una vez al día, se detenía en el umbral del dormitorio de Matt y permanecía allí varios minutos observando lo que quedaba de él: la cama, la mesa, la silla y la acuarela urbana que en su día me entregara Bill y que yo había hecho enmarcar. Hicimos el amor en dos ocasiones. Mi soledad física había adquirido matices de auténtica desesperación, y cuando Érica se inclinó para besarme me abalancé sobre ella, que aguantó temblorosa mi embestida y no logró alcanzar el orgasmo. Su ausencia de placer agrió mi desahogo hasta el punto de que luego me sentí vacío. La noche anterior a su partida

probamos de nuevo. Quería mostrarme cuidadoso y tierno con ella, por lo que acaricié cautelosamente su brazo y lo besé a continuación, pero mis vacilaciones parecían irritarla. Saltó sobre mí, me asió por las caderas y me pellizcó la piel con fuerza. Luego me besó con avidez y se encaramó sobre mí. El sonido breve y cortante que emitió al alcanzar el orgasmo se vio sucedido por una larga serie de suspiros que se prolongaron hasta después del mío propio. Así y todo, percibí en nuestro abrazo una tristeza imposible de disipar, una amargura que nos invadía a los dos, y creo que aquella noche nos compadecimos de nosotros mismos como si en lugar de ser ella y yo hubiéramos sido dos extraños que observaran a otra pareja tendida en la cama.

A la mañana siguiente, Érica se reafirmó en que no quería divorciarse salvo que tal fuera mi deseo. Tampoco yo, le dije.

—Me encantan tus cartas —dijo—. Son preciosas.

Aquel comentario me irritó.

—Creo que te alegras de que haya llegado el momento de marcharte.

Érica acercó su rostro al mío y aguzó la mirada.

—¿Y acaso no te alegras tú de que me vaya?

—No lo sé —dije—. Realmente, lo ignoro.

Ella depositó una mano sobre mi rostro y me acarició la mejilla.

—Estamos deshechos, Leo. No es culpa nuestra. Cuando Matt murió fue como si nuestra historia se detuviera. Había tanto de ti en él…

—Cualquiera diría que por lo menos podríamos habernos tenido el uno al otro —le dije.

—Lo sé —repuso ella—. Lo sé.

Cuando se hubo marchado me sentí culpable, porque por turbulentos que fueran mis sentimientos me era posible reconocer en ellos ese alivio que Érica había tenido el coraje de mencionar. A las dos de la tarde me serví un vaso de *whisky* y lo apuré sentado en mi butaca como habría hecho cualquier viejo borracho. A medida que me prometía a mí mismo no volver a beber por las tardes podía notar cómo el alcohol trepaba a mi cabeza y a mis extremidades. Me recliné en la desgastada tapicería de la butaca y supe a ciencia cierta qué era lo que nos había ocurrido a Érica y a mí. Necesitábamos a otras personas, pero no personas nuevas, sino

personas ya conocidas. Nos necesitábamos a nosotros mismos antes de la muerte de Matthew, y nada de lo que pudiéramos hacer durante el resto de nuestras vidas podría jamás traer de vuelta a aquellos seres.

Aquel verano empecé a trabajar en las «Pinturas negras» de Goya. Durante el día, el estudio de sus monstruos, sus trasgos y sus brujas me mantenía ocupado durante horas, pero sus demonios contribuían a mantener a raya a los míos. Al llegar la noche, no obstante, recorría otros espacios imaginarios, otros mundos subjuntivos en los que veía a Matt hablando y dibujando y a Érica junto a mí, sin que nada hubiera cambiado. Aquellas ilusiones de la vigilia eran puros ejercicios de tortura propia, pero más o menos en aquella misma época Matthew comenzó a aparecerse en mis sueños, y cuando lo hacía resultaba tan real como en otro tiempo lo fuera en vida. Su cuerpo era tan sólido, tan íntegro y tan tangible como siempre lo había sido, y yo le abrazaba, le hablaba, le acariciaba el cabello y las manos y disfrutaba de lo que nunca habría podido disfrutar estando despierto: de la inequívoca y gozosa certidumbre de que mi hijo estaba vivo.

Aunque Goya nunca pudo percibir mi aflicción, sus descarnadas pinturas concedían una nueva legitimidad a mis pensamientos, así como el permiso necesario para abrir puertas que en mi vida anterior había dejado cerradas. Dudo mucho de que la clase de piano de Violet hubiera retornado a mí con tan sorprendente fuerza sin las ardientes imágenes de Goya. La ensoñación comenzó una noche, después de cenar con Bill y Violet. Aquel día, Violet llevaba un vestido veraniego de color rosa que realzaba la silueta de sus senos. El largo paseo vespertino bajo el sol prestaba a sus mejillas y a su nariz un leve tinte rojizo, y a medida que me hablaba de su próximo libro, que tenía algo que ver con el narcisismo patológico, la cultura de masas, las imágenes, las comunicaciones instantáneas y los nuevos males del capitalismo moderno, había ido haciéndoseme cada vez más difícil escucharla. Mis ojos se desviaban constantemente hacia su rostro arrebolado, sus brazos desnudos, sus pechos y sus dedos pintados de esmalte rosado. Aquella noche me despedí a una hora temprana. Al llegar a casa, dediqué un rato a los objetos que conservaba en mi cajón y luego comencé a hojear un voluminoso libro de dibujos de Goya, comenzando

por los que componían su Tauromaquia. Aunque confieso que los esbozos taurinos que realizara el artista poco tenían en común con la clase de piano de Violet y con su encuentro con *monsieur* Renasse, la agreste energía de sus rasgos y la crudeza de sus representaciones ejercieron sobre mí el efecto de un afrodisíaco, y seguí pasando las páginas ávida e incesantemente en busca de nuevas imágenes de animales y monstruos. Ya los conocía a todos de memoria, pero aquella noche su furia carnal abrasó mi mente como una tea, y al contemplar de nuevo el dibujo de una joven desnuda a lomos de una cabra durante el aquelarre, sentí que toda ella era premura y voracidad, y que en su cabalgata enloquecida, nacida del trazo ágil y firme de Goya, la tinta llegaba a torturar el papel. La bestia corre, pero la amazona ha perdido el control. Su cabeza cae vencida hacia atrás, sus cabellos flotan tras ella, y sus piernas poco tardarán tal vez en sujetarla al cuerpo del animal. En ese momento deposité un dedo sobre el muslo oscurecido y la pálida rodilla de la mujer, y aquel gesto me situó de pronto en París. Cambiaba de fantasía a voluntad. Había noches en las que me conformaba con ser testigo de la clase a través de una ventana situada al otro lado de la calle, y otras en las que yo mismo me convertía en *monsieur* Renasse. Había noches en las que era Jules, atisbando por el ojo de la cerradura o flotando mágicamente sobre la escena, pero de un modo u otro Violet siempre estaba sentada en el banco junto a alguno de nosotros, e invariablemente alguno de nosotros alargaba el brazo, asía uno de sus dedos con ademán violento y abrupto, y le susurraba «Jules» al oído con voz ronca y apremiante. En esos momentos, su cuerpo se envaraba por efecto del deseo, lanzaba la cabeza hacia atrás y alguno de los presentes la poseía allí mismo, sobre el banco, alzando por detrás su vestido rosado, bajándole unas bragas brevísimas que siempre eran de un color y un diseño distintos y penetrándola mientras ella profería sonoras exclamaciones de placer; o bien arrastrándola al abrigo de una enorme palmera doméstica, tendiéndola en el suelo con las piernas separadas y embistiéndola estrepitosamente mientras ella chillaba y chillaba hasta alcanzar el orgasmo. Entregué a aquella fantasía incalculables descargas de semen tras las cuales, inevitablemente, volvía a sentirme decepcionado. Mi pornografía no era ni más ni menos mentecata que la mayoría, y era

bien consciente de no ser ni mucho menos el único hombre que se permitía inofensivos retozos mentales con la mujer de un amigo, pero así y todo era un secreto que terminaba deprimiéndome. Luego, a menudo, pensaba en Érica y a continuación en Bill. A veces intentaba suplantar a Violet con otra figura, con una doble anónima que ocupara su lugar, pero nunca funcionaba. Tenía que ser Violet y tenía que tratarse de ese episodio, protagonizado no por dos personas sino por tres.

Bill dedicaba interminables horas a una serie de piezas independientes relativas a los números. Al igual que El viaje de O, las obras existían en el interior de cubos de vidrio, si bien éstos eran el doble de grandes, de unos sesenta centímetros de lado aproximadamente. Obtenía su inspiración de fuentes tan variopintas como la Cábala, la física, los resultados de la liga de béisbol y los informes bursátiles. Tomaba un número escogido entre el cero y el nueve y jugaba con él en una única pieza. Pintaba, cortaba, esculpía, deformaba y quebraba los signos numéricos de cada obra hasta hacerlos irreconocibles. Incluía figuras, objetos, libros, ventanas e, inevitablemente, el nombre de la cifra escrito con todas sus letras. Era el suyo un arte exuberante, repleto de alusiones a vacíos y a orificios, al monoteísmo y al individuo, a la dialéctica y al yin-yang, a la trinidad, las tres parcas y los tres deseos, al rectángulo de oro, los siete cielos y los siete sefirot inferiores, a las nueve musas, los nueve círculos del infierno y los nueve mundos de la mitología nórdica, pero también a obras populares tales como Mejore su matrimonio en cinco sencillas lecciones y Muslos esbeltos en una semana. Los cubos primero y segundo hacían referencia a programas de doce etapas, mientras que en el fondo del sexto cubo yacía un ejemplar en miniatura de un libro titulado Los seis errores más frecuentes que cometen los padres. Eran frecuentes los juegos de palabras, por lo general bien disimulados: uno, huno; dos, nos y vos; cuatro, cuarto y curato; hecho y ocho… Bill era asimismo aficionado a las rimas, tanto en imágenes como en palabras. En el cubo número nueve la figura geométrica de la línea había sido pintada en una de las paredes de cristal; en el número tres, un hombrecillo diminuto vestido con el uniforme

blanco y negro de los tebeos y lastrado con una bola sujeta por una cadena abría la puerta de su celda. La rima oculta era libertad[13]. Al mirar atentamente a través de las paredes del cubo, uno veía la consonancia paralela en un idioma distinto: en un costado aparecía garabateada la palabra alemana drei, pero en el fondo de esa misma caja reposaba una diminuta fotografía en blanco y negro recortada de un libro en la que podía distinguirse la leyenda que presidía la entrada principal de Auschwitz: ARBEIT MACHT FREI. Con cada número, estas asociaciones se confabulaban en un arbitrario baile hasta conformar un diminuto paisaje mental que oscilaba entre el sueño recreador y la pesadilla. A pesar de su densidad, el efecto visual de los cubos no resultaba desorientador. Cada objeto, cada cuadro, cada dibujo, cada retazo de texto y cada figura esculpida hallaban su lugar exacto bajo el cristal de acuerdo con la necesaria —por más que disparatada— lógica de las conexiones numéricas, pictóricas y verbales, y todos aparecían representados con los colores más llamativos. A cada número le había sido otorgada una tonalidad temática. A Bill le interesaban las teorías cromáticas de Goethe, así como el modo en que Alfred Jensen se había servido de ellas para realizar sus espesas y alucinantes pinturas numéricas. Así, había asignado un color a cada número. Al igual que Goethe, incluyó el blanco y el negro, si bien no se molestó en reflejar los significados que les atribuyera el poeta. El cero y el uno eran blancos. El dos era azul. El tres era rojo y el cuatro era amarillo, pero también mezclaba colores: azul pálido para el cinco, morados para el seis, anaranjados para el siete, verdes para el ocho, y negros y grises para el nueve. Aunque en el esquema básico intervenían también otros colores —así como los omnipresentes recortes de prensa—, cada cubo aparecía dominado por los innumerables matices de un único color. Las piezas numéricas eran la obra de un hombre en su mejor momento de forma. Cual extensión orgánica de todo cuanto Bill había hecho hasta entonces, aquellos nudos de símbolos tenían un efecto explosivo. Cuanto más contemplaba aquellas construcciones en miniatura, más poderosa era la sensación de que estuvieran a punto de estallar a causa de su propia presión interna. Eran bombas semánticas minuciosamente orquestadas mediante las cuales Bill había desnudado las arbitrarias raíces

del significado mismo: ese peculiar contrato social que generan los diminutos trazos, rayas, líneas y curvas que adornan una página.

En varias de las piezas Bill aludía al proceso, a menudo tedioso, de adquirir los signos que precisamos para nuestra comprensión: un fragmento de los deberes de matemáticas de Mark, la goma de un lapicero a medio masticar, y mi favorita, incluida en el noveno cubo: la figura de un muchacho dormido ante su pupitre frente a una página de álgebra que su mejilla tan sólo alcanza a cubrir en parte. Al final resultó que aquellas imágenes del aburrimiento eran más personales de lo que yo mismo pensaba. Bill me reveló que Mark había estado sacando tan malas notas en el colegio que el director había sugerido prudentemente si no querrían considerar la posibilidad de trasladarle a otro centro. Enfatizó que no debían considerarlo como una expulsión, sino tan sólo como el reflejo de una incompatibilidad entre el alumno y el centro. El elevado cociente intelectual de Mark no se correspondía con su falta de concentración y de disciplina, por lo que tal vez encajara mejor con un programa de estudios menos riguroso. Bill se había pasado varias horas hablando por teléfono con Lucille acerca de la posibilidad de un nuevo colegio, y ella, por fin, había encontrado uno dispuesto a aceptar a Mark, una institución «progresiva» cercana a Princeton que le aceptó con una sola condición: querían que repitiera el octavo curso. Así, el otoño posterior a cumplir los catorce años, Mark se trasladó a Cranbury con su madre, aunque siguió pasando los fines de semana en Nueva York.

Aquel año creció quince centímetros. El menudo chiquillo con el que en otro tiempo jugara al ajedrez se había visto sustituido por un adolescente larguirucho, pero su temperamento permaneció invariable. Nunca he visto un muchacho más libre de los lastres habituales de la pubertad. Su cuerpo era tan ligero como su espíritu, se desplazaba con paso leve y etéreo, y sus gestos eran gráciles. Bill, sin embargo, no dejaba de preocuparse por la indolente actitud que su hijo mostraba en la escuela. Sus erráticas calificaciones podían oscilar entre el sobresaliente y el suspenso, y sus profesores le aplicaban adjetivos tales como «irresponsable» o «desperdiciado». Yo intenté tranquilizar a Bill con argumentos ya clásicos: aún es un poco inmaduro, le decía, pero eso se

arreglará con el tiempo. Le enumeré toda una serie de grandes hombres que habían sido malos estudiantes, así como de alumnos brillantes que luego habían sido personajes mediocres, y por lo general mis buenas palabras lograban el efecto pretendido.

—Sí, ya cambiará —decía Bill—. Hay que esperar. Terminará encontrando su camino, incluso en el colegio.

Mark comenzó a venir a visitarme los fines de semana, por lo general los domingos por la tarde, antes de emprender el trayecto de regreso a casa de su madre. Yo aguardaba con expectación el sonido de sus pasos en las escaleras, la llamada a la puerta con los nudillos y la imagen de su semblante franco y optimista cuando le franqueaba el paso al interior del piso. Con frecuencia traía consigo alguna obra que deseaba mostrarme. Había comenzado a fabricar pequeños collages con recortes de revistas, y algunos resultaban interesantes. Una tarde de primavera se presentó en casa con una enorme bolsa de la compra. Ya al entrar observé que había crecido desde la última vez que le viera.

—Ahora ya puedo mirarte directamente a los ojos —dije—. Creo que vas a acabar siendo más alto incluso que tu padre.

Hasta entonces Mark había conservado en todo momento la sonrisa, pero al oírme adoptó una expresión enfurruñada.

—No quiero crecer más —dijo—. Ya soy lo bastante alto.

—¿Qué mides ahora, uno setenta y cinco? ¿Un poco más, tal vez? No es una estatura demasiado elevada para un hombre.

—Yo no soy un hombre —repuso él, irritado.

Debí de adoptar una expresión perpleja, porque se encogió de hombros y añadió:

—Pero da igual. La verdad es que no me importa —alzó la bolsa en dirección a mí—. Dice papá que deberías ver esto.

Se sentó junto a mí en el sofá y extrajo un enorme trozo de cartón que se doblaba por la mitad y se abría como un libro. Ambas mitades aparecían cubiertas de recortes de anuncios procedentes de revistas, y todos ellos mostraban imágenes de gente joven. Había recortado asimismo algunas palabras y letras de otros anuncios distintos para luego pegarlas sobre las ilustraciones: DESEO, DANZA, GLAMOUR, TU ROSTRO y

BOFETADA. A mí, si he de ser sincero, todo aquello me resultaba visualmente algo aburrido, como un batiburrillo de imágenes elegantes y hermosas, pero entonces reparé en que en el centro de ambas páginas figuraba la misma fotografía: el retrato diminuto de un bebé de mejillas gruesas y algo fláccidas.

—¿Eres tú? —pregunté, riendo.

Mark no pareció encontrarle la gracia.

—Teníamos dos copias de esa foto, y mamá me dio permiso para utilizarlas.

A la derecha de una de ellas y a la izquierda de la otra había otras dos fotografías, ambas desdibujadas por varias capas de cinta adhesiva. Me aproximé para verlas más de cerca.

—¿Qué es esto otro? —pregunté—. ¿También dos ejemplares de la misma foto, no?

A través de la cinta adhesiva podía distinguir la imprecisa silueta de un cuerpo esbelto y larguirucho y de una cabeza tocada con una gorra de béisbol.

—¿De quién se trata?

—No es nadie.

—¿Por qué aparece tapado con celo?

—No lo sé. Porque me salió así. No pensé en ello. Me pareció que quedaba bonito.

—Pero no procede de ninguna revista. Has debido de encontrarlo en alguna parte.

—Así es, pero ignoro dónde.

—Esta parte de la imagen es idéntica en ambos costados. El resto no. Y, así y todo, uno tarda un poco en darse cuenta. Las fotos están rodeadas de demasiadas cosas, pero resultan de lo más misterioso.

—¿Y crees que eso está mal?

—No —dije yo—. Creo que está bien.

Mark cerró el cartón y lo devolvió a la bolsa. Luego se reclinó en el sofá y depositó los pies en la mesita auxiliar que había frente a nosotros. Las zapatillas de deporte que calzaba eran de una talla enorme: cuarenta y dos o cuarenta y tres, y observé que sus pantalones eran de ese estilo

desproporcionado y un poco grotesco que tanto agradaba a los chicos de su edad. Durante unos instantes guardamos silencio, hasta que por fin le formulé la pregunta que acababa de acudir de modo abrupto a mi mente:

—¿Mark, tú echas de menos a Matthew?

Él se volvió hacia mí con ojos desmesurados y mantuvo los labios apretados durante unos instantes antes de responder.

—Constantemente —dijo—. Le echo de menos todos los días.

Yo alargué mi mano con gesto torpe hasta encontrar la suya y aspiré profundamente. Sentí que mi pecho emitía un suspiro de emoción y noté que se me nublaba la visión. Había conseguido ya aferrar su mano, y noté que oprimía mis dedos con fuerza.

A Mark Wechsler le faltaban pocos meses para cumplir quince años. Yo tenía sesenta y dos. Le había conocido durante toda su vida, pero hasta entonces no le había considerado como un verdadero amigo. De pronto, comprendí que su futuro también era el mío, y que si quería establecer una relación duradera con aquel muchacho que pronto sería un hombre podía hacerlo. El pensamiento en cuestión se convirtió en una promesa que me hice a mí mismo: Mark siempre podrá contar con mi atención y con mi cuidado. Desde entonces he revivido aquel momento en numerosas ocasiones, pero a lo largo de los últimos dos años, y como ya ha sucedido con otros acontecimientos de mi vida, he empezado a evocarlo desde un tercer punto de vista. Me veo alargando la mano en busca del pañuelo, quitándome las gafas, enjugándome los ojos y sonándome ruidosamente con el blanco retazo de tejido. Mark, entretanto, contempla con simpatía a ese viejo amigo de su padre. Cualquier espectador sensible comprendería la escena; sabría que Mark nunca podría llenar el vacío que había dejado en mí la muerte de Matt, y entendería con toda claridad que no se trataba de reemplazar a un muchacho con otro, sino de tender entre dos seres distintos un puente cimentado sobre esa ausencia que ambos comparten. Con todo, ese espectador se habría equivocado del mismo modo que yo me equivocaba. Malinterpretaba a Mark y me malinterpretaba a mí mismo, y el problema reside en que mi escrutinio de la escena desde todos los ángulos posibles no revela la menor pista. En ningún caso he omitido palabra o gesto alguno, ni tampoco esas emociones intangibles que

intercambian las personas; estaba equivocado porque, dadas las circunstancias, tenía por fuerza que estarlo.

La idea me asaltó una semana después. No le dije nada a Mark, pero sí escribí a Érica para recabar su opinión. Mi propuesta consistía en autorizar a Mark para que utilizara la habitación de Matthew a modo de estudio en el que construir sus collages. Su dormitorio del piso de arriba no era muy grande, y ese espacio extra le vendría bien. El cambio significaría que el cuarto que antaño ocupara Matt dejaría de ser un mausoleo deshabitado que nadie utilizaba. Mark, el mejor amigo de nuestro hijo, se encargaría de revitalizarlo. Yo abogué ardientemente por la causa, y conté a Érica que no transcurría un día sin que Mark echara de menos la presencia de Matt, añadiendo que para mí significaría muchísimo el hecho de poder contar con su permiso. Le confesé abiertamente que a menudo me sentía solo, y que la compañía de Mark me animaba. Érica me respondió de inmediato para manifestar que una parte de ella se mostraba reacia a ceder la habitación, pero que después de pensarlo bien había decidido aceptar. En la misma carta me contaba que Renata había tenido una niña a la que había bautizado con el nombre de Daisy, y que ella era la madrina.

El día anterior a que Mark se instalara en la habitación de Matt, abrí la puerta, entré y permanecí largo rato sentado en la cama. El entusiasmo que despertaba en mí el cambio se había visto sustituido por la desazón de saber que ya era demasiado tarde para volverme atrás. Examiné la acuarela pintada por Matt, y decidí que tendría que permanecer allí y que se lo mencionaría a Mark como única condición para nuestro acuerdo. No necesitaba un espacio consagrado a Matt, pensé, puesto que seguía viviendo en mí, pero tan pronto como se me ocurrieron aquellas palabras, el reconfortante cliché se tornó macabro. Imaginé a Matt en su ataúd, visualicé sus menudos huesos, sus cabellos y su cráneo sepultados en la tierra y comencé a temblar. La antigua fantasía de la sustitución despertó de nuevo en mí, y maldije el hecho de no haber podido ser yo quien corriera su suerte en lugar de él.

Mark acudió a su «estudio» provisto de papeles, revistas, tijeras, pegamento, alambres y un flamante radiocasete nuevo. A lo largo de aquella primavera se pasó en la habitación cosa de una hora todos los domingos, recortando y pegando imágenes sobre soportes de cartón. Rara vez trabajaba durante más de quince minutos seguidos, y se interrumpía constantemente para salir a contarme algún chiste, telefonear o acercarse corriendo a la esquina en busca de «unas patatas».

Poco después de instalarse, Bill vino a verme y me pidió que le dejara echar un vistazo al cuarto, y al ver los recortes de revista, los cartones, los cuadernos amontonados y el recipiente lleno de lapiceros y rotuladores asintió con gesto de aprobación.

—Me alegro de que pueda contar con este lugar —dijo—. Es un sitio neutral. No es ni la casa de su madre ni la mía.

—Nunca habla de la vida en casa de Lucille —dije yo, dándome cuenta en ese mismo instante de hasta qué punto ello era cierto.

—A nosotros tampoco nos cuenta nada —dijo Bill, e hizo una larga pausa—. Y cuando hablo con Lucille no sabe hacer otra cosa que protestar.

—¿Acerca de qué?

—De dinero. Soy yo quien paga todos los gastos de Mark: su ropa, su educación, sus gastos médicos… todo menos lo que come en casa de su madre; y a pesar de todo, el otro día sin ir más lejos me dijo que las facturas del supermercado se están volviendo astronómicas a causa de todo lo que come. Llega hasta el punto de etiquetar aquellos alimentos del refrigerador que no quiere que el niño toque. Mira hasta el último centavo.

—A lo mejor no le queda más remedio. ¿Sabes si allí les pagan bien?

Bill me dirigió una mirada dura e irritada.

—Ha habido épocas en las que yo no tenía ni cuatro cuartos, y ni aun entonces se me pasó jamás por la cabeza escatimar comida a mi hijo.

Llegado el mes de junio, Mark ya no tenía que llamar a la puerta. Contaba con su propia llave. El dormitorio de Matt, antaño casi vacío, se había visto transformado en la atestada guarida de un adolescente. Vinilos, compactos, camisetas y pantalones de amplias hechuras desbordaban el espacio disponible en el armario. En la mesa se apilaban cuadernos, prospectos y revistas. Mark vivía entre casa y casa, yendo y viniendo

como si ambos *lofts* constituyeran una única propiedad. A veces llegaba fingiendo ser Harpo y se ponía a corretear por el salón con una trompeta que había comprado en un mercadillo callejero próximo a Princeton. A menudo prolongaba la actuación durante un buen rato, hasta el punto de que a veces, cuando bajaba la mirada, descubría que me había enlazado una pierna en el hueco del brazo. Si aquel verano fabricó algún collage lo reservó para sí. La mayor parte del tiempo descansaba, leía un poco y escuchaba una música que a mí me resultaba incomprensible, aunque también es cierto que lo poco que llegaba al salón y a mis oídos era apenas ese latido mecánico urgente, constante e interminable que despide el rítmico acompañamiento de los graves de cualquier canción de discoteca. Aparecía y desaparecía. Pasó seis semanas en un campamento de Connecticut, y otra semana en Cape Cod, en compañía de su madre. Bill y Violet alquilaron una casa en Maine durante cuatro de las semanas que Mark pasó en el campamento, y fue como si el edificio se apagara. Érica decidió no venir de visita. «No quiero reabrir las viejas heridas», me escribió. Y yo seguí viviendo allí solo con Goya y añorándolos a todos.

Al llegar el otoño Mark retornó a su antiguo ritmo de visitas de fin de semana. Por lo general tomaba el tren en Princeton los viernes por la tarde y se presentaba en mi *loft* la mañana del sábado. También regresaba a menudo los domingos para pasar una hora o dos. Mis comidas en compañía de Bill y Violet fueron espaciándose hasta quedar reducidas aproximadamente a sólo dos al mes, y llegué a depender de las visitas regulares del muchacho como de una forma de aliviar la monotonía de mi propia presencia. En algún momento de octubre mencionó por primera vez la existencia de las raves, o grandes reuniones de gente joven que se prolongaban durante toda la noche. Según Mark, encontrar una rave exigía tener contactos con gente enterada. Al parecer, entre los conocedores se contaban decenas de miles de adolescentes, pero esa sobreabundancia no mitigaba en absoluto el entusiasmo del muchacho. La palabra rave bastaba para que su semblante se encendiera de expectación.

—No es más que una forma de histeria colectiva —me dijo Violet—, una especie de despertar religioso en clave pagana, un love-in al estilo de los noventa. Los chavales se van animando poco a poco hasta alcanzar un

frenesí de lo que ellos llaman buen rollo. He oído que toman drogas, pero nunca he visto que Mark volviera a casa colocado. No permiten el alcohol.

Suspiró y se frotó el cuello con la mano.

—Tiene quince años. A algún sitio tiene que ir a parar toda esa energía —prosiguió, y suspiró de nuevo—. Así y todo, me preocupo. Siento que Lucille…

—¿Lucille? —dije yo.

—No tiene importancia —dijo ella—. Probablemente me estoy volviendo paranoica.

En el ejemplar de noviembre de la revista Voice aparecía publicado el anuncio de una sesión de lectura a cargo de Lucille que tendría lugar en Spring Street, a tan sólo seis manzanas de distancia. Yo no había vuelto a hablar con ella desde el funeral de Matthew, y al ver su nombre en letras de molde experimenté el deseo de ir a escuchar sus poemas. Mark se había convertido en residente parcial de mi apartamento, y la intimidad que iba cobrando nuestra relación me impulsaba hacia Lucille; sin embargo, creo que mi decisión de acudir se vio alimentada también por aquella observación incompleta de Violet, así como por el anterior comentario de Bill en torno a su tacañería. Bill nunca había sido una persona injusta, y supongo que quería juzgar la situación por mí mismo.

El local elegido era un bar mal iluminado y decorado al estilo rústico. Tan pronto como entré por la puerta atisbé a través de la penumbra y vi a Lucille junto a la pared del fondo con un fajo de papeles en la mano. Llevaba el pelo recogido, y sus pálidas facciones aparecían iluminadas por una pequeña lámpara cenital que acentuaba las sombras de sus párpados inferiores. Desde aquella distancia me pareció adorable, como una niña solitaria e indefensa. Me acerqué y ella alzó la mirada, y al cabo de un instante su rostro dibujó una sonrisa tensa de labios cerrados. Cuando habló, sin embargo, lo hizo con voz serena y reconfortante.

—Leo, qué sorpresa.

—Me apetecía venir a oírte —dije.

—Gracias.

Guardamos silencio unos instantes. Lucille parecía incómoda, y aquel «gracias» flotaba entre nosotros como un punto final.

—He dado con la respuesta equivocada, ¿verdad? —dijo, y sacudió la cabeza—. No debería haber dicho «gracias», sino «qué detalle por tu parte» o «te agradezco que hayas venido». Si después de la lectura hubieras acudido a decirme «Me han gustado tus poemas», sí que podría haber dicho lisa y llanamente «gracias» sin que nos quedáramos los dos paralizados y preguntándonos qué era lo que había ocurrido.

—Son los avatares de toda relación social —dije, pero me detuve al oír la palabra «relación». Qué mal escogida, pensé.

Ella hizo caso omiso del comentario y fijó la mirada en sus papeles. Le temblaban las manos.

—Se me dan mal las lecturas —dijo—. Tengo que prepararme durante unos minutos.

Se alejó, se sentó en una silla y comenzó a leer para sus adentros. Sus labios se movían, y sus manos no dejaban de agitarse.

Habían acudido a oírla unas treinta personas, y todos los presentes nos distribuimos por las mesas. Algunos fumaban y bebían cerveza mientras la escuchaban. En un poema titulado «Cocina», Lucille iba enumerando objetos uno detrás de otro. A medida que la lista crecía comenzó a formarse una atestada naturaleza muerta de carácter verbal, y yo cerraba los ojos de vez en cuando para paladear el ritmo de las sílabas a medida que las leía. En otro poema, Lucille diseccionaba una frase pronunciada por un amigo anónimo: «Eso no lo dices en serio». En conjunto era un ingenioso, lógico y alambicado análisis de la intimidación subyacente en tal afirmación, y creo que estuve sonriendo desde el primer hasta el último verso. A medida que leía comencé a comprender que el tono de su obra nunca variaba. Escrupulosos, concisos y dotados de la comicidad inherente a la distancia, sus poemas no permitían que ninguna cosa, persona o perspectiva predominara sobre otra. El ámbito de la experiencia de la autora era uniforme hasta el punto de constituir un enorme campo de detalles, tanto físicos como mentales, minuciosamente estudiados, y me asombró no haberme percatado nunca de ello hasta entonces. Recordé haber estado sentado junto a ella, con la mirada fija en las palabras que

había escrito, recordé también su voz mientras explicaba el motivo de tal o cual decisión con sus frases siempre nítidas y concisas, y sentí nostalgia de la camaradería, ahora perdida, que habíamos compartido en otro tiempo.

Tras la lectura compré su libro, titulado Categoría, y me incorporé a la cola de quienes deseábamos que nos lo dedicara. Era el último de una fila de siete. Ella escribió «Para Leo» y alzó la mirada hacia mí.

—Me gustaría añadir algo divertido, pero tengo la mente en blanco.

Yo me incliné sobre la mesa.

—Pon simplemente «de tu amiga Lucille» —dije.

Mientras veía su pluma deslizándose sobre la página le pregunté si quería que le pidiera un taxi o que la acompañara adonde fuera que se dirigiese. Ella repuso que tenía que ir a Penn Station y salimos juntos a la fría noche de noviembre. Soplaba un viento impregnado de aromas a gasolina y a comida asiática, y a medida que avanzábamos calle abajo observé su larga gabardina beis y advertí que a la ya desgastada prenda le faltaba un botón. El espectáculo de aquel hilo suelto que colgaba de la gabardina desabrochada despertó en mí un sentimiento de compasión que se vio seguido de inmediato por el recuerdo de su vestido gris retorcido en torno a la cintura y de sus cabellos caídos sobre el rostro mientras la sujetaba por los hombros para tenderla en el sofá.

—Me alegro de haber venido —le dije mientras caminábamos—. Tus poemas son buenos. Muy buenos. Y creo que deberíamos mantenernos en contacto, especialmente ahora que veo a Mark con tanta frecuencia.

Ella volvió la cabeza y me dirigió una mirada perpleja.

—¿Le ves ahora más que antes?

Yo me detuve.

—Sí, por lo de la habitación, ya sabes.

Lucille estaba inmóvil en medio de la acera, y a la luz de la farola distinguí los profundos surcos en torno a sus labios mientras me observaba con expresión de desconcierto.

—¿La habitación?

Yo notaba un peso cada vez mayor en los pulmones.

—Le he cedido la habitación de Matthew para que la use como estudio. Empezó a utilizarla la primavera pasada. Viene todos los fines de semana.

Ella reemprendió la marcha.

—No sabía yo eso —dijo con tono neutro.

Mi mente había empezado ya a analizar todo un repertorio de preguntas, pero advertí que Lucille había apresurado el paso. Alzó la mano para detener un taxi y se volvió hacia mí.

—Gracias por venir —dijo, recurriendo a la frase que no había sabido decir en su momento, pero sólo sus ojos parecían alegres.

—Ha sido un placer —dije yo, asiéndola de la mano.

Durante un instante, pensé en besarla en la mejilla, pero la rigidez de su mandíbula y sus labios apretados me disuadieron, y me limité a oprimir levemente sus dedos.

Habíamos llegado ya a West Broadway, y a medida que veía alejarse el taxi en dirección Norte reparé en la luna, suspendida en el firmamento de Washington Square Park. Aún era pronto. La forma del creciente lunar, atravesado por una leve franja nubosa, remedaba casi exactamente la luna pintada que había estado contemplando aquella misma tarde en uno de los primeros grabados nigrománticos de Goya. Pan, en forma de macho cabrío, aparece rodeado por un círculo de brujas. A pesar de la sobrecogedora compañía que le circunda, el dios pagano muestra una mirada vacua y una expresión bobalicona que le prestan un aspecto algo inocente. Dos de las hechiceras le ofrecen sendos niños. Uno de ellos es una criatura gris y demacrada; el otro, un pequeñuelo rollizo y rosado. A juzgar por la posición de su pezuña, resulta evidente que Pan prefiere a este último. Mientras cruzaba la calle me acordé de la bruja de Bill y de los comentarios de Violet sobre la maternidad y la hechicería, y me pregunté qué habría querido decir cuando mencionó a Lucille. Pensé también en el silencio de Mark. ¿Qué significado tenía? Me imaginé preguntándoselo personalmente, pero la pregunta «¿Por qué no le has contado nada a tu madre acerca de la habitación de Matthew?» se me antojaba en cierto modo absurda. Al doblar la esquina de Greene Street y enfilar la acera en dirección a mi edificio me di cuenta de que mi humor se

había agriado de repente y de que una creciente sensación de tristeza me acompañaba de regreso a casa.

La vida nocturna de Mark fue intensificándose a lo largo de los meses siguientes. A menudo le oía bajar la escalera a grandes zancadas cuando salía. Las chicas se reían y chillaban, y los chicos gritaban y maldecían con sus graves voces masculinas. La pasión que Mark sentía por Harpo se vio sustituida por una nueva afición a los *disc-jockeys* y al *techno*, y sus pantalones fueron tornándose cada vez más amplios. Sus suaves y juveniles facciones, sin embargo, no perdían su habitual expresión de asombro infantil, y siempre parecía tener tiempo para mí. Mientras hablábamos solía reclinarse contra la pared de la cocina y enredar con la espátula, o bien se colgaba literalmente del dintel de la puerta para columpiar las piernas. Resulta curioso lo poco que conservo del contenido de nuestras charlas. Las conversaciones de Mark eran por lo general aburridas e insustanciales, pero era un orador soberbio, y eso es lo que más recuerdo: el tono serio y algo implorante de su voz, sus accesos de risa y los lánguidos movimientos de su esbelto cuerpo.

Un sábado por la mañana de finales de enero nuestra relación experimentó un pequeño giro del todo imprevisto. Yo estaba sentado en la cocina, leyendo el Times frente a una taza de café, cuando oí un leve silbido procedente de algún lugar del fondo del piso. Me quedé inmóvil, agucé el oído y pude oírlo de nuevo. Guiándome por el sonido, me dirigí a la habitación de Matthew, abrí la puerta y descubrí a Mark dormido en la cama. Al respirar emitía un leve silbido por la nariz. Vestía una camiseta rasgada por la mitad y luego recompuesta con la ayuda de lo que parecían varios centenares de imperdibles. A través de la costura asomaba un retazo de piel desnuda, y los pantalones, desprovistos de cinturón, le habían resbalado hasta los muslos, revelando unos calzoncillos que llevaban el nombre del fabricante impreso en el elástico. De entre sus piernas asomaban algunos rizos de vello púbico. En ese momento, y por primera vez, reconocí a Mark como un hombre —al menos físicamente— y esa certidumbre me conmocionó.

Nunca le había dicho que pudiera quedarse a dormir en la habitación, y el hecho de que se hubiera presentado en mitad de la noche sin pedir permiso me irritó. Su mochila y su abrigo yacían tirados en el suelo junto a una de sus zapatillas, y al volverme hacia el cuadro de Matt observé adheridas al vidrio las fotografías de cinco jovencitas pálidas y delgadas vestidas con falda corta y zapatos de plataforma. Sobre sus cabezas podían leerse las palabras LAS CHICAS DEL CLUB USA. Mi irritación se tornó en ira. Me acerqué a la cama, aferré a Mark por los hombros y comencé a sacudirle. Él emitió un gemido, abrió los ojos y me miró sin dar muestras de reconocerme.

—Márchate —dijo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté.

Él parpadeó.

—Tío Leo —dijo. Sonrió débilmente, se incorporó sobre los codos y miró a su alrededor con la boca abierta de par en par. Su rostro fláccido mostraba una expresión estúpida—. Jo, no pensé que fuera a sentarte tan mal.

—Mark, ésta es mi casa. Aquí tienes un cuarto para trabajar en tus cuadros o para escuchar música, pero tienes que pedirme permiso para quedarte a dormir. Bill y Violet deben de estar histéricos.

Poco a poco, sus ojos parecían ir enfocando los objetos a su alrededor.

—Sí —dijo—, pero no fui capaz de entrar. No sabía qué hacer, así que me vine aquí. No quise despertarte, porque ya era tarde. Además —añadió, ladeando la cabeza hacia un costado—, sé que a veces tienes problemas de insomnio.

—¿Perdiste las llaves? —le pregunté en tono más bajo.

—No sé cómo ocurrió. Debieron de caérseme del llavero de algún modo. Tampoco quería despertar a papá y a Violet, y me quedaba la tuya, así que la utilicé —dijo, abriendo mucho los ojos—. Probablemente me equivoqué.

Suspiró.

—Lo mejor que puedes hacer es subir inmediatamente a tu casa y decir a Bill y a Violet que estás bien.

—Voy ahora mismo —dijo.

Antes de partir, me asió por el brazo y me miró directamente a los ojos.

—Sólo quiero que sepas que eres para mí un auténtico amigo, tío Leo, un auténtico amigo.

Cuando se hubo marchado retorné a mi taza de café, y al cabo de unos minutos me había arrepentido de mi cólera. La falta de Mark había sido el resultado de un error de juicio, y nada más. ¿Acaso le había prohibido alguna vez quedarse a pasar la noche? El problema no era Mark, sino Matthew. La imagen del cuerpo ya maduro de Mark en la cama de mi hijo me había perturbado. ¿Acaso porque aquel hombrecito de un metro ochenta había violado los invisibles pero sacrosantos perfiles del chiquillo de once años al que yo aún imaginaba durmiendo en aquella cama? Quizá, pero no me había sentido verdaderamente enfadado hasta que no vi aquellas fotos adheridas al cuadro. Le había especificado que la acuarela de Matt era el único objeto del dormitorio que no debía verse alterado, y Mark se había mostrado de acuerdo conmigo: «Me parece estupendo. Matt era un gran artista». Lo ha hecho sin pensar, me dije a mí mismo. Podrá ser un inconsciente, pero no tiene malicia. El remordimiento terminó de disipar mi ultrajada sensación de enfado, y decidí subir al piso y disculparme de inmediato.

Me abrió la puerta Violet. Tan sólo llevaba puesta una larga camiseta blanca que probablemente pertenecería a Bill, y pude distinguir la silueta de sus pezones a través del tejido. Tenía las mejillas arreboladas, y sobre su frente colgaban varios mechones sudorosos. Sonrió y pronunció mi nombre. Bill se encontraba a un par de metros detrás de ella. Iba ataviado con un albornoz blanco y llevaba un cigarrillo en la mano. Sin saber adónde mirar, fijé la vista en el suelo y dije:

—La verdad es que he venido a ver a Mark. Hay algo que quería decirle.

Fue Bill quien respondió.

—Lo siento, Leo. Pensaba haber pasado aquí el fin de semana, pero en el último momento decidió quedarse con su madre. Por lo visto Lucille va a llevarles a Oliver y a él a montar a caballo en un picadero que hay cerca de su casa.

Miré a Bill y luego a Violet, que dijo:

—Estamos disfrutando de un fin de semana disoluto.

Dobló la cabeza hacia atrás y se estiró. El borde de la camiseta se elevó unos centímetros, revelando sus muslos. Yo me disculpé. No había subido preparado para enfrentarme a los pechos de Violet bajo aquella camiseta, ni para vislumbrar la sombra imprecisa de su vello púbico bajo la blancura del delicado tejido, ni para contemplar la expresión levemente aturdida y necia de su rostro adormecido por el sexo. Sin detenerme, bajé las escaleras, busqué una cuchilla y rasqué los adhesivos que cubrían el cuadro de Matt.

A la semana siguiente, cuando enfrenté a Mark con su reciente mentira, él pareció sorprendido.

—No mentí, tío Leo. Mamá y yo cambiamos los planes. Luego llamé a papá, pero habían salido los dos. Al final, vine a Nueva York de todos modos porque tenía que ver a unos amigos, y entonces fue cuando me pasó lo de la llave.

—¿Pero por qué no les dijiste a Bill y a Violet que estabas aquí?

—Pensaba hacerlo, pero se me hacía todo demasiado complicado, y recordé que tenía que coger el autobús y volver a casa de mamá, porque le había prometido que me quedaría a cargo de Ollie aquella tarde.

Dos motivos me impulsaron a dar por buena la historia. Por una parte era consciente de que a menudo la verdad se nos presenta embrollada, y que en ocasiones puede parecer una maraña de equívocos y errores que se confabulan para hacerla parecer improbable; pero además, al contemplar a Mark ante mí, la mirada serena de sus grandes ojos azules me convenció por completo de que estaba diciendo la verdad.

—Sé que a veces meto la pata —dijo—, pero es sin querer.

—Todos metemos la pata —dije yo.

La imagen de Violet aquel sábado por la mañana siguió tiñendo mi memoria como una profunda mancha que no pudiera eliminar y, cada vez

que la recordaba, recordaba también a Bill, sosteniendo su cigarrillo entre los dedos a pocos pasos de ella, la mirada fija en mí y su enorme corpachón extenuado por el lastre del placer. Aquella visión de los dos me mantenía despierto por las noches, y permanecía tendido en la cama con los nervios a flor de piel y la sensación de que mi cuerpo levitaba sobre las sábanas más que descansar sobre ellas. A veces me levantaba, me dirigía a mi mesa, abría mi cajón y lo vaciaba lenta y metódicamente de todo su contenido. Palpaba los calcetines de Érica y examinaba el cuadro de Dave y Durango pintado por Matt y el retrato de boda de mis tíos. Una noche conté las rosas que, junto con otras flores, integraban el ramo de la tía Marta. Eran siete. La cifra me hizo recordar el cubo que Bill había fabricado para el siete y la gruesa capa de tierra que cubría el fondo. Si lo sostenías en el aire podías distinguir por debajo la blanca silueta del número, pero no entera sino fragmentada, como un cuerpo en desintegración. Acaricié el trozo de cartón encerado que rescatara aquel día de las cenizas de la azotea y a continuación me quedé contemplando mis propias manos y las azuladas venas que asomaban bajo los huesos de mis nudillos. Lucille las había calificado en cierta ocasión como manos de vidente, y me pregunté qué se sentiría al penetrar en la mente de otros. Demasiado poco sabía, incluso de mí mismo. Seguí examinándolas, consciente de que cuanto más las miraba más ajenas me parecían, como si pertenecieran a otra persona. Me sentía culpable, o a eso atribuí al menos el dolor sordo que notaba bajo las costillas. Me sentía culpable de codicia, de un anhelo voraz que debía combatir todos los días, sin que me quedara del todo claro cuál era su objeto. Violet no era sino uno de los muchos filamentos que componían el grueso nudo de mis deseos. Me volví hacia el retrato de Violet, me aproximé a él y, deteniéndome frente a su imagen, alargué la mano para tocar aquella sombra masculina que Bill había incorporado al lienzo. Era su sombra, pero recordé haber creído reconocerla como la mía el primer día en que la vi.

Érica escribió para decirme que estaba preocupada por Violet. «Le asaltan temores irracionales acerca de Mark. Opino que el hecho de no

haber podido tener hijos está pudiendo finalmente con ella. Detesta tener que compartir a Mark con Lucille. El otro día, al teléfono, no hacía más que decir: "Querría que fuera mío. Tengo miedo". Sin embargo, cuando le pregunté qué era lo que tanto temía me respondió que no lo sabía. Creo que deberías estar un poco pendiente de ella cuando Bill se marche a sus viajes por Japón y Alemania. Ya sabes cuánto la quiero y cuánto le agradezco lo que hizo por nosotros después de la muerte de Matt».

Dos noches después, Bill y Violet me pidieron que subiera a cenar con ellos. Mark estaba en casa de su madre, y los tres nos quedamos levantados hasta tarde. La conversación se inició con la pintura de Goya y fue derivando por el análisis de la cultura popular que Violet tenía a la sazón entre manos y por el nuevo proyecto de Bill —ciento una puertas que se abrirían a otras tantas habitaciones— hasta llegar a Mark. A Mark le habían suspendido en Química. Se había hecho un *piercing* en el labio. Vivía para las raves. Nada de todo aquello resultaba demasiado extraordinario, pero advertí a lo largo de la velada que Violet era incapaz de concluir sus frases cuando se refería a su hijastro. Ante cualquier otro tema mostraba el verbo elegante y fluido de siempre, y remataba sus frases con los correspondientes puntos, pero cuando se trataba de Mark se mostraba vacilante, y sus palabras quedaban descolgadas e inconclusas.

Aquella noche Bill bebió considerablemente. Llegada la medianoche se aproximó al sofá, rodeó a Violet con ambos brazos y le declaró solemnemente que era la mujer más maravillosa y más bella de cuantas habían pisado el planeta. Violet se desasió de su abrazo.

—Se acabó. Cuando empiezas con el tema del amor eterno que siempre sentirás por mí es señal de que has bebido demasiado. Ya está bien por hoy.

—Estoy perfectamente —dijo Bill con voz espesa y malhumorada.

Violet se volvió hacia él.

—Estás perfectamente —dijo, deslizando un dedo por su mal afeitada mejilla—. Nadie está tan bien como tú.

Yo observé el movimiento de su mano mientras le sonreía. Nunca había visto en sus ojos una mirada tan serena y tan límpida.

Bill pareció apaciguarse al contacto de sus dedos.

—Un último brindis —dijo.

Alzamos nuestras copas.

—Por las personas más próximas a mi corazón. Por Violet, mi amada e indómita esposa; por Leo, mi más íntimo y leal amigo; y por Mark, mi hijo, en la confianza de que sepa sobrellevar las penurias de la adolescencia.

Le derrapaba la voz. Violet, al oírle, sonrió.

—Por que siempre sigamos siendo una familia como la que somos hoy —prosiguió—. Por que nunca dejemos de querernos mientras vivamos.

Aquella noche no hubo clase de piano. Al cerrar los ojos, la única persona a la que vi fue Bill.

No volví a Bowery hasta el otoño siguiente. Bill dibujaba y proyectaba, pero no inició la construcción de sus puertas hasta el mes de septiembre. Yo fui una tarde de domingo de finales de octubre. El cielo estaba nublado, y hacía un frío considerable. Tras hacer girar la llave en el cerrojo del portal de acero, penetré en el polvoriento y oscuro vestíbulo y oí el sonido de una puerta que se abría a mi derecha. Sobresaltado al percibir señales de vida en una de aquellas habitaciones abandonadas desde largo tiempo atrás, me volví y a través de varias cadenas pude distinguir dos ojos, un par de cejas completamente blancas y la nariz oscura y atezada de un desconocido.

—¿Quién es? —tronó con una voz tan melodiosa y profunda que casi esperé escuchar su eco a continuación.

—Soy un amigo de Bill Wechsler —dije, y de inmediato me pregunté por qué me había molestado en explicar mi presencia allí a aquel extraño.

Él, en lugar de identificarse, se apresuró a cerrar la puerta, y su desaparición se vio seguida por un sonoro chirrido y dos chasquidos metálicos. Mientras subía las escaleras preguntándome por la identidad de aquel nuevo inquilino vi a Lazlo que salía y reparé en sus pantalones de vinilo de color naranja y en los zapatos negros y puntiagudos que calzaba. Al cruzarnos, me saludó con un arrastrado «Hola, Leo» y me sonrió, poniendo su dentadura al descubierto. Vi que uno de los incisivos

delanteros se superponía ligeramente sobre el contiguo, y aunque se trataba de un rasgo bastante corriente, supe en ese mismo instante que era la primera vez que le veía los dientes. Lazlo se detuvo en el mismo escalón en el que yo me encontraba.

—Leí tu libro sobre las miradas —dijo—. Me lo dejó Bill.

—¿En serio?

—Fantástico, tío.

—Bueno, Lazlo, muchas gracias. Me siento muy halagado.

Inmóvil, fijó la mirada en el escalón.

—Había pensado que me gustaría invitarte a comer por ahí algún día, ¿sabes? —dijo, e hizo una pausa, cabeceando con lentitud y palmeándose suave y rítmicamente el anaranjado muslo como si su discurso se hubiera visto interrumpido de repente por una inaudible melodía de jazz—. Érica y tú me habéis ayudado. —Otros cinco golpes en el muslo—. ¿Sabes?

Aquel «sabes» susurrado parecía querer actuar en sustitución de «¿Qué te parece?», por lo que respondí que me encantaría cenar con él.

—Guapamente —dijo él, y prosiguió su camino escaleras abajo, sin dejar de cabecear y de palmear rítmicamente el pasamanos al compás de aquella música, que debía de resonar en los invisibles recovecos de su mente.

—¿Qué le ha dado a Lazlo? —le pregunté a Bill—. Primero me ha sonreído y luego me ha invitado a cenar.

—Está enamorado —dijo Bill—. Está loca y apasionadamente enamorado de una chica llamada Pinky Navatsky, una bailarina guapísima que trabaja con una compañía llamada Broken. Mucha sacudida, mucha contorsión y de vez en cuando alguna patada cuando menos te lo esperas. Igual has leído algo sobre ellos.

Negué con la cabeza.

—Y su trabajo también ha mejorado. Ha informatizado sus palitos, y ahora se mueven. A mí me parece interesante lo que hace. Va a participar en una muestra colectiva del P. S. 1.[14]

—¿Y la estentórea voz de la planta baja?

—Ése es Mr. Bob.

—Ignoraba que hubieran alquilado esas habitaciones.

—No las han alquilado. Está de okupa. Tampoco lleva mucho tiempo aquí. No me preguntes cómo logró colarse, pero ahí está. Se ha presentado a sí mismo como «Mr. Bob», y hemos acordado que guardaré su presencia en secreto si hablo con el dueño del edificio, aunque lo cierto es que el señor Aiello rara vez viene de Bayonne.

—¿Está loco? —pregunté.

—Probablemente, pero me da igual. Me he pasado la vida rodeado de chiflados, y el hombre necesita un techo. Yo le he regalado algunos utensilios viejos de cocina y Violet le ha dado una manta, algunos platos y un hornillo que conservaba de su antiguo apartamento. Le cae muy bien Violet. La llama «Belleza».

El estudio, atestado de materiales hasta tal punto que parecía menor de lo que en realidad era, se había convertido en una inmensa zona de construcción. Junto a la ventana se apilaban numerosas puertas de distintos tamaños junto con trozos de escayola amontonados, y el suelo aparecía cubierto de serrín y de virutas de madera. Frente a mí se alzaban tres puertas de roble de diferentes tamaños que se abrían a otras tantas estancias de idéntica altura y anchura que, no obstante, parecían ser de profundidad variable.

—Prueba la del centro —dijo Bill—. Tienes que entrar y cerrar la puerta. No eres claustrofóbico, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

La puerta tan sólo medía uno sesenta y cinco de altura, lo que me obligó a agacharme para cruzar el umbral. Tras cerrar la puerta a mis espaldas me encontré acuclillado en una caja uniformemente pintada de blanco que tendría en torno a un metro ochenta de profundidad. El techo era de vidrio para permitir el paso de la luz, y el suelo era un espejo de superficie algo apagada. A mis pies descubrí lo que parecía ser un pequeño montón de trapos. Permanecer de pie resultaba tan incómodo que me arrodillé para examinar los tejidos, pero al tocarlos descubrí que estaban hechos de escayola. Al principio tan sólo pude ver un oscuro reflejo de mi propio rostro, anguloso y grisáceo, pero entonces advertí que había un agujero en la escayola. Apoyé la mejilla en el espejo y miré a través de él. En la parte interior de la estructura de estuco podía verse pintado el rostro

de un niño, dispuesto de modo que se reflejara en el espejo. El niño parecía flotar en el espejo con los brazos y las piernas separados del torso. No era en absoluto una imagen violenta o bélica, sino algo onírico y extrañamente familiar, una visión que no podía contemplar sin ver también mi propio semblante desdibujado. Cerré los ojos. Al abrirlos de nuevo, el espejo había cobrado un aspecto acuoso y uterino en el que el niño parecía hallarse más distante, y comprendí que no quería contemplarlo por más tiempo. Me sentía un poco mareado y empezaba a experimentar ciertas náuseas. Me incorporé con demasiada precipitación y me golpeé la cabeza contra el techo. Aferré el picaporte, pero la puerta estaba atascada. De pronto, sentí que necesitaba salir de allí desesperadamente. Propiné un violento tirón a la puerta, ésta se abrió por fin y me vi súbitamente en brazos de Bill.

—¿Te encuentras bien? —dijo—. Estás sudando.

Tuvo que ayudarme a llegar hasta una silla. Yo, avergonzado, me disculpé tartamudeando mientras aspiraba profundamente sin saber qué me había ocurrido detrás de aquella puerta, y ambos permanecimos en silencio durante al menos un minuto mientras me recuperaba de aquel amago de desvanecimiento. Una vez más, recordé el reflejo que había visto debajo de aquel mazacote de escayola. Tal vez se trataba más bien de un montón de vendas apiladas. El niño, con su cuerpo fragmentado, había parecido flotar en un líquido pesado y oleoso del que nunca podría emerger intacto.

—Matt. Ahogado —dije sin aliento—. No lo he comprendido hasta ahora.

Alcé la mirada hacia Bill y vi que me contemplaba con expresión atónita.

—No tenía la menor intención de…

—Lo sé —le interrumpí—. Sencillamente, es lo que me sugirió al verlo.

Bill me puso las manos en los hombros y los oprimió con fuerza durante un instante. A continuación, se dirigió a uno de los pocos espacios libres que aún quedaban en torno a la ventana y se asomó al exterior. Permaneció unos momentos en silencio y luego habló muy lentamente:

—Sabes cuánto quería a Matthew. El año anterior a su muerte comprendí lo que era y lo que albergaba en su interior.

Desplazó la mano en dirección al cristal, y yo me levanté de mi asiento y me dirigí hacia él.

—Te envidiaba —prosiguió—. Hubiera deseado que… —se interrumpió y respiró con fuerza a través de la nariz—. Aún deseo que Mark se pareciera más a él, y me siento mal por desearlo. Matt estaba abierto a todo. Y no siempre estaba de acuerdo conmigo. —Bill sonrió al recordarlo—. Discutía conmigo. Hubiera querido que Mark…

Yo no dije nada, y él, tras una breve pausa, continuó hablando:

—Qué bien le habría venido a Mark que Matthew siguiera entre nosotros; qué bien nos habría venido a todos, por supuesto, pero Matt sabía muy bien dónde pisaba.

Bill fijó la mirada en el paisaje de Bowery, y en ese momento reparé en las canas que ya salpicaban sus cabellos. Ha empezado a envejecer a marchas forzadas, pensé.

—Matt quería crecer —dijo, y se frotó la cabeza—. Habría llegado a ser un artista. Estoy convencido. Tenía el talento y tenía el apremio. Tenía apego a su trabajo. Mark sigue siendo un bebé. Tiene grandes dones, pero por algún motivo aún no está listo para usarlos. Me preocupa, Leo. Es como una especie de Peter Pan exiliado del País de Nunca Jamás.

Permaneció unos instantes en silencio antes de proseguir:

—Mis propios recuerdos de adolescencia no me sirven de nada. A mí nunca me gustaron las aglomeraciones. Las modas no me interesaban. Bastaba con que a todo el mundo le encantara algo para que yo no quisiera saber nada al respecto. Las drogas, el flower-power de los *hippies*, el rock'n'roll… nada de eso era para mí. Yo me entretenía estudiando los iconos, copiando pinturas de Caravaggio y dibujos del siglo XVII. Ni siquiera era un buen contestatario. Estaba en contra de la guerra. Participaba en manifestaciones de protesta, pero lo cierto es que toda esa retórica me impacientaba. Lo único que de verdad quería hacer era pintar.

Se volvió hacia mí y encendió un cigarrillo, ahuecando las manos para proteger la llama de la cerilla como si estuviera en mitad de un vendaval. A continuación me miró con los labios apretados y dijo:

—Miente, Leo. Mark miente.

Yo contemplé su rostro dolido.

—Sí —dije—. Eso es algo que a mí también me ha extrañado.

—Le sorprendo en mentirijillas sin importancia; en embustes del todo absurdos. A veces pienso que, sencillamente, le gusta mentir.

—Tal vez se trate de una fase transitoria —dije yo.

Él desvió la mirada.

—Lleva mucho tiempo mintiendo. Desde que era un chiquillo.

La franqueza de aquella afirmación me sorprendió. No era consciente de que Mark tuviera ya un historial de mentiras a las espaldas. Había mentido acerca de los Donuts y probablemente lo había hecho también el día en que amaneció en el cuarto de Matt, pero eran las dos únicas ocasiones que recordaba.

—Eso no quita que tenga buen corazón —dijo Bill—. Es un gran tipo, mi hijo. —Me miró y agitó el cigarrillo en el aire—. Y tú le gustas, Leo. Me ha contado que se siente libre en tu compañía, que puede hablar contigo.

Me aproximé a la ventana para estar más cerca de él.

—Me gusta verle —dije, volviéndome para mirar a la calle—. Durante estos últimos meses hemos charlado bastante. Él ha escuchado mis historias y yo he escuchado las suyas. ¿Sabes? Me dijo que cuando estaba en Texas solía fingir que Matt se encontraba allí con él. Se refería a él como el «Matt imaginario», y según él tenía conversaciones con el «Matt imaginario» en el baño antes de marcharse al colegio.

Yo paseé la mirada por los tejados de Bowery y me fijé en un hombre tendido en la acera con los pies metidos en sendas bolsas de papel de estraza.

—No sabía nada de eso —dijo él.

Permanecí a su lado hasta que acabó su cigarrillo. Su mirada había adoptado una expresión distante. «El “Matt imaginario”», dijo en cierto momento, pero volvió a enmudecer durante un buen rato. Apagó el cigarrillo contra la suela del zapato y se volvió hacia la ventana.

—Pero claro —dijo—, mi padre pensaba de mí que estaba loco, que nunca llegaría a ganarme la vida.

Me marché al poco rato. Al llegar al pie de las escaleras abrí la puerta de la calle y volví a oír a Mr. Bob, esta vez a mis espaldas. El hermoso y sonoro timbre de su voz de bajo despertó en mí el deseo de escucharle, y me detuve en el umbral.

—Que Dios te ilumine. Que Dios ilumine tu cabeza y tus hombros y tus brazos y tus piernas y todo tu cuerpo con su bondad radiante. Que en su misericordia y su benevolencia te acoja y te proteja de los malvados usos de Satanás. Que Dios te acompañe, hijo mío.

No me volví a mirarle, pero me cupo la certeza de que Mr. Bob me había otorgado su bendición a través de una minúscula rendija de la puerta. Al salir hube de guiñar los ojos ante el resplandor del sol que se esforzaba por atravesar las nubes, y en el momento de doblar la esquina de Canal Street comprendí que aquella peculiar bendición había prestado alas a mis pies.

El mes de enero siguiente Mark me presentó a Teenie Gold. Teenie debía de medir poco más de un metro cincuenta y estaba gravemente desnutrida. Su piel blanquecina mostraba un tono grisáceo debajo de los ojos y en torno a los labios, sus cabellos plateados aparecían adornados por un mechón azul y lucía un anillo de oro en la nariz. Vestía una camiseta de rosados ositos de peluche que bien podría haber pertenecido en otro tiempo a una niña de dos años. Cuando alargué la mano hacia ella la aceptó con ademán sorprendido, como un forastero que ejecutara un complicado ritual de saludo en alguna isla remota. Tan pronto como recuperó la lánguida mano que me había ofrecido fijó la mirada en el suelo, y yo aproveché que Mark salía corriendo a buscar algo que había olvidado en el cuarto de Matt para formularle algunas preguntas de cortesía a las que ella respondió con frases breves y azoradas sin alzar los ojos ni una sola vez. Estudiaba en el colegio Nightingale, vivía en Park Avenue y quería ser diseñadora de modas.

—Tengo que decirle a Teenie que te enseñe algunos de sus dibujos —dijo Mark al volver—. Tiene un talento increíble. Y oye, no te lo creerás, pero hoy es su cumpleaños.

—Feliz cumpleaños, Teenie —dije yo.

Ella escrutó el suelo y enrojeció. Su cabeza osciló levemente hacia delante y hacia atrás, pero no obtuve respuesta.

—Por cierto —dijo Mark—, ahora que me acuerdo: ¿cuándo es tu cumpleaños, tío Leo?

—El diecinueve de febrero —dije yo.

Mark asintió.

—Eres de mil novecientos treinta, ¿verdad?

—Verdad —dije yo, levemente desconcertado, pero ambos salieron por la puerta sin darme tiempo a decir nada.

Teenie Gold me produjo una impresión extraña, melancólica e inquietante, similar a la que antaño experimentara en Londres después de contemplar cientos de muñecas expuestas en el museo infantil de Bethnal Green. En parte niña, en parte payasa, en parte mujer con el corazón destrozado, Teenie mostraba un aspecto herido, como si llevara todas sus neurosis reflejadas en el cuerpo. Aunque Mark había comenzado a cobrar un aspecto algo absurdo con su uniforme de adolescente —los pantalones holgados, el diminuto remache dorado que relucía bajo su labio inferior, las zapatillas de plataforma que había empezado a usar y que le elevaban a una desproporcionada estatura de casi dos metros—, tanto su porte como su actitud abierta y amistosa contrastaban radicalmente con la mirada huidiza y el cuerpo tenso y esquelético de Teenie.

En sí misma, la ropa carece de importancia, pero observé que los nuevos amigos de Mark cultivaban una estética macilenta y depauperada que me recordaba el modo en que los románticos habían glorificado en su día la tuberculosis. Mark y sus amigos tenían una idea preconcebida de sí mismos, y en ella la enfermedad —una enfermedad que no me era posible identificar— desempeñaba un papel propio. Sus rostros macilentos, cuerpos agujereados, cabellos de diversos colores y zapatos de plataforma parecían completamente inofensivos. Al fin y al cabo, modas aún más extrañas habían surgido y desaparecido en el pasado. Recordé las historias de aquellos jóvenes que, vestidos de amarillo, saltaban por la ventana después de leer Werther. Qué frenesí suicida. Goethe llegó a detestar su novela, pero en su día el libro arrasó entre las filas de los más jóvenes y vulnerables. Teenie inspiraba esas mismas nociones estilizadas de la

muerte no sólo porque su aspecto era aún más enfermizo que el del resto de los amigos de Mark, sino porque, como yo mismo ya había empezado a comprender, habitaba un círculo en el que la decadencia se consideraba atractiva.

Aquella primavera apenas vi a Bill y a Violet. Aún subía de vez en cuando al piso de arriba para cenar con ellos, y Bill me telefoneaba con cierta regularidad, pero llevaban una vida que los mantenía alejados de mí. En el mes de marzo pasaron una semana en París con motivo de una exposición de las piezas numéricas, y de allí se trasladaron a Barcelona, donde Bill pronunció una conferencia ante los alumnos de una escuela de arte. Incluso cuando estaban en casa, salían a menudo por las noches para asistir a cenas e inauguraciones. Bill contrató a otros dos ayudantes, un carpintero llamado Damion Dapino que le ayudaba a construir sus puertas y no paraba de silbar, y una joven llamada Mercy Banks que se encargaba de responder a sus cartas. Constantemente tenía que rechazar invitaciones procedentes de todos los rincones del país para enseñar, debatir, conferenciar o formar parte de jurados, y necesitaba a una Mercy que se encargara de redactar sus «no, gracias».

Una tarde en que me entretenía en hojear un ejemplar de la revista New York mientras hacía cola en Grand Union, descubrí de repente una pequeña fotografía de Bill y Violet sorprendidos en una inauguración. Bill rodeaba a su esposa con el brazo y tenía el rostro vuelto hacia ella mientras Violet sonreía a la cámara. La fotografía daba testimonio de la nueva categoría de Bill, convertido en una celebridad deslumbrante incluso en su ciudad natal, siempre tan crítica con él. Ya había transcurrido algún tiempo desde que comenzara ese deslizamiento hacia la tercera persona que había convertido su nombre en una mercancía vendible. Compré la revista y, ya de regreso a casa, recorté la fotografía y la guardé en mi cajón. Quería conservarla allí, porque lo reducido de sus dimensiones evocaba las proporciones resultantes de la separación: dos figuras situadas a una gran distancia de mí. Hasta entonces, nunca había incorporado al cajón nada que me sirviera para recordar a Violet y a Bill, y

entonces comprendí por qué: era un lugar destinado a albergar lo que añoraba.

A pesar de su componente morboso, no puede decirse que utilizara mi cajón para recrearme en la amargura o la autocompasión. Había comenzado a contemplarlo como una anatomía fantasmagórica en la que cada elemento articulaba una pieza de otro cuerpo mayor aún no completado. Cada objeto era un hueso que implicaba ausencia, y yo me complacía en disponer los diferentes fragmentos según principios distintos. El tiempo proporcionaba una perfecta lógica, pero incluso eso era modificable, dependiendo de la interpretación que diera a cada artículo. ¿Eran los calcetines de Érica el símbolo de su partida a California o representaban en realidad un recuerdo del día en que Matt murió y nuestro matrimonio comenzó a desintegrarse? Pasé días pensando en posibles cronologías, pero luego las abandoné en favor de sistemas asociativos más íntimos en los que jugaba con todas las conexiones posibles. A lo mejor un día colocaba el pintalabios de Érica junto a la tarjeta de béisbol de Matt y al día siguiente lo cambiaba de lugar para aproximarlo al trozo de cartón procedente de la caja de Donuts. El vínculo que unía a estos dos objetos era encantadoramente disparatado, pero tan pronto como lo reconocí me pareció evidente. La barra de carmín invocaba los rojos labios de Érica, y la caja de Donuts hacía lo propio con las hambrientas fauces de Mark. La conexión era oral. Durante una temporada mantuve la fotografía de mis primas gemelas, Anna y Ruth, asociada al retrato de boda de sus padres, pero luego la trasladé a otro lugar en el que reposaba flanqueada a uno y otro lado por el programa de mano de Matt y la fotografía de Bill y Violet, respectivamente. Sus significados dependían del emplazamiento que tuviera, dentro de lo que yo denominaba una sintaxis móvil. Era un juego que sólo practicaba por las noches, antes de irme a la cama. Al cabo de un par de horas, el intenso esfuerzo mental que exigía el desplazamiento de los distintos elementos entre una posición y otra terminaba por agotarme, al punto de que mi cajón demostró ser un sedante de lo más eficaz.

El primer viernes de mayo desperté de un profundo sueño alertado por los ruidos procedentes del rellano de la escalera de mi apartamento. Encendí la luz y vi que el reloj señalaba las cuatro y cuarto. Me levanté de la cama y me dirigí al salón, y a medida que me acercaba a la puerta oí una carcajada procedente del descansillo y, a continuación, el sonido inequívoco de una llave que giraba en mi cerradura.

—¿Quién es? —dije en voz alta.

Alguien chilló. Abrí la puerta y vi a Mark que retrocedía con precipitación del umbral. Salí a la escalera. La bombilla del rellano debía de estar fundida, porque estaba oscuro, y la única luz reinante era la que llegaba del piso superior. Observé que Mark tenía dos acompañantes.

—¿Qué ocurre, Mark? —pregunté, aguzando la mirada.

Se había arrimado a la pared y no me era posible distinguir su rostro con claridad.

—Hola —dijo.

—Son las cuatro de la madrugada —dije yo—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Uno de los otros, una figura fantasmal de edad incierta, avanzó un paso en dirección a mí. Bajo aquella luz mortecina mostraba una complexión sumamente pálida, pero no habría sabido decir si ello obedecía a un problema de salud o a la aplicación de maquillaje teatral. Sus movimientos eran trémulos, y al observar sus pies reparé en que calzaba unos zapatos de plataforma considerablemente elevados.

—El tío Leo, supongo —gañó en falsete mientras agitaba a modo de saludo una mano de proporciones reducidas, y a continuación dejó escapar una risita.

Sus labios mostraban un tono azulado, y advertí que le temblaban las manos al hablar. Sus ojos, sin embargo, eran acerados e incluso vigilantes, y en ningún momento se apartaban de los míos. Me forcé a devolverle la mirada hasta que, al cabo de unos segundos, desvió la suya y pude volverme hacia el tercero de los presentes, que había tomado asiento en los escalones. Por su aspecto, se trataba de un muchacho extremadamente

joven, y de no haber estado acompañado por los otros dos le habría atribuido una edad no superior a los once o doce años. De constitución delicada y femenina, poseía unas largas pestañas y unos labios menudos y rosados, y mantenía fuertemente aferrado un bolso de color verde que sostenía en el regazo. El broche estaba abierto, y pude distinguir en su interior un revoltijo de cubos diminutos de diversos colores: rojo, blanco, amarillo y azul. El muchacho se dedicaba a pasear bloques de construcción de un lado a otro. Bostezó sonoramente.

—Pobrecito, estás agotado —dijo una voz femenina procedente de lo alto, y al alzar la vista pude ver a Teenie Gold asomada al rellano superior.

Comenzó a descender las escaleras poco a poco y con paso incierto, haciendo estremecer las alas de pluma de avestruz que llevaba puestas. Cual si de un funámbulo se tratara, avanzaba con sus huesudos bracitos extendidos a ambos lados, aparentemente ajena a la barandilla que discurría a pocos centímetros de su mano y contemplándonos con la barbilla apoyada sobre el pecho.

—¿Necesitas ayuda, Teenie? —pregunté, y avancé un paso en dirección a ella.

El tipo del semblante pálido retrocedió con ademán nervioso, y vi que se hurgaba en el bolsillo del pantalón en busca de algo. Me volví de nuevo hacia Mark, que me miraba con los ojos muy abiertos.

—No pasa nada, Leo —dijo—. Lamento que te hayamos despertado.

Su voz me pareció distinta, no sé si porque sonaba más grave o porque había variado su inflexión.

—Creo que deberíamos hablar, Mark.

—No puedo. Tenemos que irnos. Nos íbamos ya —dijo, separándose de la pared, y una fracción de segundo antes de que se diera la vuelta alcancé a vislumbrar algo que llevaba escrito en la camiseta: ROHYP… Emprendió el descenso, y tanto el sujeto de tez pálida como el niño le siguieron perezosamente. Teenie seguía bajando las escaleras en dirección a mí. Yo cerré la puerta, eché la llave y enganché la cadena, una precaución que rara vez me molestaba en tomar. Y entonces hice algo que nunca había hecho anteriormente. Apagué la luz y arrastré los pies por el suelo para imitar los pasos de alguien que regresa a la cama. Ignoraba

hasta qué punto iba a dar resultado la añagaza, pero al aplicar la oreja a la superficie de la puerta pude oír al hombre pálido que decía en voz alta: «Nada de K esta noche, ¿eh, M&M?».

Por supuesto, capté la ironía. Me había convertido en un espía, y había escuchado a través de una puerta para descubrir que estaba fisgando una conversación en un lenguaje que no entendía. El nombre de M&M, sin embargo, me estremeció. Sabía perfectamente bien que podía ser el apodo de alguno de ellos, tomado de la golosina del mismo nombre, pero las dos figuras infantiles que Bill incluyera en El viaje de O también eran M, y la posible referencia a ellas me desazonaba. Oí entonces, procedente del rellano, un estrépito seguido de un quejido, y de inmediato abrí la puerta y salí a comprobar qué había ocurrido.

Teenie yacía tendida en el suelo en el rellano inferior. Bajé los escalones y la ayudé a incorporarse, pero mientras la acompañaba escaleras abajo no me miró ni una sola vez.

Ponerse aquellos zapatos ridículos parecía constituir uno de los imperativos de la adolescencia. Teenie, que parecía completamente borracha, llevaba unos Mary Jane de cuero negro dotados de unos tacones absurdamente elevados, un calzado que de por sí habría constituido un desafío aun de haberse hallado perfectamente sobria. El hecho de que la mantuviera sujeta por el brazo no impedía que sus caderas oscilaran de un lado para otro, y tan pronto como llegamos al pie de las escaleras le abrí la puerta de la calle. No tenía llave del portal, y además llevaba puesto el pijama, lo que me impedía ir más allá, pero me asomé en dirección a Grand Street y pude ver a Mark y a sus dos acompañantes detenidos al final de la manzana.

—¿Vas a poder tú sola, Teenie? —le pregunté, volviendo la mirada hacia ella.

Ella asintió sin perder de vista el pavimento.

—No tienes por qué irte con ellos —dije de repente—. Puedes entrar de nuevo conmigo y llamaremos a un taxi.

Ella, sin alzar la vista, negó con cabeza y emprendió el camino hacia donde se encontraban los otros. Yo permanecí en el umbral, observando cómo avanzaba en zigzag hacia sus tres amigos, ladeándose

alternativamente hacia uno y otro costado, como una pequeña criatura alada de tobillos endebles que nunca llegaría a remontar el vuelo.

A la mañana siguiente llamé a Bill. Dudé antes de hacerlo, pero el incidente me había dejado preocupado. Para ser un chaval de dieciséis años, Mark parecía disfrutar de una libertad sin límites, y empecé a pensar que Bill y Violet eran demasiado permisivos. Resultó, sin embargo, que Bill ni siquiera sabía que Mark estuviera en la ciudad; antes bien, pensaba que había de llegar en tren poco después de la hora de comer, procedente de casa de su madre. Lucille, por su parte, creía que estaba pasando la noche con uno de sus compañeros de Princeton. Aquella tarde, cuando por fin se presentó, Bill me llamó para que subiera.

Mark permaneció con la mirada fija en sus rodillas mientras Bill y Violet le interrogaban acerca de sus mentiras. Declaró que todo se había debido a un «malentendido». No había mentido. Pensaba haber ido a casa de Jake, pero Jake había decidido finalmente ir a visitar a un amigo que vivía en Nueva York y él le había acompañado. ¿Dónde había estado Jake la noche anterior, pues?, quiso saber Bill. Leo no le había visto en el rellano. Mark dijo que Jake se había marchado con otras personas. Bill le dijo que las mentiras socavan la confianza entre las personas y que haría bien en parar. Mark negó vehementemente haber mentido, y entonces Violet sacó a relucir el tema de las drogas.

—No soy ningún imbécil —dijo Mark—. Sé que las drogas acaban con uno. Una vez vi un documental sobre la heroína y me asustó de verdad. Sencillamente, no tengo nada que ver con eso.

—Teenie, anoche, iba más que colocada —dije yo—, y ese tipo paliducho que os acompañaba temblaba como una hoja.

—Qué Teenie estuviera fastidiada no significa que lo esté yo —dijo Mark, sosteniendo mi mirada—. Y Teddy tiembla porque forma parte de su papel. Es un artista.

—¿Teddy qué? —inquirió Bill.

—Teddy Giles, papá. Tenéis que haber oído hablar de él. Monta performances y vende unas esculturas realmente guapas. Han escrito

artículos acerca de él en montones de revistas y todo.

Al volver la mirada hacia Bill creí sorprender un destello de reconocimiento en su mirada, pero no hizo ningún comentario.

—¿Cuántos años tiene Giles? —pregunté.

—Veintiuno —dijo Mark.

—¿Y qué hacíais intentando entrar en casa de Leo?

—¡Eso no es verdad! —exclamó Mark con tono desesperado.

—Oí cómo giraba la llave en la cerradura, Mark —dije yo.

—¡No! Ése era Teddy. No tenía llave. Hizo girar el picaporte porque pensaba que ya estábamos arriba y que era nuestro piso.

Le miré directamente a los ojos, y él sostuvo mi mirada.

—¿No utilizaste anoche la llave de mi casa?

—No —dijo, con absoluta convicción.

—¿Qué querías de nuestra casa, entonces? —le preguntó Violet—. No has aparecido hasta hace una hora.

—Quería mi cámara para sacarles unas fotos.

Bill se frotó la cara.

—De aquí a fin de mes, y siempre que estés en la ciudad, te quedarás en casa sin salir.

Mark le contempló boquiabierto, como si no diera crédito a lo que acababa de oír.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho?

Bill le respondió con tono fatigado.

—Escucha, aun en el caso de que no nos hayas mentido ni a mí ni a tu madre, tienes que estudiar. Nunca conseguirás graduarte si no lo haces. Y además —añadió—, quiero que le devuelvas a Leo su llave.

Mark frunció el gesto en un mohín de disgusto. La expresión de su suave rostro infantil me recordó a la que habría adoptado un niño de dos años enrabietado porque le negaran un segundo cuenco de helado. En aquel momento, su cabeza de rasgos inmaduros parecía contrastar con su cuerpo espigado y crecido, como si la parte superior de su organismo se hubiera quedado retrasada con respecto al resto.

El sábado siguiente, cuando Mark vino a verme, le pregunté por Teddy Giles. Aunque le habían prohibido salir no advertí ningún cambio en su humor. Sí reparé en que se había teñido el pelo de verde, pero decidí no hacer ningún comentario al respecto.

—¿Qué tal tu amigo Giles? —pregunté.

—Está bien.

—¿Dijiste que era un artista?

—Sí. Y además, famoso.

—¿De veras?

—Al menos entre la gente joven. Pero ahora cuenta con una galería y todo.

—¿Cómo son sus obras?

Mark se reclinó contra el muro del pasillo y bostezó.

—Molan. Corta cosas.

—¿Qué cosas?

—No es fácil de explicar —dijo él, sonriendo para sí.

—La semana pasada nos contaste que aquellos temblores formaban parte de su papel, pero no comprendí qué querías decir con eso.

—Le va lo de ir con pinta de débil.

—¿Y el otro chiquillo, quién era?

—¿Te refieres a Migo?

—No sé si es tu amigo. Parece un poco joven para ser amigo tuyo.

Mark se echó a reír.

—No: se llama así. Migo.

—¿Qué es eso, un nombre asiático o hindú? —pregunté.

—No, sencillamente es M-I-G-O, como en «conmigo»: me llamo «Migo».

—¿Sus padres le bautizaron con un pronombre en primera persona?

—Qué va —dijo Mark—. Se lo cambió. Ahora todos le llaman Migo.

—Aparenta doce años —dije.

—Tiene diecinueve.

—¿Diecinueve? ¿Y es amante de Giles? —pregunté con intención.

—Vaya —dijo Mark—. No esperaba que me preguntaras algo así, pero no, son simplemente amigos. Si realmente te interesa, Teddy es bi, no gay.

Mark me observó en silencio unos instantes antes de proseguir:

—Teddy es un fenómeno. Todo el mundo le admira. Se crió en Virginia, en una familia realmente pobre. Su madre era una prostituta, y nadie sabe quién fue su padre. Cuando cumplió los catorce se marchó de casa y se puso a trabajar como ayudante de camarero en el Odeon. Después de eso, se metió en cosas de arte… en performances. Para un tío que sólo tiene veinticuatro años ha hecho montones de cosas, ¿sabes?

Recordé que nos había dicho que Giles tenía veintiún años, pero lo dejé correr. Él hizo una breve pausa y a continuación me miró a los ojos.

—Nunca he conocido a nadie tan parecido a mí —dijo—. Lo comentamos constantemente, lo iguales que somos.

Dos semanas después, en una de las cenas de inauguración de Bernie, Teddy Giles salió una vez más a relucir. Hacía mucho tiempo que me reunía con Bill y Violet, y esperaba aquella cena con expectación, pero me sentaron entre la acompañante de turno de Bernie —una joven actriz llamada Lola Martini— y Jillian Downs, la artista cuya exposición se inauguraba, por lo que no tuve mucha ocasión de hablar con ninguno de mis dos amigos. Bill estaba sentado al otro lado de Jillian, y ambos conversaban animadamente. El marido de Jillian, Fred Downs, charlaba con Bernie. Antes de que surgiera el tema de Giles, Lola había estado hablándome de su carrera como presentadora de concursos para la televisión italiana. Al parecer, su vestuario laboral consistía en bikinis relacionados de algún modo con el motivo frutal del día.

—Amarillo limón —decía—, rojo fresa, verde lima… en fin, ya te haces una idea. Y tenía que llevar unos sombreros especiales de frutas —añadió, señalándose la cabeza.

—Estilo Carmen Miranda —dije yo.

Ella me miró con rostro inexpresivo.

—El programa era bastante bobo, pero gracias a él aprendí italiano y conseguí un par de papeles en el cine.

—¿Sin frutas?

Ella se echó a reír y se ajustó el top, que llevaba media hora desplomándosele lentamente.

—Sin frutas.

Cuando le pregunté de qué conocía a Bernie, dijo:

—Le conocí la semana pasada en una galería llamada El Show de Teddy Giles. Dios mío, qué cosa tan asquerosa.

Lola hizo una mueca para demostrar su repugnancia y elevó sus hombros desnudos. Era muy joven y muy guapa, y cuando hablaba sus pendientes rebotaban suavemente sobre su largo cuello. Señaló a Bernie con el tenedor y dijo en voz alta:

—Estábamos hablando de esa exposición en la que nos conocimos. ¿A que era asquerosa?

Bernie se volvió hacia Lola.

—Bueno —dijo—, no diré que no estoy de acuerdo contigo, pero la verdad es que ha causado sensación. Comenzó actuando en clubes, pero fue Larry Finder quien le descubrió y llevó su obra a la galería.

—¿Pero cómo es su obra? —pregunté yo.

—Se compone de cuerpos rajados de hombres y mujeres… de niños, incluso —dijo Lola frunciendo el entrecejo y distendiendo los labios para expresar su rechazo—. Hay sangre y vísceras por todas partes, y luego estaban las fotografías de un show que montó en no sé qué club, en las que se ve cómo expulsa un enema. Supongo que todo estaría hecho con agua enrojecida, pero parecía sangre. Dios mío, tuve que taparme los ojos de puro cochino que era todo…

Jillian miró a Bill y enarcó las cejas.

—¿Sabéis quién ha acogido a Giles bajo la crítica protección de sus alas?

Bill negó con la cabeza.

—Hasseborg. Ha escrito un artículo larguísimo sobre él en Blast.

El rostro de Bill dibujó un fugaz rictus de dolor.

—¿Qué decía? —pregunté yo.

—Que Giles expone la glorificación de la violencia dentro de la cultura norteamericana —dijo Jillian—. Que efectúa una deconstrucción

del horror de Hollywood, o algo así.

—Jillian y yo fuimos a ver la exposición —dijo Fred—. A mí me pareció bastante falsa y vacía de contenido. Pretende escandalizar, pero en realidad no lo consigue. Resulta pueril cuando uno piensa en los artistas que verdaderamente transgredían los límites. Esa mujer que se sometió a cirugía plástica para modificar su rostro y parecerse a un Picasso o un Manet o un Modigliani. Siempre me olvido de su nombre. ¿Y recordáis cuando Tom Otterness le pegó un tiro a aquel perro?

—A aquel cachorro —dijo Violet.

A Lola se le demudó el semblante.

—¿Le pegó un tiro a un cachorrito?

—Está todo filmado —explicó Fred—. Se ve al animalito brincando de un lado a otro y, de repente, bang. —Hizo una pausa—. Aunque parece ser que tenía cáncer.

—¿Quieres decir que estaba enfermo y se iba a morir?

Nadie respondió a la pregunta de Lola.

—Chris Burden hizo que le dispararan en el brazo —apuntó Jillian.

—En el hombro —corrigió Bernie—. Fue en el hombro.

—En el brazo, en el hombro… —sonrió Jillian—. Es la misma zona. Pero si quieres arte radical, ahí tienes a Schwarzkogler.

—¿Qué hizo? —preguntó Lola.

—Bueno —intervine yo—, pues para empezar se cortó el pene en sentido longitudinal e hizo fotografiar la escena. Todo bastante sangriento y espeluznante.

—¿No hubo otro tipo que también hizo lo mismo? —preguntó Violet.

—Bob Flanagan —dijo Bernie—. Pero fue con clavos. Se clavó unos cuantos clavos en él.

Lola nos contemplaba, boquiabierta.

—Eso es enfermizo —dijo—. Eso es estar mentalmente enfermo. A mí no me parece que eso sea arte; eso no es más que locura.

Me volví para examinar sus facciones, con sus cejas perfectamente depiladas, su naricilla menuda y sus labios relucientes.

—Si yo te cogiera y te expusiera en una galería, tú misma serías arte —le dije—. Y mejor que muchas otras cosas que he visto. Las definiciones

establecidas ya han perdido su vigencia.

Lola sacudió los hombros.

—¿Quieres decir que cualquier cosa puede ser arte si la gente así lo dice? ¿Incluso yo?

—Exacto. Se trata de una cuestión de perspectiva, no de contenido.

Violet se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre la mesa.

—Yo también he visitado la exposición —dijo—, y Lola tiene razón. Si te lo tomas mínimamente en serio resulta horrible. Pero al mismo tiempo es como si fuera un chiste, un chascarrillo. —Hizo una pausa—. Resulta difícil determinar si es un simple ejercicio de cinismo o si en todo ello subyace algo más: algún tipo de placer sádico en el descuartizamiento de esos cuerpos falsos…

La conversación volvió a apartarse de Giles para derivar hacia otros artistas, y Bill continuó charlando con Jillian. No participó en la animada discusión que siguió en torno a cuál era el mejor pan de Nueva York, ni tampoco en las disertaciones sobre zapatos y zapaterías que, de algún modo, sucedieron a lo anterior y propiciaron que Lola alzara una de sus largas piernas para exhibir su calzado de finos tacones, firmado por un diseñador de nombre peculiar que olvidé al momento. Bill guardó silencio durante todo el trayecto de regreso a casa. Violet nos tenía cogidos a ambos por el brazo.

—Ojalá Érica estuviera aquí —dijo.

Aguardé un instante antes de responder.

—Érica no quiere estar aquí, Violet. No sabría decirte la cantidad de visitas que hemos proyectado ya. Cada seis meses escribe para decir que viene a Nueva York y luego se echa atrás. Tres veces me he sacado el billete para California y otras tantas me ha escrito para decirme que no podía verme. Que no se sentía lo bastante fuerte. Me contó que estaba viviendo una existencia póstuma en California y que eso es lo que quiere.

—Pues para tratarse de alguien que ya no está en este mundo ha escrito un montón de artículos —dijo Violet.

—Le gusta el papel —dije yo.

—Aún sigue enamorada de ti —dijo Violet—. Lo sé.

—A lo mejor de lo que está enamorada es de la idea de tenerme al otro lado del país.

En aquel momento Bill se detuvo. Se desasió de Violet, alzó la mirada hacia el firmamento nocturno, extendió los brazos y dijo en voz alta:

—No sabemos nada. No sabemos absolutamente nada de nada —su voz resonaba en todo el ámbito de la calle—. ¡Nada! —tronó, con evidente satisfacción.

Violet le cogió de la mano y tiró de él.

—Bueno, pues ahora que ya tenemos eso claro, vámonos a casa —dijo.

Él no se resistió, y Violet le mantuvo aferrado de la mano mientras Bill, la cabeza gacha y los hombros encogidos, terminaba de recorrer la manzana con paso perezoso. Pensé que parecía una madre conduciendo a casa a su hijo, y más tarde me pregunté qué sería lo que había provocado en él aquella reacción. Tal vez había sido la conversación acerca de Érica, pero también podía hallarse enraizada en el dato que acababa de revelarse poco antes: Mark había escogido a un amigo cuyo más ferviente defensor no era otro que el autor de la crítica más cruel jamás escrita sobre su padre.

Bill le consiguió a Mark un empleo veraniego a través de un conocido suyo, otro artista llamado Harry Freund. Freund necesitaba un equipo de gente para construir en Tribeca un ambicioso proyecto artístico sobre los niños de Nueva York, financiado con fondos tanto privados como públicos. La obra, colosal pero también transitoria, había de formar parte de la celebración en septiembre del «Mes de la Infancia». El diseño incluía enormes banderas, algunas farolas envueltas al estilo de Christo y ampliaciones de dibujos infantiles procedentes de todos los barrios.

—Se trata de trabajo físico: cinco días a la semana, de nueve a cinco —me dijo Bill—. Le sentará bien.

Comenzó a trabajar a mediados de junio. Yo, sentado ante mi taza de café por las mañanas y ocupado en iniciar el trabajo del día con la tarea de desentrañar otros dos párrafos acerca de Goya, le oía bajar corriendo las escaleras, camino del trabajo, tras lo cual me dirigía a mi mesa y me ponía a escribir. Durante un par de semanas, no obstante, me vi distraído por diversas reflexiones en torno a Teddy Giles y su obra.

Había ido a visitar su exposición de la galería Finder antes de que la clausuraran, a finales de mayo. La descripción de Lola no andaba demasiado desencaminada. En conjunto parecía el resultado de una masacre. Nueve cuerpos de resina de poliéster y fibra de vidrio yacían en el suelo de la galería descuartizados, decapitados, abiertos en canal y circundados por lo que parecían manchas de sangre. Los instrumentos de aquella tortura simulada —una sierra mecánica, varios cuchillos y una escopeta— aparecían expuestos en otros tantos pedestales. De las paredes pendían cuatro enormes fotografías de Giles, y en tres de ellas se le veía en plena actuación. En la primera portaba una máscara de hockey y blandía un machete; en la segunda figuraba travestido, con un camisón y una peluca rubia al estilo Marilyn; en la tercera, aparecía en compañía de su enema. La cuarta fotografía era, supuestamente, del Giles «auténtico», sentado en un sofá azul, vestido con atuendo ordinario y con el control remoto de un televisor en la mano izquierda. Con la mano derecha parecía estar acariciándose la entrepierna, y su semblante, pálido y sereno, no parecía tan joven como lo describiera Mark: a mi juicio aparentaba, cuando menos, treinta años.

La exposición no sólo me pareció repulsiva, sino también mala, aunque en justicia no pude por menos de preguntarme por qué. La representación goyesca de Saturno devorando a sus hijos, por ejemplo, era igual de violenta. Giles se servía presumiblemente de imágenes clásicas del horror para analizar su papel en la cultura. El mando a distancia aludía, obviamente, a la televisión y al vídeo, pero también Goya había recurrido a imágenes sobrenaturales extraídas del acervo popular que resultaban inmediatamente identificables para cualquiera que viera su obra y que también funcionaban a modo de comentario social. ¿Qué hacía, pues, que la obra de Goya pareciera viva y la de Giles muerta? El medio era distinto. En Goya me parecía percibir la presencia física de la mano del pintor, mientras que Giles contrataba artesanos para que le esculpieran y fabricaran sus cuerpos a partir de modelos vivos, y sin embargo mi admiración también se extendía a otros artistas que habían encargado la realización de sus trabajos. Goya era profundo y Giles insustancial, aunque claro está que a veces lo que el artista persigue es precisamente la

insustancialidad. Warhol se había concentrado en las superficies, en los vacuos barnices de la cultura, y aunque su obra no me entusiasmaba, sí podía comprender el interés que otros encontraban en ella.

El verano anterior a la muerte de mi madre había realizado un viaje en solitario por Italia para visitar el Piamonte y admirar el Sacro Monte de Varallo y las capillas que dominan la población. En una de ellas, consagrada a la masacre de los inocentes, las figuras de las madres sollozantes y de sus bebés asesinados, realzadas con cabellos y ropajes auténticos, habían ejercido sobre mí un efecto devastador. Sin embargo, al recorrer la galería Finder, rodeado por las víctimas de poliuretano de Giles, me estremecí, pero apenas experimenté empatía alguna con ellas. Tal vez ello se debiera en parte al hecho de que las figuras fueran huecas. Entre aquellos despojos humanos se veían esparcidos aquí y allá diversos órganos artificiales —corazones, estómagos, riñones y vesículas—, pero al escrutar de cerca un brazo seccionado uno comprobaba que en su interior no había nada.

Así y todo, no resultaba fácil interpretar la obra de Giles. Al leer el artículo de Hasseborg en Blast advertí que el crítico había optado por la vía más fácil, argumentando que el acto de trasladar el espanto de aquellas imágenes desde una superficie plana a la tridimensionalidad de una galería obligaba al espectador a replantearse su significado. Durante varias páginas, Hasseborg se deshacía en elogios y salpicaba su prosa de hipérboles: «brillante», «cautivador», «asombroso»… Citaba a Baudrillard, se maravillaba de las identidades cambiantes de Giles y, por fin, en una larga, grandilocuente y significativa frase, le calificaba como «el artista del futuro».

Henry Hasseborg informaba asimismo de que Giles había nacido en Baytown, Texas, y no en Virginia, como me había dicho Mark. En su perspectiva biográfica la madre del artista no había sido una prostituta sino una esforzada camarera dedicada en cuerpo y alma a su hijo, y se le atribuía a Giles la siguiente frase: «Mi madre es mi inspiración». A medida que transcurrían las semanas, llegué a pensar que aunque Hasseborg tenía razón al decir que Giles reproducía las macabras imágenes propias de las películas de terror y de la pornografía más

violenta y barata, se equivocaba al juzgar el efecto que ejercían en el espectador, al menos en mi caso. Esas imágenes no criticaban ni revelaban nada. Su obra no era sino una simulación defecada por las entrañas mismas de la cultura: un excremento estéril y comercial desprovisto de otro objetivo que no fuera el de deslumbrar. Y yo, aún predispuesto en contra de Hasseborg, comencé a pensar que su fascinación ante la obra de Giles se debía a que ésta representaba la encarnación visual de su propia voz, de ese tono agrio, cínico y burlón que por lo general empleaba en sus artículos sobre el arte y los artistas. Claro está que en ello no era el único: exactamente igual que él, aunque tal vez con menos inteligencia, escribían muchos de sus compatriotas, otros periodistas culturales bien duchos en la palabrería de oropel del momento, un lenguaje que he llegado a detestar porque su fatuo vocabulario, desprovisto de toda capacidad de misterio y de ambigüedad, parece sugerir arrogantemente la posibilidad de la omnisciencia.

Aunque procuré no apresurarme al hacerlo, debo decir que sí sometí a juicio la obra de Giles, y también que me preocupaba la atracción de Mark por aquellas vacuas escenas de degollina y por el hombre que las había creado. Cada vez que Giles confesaba su lugar y fecha de nacimiento decía algo diferente. Según Hasseborg, tenía veintiocho. El artista, sin duda, quería disfrazar su pasado, tal vez para crear cierta mística en torno a sí mismo, pero sus equívocos no podían ser buenos para Mark, quien, en el mejor de los casos, había adquirido la costumbre de maquillar la verdad demasiado a menudo.

Un día de comienzos de julio, ya avanzada la mañana, me encontré con Mark en West Broadway. Estaba agachado en la acera, acariciando a un cocker spaniel y charlando con su dueña. Había aproximado el rostro al hocico del animal y le hablaba con tono bajo y amistoso. Al saludarle pegó un brinco y dijo, «Hola, tío Leo»; luego, se volvió hacia el perro y dijo, «Hasta luego, Talulah». Le pregunté por qué no estaba en el trabajo.

—Harry no me necesita hoy hasta mediodía —dijo—. Precisamente ahora iba para allá.

A medida que avanzábamos juntos por la calle, una joven asomó la cabeza por la puerta de una tienda de ropa y le saludó con la mano:

—¿Qué hay, Marky? ¿Qué te cuentas, guapo?

—Darien —dijo Mark, devolviéndole el saludo.

Le dirigió una sonrisa deslumbrante, alzó la mano y agitó los dedos. El gesto se me antojó un tanto extraño, pero cuando me volví a mirarle él seguía sonriendo de oreja a oreja.

—Es realmente maja —dijo.

Antes de llegar al final de la manzana volvió a verse abordado, en esta ocasión por un niño que cruzó la calle corriendo en dirección a nosotros.

—¡La Marca! —gritó.

—¿La Marca? —mascullé yo en voz alta.

Mark se volvió hacia mí y enarcó las cejas como queriendo decir: La gente es capaz de llamarle a uno cualquier cosa.

El niño hizo caso omiso de mi presencia. Jadeante por efecto de la carrera, alzó la mirada hacia Mark.

—Soy yo, Freddy. Del Club USA, ¿recuerdas?

—Claro —dijo Mark. Sonaba aburrido.

—Esta noche inauguran aquí, a la vuelta, una exposición de fotografía realmente estupenda. Pensé que tal vez querrías venir.

—Lo siento —dijo Mark con el mismo tono lacónico—. No puedo.

Vi que Freddy apretaba los labios en un frustrado intento por disimular su disgusto. A continuación, alzó la barbilla y sonrió a Mark.

—Otra vez será, ¿vale?

—Claro, Freddy —dijo Mark.

Freddy corrió de regreso a la acera opuesta, esquivando por escasos centímetros a un taxi que pasaba. El conductor tocó el claxon, y el sonido de la bocina reverberó por toda la calle durante dos o tres segundos.

Mientras veía a Freddy librarse por los pelos de ser atropellado, Mark apoyó el peso del cuerpo en una de las caderas y dejó caer los hombros para adoptar una postura que supuestamente pretendía parecer desenfadada. Acto seguido se volvió hacia mí, enderezando la espalda y los hombros. Al cruzarse nuestras miradas debió de detectar un cierto vestigio de confusión en mi rostro, porque vaciló durante unos instantes.

—Tengo que salir corriendo, tío Leo. No quiero llegar tarde al trabajo.

Consulté el reloj.

—Más vale que te des prisa.

—Así lo haré —dijo, y echó a correr calle abajo.

Las holgadas perneras de sus pantalones tremolaban como banderas a la altura de los tobillos, y bajo el borde de la camisa alcancé a ver el elástico de sus calzoncillos y algunos centímetros de tejido. Los pantalones eran tan largos que las costuras interiores del dobladillo aparecían desgastadas y raídas. Permanecí allí unos instantes viéndole correr, y su figura fue tornándose cada vez más pequeña hasta que, al final, dobló una esquina y desapareció.

Mientras regresaba a casa comprendí que en mí se habían desplegado, solapándose una sobre otra, dos perspectivas distintas de Mark. La historia visible discurría más o menos así: Mark, al igual que otros miles de adolescentes, ocultaba una parte de su vida a sus padres. Sin duda, había experimentado con drogas y se había acostado con chicas, así como también —comenzaba yo a pensar— con algún que otro chico. Era inteligente pero muy mal estudiante, lo que sugería una actitud de resistencia pasiva. Había mentido a sus padres. No le había contado nada a su madre acerca de la habitación que le había cedido en mi casa y una noche había dormido en ella sin mi permiso. En otra ocasión había intentado colarse sin ser visto a las cuatro de la madrugada. Se sentía atraído por el violento contenido de las obras de Teddy Giles, pero lo mismo les sucedía, al fin y al cabo, a innumerables jóvenes de su edad. Finalmente, y como tantos otros chicos, experimentaba con diversas identidades en un intento por descubrir cuál de ellas encajaba mejor con él. Se comportaba de una manera en compañía de sus amigos y de otra cuando se hallaba en presencia de los adultos. Se trataba, en definitiva, de una versión de su historia tan corriente como la de millones de otros chavales inmersos en una adolescencia a la vez normal y accidentada.

La perspectiva subyacente resultaba similar a la anterior, y su contenido era idéntico: Mark se había visto sorprendido mintiendo. Había trabado amistad con una persona indeseable a la que yo llamaba en privado «el fantasma», y su cuerpo y su voz cambiaban dependiendo de

con quién estuviera hablando en un momento determinado. Esta segunda narrativa, sin embargo, carecía de la fluidez de la primera. Adolecía de agujeros, de lagunas que dificultaban el relato de la historia. No dependía de una fantasía general sobre la vida adolescente para cubrir esos espacios vacíos, que habían de quedar así pendientes de resolver y carentes de respuesta. Y a diferencia de la reconfortante versión anteriormente expuesta, no comenzaba al cumplir Mark los trece años, sino en algún momento anterior y desconocido que me remitía de golpe a su pasado en lugar de a su futuro y que se revelaba de modo fracturado a lo largo de una serie de imágenes y sonidos aislados. Recordaba al pequeño Mark de la época en que Lucille aún vivía en el piso de arriba, y cómo entraba por la puerta de nuestra casa con el rostro cubierto por una máscara de goma de rasgos supuestamente escalofriantes. Observaba el retrato que le hiciera su padre con una pantalla de lámpara en la cabeza —un cuerpecillo que revoloteaba en el vacío del lienzo— y a continuación oía a Violet vacilar, respirar y dejar en suspenso la frase que estuviera pronunciando.

Yo me esforzaba por reprimir aquellas imágenes soterradas y atenerme a la historia coherente que se vislumbraba en la superficie, pues resultaba a la vez más confortable y más racional. Después de todo, me había convertido en una criatura sufriente, y la ausencia de Matt me había vuelto sorprendentemente atento a matices del carácter de Mark que a menudo resultaban carecer de especial importancia. Ya no me creía las historias de final previsible. Mi hijo había muerto y mi mujer vivía en un exilio autoimpuesto, a pesar de lo cual me dije a mí mismo que el hecho de que mi vida se hubiera visto así sacudida por accidente no significaba que el resto de las personas no gozaran de existencias que se ajustaban a su curso previsto y que con los años terminaban convirtiéndose en aquello que más o menos habían esperado desde el principio.

Aquel verano Bill y yo nos reencontramos. Me llamaba casi todos los días, y tuve ocasión de ser testigo del progreso de sus puertas a medida que avanzaba su construcción en el estudio de Bowery. Aunque Bill pasaba en él largas horas, disponía de más tiempo para mí, y percibí que el deseo

que tenía de verme obedecía en parte al nuevo optimismo que experimentaba en relación con Mark. En Bill, la preocupación siempre se manifestaba en forma de retraimiento, y yo, con el paso de los años, había aprendido a reconocer los signos externos de su distanciamiento. Sus expansivos ademanes desaparecían; sus ojos enfocaban algún objeto situado al otro extremo de la habitación pero no lograban registrar lo que estaban viendo; encendía un cigarrillo con otro y conservaba una botella de *whisky* debajo de su mesa. Mi sensibilidad captaba la meteorología interna de Bill y la intensa presión que se acumulaba en su interior para luego desatarse en una tormenta silenciosa. Por lo general aquellas tempestades comenzaban y concluían con Mark, pero mientras se hallaban en curso a Bill le resultaba difícil hablar tanto conmigo como con otras personas. Violet tal vez fuera una excepción. Lo ignoro. Me parecía percibir que la agitación interna de Bill no consistía en ira contra Mark por sus mentiras e irresponsabilidades, sino más bien en una irritación y una inseguridad latentes que tendía a volver hacia sí mismo. Al mismo tiempo, se le veía ávido por creer que esos vientos ya estuvieran cambiando, y se aferraba a los menores matices del comportamiento de su hijo para interpretarlos como signos de que se avecinaban tiempos mejores.

—Está entusiasmado con el trabajo —me decía—. De verdad, le encanta. Ha dejado de ver a Giles y a ese grupito del club y ahora sale con chicos de su edad. No sabes lo aliviado que me siento, Leo. Ya sabía yo que acabaría enderezando su vida.

Violet siempre estaba fuera, investigando para su libro, por lo que la veía mucho menos que a Bill o a Mark, y el hecho de no verla me ayudaba a reprimir a su gemela imaginaria, a esa otra persona con la que mentalmente me acostaba. No obstante, Érica y ella hablaban por teléfono regularmente, y mi mujer me escribía en sus cartas que Violet estaba mejor, que se sentía menos ansiosa y que también ella percibía en Mark una resolución nueva que relacionaba con el trabajo que realizaba para Freund. «Me cuenta que a Mark le emociona sinceramente que se trate de un proyecto relacionado con niños. Que cree que ese trabajo le ha tocado en una fibra sensible».

Mr. Bob seguía viviendo en Bowery, y cada vez que me acercaba a visitar a Bill él enganchaba la cadena de la puerta y entreabría una ranura por la que me vigilaba con aire suspicaz al entrar y me bendecía al salir. Me constaba que Mr. Bob se revelaba en cuerpo entero para Bill y para Violet, pero yo nunca lograba ver más allá de una fracción de su rostro sombrío, y aunque Bill no hablaba nunca al respecto, llegué a comprender que el anciano había pasado a depender de él. Bill le dejaba alimentos al pie de la escalera, y en cierta ocasión sorprendí en su mesa de trabajo una nota escrita con caligrafía pulcra y menuda: «¡La mantequilla de cacahuete que sea crujiente, no suave!». En apariencia, sin embargo, Bill había aceptado sencillamente a su vecino del piso de abajo como una presencia obligatoria en su vida. Si yo mencionaba al viejo él sacudía la cabeza y sonreía, pero nunca le oí protestar de lo que yo sospechaba que debían de ser unas exigencias cada vez mayores por parte de Mr. Bob.

A mediados de agosto Bill y Violet me preguntaron si me importaría que Mark viviera dos semanas conmigo mientras ellos se iban de vacaciones a Martha's Vineyard. Mark no podía dejar el trabajo, y no se sentían cómodos dejándole solo en el apartamento. Yo acepté quedarme con él y le di al muchacho una copia de la llave.

—Esto —le dije— es un símbolo de confianza entre tú y yo, y me gustaría que te la quedaras incluso cuando hayan pasado estas dos semanas.

Mark extendió el brazo y yo deposité la llave en la palma de su mano.

—Has comprendido lo que quiero decir, ¿verdad, Mark? —le pregunté.

Él me miró con ojos imperturbables y asintió.

—Sí, tío Leo —dijo.

Su labio inferior temblaba de emoción, y al día siguiente dieron comienzo las dos semanas que habíamos de pasar juntos.

Mark se refería con entusiasmo al trabajo que realizaba para Freund, a las grandes banderas coloreadas que había contribuido a instalar y al resto de los chicos y chicas que trabajaban con él: Rebecca y Laval y Shaneil y Jesús. Mark alzaba y se encaramaba y martilleaba y aserraba, y según

decía al acabar el día le dolían los brazos y le temblaban las piernas. Cuando volvía a casa, a eso de las cinco o las seis, a menudo tenía que echar una siesta para reponerse. Luego salía en torno a las once de la noche y, por lo general, no regresaba hasta la mañana siguiente.

—Voy a quedarme en casa de Jake —decía, y me dejaba un número de teléfono, o bien—: Estaré en casa de Louisa. Sus padres han dicho que podía quedarme a dormir en la habitación de invitados.

A ello seguía otro número. Luego regresaba entre las seis y las ocho de la mañana y volvía a dormirse hasta que llegaba el momento de ir a trabajar, fiel a un horario que cambiaba diariamente.

—No tengo que ir hasta mediodía —decía a veces, o—: Ha dicho Harry que hoy no me necesita.

En estos casos regresaba a la cama y caía sumido en un profundo coma que se prolongaba hasta las cuatro de la tarde.

A veces venían a buscarle sus amigos para salir por la noche. Predominaban entre ellos jovencitas menudas y pálidas de mejillas brillantes que acudían ataviadas con ropa de bebé y peinadas con coleta. Una tarde llamó a la puerta una chica morena que llevaba en torno al cuello una cinta rosa de la que colgaba un chupete. Las amigas de Mark, dotadas de voces siempre a juego con su atuendo infantil, emitían gorjeos y arrullos de tono agudo y mortecino que parecían impregnados de emociones mal aprovechadas, y si alguna vez se me ocurría invitarlas a un refresco me lo agradecían con vocecilla melodiosa, como si acabara de ofrecerles la inmortalidad. Mark, al que tan displicente había visto con Freddy, no se mostraba en absoluto presumido ni hastiado frente a las chicas. Con Marina, Sissy, Jessica y Moonlight (hija de unos sopladores de vidrio de Brooklyn) empleaba un tono invariablemente amable y cordial, y cuando se inclinaba para hablar con ellas su apuesto semblante parecía enternecerse.

Una noche en que había salido en compañía de sus amigos me fui a cenar al restaurante Ornen de Thompson Street con Lazlo y Pinky. Fue ella la primera que sacó a relucir el tema de los gatos muertos. Aunque yo ya había visto con cierta frecuencia a Pinky Navatsky, hasta aquella noche nunca había pasado demasiado tiempo en su compañía. Era una muchacha

alta y de veintipocos años que tenía el cabello pelirrojo, los ojos grises, el cuello sumamente largo y una leve y peculiar curvatura de nariz que prestaba a su aspecto un cierto carácter. Como tantas bailarinas, mostraba una permanente postura patizamba que hacía su andar un tanto patoso, pero mantenía la cabeza erguida como una reina en el momento de la coronación, y me encantaba observar los ademanes que realizaba al hablar, moviendo las manos y los brazos de tal modo que éstos, a menudo, gesticulaban en su totalidad, desde el hombro hasta los dedos. En otras ocasiones doblaba el codo y me mostraba la mano abierta con un único movimiento, pero sus gestos no resultaban en absoluto afectados. Simplemente, mantenía con su musculatura una relación que al resto de las personas se nos hacía impensable. Poco antes de mencionar la cuestión de los gatos se inclinó hacia mí, volvió las palmas de las manos hacia arriba, de cara al techo, y dijo:

—Anoche soñé con los gatos asesinados; y creo que se debió a esa fotografía del *Post*.

Cuando le dije que no sabía nada de ningún gato asesinado, me explicó que los animales —desollados, empalados o descuartizados— habían sido encontrados por toda la ciudad, clavados en los muros, colgados de los umbrales de las puertas o sencillamente tirados en medio de los callejones, las aceras y los andenes del metro.

Según me dijo Lazlo, aparecían parcialmente vestidos con pañales, ropitas de bebé, pijamas o pequeños sujetadores, y bajo todos ellos podían verse a modo de firma las iniciales S. M. Tal vez fueron aquellas letras el origen de los rumores según los cuales el responsable pudiera ser Teddy Giles. Giles había bautizado a su personaje travestido como She Monster —La Monstruosa—, iniciales que de un modo tímido a la par que obvio parecían aludir también al sadomasoquismo. Aunque Giles había negado cualquier responsabilidad con respecto a la cuestión de los gatos, Lazlo afirmaba que había mantenido vivas la ambigüedad y la conmoción reinantes al referirse a la diseminación de los cadáveres como «guerrilla artística rabiosamente sublime». Asimismo, había declarado que envidiaba a su autor, que confiaba en haber servido personalmente de inspiración para el anónimo «perpetrador/creador» y, finalmente, que había dado su

bendición a cualesquiera «imitadores» futuros. Aquellos comentarios despertaron las iracundas protestas de las organizaciones para la defensa de los animales, y una mañana, al acudir al trabajo, Larry Finder había encontrado las palabras CÓMPLICE DE ASESINATO garabateadas con pintura roja en la puerta de su galería. A mí, personalmente, se me habían escapado tanto los artículos periodísticos al respecto como los reportajes emitidos por la televisión local.

Lazlo masticaba con aire pensativo y aspiraba profundamente a través de la nariz.

—¿Eres consciente de que ya no estás en la onda, Leo? —dijo.

Admití que era cierto.

—Lazlo —dijo Pinky—, no todos somos como tú, que siempre tienes que estar al tanto de todo. Leo tiene otras cosas en que pensar.

—No he pretendido ofenderte —dijo Lazlo, y añadió después de que yo les asegurara que no me sentía agraviado en lo más mínimo por el comentario—: Giles es de los que son capaces de decir cualquier cosa si creen que les va a proporcionar publicidad.

—Eso es cierto —señaló Pinky—. Podría muy bien ocurrir que no tuviera nada que ver con esos gatos.

—¿Saben Bill y Violet algo de todo esto?

Lazlo asintió.

—Pero creen que Mark ya ha dejado de relacionarse con Giles.

—Cuando a ti te consta que no es así.

—Les vimos juntos un día —dijo Pinky.

—El martes pasado, en la discoteca Limelight —dijo Lazlo tras inhalar vigorosamente por la nariz—. No me apetece nada decírselo a Bill, pero lo haré. El chaval anda metido con el otro hasta el cuello.

—Y aunque no sea Giles el que está matando a todos esos gatos —dijo Pinky, inclinándose sobre la mesa—, es un tipo siniestro. Yo nunca le había visto antes, y no lo digo por su maquillaje ni por la clase de ropa que lleva, sino por algo que hay en su mirada.

Antes de separarnos, Lazlo deslizó un sobre entre mis dedos. Yo ya estaba habituado a aquellos regalos de despedida, que también solía dejarle a Bill y que por lo general constaban de una cita mecanografiada a

modo de motivo de reflexión. Ante mis ojos habían pasado ya el cinismo de Thomas Bernhard —«Velázquez, Rembrandt, Giorgione, Bach, Haendel, Mozart, Goethe […] Pascal, Voltaire, esas monstruosidades sobrestimadas»— y una cita de Philip Guston que me gustaba especialmente: «Saber y al mismo tiempo saber cómo no saber constituye el mayor de los enigmas». Aquella noche, al abrir el sobre, pude leer la siguiente frase: «El kitsch siempre intenta huir hacia la racionalidad. Hermann Broch».

Me pregunté si los gatos muertos pretenderían ser una forma de kitsch, un pensamiento destinado a derivar en cavilaciones relativas al sacrificio animal, la cadena trófica, los mataderos normales y corrientes y, por último, las mascotas domésticas. Recordé que, de niño, Mark había tenido ratones blancos, hámsteres y un periquito llamado Peeper. Un día la trampilla de la jaula se desplomó sobre el cuello de Peeper y lo mató, y tras el accidente Mark y Matt depositaron el rígido cuerpecillo del ave en una caja de zapatos y desfilaron por todo el *loft* cantando *Swing Low, Sweet Chariot*, la única canción que conocían que podía hacer las veces de salmo fúnebre.

Al día siguiente, cuando Mark regresó del trabajo, no fui capaz de mencionarle nada al respecto de Giles ni de los gatos, y durante la cena estuvo contándome tantas cosas acerca de lo que había hecho a lo largo de la jornada que no logré encontrar una sola ocasión apropiada para sacar el tema a relucir. Aquella mañana había participado en el montaje de su ampliación favorita, un dibujo realizado por una niña de seis años que vivía en el Bronx y que consistía en un autorretrato en el que la pequeña aparecía con su tortuga, de aspecto muy similar al de un dinosaurio. Por la tarde su amigo Jesús había resbalado de una escalera, pero se había salvado al caer sobre un enorme montón de banderas de lona que yacían apiladas en el suelo bajo él. Aquella noche, antes de salir, entró en el cuarto de baño y pude oírle silbar. Luego depositó sobre la mesa un papel en el que figuraban un nombre y un número de teléfono: «Allison Fredericks: 677 84 51».

—Puedes localizarme en casa de Allison —dijo.

Cuando se hubo marchado mi mente comenzó a alimentar una vaga sospecha. Escuchaba en ese momento a Janet Baker cantando Berlioz, pero la música no lograba ahuyentar la desazón que me oprimía el pecho. Mis ojos se posaron sobre el nombre y el teléfono que Mark había dejado sobre la mesa, y al cabo de veinte minutos de vacilación descolgué el auricular y marqué. Respondió un hombre.

—Querría hablar con Mark Wechsler —dije.

—¿Quién?

—Es un amigo de Allison.

—Aquí no vive ninguna Allison.

Miré de nuevo el número. Tal vez había marcado mal. Con mucho cuidado, volví a pulsar los botones correspondientes y colgué al oír la voz del mismo hombre.

A la mañana siguiente pedí explicaciones a Mark por aquel número erróneo y él pareció desconcertado. Escarbó en el bolsillo, extrajo un número y lo depositó junto al fragmento de papel que me había entregado la noche anterior.

—Ya sé lo que he hecho —dijo con voz cristalina y animada—. He bailado estas dos cifras. Mira: es cuatro ocho, no ocho cuatro. Lo siento. Las prisas.

Su expresión de inocencia hizo que me sintiera como un estúpido, y le confesé que estaba preocupado por haberme enterado a través de Lazlo de los rumores que circulaban en torno a los gatos y de que había estado en compañía de Giles.

—Ay, tío Leo —dijo él—, deberías habérmelo dicho desde el principio. Es verdad que me encontré con Teddy un día en que estaba con otros amigos, pero la verdad es que ya no tenemos nada que ver. De todos modos, déjame que te diga una cosa: a Teddy le gusta escandalizar a la gente. Él es así, pero sería incapaz de matar una mosca. Lo digo en sentido literal. Le he visto capturar moscas así —juntó ambas manos ahuecadas— para arrojarlas por la ventana de su apartamento. Esos pobres gatos. Me pongo enfermo sólo de pensarlo. No sé si sabías que en casa de mamá tengo dos gatas que se llaman Mirabelle y Esmeralda. Somos amiguísimos.

—Me imagino que el rumor provendrá de la fama de violento que tiene Giles —dije yo.

—¡Pero si todo eso es falso! —protestó Mark, haciendo girar los ojos en las órbitas—. Pensaba que Violet era la única persona que ignoraba la diferencia.

—¿Violet ignora la diferencia?

—Bueno, se comporta como si todo fuera verdad, o algo así. Ni siquiera me deja ver películas de terror. Me pregunto qué se cree. ¿Que voy a salir a apuñalar a alguien sólo porque lo he visto hacer en televisión?

Durante la segunda semana que pasé con Mark le noté mala cara, pero también es cierto que debía de estar agotado. Sus amigos se pasaban todo el día y parte de la noche llamándole y preguntando por Mark, Marky y La Marca, por lo que para poder trabajar no me quedó otro remedio que no contestar al teléfono y escuchar los mensajes a última hora del día. El martes, a eso de las dos de la madrugada, el timbre del aparato me despertó de un profundo sueño, y al descolgar una voz profunda de hombre me preguntó. «¿M&M?».

—No —respondí yo, y añadí—: ¿Se refiere a Mark?

Oí un chasquido y la línea se cortó. Entre las continuas llamadas, las erráticas idas y venidas de Mark y el hecho de ver todas sus cosas diseminadas por la casa, había empezado a sentirme confuso. Ya no estaba acostumbrado a vivir con otra persona, y descubrí que olvidaba dónde había puesto algunas cosas y que perdía otras. Mi pluma anduvo un par de días perdida hasta aparecer por fin detrás de uno de los cojines del sofá. Me desapareció un cuchillo de cocina, y un buen día me resultó imposible localizar el abrecartas de plata que en su día me había regalado mi madre. Asimismo, había numerosas ocasiones en las que al sentarme ante la mesa de trabajo me sentía distraído por una sensación indeterminada de inquietud acerca de Mark.

Una tarde dejé lo que estaba haciendo y me dirigí a su cuarto. En el suelo se alzaban pilas de microsurcos de vinilo y de discos compactos. Las estanterías estaban atestadas de folletos. De las paredes colgaban carteles

que anunciaban cosas como Starlight Techno y Machine Paradise. Debía de poseer unos veinte pares de zapatillas de deporte, porque aparecían diseminadas por todas partes. Desperdigados sobre la cama, colgados del respaldo de la silla y amontonados en el suelo podían verse pantalones, jerséis, camisetas y calcetines, algunos de los cuales todavía conservaban la etiqueta de la tienda prendida del cuello o de la cintura. Penetré en la estancia y recogí una cinta de vídeo que yacía sobre la mesa: Asesinos por naturaleza. Nunca había visto la película, pero sí había leído algo acerca de ella. Al parecer estaba basada en la historia real de un chico y una chica que primeramente matan a sus padres y a continuación emprenden una orgía de robos y asesinatos que les lleva de un extremo a otro del país. El filme, obra de un director conocido y respetado, había sido motivo de cierta controversia. Volví a depositar la cinta en la mesa y reparé en una caja de juegos de construcción sin abrir que reposaba a pocos centímetros de mis dedos. La ilustración de la tapa mostraba a un diminuto y sonriente policía con un brazo rígidamente alzado a modo de saludo. Sobre la superficie de la mesa aparecían esparcidos diversos envoltorios de chicle, una pata de conejo teñida de verde, un manojo de llaves anónimas, una pajita retorcida, unos anticuados muñecos de La guerra de las galaxias, algunas pegatinas con la imagen de un perro de los dibujos animados y, curiosamente, varios fragmentos astillados procedentes del mobiliario de una casa de muñecas. Encontré también una octavilla fotocopiada y comencé a leer su contenido. Había sido mecanografiada enteramente en mayúsculas:

> ¿POR QUÉ HAS ASISTIDO A ESTE ACONTECIMIENTO? LA ESCENA RAVE NO TIENE QUE VER TAN SÓLO CON EL TECHNO. NO SE TRATA SÓLO DE DROGAS. ESTA ESCENA NO ES UNA SIMPLE CUESTIÓN DE MODAS. ES ALGO ESPECIAL QUE ESTÁ RELACIONADO CON LA UNIDAD Y LA FELICIDAD, CON EL HECHO DE SER TÚ MISMO Y DE QUE TE QUIERAN TAL Y COMO ERES. DEBERÍA SER UN PUERTO EN EL QUE REFUGIARSE DE ESTA SOCIEDAD. AHORA MISMO, SIN EMBARGO, NUESTRA ESCENA SE ESTÁ

DESINTEGRANDO. EN NUESTRA ESCENA NO NECESITAMOS NI FACHADAS NI ACTITUDES. EL MUNDO EXTERIOR YA ES LO BASTANTE DURO. ABRID VUESTROS CORAZONES Y DEJAD FLUIR VUESTROS BUENOS SENTIMIENTOS. MIRAD A VUESTRO ALREDEDOR, ESCOGED A UNA PERSONA, PREGUNTADLE SU NOMBRE Y HACED UNA NUEVA AMISTAD. ELIMINAD LAS FRONTERAS, ABRID VUESTROS CORAZONES Y VUESTRAS MENTES. ¡RAVERS, UNÍOS Y MANTENED VIVA NUESTRA ESCENA!

En torno al texto, el anónimo autor había aprovechado los bordes del papel para escribir a mano pequeños eslóganes: «¡Sé auténtico!». «¡Sé tú mismo!». «¡Sé feliz!». «¡Abrazos colectivos!». «¡Sois maravillosos!».

Aquel folleto, con su tosco idealismo, tenía algo de patético, pero los sentimientos que expresaba eran sin duda alguna puros. El texto me hizo pensar en los «hijos de las flores», convertidos desde largo tiempo atrás en adultos. Yo había sido demasiado viejo incluso en los sesenta como para pensar que la «eliminación de fronteras» pudiera tener demasiada utilidad para este mundo. Tras devolver cuidadosamente el folleto a su lugar desvié la mirada de la mesa y la deposité sobre la acuarela de Matt. Convendría quitarle el polvo, pensé. A continuación, atisbé por la ventana del apartamento de Dave y examiné la figura del anciano durante un par de minutos mientras me preguntaba cómo habría sido Matthew con dieciséis años. ¿Habría asistido también a raves? ¿Se habría teñido el pelo de verde o de rosa o de azul? Horas después de salir de su habitación recordé que había pensado en quitarle el polvo a la acuarela, pero para entonces carecía ya de la energía necesaria para regresar a la caótica estancia, con su mugre, sus llamativos carteles y su breve y tragicómico manifiesto.

Los últimos días de mi convivencia con Mark se vieron deslucidos por una aguda congoja que me invadía nada más salir él de la casa pero que quedaba instantáneamente disipada tan pronto como le veía de nuevo. Había comenzado a pensar que la presencia física de Mark tenía unas propiedades cuasi mágicas. Cuando le miraba, siempre le creía. Ante la

franca sinceridad que traslucía su semblante se desvanecían todas mis dudas, pero cuando desaparecía de mi vista volvía a experimentar la misma ansiedad sorda que antes me embargara. El viernes por la tarde, cuando salió del cuarto baño, advertí en su cuello y en su pálido semblante la presencia de un reflejo verdoso.

—Me tienes preocupado, Mark. Te estás agotando. Creo que te haría bien quedarte una noche tranquilo en casa.

—Estoy perfectamente. Sólo voy a dar una vuelta por ahí con mis amigos —dijo Mark, a la vez que me daba unas palmaditas tranquilizadoras en el brazo—. En serio: lo único que hacemos es escuchar música y ver películas y cosas. Lo que pasa es que ahora es cuando soy joven. Soy joven y quiero divertirme y tener experiencias mientras lo sea.

Me miró con expresión compasiva, como si se encontrara ante la encarnación viva del viejo dicho: «Demasiado poco y demasiado tarde».

—Cuando tenía tu edad —le dije— mi madre me dio un consejo que nunca he olvidado. Me dijo: «Nunca hagas nada que no te apetezca realmente hacer».

Mark abrió aún más los ojos.

—Lo que quería decir era que si tu conciencia te retiene, si enturbia la pureza de tu deseo, si te proporciona sentimientos enfrentados, no lo hagas.

Él asintió con expresión severa y siguió haciéndolo durante unos instantes.

—Está bien eso —dijo—. Pienso recordarlo.

El sábado por la noche me acosté sabiendo que Mark habría de marcharse al día siguiente. La certeza del inminente regreso de Bill y Violet ejercía en mí el efecto de un somnífero, y a eso de las once, poco después de que Mark saliera de casa, me quedé dormido. En algún momento de la noche experimenté un prolongado sueño que se iniciaba como una aventura erótica con una Violet irreconocible para luego convertirse en un paseo por los largos pasillos de un hospital. En una de las camas descubría a Érica y me enteraba de que acababa de tener una

niña. No obstante, la paternidad de la criatura no era del todo segura, y en el instante mismo en que me arrodillaba junto a la cama de Érica para decirle que no me importaba quién pudiera ser el padre, que yo ejercería ese papel, se nos comunicaba que el bebé había desaparecido del pabellón de maternidad. Érica se mostraba extrañamente indiferente a la desaparición de la pequeña, pero yo me sentía desesperado, hasta el punto de que súbitamente era yo el que estaba tendido en una de las camas del hospital. Junto a mí tenía a Érica, ocupada en propinarme en el brazo unos pellizcos que pretendían resultar reconfortantes pero no lo eran, y desperté con la peculiar sensación de que alguien me estaba pellizcando el brazo de verdad. Sorprendido, abrí los ojos y me incorporé de un brinco. Mark estaba inclinado sobre mí, con el rostro a pocos centímetros del mío. Al despertarme retrocedió y echó a andar en dirección a la puerta.

—Por Dios bendito —dije—. ¿Qué estás haciendo?

—Nada —susurró él—. Vuelve a dormirte.

Había llegado ya al umbral, y la lámpara del pasillo le iluminaba de perfil. A medida que se volvía de espaldas me pareció ver sus labios coloreados de un rojo intenso, y noté que el brazo aún me escocía.

—¿Querías despertarme?

Me respondió sin volverse.

—Te oí gritar en sueños y quise asegurarme de que estabas bien —dijo con un tono de voz que me sonó forzado y mecánico—. Duérmete de nuevo.

Cerró suavemente la puerta y desapareció.

Yo encendí la lámpara de la mesilla de noche y me examiné el brazo. Aparecía teñido de un desleído tono rojizo. El color, que se asemejaba a los vestigios que dejaría un pastel de cera, había apelmazado parte del vello, y al aproximarme el brazo al rostro reparé en un dibujo circular formado por diminutas hendiduras irregulares grabadas en la piel y parecidas a las marcas de la viruela. La palabra que vino a mi mente hizo que se me acelerara la respiración: dientes. Miré el reloj. Eran las cinco de la madrugada. Me toqué nuevamente la señal y observé que no procedía de un lápiz pastel sino de algo más suave y menos ceroso: pintura de labios. Me levanté de la cama, me dirigí hasta la puerta y eché el pestillo, pero al

regresar a la cama aún pude oír a Mark rebullendo en su habitación, situada al otro lado del pasillo. Observé de nuevo mi brazo y escruté de cerca las marcas. Incluso llegué al extremo de morderme suavemente el otro brazo y compararlas luego con las huellas que habían dejado mis dientes en la piel. Sí, me dije, me ha mordido. El círculo inflamado que aparecía grabado sobre mi antebrazo iba desvaneciéndose muy lentamente, y ello a pesar de que la presión no había llegado a rasgar la piel ni a provocar efusión de sangre. ¿Qué demonios podía significar? Me di cuenta de que no se me había ocurrido salir corriendo detrás de Mark para exigir una explicación. A lo largo de las últimas dos semanas había estado debatiéndome entre la confianza y la aprensión cada vez que pensaba en Mark, pero mis preocupaciones nunca habían llegado al extremo de considerarle sospechoso de locura. Aquel acto repentino, inexplicable y del todo irracional me desconcertó completamente. ¿Qué diablos se le ocurriría decirme la próxima vez que le viera a lo largo del día?

Durante algunas horas dormí y me desperté a intervalos, y cuando al fin, medio a rastras, conseguí levantarme a eso de las diez y encaminar mis pasos hasta la cafetera, Mark ya estaba sentado a la mesa frente a un cuenco de cereales.

—Tío, no veas si se te han pegado las sábanas —dijo—. Yo me he levantado temprano.

Extraje el paquete de café del refrigerador y comencé a dosificar su oscuro contenido en el interior del filtro. No se me ocurría ninguna respuesta posible. Mientras aguardaba a que se hiciera el café contemplé a Mark, ocupado en introducir en su boca cucharada tras cucharada de cereales de colores sazonados con miel. Al verme, me dirigió una sonrisa sin dejar de masticar la repelente bazofia, y de pronto experimenté la sensación de ser yo el que había enloquecido de la noche a la mañana. Me miré el brazo. No había ni rastro del mordisco. Sin duda ocurrió, me dije, pero es posible que Mark no lo recuerde. A lo mejor estaba drogado, o incluso dormido. Érica había llegado a sostener conversaciones conmigo cuando caminaba en sueños. Cogí mi taza de café y la trasladé hasta la mesa.

—Estás temblando, tío Leo —dijo Mark. Sus límpidos ojos azules parecían preocupados—. ¿Te encuentras bien?

Retiré mi mano trémula del mantel. La pregunta que tenía atravesada en la garganta. —¿Recuerdas haber entrado anoche en mi dormitorio y haberme mordido el brazo?— se resistía a abandonar mis labios.

Mark soltó la cuchara.

—¿A que no adivinas lo que me ha pasado? —dijo—. Anoche conocí a una chica. Se llama Lisa. Es realmente guapa, y creo que le gusto. Pienso presentártela.

Yo me llevé la taza de café a los labios.

—Qué bien —dije—. Me encantaría conocerla.

En la segunda semana de septiembre Bill se encontró con Harry Freund en White Street y se interesó por la inauguración del proyecto de los niños, para la que tan sólo faltaba ya una semana. Luego le preguntó si estaba contento con el trabajo de Mark.

—Bueno —repuso Freund—, la semana que trabajó para mí se comportó magníficamente, pero luego desapareció y ya no he vuelto a verle.

Bill me repetía una y otra vez las palabras textuales de Freund como si con ello quisiera reafirmar su convencimiento de que el hombre las había pronunciado realmente.

—Mark debe de haber perdido el juicio —dijo por fin.

Yo estaba estupefacto. Durante dos semanas Mark había llegado a casa día tras día describiéndome sus jornadas laborales con minucioso detalle. «Es fantástico que todo este proyecto tenga relación con los críos, especialmente con chavales pobres que no tienen a nadie que hable por ellos», era lo que solía decirme.

—¿Pero qué explicación os ha dado Mark? —le pregunté a Bill.

—Mark dice que como el trabajo de Harry era muy aburrido y no le gustaba, lo dejó y se buscó otro. Que estuvo trabajando en no sé qué revista llamada *Split World*[15] en calidad de chico de los recados y que en lugar del sueldo mínimo le pagaban siete dólares por hora.

—¿Y por qué no se limitó sencillamente a explicároslo?

—No hacía más que farfullar que pensó que no iba a hacerme ninguna gracia enterarme de que lo había dejado.

—Pero todas esas mentiras —insistí yo—: ¿Acaso no sabe que es mucho peor mentir que cambiar de trabajo?

—Eso mismo le decía yo todo el tiempo —dijo Bill.

—Necesita ayuda —dije yo.

Bill se esforzaba torpemente por extraer un cigarrillo del paquete. Cuando por fin lo consiguió, lo encendió y volvió la cabeza para no lanzarme el humo a la cara.

—He tenido una larga charla con Lucille —dijo—. De hecho, casi todo lo he dicho yo. Ella me ha escuchado, y luego, cuando ya llevaba un rato desahogándome, me ha comentado un dato que había leído en un artículo publicado por una revista para padres. Según el autor, hay montones de adolescentes que mienten. Forma parte del proceso de madurar. Yo le dije que esto no se trataba de una simple mentira, que aquí nos hallábamos ante una interpretación digna del Oscar de Hollywood. ¡Que esto era una completa locura! Ella no me respondió, y yo me quedé allí con el auricular en la mano, temblando de ira, y al final le colgué el teléfono. No debería haberlo hecho, pero siento que es como si Lucille no comprendiera para nada la magnitud de todo esto.

—Necesita ayuda —repetí yo—. Ayuda psiquiátrica.

Bill apretó los labios y asintió lentamente.

—Estamos buscando un médico, un terapeuta, alguien… Y no será el primero, Leo; ya ha estado sometido a tratamiento anteriormente.

—No sabía eso.

—Estuvo viendo a un tipo de Texas, a un tal doctor Mussel, y luego, durante un año, a otro de Nueva York. El divorcio, ya sabes. Pensamos que le ayudaría…

Bill se cubrió el rostro con las manos, y vi estremecerse sus hombros durante unos segundos. Estaba sentado en una silla junto a la ventana, y yo, sentado junto a él, le había asido por el brazo para reconfortarle. En aquel momento, al ver ascender el humo del cigarrillo que sostenía

blandamente entre sus dedos, recordé la expresión de sinceridad que había dibujado el rostro de Mark al contarme la caída sufrida por Jesús.

Las mentiras siempre son dobles: lo que uno dice coexiste con lo que no dice pero podría haber dicho. Cuando uno deja de mentir, el abismo entre las palabras y el convencimiento interior se cierra, lo que nos permite continuar a lo largo de un sendero en el que intentamos adaptar las palabras habladas al lenguaje de nuestros pensamientos, o al menos de aquellos que nos parecen aceptables para el consumo ajeno. La mentira de Mark se había desviado del embuste ordinario debido a que precisaba de la cuidadosa labor de mantenimiento que exige una ficción en toda regla. Una ficción que durante nueve largas semanas despertó por las mañanas, acudió a trabajar, regresó a casa e informó del desarrollo de su jornada. Al rememorar los catorce días que había pasado con Mark comprendí que la mentira no había sido ni mucho menos perfecta. Si Mark se hubiera pasado el verano entero trabajando fuera, su piel no se habría conservado blanca como la nieve, sino que se habría bronceado. Asimismo, sus horarios habían variado tal vez con demasiada frecuencia y tal vez también de un modo demasiado conveniente. Pero claro está que las mentiras más espectaculares en absoluto necesitan ser perfectas. No dependen tanto de la habilidad del embustero como de las expectativas y los deseos del oyente. Al salir a la luz el engaño de Mark fue cuando de verdad comprendí hasta qué punto había deseado que lo que me había dicho fuera verdad.

Ya descubiertas sus mentiras, Mark pareció transformarse en una versión levemente comprimida de su antiguo ser. Desprendía un aura de contrición generalizada —cabeza gacha, hombros vencidos, ojos dolidos y desmesurados—, pero si se le preguntaba directamente por qué había ideado toda aquella patraña tan sólo era capaz de responder con voz apagada que había pensado que su padre se sentiría contrariado al enterarse de que había dejado el empleo. Admitía que mentir había sido una «bobada», y afirmaba sentirse «avergonzado» por ello. Y cuando yo le dije que todas las historias que me había contado sobre su trabajo no hacían sino echar por tierra todo el contenido de nuestras conversaciones,

él protestó vehementemente y afirmó que sólo había mentido acerca del trabajo, pero de nada más.

—Yo te quiero mucho, tío Leo. De verdad. Todo eso no ha sido más que una estupidez.

Bill y Violet le tuvieron tres meses sin salir de casa, y cuando le pregunté a Mark si Lucille también le tenía castigado, él me miró con aire sorprendido y dijo: «Si a ella no le he hecho nada…». Añadió que Princeton, en cualquier caso, era «un aburrimiento». Que allí nunca pasaba nada «bueno», de modo que poco importaba quedarse en casa o salir si de lo que se trataba era de pasarlo bien. Cuando dijo aquello estaba sentado en mi sofá, con los codos apoyados en las rodillas y la barbilla sujeta entre las manos, agitando distraídamente las piernas con la mirada fija ante sí. De pronto, le vi como un ser repugnante, superficial y completamente extraño; pero entonces volvió el rostro hacia mí y al contemplar sus enormes ojos engrandecidos por el dolor me compadecí de él.

No volví a ver a Mark hasta una noche, ya bien entrado el mes de octubre, en que se le concedió un día de permiso para asistir a la inauguración de las ciento una puertas de su padre en la galería Weeks. La más pequeña de las puertas apenas tenía quince centímetros de altura, lo que obligaba al espectador a tenderse en el suelo para abrirla y observar el interior. La más grande superaba los tres metros y medio, con lo que casi alcanzaba la altura del techo de la galería. Fue una inauguración ruidosa, no sólo por el rumor de las conversaciones sino también por el sonido de las puertas al cerrarse. Los asistentes hacían cola para entrar en las más grandes y se turnaban para atisbar por las más pequeñas.

Cada espacio era distinto. Algunos eran figurativos, otros abstractos, y los había que escondían tras ellos figuras y objetos tridimensionales, como aquel que en su día viera en primer lugar y que representaba a un muchacho flotando en un espejo bajo una masa de escayola. Detrás de una de las puertas el espectador descubría que tanto el suelo como tres de las paredes eran representaciones de la misma habitación victoriana, si bien cada una se hallaba reproducida de un modo radicalmente distinto. Detrás

de otra de las puertas, las paredes y el suelo habían sido pintadas para representar a su vez otras tantas puertas en las que podían verse sendos letreros de PROHIBIDO EL PASO. Una estancia diminuta aparecía pintada por entero de rojo, y en ella podía verse, sentada en el suelo, la escultura de una mujer en miniatura que alzaba la barbilla en una carcajada. La mujer tenía que sujetarse el vientre con las manos para contener su hilaridad, y al observarla de cerca uno podía distinguir brillantes lágrimas de poliuretano que resbalaban por sus mejillas. Detrás de una de las puertas más altas, un bebé de tamaño natural vestido con pañales yacía en el suelo, sollozando. Otra de las puertas, de poco menos de medio metro de altura, se abría para revelar la presencia de un hombre de color verde cuya cabeza rozaba el techo de la reducida estancia. La figura tenía las manos extendidas y sostenía en ellas un obsequio envuelto en papel de regalo del que colgaba una enorme etiqueta en la que podían leerse las palabras PARA TI. Algunas de las figuras situadas tras las puertas eran planas, como fotografías en color; otras estaban recortadas en lienzo; y otras, en fin, procedían de tiras cómicas. En una de las escenas, un personaje de tebeo dibujado en blanco y negro y dotado de proporciones bidimensionales le hacía el amor a una mujer tridimensional que se diría extraída de un cuadro de Boucher. Sus faldas de volantes aparecían levantadas, y sus muslos sobrenaturalmente pálidos y perfectos se hallaban separados para permitir la entrada del enorme y absurdo pene de papel del hombre. Uno de los interiores representaba un acuario en el que algunos peces fabricados con materiales acrílicos nadaban detrás de una gruesa plancha de plástico. En otras paredes se veían números y letras que a veces adoptaban posturas humanas. Frente a una pequeña mesa había un número 5 sentado en una silla y provisto de una taza de té, y una enorme letra B yacía sobre una cama, encima de las sábanas. Había otras puertas detrás de las cuales el espectador tan sólo descubría partes aisladas de las personas: la cabeza de látex de un anciano de cabellos ralos que te sonreía al abrir, o una mujeruca desprovista de brazos y piernas que sujetaba un pincel entre los dientes. Detrás de otra de ellas había cuatro pantallas de televisor, todas negras. Vistas desde fuera, las puertas eran idénticas salvo por su tamaño. Estaban fabricadas de roble pintado con picaportes de

latón, y las paredes exteriores de todas las habitaciones eran de color blanco.

Aquella tarde, al observar a Bill, me sentí aliviado de que ya tuviera el proyecto casi terminado antes de la revelación de Freund. La atención que le prestaban los asistentes a la inauguración parecía herirle, como si cada una de aquellas cálidas felicitaciones fuera otra daga que le clavaban en el vientre. Siempre se había mostrado reacio a la publicidad y a las aglomeraciones, pero en otras ocasiones similares le había visto eludir la respuesta a preguntas incómodas mediante alguna que otra broma o desarrollar largas conversaciones con personas de su agrado para así evitar las charlas insustanciales. Aquella noche, sin embargo, parecía dispuesto a realizar una nueva y abrupta escapada hacia Fanelli's tan pronto como le fuera posible, pero se quedó. Tanto Violet como Lazlo y yo le vigilábamos regularmente, y en cierto momento oí que Violet le susurraba la conveniencia de frenar el consumo de vino.

—Mi vida —le dijo—, vas a llegar a la cena completamente mamado.

Mark, por el contrario, tenía buen aspecto. Su confinamiento había incrementado probablemente su avidez por cualquier forma de vida social, y le observé mientras charlaba con una persona detrás de otra. Cuando hablaba con alguien era todo oídos. Se inclinaba hacia delante o ladeaba la cabeza como si con ello pudiera oír mejor, y a veces aguzaba la mirada al escuchar. Al sonreír, sus ojos jamás se desviaban del rostro de su interlocutor. Se trataba de una técnica sencilla pero de gran efecto. Una mujer ataviada con un vestido negro de aspecto caro le dio unas palmaditas en el brazo, y un hombre de edad avanzada al que reconocí como uno de los coleccionistas franceses de Bill se rió de algo que Mark había dicho y, pocos segundos más tarde, le dio un abrazo.

Serían las siete cuando vi entrar en la galería a Teddy Giles acompañado de Henry Hasseborg. Giles aparecía completamente transformado desde la última vez que le viera. Vestía unos pantalones vaqueros y una chaqueta de cuero, y llevaba el rostro desprovisto de maquillaje. Le vi sonreír a una mujer y luego volverse a Hasseborg y comenzar a hablar con expresión solemne y atenta. Comencé a preocuparme de que Bill pudiera verles, y en el momento en que

comenzaba a considerar la ridícula idea de interponerme entre ellos y Bill para ocultarlos a su mirada, oí gritar a un niño:

—¡No! ¡No! ¡Quiero quedarme aquí, con la luna! ¡No, mamá, no!

Me volví hacia el punto de origen de la voz y vi a una mujer que, a gatas, se asomaba al interior de una de las puertas y sostenía una conversación con la criatura que había dentro. El pequeño estaba cómodamente instalado detrás de la puerta, en un espacio lo bastante grande como para albergarle.

—Los demás están esperando, tesoro —le decía su madre—. También ellos quieren ver la luna.

Detrás de aquella puerta había numerosas lunas: un mapa de la luna, una fotografía de la luna, la imagen de Neil Armstrong alzando un pie sobre su superficie, la luna de Van Gogh en La noche estrellada, discos y fragmentos pintados de blanco, rojo, naranja y amarillo, y otras cincuenta representaciones distintas del satélite, entre ellas una fabricada con queso y otra, en creciente, dotada de ojos, nariz y boca. Mientras observaba a la madre alargar la mano hacia el interior para extraer lo que resultó ser una niña pequeña que se resistía, chillando y pataleando, se me ocurrió volverme a mirar a Giles y a Hasseborg, pero ya no pude encontrarles. Recorrí velozmente la galería, y al pasar junto a la niña, que repetía llorosa y compungida la palabra «luna» en brazos de su madre, supuse que no debía de tener más de dos años y medio.

—Volveremos —dijo la madre, acariciando la oscura cabellera de su hija—. Volveremos otro día para visitar la luna.

Me volví hacia la puerta del despacho de Bernie y vi a Giles y a Mark reclinados sobre ella. Mark era mucho más alto que Giles y tenía que inclinarse para escuchar sus palabras. Una mujer corpulenta vestida con un chal se interpuso ante mí, bloqueando parcialmente mi campo de visión, pero pude inclinarme a un lado a tiempo de presenciar lo que parecía ser el intercambio de un pequeño objeto entre ellos. Mark deslizó la mano en el interior de su bolsillo y sonrió con satisfacción. Drogas, pensé. Me encaminé hacia ellos y el muchacho alzó la mirada al verme. Sonrió, extrajo la mano del bolsillo y dijo animadamente:

—¿Has visto lo que me ha reglado Teddy? Era de su madre.

Abrió la palma y me mostró un pequeño guardapelo redondo. Al abrirlo vimos que contenía dos fotos diminutas.

—Ése soy yo a los seis meses de edad, y ése otro también soy yo, pero ya con cinco años —dijo Giles, señalando sucesivamente las dos imágenes, y alargó la mano hacia mí—. Tal vez no me recuerde. Soy Theodore Giles.

Le tendí la mano y él la estrechó con firmeza.

—La verdad es que aún tengo que asistir a otra fiesta esta noche —dijo animadamente—. Ha sido muy agradable verle de nuevo, profesor Hertzberg. Estoy seguro de que volveremos a coincidir.

A medida que se alejaba en dirección a la puerta con zancadas largas y decididas, yo me volví hacia Mark. El cambio en la actitud de Giles, el empalagoso obsequio del guardapelo con sus fotografías de bebé y el retorno de la misteriosa madre, prostituta, camarera o Dios sabe qué, se combinaban en mi mente para crear una confusión tal que me quedé contemplando al muchacho con la boca abierta.

Él me sonrió.

—¿Qué ocurre, tío Leo?

—Está completamente cambiado.

—Ya te dije que no era más que una pose. Ya sabes, parte de su arte. Hoy has conocido al verdadero Teddy —repuso Mark, y contempló el guardapelo—. Creo que éste es el regalo más bonito que he recibido nunca. Qué tipo más encantador.

Hizo una larga pausa con la mirada fija en el suelo y prosiguió:

—Quería hablarte de una cosa —dijo—. He estado pensando. Ya sé que estoy castigado sin salir, pero confiaba en que no te importara que siguiera yendo a visitarte los sábados y los domingos como solía hacer antes. —Agachó la cabeza—. Te echo de menos. No saldría del edificio, y no creo que a papá y a Violet les importara si se lo preguntamos. —Se mordió el labio inferior y frunció el entrecejo—. ¿Qué te parece?

—Supongo que podremos arreglarlo —dije yo.

Fue aquél un otoño pacífico. El libro de Goya iba avanzando párrafo a párrafo, y yo ya me anticipaba con expectación al viaje que pensaba realizar a Madrid durante el verano siguiente y a las largas horas que

habría de pasar en el Prado. Trabajaba en estrecha colaboración con Suzanna Fields, que estaba escribiendo su tesis sobre los retratos de David y su relación con la revolución, la contrarrevolución y el papel que las mujeres habían desempeñado en ambas. Suzanna era una chica seria y lánguida que utilizaba gafas de montura metálica y lucía un severo corte de pelo, pero con el tiempo su rostro neutro y esférico de espesas cejas llegó a parecerme bastante atractivo. Claro está que la abstinencia había hecho que muchas mujeres me parecieran atractivas, y solía entretenerme en contemplarlas en las calles, en el metro, en los cafés y en los restaurantes: mujeres de todas las edades y de todos los aspectos. Ya fuera sentadas, sorbiendo su café, o leyendo sus periódicos y libros, o apresuradas al encuentro de la persona con quien hubieran quedado citadas, me gustaba despojarlas mentalmente de sus ropas con toda lentitud e imaginarlas desnudas. Y por la noche, Violet seguía tocando el piano en mis sueños.

La auténtica Violet seguía escuchando su colección de cintas: cientos de horas de personas que respondían a las mismas preguntas: «¿Cómo se ve usted a sí misma?» y «¿Qué es lo que anhela?». Durante el día, cuando estaba en casa, sus voces me llegaban a través del techo, procedentes del estudio de Violet. Rara vez alcanzaba a distinguir lo que decían, pero podía oír sus palabras farfulladas o susurradas, así como sus risas, sus toses, sus tartamudeos y, de vez en cuando, el ronco sonido de unos sollozos. Oía también el sonido de la cinta al rebobinarse, y en aquellos casos comprendía que Violet estaba reproduciendo el mismo párrafo o la misma frase una y otra vez. Había dejado de hablarme de su libro y, según me informaba Érica, también con ella había pasado a mostrarse algo enigmática al respecto. Todo cuanto Érica sabía con seguridad era que Violet se había replanteado por completo el proyecto. «Aún no quiere hablar de ello —me escribió—, pero tengo la sensación de que los cambios del libro tienen algo que ver con Mark y con sus mentiras».

Hasta la primera semana de diciembre, Mark hubo de permanecer todos los fines de semana castigado en casa. Bill y Violet le autorizaban a visitarme cuando estaba en Nueva York, cosa que él cumplía fielmente viniendo a verme un par de horas todos los sábados. Luego, el domingo,

acudía de nuevo para charlar un rato antes de regresar a Cranbury. Al principio desconfiaba de Mark y me mostraba algo severo con él, pero a medida que pasaban las semanas descubrí que cada vez me resultaba más difícil mantener la irritación. Cada vez que dudaba abiertamente de él se mostraba tan dolido que dejé de preguntarle hasta qué punto podía fiarme de su palabra. Todos los viernes iba a ver a la doctora Monk, médica y psicoterapeuta, y me dio la sensación de que aquellas charlas semanales le proporcionaban estabilidad y sosiego. Conocí también a Lisa, la chica que salía con él, y el simple hecho de que Lisa le tuviera afecto a Mark contribuyó a suavizar mis sentimientos hacia él. Aunque mi casa estaba abierta a tantos cuantos amigos quisieran visitarle, Teenie, Giles y aquel peculiar chiquillo llamado Migo nunca vinieron a Greene Street, y Mark nunca los mencionó, ni tampoco vi que llevara el guardapelo que le regalara Giles. Lisa sí venía. A sus diecisiete años, Lisa, guapa y rubia, derrochaba entusiasmo. Gesticulaba con las manos en torno al rostro cada vez que hablaba de su vegetarianismo, del calentamiento global o de cierta especie de tigre que se encontraba en peligro de extinción. Siempre que me visitaban me llamaba la atención la costumbre que tenía de alargar la mano para tocar el brazo de Mark o para tomar su mano entre las suyas. Aquellos gestos me recordaban a Violet, y me pregunté si Mark también habría reparado en su similitud. Lisa estaba claramente enamorada de Mark, y yo, cuando pensaba en la pobre Teenie, me felicitaba de cuánto había mejorado el gusto del muchacho. El «objetivo vital» de Lisa, como ella lo llamaba, consistía en ser profesora de niños autistas. «Charlie, mi hermano pequeño, es autista —decía—, y ha mejorado mucho desde que inició el programa de musicoterapia. Es como si la música le desbloqueara».

—Es una chica muy seria —me dijo Mark el sábado de diciembre que señalaba el fin de su castigo—. A los catorce años estuvo una temporada metida en temas de drogas, pero luego se metió en un programa y lleva limpia desde entonces. Hoy en día es incapaz de tomarse ni una cerveza. No le gusta la idea.

Mientras yo asentía ante la nobleza de sus convicciones antialcohólicas, Mark pasó a revelarme información sobre su vida sexual,

algo a lo que gustosamente habría renunciado.

—Todavía no hemos hecho el amor propiamente dicho —me explicó —. Los dos pensamos que es algo que conviene planear, no sé cómo decirte, pensar de antemano. Es un paso importante, y tampoco es cosa de lanzarse por las buenas.

No supe qué responderle. «Lanzarse» era una palabra que se me antojaba perfectamente apropiada para definir todos los primeros encuentros sexuales que yo mismo había tenido en mi vida, y el hecho de que aquellos dos jóvenes consideraran necesario deliberar al respecto me hacía sentir un poco triste. Había conocido mujeres que se echaron atrás en el último momento y otras que se arrepintieron de su pasión a la mañana siguiente, pero en mi experiencia nunca se había dado el caso de tener que celebrar una asamblea de programación precoital.

Mark continuó visitándome todos los sábados y domingos hasta la primavera. Los sábados por la mañana se presentaba puntualmente a las once y a menudo me acompañaba a realizar los recados habituales, ya fuera al banco o a comprar comida y vino. Luego, los domingos, acudía invariablemente a despedirse. Yo me sentía a la vez conmovido por su lealtad y esperanzado por las buenas calificaciones que estaba obteniendo en el colegio, y él, por su parte, me hablaba con orgullo de los sobresalientes que estaba obteniendo en sus controles de vocabulario, de una redacción sobre La letra escarlata que había «triunfado» y de nuevos y diversos aspectos relacionados con Lisa, su chica ideal.

Ya en marzo, Violet me llamó una tarde a última hora para preguntarme si podía bajar a hablar conmigo a solas. La petición resultaba tan inusual que tan pronto como llegó le pregunté si se encontraba bien o si había ocurrido algo.

—Estoy perfectamente, Leo —dijo, sentándose a mi mesa e invitándome a que me acomodara frente a ella, y añadió—: ¿Qué piensas de Lisa?

—Me gusta mucho —respondí.

—A mí también —dijo ella, fijando la mirada en la superficie de la mesa—. ¿Pero nunca tienes la sensación de que hay algo raro en todo ello?

—¿En todo ello? ¿En lo que se refiere a Lisa, quieres decir?

—No, en lo que se refiere a Mark y Lisa. En todo ello.

—Yo creo que está realmente enamorada de Mark.

—Y yo también —dijo ella.

—¿Entonces?

Violet afianzó ambos codos sobre la mesa y se inclinó hacia mí.

—¿Nunca jugaste de niño a ese juego que consiste en descubrir qué es lo que falla en el contenido de una ilustración? Había que examinar el dibujo de una habitación o una calle o una casa, y a medida que te fijabas advertías que a lo mejor había una lámpara con la pantalla boca abajo, o un pájaro que tenía pelo en lugar de plumas o un portaaviones en mitad del nacimiento, junto al portal de Belén. Bueno, pues así me siento yo en lo que respecta a Mark y a Lisa. Están los dos en la imagen, y cuanto más los miro más siento que hay algo que no encaja, pero no sé lo que es.

—¿Qué opina Bill?

—A él no le he dicho nada. Lo ha pasado muy mal. No ha podido trabajar desde que Mark nos mintiera acerca del trabajo, y ahora, por fin, parece que comienza a volver a la normalidad. Está impresionado con los avances de Mark, con Lisa y con la terapia de la doctora Monk. No tengo corazón para mencionarle algo que no pasa de ser una sospecha sin fundamento.

—Resulta muy difícil creer a alguien que ha sido capaz de mentir de un modo tan espectacular —dije—, pero yo no he vuelto a detectar ningún otro embuste evidente, ¿y tú?

—No.

—En ese caso opino que hay que concederle el beneficio de la duda.

—Confiaba en que dijeras eso. Tenía tanto miedo de que pudiera estar pasando algo —dijo, y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Por las noches me quedo pensando si realmente le conozco y la preocupación no me deja dormir. Creo que oculta tantas cosas sobre sí mismo que llega a asustarme. Hace ya mucho tiempo, Leo, quiero decir desde que Mark era un niño… —dejó la frase en suspenso.

—Sigue, Violet —dije yo—. No te pares.

—En algunas ocasiones… no, no siempre, sólo de vez en cuando… hablo con él y me asalta una sensación extraña, como si…

—Como si… —la animé.

—Como si estuviera hablando con otra persona.

Agucé la mirada. Violet me hablaba encorvada sobre la mesa.

—Es algo que me tiene histérica, y Bill… bueno, Bill ha tenido que superar una depresión en toda regla. Ha depositado en Mark muchas esperanzas, grandes esperanzas, y no quiero decepcionarle.

Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas, y vi que todo su cuerpo temblaba. Me puse en pie, rodeé la mesa y apoyé una mano sobre su hombro. Ella se estremeció brevemente y dejó de llorar casi de inmediato. Con un susurro, me dio las gracias y luego me abrazó, y yo, durante las horas siguientes, creí seguir sintiendo su cálido cuerpo contra el mío y el contacto de su húmedo rostro sobre mi cuello.

El tercer sábado de mayo acudí al banco mucho antes que de costumbre. La conclusión del semestre y el tiempo soleado me impulsaban a salir a la calle, y sentí que la luz matutina y las calles aún vacías me levantaban el ánimo mientras avanzaba hacia el Norte en dirección a Houston Street y el Citibank. Aquel día no había cola, por lo que me dirigí directamente al cajero para sacar el dinero que necesitaría a lo largo de la semana. Sin embargo, al extraer la cartera del bolsillo para sacar la tarjeta descubrí que no estaba. Perplejo, intenté recordar cuándo era la última vez que la había utilizado: el sábado anterior. Y tenía la costumbre de devolverla siempre a su lugar. Me volví hacia la pantalla de la máquina, donde podía leerse la pregunta: «¿En qué puedo ayudarle?», y comencé a pensar en la formulación de aquella frase, redactada en primera persona. ¿Hasta qué punto era lógico que una máquina se comunicara así? Era un aparato diseñado para transmitir mensajes y efectuar operaciones. ¿Acaso eso era todo lo que se necesitaba para obtener el privilegio de poder hablar en primera persona? Y entonces, como si el propio texto de pantalla me diera la respuesta, supe lo que ocurría. La cruda e inequívoca verdad se me reveló de pronto, y lo hizo dolorosamente. Cuando estaba en casa siempre dejaba la cartera y las llaves junto al teléfono del pasillo, una costumbre que me evitaba tener que rebuscar en todos mis abrigos y chaquetas antes

de partir hacia el trabajo. Recordé que Mark me había preguntado: «¿Cuándo es tu cumpleaños, tío Leo?». 19230. Mi número secreto. Mark nunca me había felicitado por mi cumpleaños. ¿Y cuántas veces me había acompañado al banco? Muchas. ¿Y cuántas veces no iba al cuarto de baño o a la habitación de Matt y pasaba al lado de mi cartera, siempre a la vista? Para entonces habían entrado varias personas en el banco, y a mis espaldas ya se había formado una cola. Una mujer me dirigió una mirada interrogante mientras yo seguía contemplando mi cartera con los ojos como platos, pero hice caso omiso de ella y, medio caminando, medio corriendo, emprendí el camino de regreso.

Ya en casa, busqué mis archivos bancarios y mis cuadernos de cheques. Rara vez examinaba con detenimiento ni los unos ni los otros. Cuando me llegaban los extractos por correo archivaba los documentos y me olvidaba de ellos hasta el momento de rellenar la declaración de la renta. No había ningún cheque cargado a mi cuenta corriente, pero una cuenta de ahorro en la que guardaba los siete mil dólares correspondientes a honorarios de diversos artículos y al pequeño adelanto que había obtenido por mi libro sobre Goya estaba prácticamente vacía. Era el dinero que tenía ahorrado para mi viaje a España. A Mark le había hablado de aquel viaje, e incluso le había mencionado la existencia de la cuenta, y todo cuanto quedaba en ella ahora eran seis dólares con treinta y un centavos. Desde diciembre se habían efectuado retiradas de efectivo por todos los rincones de la ciudad, algunas de ellas en oficinas bancarias de las que no había oído siquiera hablar, y a menudo a altas horas de la madrugada. Y todas las fechas correspondían al mismo día de la semana: sábado.

Llamé a Bill y a Violet, pero tan sólo oí la suave voz de Bill pidiéndome que dejara un mensaje. Les dije que me llamaran de inmediato tan pronto como regresaran. Luego llamé a Lucille, con la que no había vuelto a hablar desde el día de su lectura. Tan pronto como descolgó el auricular me lancé a contarle la historia, y cuando terminé de hablar ella permaneció en silencio durante al menos cinco segundos. Luego, con tono apagado y neutro, me preguntó:

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que ha sido Mark?

—¡El número secreto! ¡Me preguntó por mi cumpleaños! —exclamé yo, levantando la voz—. ¡La mayor parte de la gente utiliza su cumpleaños! ¡Y las fechas! Todas las fechas se corresponden con sus visitas. ¡Lleva meses robándome sin que me entere! ¡Podría acudir a la policía! Mark ha cometido un delito. ¿Es que no lo entiendes?

Lucille guardó silencio.

—¡Me ha robado casi siete mil dólares!

—Leo —dijo ella con voz serena—, cálmate.

Le dije que ni estaba calmado ni quería calmarme, y que si por algún motivo Mark acudía a su casa sin realizar la correspondiente visita previa a la mía debía confiscarle la tarjeta inmediatamente.

—¿Pero y si no ha sido él? —preguntó ella con la misma voz imperturbable.

—¡Sabes muy bien que ha sido él! —grité, y colgué violentamente el auricular. Casi de inmediato me arrepentí de mi ira hacia Lucille. No era ella quien me había robado dinero. Se resistía a condenar a Mark sin una prueba real, y lo que para mí estaba claro no resultaba tan obvio para ella. Así y todo, la voz fría y ausente con la que había intentado aplacar mi cólera había tenido el efecto de arrojar gasolina sobre un fuego. De haber expresado asombro, comprensión o incluso desolación, no le habría gritado.

No había transcurrido una hora desde la conversación cuando Mark llamó a mi puerta. Al abrirle me sonrió.

—Hola. ¿Qué tal todo? —dijo y, tras una pausa, añadió—: ¿Qué ocurre, tío Leo?

—Dame mi tarjeta —le ordené—. Dame mi tarjeta ahora mismo.

Mark entrecerró los párpados y me contempló con expresión desconcertada.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué tarjeta?

—Dame mi tarjeta de crédito en este mismo instante —le dije— si no quieres que me encargue de recuperarla yo mismo.

Blandí el puño ante su rostro y él retrocedió dos pasos. Parecía genuinamente sorprendido.

—Te has vuelto loco, tío Leo. No tengo tu tarjeta. E incluso si la tuviera, ¿qué iba a hacer con ella? Cálmate.

Su apuesto rostro, sus ojos atónitos, sus oscuros rizos y su cuerpo relajado y aparentemente insensible parecían invitar a la violencia. Le agarré por su jersey de Lurex plateado y le empujé contra la pared. Él, diez centímetros más alto que yo, casi cincuenta años más joven y desde luego mucho más fuerte, se dejó acorralar sin decir nada. Su cuerpo estaba fláccido como el de una muñeca de trapo.

—Saca la tarjeta ahora mismo —mascullé con los dientes apretados—. Sácala y dámela. Como no lo hagas te juro que te pego una paliza que te mato.

Mark continuaba mirándome con expresión de desconcierto absoluto.

—No la tengo.

Blandí el puño frente a su rostro.

—Última oportunidad.

Mark echó mano al bolsillo trasero y le solté. Sacó una cartera, la abrió y de su interior extrajo mi tarjeta azul.

—Estuve tentado de cogerte dinero, tío Leo, pero te juro que no la utilicé. No me llevé ni un centavo.

Retrocedí unos pasos. El chico está loco, pensé, y me invadió una sensación de sobrecogimiento, del sobrecogimiento inmemorial de nuestros temores infantiles, con sus monstruos y sus brujas y sus ogros que acechan en la oscuridad.

—Llevas meses robándome, Mark. Has sacado casi siete mil dólares de mi cuenta.

Él parpadeó. Parecía incómodo.

—Está todo registrado. Cada retirada de efectivo ha quedado reflejada en papel. Te apropiabas de la tarjeta los sábados, después de ir yo al banco, y luego me la devolvías los domingos por la mañana. ¡Siéntate! —grité.

—No puedo sentarme. Le prometí a mamá que hoy volvería pronto a casa.

—No —repuse—. No vas a ningún sitio. Has cometido un delito y puedo llamar a la policía para que te detengan.

Mark se sentó.

—¿La policía? —dijo con voz tenue y perpleja.

—Tenías que saber que a pesar de lo estúpido y de lo despistado que soy tendría que acabar por descubrirlo. Quiero decir, que no estamos hablando de cuatro perras.

Mark parecía haberse quedado petrificado ante mis ojos. Tan sólo sus labios se movían.

—No —dijo—, no creí que llegaras a descubrirlo.

—Sabías que ese dinero era para mi viaje a Madrid. ¿Qué creías que iba a ocurrir cuando acudiera a sacarlo para pagar los billetes de avión y el hotel?

—No pensé en eso.

No podía creerlo. Me resistía a creerlo. Seguí insistiendo, acosándole e interrogándole, pero sin lograr obtener de él otra cosa que las mismas respuestas apáticas. Se sentía «avergonzado» de que hubiera descubierto el robo. Cuando le pregunté si había utilizado el dinero para comprar drogas, me respondió con aparente candor que podía conseguir las drogas gratis. Se compraba cosas, dijo. Iba a restaurantes. El dinero, me explicó, se esfuma con facilidad. Sus respuestas se me antojaban extravagantes, pero hoy creo que la persona que me contemplaba fríamente desde aquella silla estaba diciendo la verdad. Mark sabía que me había robado dinero, y sabía también que hacerlo estaba mal, pero estoy igualmente convencido de que no experimentaba el menor sentimiento de culpa o de vergüenza. Era incapaz de brindar una explicación racional del robo. No era un drogadicto. No debía dinero a nadie. Al cabo de una hora, me miró y dijo, sencillamente:

—Cogí el dinero porque me gusta tener dinero.

—A mí también me gusta tener dinero —le grité—, pero no por eso me dedico a robar las cuentas de mis amigos para conseguirlo.

Mark no tenía nada más que decir al respecto, pero en ningún momento dejó de mirarme. Mantenía los ojos fijos en los míos, y yo me esforzaba por escrutar en su interior. El límpido azul de sus iris y sus pupilas negras y relucientes, me hicieron pensar súbitamente en el vidrio, como si Mark estuviera ciego y detrás de aquellos ojos no hubiera nada. Por segunda vez aquella tarde mi ira se tornó en aprensión. ¿Qué es esta

persona?, me pregunté: no «quién», sino «qué». Le miré y él me miró hasta que finalmente aparté la vista de aquellos ojos muertos, me dirigí al teléfono y llamé a Bill.

A la mañana siguiente Bill me ofreció un cheque por importe de siete mil dólares, pero se lo rechacé. Le dije que la deuda no era suya, y que Mark podía pagarme lo que me debía a lo largo de los años. Él intentó introducírmelo a la fuerza entre los dedos.

—Leo —decía—, por favor.

Su piel aparecía cenicienta a la luz de la ventana, y olía poderosamente a tabaco y a sudor. Llevaba puesta la misma ropa que vistiera la noche antes, cuando bajó en compañía de Violet para oír la historia. Yo seguí negando con la cabeza, y él comenzó a deambular de un lado a otro.

—¿Qué he hecho, Leo? Le hablo y le hablo, pero es como si no me comprendiera —dijo, sin detenerse en ningún momento—. Hemos llamado a la doctora Monk. Vamos a ir todos a verla de nuevo. Quiere que vaya también Lucille, y me ha dicho que le gustaría verte a solas si no te importa. Vamos a tomar con él medidas drásticas. No puede salir. Nada de llamadas telefónicas. Le acompañaremos a todas partes: le recogeremos en el tren, le traeremos a casa y le llevaremos a la consulta. Cuando acabe el colegio vivirá aquí, buscará un trabajo y comenzará a pagarte lo que te debe. —Se detuvo—. Creemos que también ha estado robando a Violet. Dinero del bolso. Ella nunca lleva la cuenta de lo que tiene. Tardó mucho tiempo en darse cuenta, pero… —hizo una pausa—. Si supieras cuánto lo siento, Leo. —Sacudió la cabeza y extendió las manos hacia mí—. Tu viaje a España.

Cerró los ojos.

Yo me puse en pie y deposité las manos sobre sus hombros.

—No has sido tú, Bill. No eres tú quien lo ha hecho. Es Mark quien me ha robado.

Él hundió la cabeza en el pecho.

—Siempre piensas que si de verdad quieres a tu hijo estas cosas no pueden pasar —dijo, y elevó los ojos hacia mí con expresión feroz—. ¿Cómo ha podido pasar?

Yo no supe qué responderle.

La doctora Monk, una mujer bajita y regordeta de pelo muy rizado, voz suave y gestos escuetos, dio comienzo a la entrevista con una sencilla declaración.

—Voy a decirle lo mismo que les he dicho al señor y a la señora Wechsler. Los niños como Mark no son fáciles de curar. Es muy difícil comunicarse con ellos. Por lo general sus padres los dejan por imposibles al cabo de cierto tiempo y los chavales tienen que enfrentarse por sí solos a un mundo en el que o espabilan o acaban en la cárcel o mueren.

Me impresionó su franqueza. Cárcel. Muerte. Murmuré algo acerca de las posibilidades de ayudarle. Era joven; aún era joven.

—Cabe la posibilidad —dijo ella— de que su personalidad aún no se haya afianzado. Como comprenderá, los problemas de Mark son de naturaleza caracterológica.

Sí, pensé yo. Es una cuestión de carácter. Qué palabra tan añeja, carácter.

Le hablé de mi ira, de la sensación de haber sido traicionado y del incomprensible poder del encanto de Mark. Mencioné el fuego y los Donuts. A través de la ventana de la estancia podía ver un arbusto que comenzaba a reverdecer. Los nudos que quebraban sus largas ramas pronto se convertirían en gruesos brotes. Pertenecía a una especie cuyo nombre había olvidado. Después de hablarle a la doctora sobre la amistad entre Matt y Mark me quedé mirándolo en silencio y seguí absorto en él durante largo rato, escarbando su identidad en mi memoria como si su nombre fuera un dato importante, hasta que al fin, me vino: hortensia.

—¿Sabe? —le dije—. Creo que, ya antes de su muerte, Matthew estaba apartándose de Mark. Al pensarlo ahora, recuerdo que los dos estuvieron muy callados durante el viaje en coche hasta el campamento, y que a mitad del trayecto Matt exclamó: «Deja de pellizcarme». En aquel momento me pareció completamente normal: dos críos provocándose mutuamente.

Pero del pellizco había pasado al mordisco, y cuando concluí mi relato la doctora Monk enarcó las cejas y aguzó la mirada.

Al comprobar que no decía nada acerca del hecho de que le hubiera mordido, decidí seguir hablando.

—Le hablé a Mark acerca de la familia de mi padre —dije—. Yo apenas los recuerdo. Ni siquiera llegué a conocer a mis primos. Murieron todos en Auschwitz-Birkenau. Mi tío David sobrevivió a su estancia en el campo de concentración, pero murió durante la marcha subsiguiente. Le hablé también de la muerte de mi padre a consecuencia de un derrame, y no puede imaginarse la seriedad de su rostro mientras me escuchaba. Creo que incluso tenía lágrimas en los ojos…

—No es algo que le cuente usted a mucha gente, ¿verdad?

Yo negué con la cabeza y fijé la mirada en la hortensia. En aquel momento me sentía perdido, como si fuera otra persona la que estuviera hablando. Mantuve los ojos clavados en el arbusto, y noté en mi mente la presencia de algo rojo, de algo intensamente rojo que asomaba a través de una ventana.

—¿Sabe qué fue lo que le impulsó a decírselo a Mark?

Me volví hacia ella y, nuevamente, negué con la cabeza.

—¿Se lo había contado antes a Matthew?

Mi voz temblaba.

—A Mark le he contado muchas más cosas. Cuando murió, Matt sólo tenía once años.

—Once años es muy joven —dijo ella con ternura.

Yo comencé a asentir, pero de inmediato rompí en sollozos. Me puse a llorar delante de una mujer que no conocía de nada. Después de dejarla, me lavé la cara en el pequeño y pulcro cuarto de baño de su consulta, equipado con una generosa provisión de Kleenex, e imaginé a todas las personas que habrían estado allí antes que yo, secándose las lágrimas y limpiándose los mocos junto a aquel retrete. Al salir del edificio a Central Park West contemplé los árboles que acababan de cubrirse nuevamente de hojas y experimenté una sensación de profunda extrañeza. El hecho de estar vivo es algo inexplicable, pensé. La consciencia misma es inexplicable. En este mundo no hay nada normal y corriente.

Una semana después, Mark firmó un contrato en presencia de Violet, Bill y yo. El documento era idea de la doctora Monk. Creo que confiaba en que al aceptar las condiciones allí reflejadas en negro sobre blanco Mark se viera arrastrado a la convicción de que la moralidad es, en definitiva, un contrato social, un consenso establecido en torno a ciertas leyes humanas básicas, y que sin ella las relaciones entre las personas degenerarían hasta sumirse en el caos. El escrito era como una versión reducida y personalizada de los diez mandamientos:

No mentiré.
No robaré.
No saldré de casa sin permiso.
No hablaré por teléfono sin permiso.
Devolveré el dinero que le he robado a Leo sirviéndome de mis pagas semanales, así como de lo que gane con mi trabajo este próximo verano y el año siguiente y en el futuro.

Aún conservo entre mis papeles una copia, al pie de la cual figura la firma de Mark, garabateada con una caligrafía de aspecto infantil.

Durante aquel verano Mark se presentó sábado tras sábado en mi casa con el pago correspondiente. No me apetecía que entrara en el piso, de modo que permanecíamos en el rellano mientras él abría el sobre e iba contando los billetes que me daba. Luego se marchaba y yo anotaba la cantidad correspondiente en una pequeña libreta que guardaba en mi escritorio. Mark me pagaba con lo que ganaba como cajero en una tahona del Village. Por las mañanas, Bill le acompañaba andando hasta el trabajo, y Violet acudía a recogerle a las cinco. Todos los días, preguntaba al jefe qué tal se portaba Mark, y la respuesta siempre era la misma:

—Estupendamente. Es un buen chico.

El señor Viscuso debía de compadecerse de su empleado por tener una madre tan controladora. Aparte de su familia, sus compañeros de trabajo y yo, la única persona a la que veía Mark era a Lisa, que dos o tres veces a la semana acudía a visitarle, a menudo con un libro bajo el brazo para que lo leyera. Violet me contaba que aquellos volúmenes por lo general procedían de las secciones de «psicología para el profano» de las librerías locales, y que estaban repletos de recetas destinadas a obtener la «paz interior» y de exhortaciones al lector tales como: «Aprende primero a amarte a ti mismo» y «Combate esos convencimientos soterrados que te impiden disfrutar de lo mejor y de lo más feliz de ti mismo». Lisa se había apuntado a la causa de la reforma de Mark y pasaba muchas horas con él, dedicada a mostrarle el camino. Según Violet, lo único que hacía Mark cuando no estaba trabajando, comiendo o comulgando con Lisa acerca de su tranquilidad espiritual, era dormir.

—Eso es todo lo que hace —decía—. Dormir.

A finales de agosto, Bill voló a Tokio para preparar una nueva exposición de las puertas, y Violet se quedó en casa con Mark. A las nueve de la mañana del jueves posterior a la partida de Bill, Violet bajó a mi casa en albornoz.

—Mark se ha marchado —dijo, mientras entraba en la cocina.

Se sirvió una taza de café y se sentó a la mesa conmigo.

—Salió por la ventana, subió a la azotea por la escalera de incendios y de allí bajó por el interior hasta el portal. Yo creía que la puerta del tejado estaba cerrada, pero esta mañana, al ir a comprobarlo, descubrí que estaba abierta. Tengo la sensación de que lleva ya algún tiempo haciéndolo, aunque hasta ahora regresaba siempre antes del amanecer. Duerme y duerme sin parar porque está agotado de andar por ahí fuera durante toda la noche. Nunca me habría enterado —dijo— de no haber sido porque anoche sonó el teléfono a eso de las dos. No sé quién era la que llamaba. Una chica anónima. No quiso darme su nombre, pero me preguntó si sabía dónde estaba Mark y yo le dije que estaba durmiendo y que no pensaba despertarle. «Qué coño va estar durmiendo —dijo ella— si acabo de verle». Debía de estar en una discoteca, porque se oía mucho ruido de

fondo. Luego dijo que quería ayudarme. «Usted es su madre —dijo— y debería saberlo». Tiene gracia, porque en ningún momento se me ocurrió negar que fuera su madre. Me limité a escuchar. Dijo entonces que tenía que decirme algo. —Violet aspiró profundamente y bebió un sorbo de café —. Tal vez no sea cierto, pero la chica me dijo que Mark pasa todas las noches en compañía de Teddy Giles. «La Monstruosa ha salido de su caverna», dijo, sin que yo supiera de qué estaba hablando. Traté de interrumpirla, pero ella siguió hablando y me contó que Giles había comprado un niño en México.

—¿Comprado? —dije yo.

—Eso dijo: que los padres del niño se lo habían vendido a Giles a cambio de unos pocos cientos de dólares, y que a partir de entonces el crío se enamoró de Giles y que éste le vistió de niña y se pasó una temporada llevándole con él a todas partes. La historia que me contó era bastante confusa, pero me dijo que una noche tuvieron una pelea y Giles le cortó un dedo meñique al niño. Luego le llevó a Urgencias para que se lo reimplantaran, pero poco después el chaval, Rafael, desapareció. Según la chica, corre el rumor de que Giles le asesinó y arrojó su cuerpo al East River. «Es un psicópata —me dijo—. Es un psicópata y le tiene echado el guante a su hijo. Pensé que debía saberlo». Ésas fueron sus palabras exactas. Luego colgó.

—¿Se lo has contado a Bill?

—Lo he intentado. Le he dejado mensajes en el hotel, pero sin decir que era urgente. ¿Qué va a hacer el pobre desde Tokio? —Violet parecía pensativa—. El problema es que estoy asustada.

—Y con buen motivo, si es que hay algo remotamente cierto en todo esto. Giles es un personaje temible.

Violet abrió la boca como si quisiera decir algo, pero volvió a cerrarla. Asintió y desvió la mirada, lo que me permitió admirar su cuello y su perfil. Aún es hermosa, pensé; tal vez incluso más hermosa ahora que se va haciendo mayor. Tanto ella como su rostro poseen una nueva armonía que no solía estar presente durante sus años de juventud.

Mark se presentó en casa de su madre el domingo siguiente. Según Bill y Violet, insistió en que era la primera vez que salía de casa, afirmó que toda la historia acerca de Rafael era una «gilipollez» y explicó que había ido a ver a unos amigos porque estaba «aburrido». Una semana después había vuelto con ella para asistir al colegio. Todos los viernes, o bien Bill o bien Violet acudían a recogerle a la estación, le acompañaban en metro a la consulta de la doctora Monk, aguardaban hasta que salía y le escoltaban de regreso a casa. Su arresto domiciliario seguía en vigor.

A lo largo de los meses siguientes el comportamiento de Mark se centró en un esquema reconocible que yo di en denominar «el ritmo del terror». Había veces en que parecía ir progresando durante varias semanas seguidas. Sacaba notables y sobresalientes en los estudios, se mostraba solícito, atento y amable, y todas las semanas me entregaba algo de dinero procedente de su paga. Según Bill y Violet, las largas conversaciones que mantenían con él acerca de la confianza, la honradez y la necesidad de cumplir los acuerdos alcanzados parecían ayudarle a «mantenerse encarrilado». El muchacho se desahogaba con la doctora Monk, quien se mostraba complacida con su «mejoría». Luego, de pronto, cuando las personas que le rodeaban se hallaban presas de una sensación de cauteloso optimismo, Mark volvía a las andadas. Una noche de octubre Violet encontró su cuarto vacío y descubrió que le faltaba todo el dinero que creía tener en el bolso. El domingo por la mañana, Mark reapareció. En noviembre, Philip, su padrastro, salió un día camino del trabajo y reparó en que el coche tenía una enorme abolladura. En diciembre Bill se llevó a Mark a comer por el barrio. Habían pedido ya unas hamburguesas cuando el muchacho se excusó para ir al cuarto de baño: apareció tres días después en casa de Lucille. En febrero, su profesor de Historia se lo encontró vomitando en el cuarto de baño de chicos; llevaba un litro de vodka en la mochila y varias pastillas de Valium en el bolsillo.

Todos los incidentes se desarrollaban según el mismo patrón. En primer lugar, el desdichado descubrimiento; a continuación, la explosión de cólera de los afectados; por último, la reaparición de Mark y sus

fervientes negativas. Sí, se había escapado, pero en realidad tampoco había hecho nada malo. Se había limitado a pasear por la ciudad. Eso era todo. Necesitaba estar solo. En ningún momento se había apropiado del automóvil de Philip para salir con él en mitad de la noche. Si había una abolladura en la portezuela de la ranchera sería porque alguna otra persona la había cogido. Sí, había huido de casa aquella noche, pero no había robado ningún dinero. Violet se equivocaba: lo habría contado mal o se lo habría gastado en otra cosa. Sus indignadas afirmaciones de inocencia eran inconcebiblemente irracionales. Tan sólo admitía sus culpas cuando se veía enfrentado a pruebas irrefutables. En retrospectiva, todas sus acciones eran nauseabundamente previsibles, pero en aquel entonces ninguno de nosotros se preocupaba de volver la vista atrás, y aunque su comportamiento era del todo cíclico, los demás no éramos clarividentes. Era imposible prever cuándo tendría lugar el siguiente acceso.

Mark se había convertido en un enigma interpretativo. A mi juicio, su comportamiento podía entenderse de dos modos distintos, ambos de los cuales implicaban cierta forma de dualidad. El primero era maniqueo. La doble vida de Mark era como un péndulo que oscilara entre la luz y la oscuridad. Una parte de él quería realmente obrar bien. Amaba a sus padres y a sus amigos, pero a intervalos regulares se veía superado por impulsos súbitos y actuaba en consecuencia con ellos. Bill creía firmemente en esta versión de la historia. El otro modelo para el comportamiento de Mark podía compararse con el de los estratos geológicos. Los así llamados buenos impulsos constituían una superficie altamente desarrollada que disfrazaba en gran medida lo que subyacía en su interior, y cada cierto tiempo las incansables fuerzas sísmicas que albergaba ascendían súbitamente hacia la superficie y desataban una erupción volcánica. Comencé a pensar que aquella teoría era obra de Violet o, más exactamente, que aquélla era la teoría que Violet temía.

Independientemente de cómo se interpretaran, los arrebatos delictivos de Mark sometían a Bill y a Violet a una cruel venganza. Y simultáneamente, al robar mi dinero, Mark había conseguido acercarnos todavía más a mí, a su padre y a su madrastra. Todos éramos sus víctimas, y los tabúes que existían antes del robo de Mark habían desaparecido. Las

ansiedades que en otro tiempo Bill y Violet callaran en nombre de la protección de Mark entraron a formar parte de nuestras conversaciones. Violet se enfurecía al pensar en sus traiciones y luego se calmaba, pero al poco rato el proceso comenzaba de nuevo.

—Me siento en una montaña rusa de amor y odio —decía—, y el recorrido siempre es el mismo, una y otra vez.

Con todo, y a pesar de su decepción, Violet convirtió a Mark en objeto de su personal cruzada. Advertí que en su mesa, junto a otros muchos volúmenes, había un libro llamado Deprivación y delicuencia, de D. W. Winnicott.

—No vamos a perderle —me decía—. Vamos a luchar.

El problema era que tenía que librar sus frenéticas batallas contra un enemigo invisible. Violet se pertrechaba de pasión e información, pero cuando se lanzaba al ataque lo único que encontraba en el campo de batalla era un gentil joven que no ofrecía la menor resistencia.

Bill, por su parte, no tenía alma de soldado, y no se leyó un solo libro sobre las alteraciones del comportamiento en la adolescencia. Languidecía. Su aspecto era cada día más viejo, más gris, más encorvado y más ausente. Me recordaba a un enorme animal herido cuyo poderoso cuerpo estuviera encogiéndose gradualmente. A Violet, sus accesos de furia contra Mark la mantenían vigorosa, pero si Bill experimentaba algún tipo de ira era contra sí mismo, y poco a poco fui viendo cómo se reconcomía. Lo que hería a Bill no era la esencia de los delitos de Mark: que se escapara, que mezclara vodka con Valium, que utilizara el coche de su padrastro sin permiso… ni siquiera que mintiera y robara. En otras circunstancias todo aquello podía perdonarse, y a Bill le habría resultado mucho más fácil enfrentarse a una rebelión declarada. De haber sido Mark un anarquista, lo habría entendido. Si tan sólo hubiera pretendido defender su propio hedonismo o incluso escaparse de casa para vivir la vida de acuerdo con sus ideas, por necias que éstas fueran, Bill le habría permitido marchar. Pero Mark no hacía esas cosas, sino que encarnaba todo aquello contra lo que Bill había luchado tan larga y denodadamente: el compromiso superficial, la hipocresía y la cobardía. Cuando hablaba conmigo, Bill parecía más confuso ante su hijo que otra cosa. Con voz

desconcertada, me contaba que al preguntarle a Mark qué era lo que más quería en la vida, éste le había respondido con aparente candidez que lo que más deseaba era que la gente le apreciara.

Bill iba todos los días a su estudio, pero no trabajaba.

—Camino hasta allí —me contaba— en la esperanza de que algo se me ocurra, pero sin éxito. Leo los resultados deportivos, y luego me tumbo en el suelo y me invento partidos imaginarios, igual que cuando era niño. Partidos que se prolongan interminablemente. Yo juego a ser el comentarista que los retransmite, hasta que me quedo dormido. Duermo y sueño durante horas y luego me levanto y me marcho a casa.

Yo poco podía ofrecerle a Bill aparte de mi presencia, pero eso al menos no se lo escatimaba. Había días en que salía del trabajo y me encaminaba directamente a Bowery. Una vez allí, nos sentábamos los dos en el suelo y charlábamos hasta la hora de la cena. Mark no era nuestro único tema de conversación. Yo me quejaba de Érica, cuyas cartas siempre se las arreglaban para mantener viva una pequeña esperanza. Nos contábamos anécdotas de la niñez y hablábamos de pintura y de libros. A eso de las cinco solía permitirse abrir una botella de vino o se servía un *whisky*. Luego, a lo largo de las espesas horas siguientes, la luz de aquellos días cada vez más largos iluminaba nuestras cabezas a través de la ventana, y Bill, estimulado por el alcohol, alzaba el dedo hacia el techo y citaba a Samuel Beckett o a su tío Mo. Con ojos húmedos y enrojecidos, declaraba su amor por Violet y se reafirmaba en las esperanzas que, a pesar de todo, tenía depositadas en Mark. Se desternillaba de risa contando chistes malos, epigramas picantes y juegos de palabras absurdos. Denostaba el mundo del arte, al que calificaba de imperio de humo alimentado por dólares, marcos y yenes, y me confesaba con tono solemne que se sentía hueco y acabado como artista. Las puertas habían constituido el canto del cisne «de todo eso». Sin embargo, al cabo de un minuto afirmaba haber estado pensando largo tiempo en el color del cartón húmedo.

—Cuando ha llovido resulta precioso verlo por las calles, tirado en mitad del arroyo o atado con cuerdas en pulcros montones.

Había tardes dominadas por el drama: por el drama de Bill, que nunca me aburría, porque cuando estaba con él podía percibir todo su peso. Aquel hombre pesaba de vida, por más que a menudo tendamos a apreciar la ligereza y admiremos a esas personas que parecen gráciles y etéreas, que flotan en lugar de caminar y que nos atraen con su permanente desafío a la gravedad ordinaria. Su indiferencia pretende imitar la felicidad, pero en Bill no había nada de eso. Él siempre había sido como un peñasco, robusto e inmenso, cargado de una fuerza magnética de origen interno, y yo me sentía más que nunca atraído por él. Porque le veía sufrir renuncié a mis defensas y a mi envidia, un sentimiento que nunca había analizado ni admitido pero que entonces reconocí. Le había envidiado; había envidiado a ese Bill potente, obstinado y sensual que había creado, creado y creado hasta notar ya extinguida su capacidad de creación. Le había envidiado por Lucille. Le había envidiado por Violet. Y le había envidiado por Mark, aunque sólo fuera por el hecho de que el muchacho estuviera vivo. La verdad era amarga, pero el dolor de Bill prestaba a su carácter una fragilidad nueva, y esa debilidad nos hacía más iguales.

Una tarde de comienzos de marzo en que nos encontrábamos en Bowery, Violet se reunió con nosotros provista de una bolsa de comida tailandesa de cuyo contenido dimos cuenta sentados en el suelo. Devoramos aquella cena como si fuéramos tres refugiados famélicos y luego nos quedamos en el estudio y estuvimos bebiendo hasta bien avanzada la noche. Violet se encaramó al colchón y, tendida sobre su espalda, siguió la conversación sin cambiar de postura, aunque al cabo de un rato todos fuimos encontrando un rincón propio encima de la cama: Violet en el medio, y Bill y yo a ambos lados de ella. Allí estábamos, como tres borrachos felices y entretenidos en su conversación deslavazada. Yo, a eso de la una de la madrugada, dije que tenía que volver a casa o me resultaría imposible levantarme a la mañana siguiente para ir a trabajar. Violet aferró el brazo de Bill y a continuación el mío.

—Cinco minutos más —dijo—. Hacía mucho, mucho tiempo que no era tan feliz como ahora. Es tan agradable olvidar y sentirse libre e idiota…

Media hora después caminábamos por Canal Street en dirección a Greene. Aún llevábamos los brazos enlazados, y Violet seguía flanqueada por Bill y por mí. Nos cantó una canción popular noruega, algo relacionado con un violinista y su violín. Bill unió al estribillo su voz profunda, sonora y desafinada, y yo me lancé a cantar también, imitando los sonidos de aquellas palabras sin sentido a medida que nos dirigíamos a casa. Violet alzó la barbilla a medida que cantaba, y su rostro reflejó la luz de las farolas que se erigían sobre nosotros. La atmósfera era fría, pero también seca y diáfana, y noté que Violet estrechaba mi brazo con fuerza y que su paso se alegraba. Antes de iniciar la segunda estrofa aspiró profundamente y sonrió al cielo, y a continuación vi cómo cerraba los ojos durante un par de segundos para aislarse de todo menos de la creciente dicha que destilaban nuestras voces. Aquella noche lo percibimos los tres: el retorno de la felicidad sin motivo aparente, pero cuando cerré la puerta de mi casa después de darles las buenas noches, supe que a la mañana siguiente la sensación habría desaparecido. La transitoriedad formaba parte de su esencia.

Durante meses, Lazlo mantuvo los oídos bien abiertos. Ignoro de dónde obtenía exactamente su información. Se dedicaba a recorrer las galerías, y Pinky y él salían a menudo por la noche. Todo cuanto sé es que cada vez que surgían nuevos rumores y chismorreos siempre parecían encontrar el modo de llegar hasta él. Aquel joven alto y delgado de cabellos insólitos, ropas chillonas y enormes gafas negras oía mucho más de lo que contaba. Se supone que el espía ideal debe ser alguien que pase desapercibido, pero con el tiempo llegué a contemplar a Lazlo como el detective perfecto. Su aparatoso exterior era como un faro entre las muchedumbres neoyorquinas de gentes vestidas de negro, pero esa misma espectacularidad parecía librarle de toda sospecha. También él había oído historias relativas a la desaparición de un niño y los rumores que habían surgido sobre un posible asesinato, aunque opinaba que tales habladurías no eran sino parte de la máquina publicitaria clandestina de Teddy Giles, que inventaba aquellas historias macabras para reforzar su condición de

nuevo enfant terrible del mundo del arte. A Lazlo le preocupaban más, sin embargo, otros rumores según los cuales Giles «coleccionaba» a gente joven, tanto chicos como chicas, y que Mark era uno de sus ejemplares favoritos. Se decía asimismo que Giles lideraba pequeños grupos de jóvenes a lo largo de incursiones por Brooklyn y Queens durante las que sus bandas se dedicaban a cometer actos de vandalismo sin sentido o a allanar sótanos privados para robar objetos tales como tazas y azucareros. Según las fuentes de Lazlo, antes de partir en sus correrías los jóvenes se disfrazaban y se cambiaban el color del cabello y de la piel. Los chicos iban vestidos de chica y viceversa, y se contaban historias de los crueles hostigamientos a que sometían a los vagabundos sin techo que vivían en Tompkins Square Park, volcando los carritos en los que transportaban sus pertenencias y robándoles sus alimentos y sus mantas. Lazlo oyó también curiosos informes relativos a los «estigmas», o cierta forma de marca corporal a fuego que era exclusiva de aquellos que pertenecían al círculo íntimo de Giles.

Resultaba difícil saber hasta qué punto ocurrían realmente aquellas cosas. Todo cuanto podía determinarse con alguna certeza era que la imagen de Teddy Giles como estrella del arte iba en constante ascenso. La reciente y desorbitada venta a un coleccionista británico de una obra llamada Rubia muerta en una bañera terminó de sellar su reputación como un artista no sólo ya controvertido, sino también caro. Giles había acuñado una nueva expresión, el «arte del entretenimiento», y la sacaba a relucir en todas sus entrevistas. Insistía una y otra vez en que las distinciones entre el arte elevado y el arte menor habían desaparecido, aunque luego añadía que el arte no era ni más ni menos que entretenimiento, y que el valor del entretenimiento se medía en dólares. La crítica recogía aquellos comentarios bien como muestras supremas de ironía, bien como el nacimiento de la verdad en publicidad: el alba de una nueva era que admitía que el arte, como todo, funcionaba a base de dinero. Giles concedía entrevistas utilizando diversas personalidades. A veces se vestía de mujer y adoptaba una absurda voz de falsete; otras, aparecía ataviado con traje y corbata y hablaba como lo haría un ejecutivo al referirse a sus negocios. Empecé a comprender por qué la gente se sentía fascinada por

Giles. Sus voraces deseos de atención le obligaban a reinventarse a sí mismo regularmente. Todo cambio es noticia, y Giles deleitaba a los medios de comunicación a pesar del hecho de que su arte se basaba en imágenes que, desde largo tiempo atrás, se hallaban ya consolidadas como lugares comunes en otros géneros más populares.

A finales de marzo Bill comenzó a trabajar de nuevo. El nuevo proyecto tenía como punto de partida a una mujer de Greene Street y a su bebé. También yo la había visto desde la ventana de su *loft*, pero nunca hubiera adivinado que aquella persona pudiera llegar a imprimir una dirección completamente nueva al trabajo de Bill. En lo que veíamos no había nada de extraordinario, pero he llegado a creer que eso era exactamente lo que quería Bill: el día a día en toda su densa especificidad, y para ello recurrió a la película o, mejor dicho, al vídeo. Yo, al principio, fui lo bastante conservador como para pensar que un artista de su brillantez técnica estaba traicionando su talento al utilizar la videocámara, pero después de ver las grabaciones cambié de opinión. La cámara liberaba a Bill del peso debilitador de sus propios pensamientos desde el momento en que le sacaba a las calles, donde encontraba no sólo cientos de niños sino los fragmentos visuales que ilustraban el desarrollo de la historia de sus vidas. Necesitaba a aquellos niños para conservar su propia cordura, y a través de ellos comenzaría a componer una elegía acerca de aquello que hemos perdido todos cuanto hemos logrado vivir lo suficiente: nuestra niñez. Pero el suyo no sería un lamento sentimental. En su obra no había lugar para el halo Victoriano que aún hoy continúa oscureciendo nuestra noción de la infancia, aunque lo más importante es que encontró —creo— un modo de enfrentarse a la angustia que le inspiraba Mark, pero sin Mark.

Vimos a la mujer una tarde temprana de domingo, después de que Mark ya hubiese tomado el tren de Cranbury. Bill y yo estábamos junto a la ventana, y en ese momento Violet se acercó a él por detrás y le rodeó la cintura con los brazos. Apoyó la mejilla en su jersey, se situó junto a él y se pasó uno de sus brazos en torno al cuello. Durante un minuto, los tres

nos limitamos a contemplar en silencio a los transeúntes. Un taxi se detuvo, la portezuela se abrió y de su interior emergió una señora vestida con un largo abrigo marrón que llevaba a un bebé apoyado en la cintura y cargaba con varios paquetes y un cochecito. Los tres observamos cómo desplazaba al niño de una cadera a otra para luego hurgar en el bolso, extraer un billete, pagar al conductor y ayudarse de la mano izquierda y el pie derecho para desplegar el cochecito. A continuación, depositó a la bien arropada criatura en el vehículo y le abrochó el cinturón protector en torno a la cintura, momento en el que el pequeño rompió a llorar. La mujer se agachó en la acera, se quitó los guantes, se los introdujo apresuradamente en los bolsillos y luego comenzó a rebuscar en el interior de una enorme bolsa acolchada. De ella extrajo un chupete que introdujo en la boca del bebé. A continuación aflojó los cordones que aseguraban la capucha del mono del niño, se aproximó a su rostro y comenzó a agitar el cochecito con una mano mientras le sonreía y le hablaba. El bebé se reclinó en el cochecito sin dejar de succionar con fuerza y cerró los ojos. La mujer lanzó un vistazo al reloj, se puso en pie, colgó las cuatro bolsas de las asas del cochecito y comenzó a empujarlo calle arriba.

Al desviar la mirada comprobé que Bill seguía mirando a la mujer. Aquella tarde no dijo ni una palabra acerca de ella, pero mientras devorábamos la frittata de Violet y charlábamos sobre las posibilidades que tenía Mark de aprobar sus exámenes semestrales y graduarse en el instituto, pude percibir que Bill estaba ausente. Escuchaba lo que Violet y yo le decíamos y nos respondía, pero al mismo tiempo se le veía distanciado, como si una parte de sí mismo hubiera abandonado ya el apartamento para echar a caminar a lo largo de la acera.

A la mañana siguiente compró una videocámara y se puso a trabajar. Se pasó tres meses saliendo por la mañana temprano y quedándose fuera hasta bien avanzada la tarde. Cuando terminaba de filmar se iba al estudio y allí se quedaba dibujando hasta la hora de la cena. Luego, después de comer, regresaba a menudo a sus libretas de notas y permanecía trabajando hasta altas horas de la noche. Los fines de semana, sin embargo, los pasaba íntegros con Mark. Según Bill, hablaban, veían películas alquiladas y luego volvían a hablar. Mark se había convertido en

el hijo discapacitado de Bill, alguien a quien había que cuidar como si fuera un niño, alguien a quien no se podía perder de vista ni un instante. En mitad de la noche Bill se asomaba al cuarto de su hijo para comprobar que no había desaparecido por la ventana. Su paternal vigilancia, que en otro tiempo fuera una forma de castigo, se convirtió en la manera de impedir un inevitable descontrol que, según temía, habría de destrozar al muchacho.

Aunque Bill había recobrado sus energías gracias al nuevo proyecto, su excitación rozaba lo maníaco. Al mirarle a los ojos uno tenía la sensación de que éstos, más que recuperar su antigua vivacidad, habían adquirido un fulgor febril. Dormía muy poco, perdió varios kilos y comenzó a afeitarse con mucha menos frecuencia de lo que era habitual en él. La ropa le apestaba a humo y, según avanzaba el día, el aliento iba desprendiendo un aroma propio a vino o a *whisky*. A pesar de su frenética actividad, aquella primavera tuve ocasión de verle con frecuencia, a veces durante varias tardes seguidas. Él me telefoneaba a casa o a la oficina:

—Leo, soy Bill. ¿Por qué no subes a verme cuando pases por Bowery?

Yo decía que sí incluso aquellos días en los que ello me supondría tener que quedarme hasta tarde con exámenes o preparativos de conferencias, porque su voz, aun a través del teléfono, transmitía algo que denotaba su necesidad de compañía. Luego, cuando entraba en el estudio, él siempre interrumpía su trabajo para darme una palmadita en la espalda o sacudirme los hombros mientras me hablaba de los niños que había filmado aquella tarde en un parque infantil.

—Había olvidado lo chiflados que están los críos pequeños —decía—. Están todos como una cabra.

Una tarde de mediados de abril, Bill comenzó de repente a hablar del día en que había vuelto con Lucille para darle otra oportunidad al matrimonio.

—Al entrar por la puerta lo primero que hice fue agacharme y decirle a Mark que nunca más iba a marcharme y que a partir de entonces los tres íbamos a vivir juntos —dijo, y se volvió a contemplar la cama que había construido años atrás para su hijo y que aún descansaba en el extremo más alejado de la estancia, no lejos del refrigerador—. Y luego le traicioné. Le

conté las chorradas habituales: que le quería pero que ya no podía vivir con su madre. El día que llegó la quinta carta de Violet y yo salí por la puerta, se puso a gritar, «¡Papá!». Le oía desde el rellano. Seguí oyéndole mientras bajaba las escaleras, y aún podía oírle cuando me alejaba calle abajo. Nunca olvidaré su voz. Chillaba como si le estuvieran matando. Es lo peor que he oído jamás.

—Los niños pequeños son capaces de llorar de esa manera por cualquier cosa, incluso por un caramelo o porque ha llegado la hora de acostarse.

Bill se volvió hacia mí y aguzó la mirada. Cuando habló, lo hizo con voz baja pero incisiva.

—No, Leo. De eso se trata, precisamente. No era esa clase de llanto. Era diferente. Era horrible. Y aún me resuena en los oídos. No: me concedí preferencia a mí mismo sobre él.

—No te arrepentirás, ¿verdad?

—¿Cómo podría arrepentirme? Violet es mi vida. Escogí vivir.

La tarde del día 7 de mayo no fui a visitar a Bill. Él no me llamó, y decidí quedarme en casa. Cuando sonó el teléfono estaba releyendo una carta de Érica que acababa de recibir pocas horas atrás. Las frases que motivaban mi reflexión eran: «Algo me ha ocurrido, Leo. He dado un paso, pero no con mi mente, que siempre corre por delante de mí, sino con mi cuerpo, en el que el dolor ya me imposibilita moverme ni hacer otra cosa que no sea dar vueltas en torno a Matt. Comprendí que quería verte. Quiero tomar un avión y acudir a visitarte a Nueva York. Si no quieres verme, si estás harto, lo comprenderé. No te culpo por ello si es así, pero quería decirte lo que deseo». No dudaba de la sinceridad de Érica, pero sí dudaba de que aquel convencimiento fuera a durar mucho. Al mismo tiempo, después de leer de nuevo sus palabras, pensé que tal vez llegara en efecto a realizar el viaje. La idea me inquietaba, y cuando descolgué el auricular aún tenía la mente distraída por la posible decisión de Érica de acudir a visitarme.

—¿Leo?

Mi interlocutor hablaba con un extraño murmullo a media voz, y no pude reconocerle.

—¿Quién es?

Durante unos instantes no obtuve respuesta.

—Violet —dijo, en voz más alta—. Soy Violet.

—¿Qué ocurre? —dije—. ¿Qué ha pasado?

—¿Leo? —repitió.

—Sí, aquí estoy —dije yo.

—Estoy en el estudio.

—¿Qué ha pasado?

Una vez más, no me respondió. Podía oírla respirar junto al auricular, y repetí la pregunta.

—Me he encontrado a Bill en el suelo…

—¿Está herido? ¿Has llamado a una ambulancia?

—Leo —Violet susurraba las palabras lenta y metódicamente—. Estaba muerto cuando le encontré. Y llevaba muerto ya algún tiempo. Debió de morir poco después de entrar, porque aún tenía la chaqueta puesta y la cámara estaba tirada en el suelo junto a él.

Sabía que no podía equivocarse, pero dije:

—¿Estás segura?

Violet aspiró profundamente.

—Sí —dijo—. Estoy segura. Está helado, Leo.

Había dejado de susurrar, pero a medida que seguía hablando con aquel tono ajeno y desapasionado su compostura llegó a asustarme.

—Mr. Bob ha estado aquí, pero ya se ha marchado. Creo que le oigo rezar —dijo.

Pronunciaba las palabras cuidadosamente, vocalizando cada sílaba como si estuviera esforzándose por declamar su papel sin equivocarse.

—El caso —prosiguió— es que tuve que ir a la estación a recoger a Mark, pero se me escabulló. Llamé al estudio y dejé un mensaje. Pensé que Bill seguía fuera, pero que ya habría regresado para cuando yo volviera. Estaba tan cabreada con Mark, me sentía tan furiosa, que necesitaba ver a Bill. Y tiene gracia, porque todo ese enfado ahora no significa nada. Me da igual. El caso es que Bill no contestó al portero

automático, de modo que entré por mi cuenta. Creo que debí de gritar al verle, y tal vez por eso subió Mr. Bob, pero tampoco lo recuerdo. Necesito que vengas aquí, Leo, y que me ayudes a llamar a quien se suponga que tiene uno que llamar cuando alguien se muere. No sé por qué, pero yo soy incapaz de hacerlo. Y cuando lo hayas hecho me gustaría volver a quedarme a solas con él. ¿Te estás enterando bien de todo lo que te estoy diciendo?

—Ahora mismo voy.

A través de la ventanilla del taxi podía ver las calles y las señales que tan familiares me resultaban, así como los corrillos de gente en Canal Street, y aunque todo desfilaba ante mi vista con una claridad desacostumbrada, sentí que aquellos paisajes ya no me pertenecían, que no eran tangibles, y que si el taxi se detenía y yo me bajaba no podría aprehender nada de aquello. Conocía la sensación. La había experimentado anteriormente, y continué percibiéndola al entrar en el edificio y distinguir las palabras de Mr. Bob, que seguía rezando tras la puerta de la vieja cerrajería. Su voz no tronaba con la misma resonancia shakesperiana a la que había llegado a habituarme, sino que era más bien como un sonsonete indistinto, como un canturreo que subía y bajaba, haciéndose cada vez más débil a medida que me aproximaba al piso de arriba e iba distinguiendo otro sonido: el susurro a media voz de Violet, procedente del interior de la estancia, a pocos pasos por encima de mi cabeza. La puerta del estudio no estaba abierta del todo, sino apenas entornada. Violet continuaba hablando en voz baja, pero no alcancé a distinguir sus palabras. Me detuve tras la puerta y, durante un instante, vacilé, porque sabía que en aquella habitación iba a ver a Bill. Lo que sentía no era tanto miedo como una cierta renuencia a penetrar en el inviolable misterio de la muerte, pero fue una sensación breve, y abrí la puerta de par en par. Las luces estaban apagadas, y el sol del ocaso inundaba las ventanas y arrojaba una nebulosa luminosidad sobre los cabellos de Violet, que se había sentado en el suelo con las piernas cruzadas al otro extremo de la habitación, cerca de la mesa. Sostenía la cabeza de Bill en el regazo y se hallaba inclinada sobre él, habiéndole con esa misma voz apenas audible que había utilizado antes conmigo por teléfono. Incluso desde aquella distancia, era fácil advertir

que Bill estaba muerto. La inmovilidad de su cuerpo era inequívoca, y no cabía confundirla ni con el reposo ni con el sueño. Yo, que ya había presenciado aquella inexorable quietud en mis padres y en mi hijo, supe nada más vislumbrar a Bill que Violet estaba sosteniendo un cadáver.

Ella no me oyó entrar, y yo, durante unos segundos, ni siquiera me moví. Permanecí en el umbral de la amplia y familiar habitación y observé las sucesivas hileras de lienzos apoyados contra la pared, las cajas apiladas en los estantes que se extendían sobre ellos, los portafolios que se amontonaban bajo las ventanas llenos de miles de dibujos, las viejas estanterías desvencijadas por el peso de los libros y las cajas de madera que contenían sus herramientas. Poco a poco fui asimilándolo todo y concentrándome en las motas de polvo que revoloteaban bajo la mortecina luz del sol, que se derramaba sobre el suelo formando tres amplios rectángulos. Avancé en dirección a Violet, y ella, al sonido de mis pasos, alzó la barbilla y nuestras miradas se cruzaron. Durante una fracción de segundo su rostro pareció contorsionarse, pero se cubrió la boca con la mano y, al retirarla, vi que su semblante había vuelto a relajarse.

Me detuve junto a ella y mis ojos se posaron en Bill. Sus ojos vacuos aún permanecían abiertos. Tras ellos no se vislumbraba nada, y su expresión de ausencia me hirió. Debería cerrárselos, pensé, debería cerrarle los ojos, y alcé las manos en un gesto sin sentido.

—No sé —dijo—; no quiero que se lo lleven, pero sé que tendrán que hacerlo. Llevo ya aquí un rato. —Aguzó la mirada—. ¿Qué hora es?

Consulté el reloj.

—Son las cinco y diez.

Bill mostraba una expresión serena. Sus facciones no reflejaban el menor vestigio de esfuerzo ni de dolor, y su piel parecía más joven y más tersa de lo que yo mismo recordaba, como si la muerte le hubiera aliviado años al rostro. Llevaba una camisa azul de trabajo salpicada de manchas que bien podían ser de grasa, y al ver aquellas motas oscuras sobre el bolsillo de la prenda me estremecí. Mis labios se agitaron repentinamente, y de mi interior escapó un leve sonido involuntario, un quejido que no tardé en ahogar.

—Llegué a eso de las cuatro —estaba diciendo Violet, mientras asentía lentamente con la cabeza—. Hoy Mark salió temprano del colegio. Sí, llegué a las cuatro.

Alzó entonces la mirada y me espetó con fiereza:

—¡Hazlo! ¡Llama de una vez!

Me dirigí al teléfono, deposité la mirada sobre él y marqué el teléfono general de Urgencias. No conocía otro. Les di la dirección. «Creo que ha sufrido un ataque al corazón —les dije—, pero no puedo saberlo con seguridad». La mujer dijo que enviarían a unos agentes, y cuando protesté me dijo que se trataba de un procedimiento rutinario. Tendrían que permanecer allí hasta que llegara el forense para determinar la causa de la muerte. Cuando colgué el teléfono, Violet me dirigió una mirada desabrida y dijo:

—Y ahora quiero que te marches para quedarme a solas con él. Espérate abajo hasta que venga esa gente.

No esperé abajo. Me senté en el primer escalón del rellano y dejé la puerta entreabierta. Mientras aguardaba allí sentado, advertí en la pared la presencia de una considerable grieta en la que no había reparado hasta entonces. Deposité los dedos sobre ella y los deslicé a lo largo de la fisura mientras esperaba y escuchaba el rumor de los susurros con los que Violet iba comunicándole a Bill cosas que ni siquiera intenté comprender. También podía oír los cánticos de Bob procedentes del piso de abajo, así como el rumor del tráfico de la calle y el estrépito de las bocinas de los impacientes conductores que cruzaban el puente de Manhattan. Apenas había luz en la escalera, pero la puerta de acero que daba a la calle aparecía iluminada por un resplandor opaco que debía de provenir de alguna lámpara encendida en las habitaciones de Bob. Apoyé la cabeza entre las manos y aspiré el ya familiar aroma procedente del estudio: un olor a pintura, a serrín y a trapos mohosos. Al igual que su padre, pensé, se ha muerto de repente: ha caído muerto al suelo; y me pregunté si él mismo, al notar los dolores o el espasmo, supo que se le avecinaba la muerte. Por algún motivo supuse que sí, y que su plácida expresión significaba que había aceptado el hecho de que su vida tocaba a su fin. Así

y todo, quién sabe si no era una mentira con la que yo mismo me consolaba para aliviar el espectáculo de su cuerpo tendido en el suelo.

Intenté recrear la conversación que había mantenido con él el día anterior acerca del montaje de las cintas. Bill me había dicho que proyectaba iniciarlo al cabo de un par de meses, y de hecho intentó explicarme el funcionamiento de la máquina y el proceso de corte y empalme. Cuando resultó evidente que yo apenas comprendía nada, se echó a reír y dijo: «Te estoy aburriendo mortalmente, ¿verdad?». Pero no era cierto. No me aburría en absoluto, y así lo manifesté. Sin embargo, allí sentado, en el escalón del descansillo, me preocupó no haber insistido lo suficiente, y pensé que tal vez, al despedirme de él el día anterior, había quedado sin verbalizar entre ambos algún matiz minúsculo, algo que yo mismo habría percibido, apenas, como un cierto asomo de decepción en los ojos de Bill. Quién sabe si él, al notar mis reservas ante su súbito entusiasmo por el vídeo, no se había sentido levemente dolido, y aunque era consciente de lo absurdo que era obsesionarse por aquella conversación insignificante al cabo de una amistad de veinte años, no por ello dejó de atormentarme el recuerdo y, con él, la hiriente certeza de que nunca podría volver a hablar con él: ni de los vídeos ni de nada más.

Al cabo de un rato me di cuenta de que Violet ya no hablaba, y de que tampoco podía oír a Mr. Bob. Desconcertado por aquel silencio, me puse en pie y asomé la cabeza por el hueco de la puerta. Violet, tendida junto a Bill, tenía la cabeza reclinada sobre su pecho. Uno de sus brazos yacía oculto bajo su torso, y mantenía el otro enlazado en torno a su cuello. Mostraba un aspecto menudo comparada con él, y aunque no se movía, no podía disimular cuán viva se encontraba. La luz había cambiado durante los escasos minutos que duró mi ausencia, y aunque aún podía verlos a ambos, sus cuerpos aparecían ahora envueltos en sombras. Vislumbraba la silueta del perfil de Bill y de la nuca de Violet, y entonces la vi alzar el brazo con el que rodeaba su cuello y aposentarlo sobre su hombro, y mientras la miraba comenzó a acariciar aquel hombro una y otra vez, meciéndose contra su corpachón inmóvil mientras lo hacía.

En estos últimos años ha habido veces en las que hubiera deseado no haber sido testigo de aquel momento. Incluso entonces, mientras los

contemplaba tendidos en el suelo el uno junto al otro, la realidad de mi vida en soledad parecía erigirse sobre mí como una inmensa jaula de cristal. Yo era el hombre del pasillo, el encargado de presenciar una escena final que se desarrollaba en la misma estancia en la que ya había pasado innumerables horas, el mismo que sin embargo no se atrevía a cruzar el umbral. Así y todo, ahora me alegro de haber visto a Violet aferrándose a sus últimos minutos en compañía del cuerpo de Bill, y pienso que ya entonces debía de ser consciente de la importancia de verlos juntos, porque ni volví la cabeza ni retorné a mi escalón. Permanecí en el umbral, contemplándolos, hasta que por fin oí el sonido del timbre y franqueé el paso a los dos jóvenes agentes que habían acudido para llevar a cabo su peculiar tarea, consistente en remolonear por allí hasta la llegada de otro funcionario que, finalmente, declaró que el fallecimiento de Bill se había debido a causas naturales.

Tres

En cierta ocasión, mi padre me contó cómo se había perdido. Ocurrió en verano. Acababa de cumplir diez años y estaba viviendo en el campo, cerca de Potsdam, donde sus padres tenían una casa a la que acudían en vacaciones. Había pasado allí todos los veranos desde su nacimiento, y se conocía de memoria los bosques, las colinas y los prados circundantes. Al contarme el episodio me subrayó muy especialmente el hecho de que momentos antes de marcharse al bosque había tenido una riña con su hermano. David, que tenía entonces trece años, había expulsado a su hermano pequeño de la habitación que compartían y había cerrado la puerta con llave, gritando que necesitaba tranquilidad. Tras la pelea, mi padre, rojo de ira y de resentimiento, salió corriendo de la casa, pero al cabo de un rato se calmó y comenzó a disfrutar del paseo entre los árboles, deteniéndose aquí y allá para examinar el rastro de los animales y para escuchar el canto de los pájaros. Caminó y caminó hasta que, de repente, ya no supo dónde estaba. Dio media vuelta e intentó volver sobre sus pasos, pero no logró encontrar ni un claro ni una roca ni un solo árbol que le resultara familiar. Finalmente, logró salir del bosque y se encontró en la cima de una colina desde la que podía divisarse una casa situada en medio de un prado. Avistó asimismo un coche y un jardín, pero no lograba reconocer el lugar, y hubieron de transcurrir varios minutos hasta que por fin comprendió que se trataba de su propia casa, de su jardín y del automóvil azul oscuro de su familia. Al narrarme aquella historia sacudió la cabeza y me dijo que nunca había olvidado aquel momento, que para él venía a ilustrar los misterios de la cognición y del cerebro. A su juicio, se trataba de un territorio inexplorado, y remató el relato con una disertación

en torno a ciertos estragos neurológicos que dejan a sus víctimas incapacitadas para reconocer nada ni a nadie.

Luego, algunos años después de morir mi padre, yo mismo tuve una experiencia similar en Nueva York. Había acordado reunirme con un colega parisino para tomar una copa en el bar de su hotel, y tras preguntar el camino a uno de los empleados llegué a un largo y reluciente pasillo de suelo de mármol. Vi allí a un hombre ataviado con abrigo que avanzaba hacia mí, y transcurrieron varios segundos hasta que me di cuenta de que aquel individuo que yo había tomado por un extraño era en realidad mi propio reflejo en el espejo que había al fondo del corredor. Estos breves intervalos de desorientación no son raros, pero cada vez me interesan más, ya que sugieren que nuestra capacidad de reconocimiento es mucho más débil de lo que en principio cabría suponer. No hace ni una semana me serví lo que yo creía que era un vaso de zumo de naranja, sin darme cuenta de que era leche. Durante varios segundos no fui capaz de determinar que lo que estaba bebiendo era leche, sino tan sólo que aquel zumo era repugnante, y el hecho de que me encante la leche no supuso ninguna diferencia. Lo que importa es que esperaba una cosa y obtuve otra.

El desconcertante extravío de tales momentos, en los que lo que nos es familiar se torna radicalmente ajeno, no es simplemente un truco de la mente, sino una pérdida de los indicadores externos que estructuran nuestra visión. De no haberse perdido, mi padre habría identificado el domicilio familiar, y yo, de haber sabido que había un espejo delante de mí, me habría reconocido a mí mismo de inmediato, del mismo modo que la leche me habría sabido a leche si hubiera conocido su naturaleza de antemano. Durante el año que siguió a la muerte de Bill noté que me sentía continuamente desorientado: o bien no sabía lo que estaba viendo en un momento determinado, o bien no sabía cómo interpretar lo que veía, y aquellas experiencias han dejado en mí vestigios que hoy me producen un estado de inquietud casi perpetuo. Aunque hay ocasiones en que se desvanece por completo, por lo general puedo sentir su presencia acechante bajo las actividades ordinarias del día, como una sombra interior arrojada por el recuerdo de haberme sentido completamente perdido en otro tiempo.

Resulta irónico que después de pasar tantos años analizando los patrones pictóricos y el modo en que éstos influyen en nuestra percepción me viera entonces en la misma situación que Durero cuando pintó su rinoceronte de oídas. La célebre criatura del artista muestra una poderosa semejanza con el animal real, pero el pintor equivocó numerosos detalles cruciales, y lo mismo me sucedió a mí cuando llegó el momento de reconstruir los sucesos y las personas que aquel año formaron parte de mi vida. Mis personajes, claro está, eran humanos, y por ello resultaba singularmente difícil —tal vez imposible— evitar los errores, pero cometí una serie de equivocaciones lo bastante graves como para calificarlas de imagen falsa.

Tanto en la vida como en el arte, la dificultad de ver con claridad me persiguió desde mucho tiempo antes de que me fallaran los ojos. Se trata de un problema asociado a la perspectiva del espectador, como bien observó Matt aquella noche en su habitación al señalar que cuando miramos a la gente o contemplamos las cosas estamos ausentes de nuestro propio cuadro. El espectador es el auténtico punto de fuga, el alfilerazo en el lienzo, el punto cero. Yo sólo existo por entero ante mí mismo en los espejos, en las fotografías y en los vídeos familiares, tampoco demasiado corrientes, y a menudo he anhelado escapar de ese confinamiento y vislumbrar una imagen lejana de mí mismo desde la cima de una colina, es decir, no como «yo» sino como un pequeño «él» que viajara entre dos puntos del valle que se extiende ante mí. Con todo, el alejamiento tampoco garantiza la precisión, aunque a veces ayuda. A lo largo de los años Bill se había convertido para mí en una referencia móvil, en una persona que siempre tenía a la vista, pero al mismo tiempo me eludía a menudo. Precisamente por lo mucho que sabía de él y por lo próximo que me había sentido a su persona, me resultaba imposible reunir los diversos fragmentos que integraban mi experiencia con él en una única imagen coherente. La verdad era mudable y contradictoria, y yo estaba dispuesto a vivir con ello.

La mayoría de las personas, sin embargo, no se sienten confortables con la ambigüedad. La tarea de componer una imagen de la vida y la obra de Bill comenzó casi inmediatamente después de su muerte, con una nota

necrológica publicada en el New York Times. Se trataba de un artículo largo y abstruso que incluía, entre otras declaraciones algo más halagadoras, una cita procedente de una ácida crítica que antaño publicara el mismo medio. En ella se calificaba a Bill de «artista de culto» que misteriosamente había conseguido atraer a un nutrido número de admiradores en Europa, Sudamérica y Japón. A Violet le horrorizó aquella reseña, y se lanzó a despotricar contra el articulista y contra el periódico, blandiendo la página ante mi rostro y afirmando que si bien identificaba la foto de Bill no era capaz de reconocerle ni una sola vez en los siete párrafos que se le dedicaban; que estaba ausente, en fin, de su propia necrológica. De nada sirvió recordarle que la mayoría de los periodistas no son sino meros transmisores de opiniones ajenas, y que raro es el cronista que puede convertir la información de un fallecimiento en otra cosa que no sea un tedioso sumario pergeñado a partir de artículos igualmente insulsos acerca del personaje en cuestión. A medida que fueron transcurriendo las semanas, no obstante, Violet se vio reconfortada por las cartas que iban llegando procedentes de todo el mundo, escritas por personas que conocían la obra de Bill y habían hallado en ella algo digno de conservar en su memoria. Muchas de ellas eran jóvenes, y en un buen número de casos no eran artistas ni coleccionistas, sino personas normales y corrientes que de algún modo se habían tropezado con su obra, y con frecuencia sólo en reproducción.

Los incidentes de ceguera ante un arte que posteriormente se declara «grandioso» son tan frecuentes en la historia que han llegado a convertirse en clichés. Van Gogh es venerado hoy en día tanto por su martirio ante la causa del «no reconocimiento en vida» como por sus pinturas, y Botticelli renació en el siglo XIX después de pasar varios siglos sumido en la oscuridad. El cambio experimentado por sus respectivas reputaciones no fue más que una simple cuestión de reorientación, así como el fruto de unos nuevos parámetros que hicieron posible su comprensión. La obra de Bill era lo bastante complicada y cerebral como para despertar una sensación de amenaza entre los críticos de arte, pero también poseía una potencia elemental y a menudo narrativa capaz de atraer la mirada del profano. Personalmente opino que El viaje de O, por ejemplo, sobrevivirá,

y que una vez se hayan apagado los chistes oportunistas y los absurdos guiños que circulan en las galerías, unos y otros desaparecerán como tantos otros lo han hecho anteriormente, y las cajas de cristal, con sus personajes alfabéticos, perdurarán. Es imposible saber si estoy en lo cierto, pero me encuentro cada vez más convencido de ello, y de momento no parece que me haya equivocado, ya que la reputación de Bill se ha fortalecido a lo largo de los cinco años transcurridos desde su muerte.

Dejó tras él gran cantidad de obra, incluyendo piezas que nunca se habían expuesto, y Violet y Bernie, ayudados por varios colaboradores, emprendieron la tarea de clasificar sus lienzos, cajas, esculturas, grabados, dibujos y libretas, así como las cintas incompletas que habían formado parte de su último proyecto. Violet me pidió que asistiera a las primeras etapas del proceso, ya que «necesitaba alguien en quien apoyarse». En tan sólo un mes, el caótico almacén que encerraba toda la vida del hombre se vio transformado en una estancia diáfana e inquietante en la que podían verse una mesa, una silla, unas estanterías en su mayor parte vacías y unas cuantas cajas iluminadas por la cambiante luz del sol, que nadie le podía arrebatar. Hubo descubrimientos: delicados dibujos de Mark cuando era un bebé y varios retratos de Lucille cuya existencia ninguno de nosotros conocía. En uno de ellos aparece escribiendo en una libreta, y aunque parte de su rostro permanece oculto, sus ojos y su frente denotan con toda claridad la intensa concentración que otorga a las palabras que figuran en la página. Garabateadas a gran tamaño en mitad del lienzo pueden verse las palabras «Lloraba y lloraba». El escrito divide el torso y los hombros de Lucille, y parece existir en un plano distinto del que ésta ocupa. El cuadro está fechado en octubre de 1977. Había también un dibujo de mí y de Érica que Bill debió de realizar de memoria, pues ni habíamos posado para él ni lo habíamos visto nunca. Estamos los dos junto a la casa de Vermont, sentados en sendas butacas de madera para el jardín, y Érica, que aparece inclinada hacia mí, acaba de depositar la mano sobre el brazo de mi asiento. Tan pronto como Violet descubrió el dibujo me lo regaló, y al día siguiente lo llevé a enmarcar. Para entonces, Érica había venido y había vuelto a marcharse. El viaje neoyorquino que había imaginado —un viaje que, según insinuó, podría desembocar en nuestra reconciliación—

se convirtió por el contrario en una amarga visita para enterrar a un amigo, y ni ella ni yo encontramos el momento de hablar de nosotros. Colgué el dibujo de Bill en la pared, cerca de mi mesa de trabajo, donde podía contemplarlo con frecuencia. En los veloces trazos que señalaban la mano de Érica, Bill parecía haber captado el trémulo gesto de los dedos de mi mujer, y la observación de aquel esbozo me hacía recordar invariablemente el leve pero visible estremecimiento que había sacudido todo su cuerpo durante el funeral. Recordaba haber asido su mano helada y haberla mantenido sujeta entre las mías, y también que a pesar de la firmeza de mi contacto, el temblor, generado desde lo más profundo de su sistema nervioso, no cesó en ningún momento.

Siempre que muere un artista, su obra comienza lentamente a reemplazar a su cuerpo, convirtiéndose así en su sustituto corpóreo en este mundo. Se trata de un proceso, supongo, inevitable. Al pasar de una generación a otra, ciertos objetos de utilidad, tales como sillas o platos, pueden parecer temporalmente infundidos del espíritu de sus antiguos dueños, pero esa condición sucumbe con bastante rapidez a sus funciones pragmáticas. El arte, por su inutilidad intrínseca, se resiste a verse incorporado a la cotidianidad, y cuando es mínimamente potente parece alentar con la vida de la persona que lo creó. A los historiadores de arte no les gusta hablar de esto, porque sugiere el pensamiento mágico que asociamos con iconos y fetiches, pero yo, que he tenido ocasión de experimentarlo una y otra vez, lo percibí también en el estudio de Bill. Cuando los transportistas acudieron para llevarse las cajas y cajones meticulosamente sellados y etiquetados, yo, que contemplaba la escena en compañía de Violet y Bernie, recordé a los dos empleados de la funeraria que, dos meses atrás, habían enfundado el cuerpo de Bill en una bolsa de vinilo para sacarlo de aquella misma habitación.

Aunque pocas personas sabían tan bien como yo que el arte de Bill y el propio Bill no eran dos cosas idénticas, comprendí la necesidad de dotar a esa obra que había dejado atrás de cierta aura: de una especie de halo espiritual capaz de resistir la áspera certidumbre de la sepultura y la descomposición. Mientras introducían su féretro en la tierra, Dan no dejó de mecerse junto a la tumba. Con los brazos cruzados sobre el pecho, se

inclinó doblando la cintura y luego comenzó a oscilar repetidamente hacia delante y hacia atrás. Como los judíos ortodoxos en el momento de la oración, parecía hallar consuelo en la cadencia física, y en cierto modo no pude por menos de envidiar su libertad. Sin embargo, cuando me acerqué a él y contemplé su rostro lo hallé devastado, y él se limitó a observarme con mirada fija y enloquecida. Aquel mismo día, algo más tarde, estábamos en Greene Street y Violet le dio a Dan un cuadro minúsculo pintado por Bill. En él aparecía la letra W y, junto a ella, integrada en la propia tela, una llave auténtica. Dan se introdujo el lienzo debajo de la camisa y mantuvo la diminuta pintura estrechada contra su pecho durante toda la tarde. Hacía calor, y me preocupó que estuviera empapándola de sudor, pero no me cabía duda del motivo por el que quería mantener el objeto en contacto con su piel. Quería evitar cualquier separación entre él y el pequeño cuadro porque en algún lugar recóndito de aquella combinación de madera, lienzo y metal imaginaba estar tocando a su hermano mayor.

Yo resucitaba a Bill en mis sueños. Le veía entrar por la puerta o aparecer junto a mi mesa y siempre le decía lo mismo: «¿Pero tú no estabas muerto?», y él respondía, «Lo estoy. Sólo he venido a charlar un rato», o «He venido a ver cómo estabas y a asegurarme de que todo marcha bien». En uno de aquellos sueños, no obstante, me dijo: «Sí, estoy muerto. Ahora estoy con mi hijo». Yo me puse a discutir con él: «No —le dije—, Matthew es hijo mío. Tu hijo es Mark», pero Bill se negaba a admitirlo, y yo terminé por enfurecerme en sueños y desperté atormentado por aquel malentendido.

Incluso después de que la mayoría de sus obras salieran del estudio, Violet continuó acudiendo a Bowery todos los días. Me decía que aún tenía que ocuparse de algunas cosas de última hora y organizar los objetos personales de Bill, en su mayoría cartas y libros. A menudo, por las mañanas, la veía abandonar el edificio con una pesada bolsa de cuero al hombro. No regresaba hasta las seis o, a veces, las siete, y cuando lo hacía venía con frecuencia a cenar conmigo. Yo le preparaba la comida, y aunque mis habilidades culinarias eran muy inferiores a las suyas, ella siempre se mostraba desmesuradamente agradecida. Comencé a notar que

durante aproximadamente la primera media hora desde que entraba en mi casa Violet mostraba un aspecto extraño. Sus ojos adoptaban una mirada vidriosa, una expresión oblicua y reluciente que llegaba a alarmarme, sobre todo durante los primeros minutos que transcurrían desde que atravesaba el umbral de la puerta. Yo prefería no hacer ningún comentario al respecto, porque a duras penas hubiera sido capaz de expresar con palabras lo que estaba viendo. Por el contrario, solía recurrir a temas intrascendentes como la comida o algún libro que estuviera leyendo, y al cabo, muy despacio, su semblante iba recobrando un aspecto más familiar y más presente, como si estuviera retornando al aquí y ahora. Aunque la había oído llorar un par de veces desde la muerte de Bill y había escuchado por las noches sus sollozos acongojados a través del techo de mi dormitorio, nunca manifestaba su aflicción delante de mí. Su fuerza resultaba admirable, pero se hallaba imbuida de un carácter crispado y resuelto que alguna vez llegó a hacer que me sintiera incómodo. Supuse que aquella entereza la llevaba en la sangre, como un rasgo escandinavo heredado de una larga estirpe de personas que sabían sufrir solas.

Tal vez fue aquel mismo orgullo el que impulsó a Violet a pedirle a Mark que se fuera a vivir con ella. Le dijo a Lucille que a partir de julio el muchacho podía instalarse en su casa y buscar trabajo en la ciudad. Mark había conseguido graduarse en el instituto, pero no había solicitado aún el ingreso en la universidad, y ante él se extendía un futuro tan incierto como el mapa de un territorio inexplorado. Cuando le pregunté a Violet si se sentía con fuerzas para cuidar de Mark, ella me soltó un bufido y dijo que Bill habría querido que lo hiciera. A continuación, aguzó la mirada y apretó los labios para dejar bien sentado el carácter irrevocable de su decisión y evitar cualquier discusión ulterior.

La noche anterior a que Mark se trasladara a su casa, Violet no regresó del estudio. Me había telefoneado por la mañana para decirme que quería sacarme a cenar por el vecindario. «No compres comida —me había dicho —. Estaré en casa a las siete». A las ocho la llamé. Comunicaba. Media hora más tarde, al comprobar que su teléfono seguía descolgado, partí en dirección a Bowery.

La puerta de la calle estaba abierta de par en par, y al asomarme al interior tuve ocasión de ver por primera vez a Mr. Bob de cuerpo entero. Era un hombre de edad incierta y espalda encorvada, y la delgadez de sus piernas contrastaba poderosamente con sus musculosos brazos. Estaba ocupado en barrer el pasillo, y al entrar yo deslizó la escoba junto a mis pies para impulsar al exterior un espeso raudal de polvo.

—¿Mr. Bob? —dije.

Él, lejos de levantar la mirada hacia mí, se detuvo a contemplar el suelo con ojos furibundos.

—Estoy preocupado por Violet —proseguí—. Habíamos quedado en cenar juntos.

El hombre ni me respondió ni se movió, de modo que lo sorteé y me dispuse a subir las escaleras.

—¡Ve con cuidado! —tronó, y en el mismo instante en que alcanzaba el rellano, añadió—: ¡Mucho cuidado con Belleza!

La puerta del estudio también estaba abierta, y antes de cruzar el umbral aspiré profundamente. La única luz de la estancia procedía de una lámpara que había en la mesa de Bill y que iluminaba el rimero de papeles apilados bajo ella. Aunque ya había visto el *loft* desierto a la luz del día, tuve la sensación de que la penumbra del anochecer hubiera ensanchado aquel espacio yermo, porque mis ojos no alcanzaban a distinguir su perímetro. Al principio no vi a nadie, y luego, al desviar la mirada hacia las ventanas, creí ver a Bill iluminado por la mortecina luz procedente del exterior. Ante aquella aparición mi respiración se detuvo. De pie junto al cristal, el fantasma consumido de Bill fumaba un cigarrillo. Se hallaba de espaldas a mí, e iba ataviado con su gorra de béisbol, su camisa azul de trabajo y unos vaqueros de color negro. Me acerqué a él, y al sonido de mis pasos, aquel Bill encogido y deforme se volvió. Era Violet. Nunca había visto fumar a Violet, que sujetaba el cigarrillo entre el índice y el pulgar, tal y como el propio Bill solía sostener sus colillas cuando apenas quedaba de ellas otra cosa que el filtro. Avanzó hacia mí.

—¿Qué hora es? —dijo.

—Las nueve pasadas.

—¿Las nueve? —preguntó, como si estuviera intentando fijar el número en sus pensamientos—. No deberías haber venido.

Dejó caer el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el pie.

—Habíamos quedado en cenar juntos.

Ella me miró con los ojos entrecerrados.

—Es verdad —dijo. Parecía confusa—. Lo olvidé.

Al cabo de unos segundos, añadió:

—Bueno, aquí estás —y se contempló a sí misma a la vez que acariciaba la manga de la camisa de Bill—. Pareces inquieto. No te preocupes. Estoy bien. El día siguiente a la muerte de Bill volví aquí. Quería echar una ojeada a solas. Su ropa estaba en el rincón, y encontré el cartón de cigarrillos en la mesa. Guardé todo en la alacena que hay encima del fregadero y le dije a Bernie que todo lo que había allí dentro era personal y que no podía tocarlo. Luego, cuando terminó de clasificar sus obras, empecé a venir de nuevo. En eso consiste ahora mi trabajo: en venir y estar aquí. Una tarde me acerqué hasta la alacena y saqué sus pantalones, su camisa y sus cigarrillos. Al principio me limitaba a contemplarlos y a tocarlos. El resto de su ropa aún sigue en casa, pero casi toda está limpia, lo que equivale a decir que está muerta. Estas prendas están manchadas de pintura. Él se las ponía para trabajar, y al cabo de cierto tiempo noté que ya no me bastaba con tocarlas. No era suficiente. Quería ponerme su ropa para que tocara mi cuerpo, y quería fumarme sus Camel. He estado fumándome uno al día. Me ayuda.

—Violet —dije.

Ella hizo como yo si no hubiera hablado y paseó la mirada por la habitación. Observé la presencia de una única caja abierta en mitad del suelo y de varios tubos de pintura alineados en hileras.

—Estar aquí me reconforta —dijo.

El dibujo que Matt hiciera de Jackie Robinson aún colgaba de la pared, no lejos de la mesa de Bill. Pensé en preguntarle algo al respecto, pero no lo hice.

Violet se inclinó hacia mí y depositó una mano en mi brazo.

—Tenía miedo de que pudiera morirse —dijo—. Nunca te lo dije, ni se lo dije a nadie, porque todos tememos que las personas que amamos

puedan morir. En realidad tampoco significa gran cosa. Pero empecé a pensar que no se encontraba bien. Respiraba con demasiada fuerza. No podía dormir. En cierta ocasión me dijo que no le gustaba cerrar los ojos porque temía morir en mitad de la noche. Después de que Mark te robara aquel dinero se habituó a quedarse hasta tarde bebiendo *whisky* en lugar de venir a la cama. A veces me lo encontraba amodorrado en el sofá a las tres de la madrugada con el televisor encendido, y entonces le quitaba los zapatos y los pantalones y le dejaba allí tapado o le traía a la cama. —Escrutó el suelo unos instantes—. Estaba fastidiado, constantemente entristecido. Hablaba mucho de su padre. Hablaba de la enfermedad de Dan y de cómo había intentado ayudarle, pero nada había funcionado. Comenzó a pensar en el niño que nunca habíamos tenido juntos. A veces decía que debíamos adoptar un bebé, pero luego cambiaba de opinión y le parecía demasiado arriesgado. Afirmaba que había intentado ser un buen padre, pero que debía de haberlo hecho todo mal. Los días en que peor estaba se dedicaba a citar todas las mezquindades que la gente había escrito sobre él. Nunca había dado demasiada importancia a esa clase de cosas, Leo, pero en esas ocasiones se le acumulaba todo. Los críticos eran bastante despiadados con él. Esa ojeriza que le tenían parecía provenir del hecho de que hubiera otras personas tan fanáticamente devotas de sus obras, pero él siempre olvidaba las cosas buenas que le pasaban. —Violet tenía la mirada fija en el extremo opuesto de la estancia. Una vez más, comenzó a acariciarse el brazo—. Excepto a mí. Nunca se olvidaba de mí. Yo le susurraba «Vente ya a la cama», y él me ponía las manos en las mejillas y me besaba. Por lo general aún seguía un poco bebido, y decía: «Mi amor. Te quiero tanto», y otras cosas cariñosas. Los últimos meses fueron algo mejores. Parecía contento con los críos y con las cintas de vídeo. Realmente pensé que aquellas filmaciones le mantendrían con vida. —Volvió la cabeza hacia la pared—. Cada día me resulta un poco más difícil volver a casa. Sólo me apetece quedarme aquí y estar con él.

Violet sacó el paquete de Camel del bolsillo de la camisa de Bill, encendió un cigarrillo y apagó la cerilla.

—Hoy me voy a fumar otro —dijo, y dejó escapar una larga bocanada de humo.

Durante al menos un minuto, ninguno de los dos dijo nada. Mis ojos se habían adaptado a la oscuridad, y la habitación parecía más iluminada. Observé los tubos de pintura alineados en el suelo.

Violet rompió el silencio.

—Hay una cosa que quiero que oigas. Está en el contestador automático. Lo escuché el mismo día en que encontré sus ropas —dijo.

Se dirigió a la mesa y oprimió varias veces el botón del aparato hasta que se oyó la voz de una joven que decía: «M&M sabe lo que han hecho conmigo». Eso era todo.

Durante un instante pude oír la voz de Bernie que iniciaba otro mensaje, pero Violet desconectó la grabación.

—Bill lo oyó el día en que murió. La luz no estaba parpadeando. Debió de escuchar los mensajes al entrar.

—Pero no tiene sentido.

Violet asintió.

—Lo sé, pero creo que es la misma chica que me llamó aquella noche para hablarme de Giles. Él no podía saberlo, porque no habló con ella —dijo. Alzó los ojos hacia mí y depositó su mano sobre la mía—. M&M es como llaman a Mark, ¿lo sabías?

—Sí.

Violet me oprimió el dorso de la mano, que mantenía fuertemente aferrado, y noté que se estremecía.

—Ay, Violet —dije.

Ante el sonido de mi voz pareció desmoronarse. Sus labios temblaron, se le doblaron las rodillas y se dejó caer sobre mí. Yo la abracé, y ella me rodeó la cintura y apoyó su mejilla sobre mi cuello. Luego, le quité la gorra de béisbol y la besé una única vez en la cabeza. Mientras estrechaba su cuerpo agitado y escuchaba sus sollozos pude oler a Bill: cigarrillos, aguarrás y serrín.

En Mark el duelo tuvo los mismos efectos de una deshinchadura. Su cuerpo me recordaba un neumático aplastado y vacío que necesitara volver a inflarse. Parecía incapaz de levantar la barbilla o de alzar la mano sin un

esfuerzo sobrehumano. Cuando no estaba trabajando en su puesto de dependiente de una de las librerías de la zona, estaba tirado en el sofá y enchufado a su Walkman, o vagando perezosamente de una habitación a otra, comiendo galletitas de una caja o mordisqueando alguna chocolatina. Se pasaba el día mordiendo, masticando y tragando, e iba dejando a su paso un rastro de celofanes, plásticos y cartones. Apenas prestaba atención a la cena. Jugaba un poco con la comida y terminaba dejándose la mayor parte en el plato. Violet nunca le dijo nada sobre sus hábitos alimentarios. Supongo que había decidido que si Mark quería superar la pérdida de su padre a base de chucherías no sería ella quien se lo impidiera.

A pesar de que tampoco ella cenaba gran cosa, el hábito de compartir la última comida del día se prolongó hasta bien entrado el año siguiente. Preparar los alimentos constituía para los tres un importante ritual con el que terminaba de definirse cada día. Yo hacía la compra y cocinaba la mayor parte de las cosas. Violet cortaba las verduras, y Mark se las apañaba para mantenerse en pie el tiempo suficiente como para ordenar los platos en el lavavajillas. Finalizada aquella tarea, solía echarse en el sofá a ver la televisión. Violet y yo, a veces, nos uníamos a él, pero al cabo de un par de semanas, aquellas series idiotas y aquellas películas espeluznantes protagonizadas por violadores y asesinos en serie comenzaron a irritarme, por lo que o bien me disculpaba y bajaba a mi casa, o bien me sentaba a leer en silencio en algún rincón de la amplia estancia.

Solía estudiarlos a ambos desde mi butaca. Mark mantenía a Violet cogida de la mano o apoyaba la cabeza sobre su pecho. Entrelazaba las piernas con las suyas o se enroscaba en el sofá junto a ella. De no haber sido tan infantiles, sus gestos podrían haberme parecido incluso impropios, pero cuando Mark se acurrucaba contra su madrastra parecía un bebé gigantesco que hubiera terminado agotado después de un largo día en la guardería. Yo interpretaba su afán de contacto con Violet como otra reacción a la muerte de su padre, y ello a pesar de que ya le había visto hacerlo anteriormente, y de modo muy parecido, tanto con ella como con Bill. Recordé que a la muerte de mi padre yo me había esforzado por desempeñar un papel masculino frente a mi madre, y que al cabo de algún

tiempo aquella representación había ido pareciendo cada vez más real hasta convertirse por fin en algo genuino. Cuando ya había transcurrido aproximadamente un año desde de su muerte, un día volví del colegio y me encontré a mi madre en el salón de nuestro apartamento, derrumbada sobre una silla con el rostro entre las manos. Al acercarme a ella pude ver que había estado llorando. Yo sólo la había visto u oído llorar el día en que él murió, y cuando alzó hacia mí su rostro hinchado y enrojecido me pareció una extraña, como si no fuera mi madre. Entonces vi el álbum de fotos que reposaba en una mesa, a su lado, y le pregunté si se encontraba bien. Ella rodeó mis manos con las suyas y me respondió sucesivamente en alemán y en inglés: «*Sie sind alle tot*. Están todos muertos». Luego me abrazó y depositó la mejilla sobre mi vientre, por encima del cinturón. Recuerdo que la hebilla me pinchaba, oprimida por el peso de su cabeza. Fue un abrazo incómodo, pero yo permanecí allí de pie, aliviado de que hubiera dejado de llorar. Ella me estrechó con fuerza durante cosa de un minuto, y durante ese tiempo me sentí desacostumbradamente lúcido, como si de pronto hubiera obtenido una perspectiva general de todo cuanto había en la estancia y aún más allá de sus confines. Oprimí los hombros de mi madre para hacerle comprender que la protegería, y cuando se apartó de mí vi que estaba sonriendo.

Tenía entonces dieciocho años, y no sabía nada de nada ni de nadie: era un muchacho capaz de estudiar con ahínco pero que suspendía continuamente sus asignaturas. Así y todo, mi madre había sabido interpretar mi intención de llegar a ser algo más y mejor en la vida, y su rostro reflejaba todo lo que sentía: orgullo, tristeza y una cierta jocosidad ante mi ataque de hombría. Me pregunté si Mark sería capaz de sacudirse aquel aturdimiento y consolar a Violet, pero lo cierto es que no alcanzaba a comprender qué era lo que subyacía tras su aletargamiento. Pedía, pero no exigía, y su constante fatiga se antojaba más como el resultado del aburrimiento que como la parálisis que atenaza a quien ha padecido un trauma. A veces me preguntaba hasta qué punto comprendía realmente que su padre ya no iba a volver nunca más. Parecía posible que hubiera ocultado la verdad en algún lugar de su interior, a salvo del pensamiento consciente. Su semblante parecía tan desprovisto de amargura que llegué a

pensar si no habría desarrollado un proceso inmunitario ante la idea misma de la mortalidad.

Durante las semanas posteriores a su crisis en el estudio noté que Violet se mostraba más abierta en lo que se refería a su aflicción, y que su cuerpo parecía menos agarrotado. Continuaba yendo a Bowery todas las mañanas, y aunque nunca hablaba de lo que hacía allí, me dijo: «Estoy haciendo lo que tengo que hacer». Yo estaba seguro de que lo primero que hacía cuando llegaba al estudio era ponerse la ropa de Bill, fumarse el cigarrillo de turno y hacer lo que tuviera que hacer en aquella habitación para honrar el duelo de su esposo. Siempre que no estaba con ella la imaginaba intensa y deliberadamente afligida, pero luego, cuando regresaba a su casa y se enfrentaba a Mark, se esforzaba por ocuparse de él lo mejor posible. Recogía lo que el otro desperdigaba, le lavaba la ropa y adecentaba la casa. Por las tardes, cuando los veía sentados frente al televisor, me resultaba evidente que Violet no estaba siguiendo el desarrollo del argumento. Sencillamente, le apetecía estar cerca de él. A menudo, mientras acariciaba la cabeza o el brazo de Mark, apartaba por completo los ojos de la pantalla y fijaba la mirada en algún rincón, pero rara vez llegaban a perder el contacto físico, y comencé a pensar que a pesar de la pueril dependencia que demostraba Mark, la propia Violet le necesitaba a él tanto como él a ella, si no más. En un par de ocasiones, ambos se quedaron dormidos en el sofá, pero no les desperté, pues era consciente de que a Violet, a veces, le resultaba imposible conciliar el sueño. Por el contrario, en aquellas ocasiones me levanté sin hacer ruido y salí de la habitación.

No olvidaba que Mark me había robado pero, muerto Bill, el delito parecía pertenecer a otra era, a una época en la que los comportamientos criminales de Mark ocupaban más espacio en mi interior. Lo cierto es que mi ira se había visto disipada por medio del sufrimiento del propio Bill. Era Bill quien había expiado los pecados de Mark, y Bill quien había asumido la culpa de su hijo como si fuera propia. Mediante aquellas reparaciones autopunitivas Bill había conseguido convertir los siete mil

dólares perdidos en su propio fracaso paterno. Pero yo no había buscado su contrición. Lo que había querido era una disculpa de Mark, quien, sin embargo, nunca había venido a pedirme perdón. Había seguido efectuando sus pagos semanales en plazos variables de diez, veinte o treinta dólares, pero cuando Bill dejó de estar presente para supervisar la devolución, el dinero dejó de llegar, y a mí me faltó la energía suficiente como para reclamarlo. De ahí mi sorpresa cuando Mark se presentó en mi puerta un viernes de primeros de agosto y me alargó cien dólares.

Después de entregármelos no se sentó, sino que se apoyó en mi mesa y fijó la mirada en el suelo. Esperé a que dijera algo, y él, tras una larga pausa, alzó la mirada hacia mí y dijo:

—Pienso pagarte hasta el último centavo. He estado pensando mucho en ello.

Volvió a enmudecer, y yo decidí no ayudarle con respuesta alguna.

—Quiero hacer lo que papá habría querido que hiciera —dijo finalmente—. No puedo creer que no vaya a verle nunca más. Nunca creí que fuera a morirse antes de que yo cambiara.

—¿Cambiar? —dije yo—. ¿De qué estás hablando?

—Siempre he sabido que cambiaría. Ya sabes, que haría cosas normales, como ir a la facultad y casarme y todo eso, y que papá estaría orgulloso de mí y que podríamos olvidar todos los malos rollos que habían ocurrido y volver a la situación en la que estábamos antes. Sé que le hice daño, y ahora me fastidia. A veces no consigo dormir.

—Te pasas la vida durmiendo —dije yo.

—Por las noches no. Me quedo tumbado en la cama pensando en mi padre y me obsesiono. Era lo mejor que tenía en mi vida. Violet se porta muy bien conmigo, pero no es lo mismo que papá. Papá creía en mí y sabía que en el fondo tengo muchas cosas buenas, y eso suponía una enorme diferencia. Creí que tendría tiempo de demostrárselo por mí mismo.

Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos y se deslizaron a lo largo de sus mejillas formando un caudal cristalino e ininterrumpido. Él ni modificó su expresión ni emitió sonido alguno, y comprendí que nunca

había visto a nadie llorar así. No sollozaba ni sorbía, pero destilaba una considerable cantidad de líquido.

—Papá me quería mucho —dijo.

Yo asentí. Hasta ese momento había procurado mantener las distancias y conservar la actitud severa y suspicaz que ya siempre adoptaba frente a él, pero noté que se debilitaba mi voluntad.

—Voy a demostrártelo —dijo con tono vibrante y resuelto—. Voy a demostrártelo a ti ya que no se lo puedo demostrar a papá, y ya verás tú mismo si… —Hundió la barbilla sobre el pecho, fijó la vista en el suelo y aguzó los ojos para ver a través de las lágrimas—. Por favor, créeme —dijo, con voz temblorosa por la emoción—. Créeme, por favor.

Me levanté y me acerqué hasta él, y cuando alzó la mirada hacia mí me pareció ver a Bill. El parecido surgió de pronto, como un destello cognitivo que evocara al padre por medio del hijo. La similitud me pilló de improviso, y durante unos instantes percibí la pérdida de Bill en todo mi cuerpo, como un dolor que surgiera de mis entrañas y se elevara a lo largo del pecho y los pulmones hasta dejarme sin aliento. Tanto Mark como Violet se hallaban más cercanos a Bill, y yo, por deferencia hacia ellos, había disimulado mi propio dolor y censurado ese abismo de desdicha aun ante mí mismo, pero entonces, cual si de una reencarnación se tratara, Bill se había revelado fugazmente en Mark para luego desaparecer. De repente, me apetecía tenerle de regreso, y el hecho de que fuera imposible me enfurecía. Habría querido aporrear a Mark con ambos puños y gritarle que me devolviera a Bill. Sentía que el muchacho tenía el poder de hacerlo; que era él quien había consumido a su padre hasta la muerte, él quien le había matado de angustia y de miedo, y que ahora había llegado el momento de invertir la historia y de devolver nuevamente a Bill a la vida. Eran reflexiones trastornadas, y allí, delante de Mark, comprendí el disparate que encerraban al recordar que acababa de admitir su culpabilidad y de manifestar su deseo de que todo fuera diferente a partir de aquel momento. En mi mano había cien dólares. Mark seguía agitando la cabeza adelante y atrás sin dejar de repetir las mismas palabras: «Por favor, créeme». Al mirarle, vi que sus zapatillas presentaban pequeños charcos de lágrimas entre la punta y los cordones.

—Te creo —le dije, con una voz que me sonó peculiar, no sólo porque estaba impregnada de emoción sino porque la había pronunciado con un tono uniforme y normal que ni de lejos llegaba a traslucir lo que sentía en aquel momento.

—Tu padre —le dije— significaba para mí mucho más de lo que podrías suponer. Lo era todo.

La frase no podía ser más estúpida y banal, pero al balbucirla las palabras parecieron brotar fortalecidas por una certeza que llevaba ya algún tiempo reservando para mí.

La desaparición de Mark el fin de semana siguiente fue como una recreación del pasado. Nos dijo que se iba a visitar a su madre. Violet le dio dinero para el tren y le dejó marchar solo. A la mañana siguiente descubrió que le faltaban doscientos dólares del bolso y llamó a Lucille, pero Lucille no sabía nada de la supuesta visita de fin de semana. Tres días después, Mark reapareció en Greene Street y negó acaloradamente haberse apropiado del dinero. Mientras Violet lloraba yo me mantuve a su lado y, en ausencia de Bill, desempeñé el papel de padre disgustado. Para ello no tuve que recurrir a grandes alardes de actuación, toda vez que apenas una semana antes había creído que Mark hablaba en serio. Comencé a preguntarme si no eran precisamente episodios como aquel los que le disparaban; si para llevar a cabo una traición no necesitaría en primer lugar convencer a los demás de su inquebrantable sinceridad. Como una perfecta máquina de repetición, Mark se veía impulsado a hacer lo que había hecho antes: mentir, robar, desaparecer, reaparecer y, finalmente, después de todas las recriminaciones, iras y lágrimas, reconciliarse con su madrastra.

La proximidad y la fe se hallan estrechamente vinculadas. Yo vivía cerca de Mark. Esa inmediatez y ese contacto inundaban mis sentidos y jugaban con mis emociones. Cuando me encontraba a pocos centímetros de él, creía inevitablemente al menos parte de las cosas que decía, ya que no creer nada hubiera equivalido a una separación completa, a un exilio no sólo de Mark sino también de Violet, y yo aún tenía mi vida organizada en

torno a ambos. Mientras leía y trabajaba y hacía la compra para la cena, iba anticipándome ya a la atmósfera del anochecer: la comida, el peculiar y extático rostro de Violet cuando regresaba del estudio, el parloteo de Mark en torno a los pinchadiscos y el techno, la mano de Violet en mi hombro, sus labios en mi mejilla cuando le daba las buenas noches, y su olor… esa mezcla de los aromas de Bill con su propia piel y su propio perfume.

Para mí, y quién sabe si también para ella, la vuelta de Mark a las andadas y el castigo recibido —un nuevo período de reclusión doméstica — compartían vagamente la esencia propia de una mala obra de teatro. Podíamos ver lo que estaba ocurriendo, pero la trama y los diálogos eran tan estereotipados y nos resultaban tan familiares que nuestras emociones se nos antojaban un tanto absurdas. Supongo que ahí estribaba el problema. No era que hubiéramos dejado de sentirnos dolidos por las transgresiones de Mark, sino que reconocíamos que nuestro dolor procedía de la manipulación más infame, a pesar de lo cual habíamos vuelto a picar con el mismo y ya repetitivo argumento. Violet toleraba la deslealtad de Mark porque le amaba, pero también porque carecía de la energía suficiente para enfrentarse con el significado de sus nuevas traiciones.

Tres semanas después, volvió a desaparecer. Esta vez se llevó un caballo Han de uno de los estantes de mi biblioteca y el joyero de Violet, en el que ésta guardaba algunas perlas que habían pertenecido a su madre y un par de pendientes de zafiro y diamantes que Bill le había regalado en su último aniversario. Sólo los pendientes ya valían casi cinco mil dólares. En cuanto al caballo, ignoro cómo se las arregló para escamotearlo de mi apartamento. No era demasiado grande, por lo que podría haberlo hecho en cualquiera de las diversas ocasiones en las que no estaba vigilándole, pero lo cierto es que no había notado su falta hasta la mañana posterior a su partida. En esta ocasión Mark no reapareció al cabo de un par de días. Cuando Violet llamó a la librería para preguntar si le habían visto, el encargado le dijo que llevaba varias semanas sin dar señales de vida:

—Un buen día no se presentó. Intenté telefonear, pero el número que nos había dado no funcionaba, y en la guía no figuraba ningún William Wechsler, de modo que contraté a otra persona.

Violet aguardó el regreso de Mark. Transcurrieron tres días, y luego cuatro, y con cada uno Violet parecía menguar un poco más. Al principio pensé que aquel encogimiento era ilusorio, como una metáfora visual que viniera a expresar nuestra ansiedad común ante la ausencia de Mark, pero al quinto día observé que sus pantalones pendían holgadamente en torno a su cintura, y que la familiar redondez de su cuello y de sus hombros había desaparecido. Aquella noche, durante la cena, le insistí en que debía comer algo, pero ella sacudió la cabeza y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—He llamado a Lucille y a todos sus amigos del colegio. Nadie sabe dónde está. Tengo miedo de que haya muerto.

Se puso en pie, abrió una alacena de la cocina y comenzó a extraer todas las tazas y platos que contenía. Durante las dos noches siguientes la vi limpiar armarios, fregar suelos, rascar la porquería de debajo del horno con un cuchillo y blanquear los baños del *loft* con lejía. A la tercera tarde subí a su casa con una bolsa de provisiones para la cena, y cuando salió a abrirme la puerta vi que llevaba puestos unos guantes de goma y que portaba en la mano un cubo de agua jabonosa. Ni siquiera la saludé.

—Basta. Deja ya de limpiar. Se acabó, Violet.

Ella me dirigió una mirada sorprendida y depositó el cubo en el suelo. Yo me dirigí al teléfono y llamé a Lazlo, que estaba en Williamsburg.

Al cabo de media hora sonó el portero automático, y cuando Violet oprimió el intercomunicador y escuchó su voz dejó escapar una exclamación de asombro. Los puentes atascados, los embotellamientos de tráfico, las perezosas líneas de metro que dificultaban el desplazamiento del resto de los habitantes de Nueva York no parecían ser obstáculo para Lazlo Finkelman.

—¿Cómo has venido, volando? —le preguntó Violet al abrir la puerta. Lazlo sonrió débilmente, penetró en la habitación y se sentó. Tan sólo mirarle ya produjo en mí un efecto balsámico. El hecho de ver su peinado de siempre, sus enormes gafas negras y sus alargadas e imperturbables facciones me tranquilizó antes incluso de que declarara su propósito de investigar la desaparición de Mark.

—Apunta las horas que le dedicas —le dijo Violet— y cuando te pague al final de la semana añadiré el dinero correspondiente.

Lazlo se encogió de hombros.

—Hablo en serio —insistió ella.

—Suelo andar por ahí, de todos modos —dijo él, vagamente, y añadió —: Dan me ha pedido que le diga que está escribiéndote una obra de teatro.

—Ya me ha contado que te llama de vez en cuando —dijo Violet—. Espero que no te esté dando mucha lata.

Lazlo negó con la cabeza.

—Le tengo limitado a un poema diario.

—¿Te lee poemas por teléfono? —pregunté.

—Sí, pero ya le he dicho que sólo me es posible asimilar uno al día. Tenía que adelantarme a cualquier posible exceso de inspiración.

—Eres muy bueno, Lazlo —dijo Violet.

Lazlo aguzó la mirada tras sus lentes.

—No —dijo. Alzó un dedo en dirección al techo, y reconocí en el ademán un gesto original de Bill—. Cantad con fuerza —declamó—. Al rostro inerte. Golpead con ahínco las orejas sordas. Saltad sobre el cadáver hasta despertarlo.

—Pobre Dan —dijo Violet—. Bill no va a despertar.

Lazlo se inclinó hacia delante.

—Dan me dijo que era un poema acerca de Mark.

Violet le contempló fijamente durante un par de segundos y luego bajó la mirada.

Cuando se hubo marchado me dispuse a preparar la cena. Mientras cocinaba, Violet permaneció sentada a la mesa sin decir nada. De vez en cuando se alisaba el cabello o se acariciaba el brazo, pero cuando deposité los platos de comida ante ella, dijo:

—Mañana por la mañana voy a llamar a la policía. Hasta ahora siempre había regresado.

—Preocúpate de eso cuando llegue el momento —dije—. Ahora lo que tienes que hacer es comer.

Violet contempló la comida.

—¿No te parece irónico? Me he pasado toda la vida esforzándome por no engordar demasiado. Solía comer cuando estaba triste, pero ahora,

sencillamente, me resulta imposible tragar. Lo miro y me parece todo gris.

—No es gris —dije yo—. Es una estupenda chuleta de cerdo de un precioso color pardo castellano, acompañada de unas atractivas judías verdes de un oscuro tono jade. Compara ahora ese marrón y ese verde con la palidez del puré de patatas: no es del todo blanco, sino que está teñido de un amarillo casi imperceptible, y además he colocado el tomate cerca de las judías para añadir cromatismo al conjunto con un rojo vivo que alegre el plato y te regale los ojos. —Me senté en la silla contigua a la suya—. Pero la satisfacción visual, querida, no es más que el comienzo del banquete.

Violet continuaba contemplando la comida con expresión taciturna.

—Pensar que he escrito todo un libro acerca de los trastornos de la alimentación —dijo.

—No me estás escuchando —dije yo.

—Sí, te escucho.

—En ese caso, relájate. Estamos aquí para cenar. Toma un poco de vino.

—Pero tú tampoco estás comiendo, Leo. Se te está enfriando la comida.

—Yo puedo comer más tarde —dije, alargando la mano hacia su vaso y aproximándoselo a los labios. Ella dio un leve sorbo—. Mira esto —dije —, aún no has retirado la servilleta de la mesa —y con la ostentosa floritura de un camarero profesional, la así por una esquina, la desplegué y la dejé caer sobre su regazo.

Violet sonrió.

Yo me incliné sobre su plato y, con su cuchillo y su tenedor, corté una pequeña porción de chuleta y añadí al bocado un poco de puré de patata.

—¿Qué estás haciendo, Leo? —dijo.

Mientras alzaba el tenedor del plato se volvió hacia mí y pude ver dos arrugas que se dibujaban entre sus cejas. Sus labios temblaron durante un instante y pensé que iba a ponerse a llorar, pero no lo hizo. Le llevé la comida a los labios y al ver que vacilaba la animé con la cabeza hasta que, por fin, abrió la boca como si fuera una niña pequeña y pude depositar la carne y el puré en su interior.

Me dejó que le diera de comer, y yo seguí haciéndolo despaciosamente, asegurándome de que tenía tiempo de sobra para masticar y tragar, y haciendo pausas entre bocado y bocado para que pudiera dar sorbos de vino. Creo que mi escrutinio la hacía comer de un modo aún más decoroso de lo habitual, porque masticaba lentamente con la boca cerrada, revelando su leve prognatismo tan sólo cuando separaba los labios para aceptar el alimento. Durante los primeros minutos ambos guardamos silencio, y yo fingí no distinguir el brillo de sus ojos cuajados de lágrimas ni oír el sonido que producía al tragar. Debía de tener la garganta contraída y empequeñecida por la ansiedad, porque emitía al deglutir un fuerte ruido que le hacía ruborizarse. Para distraerla, empecé a hablar. En general recurrí a temas de poca importancia, encadenando entre sí toda una serie de asociaciones culinarias. Le hablé de una pasta al limón que había probado en Siena bajo un cielo cuajado de estrellas, y luego de las veinte clases diferentes de arenque que había probado Jack en Estocolmo. Hablé de los calamares y del efecto de su tinta añil en el risotto veneciano, de la práctica clandestina de introducir en Nueva York queso no pasteurizado de contrabando, y de un cerdo que había visto husmear en busca de trufas en el sur de Francia. Ella no decía ni una palabra, pero sus ojos se secaron, y las comisuras de sus labios mostraron un asomo de sonrisa cuando comencé a relatarle la historia de un maître de cierto restaurante local que tropezó y se cayó encima de una ancianita menuda mientras corría a dar la bienvenida a un actor de cine que acababa de entrar por la puerta.

Al final ya sólo quedaba el tomate en el plato. Lo ensarté y se lo llevé a los labios, pero a medida que deslizaba aquel gajo encarnado y gelatinoso entre sus dientes, unas pocas simientes escaparon arrastradas por el jugo y resbalaron por su barbilla. Así su servilleta y comencé a enjugarle suavemente el rostro con ella. Violet cerró los ojos, reclinó levemente la cabeza hacia atrás y sonrió. Cuando los abrió, aún seguía sonriendo.

—Gracias —dijo—. Estaba todo delicioso.

Al día siguiente Violet presentó una denuncia por desaparición ante el departamento de Policía, y aunque no mencionó el robo a su interlocutor

telefónico, sí le informó de que Mark ya se había escapado anteriormente. Intentó llamar a Lazlo, pero no lo encontró en casa, y aquella misma tarde, después de pasar apenas un par de horas en el estudio, me invitó a subir para escuchar los retazos de cinta relativos a Teddy Giles.

—Tengo una sensación inequívoca de que Mark está con Giles —dijo —, pero su número no figura en la guía, y en su galería se niegan a dármelo.

Allí, sentados los dos en su estudio, advertí mientras escuchábamos las grabaciones que su rostro cansado se animaba por efecto del interés, y también que sus ademanes habían cobrado una agilidad que no mostraban desde hacía semanas.

—Ésta es una chica que se hace llamar Virgina —dijo Violet—. Pero alargando la segunda i, como en una mezcla de «virgen» y «vagina».

Se oyó la voz de una joven que comenzaba a hablar en mitad de una frase:

—… una familia. Así es como lo vemos nosotros. Teddy es como el cabeza de familia, ¿sabes?, porque es mayor que el resto de nosotros.

La voz de Violet la interrumpía.

—¿Cuántos años tiene exactamente?

—Veintisiete.

—¿Tienes idea de cómo era su vida antes de venir a Nueva York?

—Me contó toda su historia. Nació en Florida. Su madre murió, y nunca conoció a su padre. Se crió con un tío que le pegaba constantemente, por lo que huyó a Canadá, y allí trabajó de cartero. Después se vino aquí y se metió en clubes y en cosas de arte.

—Conozco diferentes versiones de la historia de su vida —dijo la voz de Violet.

—Yo sé que ésta es la verdadera por cómo me la contó. Se le veía muy triste al hablar de su niñez.

Violet mencionó el rumor sobre Rafael y el dedo cortado.

—Sí, yo también he oído eso, pero no me lo creo. Esos rumores los andaba desperdigando un chaval al que llamamos Renacuajo, uno que tiene un problema de acné realmente grave. ¿Y sabe qué más decía? Decía que Teddy había matado a su propia madre empujándola escaleras abajo,

pero que nadie le descubrió porque todo había parecido un accidente. Ésas son las cosas que dice Teddy para hacer más interesante su personaje de La Monstruosa, pero en realidad es un tío supercariñoso. El Renacuajo es bastante idiota, y además, ¿cómo iba Teddy a matar a alguien que ya había muerto antes de nacer él?

—Su madre no pudo haber muerto antes de nacer él.

Silencio.

—No, supongo que me refería al momento de nacer, pero lo que quiero decir es que Teddy es encantador. Me enseñó su colección de saleros y pimenteros, todos monísimos. Dios mío, si tenían animalitos y flores y unos eran dos figuritas chiquirritinas que tocaban la guitarra y que tenían agujeritos en la cabeza para que salieran la sal y la pimienta.

Violet detuvo la cinta y la hizo avanzar.

—Ahora quiero que escuches a este chico. Se llama Lee. No sé gran cosa de él, salvo que vive solo. Podría haberse escapado.

Oprimió la tecla de PLAY y Lee comenzó a hablar.

—Teddy defiende la libertad, tío. Eso es lo que me gusta de él: que defiende la libre expresión, la adquisición de una conciencia más elevada. Está luchando contra toda esa mierda que llaman normalidad y denunciándola como lo que es. Nuestra sociedad es una porquería, y él lo sabe. Y su arte me pone a cien. Es auténtico, tío.

—¿A qué te refieres cuando dices auténtico? —le preguntaba Violet.

—Me refiero a auténtico, a honesto.

Silencio.

—Te diré una cosa —proseguía Lee—: Cuando no tenía adónde ir, él me acogió. Sin él, aún seguiría meando en la calle.

Violet hizo avanzar nuevamente la cinta.

—Éste es Jackie —dijo, y a mis oídos llegó la voz de un hombre.

—Giles es un cerdo, guapa, un mentiroso y un falso. Y te lo digo de buena tinta. El artificio forma parte de mi vida. Este cuerpo espléndido no me ha salido precisamente barato. Me he hecho a mí mismo como he querido. Pero cuando digo que él es un falso me refiero a falso en su interior. Vamos, que ese miserable, en lugar de un alma de verdad, tiene una postiza. La Monstruosa… valiente gilipollez. —La voz de Jackie se

elevó hasta alcanzar un intenso falsete—. Todo eso de La Monstruosa es un invento horroroso y estúpido y cruel, y déjame decirte, Violet, que estoy asombrado, realmente asombrado, de que algo así no resulte completamente evidente para cualquiera que tenga una neurona en la cabeza.

Violet detuvo el aparato.

—Es lo único que hay acerca de Teddy Giles. Me temo que con eso no vamos muy lejos.

—¿Alguna vez le preguntaste a Mark por aquel extraño mensaje que había en el contestador?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque sabía que si significaba algo no me lo diría, y no quería que pensara que el mensaje estaba relacionado con el infarto de Bill.

—¿Y a ti te parece que lo estaba?

—No lo sé.

—¿Crees que Bill sabía algo que nosotros ignoramos?

—Si así era lo descubrió ese mismo día. A mí no me lo habría ocultado. Estoy segura.

Aquella noche no tuve que darle de comer a Violet. Hicimos la cena en mi casa, para variar, y se terminó sola su plato de pasta.

—¿Alguna vez te hablé de Blanche Wittmann? —dijo, después de que le sirviera un segundo vaso de vino—. Creo que su verdadero nombre era Marie Wittmann, pero por lo general la llamaban Blanche.

—Creo que no, pero me suena de algo.

—La llamaban «la Reina de la Histeria», y llegó a tomar parte en las demostraciones de histeria e hipnosis que realizaba Charcot. Por si no lo sabes, eran muy populares. Lo más selecto de París acudía a ver cómo las damas gorjeaban como pajaritos, brincaban a la pata coja y eran asaeteadas con alfileres, pero tras la muerte de Charcot, Blanche Wittmann no volvió a sufrir un solo ataque de histeria.

—¿Quieres decir que los tenía por él?

—Adoraba a Charcot y quería complacerle, así que le daba lo que quería. Los periódicos la comparaban a menudo con Sarah Bernhardt. Tras

la muerte de su mentor renunció a abandonar la Salpêtrière. Permaneció allí y llegó a convertirse en radióloga. Eran los primeros tiempos de los rayos X, y murió como consecuencia de la radiación. Fue perdiendo todas sus extremidades una por una.

—¿Obedece toda esta historia a algo en concreto? —pregunté.

—Sí. La superchería, el engaño, la mentira y la susceptibilidad a la hipnosis eran considerados como supuestos síntomas de la histeria. ¿Acaso no es ése el comportamiento de Mark?

—Sí, pero Mark ni está paralizado ni sufre ataques, ¿verdad?

No, pero tampoco es así como queremos que se comporte, ¿o sí? Charcot esperaba de sus mujeres una actuación determinada, y eso es lo que le brindaban. Nosotros queremos que Mark parezca preocuparse por los demás, y eso es lo que conseguimos, al menos cuando está con nosotros: nos brinda la actuación que esperamos de él.

—Pero Mark no está hipnotizado, y realmente no creo que quepa definirle como un histérico.

—No estoy diciendo que Mark sea un histérico. La nomenclatura médica cambia constantemente. Las enfermedades se solapan unas con otras. Las cosas mutan entre sí. Lo único que hace la hipnosis es reducir la resistencia de una persona a la sugestión y, personalmente, no estoy muy segura de que Mark tenga demasiada resistencia ya de entrada. Lo que digo es algo muy simple, y es que no siempre resulta fácil separar al actor de su papel.

A la mañana siguiente Lazlo llamó a Violet. Se había pasado dos largas noches recorriendo diversos clubes, desde el Limelight al Club USA y al Tunnel, y en todos ellos había ido recogiendo fragmentos contradictorios de información. La opinión más extendida, no obstante, era que Mark se había marchado con Teddy Giles, y que éste se hallaba en Los Angeles o Las Vegas. Nadie estaba realmente seguro. A las tres de la madrugada Lazlo se había topado con Teenie Gold. Teenie había dejado entrever que tenía muchas cosas que decir al respecto pero que prefería no hacerlo delante de Laz. Le dijo que la única persona con la que aceptaría hablar

ahora que Bill no estaba era «Leo, el tío de Mark». Se mostraba dispuesta a contármelo todo «de arriba abajo» si acudía a su casa a las cuatro de la tarde de mañana, pero para cuando yo recibí el recado, «mañana» ya se había convertido en «hoy», y a las tres y cuarto emprendí mi singular misión provisto de una dirección situada en las inmediaciones de la calle Setenta y seis Este con Park Avenue.

Tan pronto como se anunció mi presencia, un conserje me condujo a través del elegante vestíbulo en dirección a un ascensor que se abrió de modo automático al llegar a la séptima planta. Allí, una mujer de rasgos filipinos me abrió la puerta a una antesala que a su vez daba paso a un amplio apartamento decorado casi en su totalidad con tonos azul pastel salpicados de detalles dorados. Teenie apareció detrás de una puerta que comunicaba con un pasillo y, tras avanzar unos pasos en dirección a mí, se detuvo y posó la mirada en el suelo. La ostentosa fealdad circundante parecía envolverla por entero, como si fuera demasiado menuda para el espacio que la rodeaba.

—Susie —dijo Teenie, volviéndose a la mujer que había abierto la puerta—, éste es el tío de Mark.

—Qué majo —dijo Susie—. Un chico muy simpático.

—Ven conmigo —dijo Teenie sin alzar la mirada—. Hablaremos en mi habitación.

El dormitorio de Teenie era una estancia pequeña y desordenada. Salvo por las cortinas amarillas de seda que colgaban en las ventanas, su santuario tenía poco en común con el resto de la vivienda. Camisas, faldas, camisetas y prendas de ropa interior yacían tiradas sobre una butaca acolchada tras la que alcancé a distinguir sus alas, parcialmente aplastadas por una montaña de revistas que habían ido cayendo sobre ellas. Además de frascos, botellas y pequeños estuches de maquillaje, su mesa aparecía regada de diversas lociones y cremas junto a las que podían verse algunos libros de texto. En una de las estanterías vi una pequeña caja de construcciones. Estaba nueva, envuelta aún por su cubierta original de plástico, y era exactamente igual que la que había encontrado en el cuarto de Mark.

Teenie se sentó en el borde de la cama y fijó la mirada en sus rodillas mientras hundía los pies desnudos en la moqueta.

—No estoy muy seguro de por qué querías hablar conmigo, Teenie —dije.

—Es porque fuiste bueno conmigo aquella vez que me caí —dijo con su vocecilla aguda.

—Ya. No sé si sabes que estamos preocupados por Mark. Lazlo se ha enterado de que podría estar en Los Ángeles.

—Yo he oído que estaba en Houston.

—¿Houston? —dije yo.

Teenie continuaba examinándose las rodillas.

—Yo estaba enamorada de él —dijo.

—¿De Mark?

Ella asintió vigorosamente y sorbió.

—O eso pensaba, al menos. Mark me decía muchas cosas que hacían que me sintiera libre y salvaje y como loca. Estuvo bien durante un tiempo. Yo estaba convencida de que me quería, ¿sabes?

Me miró durante unos segundos y luego volvió a bajar los ojos.

—¿Y qué pasó? —dije yo.

—Se ha terminado.

—Pero se ha terminado hace ya bastante tiempo, ¿no?

—Aunque no haya sido de un modo constante hemos estado muy unidos a lo largo de los últimos dos años.

Pensé en Lisa. Era la época en la que Mark había estado saliendo con Lisa.

—Pero si no te hemos visto —dije.

—Mark me dijo que sus padres no permitían visitas —repuso ella.

—No era cierto. Estaba castigado sin salir pero sus amigos podían ir a verle.

Teenie hacía oscilar su cabeza sin cesar, y vi una gruesa lágrima que resbalaba por su mejilla derecha. Se pasó al menos otros veinte segundos sacudiendo la cabeza mientras yo la animaba a hablar.

—Todo comenzó como un juego —dijo finalmente—. Quería hacerme un tatuaje en el estómago que dijera «La Marca». Teddy me dijo de broma

que él mismo podía hacérmelo, pero entonces…

Teenie se alzó la camisa y pude ver dos pequeñas cicatrices que dibujaban una M y una W superpuestas, de tal modo que la parte inferior de la primera encajaba con la parte superior de la segunda para formar un único carácter.

—¿Giles te hizo eso?

Ella asintió.

—¿Y Mark? ¿Estaba Mark presente?

—Mark le ayudó. Yo no hacía más que gritar, pero él me mantenía sujeta.

—Dios mío —dije.

Las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas y, aferrándose al conejo de peluche que yacía sobre la cama, comenzó a acariciarle las orejas.

—No es lo que tú piensas. Al principio era muy bueno conmigo, pero luego empezó a cambiar. Yo le regalé un libro que se titula Psicolandia. Trata de un hombre muy rico que vuela por todo el mundo en su avión privado, y en cada una de las ciudades que visita tiene que matar a alguien. Mark se lo leyó como veinte veces.

—He leído algunas críticas de ese libro. Me pareció entender que era una especie de parodia, de sátira social.

Teenie alzó la mirada fugazmente para mirarme con rostro inexpresivo.

—Sí, bueno —prosiguió—, el caso es que aquello empezó a darme miedo, ya sabes, y a veces, cuando se quedaba a pasar la noche aquí, le daba por hablarme con una voz realmente rara. No era su voz normal, ¿sabes? Era una voz fingida. Hablaba y hablaba, y yo le decía que parara, pero él seguía hablando aunque le tapara la boca con la mano. Y luego me metió en un lío con mis viejos porque robó las pastillas de codeína de mi padre, las que toma para el hombro, y pensaron que había sido yo, y yo no me atreví a decirles que había sido Mark porque para entonces ya le tenía miedo. Él no hacía más que repetir que no las había cogido, pero yo sé que fue él, y los chicos dicen que Teddy y él salen por las noches y roban a la gente nada más que por diversión. A veces se llevan el dinero, pero otras

sólo se quedan con alguna bobada, como una corbata o una bufanda o un cinturón o algo. —Teenie se estremeció sin dejar de llorar—. Yo creía que estaba enamorada de él.

—¿Y tú crees que esos rumores sobre los robos son reales?

Ella se encogió de hombros.

—Ahora mismo me creería cualquier cosa. ¿Piensas ir a buscarle a Dallas?

—Creí haberte oído decir Houston.

—Creo que es Dallas. No lo sé. A lo mejor ya han vuelto. ¿Qué día es hoy?

—Viernes.

—Lo más seguro es que hayan vuelto —dijo, y comenzó a mordisquearse la uña del dedo meñique. Parecía estar pensando. Al final, se retiró el dedo de la boca y añadió—: Podría estar en casa de Giles, pero probablemente esté en las oficinas de Split World. Hay chavales que a veces se quedan a dormir allí.

—Necesito las direcciones, Teenie.

—Giles vive en el 21 de Franklin Street, en el quinto piso. Split World está en East Fourth —se puso en pie y comenzó a escarbar en el interior de un cajón. Extrajo una revista y me la alargó—. Aquí está el número de la calle.

En la portada podía verse la desagradable imagen de un joven supuestamente muerto o agonizante que yacía sentado en el suelo con la cabeza apoyada en un retrete. Sus muñecas cortadas reposaban sobre los muslos, y aparecía rodeado por un reluciente charco de sangre.

—Bonita foto —dije.

—Son todas así —dijo ella con tono hastiado. A continuación, alzó la barbilla y me miró durante al menos tres segundos. Tras desviar nuevamente la mirada, prosiguió—. Te digo todo esto porque no quiero que vuelvan a pasar más cosas malas. Eso es lo que le dije al padre de Mark cuando le llamé.

Durante un instante contuve el aliento, y luego, con deliberada calma, pregunté:

—¿Hablaste con el padre de Mark? ¿Cuándo fue eso?

—Hace ya bastante tiempo. Pero enseguida me enteré de que se había muerto. Fue una pena. Parecía un hombre muy simpático.

—¿Le llamaste a casa?

—No, a su oficina, creo.

—¿Y de dónde sacaste el número?

—Mark me dio todos sus números.

—¿Le hablaste al padre de Mark del corte en la tripa?

—Creo que sí.

—¿Crees que sí? —inquirí, intentando disimular la irritación.

Teenie clavó con fuerza los dedos de los pies en la moqueta.

—Estaba muy triste, y además tenía un subidón —dijo, apretando aún más los pies—. A lo mejor tú puedes encontrarle un hospital. Tanto Mark como Teddy deberían ir a algún hospital.

—¿Fuiste tú la que dejó un mensaje a Bill diciendo que Giles te había matado?

—Él no me mató. Me hizo daño. Ya te lo he dicho.

Decidí no preguntarle nada más acerca del mensaje. Después de hablar con ella, estaba seguro de que la voz que había oído en el contestador de Bill no pertenecía a Teenie.

—¿Dónde están tus padres? —le pregunté.

—Mi madre está en no sé qué reunión benéfica relacionada con el cáncer, y mi padre está en Chicago.

—Creo que deberías hablar con ellos. Lo que sufriste fue un ataque con lesiones, Teenie. Podrías denunciarles a la policía.

Ella no se movió. Comenzó a sacudir su cabeza de color platino adelante y atrás y fijó la mirada en la mesa como si hubiera olvidado que me encontraba allí.

Yo recogí la revista y salí de la habitación. Al abrir la puerta de entrada para marcharme, oí un rumor de agua y la voz de una mujer que canturreaba para sí. Debía de ser Susie.

Ya en el taxi que me trasladaba de regreso al centro, aún resonaban en mis oídos los patéticos acentos de la confesión de Teenie, especialmente el

sonsonete «Creía que estaba enamorada de él». Todo en ella me deprimía: su cuerpecillo huesudo, su mirada huidiza y todo aquel batiburrillo de cosméticos y de parafernalia femenina de los que se rodeaba. Me inspiraba lástima Teenie, aquella pequeña y devastada figura refugiada en el vasto apartamento de tonos azul pálido, pero también me preocupaba la llamada telefónica. ¿Se habría detenido el corazón de Bill después de oír la historia de cómo su hijo Mark la había inmovilizado? ¿Se lo habría mencionado ella siquiera? Lo cierto es que me resultaba difícil imaginar a Mark sujetándola, porque la cicatriz parecía demasiado nítida. ¿Podía haberse efectuado un corte tan limpio en alguien que estuviera debatiéndose? Las historias de Teenie sobre Psicolandia y el episodio de los comprimidos de codeína desaparecidos resultaban, sin embargo, más creíbles, y comencé a especular sobre el posible uso de drogas por parte de Mark, preguntándome en qué medida podría algo así haber contribuido a disipar sus inhibiciones frente al robo y la mentira. Teenie, al parecer, aún conservaba algunos escrúpulos, un mortecino código moral que condenaba lo que ella llamaba «cosas malas», si bien la maldad de dichas cosas parecía venir determinada más por el efecto que pudieran tener sobre ella que por su falta de correspondencia con directrices morales más amplias. La joven no era capaz de recordar su conversación con Bill porque había estado drogada, lo que a sus ojos convertía dicha amnesia en un proceso a la vez natural y disculpable. Teenie pertenecía a una subcultura de normas relajadas y amplia permisividad que, a mi juicio, parecía también sorprendentemente desapasionada. A juzgar por Mark y por la propia Teenie, aquellos chavales no poseían el menor entusiasmo. No eran futuristas que glorificaran la estética de la violencia ni anarquistas que promovieran la liberación del yugo de la ley. Eran hedonistas, supongo, pero hasta la consecución de su propio placer parecía aburrirles.

Al alzar la mirada hacia el estrecho edificio de East Fourth Street, entre las avenidas A y B, pensé que podía marcharme de allí, que podía renunciar a saber nada más de aquellos niños grandes o de sus mezquinas y tristes existencias. Sin embargo, preferí llamar al portero automático, preferí abrir la puerta de la primera planta del viejo inmueble y preferí recorrer el pasillo, aun a sabiendas de que me encaminaba hacia algo

terrible. Era igualmente consciente de que ese mismo espanto me arrastraba hacia sí. Quería ver de qué se trataba, acercarme a ello y examinarlo. Ejercía sobre mí una atracción morbosa, y el solo hecho de rendirme a aquella cosa repulsiva que perseguía hacía que ya me sintiera mancillado por ella.

No era mi intención mentir, pero lo cierto es que cuando la tórpida joven sentada tras el mostrador elevó hacia mí la mirada de sus ojos escudados por unas gafas rojas con alas y vi las veinte portadas de Split World que adornaban la pared situada a sus espaldas, en una de las cuales podía verse a Teddy Giles chorreando sangre por la boca mientras sostenía en una cuchara lo que parecía ser un dedo humano, algo me impulsó espontáneamente a hacerlo. Le dije que era un periodista del New Yorker y que estaba realizando una investigación sobre el mundo de las pequeñas publicaciones alternativas para escribir un artículo. Pregunté a la joven si sería tan amable de explicarme la naturaleza de Split World, su *raison d'être*, y clavé la mirada en los ojos castaños que me observaban tras aquellas alas rojas. Eran opacos.

—No sé a qué se refiere.

—Quiero saber de qué trata la revista, el motivo de su existencia.

—Oh —dijo, sopesando la pregunta—. ¿Piensa citarme? Me llamo Angie Roopnarine. R-O-O-P-N-A-R-I-N-E.

Yo saqué mi pluma y mi libreta y garabateé el apellido con letras mayúsculas.

—¿A qué obedece el nombre, por ejemplo? —inquirí—. Split World… «Mundo dividido». ¿A qué división se refiere?

—Ni idea. Yo sólo trabajo aquí. Probablemente debería hablar con alguna otra persona, pero es que ahora mismo no hay nadie. Están todos comiendo.

—Son las cinco y media de la tarde.

—No abrimos hasta mediodía.

—Ya —dije, y señalé la fotografía de Teddy Giles—. ¿Le interesan sus obras de arte?

Ella torció el cuello para contemplar la portada.

—No está mal —dijo.

Decidí atacar el meollo de la cuestión.

—Dicen que cuenta con todo un séquito, ¿verdad? Mark Wechsler, Teenie Gold, una chica que se hace llamar Virginia y un chico llamado Rafael que, al parecer, ha desaparecido.

El cuerpo de Angie Roopnarine se tornó súbitamente rígido.

—¿Eso forma parte de su artículo?

—Pretendo centrarme en Giles.

Ella me miró con aire suspicaz.

—No sé qué es lo que quiere. No me parece la clase de persona que querría escribir sobre estas cosas.

—El New Yorker contrata a un montón de carrozas —dije—. De todos modos, usted debe conocer a Mark Wechsler. Trabajó aquí el verano pasado.

—Ya, pues en eso desde luego se equivoca. Mark Wechsler nunca trabajó aquí. Venía de vez en cuando, ¿vale?, pero Larry nunca le pagó.

—¿Larry?

—Larry Finder. Es el dueño de esta revista y de muchas otras más.

—¿El mismo que tiene una galería de arte?

—No es ningún secreto.

Sonó el teléfono, y Angie descolgó el auricular.

—Split World —dijo con voz cantarina y súbitamente animada.

Yo saludé con la cabeza, dibujé con los labios la palabra «Gracias» y huí de allí. Ya en la calle, aspiré profundamente para apaciguar la ansiedad que atenazaba mi pecho. ¿Por qué mentir?, me dije. ¿Acaso lo había hecho obedeciendo a un malentendido impulso de protección? Tal vez. Aunque tampoco consideraba mi impostura como un transgresión moral significativa, a medida que me alejaba del edificio en dirección Oeste me sentí a la vez en ridículo y en peligro. Los descubrimientos en torno a Mark tendían a ser de categoría negativa. No había trabajado para Harry Freund el verano anterior. Tampoco había trabajado para Larry Finder en Split World. Su vida era un yacimiento arqueológico de ficciones superpuestas, y yo apenas había comenzado a excavar.

Violet me había dejado en el contestador varios recados urgentes en los que me pedía que subiera a verla tan pronto como regresara a casa. Al abrir la puerta la vi pálida y le pregunté si se encontraba bien, pero ella, en lugar de responderme, dijo:

—Tengo que enseñarte algo.

Me condujo a la habitación de Mark, y al asomarme al interior pude ver que había puesto la estancia patas arriba. La puerta del armario estaba abierta, y aunque en su interior todavía podían verse algunas prendas colgadas, los estantes estaban desnudos. El suelo estaba cubierto por una gruesa capa de papeles, folletos, libretas y revistas. Vi también una caja de cochecitos de juguete y otra que contenía postales dobladas, cartas y lápices de cera partidos por la mitad. Los cajones de la mesa de Mark habían sido extraídos de su lugar y yacían en fila junto a las cajas. Violet se inclinó sobre uno de ellos, recogió un objeto rojo de su interior y me lo alargó.

—Lo encontré en el interior de una caja de puros, envuelto en cinta adhesiva.

Era la navaja de Matthew. Sobre su superficie podían leerse las iniciales M. S. H.

—Lo siento —dijo Violet.

—Después de todos estos años —dije, y tiré del sacacorchos que llevaba incorporado. Una vez abierto, recorrí la espiral con el dedo y recordé la desesperación de Matt. «¡Siempre la dejo en la mesilla, siempre!». Debía de estar muy cansado, porque sentí como si una parte de mí levitara, y experimenté la peculiar sensación de ascender flotando en dirección al techo mientras contemplaba la habitación y veía la silueta de Violet y la mía propia con la navaja en la mano. Aquella curiosa división entre tierra y aire, entre mi yo elevado y el yo que aún permanecía en el suelo no duró mucho, pero incluso cuando hubo concluido me sentí alejado de todo cuanto contenía la estancia, como si me encontrara frente a un espejismo.

—Recuerdo el día en que Matt la perdió —decía Violet con voz resuelta—. Y recuerdo lo disgustado que estaba. Fue Mark quien me lo dijo, Leo, fue Mark el que me comentó lo terrible que era que hubiera desaparecido la navaja. Se le veía tan compadecido y tan apenado por Matt… Me contó que la había buscado por todas partes. —Violet me miraba con los ojos muy abiertos y la voz trémula—. Mark tenía entonces once años. Once años. —Vi que me asía por el brazo y noté la férrea tenaza de sus dedos—. ¿Entiendes? Lo peor no es el robo; ni siquiera la mentira: es esa compasión fabulada, tan perfectamente modulada, tan verosímil, tan auténtica.

Me eché entonces la navaja al bolsillo, y aunque había oído sus palabras y las había comprendido no supe cómo responder, por lo que, en lugar de hacerlo, permanecí inmóvil con la mirada fija en la pared, y al cabo de unos segundos pensé en el taxi que aparecía en el autorretrato, en aquel juguete que Bill le había entregado a Violet para que lo sostuviera en la mano mientras la pintaba. La imagen del taxi y la navaja de Matt tenían algo en común, y me esforcé por articular la similitud que las unía. Me vino a la mente la palabra «peón», pero tampoco eso era exactamente lo que buscaba. Existía una cierta interconexión que vinculaba la imagen del coche de juguete con el objeto real que ahora reposaba en mi bolsillo, y esa relación no tenía nada que ver ni con navajas ni con automóviles. La navaja era como el coche pintado porque también ella se había convertido en algo intangible, en algo que ya no era real. No importaba que pudiera introducir la mano en el bolsillo y tocarla. Algo había cambiado a través de las maquinaciones resultantes de los oscuros anhelos y secretos de un niño. El obsequio que en su día le entregara a Matt con motivo de su undécimo cumpleaños ya no existía. En su lugar había otra cosa distinta, una siniestra copia o facsímil, y tan pronto como vislumbré esa noción sentí completarse el círculo de mis reflexiones. Matt había realizado su propio doble de la navaja en el cuadro que Bill me había entregado. Había enviado al Niño Fantasma a la azotea con su trofeo robado, allí donde la luna pudiera brillar sobre su rostro e iluminar la navaja abierta que sostenía en la mano.

Después de relatarle a Violet las visitas realizadas a Teenie y a Split World, bajé a casa y pasé en soledad el resto de la velada. Tardé un rato en encontrar dentro del cajón un lugar apropiado para la navaja, pero al final decidí arrinconarla al fondo, lejos del resto de los objetos. Luego, al cerrarlo, comprendí que el objeto había contribuido a fortalecerme ante la tarea que me esperaba. Ya no estaba simplemente buscando a Mark. Quería algo más: una revelación. Tenía que proporcionar unos rasgos propios a aquel rostro vacío.

Un par de horas después de que Violet saliera de casa en dirección al estudio de Bill, oprimí el botón de un portero automático del número 21 de Franklin Street junto al que podían leerse las iniciales «T. G./S. M.». Para mi sorpresa, la puerta se abrió inmediatamente, y al subir, un joven bajo y musculoso vestido únicamente con unos pantalones cortos me abrió la puerta de acero que daba entrada al *loft* que ocupaba Teddy Giles en la quinta planta. A través del umbral pude ver el atezado cuerpo del muchacho desde todos los ángulos y también mi propia imagen, pues las cuatro paredes del vestíbulo eran otros tantos espejos.

—Querría ver a Teddy Giles —dije.

—Creo que está durmiendo.

—Es muy importante —insistí.

El joven dio media vuelta, abrió un espejo que también hacía las funciones de puerta y desapareció. A mi derecha se abría una amplia habitación con un inmenso sofá anaranjado y dos voluminosas butacas, una turquesa y la otra morada. Todo cuanto contenía —los suelos, las paredes, los apliques eléctricos— parecía nuevo, y mientras examinaba la estancia pensé que la expresión «de nuevos ricos» se quedaba corta para definir el gusto estético de lo que estaba contemplando. Aquella decoración era el resultado de una opulencia instantánea, de unas cuantas ventas sustanciales convertidas en propiedad inmobiliaria a tal velocidad que los agentes, abogados, arquitectos y contratistas debían de haber terminado sin aliento. El apartamento olía a humo de cigarrillo y, más sutilmente, a basura. Tirados en el suelo había un jersey rosa y varios

pares de zapatos femeninos. Aquella habitación no contenía libros, pero sí centenares de revistas de moda y de arte que descansaban apiladas en elevados montones sobre una solitaria mesa auxiliar. Otras muchas yacían desperdigadas por el suelo, y advertí que algunas de sus páginas habían sido marcadas con etiquetas adhesivas amarillas y rosadas. De la pared más alejada colgaban tres enormes fotografías de Giles. En la primera aparecía vestido de hombre, bailando con una mujer que me recordó a Lana Turner en El cartero siempre llama dos veces. En la segunda estaba vestido de mujer y lucía una chillona peluca rubia y un vestido de noche plateado que realzaba sus pechos artificiales y sus caderas acolchadas. En la tercera fotografía la imagen había sido tratada mediante algún truco visual y Giles aparecía dividido en pedazos y ocupado en devorar la carne de su propio brazo derecho seccionado. Mientras estudiaba aquellas imágenes ya familiares, el propio Giles hizo su aparición a través de la puerta especular. Iba ataviado con un kimono japonés de seda que tenía todo el aspecto de ser auténtico, y a mis oídos llegó el susurro del denso tejido mientras avanzaba hacia mí.

—Profesor Hertzberg —dijo—. ¿A qué debo el placer de esta visita?

Sin darme tiempo a responder, indicó con un amplio ademán circular todo el perímetro del salón, y prosiguió:

—Siéntese.

Yo me dirigí a la gran butaca de color turquesa y tomé asiento. Intenté reclinarme sobre el respaldo, pero tales eran las dimensiones del mueble que habría terminado casi tumbado sobre el asiento, por lo que me mantuve erguido en el borde.

Giles se acomodó en su gemela de color morado, tal vez demasiado alejada para permitir una conversación cómoda. Para compensar tan incómoda distancia, se inclinó hacia mí, y el tejido de su batín se abrió parcialmente para revelar un pecho pálido y desprovisto de vello. Su vista se posó sobre un paquete de Marlboro que descansaba en una mesa redonda situada entre nosotros y dijo:

—¿Le importa si fumo?

—Adelante —dije yo.

Sus manos temblaban al encender el cigarrillo, y de pronto me sentí aliviado de no tenerle próximo a mí. Desde donde me encontraba, más o menos a un metro y medio de distancia, me era posible examinar el aspecto global de Teddy Giles. Poseía unos rasgos blandos y uniformes. Tenía ojos verdes de pestañas pálidas, una nariz pequeña y algo achatada, y labios descoloridos. Era la vestimenta lo que prestaba carácter a aquel rostro anodino: el almidonado y pintoresco kimono convertía a Giles en la imagen misma del depravado petimetre finisecular. En contraste con el carmesí, su piel mostraba una palidez casi mortal. Las largas mangas realzaban la delgadez de sus brazos, y la similitud de la prenda con un vestido no hacía sino reforzar su ambigüedad sexual. Resultaba difícil determinar hasta qué punto pretendía cultivar conscientemente esa imagen de sí mismo o si simplemente se hallaba inmerso en una de sus diversas personalidades. Me miró y asintió.

—Y ahora, dígame: ¿qué puedo hacer por usted?

—He pensado que a lo mejor sabría decirme dónde se encuentra Mark. Hace diez días que no aparece, y tanto su madrastra como yo estamos preocupados.

Él respondió sin la menor vacilación:

—He visto a Mark en varias ocasiones a lo largo de la semana pasada. De hecho, estuvo aquí anoche. Le había invitado a un pequeño encuentro, pero luego se marchó con algunos de los asistentes. ¿Me está diciendo que no se ha puesto en contacto con —hizo una pausa—, con Violet? ¿Se llama así su madrastra?

Me escuchó en silencio mientras yo enumeraba los robos de Mark y su desaparición. Sus ojos de color verde pálido no se apartaban de mí salvo cuando volvía la cabeza para expulsar el humo en otra dirección.

—Y he oído que estaba viajando con usted con motivo de una exposición celebrada en algún lugar del Oeste —dije finalmente.

Giles sacudió la cabeza muy lentamente sin apartar la mirada de mí.

—Estuve un par de días en Los Ángeles, pero Mark no estaba conmigo —parecía estar reflexionando—. Mark quedó destrozado por la muerte de su padre, pero eso, claro está, ya lo sabe. Él y yo tuvimos largas charlas al

respecto y, sinceramente, creo que le ayudaron… —Tras una pausa, añadió —: Creo que al perder a su padre perdió una parte de sí mismo.

No me hubiera sido fácil determinar qué esperaba exactamente de Giles, pero desde luego no era compasión hacia Mark. Allí sentado, comencé a preguntarme si no había trasladado parte de la ira y la decepción que me inspiraba Mark a este artista al que no conocía de nada. Mi Teddy Giles era una elucubración, un hombre construido a base de rumores y habladurías y algún que otro artículo en los periódicos y las revistas. Desvié los ojos hacia la fotografía, colgada en el extremo opuesto de la estancia, en la que aparecía vestido de mujer.

Él reparó en mi mirada.

—Soy consciente de que desaprueba usted mi trabajo —dijo llanamente—. Eso es lo que ha venido a decirme Mark, y no sólo en lo que se refiere a usted sino también a su madrastra. Y sé también que a su padre tampoco le gustaba demasiado. Es su contenido lo que perturba a la gente, pero si me sirvo de la violencia es porque ésta aparece por doquier. Yo no soy mi obra, y usted, como historiador de arte que es, debería ser capaz de establecer esa distinción.

Intenté escoger mis palabras cuidadosamente.

—Supongo que parte del problema es que usted mismo ha embrollado ese particular concepto, promoviendo la idea de que no es posible separarle de lo que hace… de que es usted, en fin, peligroso.

Se echó a reír. Había en su risa una mezcla de satisfacción, placer y encanto personal. Reparé asimismo en lo pequeños que eran sus dientes: dos hileras de piezas diminutas que parecían de leche.

—Tiene razón —dijo—. Me sirvo de mí mismo como de un objeto. Reconozco que no es algo nuevo, pero también es verdad que, realmente, nadie había hecho hasta ahora lo que yo hago.

—¿Se refiere usted a esos estereotipos del horror?

—Exactamente. El horror es algo extremo, y los extremos son purgativos. A eso se debe que la gente vaya a ver esas películas o acuda a contemplar mis obras.

Me asaltó una poderosa sensación de repetición. Giles ya había dicho eso antes. Probablemente lo había dicho mil veces.

—Pero los estereotipos son mortíferos, ¿no cree? —dije yo—. Por su naturaleza misma matan el significado.

Él me sonrió con cierta indulgencia.

—No me interesan los significados. Si quiere que le diga la verdad, han dejado de parecerme importantes. A la gente, en realidad, le dan igual. La velocidad es importante. Y las imágenes. La captación rápida de la atención durante períodos breves. Anuncios, películas de Hollywood, las noticias de las seis, sí… incluso el arte: al final todo es mercantilismo. ¿Y qué es el mercantilismo? Es pasear por ahí hasta que surge algo deseable y lo compramos. ¿Y por qué lo compramos? Porque nos entra por los ojos. Si no es así, cambiamos de canal. ¿Y por qué nos entra por los ojos? Porque hay algo en ello que nos eleva ligeramente el nivel de adrenalina. Puede ser un destello, o un cierto brillo, o un poco de sangre o un culo desnudo. Da lo mismo. Es esa emoción lo que cuenta, no lo que la produce. El resultado es algo circular. Uno quiere volver a experimentar esa emoción, de modo que sale a buscarlo, y cuando lo encuentra vuelve a desprenderse de sus dólares para comprarlo de nuevo.

—Pero muy pocas personas adquieren arte —dije.

—Cierto, pero el arte sensacionalista vende revistas y periódicos, y la sensación creada atrae a coleccionistas, y los coleccionistas aportan dinero, y así, vuelta a empezar una y otra vez. ¿Le molesta mi franqueza?

—No. Pero no estoy seguro de que las personas sean realmente tan superficiales como usted las pinta.

—Es que, precisamente, ocurre que yo no pienso que haya nada malo en ser superficial —dijo, y encendió otro cigarrillo—. Me ofenden mucho más esas beatíficas pretensiones que muchos sostienen sobre lo profundos que son. La existencia de ese enorme territorio inconsciente que todos albergamos en nuestro interior no es más que una mentira freudiana, ¿no le parece?

—Opino que las nociones acerca de la profundidad humana se remontan probablemente a épocas anteriores a la de Freud —dije yo, consciente del seco tono académico que iba cobrando mi voz.

Giles me estaba aburriendo, pero no porque fuera un estúpido, sino porque su manera de hablar tenía algo de desligado, una cadencia remota y

ensayada que me agotaba. Me estaba mirando, y creí detectar en él cierta decepción. Se había esforzado por interesarme. Estaba acostumbrado a periodistas que mordían el anzuelo, que le consideraban inteligente. Cambié de tema.

—Ayer hablé con Teenie Gold —dije.

Giles asintió.

—Hace meses que no veo a Teenie. ¿Qué tal está?

Decidí no morderme la lengua.

—Me enseñó una cicatriz que tiene en el vientre. Son las iniciales de Mark, y según ella…

Me detuve y miré a Giles, que me escuchaba atentamente.

—¿Sí?

—Según ella, fue usted quien se las grabó en la piel mientras el propio Mark la sujetaba.

El rostro de Giles adoptó una expresión que rebasaba la de simple sorpresa.

—Oh, Dios mío —dijo—. Pobre Teenie.

Sacudió la cabeza tristemente y expulsó una bocanada de humo hacia el techo.

—Teenie se autolesiona. Tiene los brazos llenos de cicatrices. Ha intentado resistirse a hacerlo, pero no puede. Le hace sentirse bien. En cierta ocasión me dijo que le hacía sentirse real —hizo una pausa, sacudió la ceniza del cigarrillo y prosiguió—. A todos nos gusta sentirnos reales.

Al cruzar las piernas una rodilla desnuda asomó de entre los pliegues de la complicada túnica, y pude observar que en su pantorrilla comenzaban a brotar algunos pelos recientemente afeitados. Giles acababa de confirmar mis propias dudas acerca del relato de Teenie y, sin embargo, no podía evitar preguntarme por los motivos que pudieran haberla inducido a inventar una historia tan complicada. Teenie no era ni mucho menos una muchacha imaginativa.

—Mark me llamará; estoy seguro —continuó Giles—. Tal vez incluso hoy. ¿Qué le parece si hablo con él y le pido que se ponga en contacto con usted y luego le llamo para decirle dónde está? Creo que a mí me escuchará.

Me puse en pie.

—Gracias —dije—. Si hace eso, le estaremos muy agradecidos.

Giles se levantó también. Me sonrió, pero se me antojó una sonrisa forzada.

—¿Estaremos? —inquirió, transformando la palabra en dos sílabas canturreadas.

Su tono de voz me irritó profundamente, pero le respondí sin alterarme.

—Sí —dije—. Puede llamarme a mí o puede llamar a Violet.

Me volví y comencé a andar en dirección a la puerta. En el vestíbulo me vi rodeado una vez más por una miríada de reflejos procedentes de todas partes: el mío, con mi camisa azul y mis pantalones caqui; el de Giles, enfundado en su reluciente kimono de color rojo; y diversos tonos chillones procedentes del mobiliario del amplio salón que dejábamos atrás, todos ellos fracturados por los sucesivos paneles de espejos. Con aquel untuoso «¿Estaremos?» resonando aún en mis oídos, así un picaporte, lo hice girar y abrí la puerta, pero en lugar del ascensor me vi frente a un estrecho pasillo. En la pared del fondo colgaba un cuadro que reconocí: se trataba de un retrato de Mark pintado por Bill cuando su hijo tenía dos años. El bebé aparecía riendo enloquecidamente mientras sostenía sobre su cabeza la pantalla de una lámpara a modo de sombrero, y estaba desnudo salvo por unos pañales de celulosa tan lastrados de orina o heces que parecían a punto de descolgarse de sus caderas. No me moví. La imagen del pequeño parecía flotar hacia mí. Emití un sonido de sorpresa, y Giles dijo a mis espaldas:

—Se ha equivocado de puerta, profesor.

—Ese cuadro es de Bill —dije.

—Así es, en efecto —dijo Giles.

—¿Y qué hace aquí?

—Lo compré.

—¿A quién? —pregunté.

—A la persona que lo poseía anteriormente.

Me volví repentinamente hacia él.

—¿A Lucille? ¿Se lo compró a Lucille?

Sabía tan bien como todo el mundo que los cuadros circulan, pasan de un dueño a otro, languidecen en lóbregos almacenes, reaparecen, se venden y revenden, se roban, se destruyen y se restauran con mayor o menor fortuna. Un cuadro puede reaparecer en cualquier sitio, y a pesar de ello la imagen de aquel lienzo en aquel lugar podía más que yo.

—Estoy pensando en usarlo —dijo Giles.

Se encontraba muy próximo a mí, hasta el punto de que podía notar su aliento en mi oreja. De modo instintivo, aparté la cabeza.

—¿En usarlo? —repetí yo, encaminándome en dirección al cuadro.

—Pensé que ya se marchaba —oí decir a Giles detrás de mí.

Había en su voz un cierto matiz de diversión, y nada más detectarlo experimenté una vacilación interior que incrementó el desconcierto despertado por el cantarín «¿Estaremos?» de Giles. Cualquier ventaja que hubiera podido llevar en la conversación desapareció en aquel pasillo. Mi propia y desmayada repetición de sus palabras «¿En usarlo?» sonaba como una burla dirigida hacia mí mismo, como una mofa autoinfligida que ninguna respuesta ingeniosa podía reparar ya. Todo cuanto podía ver era aquel niño pintado frente a mí, con su desorbitada expresión de deleite y de placer incontenible.

Aún hoy sigo dándole vueltas a lo que me ocurrió entonces y a cómo se desarrollaron exactamente los acontecimientos, pero sé que me asaltó una sensación de claustrofobia que se convirtió en terror. Teddy Giles no era precisamente una persona cuya presencia impusiera respeto, pero había logrado intimidarme mediante un par de comentarios crípticos que sugerían mundos, mundos enteros, y me pareció percibir que Bill, a pesar de su muerte, se hallaba de algún modo en la raíz de todos ellos. El combate menos elocuente de cuantos sosteníamos Giles y yo tenía que ver con Bill, y mi súbita asimilación de ese hecho casi despertó en mí una sensación de pánico. Y entonces, justamente cuando llegaba por fin al cuadro, oí el sonido de una cisterna. El ruido del retrete trajo consigo el convencimiento de que ya había oído otros sonidos antes y de que mi reacción ante el cuadro tan sólo los había disimulado en parte. Me detuve a escuchar. De detrás de una puerta me llegó un sonido similar al de alguien que estuviera sufriendo una sucesión de arcadas, y a ello siguió un

grito de ayuda ronco y ahogado. Abrí de golpe la puerta que había frente a mí y vi a Mark tendido en el suelo de un cuarto de baño cuyos muros aparecían forrados de diminutas teselas de vidrio de color verde. Estaba derrumbado en el suelo, junto a la bañera, con la boca abierta y los ojos cerrados. Sus labios se habían tornado azules, y al verlos me sentí súbitamente invadido por una nueva sensación de calma. Avancé hacia él y noté que mi pie resbalaba levemente. Tras recobrar el equilibrio, advertí la presencia de un charco de vómito a mis pies. Me arrodillé junto a Mark y le aferré por la muñeca a la vez que escrutaba su pálido semblante. Mis dedos ascendieron por su piel, empapada de un sudor helado, en busca del pulso, y sin girar la cabeza le dije a Giles:

—Pida una ambulancia.

Al ver que no me respondía me volví hacia él.

—Se pondrá bien —dijo Giles.

—Coja el teléfono —insistí— y llame a Urgencias ahora mismo antes de que se muera en su apartamento.

Giles desapareció por el pasillo. Mis dedos seguían investigando. Mark tenía el pulso muy débil, y al contemplar su rostro vi que estaba blanco como el papel.

—Vas a vivir, Mark —le susurraba una y otra vez—. Vas a vivir.

Aproximé el oído a sus labios. Respiraba. De pronto abrió los ojos y me sentí embargado por una sensación de felicidad.

—Mark —dije—, tengo que llevarte a un hospital. No te duermas. No cierres los ojos.

Deslicé un brazo bajo su cabeza para protegerla y le miré. Vi que cerraba los ojos.

—¡No! —dije enfáticamente, y comencé a tirar de él para incorporarle.

Pesaba mucho, y mientras lo hacía una de mis piernas resbaló en el charco de vómito que inundaba el suelo.

—Escúchame —le dije con tono severo—, no te duermas.

Mark aguzó los ojos y me miró.

—Que te jodan —dijo.

Le aferré por las axilas y comencé a arrastrarle al exterior del cuarto de baño, pero se resistía. Con un movimiento abrupto alargó una mano

hacia mi rostro y noté cómo sus uñas se clavaban en mi mejilla. El súbito dolor me cogió por sorpresa, y le solté. Él se golpeó la cabeza contra las baldosas y emitió un gemido. Tenía la boca abierta, y por su barbilla resbalaba un largo y reluciente hilillo de saliva. En ese momento vomitó de nuevo, arrojando un chorro de líquido de color ocre sobre su camiseta gris.

Mark salvó la vida gracias a aquellos vómitos. Según el doctor Sinha, que le trató en el pabellón de Urgencias del Hospital de Nueva York, Mark sufría una sobredosis de diversas drogas entre las que se contaba un tranquilizante para uso veterinario que se vendía en la calle bajo el nombre de K Especial. Para cuando pude hablar con el doctor Sinha ya había hecho lo posible por limpiarme los pantalones en el servicio de caballeros, y una enfermera me proporcionó un apósito con el que vendar los tres profundos arañazos de mi mejilla derecha. Allí, en el pasillo del hospital, aún podía distinguir el olor del vómito, y la amplia mancha de humedad de mis pantalones comenzaba a enfriarse bajo los efectos del aire acondicionado reinante. Cuando el doctor dijo «K Especial» recordé la voz de Giles en el rellano: «Nada de K esta noche, ¿eh, M&M?». Habían transcurrido más de dos años entre la primera vez que oí aquellas palabras y el instante en que me fueron descifradas, y me resultó irónico que después de haber vivido en Nueva York durante casi sesenta años, mi traductor fuera alguien que había llegado al país mucho más recientemente. El doctor Sinha era un hombre muy joven de mirada inteligente que hablaba el inglés con el musical acento propio de Bombay.

Tres días después, Violet, Mark y yo nos embarcamos en un avión con destino a Minneapolis. Yo no estaba presente en el hospital cuando Violet le anunció a Mark su ultimátum, pero luego me contó que le había amenazado con despojarle definitivamente de cualquier clase de ingresos económicos para lograr que aceptara ingresar en Hazelden, un centro de rehabilitación de Minnesota. Pudo obtener rápidamente plaza para él gracias a que una antigua amiga del instituto ocupaba un puesto importante en el sanatorio. Mientras durara el tratamiento de Mark, Violet

tenía la intención de vivir con sus padres y visitarle una vez por semana. La adicción que padecía el muchacho explicaba en gran medida su comportamiento, y el simple hecho de bautizar su problema con un nombre logró disipar algunos de mis temores. Era, en cierto modo, como iluminar un rincón oscuro por medio de una linterna e identificar como entes diferenciados cada una de las pelusas y motas de polvo que abarcaba el haz de luz. Mentir, robar y fugarse pasaron a ser otros tantos de los síntomas de la «enfermedad» de Mark y, desde ese punto de vista, tan sólo doce etapas le separaban de la libertad. Yo, claro está, sabía que la cosa no era tan fácil, pero cuando el muchacho despertó en el hospital después de su odisea comprobé que se había transformado en alguien distinto, en un joven que, aquejado de una genuina dolencia, podía ser tratado en una clínica atendida por médicos expertos en el cuidado de personas como él. Al principio se negó a ir, afirmando que él no era un drogadicto. Tomaba drogas, pero no era adicto a ellas. Aseguró, asimismo, que no había robado las joyas de Violet ni mi caballo, pero como todo el mundo sabe, la negación es parte integrante del «perfil adictivo». El diagnóstico, además, nos permitió experimentar un renovado impulso de comprensión para con Mark. Asaltado por aquellos terribles impulsos, poco había podido hacer para controlar sus acciones, y ello le hacía merecedor de otra oportunidad. Sin embargo, toda solución y toda denominación, por oportunas y adecuadas que sean, poseen un alcance limitado que no llega a abarcar ciertos actos o sentimientos que resisten su interpretación: la navaja robada a Matt, por ejemplo. Como ya observara Violet, «Mark tenía once años», y a los once años las drogas aún no formaban parte de su vida.

Pero todo adulto se halla inevitablemente acechado por el niño que fue en otro tiempo, incluso cuando esa identidad anterior ya no resulta reconocible. El retrato algo siniestro que Bill pintara de su hijo de dos años con un pañal sucio había terminado en el mismo apartamento en el que éste había estado a punto de morir con dieciocho, y el lienzo, que ya no era un reflejo de nadie, se había convertido en un inquietante espectro del pasado, y no sólo del pasado de Mark sino también del suyo propio. Lucille contó a Violet que había vendido el cuadro cinco años antes por medio de Bernie, pero una llamada telefónica a este último reveló que no

sabía nada de Giles, sino que había tratado con una mujer llamada Susan Blanchard que actuaba como reputada asesora de diversos y bien conocidos coleccionistas de la ciudad. Bernie afirmaba que el comprador fue un hombre llamado Ringman, que también había adquirido una de las cajas de los cuentos. A Violet le irritó que Lucille y Bernie no le hubieran mencionado aquella venta a Bill.

—Tenía derecho a saberlo —dijo—. Un derecho moral.

Lucille, sin embargo, no había querido que Bill se enterara, y le había rogado a Bernie que no lo mencionara.

—Sentía lástima por Lucille —dijo Bernie a Violet—; y, además, el cuadro era suyo y podía venderlo.

Violet culpaba a Lucille del destino del errabundo lienzo. Yo, no. Me sentí inmensamente aliviado de que Lucille no hubiera vendido el cuadro directamente a Giles, y estaba completamente seguro de que debía de haberse hallado necesitada del dinero procedente de la venta. Para Violet, no obstante, una historia enlazaba con la otra. Lucille había vendido un retrato de su propio hijo al mejor postor y luego ni se había molestado en acudir a visitarle al hospital. Se había limitado a telefonearle, y según Mark ni siquiera había hecho mención de la sobredosis. Violet, convencida de que Mark estaba mintiendo, llamó a Lucille y se lo preguntó abiertamente, pero ella confirmó que no le había mencionado nada a Mark acerca de su roce con la muerte a causa de las drogas.

—No me pareció que fuera a resultar productivo —le dijo.

¿De qué le había hablado, entonces?, quiso saber Violet. Lucille dijo que le había contado cosas sobre el campamento al que acudía Ollie, sobre los dos gatos de la familia y sobre lo que pensaba preparar para la cena, y que luego le había deseado suerte. Violet estaba furiosa, y me contó la historia temblando de indignación. Yo intuía que Lucille había tomado la decisión consciente de no mencionar lo ocurrido, que la había sopesado cuidadosamente y que había llegado a la conclusión de que adentrarse en ese terreno no le haría ningún bien ni a ella ni a Mark. Opino que todo cuanto le dijo lo había considerado previamente, y sospechaba también que después de colgar debió de recrear mentalmente lo que había dicho y que tal vez incluso se habría reprendido a sí misma por la conversación y

habría revisado su contenido. Violet pensaba que cualquier mujer que no tomara el primer tren para correr junto al lecho de su hijo era «antinatural», pero yo sabía que Lucille, paralizada por la turbación y la indecisión, se hallaba atascada en el lodazal de su propio debate interno, de pros y contras y dilemas lógicos que hacían imposible casi cualquier iniciativa por su parte. Probablemente, el solo hecho de llamar al hospital había requerido un considerable acopio de valor por su parte.

La diferencia entre Lucille y Violet era una diferencia de carácter, no de sabiduría. Violet experimentaba frente a Mark una confusión tan grande como la de Lucille. Lo que, sin embargo, Violet no cuestionaba era la intensidad de sus propios sentimientos hacia él y la necesidad de actuar en consecuencia. Lucille, por el contrario, se sentía impotente. Las dos mujeres de Bill se habían convertido en las dos madres de Mark, y si bien los matrimonios se habían sucedido en el tiempo, la maternidad de Lucille y la maternidad adoptiva de Violet habían coexistido durante años y sobrevivido a la muerte de Bill. Las dos mujeres representaban los polos vivientes del deseo de un hombre, unidos por el muchacho que aquél había engendrado en tan sólo una de ellas. Yo no podía por menos de pensar que Bill estaba desempeñando aún un papel crucial en la historia que se desarrollaba ante mis ojos, y que había creado en torno a nosotros una feroz geometría que aún pervivía. Una vez más, me pareció descubrir nuevos símbolos en el cuadro que colgaba en mi casa: la mujer que partía frente a la que se quedaba y luchaba, y el peculiar cochecito que la rolliza Violet sostenía en el regazo, como algo que no era lo que era ni tampoco un símbolo, sino un vehículo de deseos no expresados. Cuando Bill pintó el lienzo confiaba en tener un hijo con Lucille. Él mismo me lo había dicho. Así, comencé a estudiar la pintura nuevamente, y cuanto más la observaba más empecé a sentir que Mark estaba también allí, en el lienzo, oculto en el cuerpo de la mujer equivocada.

Violet y Mark estuvieron ausentes durante dos meses. Durante ese tiempo me encargué de recogerles el correo, de regar las tres plantas del piso de arriba y de escuchar los mensajes del contestador, en el que aún

podía oírse la voz de Bill rogando a los interesados que aguardaran a oír la señal. Acudí también al *loft* de Bowery una vez a la semana para comprobar que todo estaba en orden. Violet me había pedido especialmente que vigilara a Mr. Bob. Al parecer, poco después de morir Bill, su casero, el señor Aiello, había descubierto al singular inquilino, y Violet había llegado con él a un acuerdo por el que le pagaba cierta cantidad extra en concepto de alquiler del destartalado alojamiento de la planta baja. A Mr. Bob, sin embargo, su nueva condición de residente oficial del número 89 de Bowery le había tornado a la vez posesivo y entrometido, y durante mis visitas seguía mis pasos de modo incesante, resoplando sonoramente cada vez que quería expresar su desaprobación.

—Me estoy ocupando yo de todo —solía decir—. He barrido.

Barrer se había convertido en su vocación, y lo hacía de modo obsesivo, golpeándome a menudo los talones con la escoba como si estuviera dejando un reguero de polvo a mi paso. Entretanto, declamaba frases grandiosas en un tono alternativamente agudo y grave que reforzaba su efecto dramático.

—No descansará, hazme caso. Se ha opuesto al sueño eterno con un sonoro «no», y durante todo el día y gran parte de la noche me veo obligado a escuchar el fúnebre sonido de sus pasos, que van y vienen bajo el tejado; y anoche, cuando ya había barrido los últimos restos, migajas y qué sé yo qué de mi larga jornada de trabajo, le sorprendí en la escalera —el doble exacto del mismísimo señor W. aunque por supuesto incorpóreo —, cual mero hálito astral de lo que fue en otro tiempo, y aquel fantasma descarnado y espiritualizado extendió los brazos en un gesto de indescriptible amargura y se tapó esos pobres ojos ciegos, lo que me permitió comprender que estaba buscándola a ella, a Belleza. Ahora que ya no se encuentra aquí, el fantasma está desconsolado. Escucha bien lo que te digo, porque ya lo he visto anteriormente y lo veré después. Mi conocimiento de los manejos de los espíritus es de primera mano. Cuando aún conservaba mi negocio (por si no lo sabes, era experto en antigüedades selectas) tuve la ocasión de examinar diversas piezas que habían sido penetradas. Tú, por supuesto, conocerás la expresión y también el significado que abriga en este caso en particular: penetradas. Un aparador

estilo Reina Ana que anteriormente perteneció a una vieja y menuda dama de Ditmas Park, Brooklyn. Tenía una casa preciosa, con torreón y todo, pero la esencia de la señora Deerborne —o, por así decirlo, su ánima, el sombrío espectro de lo que fuera en otro tiempo— aún conservaba su vivacidad, su ligereza. Aleteaba como un pájaro en el interior de aquella magnífica pieza de mobiliario, como una presencia asustadiza que habitara en sus cajones. Bástenos decir que se agitaban. Siete veces vendí el Reina Ana a regañadientes —cada vez más a regañadientes—, y otras tantas me lo devolvieron sus compradores. Yo lo acepté las siete veces sin más preguntas porque conocía su secreto. Era su hijo el que la torturaba. Estaba soltero y aún no se había establecido en la vida. Un mal bicho que no hacía más que dar tumbos. Creo que la anciana señora no podía soportar dejarle de ese modo, sin una posición en este mundo. William Wechsler, también conocido como Mr. W., también ha dejado temas pendientes, y Belleza lo sabe, y por eso ha seguido viniendo todos los días menos ahora. Yo la oigo cuando le canta y le habla para ayudarle a dormir, y ya falta poco para que regrese junto a él. Su fantasma no puede pasarse sin ella. Se le ve más inquieto, más huidizo y más picajoso que antes, y ella es la única que puede apaciguarle o, mejor dicho, apaciguarlo. Y te diré por qué. Porque cuenta con la ayuda de los ángeles para solucionar sus cuitas. ¡Me comprendes! ¡Descienden! ¡Descienden! Yo he sido testigo. La he visto salir por la puerta y he visto la marca incandescente de los serafines en su rostro. Está ungida, ungida por los dedos ardientes de las huestes celestiales.

Los monólogos de Mr. Bob me agotaban. No paraba nunca. Y lo que me irritaba no era tanto su mezcolanza de lo religioso con lo ocultista como el tono de aburguesada superioridad que impregnaba inevitablemente sus narraciones sobre mesas, cómodas y secreteres poseídos, y que por lo general incluía su condena de todos los «tarambanas», «perdedores» y «parásitos». Bob había incorporado a Bill y a Violet al elenco de personajes de su embrollado saber porque los quería para sí. Las leyendas tan sólo pueden vivir y respirar en el terreno verbal, y por ello Mr. Bob hablaba y hablaba sin cesar para conservar a Mr. W. y a su Belleza a buen recaudo en su mundo inventado. En él, podían

remontarse a sus alturas celestiales o caer en sus abismos demoníacos sin que yo me viera en ningún momento obligado a intervenir.

Así y todo, hubiera preferido estar solo mientras subía al estudio, abría la puerta y examinaba la amplia estancia y lo poco que en ella quedaba de Bill. Me hubiera gustado contemplar a mi antojo la butaca con las prendas de trabajo de Bill —las mismas que había visto ponerse a Violet— aún extendidas sobre ella. Habría querido dejar que la luz de los elevados ventanales, ya resplandeciente de sol u oscurecida por el atardecer, cayera sobre mí en silencio, y querría haber podido detenerme sin alterar el sosiego e inhalar el aroma por completo inalterado de aquel espacio. Pero no era posible. Bob era el duende residente del edificio; era su entrometido, afanoso, locuaz y autoproclamado conserje, y nada había que yo pudiera hacer al respecto. Así y todo, siempre me anticipaba a su bendición cada vez que salía por la puerta de la calle: «¡Oh, Señor, alegra el alma de ese Tu atribulado servidor que ahora sale al pedestre frenesí de tu ciudad, para que sepa resistir las crueles tentaciones de los demonios de Gotham y, así, pueda recorrer el camino recto y verdadero que habrá de conducirle a la luz celestial! ¡Bendícele y guárdale, y que Tu inmensa y misericordiosa presencia le ilumine y le dé la paz!».

Yo no creía en los fantasmas ni en los ángeles del anciano pero, a medida que avanzaba el verano, la presencia de Bill, en lugar de difuminarse, se me hacía cada vez más tangible, hasta el punto de que, sin comentarlo con nadie, comencé a tomar notas y a clasificar información destinada a la elaboración de un ensayo sobre su obra cuando debería haberme concentrado en concluir mi libro sobre Goya. El ensayo en cuestión nació una tarde en que, mientras hojeaba el catálogo de El viaje de O, la inicial del protagonista, que significaba tanto la presencia de la letra como la ausencia del número, vino a evocar otras obras de Bill que giraban en torno a la aparición y la desaparición. A partir de entonces di en pasarme las mañanas absorto en los catálogos y las diapositivas de Bill, y comencé a comprender que lo que estaba escribiendo era un libro, pero un libro organizado no mediante la cronología sino mediante las ideas. No resultaba fácil. Había numerosas obras que podían incluirse en más de una de mis categorías originales: en Desaparición y en Hambre, por ejemplo.

La distinción podía parecer meramente académica, pero cuanto más estudiaba las imágenes, el color, las pinceladas, las esculturas y las inscripciones, más sentía que todas sus ambigüedades formaban parte del concepto de evanescencia. El corpus artístico legado por Bill conformaba la anatomía de un auténtico fantasma, y no porque toda obra de arte creada por alguien hoy ya muerto sea un vestigio que esa persona ha dejado en el mundo, sino porque la obra de Bill en particular constituía una investigación sobre las carencias de las superficies simbólicas, de esas fórmulas explicativas que tan pobremente logran representar la realidad. A cada instante, el deseo de localizar, de sorprender, de determinar las normas establecidas de su pintura se veía burlado. Crees que sabes, parecía decirme Bill con cada una de sus obras, pero no sabes nada. Yo subvierto tus certezas, tu tan acomodada comprensión, y te ciego con esta metamorfosis. ¿Dónde acaba una cosa y comienza la siguiente? Tus fronteras son invenciones, son burlas, son absurdos. La misma mujer se encoge y se dilata, y en cada extremo desafía el reconocimiento. Una muñeca yace de espaldas con la boca cubierta por la inscripción de un diagnóstico caducado. Dos niños se intercambian. Ves números procedentes de informes financieros, números precedidos por el símbolo del dólar y números grabados a fuego en un brazo. Nunca había visto su obra con tanta claridad, y al mismo tiempo me parecía zozobrar en ella, asfixiado por las dudas y por algo más: por una intimidad sofocante. Había días en que mi obra adquiría las características propias de una amante atormentadora que gritara suplicando amor para luego abofetearme y cuyos accesos de pasión se vieran sucedidos por una frialdad inescrutable. El arte, como una mujer, me estimulaba, y con él disfrutaba y sufría por igual. Sentado a mi mesa con la pluma en la mano, me debatía con aquel hombre oculto que había sido mi amigo, el mismo hombre que se había pintado con cuerpo de mujer y también como una B, como un hada madrina gruesa y robusta. Aquella lucha, sin embargo, me había dotado de una perspectiva inusualmente vívida de mí mismo, y a medida que el verano iba tocando a su fin, noté que me sentía muy vivo dentro de mi soledad.

Violet telefoneaba con regularidad y me hablaba de Hazelden, una institución que yo siempre confundía con los sanatorios de mi primera infancia. Los padres de mi madre, a los que nunca llegué a conocer, habían muerto de tuberculosis en 1929 después de soportar prolongados confinamientos en Nordrach, un sanatorio de la Selva Negra. Yo imaginaba a Mark tendido en una tumbona junto a un lago cuyas aguas relucían bajo el sol del verano. Con toda probabilidad, se trataba de una fantasía falsa: una imagen mixta procedente de los relatos de mi madre y de mis recuerdos de la lectura de La montaña mágica de Thomas Mann. Comprendí que el elemento crucial consistía en que, en aquella época, por mucho que pensara en Mark nunca le imaginaba en movimiento. Siempre aparecía inmóvil, como un personaje fotografiado, y esa inmovilidad era lo único que contaba. Sentía como si Hazelden le mantuviera en estado latente. Como una prisión benévola, servía para refrenar su movilidad, y comprendí que lo que más temía en Mark eran sus desapariciones y las subsiguientes andanzas a las que se entregaba. Violet se manifestaba alentada por los progresos del muchacho. Todos los miércoles asistía a las reuniones familiares, para las que se preparaba con la lectura de las doce etapas. Afirmaba que Mark había tenido un comienzo algo dificultoso, pero que poco a poco había comenzado a revelar su potencial a medida que transcurrían las semanas. Me hablaba del resto de los pacientes —de los «compañeros», como se denominaba a los internos en Hazelden—, y especialmente de una joven llamada Debbie.

Concluyó el verano. Dieron comienzo las clases, y con ellas mi libro sobre Bill perdió el ritmo diario al que hasta entonces me había atenido. No obstante, seguí trabajando en él, y para ello aprovechaba a menudo las horas del atardecer posteriores a la revisión de mis notas académicas. A finales de octubre Violet llamó para anunciar que Mark y ella estarían de regreso en casa a la semana siguiente.

Un par de días después de hablar con Violet, Lazlo se presentó en mi casa. Me bastó con echarle un vistazo para saber que traía malas noticias. Había aprendido que la lectura del cuerpo de Lazlo era mucho más

reveladora que la de su rostro. Tenía los hombros caídos, y entró en la habitación caminando con lentitud. Cuando le pregunté qué ocurría me habló del cuadro que iba a figurar en la siguiente exposición de Giles. Por entonces la historia no era más que un rumor, uno de esos chismorreos que circulan por ahí y que Lazlo siempre parecía atrapar al vuelo, pero una semana después, cuando se inauguró la muestra, supimos que era cierto. Teddy Giles había utilizado el cuadro de Mark para su nueva exposición. El escándalo giraba en torno al hecho de que el valioso lienzo había quedado destruido. La figura de una mujer asesinada a la que le faltaban un brazo y una pierna había sido incrustada en el retrato que Bill pintara de su hijo. La cabeza asomaba, estrangulada, por uno de los costados del lienzo, y el resto de su cuerpo mutilado surgía por el lado opuesto. La fuerza de la pieza residía en el hecho de que una obra de arte original que hasta entonces perteneciera a Giles se hallaba ahora tan mutilada como el propio maniquí.

La noticia causó sensación en el mundo del arte. Si poseías un cuadro no era ilegal dañarlo. Podías utilizarlo para tirar al blanco, si así lo deseabas. Recordé la advertencia de Giles: «Estoy pensando en usarlo». En aquel momento no le había encontrado sentido. El uso no tenía nada que ver con el arte. El arte era, por su propia naturaleza, inútil. Tras inaugurarse la exposición, se vio que la gente sólo hablaba de aquella pieza. Las demás eran similares a otras anteriores, también de Giles: los cuerpos descuartizados y eviscerados de algunas mujeres, un par de hombres y varios niños, ropas ensangrentadas, cabezas separadas del tronco, pistolas… A nadie parecía importarle. Lo único que parecía interesar a todos, por más que escandalizara a algunos y complaciera a otros, es que allí se exhibía un acto de auténtica violencia. Algo que no era simulado, sino real. Los cuerpos eran falsos, pero el cuadro era auténtico. Y aún más excitante era el hecho de que la obra de Bill fuera tan costosa. Muchos de los presentes se preguntaban en qué medida la presencia del cuadro, a pesar de los daños sufridos, incrementaba, o no, el precio de la pieza en su conjunto. No era fácil saber cuánto había pagado Giles por el retrato de Mark. Se mencionaban varios precios, a cuál más elevado, pero

sospecho que todos procedían del propio Giles, una fuente notoriamente poco fiable.

Violet volvió a montar en cólera. Varios periodistas llamaron para obtener sus declaraciones, pero ella, prudentemente, declinó hablar con nadie al respecto. El rastro, sin embargo, no tardó en conducir a Mark y a su relación con Giles. Un colaborador de cierto periódico sensacionalista especulaba con la conexión que pudiera existir entre ellos, insinuando que Giles y «Wechsler el Joven» eran, o habían sido, amantes. Un crítico se refería a la pieza como «violación artística», y Hasseborg, por su parte, irrumpió en escena argumentando que aquella profanación renovaba la posibilidad de una subversión dentro del arte: «Con la bala de ese único disparo, Giles ha traspasado toda la santurronería que hoy rodea al arte en nuestra cultura».

Ni Violet ni yo visitamos la exposición. Lazlo acudió acompañado de Pinky y se las arregló para tomar subrepticiamente una Polaroid que luego nos trajo para que la viéramos. Mark estaba pasando unos días con su madre antes de regresar a Nueva York. Según Violet, cuando le habló a Mark del cuadro, éste se había mostrado perplejo.

—Parece convencido de que Giles es realmente un buen tipo, y no es capaz de comprender por qué iba a hacerle algo así a una obra de su padre.

Violet, tras examinar la pequeña fotografía, la depositó sobre la mesa sin decir nada.

—Confiaba en que se tratara de una copia —dijo Lazlo—, pero no lo es. Me aproximé mucho a ella y puedo asegurar que ha utilizado el cuadro auténtico.

Pinky estaba sentada en el sofá. Observé que, incluso sentada, mantenía sus largos pies desplegados en la primera posición de ballet.

—La cuestión es ¿por qué una obra de Bill? —dijo—. Podía haber comprado cualquier otro cuadro del mismo precio para destrozarlo. ¿Por qué ese retrato de Mark? ¿Tal vez porque le conoce?

Lazlo abrió la boca, la cerró y volvió a abrirla de nuevo.

—Se rumorea que Giles conoce a Mark porque tenía una… —hizo una pausa—, una fijación con Bill.

Violet se inclinó hacia delante.

—¿Tienes algún motivo para creer eso?

Vi que Lazlo aguzaba levemente la mirada a través de sus lentes.

—He oído que conserva un archivo sobre Bill que se remonta a la época en la que ni siquiera conocía aún a Mark: recortes, catálogos, fotos…

Ninguno de nosotros habló. La nebulosa idea de que Giles hubiera podido estar cultivando el trato con el hijo a causa del padre se me había ocurrido a mí mismo en el pasillo de su casa el día en que encontré a Mark en el cuarto de baño, pero ¿qué podía querer Giles? De seguir aún vivo, Bill podría haberse sentido herido al ver su cuadro echado a perder, pero estaba muerto. ¿Pretendía Giles herir a Mark? No, pensé para mí, me estoy formulando las preguntas erróneas. Recordé el rostro de Giles mientras hablábamos, su aparente sinceridad al referirse a Mark y sus comentarios sobre Teenie: «Pobre Teenie. Teenie se autolesiona». Recordé asimismo la marca de su piel, las emes entrelazadas, o la M unida a la W. M&M. Las emes de Bill; los niños, Matthew y Mark. Nada de K esta noche, ¿eh, M&M? El niño permutado. Yo mismo había estado escribiendo sobre aquella idea: copias, dobles, múltiplos de uno. Confusiones. De pronto recordé las dos figuras masculinas idénticas que aparecían en el collage de Mark junto a las imágenes de los dos bebés. ¿Cómo era aquella historia que Bill me había contado en cierta ocasión acerca de Dan? Sí. Dan estaba en el hospital, después de su primera crisis. Bill, por entonces, solía llevar el pelo largo, pero se lo había cortado. Cuando entró en el pabellón para visitar a Dan, llevaba el pelo corto, y su hermano, nada más mirarle, exclamó: «¡Me has cortado el pelo!». Es algo habitual entre los esquizofrénicos, me dijo Bill. Cometen errores. Y también los afásicos. Mis pensamientos se atropellaban en desorden. Me parecía ver al Saturno de Goya devorando a sus hijos, la fotografía de Giles royendo una de sus propias extremidades y, finalmente, la cabeza de Mark apartándose súbitamente de mi brazo al despertarme en la cama. M&M sabe lo que han hecho conmigo, decía el mensaje telefónico. No. M&M sabe lo que han hecho con Migo. El niño que había visto en el pasillo con un bolso verde. Migo. Le llamaban «Migo».

—¿Te encuentras bien, Leo? —dijo Violet.

La miré y le expliqué lo que pensaba.

—Rafael y Migo son la misma persona —dijo ella.

—¿Os referís al chico que se dice que mató Giles? —inquirió Pinky.

A partir de ahí, la conversación no tardó en derivar hacia terrenos extravagantes. Comenzamos a elucubrar en torno a la supuesta esclavitud sexual de Rafael, al posible romance entre Mark y Giles, a las exquisitas mutilaciones de Teenie y a los gatos muertos que habían aparecido colgados por toda la ciudad. Lazlo mencionó la K Especial y otra droga llamada Éxtasis. A veces, las diminutas pastillas recibían también el nombre de «Es», otra letra más de aquel creciente alfabeto farmacéutico. Pero el único hecho cierto con el que contábamos era con mi fugaz atisbo de un niño en el rellano de la escalera en plena madrugada; un niño al que Mark se había referido como «Migo». Una joven desconocida había transmitido telefónicamente a Violet los rumores referentes a un posible asesinato y a un chiquillo llamado Rafael, pero ¿quién podía asegurar de que todo ello no era sino un invento? En aquel momento, sin embargo, tenía la imaginación desatada, y sugerí la posibilidad de que Giles estuviera detrás de las llamadas a Violet y a Bill.

—Concede entrevistas utilizando voces diferentes —dije—. Tal vez es él la muchacha del teléfono.

Violet no estaba de acuerdo. Afirmaba que lo que había escuchado no era un falsete, y cuando Pinky mencionó la existencia de artilugios que pueden adaptarse al teléfono para modificar el timbre de voz, se echó a reír. Sus carcajadas, sin embargo, no tardaron en convertirse en un agudo gemido, y las lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas. Pinky se levantó, se arrodilló frente a Violet y le rodeó el cuello con ambos brazos. Lazlo y yo permanecimos sentados, observando cómo las dos mujeres se mecían mutuamente en un largo abrazo. Así transcurrieron al menos cinco minutos, hasta que las llorosas risas de Violet se apaciguaron por fin, dando paso a una sucesión de breves jadeos en busca de aliento entremezclados con sorbetones convulsivos.

—Estás agotada —le dijo Pinky a Violet mientras le acariciaba la cabeza—. Estáis todos agotados.

Para entonces llevaba ya dos meses sin recibir carta de Érica. El día antes de que Mark regresara a Nueva York rompí el pacto que habíamos establecido y la llamé. Creo que no esperaba encontrarla allí. En su lugar, había ensayado un pequeño discurso para el contestador, y cuando descolgó y oí la palabra «¿Diga?» permanecí como atragantado unos instantes. Yo me identifiqué, pero ella al oírme no dijo nada, y de repente aquel intervalo de silencio me enfureció. Le dije que nuestra amistad o matrimonio o relación o lo que fuera se había convertido en una farsa, en algo falso, absurdo y muerto que no representaba nada, y que personalmente ya estaba harto de todo este asunto. Si ella había conocido a otra persona, tenía derecho a saberlo, y en tal caso quería verme libre de ella y dejarla atrás de una vez por todas y para siempre.

—No hay nadie más, Leo.

—¿Por qué no has respondido a mis cartas?

—He comenzado cincuenta cartas distintas y todas las he roto. Siento como si me pasara la vida explicándome y analizándome: bla, bla, bla. Incluso contigo. Estoy harta de mi interminable necesidad de observarlo y diseccionarlo todo. Cuando lo hago, todo se me antoja como el peor de los sofismas, como una sarta de ingeniosas mentiras, como excusas que me doy a mí misma.

Érica suspiró pesadamente, y ante aquel sonido tan familiar toda mi ira se desvaneció. Sin embargo, tan pronto como hubo desaparecido comprendí que la echaba de menos. El rencor posee nitidez, así como una intensidad de la que la compasión carece, y lamenté verme de regreso en aquel difuso territorio emocional.

—He estado escribiendo tanto, Leo, que no resultaba fácil escribirte a ti. Una vez más, se trata de Henry James.

—Ah —dije yo.

—Los adoro, ¿sabes?

—¿A quiénes?

—A sus personajes. Los adoro por lo complicados que son, y mientras los estudio y estudio su sufrimiento, me olvido de mí misma. Y pensé en

llamarte… ha sido una estupidez no hacerlo. Lo siento de veras.

La conversación concluyó con la mutua decisión de telefonearnos además de escribirnos. Le dije que me enviara el libro cuando le pareciera conveniente y que la quería. Ella dijo que también me quería. Que no había nadie más. Que nunca podría haber nadie más. Y yo, después de colgar, comprendí que nunca nos veríamos libres el uno del otro, aunque ello no me producía la menor alegría. No quería perder a Érica y, a pesar de todo, me rebelaba contra aquella relación obstinada. Nos habíamos visto separados por la ausencia, pero esa misma ausencia nos había encadenado el uno al otro para toda la vida.

La había telefoneado desde mi mesa, y al cabo de un par de minutos abrí el cajón y pasé revista a mi colección de objetos. De pronto me pareció rara aquella curiosa colección de reliquias entre las que se incluían unos delgados calcetines negros, un trozo de cartón quemado y un delgado recorte extraído de una revista. Escruté el rostro de Violet en la fotografía y a continuación el de Bill, que mantenía los ojos clavados en su mujer. Su mujer. Su viuda. Los muertos. Los vivos. Cogí la barra de labios de Érica. Mi mujer y sus amados personajes, pertenecientes a los libros escritos por un muerto. Ficciones, nada más. Pero todos vivimos aquí, pensé para mis adentros, en esas historias imaginarias que nos relatamos sobre nuestras vidas, y mis dedos se cerraron en torno al cuadro de Dave y Durango pintado por Matt.

Mark tenía mejor aspecto. Sus ojos azules habían cobrado una renovada franqueza, y había engordado unos cuantos kilos durante su ausencia. Incluso su voz parecía poseer mayor resonancia y convicción que antes. Sus días se repartían en buscar un empleo durante la mañana, asistir a reuniones de Narcóticos Anónimos por las tardes y compaginar ambas cosas con sus visitas a un hombre que se había convertido en su garante. Alvin —así se llamaba— era un antiguo heroinómano y difícilmente podía tener más de treinta años. Era un hombre pulcro y cortés de piel tostada, barba bien recortada y unos ojos en los que ardía una voluntad febril. Alvin era un hombre resucitado, un personaje dostoievskiano que había logrado arrastrarse fuera del fango para ayudar a un compañero necesitado de ayuda. Su cuerpo era como un bloque sólido

de determinación, y el simple hecho de mirarle hacía que me sintiera lánguido, superfluo e ignorante. Al igual que miles de otros, el garante de Mark había «tocado fondo» y ello le había impulsado a tomar la decisión de cambiar de vida. Nunca me contó su historia, pero la supe por Mark, que nos relató a Violet y a mí otros innumerables casos que había conocido en Hazelden: sórdidos dramas dominados por una angustiosa necesidad que conducía a la mentira, al abandono, la traición y, a veces, la violencia. Cada uno de ellos llevaba aparejado un nombre: María, John, Ángel, Hans, Mariko, Deborah. A Mark, obviamente, le interesaban aquellas historias, pero tendía a concentrarse en sus más morbosos detalles en lugar de en las personas que las habían protagonizado. Tal vez veía sus acciones como reflejos de su propia degradación.

Violet se mostraba esperanzada. Mark asistía diariamente a reuniones, hablaba a menudo con Alvin y estaba trabajando como ayudante de camarero en un restaurante de Grand Street. Violet, ateniéndose a las directrices del programa, le había dicho que no habría más castigos, pero que no podía vivir con ella hasta que no estuviera «limpio». Así de sencillo. Una noche, a mediados de mes, Mark llamó a mi puerta a eso de las once. Yo ya estaba acostado, pero aún no me había dormido, y al abrir la puerta le encontré esperando en el rellano. Le invité a entrar, y él se dirigió hasta el sofá, pero no se sentó. Lanzó una ojeada al cuadro de Violet, se volvió luego hacia mí y, finalmente, fijó la mirada en sus zapatos.

—Lo siento —dijo—. Siento haberte hecho daño.

Yo me quedé mirándole y me apreté el cinturón del albornoz como si el ademán de estrecharlo pudiera contribuir a contener mis emociones.

—Estaba drogándome —prosiguió—. Me hicieron polvo, pero el responsable de todo soy yo.

Yo no respondí.

—No tienes que perdonarme, pero para mí es importante pedírtelo. Es una más de las etapas.

Asentí.

Su rostro temblaba.

Tiene diecinueve años, me dije a mí mismo.

—Querría que todo fuera diferente; que fuera como era antes —dijo, y me miró a los ojos por primera vez—. Solía caerte bien —añadió—. Teníamos buenas charlas.

—Ignoro qué significaban realmente aquellas conversaciones, Mark —dije yo—. Nos has mentido tanto…

Él me interrumpió.

—Lo sé, pero he cambiado —su voz era como un lamento—. Y te he contado cosas que nunca he contado a nadie. Y cuando lo hice hablaba en serio. De verdad.

Aquella desesperación parecía proceder de su interior, de lo más profundo de su pecho. ¿Era nuevo aquel sonido para mí? ¿Había oído alguna vez aquel tono anteriormente? No me parecía que así fuera. Con enorme cautela, deposité una mano sobre su hombro.

—El tiempo lo dirá —murmuré—. Ahora tienes la oportunidad de darle la vuelta a las cosas, de vivir de un modo distinto. Y yo creo que puedes hacerlo.

Él se aproximó a mí y fijó su mirada en la mía. Parecía inmensamente aliviado. Dejó escapar un largo suspiro y dijo:

—Por favor.

Extendió los brazos y yo, al principio, vacilé, pero al final cedí. Él se reclinó sobre mí, depositó la cabeza en mi hombro y me abrazó con una intensidad y un calor que me recordaron a su padre.

El 2 de diciembre, por la mañana temprano, Mark volvió a desaparecer, y aquel mismo día Violet recibió una carta de Deborah, la chica que ella y Mark habían conocido en Hazelden. Era casi medianoche cuando Violet bajó a mi casa con la carta en la mano. Entró, se sentó en el sofá y procedió a leérmela.

> Querida Violet,
>
> He querido escribirte para contarte que estoy bien. Cada día es una intensa lucha con el alcohol y lo demás, pero estoy saliendo adelante con la ayuda de mi madre. Después de todo lo que nos

dijimos en las reuniones familiares, ahora intenta no gritarme tanto, porque sabe que me deprime. En los peores momentos intento pensar en los cánticos que oí aquella noche en Hazelden, procedentes del firmamento, y en aquellas voces celestiales que me decían que era una criatura de Dios y que Él me ama aunque sólo sea por eso. Sé que algunos de los otros pensaron que estaba chiflada cuando les dije que había dejado de ser Debbie, pero en las reuniones familiares supe que tú me comprendías. Después de oírles cantar tenía que ser Deborah. Eres una persona muy buena, y Mark tiene mucha suerte de tenerte por madrastra. Me contó cómo le habías ayudado antes de venir a Minnesota, cuando tenía el mono y no hacía más que temblar y vomitar. Siempre pensé que ojalá yo hubiera contado con alguien así. He pedido a todos que recen por mí, así que espero que tú también puedas hacerlo. ¡Te deseo una muy, muy feliz Navidad y un Año Nuevo estupendo!

Te quiere,
Deborah

P. D.: Me quitan la escayola la semana que viene.

Cuando Violet terminó de leer, dejó caer el papel en el regazo y alzó la mirada hacia mí.

—Nunca me contaste que Mark había sufrido síndrome de abstinencia —dije.

—Claro que no. Porque no lo tuvo.

—¿Y por qué iba Deborah a escribir eso, entonces?

—Porque él le dijo que sí lo había padecido.

—¿Pero por qué?

—Yo creo que quería encajar en el lugar, parecerse a los demás. Quiero decir, que Mark tiene un problema de drogas, pero nunca ha dependido físicamente de ellas. Probablemente, el hecho de presentarse como un drogadicto puro y duro le hacía más fácil explicar todos sus robos y sus mentiras —dijo, y realizó una larga pausa—. Al final, todos le querían: los tutores, el resto de los pacientes… todos. Le nombraron líder de grupo.

Mark era una estrella. Debbie no le caía bien a casi nadie. Se viste como una fulana y tenía la piel muy fea. Tiene veinticuatro años y ya ha pasado tres veces por desintoxicación. Una vez casi se ahoga. Estaba tan borracha que se cayó a un lago. Y en otra ocasión se salió de la carretera y se estrelló contra un árbol. Le retiraron el permiso de conducir. Otro día, antes de que aterrizara en Hazelden, llegó semiinconsciente a casa de su madre y se rompió una pierna por cinco sitios al caerse por las escaleras. Llevaba una escayola que le llegaba hasta aquí. —Violet se señaló el muslo—. En fin, que mentía y robaba a su madre, lo mismo que Mark. Durante una temporada incluso anduvo prostituyéndose. Su madre estaba harta. No hacía más que gritarle: «¡Eres como un bebé grande! ¡Es como si llevara veinticuatro años cuidando de una criatura que no para de llorar y de vomitar! ¡No te considero en absoluto una compañera! ¡Toda mi vida se reduce a cuidar de ti!». Luego, la madre se ponía a llorar, Debbie se ponía a llorar y yo me sentaba en aquella butaca y me ponía también a llorar a lágrima viva por la pobre Debbie y por su desdichada madre. —Violet me dirigió una sonrisa irónica—. Y ni siquiera las conocía. El caso es que en algún momento, durante el segundo mes, Debbie experimentó su visión y se convirtió en Deborah.

—Los cánticos —dije yo.

Violet asintió.

—Acudió a la siguiente reunión familiar con el rostro iluminado como una bombilla.

—Esas cosas pueden llegar a pasarse con el tiempo. ¿Lo sabes, no? Y por lo general así ocurre.

—Sí, pero ella cree en su historia y en las palabras que emplea para relatarla.

—Y no así Mark. ¿Es eso lo que pretendes decir?

Violet se puso en pie, se llevó los dedos a las sienes y comenzó a caminar de un lado a otro. Yo intenté recordar si había hecho aquello alguna vez antes de la muerte de Bill. La vi avanzar varios pasos y luego volverse.

—A veces tengo la sensación de que Mark no supiera asimilar la esencia del lenguaje. Es como si nunca hubiera comprendido los símbolos:

como si le faltara la estructura de las cosas. Sabe hablar, pero se limita a servirse de las palabras como un medio de manipular a los demás.

Extrajo un cigarrillo y lo encendió.

—Últimamente estás fumando mucho —le dije.

Ella inhaló una bocanada de humo de su Camel con un ademán desdeñoso.

—Es más que todo eso. Mark no tiene nada que contar.

—Claro que tiene algo que contar —dije yo—. Todos lo tenemos.

—Pero él no sabe de qué se trata, Leo. En Hazelden no hacían más que instarle a que hablara de sí mismo. Al principio farfullaba un par de cosas acerca de su padre, de su madre y del divorcio. El tutor le insistía: ¿Qué quieres decir? Explícate. Y él respondía: «Todo el mundo dice que la culpa tiene que ser del divorcio, así que será verdad». Eso les irritaba. Querían que sintiera algo, que contara su historia. De modo que empezó a hablar, aunque pensándolo bien nunca dijo nada especialmente significativo. Sin embargo, sí lloraba, y eso les encantaba. Les daba lo que ellos querían: sentimientos, al menos en apariencia. Claro está que cualquier historia es el relato de una serie de conexiones que se suceden en el tiempo, y Mark está atrapado en un bucle temporal, en una repetición enfermiza que no hace más que impulsarle de aquí para allá, de aquí para allá…

—¿Te refieres al modo en que ha ido rebotando entre unos padres y otros?

Violet se detuvo.

—No lo sé —dijo—. Hay montones de chicos que viven a caballo entre sus padres divorciados y que no se vuelven como Mark. No puede ser sólo eso.

Me dio la espalda y se encaminó hasta la ventana. Yo me quedé contemplando su cuerpo inmóvil y el cigarrillo que ardía junto a su muslo. Llevaba puestos unos vaqueros viejos que ya no le venían bien, y estudié la franja de piel desnuda que separaba el breve jersey y la cintura de los pantalones. Al cabo de un instante, me puse en pie y me dirigí a la ventana. El cigarrillo despedía un aroma acre a productos químicos, pero junto con él me era posible aspirar el perfume de Violet. Habría querido posar mis dedos sobre su hombro, pero no lo hice. Permanecimos allí, en

silencio, observando la calle. Había dejado de llover, y me quedé mirando cómo las gotas más gruesas se desintegraban y descendían resbalando por el cristal. A mi derecha podía ver los blancos penachos de humo que se alzaban de uno de los orificios del alcantarillado abiertos en la superficie de la calle, a la altura de Canal.

—Lo único que sé es que no puede uno creerse nada de lo que diga. Y no me refiero tan sólo a ahora, sino a todo lo que ha dicho a lo largo de su vida. Algunas cosas serían ciertas, pero ignoro cuáles —dijo Violet, contemplando la calle con los ojos entrecerrados—. ¿Recuerdas el periquito de Mark?

—Recuerdo el funeral —respondí.

Tan sólo los labios de Violet se movían. El resto de su cuerpo parecía congelado en el tiempo.

—Se había roto el cuello con la puerta de la jaula… —transcurrieron varios segundos hasta que, al fin, siguió hablando sin levantar la voz—. Todos sus animalitos fueron muriendo: los dos hámsteres, los ratones blancos, incluso los peces. Claro está que eso es algo que pasa a menudo con las pequeñas mascotas. Son seres frágiles…

No le respondí. No me había formulado ninguna pregunta. El humo procedente de la alcantarilla resultaba precioso a la luz de las farolas, y los dos seguimos observándolo mientras ascendía como una nube infernal inflamada por nuestra creciente sospecha.

La llamada telefónica de Mark de tres días después se convirtió en el desencadenante del viaje más extraño de mi vida.

—Quién sabe si será verdad —dijo Violet cuando bajó para contármela —, pero dice que está en Minneapolis con Teddy Giles. Afirma que ha visto una pistola en el equipaje de Giles y que tiene miedo de que vaya a matarle. Cuando le pregunté por qué iba a hacerlo me respondió que Teddy le confesó haber matado a ese chico al que llamaban Migo y haber arrojado su cuerpo al río Hudson. Mark insiste en que todo es verídico. Le he preguntado por qué lo sabe, pero dice que no puede contármelo. También le he preguntado por qué nos mintió cuando le mencionamos los

rumores que corrían al respecto y por qué no acudió a la policía pero, según él, estaba asustado. Al final le he pedido que me dijera por qué se había marchado con Giles si tanto miedo le tenía, y él, en lugar de responder a la pregunta, ha empezado a hablar de dos inspectores que han estado interrogando al personal de la galería Finder y a los clientes de los clubes acerca de la noche en que desapareció el muchacho. Piensa que Giles podría estar huyendo de la policía, y quiere que le enviemos el importe de un billete de avión para volver a casa.

—No puedes enviarle dinero, Violet.

—Lo sé. Le dije que haría lo necesario para que tuviera un billete esperándole en el aeropuerto y él respondió que no tenía dinero para llegar al aeropuerto.

—Podría cambiar el billete y utilizarlo para irse a otro lugar —dije yo.

—Nunca me había pasado algo así ni de lejos, Leo. Todo esto me resulta irreal.

—Fiándote de tu intuición, ¿dirías que está mintiendo o que no?

Violet meneó lentamente la cabeza.

—No lo sé. Durante mucho tiempo he temido que hubiera algo debajo de… —dijo, y tomó aliento—. Si es cierto lo que dice tenemos que acompañar a Mark a la policía.

—Llámale por teléfono —dije—. Dile que me reuniré con él y que volveremos juntos a Nueva York. Es la única manera de asegurarse de que regresa.

Violet me miró con expresión perpleja.

—¿Y tus clases, Leo?

—Hoy es jueves. La próxima clase que tengo es el martes. Tampoco voy a tardar cuatro días.

Insistí en que recuperar a Mark era mi obligación y que quería hacerlo, y ella, finalmente, accedió a dejarme marchar. Así y todo, ya mientras hablábamos era consciente de que mis motivos para ir no eran del todo transparentes. La sensación de estar comportándome de un modo impulsivo me excitaba, y aquella emocionante imagen de mí mismo fue un incentivo a la hora de llevar a cabo los preparativos necesarios. Hice la maleta mientras Violet, por su parte, telefoneaba a Mark para decirle que

se reuniera conmigo en el vestíbulo del hotel a medianoche —una hora después de la llegada prevista de mi avión— y para aconsejarle que no se alejara hasta entonces de lugares públicos. Yo, entretanto, arrojé una camisa, unos calzoncillos y unos calcetines a una pequeña bolsa de lona como si volar a ciudades del Medio Oeste para echarle el lazo a chiquillos descarriados formara parte de mi rutina habitual. Abracé a Violet a modo de despedida, aunque con más aplomo del habitual, y nada más salir a la calle detuve un taxi para que me llevara al aeropuerto.

Tan pronto como me senté en el avión noté que la emoción se disipaba. Me sentía como un actor que, nada más abandonar el escenario, pierde de pronto la adrenalina que le había permitido caracterizar a otra persona. Mientras observaba los pantalones de camuflaje del joven sentado junto a mí me sentía más quijotesco que heroico, y también más viejo que joven, y me pregunté hacia dónde estaba volando. La historia de Mark era completamente estrafalaria. Un cadáver arrojado al río. Inspectores de policía haciendo preguntas a la gente. Una pistola en la maleta. ¿Acaso no coincidían allí todos los elementos habituales de la novela negra? ¿Acaso no gustaba Giles de jugar con ellos para realizar sus obras? ¿Acaso no era bastante probable que me hubiera convertido en un peón de alguna pieza conceptual concebida por Giles en torno al asesinato? O, por el contrario: ¿no estaría presuponiéndole al sujeto en cuestión más inteligencia de la que en realidad tenía? Recordé a aquel chiquillo de facciones redondeadas que había visto en el rellano aferrado a un bolso de plástico lleno de bloques de construcción y, de pronto, me asaltó la absurda noción de que había salido de mi casa desarmado para enfrentarme a un asesino en potencia. Yo no poseía otras armas que mis cuchillos de cocina, pero entonces recordé la navaja suiza de Matt, que aún reposaba en el cajón de mi mesa, y a medida que la visualizaba mentalmente, la imagen comenzó a parecerme cada vez más desagradable. Recordé también al joven Mark a gatas en el cuarto de Matt. Me pareció volver a verle mientras se deslizaba bajo la cama para emerger al cabo de unos instantes mirándome con sus desmesurados ojos azules: «¿Dónde habrá ido a parar? Tiene que estar forzosamente por aquí».

El vestíbulo del Holiday Inn de Minneapolis era un vasto salón dotado de un ascensor de cristal, un enorme y curvado mostrador de recepción y un elevado techo adornado con una ondulada pieza de chapa de un feo tono marrón. Busqué a Mark con la mirada, pero no le vi. En la cafetería, situada a mi derecha, reinaba la oscuridad. Me senté y esperé hasta las doce y media, y al fin utilicé el teléfono interior para llamar a la habitación 1512, pero nadie respondió. No dejé mensaje. ¿Qué haría si Mark no se presentaba? Me dirigí a un empleado que había tras el mostrador y le pregunté si podría dejar un mensaje para uno de sus clientes, llamado Mark Wechsler.

Observé sus dedos mientras tecleaba el nombre en el ordenador.

—No tenemos ningún cliente que responda a ese nombre —dijo, meneando la cabeza.

—Intente Giles —sugerí yo—. Teddy Giles.

El hombre asintió.

—Aquí está. Señor Theodore Giles y señora, en la habitación 1512. Si quiere dejar un mensaje puede servirse de ese teléfono interior —dijo, señalando con la barbilla a su izquierda.

Le di las gracias y retorné a mi asiento. ¿Señor y señora? Giles se ha travestido, pensé. Pero incluso si todo aquello no era más que una pantomima, ¿no debería haberme abordado Mark para seguir desarrollándola? Mientras reflexionaba sobre cuál sería mi siguiente paso vi por el rabillo del ojo a una joven muy alta que atravesaba el vestíbulo y se dirigía apresuradamente hacia la puerta. Aunque no podía verle la cara reparé en que caminaba con el aplomo y la elegancia propios de una mujer que se sabe hermosa. Me volví para mirarla. Llevaba un largo abrigo negro con cuello de piel y unas botas de tacón bajo. Cuando se introdujo en las puertas giratorias para salir a la calle tuve ocasión de vislumbrar fugazmente su rostro y experimenté la peculiar sensación de que ya la conocía. Las puertas giraron y su larga cabellera rubia se agitó impulsada por la brisa. Me puse en pie. Estaba seguro de conocer a aquella mujer. Me dirigí a la puerta lo más rápido que pude y vi que fuera aguardaba un taxi

de color blanco y verde. La portezuela trasera se abrió y, al hacerlo, la luz interior del vehículo iluminó el rostro de un hombre que viajaba en el asiento posterior. Era Giles. La mujer se sentó junto a él y cerró con un portazo, y aquel sonido me reveló de pronto quién era la persona a la que había visto: era Mark. Aquella joven era Mark.

Salí corriendo al frío de la noche, gesticulé en dirección al taxi y le grité, «¡Pare!», pero el coche enfiló el sendero de acceso y salió a la calle. No había otros taxis, por lo que di media vuelta y regresé al interior.

Tras pedir una habitación para aquella noche, dejé una carta en recepción. «Querido Mark —escribí—, pareces haber cambiado de opinión sobre tu regreso a Nueva York. Voy a estar aquí hasta mañana por la mañana. Si quieres un billete para volver a casa, llámame a mi habitación: es la 7538. Leo».

El dormitorio tenía una moqueta verde, dos camas grandes con floreadas colchas de tonos verdes y anaranjados, una ventana que no se podía abrir y un televisor gigantesco. Los colores me deprimieron. Había prometido telefonear a Violet incluso si llegaba muy tarde, por lo que descolgué el auricular y marqué su número. Ella respondió al primer timbrazo y escuchó en silencio mi relato de lo ocurrido.

—¿Crees que era todo mentira? —preguntó.

—No lo sé. ¿Por qué iba a pedirme que viniera hasta aquí?

—Tal vez se sentía acorralado y no sabía cómo escapar de la situación. ¿Me llamarás por la mañana?

—Desde luego.

—Supongo que serás consciente de que eres un hombre maravilloso, ¿no?

—Me alegra oír eso.

—No sé qué haría sin ti.

—Te arreglarías perfectamente —dije.

—No, Leo, no me arreglaría. Eres tú quien me sostiene.

Tras unos segundos de pausa, dije:

—Eso mismo te digo yo.

—Me alegro de que lo pienses —dijo ella con voz tenue—. Intenta dormir.

—Buenas noches, Violet.

—Buenas noches.

La voz de Violet me dejó desasosegado. Abrí el minibar, extraje una diminuta botella de *whisky* y conecté el televisor. Un hombre yacía muerto en medio de una calle. Cambié de canal. Una mujer coronada por una elevada permanente anunciaba una picadora. Sobre su cabeza flotaba un enorme número de teléfono. Aguardé una llamada de Mark, me tomé otro *whisky* y me quedé dormido ya casi cerca del final de La invasión de los ultracuerpos, cuando Kevin McCarthy corre ciegamente por la autopista en mitad de la noche a medida que los camiones cargados de vainas transformadoras pasan chirriando junto a él. Para cuando sonó el teléfono llevaba horas durmiendo, y soñaba con un hombre rubio que tenía los bolsillos repletos de pastillas diminutas que se retorcían como blancas lombrices en sus palmas cuando extendía las manos para mostrármelas.

Miré el reloj. Eran más de las seis.

—Soy Teddy.

—Dígale a Mark que se ponga.

—La señora Giles está dormida.

—Despiértele —dije.

—Me ha pedido la señora que le transmita el siguiente mensaje. ¿Está listo? Se lo leo: Iowa City. ¿Entendido? El Holiday Inn de Iowa City.

—Bajaré a su habitación —dije—. Tan sólo quiero ver a Mark un par de minutos.

—No está en el hotel. La tengo conmigo. Estamos en el aeropuerto.

—¿Mark se marcha con usted a Iowa? ¿Qué hay en Iowa?

—La tumba de mi madre —dijo Giles, y colgó.

El aeropuerto de Iowa estaba desierto. Apenas una docena de viajeros ataviados con parkas arrastraban sus maletas a lo largo de los vestíbulos, y me pregunté dónde se habría metido todo el mundo. Al final, hube de llamar a un taxi y luego esperar veinte minutos su llegada bajo un viento gélido. La mujer del mostrador de facturación de Minneapolis se había negado a decirme si Theodore Giles y Mark Wechsler se encontraban entre

los pasajeros que habían partido aquella mañana en el avión de las siete, pero la hora de salida del vuelo coincidía con la llamada de Giles. Cuando llamé a Violet desde el aeropuerto me dijo que regresara a casa, pero le dije que no, que quería seguir, y asomado a la ventanilla del taxi me pregunté por qué. Iowa era lisa y parda y desapacible. Su paisaje monótono aparecía únicamente alterado por sucios retazos de nieve sin derretir que se extendían bajo un inmenso cielo encapotado. Distinguí a lo lejos el silo grisáceo de una granja que se alzaba en mitad de la llanura, y pensé en Alice y en el ataque que había sufrido en el altillo del granero. ¿Qué esperaba encontrar aquí? ¿Qué iba a decirle a Mark? Me dolían los brazos y las piernas, y apenas podía volverme a causa de la tortícolis que atenazaba mi cuello. Para mirar por la ventana, tenía que girar todo mi cuerpo, pero al hacerlo transfería toda la presión a la rabadilla. No me había afeitado, y aquella mañana había notado una mancha en la pernera del pantalón. No eres más que una vieja ruina, me dije, y sin embargo buscas sacar algo de todo esto, quién sabe si un concepto determinado de ti mismo, o una forma de redención. La palabra «redención» había acudido a mi mente por algún motivo, pero no supe comprender por qué. ¿Por qué sentía que tras mis pensamientos siempre había un cadáver subyacente? Un chiquillo al que no conocía, un niño al que tan sólo había visto una vez. ¿Acaso sería capaz de describirle con detalle, siquiera? ¿Acaso había acudido a Iowa en busca de Rafael, también conocido como «Migo»? No era capaz de responder a mis propias preguntas, pero eso no era una experiencia nueva. Cuanto más reflexiono sobre algo, más parece disiparse, elevándose como un vapor que brotara de una caverna alojada en mi mente.

El Holiday Inn de Iowa City olía a rancio y a humedad, exactamente igual que la piscina de la Asociación de Jóvenes Hebreos a la que había acudido para dar clases de natación poco después de venir a vivir a Nueva York. Mientras examinaba a la obesa mujer de cabellos rubios y ondulados que atendía el mostrador, evoqué los ecos resonantes del trampolín cuando saltaba sobre él y la sensación de mi bañador resbalando a lo largo de mis piernas a la luz mortecina de los vestuarios. El olor a cloro saturaba el vestíbulo, como si el contenido de la piscina invisible hubiera rezumado

hasta empapar todos los muros y suelos y butacas. La mujer vestía un suéter de color turquesa en el que aparecían bordadas grandes flores rosadas y anaranjadas. Me pregunté cómo plantear la pregunta. ¿Debía preguntar por dos chicos jóvenes o por un hombre delgado y pálido al que acompañaba una mujer alta y rubia? Decidí utilizar sus nombres.

—Tengo dos Wechsler —dijo ella—. William y Mark.

Fijé la mirada en el suelo. Me dolía escuchar aquellos nombres. Padre e hijo.

—¿Están en la habitación? —inquirí, y mis ojos se posaron en una insignia que lucía sobre su voluminoso seno derecho y en la que podía leerse MAY LARSEN.

—Salieron hace una hora.

Mientras se inclinaba hacia mí percibí que May Larsen sentía curiosidad. Sus ojos azules y acuosos mostraban un brillo sagaz y vigilante que fingí no distinguir, y solicité una habitación.

Ella examinó mi tarjeta de crédito.

—Han dejado un mensaje para usted —dijo, y me alargó la llave y un sobre cerrado.

Yo me alejé un poco para leer el contenido, pero podía notar en todo momento sus ojos fijos en mí mientras desplegaba el papel.

Querido tío Leo,
Ya estáis todos conmigo. Migo 1, Migo 2, Migo 3.
Nos vamos al cementerio.

Muchos besos,
La Monstruosa y Cía.

Fue May Larsen quien me contó que había oído decir a Mark y a Giles que se iban de compras, y también ella quien me dijo cómo llegar al centro comercial, situado a tan sólo unas manzanas de distancia. Pensé que no debía abandonar en ningún momento el hotel, pero la perspectiva de pasar quién sabe si varias horas sentado en el vestíbulo bajo la mirada inquisitiva de la señora Larsen se me hacía intolerable. Así, eché a andar

hasta llegar a una pequeña calle peatonal situada en una zona recién rehabilitada de acuerdo con las últimas tendencias norteamericanas en pintoresquismo. Contemplé sus elegantes bancos, sus pequeños árboles desnudos y el escaparate de un establecimiento en el que se servían capuccinos, lattes y espressos. Al llegar al final doblé a la izquierda y no tardé en encontrar el centro comercial. Al atravesar sus puertas, me vi saludado por un Santa Claus mecánico que, encaramado en lo alto de una vitrina, se inclinó a mi paso y agitó el brazo con gesto envarado a modo de saludo.

Ignoro cuánto tiempo pasé en aquel lugar, deambulando entre las hileras de fláccidos vestidos, camisas de colores y gruesas chaquetas de plumas que parecían mucho más cálidas que mi propio abrigo de lana. Los oropeles y los fluorescentes parecían estremecerse sobre mi cabeza mientras iba escudriñando uno tras otro el interior de los locales. En todos los casos se trataba de franquicias bien conocidas y comunes al resto de las ciudades y poblaciones norteamericanas. Nueva York también cuenta con las mismas tiendas, y sin embargo, mientras desfilaba junto a Gap, Talbots y Eddie Bauer esperando ver a Mark y a Teddy detrás de cada uno de los espaciosos expositores de mercancías, me sentí nuevamente como si fuera un forastero, pues los grandes almacenes que tanto deslumbran en las desiertas planicies del centro de Norteamérica se ven devorados por el entorno neoyorquino. En Manhattan, sus límpidos logos deben competir con los desvaídos carteles de un millar de negocios largamente arruinados que nunca llegaron a molestarse en retirar sus anuncios, con el ruido y el humo y la basura de las calles, y con las conversaciones y los gritos de gentes que hablan un centenar de lenguas distintas. En Nueva York sólo llaman la atención las personas más ostentosamente violentas: el vagabundo que estrella botellas contra un muro o la mujer que camina vociferando bajo la protección de su paraguas. Aquella tarde, sin embargo, mientras me veía reflejado en un espejo tras otro, mis rasgos se me antojaron súbitamente ajenos. Rodeado por los habitantes de Iowa, mi aspecto era el de un judío demacrado que paseara entre una aglomeración de pantagruélicos gentiles, pero durante aquel incipiente acceso de manía persecutoria me vi asaltado asimismo por otras imágenes: tumbas con sus

lápidas, la madre muerta de Giles, los juegos de palabras pronominales[16] y Mark paseándose por ahí con una peluca rubia y ropa de mujer. De repente, me sentí exhausto. Me dolía la cintura, y paseé la mirada a mi alrededor en busca de la salida a la calle. En ese momento pasé junto a un enorme cubo de plástico desbordante de sujetadores y experimenté una sensación de náusea que me obligó a detenerme. Durante un instante, percibí en la boca la acidez del vómito.

Después de devorar un filete coriáceo y un cestillo de patatas fritas, regresé al hotel, donde May Larsen me alargó una nueva nota:

> ¡Qué hay, Leo!
>
> Nuevo local: el hotel Opryland. Nashville. Si no te veo allí, enviaré a Mark a hacer compañía a mi madre.
>
> Tu amigo y admirador,
> T. G.

Hay noches en las que aún me veo recorriendo los pasillos del Opryland, subiendo y bajando en sus ascensores y atravesando las junglas que crecen bajo sus arqueadas cúpulas de vidrio. Paso bajo aldeas en miniatura diseñadas al estilo de Nueva Orleans o Savannah o Charleston. Cruzo puentes bajo los que fluye el agua, y subo y bajo repetidamente por las escaleras mecánicas, buscando sin cesar la habitación 149872 en un ala del edificio conocida como Bayou. No la encuentro. Tengo un mapa, y consulto las líneas que me ha dibujado la joven recepcionista para ayudarme a hallar el camino, pero no logro comprender las indicaciones, y aunque apenas hay nada en el interior de la bolsa que llevo colgada del hombro, ésta me pesa cada vez más. El dolor de mi espalda asciende por la espina dorsal, y vaya donde vaya todo cuanto oigo es música *country*. Procede de misteriosas aberturas y rincones, y nunca cesa. El fantasmagórico interior del hotel nunca podrá separarse de lo que allí me ocurrió, porque su disparatada arquitectura no era sino el eco de mi estado mental. Finalmente, perdí el sentido de la orientación y, con él, los hitos de la geografía interna con los que contaba para guiarme.

Había perdido el último vuelo de salida de Iowa City, por lo que terminé quedándome a pasar allí la noche. Por la mañana tomé un avión de regreso a Minneapolis, y de allí otro que salía por la tarde en dirección a Nashville. Me dije a mí mismo —y le dije a Violet por teléfono— que la amenaza a Mark implícita en la nota de Giles me obligaba a continuar siguiendo sus pasos, a pesar de lo cual era consciente de lo ridículo de mis métodos. En Minneapolis podía haberme sentado frente al hotel de Mark y Giles para esperar su regreso, y lo mismo podía haber hecho en Iowa City. Por el contrario, en uno de ellos había dejado una nota y en el otro me había dedicado a pasear ociosamente por un centro comercial. Me había comportado como si no quisiera encontrarles. Más aún: Giles había parecido en todo momento encantado con mi persecución. Tanto en su conversación telefónica como en su nota había sabido combinar hábilmente lo siniestro con lo frívolo. La policía no parecía preocuparle, pues de haber sido así, ¿por qué iba a haber anunciado con antelación todos sus movimientos? Y Mark no parecía correr peligro en su compañía, ya que no había tenido inconveniente en tomar sucesivos aviones en compañía de su amigo o amante.

Para cuando la joven que atendía el largo mostrador de recepción del hotel Opryland me dibujaba con tinta verde el camino de mi habitación a través de las innumerables alas del edificio y me daba por tercera vez la bienvenida al «mayor hotel del mundo», yo ya tenía el convencimiento de haberme metido en un atolladero. Transcurrió aún otra hora y media hasta que por fin localicé mi habitación con la ayuda de un hombre de edad avanzada uniformado de verde cuyo distintivo rezaba únicamente «Bill», y aunque William es un nombre de lo más corriente, ello no impidió que me conmocionara ver aquellas cuatro letras escritas en su pecho.

Dejé en recepción un mensaje escrito para Mark y a continuación otro en su contestador automático, tras lo cual decidí que recorrería cuantos kilómetros fueran necesarios hasta su dormitorio y que aguardaría allí el regreso de Giles. Sin embargo, la perspectiva de volver a transitar aquel interminable paisaje de restaurantes y boutiques me ponía enfermo. No me encontraba bien. Y no era sólo la espalda lo que me dolía: no había dormido gran cosa, y una sorda y persistente jaqueca atenazaba mis sienes.

A medida que recorría las inacabables hileras de comercios, con sus extravagantes maniquíes y sus osos de peluche, perdí la esperanza. Ya no parecía tener importancia el hecho de encontrar o no encontrar a Mark, y me pregunté si Giles habría sabido de antemano que su mensaje habría de catapultarme a un laberinto de artificios que en mi caso trascendía cualquier experiencia anterior. A medida que avanzaba, desvié la mirada hacia un local que exhibía en su escaparate varias máscaras de Laurel y Hardy, una estatua de caucho que representaba a Elvis Presley y varias tazas serigrafiadas con la imagen de Marilyn Monroe sujetándose el vuelo de la falda.

Apenas un minuto después divisé a Mark y a Giles en una escalera mecánica que descendía hacia mí procedente de la planta superior y, en lugar de llamarles, me oculté tras el pilar de una pequeña mansión georgiana para espiarles. Me sentía a la vez como un cobarde y un estúpido, pero quería observarlos juntos. Ambos llevaban ropas masculinas y se sonreían mutuamente. Se les veía relajados, como dos jóvenes normales y corrientes que hubieran salido a divertirse. Mark descendía con las caderas distraídamente ladeadas, y desde donde me encontraba alcancé a oír lo que le decía a Giles:

—Esos perros eran unos auténticos salvajes, y ¿te fijaste en el culo del vendedor? Tío, era como un estadio de fútbol.

No fueron sus palabras lo que me dejó sin aliento, sino el hecho de que el timbre, la cadencia y el tono de su voz no me resultaran en absoluto familiares. Durante años había visto a Mark mudar de color como un camaleón y había sabido que cambiaba según las circunstancias en las que se encontraba, pero ante el sonido de aquella voz desconocida, la desazón que tanto tiempo llevaba acechando en mi mente pareció verse espantosamente confirmada, y aunque aquella certeza me repugnaba también experimenté un estremecimiento triunfal. Tenía la prueba de que el muchacho era, verdaderamente, otra persona. Salí de detrás de la columna y pronuncié su nombre:

—Mark.

Los dos se volvieron y me miraron. Parecían genuinamente sorprendidos, pero Giles fue el primero en recobrarse. Avanzó hacia mí y

se detuvo a apenas unos centímetros de donde me encontraba. Aproximó su rostro al mío y yo, inconscientemente, aparté la cabeza, repelido por la intimidad del gesto. De inmediato, sin embargo, sentí que me había equivocado al hacerlo. Giles sonrió.

—Profesor Hertzberg —dijo—, ¿qué le trae por Nashville?

Extendió la mano derecha, pero no la acepté. Él, entretanto, mantenía su pálido semblante muy cerca del mío mientras yo buscaba la respuesta adecuada, pero no se me ocurría nada. Giles acababa de formular la misma pregunta que yo venía haciéndome largo tiempo. Ignoraba por qué había acudido a Nashville. Miré a Mark, que permanecía a metro o metro y medio por detrás de Giles.

Giles continuaba examinándome. Ladeó la cabeza a un lado, aguardando una respuesta, y advertí que mantenía la mano izquierda oculta en el bolsillo, como si estuviera jugueteando con algo oculto en su interior.

—Tengo que hablar con Mark —dije—. A solas.

Mark bajó la cabeza, y observé que mantenía las puntas de los pies torcidas hacia dentro, como un niño enfurruñado. Sus rodillas parecieron flaquear un instante, pero logró recobrarse y enderezar la postura. Supuse que estaba drogado.

—Os dejo a los dos que habléis, pues —dijo Giles con tono jovial—. Como bien podrá imaginar, profesor, este hotel constituye una rica fuente de inspiración para mi obra. Cuántos artistas no hay que olvidan el fértil paisaje comercial de Norteamérica. Aún tengo muchas cosas que investigar.

Y con esto sonrió, saludó con la mano y echó a andar por el pasillo.

Han pasado cuatro años desde que hablé con Mark en el hotel Opryland. Nos sentamos ambos a una pequeña mesa roja de metal adornada por un gran corazón blanco, en una cafetería llamada Love Corner[17]. He tenido años para digerir lo que entonces me dijo, pero aún hoy no sé muy bien qué pensar al respecto.

Mark alzó la barbilla y me miró con una expresión que supe reconocer. Sus ojos, muy abiertos, denotaban una tristeza inocente, y su labio inferior se extendía formando un puchero típico en él ya desde la primera infancia.

Me pregunté si su repertorio de expresiones faciales se habría reducido. O bien estaba perdiendo sus dotes para la variedad o bien las drogas estaban interfiriendo en su actuación. Observé su mueca compungida y sacudí la cabeza.

—Creo que no entiendes lo que ocurre, Mark —le dije—. Es demasiado tarde para poner esa cara. Te he oído cuando bajabas por las escaleras mecánicas. He escuchado tu voz, y no es la voz que yo conozco. Pero es que aunque no la hubiera oído, ya he visto antes esa expresión un millón de veces. Es la que adoptas ante los adultos a los que has herido, pero ocurre que ya no tienes tres años. Eres un hombre. Esa carita de cachorro arrepentido ya no viene a cuento. Peor que eso: resulta patética.

Durante medio segundo, pareció sorprendido, pero luego, como si obedeciera a una señal convenida, su expresión cambió. Recompuso la línea de sus labios y su rostro adquirió súbitamente un aspecto más maduro, pero aquella rápida recomposición del ademán había sido un desliz por su parte, y de pronto me sentí con ventaja.

—Debe de ser duro tener que alternar tantos gestos diferentes —dije —; tantas mentiras. Lo siento por ti; siento que hayas tenido que pergeñar aquel cuento de la pistola y del asesinato tan sólo para que Violet te enviara dinero. ¿De verdad crees que es tan estúpida? ¿En serio pensabas que te enviaría dinero después de todo lo que has hecho?

Mark hurtó la mirada y la clavó en la mesa.

—No es ningún cuento —dijo, hablándome con un tono de voz que yo ya conocía.

—No te creo.

Mark alzó la mirada, pero no la barbilla. Sus ojos azulados y húmedos relucían de sinceridad, y reconocí también aquella mirada. Me había dejado engañar por ella una y otra vez.

—Teddy me dijo que lo había hecho… que le había matado.

—Pero en todo caso mucho antes de tu estancia en Hazelden. ¿Por qué has huido con Teddy esta vez?

—Me pidió que le acompañara, y yo no me atreví a negarme por miedo.

—Estás mintiendo —dije.

Mark sacudió la cabeza vigorosamente.

—¡No!

El leve tono chillón de su voz hizo que una mujer sentada a tres mesas de distancia se volviera a mirarnos.

—Mark —dije en voz muy baja—, ¿eres consciente de lo enloquecido que pareces? Podrías haber regresado conmigo desde Minneapolis. Para eso fui: para llevarte a casa. —Hice una pausa—. Te vi con la peluca, te vi subir al taxi con él… —proseguí, pero me detuve al ver que se encogía de hombros con una sonrisa burlona.

—¿De qué te ríes?

—Yo qué sé. Cualquiera que te oyera pensaría que soy un travestido o algo así.

—Bien, ¿y de qué se trata, si no? ¿Acaso pretendes decirme que Teddy y tú no sois amantes?

—Sólo es por divertirnos. No es nada serio. Y yo no soy gay… sólo lo hago con él.

Escruté su rostro. Parecía levemente azorado, pero nada más. Me incliné hacia él.

—¿Qué clase de persona se escapa con alguien a quien considera un asesino alegando que le tiene miedo para luego divertirse con él en los ratos libres?

Mark no respondió.

—Ese hombre destruyó uno de los cuadros de tu padre. ¿Acaso eso no te importa? Era un retrato tuyo, Mark.

—No era yo —dijo él con tono hosco y mirada inexpresiva.

—Sí eras tú —dije yo—. ¿De qué estás hablando?

—No se parecía a mí —dijo—. Era feo.

Guardé silencio, y sentí como si el hálito de la antipatía que sentía Mark por el retrato me atravesara de parte a parte. Aquello cambiaba las cosas, y me pregunté si también habría influido en los motivos de Giles. Giles tenía que conocer por fuerza los sentimientos de Mark.

—Mamá lo guardaba en el desván, bien envuelto. Tampoco a ella le gustaba.

—Ya —repuse yo.

—Y no comprendo a santo de qué le das tanta importancia. Papá pintaba montones de cuadros. Ése no era más que uno de…

—Imagina cómo se habría sentido —dije yo.

Mark sacudió la cabeza.

—Ni siquiera andaba por ahí para verlo.

La expresión «andar por ahí» me encendió. La mirada superficial y vacua de Mark, combinada con el estúpido eufemismo empleado para referirse a la muerte de su padre me había hecho enfurecer.

—Aquel cuadro era mejor que tú, Mark; era más real, más vivo, más potente de lo que tú has sido o serás nunca. Tú eres quien resulta feo, y no el cuadro. Eres un ser feo y vacío y frío. Eres algo que tu padre habría odiado —dije, respirando violentamente por la nariz. Sentí que me encontraba fuera de mí, y me esforcé por recobrar el control.

—Tío Leo —dijo Mark, adoptando una sonrisa bobalicona—, ¿cómo eres tan malo de decirme esas cosas?

Tragué saliva. Todo mi rostro temblaba.

—Da igual: es cierto. Que yo sepa, es lo único cierto de todo esto. Ignoro si algo de cuanto has dicho tú es verdad, pero sé que tu padre se avergonzaría de ti. Tus mentiras ni siquiera tienen sentido. No son racionales. La verdad es mucho más fácil. ¿Por qué no la dices, aunque sólo sea por una vez?

Mark se mostraba calmado. Mi cólera parecía fascinarle. Finalmente, dijo:

—Porque no creo que a la gente le guste.

Le aferré por la muñeca derecha y comencé a apretársela. Descargué todas mis fuerzas en aquella tenaza, y me complació ver su expresión de sorpresa.

—¿Por qué no intentas decírmela ahora? —pregunté.

—Eso duele —dijo él.

Su pasividad me dejó perplejo. ¿Por qué no se desasía? Sin aflojar la presión, mascullé:

—Dímela ahora. Llevas años fingiendo, ¿no es cierto? Nunca he sabido ver cómo eras en realidad, ¿verdad? Robaste la navaja de Matt y luego hiciste como si la buscaras, como si lamentaras su pérdida.

Aferré su otra muñeca y la estreché con tanta fuerza que un destello de dolor me atravesó el cuello. Observé su nuez y sus labios suaves y enrojecidos, y al fijarme en su nariz, levemente achatada, me di cuenta de que era idéntica a la de Lucille.

—También traicionaste a Matt.

—Me estás haciendo daño —gimió él.

Apreté con más fuerza. Nunca me hubiera creído capaz de hacerlo. Advertí que me faltaba el aliento, pero sólo porque me oí a mí mismo jadear las palabras: «Quiero hacerte daño». Experimentaba en la mente una sensación de ligereza, un intenso placer de vacío y libertad. Recordé la expresión «ciego de ira» y pensé para mí: no es correcta. Porque podía distinguir todos los matices de dolor de su rostro, y cada uno de ellos me proporcionaba una euforia similar.

—Suéltele. Ahora.

La voz del hombre me sobresaltó. Solté las muñecas de Mark y alcé la mirada.

—No sé qué está ocurriendo aquí, pero voy a llamar a Seguridad para que le echen si no se está quieto ahora mismo.

El hombre poseía una nariz bulbosa y una piel rosácea, y vestía un delantal.

—No pasa nada —dijo Mark, escogiendo su expresión candorosa para la ocasión. Vi cómo se estremecían sus labios—. Ahora ya estoy bien, de verdad.

El hombre escudriñó el rostro de Mark y depositó una mano sobre su hombro.

—¿Estás seguro? —dijo, y a continuación se volvió hacia mí.

—Si vuelve a tocarle un pelo de la ropa a ese chico, vengo y le arranco la cabeza. ¿Me ha comprendido?

No dije nada. Sentía los ojos como si estuvieran llenos de arena, y mantuve la mirada clavada en el mantel. Me dolían los brazos. Al intentar incorporarme, un dolor lacerante me recorrió la espina dorsal. Al aferrar las muñecas de Mark me las había arreglado para provocarme una contractura. Apenas me podía mover. Mark, por el contrario, parecía estar perfectamente. Comenzó a hablar.

—A veces pienso que me pasa algo raro, que a lo mejor estoy chiflado. No lo sé. Me gusta caerle bien a la gente, supongo. No puedo evitarlo. A veces me siento confuso, como cuando conozco a dos personas distintas en dos lugares diferentes y luego a lo mejor me las encuentro en la misma fiesta y me quedo sin saber qué hacer. Resulta muy desconcertante. Sé que crees que no me caía bien Matt, pero en eso te equivocas. Matt me gustaba mucho. Era mi mejor amigo. Tan sólo me apetecía aquella navaja. No era nada personal. Sencillamente, me la quedé. No sé por qué, pero me gusta robar. A veces, cuando éramos pequeños y nos peleábamos por algo, Matt se entristecía mucho y se echaba a llorar y decía: «Lo siento mucho, Mark. ¡Perdóname! ¡Perdóname!». Él hablaba así. Resultaba bastante gracioso. Pero recuerdo que luego me extrañaba de no ser yo también así. Yo nunca lamentaba nada.

Intenté ajustar mi postura para contemplarle mejor. Me había quedado encorvado, pero me las arreglé para alzar la mirada hacia su rostro. Él seguía hablando con un tono tan ausente como su expresión.

—Hay una voz en mi cabeza. Soy el único que puede oírla. A los demás no les gustaría, de modo que utilizo voces distintas para hablar con ellos. Teddy sabe lo que me pasa, porque somos iguales. Es el único, pero incluso junto a él sigo escuchando la voz de mi interior.

Retiré las manos del mantel.

—¿Y con la doctora Monk? —pregunté.

Mark negó con la cabeza.

—La doctora Monk se cree muy lista, pero no lo es.

—Todo lo que ha ocurrido entre nosotros —dije— no ha sido más que una pantomima.

Él aguzó la mirada.

—No, sigues sin entenderlo. Siempre me has gustado, siempre, desde que era un crío.

Ni siquiera podía asentir. Me pregunté cómo iba a arreglármelas para ponerme en pie.

—Ignoro si algo le pasó a ese chico o no, pero si crees que fue así, si de verdad crees que está muerto, tienes que acudir a la policía.

—No puedo —dijo él.

—Tienes que hacerlo, Mark.

—Migo está en California —farfulló—. Se escapó con otro tío. Teddy quería tomarte el pelo, y me convenció para que le ayudara. Nadie ha asesinado a nadie. Todo era una broma pesada.

Le creí desde mucho antes de concluir la frase. Era lo único que tenía algún sentido. El niño no había muerto.

Estaba vivo y en California. La crueldad de la historia, combinada con mi propia credulidad, me avergonzaba, y una sensación de sofoco recorría todo mi cuerpo. Devolví los brazos a la mesa e intenté incorporarme y levantarme del asiento, pero una intensa punzada de dolor me recorrió el cuello y la espalda. Mi despedida no prometía ser muy digna.

—¿Piensas volver a Nueva York o vas a quedarte aquí? —le dije a Mark—. Violet quiere que sepas que si no regresas puedes olvidarte de ella. Tienes diecinueve años. Ya puedes arreglártelas solo.

Mark me miró.

—¿Te encuentras bien, tío Leo?

No podía ponerme en pie. Tenía el cuerpo doblado hacia un costado y el cuello había adoptado un ángulo extraño, todo lo cual debía de prestarme el aspecto de un enorme pájaro herido.

De pronto, vi a Giles frente a mí, y me asaltó la sensación de que hubiera estado cerca de nosotros todo el rato.

—Déjeme que le ayude —dijo. Parecía genuinamente preocupado, y eso me asustó. Un segundo después, me tenía sujeto por el codo, y cualquier intento por evitar su contacto me hubiera obligado a sacudir el brazo y reajustar todo mi cuerpo. Imposible—. Debería verle un médico —prosiguió él—. Si estuviéramos en Nueva York llamaría a mi quiropráctico. Es estupendo. No se lo creerá, pero en cierta ocasión me fastidié la espalda bailando.

—Te llevaremos a tu habitación, tío Leo. ¿Verdad, Teddy?

—Ningún problema.

Fue un largo y doloroso paseo. Cada paso que daba me producía un latigazo que sacudía todo mi cuerpo desde el muslo hasta el cuello, y como no podía levantar la cabeza, apenas veía lo que ocurría a mi alrededor. El hecho de verme flanqueado por Teddy y por Mark me

producía una vaga sensación de peligro. Uno y otro, me conducían con unas muestras de amabilidad y atención que me hicieron pensar en dos actores a los que se les hubiera pedido que improvisaran una escena con un personaje a la vez mudo e impedido. Giles, con su monólogo sobre quiroprácticos y acupuntores, seguía llevando el peso de la conversación. Me recomendó fitoterapia china y Pilates, y a continuación fue derivando de las medicinas alternativas hasta el arte, para luego hablar de sus coleccionistas, sus ventas más recientes y cierto artículo monográfico sobre él que había aparecido quién sabe dónde. Yo era consciente de que su charla no era ociosa y de que estaba avanzando hacia algún punto clave, y éste no tardó en llegar: sacó a relucir el lienzo de Bill.

Yo cerré los ojos como si así pudiera aislarme del sonido de sus palabras, pero él decía que no había pretendido herir a nadie, que jamás «soñaría» con hacer algo así, que le había venido como una inspiración, como una vía de subversión aún inexplorada en el terreno del arte. Era como estar oyendo a Hasseborg, y creo que su elección de las palabras era casi idéntica a la que habría realizado el crítico. A medida que hablaba me pareció notar que me oprimía el brazo con algo más de fuerza.

—William Wechsler —dijo— era un artista notable, pero el lienzo que yo compré era una obra menor. —Al oír aquello me alegré de no poder mirarle—. Realmente, yo diría que con mi enfoque ha llegado a trascender.

—Valiente chorrada —dije.

Apenas lograba emitir un susurro. Habíamos doblado la esquina del largo pasillo que conducía a mi habitación, y el hecho de verlo desierto me desazonó aún más. El oscuro corredor aparecía iluminado por el fulgor de una máquina de refrescos, y yo, que no recordaba haberla visto antes, me pregunté cómo habría podido pasar por alto la presencia de un objeto incandescente de tales dimensiones en las proximidades de mi puerta.

—Lo que no llega a comprender —prosiguió Giles— es que también mi obra posee una faceta personal. El retrato que William Wechsler pintó de su hijo, mi propio M & M, Migo 2, *Mark the Shark*[18] forman parte de un homenaje muy especial que he querido dedicar a mi madre ya fallecida.

Decidí guardar silencio. Todo cuanto deseaba era alejarme de ellos. Quería refugiar mi maltrecho cuerpo al abrigo de mi habitación y cerrar la

puerta a mis espaldas.

—Mark y yo compartimos la misma consideración hacia nuestras respectivas madres. ¿Lo sabía?

—Olvídalo, Teddy —dijo Mark con tono brusco.

Yo mantenía la vista fija en la alfombra. Se habían detenido, y a mis oídos llegó un suave chasquido. Teddy estaba introduciendo una tarjeta en la puerta.

—Ésta no es mi habitación —dije.

—No, es la nuestra. La nuestra está más cerca. Puede quedarse aquí. Tenemos dos camas.

Tomé aliento.

—No, gracias —dije, mientras Giles empujaba la puerta.

A medida que ésta se desplazaba hacia el interior mi mente fue anticipándose a la imagen de una estancia similar a la mía. Por el contrario, lo que percibí a través de la abertura me desasosegó profundamente. El cuarto olía a humo, pero no a humo de cigarrillo, sino de algo que se había quemado. Desde el pasillo sólo podía divisar parte de su interior, pero la moqueta que se extendía ante mí se hallaba regada de desperdicios, entre ellos una bandeja del servicio de habitaciones llena de colillas y una hamburguesa a medio comer que había derramado un charco de kétchup en la moqueta. Junto a la bandeja había unas bragas y una sábana chamuscada y apelotonada. Podía ver las marcas desdibujadas de color marrón y ocre producidas por la acción del fuego, pero toda su superficie aparecía igualmente salpicada por lo que parecían manchas de sangre, unas señales rojizas ante cuya imagen noté que se me agarrotaba la garganta. Sobre la sábana arrugada había una cuerda de nailon enroscada, y no lejos de la cuerda podía verse un revólver. Aunque mi atisbo de aquella peculiar naturaleza muerta poseía en ese momento las características propias de una alucinación, estoy completamente seguro de todo lo que vi. Giles me propinó un leve tirón del brazo.

—Entre y tómese una copa —dijo.

—No —repuse yo, y clavé los tobillos en la moqueta—. Ya encontraré mi habitación.

—Vamos, tío Leo —dijo Mark, con voz quejumbrosa.

Con una atroz punzada de dolor que recorrió toda mi columna vertebral, me enderecé y me desasí de la mano de Mark. Mis labios temblaban. Retrocedí del umbral hasta alcanzar la pared opuesta del pasillo, me recliné un instante sobre ella y comencé a alejarme de allí renqueando, pero Giles se abalanzó sobre mí y extendió un brazo.

—Precisamente ahora estaba analizando unas cuantas ideas nuevas —dijo, señalando en dirección a la habitación. Yo me encontraba nuevamente encorvado. Me resultaba sencillamente imposible mantener una postura erguida—. ¿No le produce curiosidad lo que estoy haciendo, profesor?

Giles depositó los dedos sobre mi cabeza. Yo podía notar su mano en mi cuero cabelludo mientras jugueteaba con los mechones de pelo, y cuando le miré a los ojos sonrió.

—¿Alguna vez ha pensado en teñírselo un poco? —preguntó.

Yo intenté negar con la cabeza, pero él me aferró por ambos lados de la cara, incrustándome las gafas en el rostro y al fin me golpeó violentamente la cabeza contra el muro. Yo dejé escapar un gemido de dolor.

—Cuánto lo siento —dijo—. ¿Le he hecho daño?

Se negaba a soltarme, y continuó oprimiendo mi cabeza con las manos. Yo intenté manotear y alzar una rodilla para golpearle, pero el movimiento me produjo un nuevo espasmo. Emití un jadeo sofocado y noté que se me doblaban las rodillas. Estaba deslizándome por la pared en dirección al suelo, y de pronto me asaltó una sensación de pánico. Mis ojos se desviaron hacia el rostro de Mark y pronuncié su nombre, que surgió de mi garganta como un gemido. Le llamé con voz resonante y desesperada, alzando las manos hacia él, pero vi que permanecía paralizado frente a mí. No me era posible leer la expresión de su rostro. En ese instante, una puerta se abrió a mi lado y una mujer salió al pasillo. Giles hizo ademán de incorporarme y comenzó a darme unas cariñosas palmaditas.

—Te pondrás bien —dijo—. ¿Quieres que llame a un médico?

A continuación, se apartó velozmente y sonrió a la mujer, que nos contemplaba desde el umbral. Tan pronto como se hubo separado de mí, Mark avanzó en mi dirección, hablando rápidamente y por lo bajo.

—Ahora regresa a tu habitación. Mañana volveré contigo a Nueva York. Nos veremos en el vestíbulo a las diez. Quiero irme a casa.

La mujer era guapa y esbelta, y sus cabellos rubios y ahuecados le tapaban parcialmente los ojos. Tras ella vi una niña morena de unos cinco años. Iba peinada con trenzas y se mantenía abrazada a los muslos de su madre.

—¿Todo bien? —preguntó la mujer.

Giles estaba cerrando la puerta de la habitación, pero vi que los ojos de la madre alcanzaban a atisbar fugazmente el interior a través de la rendija. Sus labios se despegaron levemente y a continuación volvió la mirada hacia Mark, que retrocedió un paso. Me miró.

—Ésa no es su habitación, ¿verdad?

—No —dije yo.

—¿Se encuentra mal? —inquirió.

—He sufrido una contractura en la espalda —jadeé—. Necesito descansar, pero no he conseguido encontrar mi habitación.

—Nos hemos equivocado de camino, señora —dijo Giles, dirigiéndole una cálida sonrisa.

La mujer examinó a Giles con los dientes apretados.

—¡Arnie! —gritó, sin moverse de la puerta.

Miré a Mark. Sus ojos azules se volvieron hacia los míos, y parpadeó. Yo interpreté el parpadeo como un sí: Sí, me reuniré contigo mañana.

Arnie me condujo de regreso a mi habitación. Encajaba perfectamente con su mujer, pensé, al menos físicamente. Era joven y robusto, y poseía un semblante diáfano. A medida que me esforzaba por caminar y mantener el control de mi cuerpo tembloroso, él me sostenía por el brazo. Percibí que su contacto era distinto al de Mark o al de Teddy, y pude reconocer las reservas que le inspiraba en el titubeo de sus dedos, en esa deferencia hacia todo cuerpo ajeno que generalmente damos por sentada pero de la que apenas unos minutos antes yo me había visto despojado. En varias ocasiones me preguntó si deseaba detenerme y reposar, pero yo insistí en seguir caminando sin pausa. Sin embargo, hasta que no entramos en mi habitación y pude ver mi reflejo en el amplio espejo de la puerta del baño no alcancé a comprender la magnitud de su amabilidad para conmigo. Mis

cabellos despeinados apuntaban en sentido contrario al debido, y un grueso mechón permanecía aún de punta, como un tallo rígido y grisáceo. Mi cuerpo encorvado y torcido me había avejentado terriblemente, convirtiéndome en un anciano decrépito de al menos ochenta años. Pero fue mi rostro lo que más me impresionó. Aunque los rasgos que devolvía el espejo se asemejaban a los míos, me resistía a reconocerlos como propios. Mis mejillas parecían haberse desmoronado bajo una barba de tres días, y mis ojos, enrojecidos de fatiga, mostraban una expresión que me recordó a la de los aterrorizados animalillos que con tanta frecuencia había visto en las carreteras de Vermont a la luz de los faros de mi coche. Abrumado, desvié los ojos y me esforcé por borrar aquella expresión inhumana que había visto en el espejo y sustituirla por una mirada racional capaz de agradecer la amabilidad de Arnie, que permanecía inmóvil cerca de la puerta con los brazos cruzados bajo las palabras PEQUEÑA LIGA DE LA SAGRADA CRUZ impresas en su sudadera azul.

—¿Está seguro de que no quiere que le consiga un médico o al menos una bolsa de hielo, o algo?

—No —dije yo—. No sé cómo darle las gracias.

Arnie aún permaneció un instante junto a la puerta. Nuestras miradas se cruzaron.

—Esos cretinos le estaban maltratando, ¿verdad?

Tan sólo pude asentir. Su compasión se me hacía casi imposible de soportar en aquel momento.

—En fin, buenas noches. Espero que su espalda haya mejorado por la mañana —dijo, y cerró la puerta a su espalda.

Dejé encendida la luz del cuarto de baño. Como no podía tenderme, me recosté sobre unos almohadones y me reconforté con el *whisky* del minibar, con el que logré mitigar los peores dolores, al menos durante un breve rato. Pasé toda la noche sintiéndome mareado, como si hubiera perdido la orientación. Incluso cuando los espasmos de mi espalda me despertaban y podía recordar dónde me encontraba, sentía como si la cama estuviera moviéndose, oscilando contra mi voluntad; y cada vez que me quedaba dormido seguía agitándome en sueños, como si viajara en un barco, un tren o una escalera mecánica. Me asaltaban oleadas de náuseas, y

mis intestinos se retorcían como si me hubieran envenenado. En mis sueños, subía a un vehículo tras otro y podía escuchar el sonido de mi corazón, que latía como un reloj vetusto, y hasta que no desperté no comprendí que el músculo aún permanecía tan silencioso como siempre. Cuando abría los ojos e intentaba sacudirme aquella nauseabunda sensación de movimiento, la consciencia devolvía los dedos de Giles a mis cabellos, y sus manos volvían a atenazarme la cara. La humillación me abrasaba, y todo mi afán era expulsar de mí aquel recuerdo, arrancarlo de mi pecho y de mis pulmones, en los que se había aposentado como un incendio. Quería pensar, concentrarme en lo que había ocurrido y encontrarle algún sentido. Comencé a cavilar sobre lo que había visto en aquella habitación: la sábana, la cuerda, la pistola, los restos de comida… Por su aspecto, parecía la escena de un crimen, pero incluso mientras la veía, incluso mientras atisbaba el interior de la estancia, me había parecido adivinar un leve matiz de falsedad. La pistola bien podía haber sido un juguete; la sangre, agua coloreada. Todo parte de la misma superchería. Pero entonces volvía a recordar el contacto de las manos de Giles. Eso sí había sido real, y en la parte posterior de la cabeza, allí donde mi cráneo había golpeado la pared, se había formado un doloroso chichón. ¿Y Mark? Su rostro se me había aparecido a intervalos durante toda la noche, y sabía que sus últimas palabras me habían dado esperanzas. La gente cree que existen diferentes grados de esperanza, pero yo no opino así. Existe la esperanza y existe la desesperanza. Sus palabras me habían proporcionado esperanza, y acurrucado en aquella cama me parecía volver a oírlas mentalmente una y otra vez: «Mañana volveré contigo a Nueva York». Había dicho la frase a espaldas de Giles, y ese mismo hecho sugería otra posible interpretación de sus acciones. Una parte de su maltrecha persona deseaba regresar a casa. Débil y vacilante, Mark se había dejado infectar por la fuerza superior de la personalidad de Giles, quien ejercía sobre él un poder cuasi hipnótico; sin embargo, había en su interior otro lugar, ese lugar cuya existencia siempre había defendido Bill: un rincón en el que se aferraba a aquellos que le amaban y a los que él amaba. Yo le había llamado, y él me había respondido. La llegada del alba me sorprendió sumido en una atormentada combinación de esperanza y

culpabilidad. Al hablarle a Mark del cuadro de su padre le había dicho cosas terribles. En aquel momento las había creído, pero ahora me dolía el convencimiento de que se había tratado de una comparación monstruosa. Un objeto jamás debería ser comparado con una persona. Jamás. Lo retiro, me dije mentalmente. Lo retiro. Y entonces, cual si se tratara de una nota a pie de página de aquellas reflexiones, recordé haber leído en alguna parte, tal vez en los escritos de Gershom Scholem, que en hebreo los conceptos de «arrepentirse» y «regresar» se expresan con la misma palabra. Pero Mark no acudió a reunirse conmigo en el vestíbulo a las diez, y cuando llamé a su habitación, nadie respondió. Esperé una hora entera. El hombre que aguardaba sentado en el banco de aquel vestíbulo había realizado un esfuerzo sobrehumano por parecer presentable. Se había afeitado con la cabeza de costado para evitar lastimarse nuevamente la espalda. Se había frotado vigorosamente la mancha de la pernera con agua y jabón a pesar de las atroces sacudidas que el proceso de limpieza había desatado en su espalda. Se había peinado, y al sentarse en el banco dispuesto a esperar se había contorsionado para alcanzar una posición que se le antojó normal. Escrutó el vestíbulo. Confió. Revisó su primera interpretación de los recientes acontecimientos y a continuación elaboró una nueva, y después otra. Deliberó diversas posibilidades hasta que, al fin, perdió toda esperanza y arrastró su cuerpo dolorido hasta el taxi que le llevó al aeropuerto. Y yo me compadecí de él y de lo poco que había comprendido.

Tres mañanas después de regresar a Nueva York, y gracias al doctor Huyler y a un medicamento llamado Relafen, era capaz una vez más de desplazarme con facilidad por mi apartamento. Más o menos a la misma hora, dos inspectores de policía vestidos de paisano se presentaron en la puerta de Violet preguntando por Mark. Yo no los vi, pero tan pronto como se hubieron marchado, Violet bajó a contarme su visita. Eran las nueve de la mañana. Vestía un largo camisón blanco de algodón con cuello alto, y al verla por primera vez pensé que se parecía un poco a las muñecas antiguas. Comenzó a hablarme, y observé que su voz no pasaba de ese

medio susurro que había utilizado para telefonearme desde el estudio el día de la muerte de Bill.

—Dijeron que sólo querían hacerle unas preguntas. Yo les conté que Mark lleva algún tiempo viajando con Teddy Giles y que, al menos que yo supiera, el último lugar que había visitado era Nashville. Les dije que había tenido algunos problemas, que era posible que ni siquiera telefoneara, pero que si se ponía en contacto conmigo le diría que querían hablar con él —Violet tomó aliento— sobre el asesinato de Rafael Hernández. Eso fue todo. No me preguntaron nada. Me dieron las gracias y se marcharon. Deben de haber encontrado su cuerpo. Era todo verdad, Leo. ¿Crees que debería llamarles y contarles lo que sé? De momento no les he dicho nada.

—¿Y qué sabemos, Violet?

Durante un instante, pareció confusa.

—En realidad no sabemos nada, ¿verdad?

—No del asesinato —dije, consciente de la palabra que estaba pronunciando. Era una palabra corriente, fácil de oír en cualquier momento y en cualquier parte, pero no quería oírla surgir de mí con naturalidad. Quería que fuera difícil de decir, aún más difícil de lo que ya era.

—Está el mensaje en el contestador de Bill. En él se afirma que Mark lo sabe. Nunca llegué a borrarlo. ¿Tú crees que lo sabe?

—Eso dijo, pero luego modificó su historia y aseguró que el muchacho estaba en California.

—Si lo supiera y aun así permaneciera con Giles, ¿qué significaría?

Sacudí la cabeza.

—¿Constituiría un crimen, Leo?

—¿Te refieres al simple hecho de saberlo?

Ella asintió.

—Supongo que depende de cómo se haya enterado uno, y de hasta qué punto disponga de pruebas fehacientes. Mark podría no haberse creído nada de la historia. Podría estar realmente convencido de que el chiquillo se había escapado…

Violet sacudió repetidamente la cabeza.

—No, Leo. Recuerda, Mark mencionó que dos policías estaban haciendo preguntas en la galería Finder, y fue precisamente entonces cuando Giles se marchó de la ciudad. ¿No hay acaso leyes que prohíben dar asistencia a un fugitivo?

—Tampoco sabemos que exista una orden de busca y captura contra Giles, ni nos consta que la policía disponga de ninguna clase de pruebas. Si quieres que te sea sincero, Violet, ni siquiera tenemos la seguridad de que Giles matara a ese chico. A lo mejor está vanagloriándose de un asesinato que no ha cometido tan sólo porque sabía de su existencia. No es muy probable, pero es posible. Eso le convertiría en culpable, aunque en otro sentido.

Violet desvió la mirada por encima de mi hombro y contempló su retrato.

—Eran el inspector Lightner y el inspector Mills —dijo—. Un blanco y un negro. No parecían jóvenes, pero tampoco parecían viejos. No eran ni gruesos ni delgados. Eran los dos muy simpáticos, y no parecían esperar nada especial. Se dirigían a mí como señora Wechsler. —Hizo una pausa y me dio la espalda—. Tiene gracia, desde que murió Bill me gusta que los extraños me llamen así. Ya no existe Bill, ni existe nuestro matrimonio, y yo nunca me he cambiado el nombre. Siempre he sido Violet Blom, pero ahora me apetece escuchar su nombre una y otra vez, y me gusta responder a él. Es como llevar sus camisas. Me gusta sumergirme en lo que queda de él, aunque sólo sea su nombre.

Violet hablaba con voz desprovista por entero de emoción. Estaba limitándose a exponer los hechos, y pocos minutos después me dejó para retornar escaleras arriba. Una hora después llamó nuevamente a la puerta y me explicó que iba camino del estudio, pero que quería darme algunas copias de los vídeos de Bill para que las visionara cuando tuviera tiempo. Bernie se había tomado su tiempo, dijo, a causa de todas las cosas de las que había tenido que ocuparse, pero finalmente había conseguido que se las entregara.

—Bill no sabía cuál iba a ser el aspecto final de la obra. Hablaba de construir una gran habitación en la que visionar las cintas, pero no hacía más que cambiar de opinión al respecto. Iba a titularlo Icarus. Eso lo sé

con seguridad, y también que realizaba montones de dibujos de un muchacho que cae por el aire.

Violet posó la mirada en sus botas y se mordió el labio.

—¿Te encuentras bien? —pregunté.

Ella alzó la mirada.

—Qué remedio —dijo.

—¿A qué te dedicas todo el día en ese estudio, Violet? Tampoco quedan allí tantas cosas.

Aguzó los ojos.

—A leer —dijo, con tono feroz—. Primero me pongo la ropa de trabajo de Bill y luego leo. Leo durante todo el día. Me paso leyendo desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde. Leo y leo y leo hasta que ya no soy capaz de ver ni la página.

Las primeras imágenes que aparecían en pantalla eran de recién nacidos: seres diminutos con cabezas deformadas y extremidades frágiles y trémulas. La cámara de Bill no se separaba de los pequeños ni por un instante. Los adultos también se hallaban presentes en forma de brazos, torsos, hombros, rodillas, muslos, voces y, de cuando en cuando, algún rostro enorme que irrumpía ante la lente y se aproximaba a los niños. El primero de ellos estaba dormido en brazos de una mujer. La minúscula criatura, vestida con un trajecito de cuadros y un absurdo gorrito blanco atado bajo la barbilla, tenía la cabeza enorme, y sus delgadas extremidades mostraban tonos rojizos y azulados. El segundo viajaba atado al pecho de un hombre. Sus cabellos eran oscuros y puntiagudos, como los de Lazlo, y sus ojos negros y desmesurados aparecían vueltos hacia la cámara con expresión estupefacta. Bill seguía al niño viajando en su cochecito, durmiendo en su moisés, repantigado en brazos de sus padres o atacado por desesperadas crisis de llanto junto a sus hombros. A veces, los casi siempre invisibles padres o niñeras se sobreponían al sonido del tráfico para pronunciar monólogos relativos a hábitos de sueño, alimentación, sacaleches o eructos, pero tanto las palabras como el rumor de fondo desempeñaban tan sólo un papel accesorio a las imágenes en movimiento de los pequeños desconocidos: el que apartaba su cabecita calva del pecho de la madre dejando escurrir un riachuelo de leche por la comisura de los

labios; el hermoso recién nacido de piel oscura que succionaba en sueños un seno invisible y luego parecía sonreír; o el despierto bebé cuyos ojos azules giraban hacia el rostro de su madre para contemplarla con un aparente gesto de profunda concentración.

Que yo supiera, el único principio que guiaba a Bill era la edad. Debía de haber salido cada día en busca de un niño algo mayor que el del día anterior. Poco a poco, su cámara abandonaba a los recién nacidos para enfocar a bebés algo mayores que ya se sentaban, gorjeaban, chillaban, farfullaban y se llevaban a la boca todos los objetos que encontraban. Una corpulenta niña, semidesvanecida de satisfacción, succionaba el contenido de un biberón a la vez que entrelazaba los dedos en la cabellera de su madre. Otro pequeño aullaba mientras su padre le extraía una pelota de goma de entre las encías. Un bebé sentado en el regazo de una mujer alargaba el brazo hacia una niña algo mayor sentada a pocos centímetros de él y comenzaba a golpearle las rodillas. Aparecía entonces una mano adulta que propinaba un cachete en los brazos del pequeño. El golpe debía de ser especialmente suave, porque el niño extendía ambos brazos y lo hacía de nuevo, lo que daba lugar a un nuevo correctivo. La cámara retrocedía momentáneamente para revelar el semblante fatigado y ausente de la mujer, y se aproximaba luego a una tercera criatura que yacía dormida en su sillita y, durante algunos segundos, sostenía la imagen de sus sucias mejilla y de los dos chorretones traslúcidos que pendían de sus orificios nasales y llegaban hasta sus labios.

Los niños de Bill gateaban a toda velocidad en el parque, caminaban y se caían y volvían a ponerse en pie para proseguir la marcha, o trastabillaban como viejos borrachos que salen de un bar. Uno de los pequeños se mantenía en precario equilibrio junto a un corpulento y jadeante terrier. El cuerpecillo de la criatura se estremecía de excitación mientras aproximaba la mano al hocico del animal y emitía pequeñas y gozosas exclamaciones: «¡Eh! ¡Eh! ¡Eh!». Otra niña de rodillas gruesas y vientre prominente aparecía filmada en una panadería. Alzaba la mirada y profería unas cuantas sílabas incomprensibles a las que respondía a continuación una mujer invisible: «Es un pan, cariño». Con el cuello estirado y los labios en movimiento, la pequeña contemplaba fijamente el

objeto y comenzaba a entonar la palabra «pan», repitiéndola una y otra vez con voz chillona y sobrecogida. Un congestionado bebé de dos años pateaba y chillaba en la acera junto a su madre que, agachada, le ofrecía una naranja. «Pero, tesoro —decía la mujer, sobreponiéndose a los alaridos—, esta naranja es exactamente igual que la de Julie. No hay ninguna diferencia entre las dos».

A medida que los niños que filmaba iban aproximándose a los tres y cuatro años de edad, pude oír por vez primera la voz de Bill. Sobre la imagen de un niño pequeño de expresión severa, se le oía decir: «¿Sabes lo que hace tu corazón?». El niño miraba directamente a la cámara, se llevaba una mano al pecho y decía con voz grave: «Me mete sangre. Puede sangrar y vivir». Otro niño alzaba un envase de zumo, lo agitaba y se volvía a la mujer sentada junto a él en un banco del parque. «Mamá —decía—, mi bebida ha perdido la gravedad». Una niña rubia de coletas casi blancas corría en círculos, saltaba, se detenía de pronto, volvía sus facciones rubicundas a la cámara y exclamaba con voz nítida y precoz: «Lágrimas felices está sudando». Otra niña pequeña, vestida con un mugriento tutú y tocada con una tiara torcida, se inclinaba hacia una amiguita que llevaba una falda rosa en la cabeza. «No te preocupes —le susurraba con tono de complicidad—. Ha salido bien. He llamado al señor y dice que podemos ser novias de boda». «¿Cómo se llama tu muñeca?», le preguntaba Bill a una pequeña pulcramente vestida que llevaba el cabello dividido en trenzas paralelas. «Vamos —la animaba una voz de mujer—. Puedes decírselo». La pequeña se rascaba el brazo y alargaba la muñeca asida por una pierna en dirección a la cámara. «Shower», decía.

Ante la mirada de Bill seguían desfilando niños anónimos de edades cada vez más avanzadas, y la cámara se recreaba en sus rostros a medida que le explicaban cómo funcionan las cosas y de qué estaban hechas. Una niña le decía a Bill que las orugas se convertían en mapaches; otra, que su cerebro era de metal y tenía dentro gotas para los ojos; y una tercera, que el mundo empezaba con un «huevo grande, grande». Al cabo de un rato, algunos de sus personajes parecían olvidar su presencia. Un niño se introducía el dedo en la nariz y, tras hurgar gozosamente en su interior, extraía un par de bolitas resecas que de inmediato se apresuraba a devorar.

Otro, con las manos profundamente hundidas en los bolsillos, se rascaba los testículos con un suspiro de placer. Una niña pequeña se inclinaba sobre una sillita, comenzaba a proferir arrullos y, al fin, asía las mejillas del bebé que viajaba sujeto al asiento. «Te quiero, bichito», le decía, pellizcando y sacudiendo las mejillas. «Tesorín», añadía fieramente mientras el niño comenzaba a sollozar a causa de la presión de sus dedos. «Basta ya, Sarah —decía una mujer—. Sé buena». «Estaba siendo buena», decía Sarah con los ojos entrecerrados y la mandíbula apretada.

Otra niña algo mayor, de unos cinco años de edad, aparecía detenida en la acera, junto a su madre, en algún punto del centro de la ciudad. La cámara las enfocaba de espaldas mientras contemplaban el contenido de un escaparate, y al cabo de unos segundos resultaba evidente para el espectador que Bill se mostraba especialmente interesado en la mano de la pequeña. La cámara la seguía a medida que recorría la espalda de su madre, ascendiendo hacia los omóplatos para descender luego en dirección a las nalgas. Arriba y abajo, arriba y abajo, la manita acariciaba distraídamente el dorso materno. Había filmado también a un muchachito detenido en la acera. Su rostro aparecía contraído en una huraña expresión de hostilidad, y las comisuras de sus ojos mostraban el brillo de las lágrimas a punto de brotar. Junto a él podía verse el cuerpo crispado por la ira de una mujer que mantenía la cabeza fuera de cuadro. «¡Se terminó! —le gritaba—. ¡Estoy harta de ti! Te estás portando como un idiota y esto se va a acabar». A continuación, se inclinaba, aferraba al niño por los hombros y comenzaba a sacudirle. «¡Basta! ¡Basta!». Las lágrimas seguían corriendo por las mejillas del pequeño, que sin embargo conservaba su expresión rígida y tozuda.

Los vídeos traslucían una actitud resuelta e inflexible, un deseo obstinado de mirar con detenimiento, y a medida que los niños iban creciendo en tamaño y elocuencia el objetivo de la cámara ganaba en proximidad y concentración. Un niño llamado Ramón le contaba a Bill que tenía siete años y que su tío coleccionaba gallinas: «Se compra cualquier cosa en la que salgan gallinas. Tiene todo el sótano lleno de gallinas». Un chiquillo regordete que rondaría los ocho o nueve años y vestía unos holgados pantalones cortos de tela vaquera contemplaba con mirada

encendida a otro niño más alto que llevaba una gorra de béisbol y sostenía en la mano un paquete de caramelos. En un súbito arrebato de cólera, el primero decía: «Me cago en ti» y derribaba a su adversario de un violento empujón. Los caramelos salían volando por todas partes, y la víctima comenzaba a gritar con voz triunfante: «¡Ha dicho un taco! ¡Ha dicho un taco!». Un par de piernas de adulto irrumpían en escena, y dos niñas pequeñas sentadas en unos escalones de cemento y vestidas con uniformes de tela escocesa comenzaban a susurrarse cosas al oído. A apenas medio metro de distancia, una tercera compañera ataviada con el mismo uniforme volvía la cabeza para mirarlas. Bill captaba el perfil de la pequeña, que tragaba sucesivas veces con fuerza a medida que contemplaba a las otras dos. La cámara se desplazaba a través del grupo de escolares y grababa a un niño equipado con un reluciente aparato dental en el momento de quitarse la mochila y estrellarla contra el hombro del compañero que tenía al lado.

Cuanto más contemplaba la película más misteriosas se me antojaban las imágenes que desfilaban ante mis ojos. Lo que había comenzado como una serie de imágenes normales y corrientes de niños de ciudad, iba convirtiéndose poco a poco en un extraordinario documento de las particularidades y las semejanzas humanas. Había niños de todas clases: gruesos, delgados, blancos, negros, niños preciosos y niños corrientes, niños sanos y niños que estaban enfermos o impedidos. Bill había filmado a un grupo de críos sentados en sillas de ruedas que iban siendo apeados de un autocar. El vehículo estaba dotado de una plataforma diseñada para depositar las sillas sobre la acera. A medida que accionaba su silla para bajarla de la plataforma, una niña regordeta de unos ocho años se erguía en el asiento y dedicaba a Bill una principesca y burlona reverencia con el torso. Aparecía también un niño con una cicatriz en el labio superior que dibujaba una sonrisa torcida y, acto seguido, emitía una pedorreta con la lengua. Bill seguía luego los pasos de un chiquillo cuya indefinida dolencia, tal vez una tara congénita, le había dotado de unas mejillas hinchadas como globos y de una barbilla casi inexistente. Portaba una especie de respirador, y sus piernecillas achatadas se esforzaban por mantener el paso de su madre. Las diferencias entre aquellos niños eran

inauditas y, sin embargo, los rostros de unos y otros terminaban por confundirse entre sí. Sobre todo, aquellos vídeos revelaban la furiosa energía que anima a los pequeños, así como el hecho de que rara vez dejan de moverse mientras se encuentran conscientes. Un simple paseo manzana abajo incluía saludos con la mano, brincos, correteos, giros y múltiples pausas destinadas a examinar un trozo de desperdicio o un perro doméstico, o dedicadas a recorrer y saltar muretes o vallas. En los jardines y en los patios de recreo, los niños ejecutaban una constante sucesión de empujones, puñetazos, codazos, patadas, empellones, palmadas, abrazos, pellizcos y tirones sin dejar de gritar, reír, declamar y cantar, y a medida que los observaba me dije a mí mismo que crecer, en realidad, significa aminorar el paso.

Bill había muerto antes de que sus modelos alcanzaran la pubertad. Algunas de las niñas mostraban leves vestigios de senos que ya apuntaban bajo sus camisetas o bajo las blusas de sus uniformes escolares, pero en su mayoría los críos ni siquiera habían empezado a cambiar. Yo sospechaba que él habría querido continuar, que habría querido seguir filmando a más y más niños hasta que llegara el momento en que los personajes que aparecían en pantalla ya no pudieran distinguirse de los adultos. Cuando concluyó el último vídeo y ya hube apagado el televisor, me sentí exhausto y ligeramente aturdido como resultado de aquella sucesión de cuerpos y rostros, por la increíble cantidad de jóvenes vidas que habían desfilado ante mí. Imaginé a Bill en su aventura ambulante, localizando niños y más niños para satisfacer quién sabe qué ansia interior que poseía. El metraje que acababa de presenciar estaba formado por material en bruto y aún pendiente de montar pero, unidos entre sí, aquellos fragmentos habían conformado una sintaxis susceptible de ser leída en busca de algún posible significado. Era como si Bill pretendiera combinar las numerosas vidas que había documentado en una única entidad, para así mostrar todas en una o una en todas. Todos comenzamos y concluimos, y yo, a lo largo de aquellos vídeos, había pensado constantemente en Matthew, primero cuando era un bebé, luego cuando era un niño pequeño y, finalmente, cuando era un chiquillo que nunca tuvo ocasión de abandonar la infancia.

Ícaro. La relación entre los niños de las grabaciones y el mito fue siempre incierta, pero Bill había escogido el título por algún motivo. Recordé el cuadro de Brueghel, con sus dos figuras, la del padre y la del hijo que cae desde lo alto con las alas derretidas por el sol. Dédalo, el gran arquitecto y mago, había construido aquellas alas para escapar junto con su hijo del torreón en el que se hallaban prisioneros. Previno a Ícaro de los peligros de volar demasiado cerca del sol, pero el retoño desoyó al progenitor y se precipitó al mar. Dédalo había arriesgado demasiado por su libertad y, a causa de ello, perdió a su hijo.

Ni Violet ni yo ni Érica, que aún seguía en California y ya estaba al tanto de toda la historia, dudábamos de que la policía terminaría por localizar e interrogar a Mark. Era tan sólo cuestión de tiempo. Tras la visita de los inspectores Lightner y Mills, yo ya había perdido por completo el criterio de qué era posible e imposible para Mark, y la ausencia de ese límite me hacía vivir atemorizado. No conseguía olvidar el incidente acaecido en el pasillo del hotel de Nashville. Noche tras noche, volvía a vivir aquella situación de indefensión. Las manos de Giles. Su voz. La conmoción de mi cabeza al estrellarse contra la pared. Y los ojos de Mark, completamente vacuos. Me oía a mí mismo invocando su nombre, veía mis brazos extendidos hacia él y, al fin, recordaba mi inútil espera en el vestíbulo del hotel. Tanto a Violet como a Érica les había relatado casi todo lo sucedido, pero había procurado emplear un tono de voz neutro y unas descripciones frías, y no les había mencionado el hecho de que Giles hubiera insertado sus dedos entre mis cabellos, un gesto que con el tiempo se me había tornado intolerable. Era mucho más fácil decir que se había limitado a estamparme la cabeza contra la pared. Por algún motivo, esa misma violencia era preferible a lo que la había precedido. Me costaba trabajo conciliar el sueño, y a veces, después de yacer despierto durante varias horas, me levantaba para comprobar los cerrojos de la puerta, por más que supiera que los había asegurado y que la cadena estaba echada.

El único hecho indudable que se desprendía de la lectura de la prensa era que el cuerpo maltrecho y descompuesto de un muchacho llamado Rafael Hernández había sido hallado en una maleta varada en algún paraje próximo a los muelles del Hudson, y que los restos habían podido ser identificados gracias al examen de la dentadura. El resto no eran más que chismorreos periodísticos. Blast publicaba un largo artículo en el que figuraban fotografías de Teddy Giles bajo el titular: ¿CONQUE DE MENTIRA? Según el reportero, Delford Links, hacía ya algún tiempo que la desaparición de Rafael era conocida entre los miembros del mundillo del arte y de la escena. El día siguiente a la desaparición del muchacho, Giles había realizado varias llamadas telefónicas a amigos y conocidos para informarles de que había cometido «uno real». Aquella misma noche, había acudido al Club USA vistiendo ropas que parecían salpicadas de manchas de sangre seca y se había paseado por el local anunciando que La Monstruosa había «llevado a cabo la obra de arte definitiva». Nadie le había tomado en serio, e incluso después de que fuera hallado el cuerpo, la mayoría de sus conocidos se negaron a aceptar la posibilidad de que realmente hubiera asesinado a alguien. Los medios citaban las palabras de un chaval de diecisiete años llamado Junior, según el cual, «Siempre estaba diciendo cosas de ésas. Debieron de ser como quince las veces que vino a comunicarme que había matado a alguien».

También citaban a Hasseborg: «El peligro inherente a la obra de Giles es que constituye un ataque a nuestros iconos más sacrosantos. Su trabajo no se limita a la escultura ni a la fotografía, ni tan siquiera a las performances. Sus personas también son su arte: constituyen un espectáculo de identidades cambiantes entre las que se incluye la del asesino psicópata, que no es al fin y al cabo sino un personaje tan admirado como mítico. Enciendan su televisor. Vayan al cine. Está en todas partes. Ahora bien, atribuir a ese personaje una esencia mayor de la que posee resulta simplemente escandaloso. El hecho de que Giles conociera a Rafael Hernández difícilmente demuestra que fuera responsable de su muerte».

En la noche del domingo posterior a mi regreso de Nashville, Violet y yo estábamos cenando en el piso de arriba cuando Lazlo llamó al portero

automático. Aunque por lo general su rostro mostraba una expresión neutra, aquel día, al abrirle la puerta, pensé que su aspecto era casi apesadumbrado.

—Mirad lo que he encontrado —dijo, alargando un papel a Violet.

Se trataba de un artículo procedente de los ecos de sociedad de un periódico local llamado Bleep. Violet lo leyó en voz alta:

—«En el mundo del arte corren rumores en torno a un supuesto Chico Malo y a su amiguito y ocasional proveedor de drogas, de trece años, cuyo cadáver ha sido rescatado de las aguas del Hudson. Una de las ex "novias" de nuestro héroe afirma que otro de sus muchos "exes" de cualesquiera preferencias sexuales podría haber sido testigo directo de su implicación en el suceso. ¿Cabe imaginar un argumento más enrevesado? Seguiremos informando…».

Violet miró a Lazlo.

—¿Qué significa esto? —preguntó.

Lazlo guardó silencio, y en lugar de responder a la pregunta de Violet le alargó una tarjeta de visita.

—Está casado con mi prima —dijo—. Arthur es un gran tipo. Es abogado criminalista. Solía trabajar en la oficina del fiscal del distrito. —Hizo una pausa—. Espero que no tengáis necesidad de recurrir a él —añadió, inmóvil hasta el punto de que podía distinguir el movimiento de su respiración—. Pinky me está esperando —dijo al fin.

Violet asintió, y le vimos dirigirse a la puerta y cerrarla muy suavemente a sus espaldas.

Durante varios minutos, ninguno de los dos dijo nada. Fuera había oscurecido y comenzaba a nevar, y me distraje contemplando el blanco movimiento a través de la ventana. Lazlo estaba enterado de cosas, y tanto Violet como yo comprendíamos que si había dejado aquella tarjeta era por algo. Al apartar la vista de la ventana para mirar a Violet la vi tan pálida que su piel me pareció transparente, y observé que tenía el cuello irritado y enrojecido, la mirada hundida y los párpados inferiores circundados por dos débiles sombras amoratadas. Supe lo que estaba viendo: una tristeza ya antigua y familiar, una amargura a la que se le habían agotado las lágrimas. Esas congojas se incrustan en nuestros huesos y habitan en ellos

porque desprecian la carne, y al cabo de algún tiempo uno se siente osificado por completo, duro y desecado como un esqueleto de laboratorio. Sus dedos juguetearon con la tarjeta hasta que, por fin, me miró.

—Me da miedo —dijo.

—¿Quién, Giles? —dije yo con voz apagada.

—No —dijo ella—, hablo de Mark. Tengo miedo de Mark.

Estábamos los dos sentados en el sofá del piso de arriba cuando su llave giró en la cerradura. Antes de oír el sonido, Violet había estado riéndose de algo que yo había dicho, algo que ahora ya he olvidado, pero recuerdo que sus carcajadas aún resonaban en mis oídos cuando Mark entró por la puerta. Parecía entristecido y algo contrito, y su actitud era sosegada, pero al verle no experimenté la menor calidez.

—Tengo que hablar contigo —dijo—. Es importante.

Violet se había tornado rígida.

—Habla, pues —dijo, sin apartar los ojos de su rostro ni un instante.

Él avanzó hasta nosotros, rodeó la mesa y se inclinó para abrazar a Violet, pero ella se apartó.

—No, no hagas eso. No puedo —dijo.

Mark pareció sorprendido, y luego adoptó una expresión dolida. Violet le habló en voz baja y monocorde:

—Me mientes, me robas, me traicionas, ¿y ahora pretendes que te abrace? Ya te dije que no quería verte aquí.

Él la contempló con incredulidad.

—¿Y qué quieres que haga? La policía quiere hablar conmigo —aspiró profundamente y retrocedió un paso. Sus brazos colgaban fláccidos a ambos lados de su cuerpo—. Sé que Teddy lo hizo —dijo, y aguzó la mirada—. Le vi aquella noche. —Se sentó al extremo opuesto de la mesa y hundió la barbilla sobre el pecho—. Estaba todo ensangrentado.

—¿Le viste? —exclamó Violet, alzando la voz—. ¿A quién? ¿Qué quieres decir?

—Fui a ver a Teddy. Habíamos quedado para salir. Me abrió la puerta y vi que estaba lleno de sangre. Al principio pensé que era una broma, no sé,

un truco —dijo Mark. Parpadeó y sostuvo nuestra mirada—, pero luego le vi… a Migo… en el suelo.

Sentía como si el cerebro me fuera a estallar.

—¿Supiste que estaba muerto?

Mark asintió.

—¿Qué ocurrió entonces? —inquirió Violet con voz aún serena.

—Dijo que si contaba algo me mataría, y me marché. Estaba asustado, de modo que tomé el tren para ir a casa de mamá.

—¿Por qué no acudiste a la policía?

—Ya os lo he dicho. Estaba demasiado asustado.

—No parecías muy asustado en Minneapolis —dije yo—. Ni en Nashville. Parecías tan a gusto en compañía de Giles. Estuve esperándote, Mark, pero no viniste.

Mark elevó el tono de voz.

—Tenía que seguirle la corriente. No podía escaparme. ¿Es que no lo entiendes? Tenía que hacerlo. No fue culpa mía. Tenía miedo.

—Pues ahora no tienes más remedio.

—No puedo. Teddy me matará.

Violet se puso en pie. Desapareció y regresó al cabo de unos instantes.

—Tienes que hablar con la policía ahora mismo —dijo—. Si no, vendrán a buscarte. Llama a este número. Lo dejaron los inspectores para ti.

—Necesita un abogado, Violet —dije yo—. No puede ir sin un abogado.

Yo mismo me encargué de telefonear al marido de la prima de Lazlo, Arthur Geller, y averigüé que ya estaba esperando la llamada. Al día siguiente, cuando Mark acudiera a la comisaría para ser interrogado, lo haría en compañía de un abogado. Violet le dijo a Mark que ella se encargaría de sus gastos legales, pero luego se corrigió:

—No —dijo—. Los pagará Bill. Es su dinero.

Aquella noche consintió en que Mark ocupara su antigua habitación, pero le dijo que tendría que encontrar otro sitio donde vivir. Luego se volvió hacia mí y me preguntó si me importaría dormir en el sofá.

—No quiero quedarme a solas con él —dijo.

Mark pareció abrumado.

—Eso es una tontería —dijo—. Leo puede dormir en su casa.

Violet se volvió hacia él y alzó las palmas de las manos como si quisiera rechazar un golpe.

—No —dijo con voz acerada—. No. No pienso quedarme sola contigo. No me fío de ti.

Al situarme en el sofá a modo de centinela nocturno, Violet quería dejar claro que la vida no iba a ser como antes, pero mi presencia no bastó para romper el embrujo de lo que había sido su existencia cotidiana. Las horas siguientes a la llegada de Mark fueron horas inquietantes, pero no porque ocurriera algo, sino porque no ocurrió nada. Le oí cepillarse los dientes, oí su voz que nos deseaba buenas noches a Violet y a mí con un tono peculiarmente alegre y oí por fin sus idas y venidas por el dormitorio mientras se preparaba para acostarse. Eran sonidos normales y corrientes, y precisamente por ello me parecían terribles. La simple circunstancia de que Mark se encontrara en el apartamento parecía alterar todo en su interior, transfigurando la mesa y las sillas, la luz del pasillo y el sofá rojo que me servía de lecho temporal. Me desasosegaba especialmente el hecho de que el cambio se pudiera sentir pero no ver. Era como si por doquier se hubiera aposentado una capa de barniz, una máscara de banalidad que se aferrara con tal fuerza a la espeluznante forma subyacente que resultara imposible despegarla.

Largo rato después de que el silencio de la noche se extendiera por el edificio, yo aún seguía despierto, atento a los sonidos procedentes del exterior. «Tiene buen corazón, mi hijo», había dicho Bill junto a la ventana de Bowery, y sé que cuando pronunció aquellas palabras estaba convencido de ello, pero años antes, en el cuento de hadas que había titulado El niño permutado, también había relatado una historia de sustitución. Recordé al niño robado en su urna de cristal. Bill lo sabía, pensé. En algún lugar de su interior, lo sabía.

Por la mañana, Mark fue a hablar con la policía en compañía de Arthur Geller, y al día siguiente Teddy Giles fue detenido, acusado del asesinato

de Rafael Hernández y encarcelado sin fianza en Rikers Island a la espera de juicio. Cualquiera pensaría que la espectacular aparición de un testigo habría dado el caso por cerrado, pero Mark no había presenciado el crimen. Había visto a Giles ensangrentado junto al cadáver de Rafael, y aunque eso de por sí ya era importante, el fiscal del distrito quería más. La ley tiene que basarse en hechos, y los hechos eran escasos. El caso estaba fundamentado sobre todo en habladurías: chismes, rumores y la historia del propio Mark. Pocas pruebas podían obtenerse del cadáver, ya que lo que la policía había encontrado en la maleta no era un cuerpo completo. El muchacho había sido descuartizado, y tras pasar meses descomponiéndose bajo el agua, aquellos fragmentos de hueso, de dientes y de tejido ensopado habían servido para revelar su identidad, nada más. Nos enteramos por los periódicos de que Rafael Hernández no era mexicano y de que tampoco era cierto que hubiera sido comprado por Giles. Sus padres, ambos drogadictos, le habían abandonado a los cuatro años junto con su hermanita pequeña. La niña había muerto de sida a los dos años, y Rafael había huido del Bronx, donde vivía con su tercera familia adoptiva, y había recalado en una sucesión de clubes en los que había conocido a Giles. Había comenzado a prostituirse, había vendido Éxtasis a una ávida clientela dispuesta a comprarlo y, en general, se había ganado bastante bien la vida a sus trece años. Aparte de eso, el muchacho era un enigma.

La detención de Giles alteró drásticamente la percepción de su obra. Cosas que hasta entonces se habían interpretado como una sagaz disquisición sobre el horror comenzaron a percibirse como las sádicas fantasías de un asesino. La peculiar insularidad del panorama artístico neoyorquino había logrado a menudo mostrar lo obvio como sutil, lo absurdo como inteligente y lo sensacionalista como subversivo. Todo era una cuestión de «afinar el mensaje».

Giles se había visto convertido inicialmente en una especie de celebridad menor admirada por críticos y coleccionistas, y ahora su nueva designación como un posible criminal resultaba a la vez embarazosa e intrigante para el mundo que tan abruptamente había abandonado. Durante el primer mes posterior a su arresto, las revistas de arte, los periódicos e incluso los noticiarios de televisión se hicieron eco del caso del «crimen

del arte». Larry Finder hizo unas declaraciones públicas en las que afirmaba que en Norteamérica una persona es inocente en tanto no se demuestre su culpabilidad, a la vez que aseguraba que, de probarse las acusaciones contra Giles, él sería el primero en proclamar su condena a los cuatro vientos e interrumpir cualquier relación artística con su representado.

Entretanto, no obstante, los precios de sus piezas se dispararon, y Finder hizo un pingüe negocio con las ventas de Teddy Giles. Los compradores buscaban sus obras porque ahora parecían ser un remedo de la realidad, pero Giles, al que permitían conceder libremente entrevistas desde Rikers, se montó una defensa basada justamente en lo contrario. En una exclusiva concedida a DASH, aseguraba que era todo una superchería, y que para divertirse con sus amigos había escenificado un asesinato en su apartamento, sirviéndose para ello de sangre artificial y de un modelo realista del propio Rafael. Consciente de que el muchacho pensaba marcharse a visitar a una tía de California, había aprovechado el viaje para perpetrar una complicada «broma artística». Cierto era que Rafael Hernández había sido finalmente asesinado, pero Giles insistía en que él no era el responsable, y aseguraba que sus calumniadores habían debido de enterarse de su plan. Tal vez uno de ellos había cometido el asesinato para luego implicarle. Giles parecía saber que las acusaciones de la policía se basaban tan sólo en el testimonio de un amigo anónimo, un amigo que había llegado aquel día y había atisbado el interior de su apartamento a través del umbral de la puerta. ¿Podía ese amigo jurar que la sangre que había visto era auténtica y que el cuerpo tendido en el suelo no era una imitación? Tal vez el aspecto más curioso del caso fue que Giles había sido efectivamente capaz de demostrar que poseía un cadáver artificial. Pierre Lange contó al periodista que había modelado un vaciado del cuerpo de Rafael el martes previo a su desaparición. Giles, como siempre hacía, le había instruido sobre qué heridas debía presentar el supuesto cuerpo, tras lo cual había consultado fotografías procedentes de los archivos policiales y el depósito de cadáveres para prestar verosimilitud a las mismas. Ni que decir tiene, añadió, que se trataba invariablemente de cuerpos huecos. De vez en cuando se les añadían sangre y órganos

aplastados para lograr un mayor efecto, pero en ningún caso se reproducían tejidos, músculos ni huesos. Según el artículo, la policía se había adueñado del cuerpo equivocado.

El caso se prolongó durante ocho largos meses, durante los cuales Mark se instaló en el apartamento de «una amiga», una muchacha llamada Anya a la que nunca llegamos a conocer. Violet hablaba regularmente por teléfono con Arthur Geller, quien parecía razonablemente convencido de que el testimonio de Mark en el juicio resultaría en un veredicto de culpabilidad. Hablaba también con Mark una vez por semana, pero sus conversaciones, decía, eran forzadas y mecánicas.

—No me creo ni una palabra de lo que cuenta —decía—. A menudo me pregunto por qué hablo con él siquiera.

Algunas tardes, Violet me hablaba mientras miraba por la ventana. De repente, se interrumpía y sus labios se separaban ligeramente con expresión de incredulidad. Ya nunca lloraba. Su angustia parecía tenerla paralizada. A veces permanecía varios segundos inmóvil, inerte como una estatua, pero otras se sobresaltaba por cualquier motivo. Hasta el más pequeño ruido daba lugar a una exclamación o un respingo, y nada más recobrarse de aquellos sustos momentáneos tenía que frotarse los brazos repetidamente como si tuviera frío. Las noches en que más nerviosa se encontraba me pedía que me quedara en el sofá, y yo, entonces, me acomodaba en su salón con los cojines de Bill y el edredón de la cama de Mark.

No sabría decir hasta qué punto la ansiedad que sentía Violet era idéntica a la mía. Al igual que la mayoría de las emociones, esa vaga forma de temor es una cruda amalgama de sensaciones que depende de palabras capaces de llegar a definirla. Ese estado interior, sin embargo, no tarda en infectar aquello que supuestamente habita nuestro exterior, y comencé a sentir que las habitaciones de nuestros respectivos apartamentos, las calles de la ciudad e incluso el aire que respiraba olían poderosamente a una amenaza difusa que lo abarcaba todo. En varias ocasiones creí divisar a Mark en Greene Street, e invariablemente mi corazón se desbocaba hasta que descubría que se trataba de algún otro jovenzuelo alto y moreno vestido con pantalones holgados. No me sentía

en ningún peligro con respecto a Mark, sino que mi agitación parecía obedecer a algo mucho más ominoso que él o el propio Teddy Giles; algo que ninguna persona podía encerrar por sí sola. Se trataba de un peligro invisible y mudable que se extendía por doquier. Sé que el hecho de tener miedo de algo tan opaco me hace sonar como si fuera un loco, un desequilibrado como Dan, cuyos accesos de paranoia podían convertir una inocente palmadita en el brazo en algo que a sus ojos era un intento de asesinato, pero la demencia se mide en grados, y la mayoría de nosotros, en algún momento de nuestras vidas, incurrimos en ella de un modo u otro, percibimos su insidiosa llamada y la atracción de la caída. Así todo, yo entonces no estaba flirteando con la locura. Era capaz de reconocer el carácter irracional de la ansiedad que se aferraba a mi garganta, pero sabía también que lo que yo temía escapaba al dominio de la razón, y que lo absurdo también puede ser real.

En abril, Arthur le contó a Violet la historia de la lámpara. Durante algún tiempo, el caso giró en torno a ella, y sin embargo, para mí, su significado apenas tiene que ver con la investigación policial o con cómo se resolvieron finalmente los cargos. Tras peinar la zona circundante al apartamento de Giles, la policía había hablado con la dueña de una tienda de decoración de Franklin Street. Arthur no conseguía explicarse por qué les había llevado tanto tiempo dar con ella, pero Roberta Alexander había identificado a Giles y Mark como los dos jóvenes que habían visitado su establecimiento a primera hora de la tarde del día del crimen. Todo se trataba de una cuestión de tiempo. Según la señora Alexander habían entrado en el local después de la hora en que Mark aseguraba haber huido del apartamento de Giles en dirección a la estación, donde según él permaneció durante varias horas sentado en un banco, espantado y aturdido, hasta tomar finalmente el tren de Princeton. Mark y Teddy habían comprado una lámpara de mesa, y la señora Alexander no sólo conservaba la factura con la fecha sino que estaba segura de la hora porque, según dijo, estaba ya preparándose para cerrar la tienda tan pronto como dieran las siete. No había notado nada fuera de lo corriente en ninguno de los muchachos. De hecho, le habían parecido los dos singularmente corteses y afables, y no sólo no le habían regateado el

precio, sino que le habían pagado los mil doscientos dólares que valía la lámpara con dinero en metálico.

Según Arthur, el fiscal del distrito ya había comenzado a dudar del relato de Mark antes incluso de saber de la existencia de aquella compra. A medida que hablaba con más y más personas del círculo de Giles, fue descubriendo que Mark había mentido a casi todo el mundo por uno u otro motivo, y para cualquier abogado defensor resultaría sencillo demostrar que Mark era un embustero habitual. Arthur sabía que si uno solo de los hechos se tambaleaba, lo mismo sucedería probablemente con el resto, y que sus argumentos bien podrían tornarse, uno por uno, en otras tantas elucubraciones, convirtiendo así a su testigo ocular en sospechoso. En cuanto a Mark, juraba que su relato de los hechos era exacto con la única excepción de la lámpara. Teddy había salido del apartamento con él, y él le había seguido movido por el temor. Era consciente de que sonaba un poco raro, y por eso precisamente no había querido mencionarlo. Sí, había esperado a que Teddy se cambiara de ropa y, sí, habían regresado juntos al apartamento para dejar la lámpara, pero todo lo demás era cierto. Lucille ya había confirmado el hecho de que Mark había llegado a su casa aquella misma noche, a eso de las doce.

Mark sabía que la gente tiende a mostrarse comprensiva con el miedo y la cobardía de una persona que ha descubierto un asesinato, pero que ello no sucedería de demostrarse que a continuación se había marchado tranquilamente a comprar una lámpara con el culpable. Nadie podía certificar la hora de llegada de Mark al *loft* de Franklin Street, y tal y como Arthur se temía, el fiscal del distrito comenzó a sospechar que tal vez había estado interrogando a un cómplice en lugar de a un testigo de lo sucedido. Lo mismo pensábamos todos. Arthur comenzó a preparar a Violet para la posibilidad de que Mark fuera arrestado, pero en mi opinión era innecesario. Hacía tiempo que Violet sospechaba que Mark no había contado toda la verdad sobre el asesinato, y en lugar de mostrar desconsuelo me dijo que compadecía a Arthur. Mark le había engañado del mismo modo que nos había engañado a todos.

—Ya se lo avisé —dijo—, pero él quiso creer a Mark de todos modos.

Tanto si Mark había ayudado a Giles a matar a Rafael o se había limitado a llegar a la escena del crimen una vez consumado éste, su presencia en la tienda de Franklin Street y la adquisición de aquella costosa lámpara puso fin a cualquier afecto que aún pudiera haber albergado hacia él. Sabía que, de algún modo, Teddy Giles y Mark Wechsler eran dos locos, dos ejemplos de una indiferencia que muchos considerarían monstruosa y antinatural, aunque de hecho no eran ni mucho menos únicos, y sus actos eran actos reconociblemente humanos. Establecer una equivalencia entre el horror y lo inhumano siempre se me ha antojado como algo a la vez cómodo y falaz, si no por otra cosa porque he nacido en un siglo que debería haber dado al traste con tales razonamientos de una vez por todas. Para mí, la lámpara se convirtió en símbolo no de lo inhumano sino de lo típicamente humano, del distanciamiento y la separación que se producen en las personas cuando la empatía desaparece, cuando los demás dejan de formar parte de nosotros mismos y se convierten en cosas. Así, resulta especialmente irónico que mi empatía con Mark se desvaneciera en el momento en que comprendí que él mismo no poseía ni un retazo de dicha cualidad.

Tanto Violet como yo nos dispusimos a esperar que algo ocurriera, pero aprovechamos la espera para trabajar. Yo escribía sobre Bill y luego reescribía lo anteriormente escrito. Nada de lo que se me ocurría servía de nada, pero la calidad de mi pensamiento y de mi prosa era lo de menos: lo importante era que pudiera continuar haciéndolo. Violet se iba al estudio a leer. A menudo regresaba con dolor de cabeza y con los ojos escocidos, tosiendo a causa de todos los cigarrillos que se había fumado. Yo adquirí la costumbre de prepararle emparedados para que se los llevara a Bowery, y la obligaba a prometerme que se los comería, cosa que efectivamente debía de hacer, porque ya no perdió más peso.

Pasaron los meses sin que Arthur tuviera nada nuevo que contarnos, salvo que el fiscal del distrito aún seguía buscando algo o a alguien que pudiera contribuir a reforzar la acusación. Violet y yo pasamos juntos la mayor parte de aquel tórrido verano. En Church Street, debajo de Canal, abrieron un pequeño restaurante, y solíamos reunirnos allí dos o tres veces

por semana para cenar. Una noche, apenas dos minutos después de llegar, Violet se levantó de la mesa para ir al lavabo y el camarero me preguntó si querría ir pidiendo algo de beber para mi esposa; y en julio, cuando Violet pasó dos semanas en Minnesota, la llamé todos los días. Por las noches me preocupaba que pudiera caer gravemente enferma o que pudiera decidir quedarse en el Medio Oeste para no volver. A su regreso, sin embargo, continuamos viviendo en un estado de relativo suspense, preguntándonos si el caso llegaría a su conclusión alguna vez. Los periódicos habían dejado de hablar del tema. Mark había dejado a Anya y vivía con otra chica, llamada Rita. Informó a Violet de que trabajaba en una floristería y le dio el nombre del establecimiento, pero Violet nunca llegó a molestarse en llamar para comprobar hasta qué punto era cierto. De algún modo, ya no parecía tener demasiada importancia.

Y entonces, a finales de agosto, apareció un muchacho llamado Índigo West. Índigo, cual deus ex máchina, cayó del cielo para liberar a Mark de toda sospecha. Afirmaba haber sido testigo del asesinato a través de la puerta del pasillo del apartamento de Giles. Al parecer no era sino una de las muchas personas que contaban con una copia de la llave, y contó que en cierta ocasión había llegado a las cinco de la madrugada y se había instalado en uno de los dormitorios. Tras dormir durante la mayor parte del día siguiente, le había despertado un ruido de cristales rotos procedente del salón. Cuando acudió a comprobar qué ocurría vio a Giles, que sostenía un hacha en una mano y un jarrón roto en la otra. Frente a él, en el suelo, se hallaba Rafael, que ya había perdido un brazo y yacía tendido y cubierto de sangre en medio de un enorme mantel de hule. Según Índigo, Rafael estaba atado y amordazado con cinta aislante. Si no estaba ya muerto, poco debía de faltarle. Giles no le había visto ni oído, por lo que pudo regresar corriendo al dormitorio y esconderse debajo de la cama para vomitar. Luego, permaneció allí, inmóvil, durante al menos una hora. Al parecer, oyó deambular a Giles por el apartamento y en una ocasión percibió su presencia al otro lado de la puerta. Sonó el teléfono y Giles respondió la llamada, y luego, al poco rato, le oyó hablar con alguien en el pasillo, alguien cuya voz reconoció como la de Mark. Oyó claramente a Mark decir que tenía hambre, pero el resto de la conversación se

desarrolló en voz demasiado baja para poder enterarse de su contenido. Por fin, oyó un portazo y cesaron todos los sonidos, pero aun así aguardó varios minutos y luego salió arrastrándose de debajo de la cama, abandonó el edificio y se dirigió a Puffy's, donde pidió un café a una camarera con el pelo teñido de azul. Índigo tenía diecisiete años y era adicto a la heroína, pero Arthur dijo que había repetido la misma historia sin variaciones una y otra vez, y aunque la policía no había encontrado una sola mancha de sangre en el apartamento de Giles, sí habían observado la presencia de una mancha en la moqueta bajo la cama en la que Índigo había pasado la noche, y la camarera de Puffy's —que en esa época llevaba efectivamente el pelo azul— le recordaba. Le había llamado especialmente la atención porque se le veía estremecido y lloroso delante de su espresso. En cuanto a Teddy Giles, al verse enfrentado con el testimonio de Índigo West, aceptó de inmediato declararse culpable a cambio de un acuerdo de reducción de pena. La acusación quedó reducida a homicidio con agravantes y fue condenado a quince años de prisión. Índigo West había obtenido inmunidad a cambio de su testimonio, y ni él ni Mark se vieron acusados de nada. Durante una semana, los periódicos informaron del desenlace del caso, y luego éste pasó a la historia. Arthur supuso que el fiscal del distrito no había querido ir a juicio con dos testigos de tan dudosa reputación, pues Índigo West ya había cumplido condena por posesión de drogas en un reformatorio juvenil. El muchacho era un desastre, pero en mi opinión era un desastre honesto.

Así y todo, su aparición tuvo algo de mágico, si bien mi asombro disminuyó un tanto al averiguar que la persona que había descubierto a Índigo no era otra que Lazlo. Con el beneplácito de Arthur, había emprendido su propia investigación, lo que le llevó, entre otras cosas, a hablar con el reportero sensacionalista que había publicado los rumores referentes a la existencia de un testigo. El periodista no conocía a Índigo, pero su hijastra oyó decir a un amigo que cierto chico que acudía al Tunnel todos los jueves por la noche sabía a través de alguien que existía una tercera persona que también había presenciado el asesinato. La cadena de rumores conducía hasta Índigo West, cuyo verdadero nombre era Nathan Furbank. La pregunta era: ¿por qué Lazlo había sido capaz de localizar a

un testigo cuando la policía no había podido? Personalmente, no podía sino atribuir el éxito a las prodigiosas cualidades de la vista, el oído y el olfato de Finkelman.

Durante el desarrollo del caso Violet había llamado regularmente a Lucille para mantenerla al tanto. Había ocasiones en las que charlaban amigablemente, pero la mayoría de las veces Violet pretendía de Lucille algo que ésta no podía o no quería darle. Violet quería que Lucille reconociera la naturaleza extrema de lo que le había sucedido a Mark. Quería percibir en ella la angustia, la desesperación, el dolor animal, pero todo cuanto se avenía a decir Lucille era que estaba «preocupada» y «profundamente inquieta» por él. Luego, tras conocerse la sentencia, se mostró aún más tranquila. Durante sus conversaciones con Violet echaba la culpa de los problemas de Mark a las drogas. Las drogas habían aturdido sus sentimientos y sus reacciones, y lo más importante para su hijo era mantenerse alejado de ellas. Aquella defensa de Mark por parte de Lucille no era irrazonable, pues la relación del muchacho con las drogas nunca había quedado del todo clara, pero cada vez que Lucille se esforzaba por mantener un discurso sosegado y cortés, Violet se tornaba inevitablemente más y más frustrada.

Una tarde de finales de noviembre, poco después de que Violet y yo termináramos de cenar, sonó el teléfono. El tono contenido de su voz me reveló de inmediato que su interlocutora era Lucille. Al quedar cerrado el caso, Mark había ido a pasar una breve temporada con su madre y su padrastro, tras lo cual se trasladó a vivir con unos amigos y encontró empleo en una clínica veterinaria. Sin alterarse, Lucille informó a Violet de que Mark había robado dinero perteneciente a uno de sus compañeros de casa y luego se había apropiado de su coche. No había acudido a trabajar, y hacía ya tres días que nadie le veía. Violet, conteniendo la ira, dijo a Lucille que ninguna de las dos podían hacer nada al respecto, pero cuando colgó el auricular tenía el rostro arrebolado y le temblaban las manos.

—Creo que Lucille obra de buena fe —le dije.

Violet me contempló durante unos instantes y a continuación estalló en gritos:

—¿Pero es que no te das cuenta de que esa mujer vive a medias? ¡Está medio muerta! —Su pálido semblante y el lamento quebrado que se adivinaba en su voz me estremecieron, y no fui capaz de encontrar respuesta. Ella me asió por los brazos y comenzó a sacudirme, mascullando las palabras con los dientes apretados—. ¿Es que no sabes que estaba matando lentamente a Bill? Lo percibí de inmediato. Y a Mark, a mi niño. Él también era mi niño. Y yo los quería. Los quería. Qué va a ir de buena fe. No puede. —Sus ojos se abrieron desmesuradamente, como si de repente estuviera asustada—. ¿Recuerdas? ¿Recuerdas que te pedí que cuidaras de Bill? —Me sacudió con más fuerza, y sus ojos se llenaron de lágrimas—. ¡Creí que lo entendías! ¡Creí que lo sabías!

La contemplé fijamente. Sus dedos habían aflojado un tanto la presión, pero aún seguía aferrada a mí, y pude notar cómo el peso de su cuerpo tiraba momentáneamente de mí antes de soltarme por fin. Jadeaba por efecto de la cólera, que estaba transformándose rápidamente en sollozos, y yo, al oír aquel sonoro llanto, sentí que se me encogía el pecho, como si lo que estuviera escuchando fuera mi propia aflicción, o como si su pena y la mía constituyeran una misma amargura indivisible. Ella se inclinó y se cubrió el rostro con las manos, y yo extendí los brazos y la estreché contra mí. El lastre en los pulmones se me hacía insoportable. Violet había hundido el rostro en mi cuello, y podía notar sus pechos oprimidos contra mí y sus brazos enroscados en torno a mi cuerpo. Mi mano se deslizó hasta sus caderas y dejé que mis dedos oprimieran el hueso que se revelaba bajo la piel a la vez que la atenazaba aún con más fuerza.

—Te quiero —le dije—. ¿Es que no comprendes que te quiero? Yo te cuidaré. Yo estaré contigo para siempre. No hay nada que no hiciera por ti.

Intenté besarla. Aprisioné su rostro y lo estreché contra el mío. Mis gafas se ladearon torpemente, y ella dejó escapar un leve grito y me apartó. Se quedó contemplándome con ojos atónitos. Alzó las manos con gesto suplicante y las dejó caer de nuevo. Y yo, al verla allí de pie, junto a la mesa de color turquesa, con un mechón caído sobre la frente, pensé que nunca había visto nada tan bello. Violet era lo que me mantenía en

contacto con el mundo, era el objeto de mi amor y de mis sufrimientos, y en ese instante sentí el cuerpo aterido por la certeza de que la estaba perdiendo. Me senté a la mesa, entrelacé las manos y me quedé mirándolas sin decir palabra. Ella permanecía en el centro de la estancia, y podía notar sus ojos fijos en mí y oír su respiración, pero al cabo de unos instantes noté que sus pasos se acercaban. Noté sus dedos posándose en mi cabeza pero eludí alzar la mirada. Ella dijo «Leo, Leo» varias veces y luego su voz se quebró.

—Lo siento —dijo—. Lo siento de veras. No pretendía apartarte de mí, pero… —Se arrodilló en el suelo, junto a mí—. Háblame, por favor. Mírame, por favor. —Hablaba con voz ronca y ahogada—. Me siento tan mal.

—Creo que es mejor que no digamos nada —repuse yo, dirigiéndome a la mesa—. Ha sido una ridiculez por mi parte pensar que pudieras compartir mis sentimientos. Yo, precisamente yo, que sé mejor que nadie lo que Bill y tú erais el uno para el otro.

—Haz girar la silla para que pueda verte —dijo—. Quiero que me hables a mí. Tienes que hacerlo.

Yo me resistí, pero al cabo de unos segundos aquella obstinación se me antojó tan infantil que obedecí. Sin levantarme, cambié de postura, y al mirarla vi que las lágrimas corrían por sus mejillas y que mantenía un puño oprimido contra los labios para serenarse. Al fin tragó, apartó la mano del rostro y dijo:

—Es tan complicado, Leo. Es mucho más complicado de lo que piensas. No hay nadie como tú. Eres bueno, eres generoso…

Yo bajé la mirada y sacudí la cabeza de un lado a otro.

—Por favor —prosiguió ella—. Quiero que comprendas que sin ti…

—Déjalo, Violet —dije—. No pasa nada. No tienes que disculparte.

—No estoy disculpándome. Quiero que comprendas que te necesitaba ya incluso antes de que Bill muriera —dijo con labios temblorosos—. Había en Bill un aspecto obtuso, un núcleo oculto, aislado y desconocido que sólo dejaba asomar en su trabajo. Estaba obsesionado. Y yo, había veces en las que me sentía desatendida, y eso me dolía.

—Bill te adoraba. Tendrías que haber oído cómo hablaba de ti.

—Y yo también le adoraba a él —repuso ella. Oprimía las manos entre sí con tanta fuerza que sus brazos comenzaron a temblar, pero su voz sonaba más serena—. Lo cierto es que mi propio marido me resultaba más inaccesible que muchas otras personas. Hubo siempre algo en él, algo remoto, que me resultaba inalcanzable, y siempre anhelé eso que me estaba vedado. Ese algo alimentaba mi vida y alimentaba mi amor, porque fuera lo que fuese nunca lograba encontrarlo.

—Erais tan buenos amigos —dije.

—Los mejores —dijo ella, tomando mis manos y oprimiéndolas entre las suyas—. Hablábamos constantemente de todo, y cuando murió no hacía más que decirme a mí misma: «Él era yo y yo era él». Pero ser y saber son dos cosas muy distintas.

—La eterna filósofa —dije yo.

El comentario albergaba un tinte mordaz, y Violet reaccionó a aquel atisbo de crueldad por mi parte retirando las manos.

—Tienes derecho a estar enfadado. Me he aprovechado de ti. Me has alimentado y me has cuidado y has permanecido a mi lado, y yo me he limitado a aceptar y a aceptar y a aceptar… —dijo.

Su voz crecía en intensidad, y observé que sus ojos volvían a llenarse de lágrimas.

Su desconsuelo me hizo sentir culpable.

—Eso no es cierto —dije.

Ella asintió.

—Ay, sí que lo es. Soy egoísta, Leo, y en mí hay algo duro y frío. Estoy llena de odio. Detesto a Mark. Antes le amaba. No le amé desde el primer momento, claro, pero aprendí a hacerlo poco a poco, y luego aprendí a odiarle, y ahora me pregunto: ¿le odiaría igual si le hubiera parido, si fuera mi hijo? Aunque si hay una pregunta realmente terrible es ésta: ¿Qué era lo que tanto amaba?

Permaneció en silencio unos segundos, y yo examiné el dorso de mis manos, que mantenía apoyadas sobre las rodillas. Mostraban un aspecto decrépito, venoso y descolorido. Como las manos de mi madre cuando envejeció, pensé.

—¿Recuerdas cuando Lucille se llevó a Mark a Texas y luego decidió enviarle de regreso porque no podía con él?

Asentí.

—Era un chico realmente difícil. Siempre estaba fingiendo. Pero cuando su madre vino a visitarle en Navidad y luego volvió a marcharse, realmente enloqueció. Me empujaba, me pegaba, me gritaba. Se negaba a acostarse. No había noche en que no sufriera un ataque de ira. Yo intentaba portarme bien con él, pero es difícil apreciar a alguien que se comporta tan espantosamente contigo, aunque se trate de un crío de seis años. Bill decidió que lo que le sucedía a Mark era que echaba demasiado de menos a su madre y que tenía que regresar con ella, y ambos volaron a Houston. En mi opinión, fue un error fatal. No hace tanto que lo he comprendido. Una semana después Lucille llamó a Bill y le dijo que Mark estaba «perfectamente». Ésa fue la palabra que empleó. Con ello quería decir: obediente, solícito y encantador. Un par de semanas después Mark mordió en el brazo a una niña pequeña de su colegio, la mordió con tanta fuerza que le hizo sangre, pero en casa no daba el más mínimo problema. Para cuando regresó a Nueva York, el pequeño salvaje que albergaba en su interior había desaparecido para siempre. Era como si alguien le hubiera hechizado, convirtiéndole en una dócil y complaciente réplica de sí mismo. Y eso, ese autómata, es lo que yo aprendí a amar.

Me miró con los ojos secos y la mandíbula apretada, y yo examiné su rostro crispado y dije:

—Pensaba que no comprendías qué era lo que le había sucedido a Mark.

—Y no lo comprendo. Lo único que sé es que se marchó siendo de una manera y regresó siendo de otra. Tardé mucho, mucho tiempo en comprender incluso eso con claridad. Tuvo que demostrar su doblez durante años hasta que por fin pude adivinar lo que había tras su máscara. Bill se negaba a verlo, pero tanto él como yo formábamos parte de ello. ¿Fuimos acaso nosotros los causantes? Lo ignoro. ¿Los que le echamos a perder? No lo sé, pero creo que él debió de pensar que le rechazábamos. Y te diré una cosa: detesto también a Lucille, por más que ella misma no pueda evitar ser como es, una persona hermética e impenetrable como una

casa tapiada. Así es como la visualizo. Al principio, cuando Bill la dejó, sentí compasión por ella, pero hace tiempo que esa compasión ha desaparecido. Y detesto también a Bill, por habérseme muerto. Nunca iba al médico. Fumaba y bebía y se recocía en su propia melancolía, y no hago más que pensar que tenía que haber sido más duro, más resistente, más mezquino y más agresivo en lugar de mostrarse siempre tan puñeteramente compasivo por todo. ¡Que tenía que haber sido más fuerte para mí! —Guardó silencio durante varios segundos. Sus negras pestañas relucían nuevamente por las lágrimas, y pude distinguir las venillas rojas que surcaban sus ojos. Tragó saliva—. Necesitaba a alguien, Leo. Me he sentido tan sola con mi odio… Tú has sido muy bueno conmigo, y yo me he aprovechado de tu bondad.

En ese momento comencé a sonreír. Al principio no supe qué era lo que me divertía. Me sentía como el que no puede evitar las risitas en un funeral o deja escapar una carcajada ante la noticia de un terrible accidente de automóvil, pero al fin comprendí que era su propia franqueza lo que había despertado mi sonrisa. Violet estaba haciendo todo lo posible por revelarme la verdad sobre sí misma y lo sabía, y después de todas aquellas innumerables mentiras y robos, después del asesinato que habíamos vivido juntos, su autocrítica me resultaba cómica. Me hacía pensar en una monja que, arrodillada ante el confesionario, susurrara sus insignificantes pecadillos a un sacerdote culpable de cosas mucho peores.

—No tiene gracia, Leo —dijo ella, al ver mi sonrisa.

—Sí —dije yo—, sí que la tiene. Las personas no pueden evitar sus sentimientos. Lo que cuenta es lo que hacen, y que yo sepa tú no has hecho nada malo. Cuando Bill y tú enviasteis a Mark de vuelta con Lucille creíais estar haciendo lo correcto. A nadie se le puede pedir más. Pero ahora te toca a ti escucharme. Ocurre que tampoco yo tengo control sobre mis sentimientos, pero ha sido un error hablarte de ellos. Quisiera poder retirar lo que he dicho, tanto por mí como por ti. Perdí la cabeza, así de fácil, y ahora ya no puedo hacer nada al respecto.

Sus verdes ojos me contemplaban fijamente. Depositó ambas manos sobre mis hombros y comenzó a acariciarme los brazos. Aquel contacto me pilló momentáneamente desprevenido, pero no fui capaz de resistirme

a la felicidad que me producía, y sentí que mis músculos se relajaban. Hacía tanto tiempo que no sentía las manos de alguien tocándome así, que hice un esfuerzo por recordar la última vez que había ocurrido. Cuando Érica acudió al funeral de Bill, pensé.

—He decidido marcharme —dijo Violet—. Ya no puedo seguir aquí. Y no es por Bill. Me gusta estar cerca de sus cosas. Es por Mark. Ya no puedo estar cerca de él: ni siquiera en la misma ciudad. No quiero volver a verle. Un amigo mío que vive en París me ha invitado a impartir un seminario en la Universidad Americana y he decidido aceptar su oferta, aunque se trate tan sólo de unos pocos meses. Partiré dentro de dos semanas. Pensaba habértelo dicho durante la cena, pero sonó el teléfono y… —Su rostro se contrajo fugazmente y prosiguió—: Soy muy afortunada de que me quieras. Realmente afortunada.

Iba a responder, pero ella apoyó un dedo sobre mis labios.

—No hables. Tengo que decirte otra cosa. No creo que pudiera funcionar, porque me siento demasiado confusa. No estoy entera, ¿comprendes? Estoy rota. —Deslizó las manos hasta mi nuca y comenzó a frotarla con dulzura—. Pero podemos pasar la noche juntos, si quieres. Yo también te quiero mucho; tal vez no exactamente como tú querrías, pero…

Enmudeció al notar que alzaba las manos para retirar suavemente las suyas de mi cuello. Sin embargo, las mantuve asidas mientras escrutaba su rostro. Sabía que la deseaba con todas mis fuerzas. Había olvidado lo que era no desearla, pero no quería su sacrificio, no quería esa tierna ofrenda que me brindaba, porque imaginaba mi avidez y mi pasión aceptadas pero no correspondidas, y esa imagen de mi deseo me hacía desfallecer. Moví lentamente la cabeza de un lado a otro y vi dos gruesas lágrimas que resbalaban por sus mejillas. Se había mantenido acuclillada durante toda nuestra charla, y durante unos segundos depositó la cabeza en mi regazo; luego, se incorporó, me condujo al sofá, se sentó junto a mí y reclinó la mejilla sobre mi hombro. Yo la rodeé con el brazo y durante largo rato permanecimos allí juntos sin decir nada.

Recordé entonces a Bill en Vermont, saliendo por la puerta de Bowery Dos poco antes de la cena. Le vi a través de la ventana de la cocina de la casa en la que vivíamos allí, y aunque se trataba de un recuerdo

singularmente diáfano, no experimenté ni emoción ni nostalgia. En aquel momento era sencillamente un observador de mi propia vida, un frío espectador que contempla cómo los demás desarrollan sus rutinas cotidianas. Bill alzó la mano para saludar a Matthew y a Mark desde el escalón superior de la entrada y a continuación se detuvo a encender un cigarrillo. Le vi atravesar el jardín en dirección a la alquería mientras Matt, mi hijo, le tiraba del brazo con la mirada alzada hacia él. Mark les seguía sonriente, uno de sus brazos rígidamente extendido hacia un lado y el otro tanteando el aire ante sus ojos como si padeciera un trastorno motriz. Recorrí mentalmente la amplia cocina, en la que Érica y Violet se afanaban en deshuesar aceitunas. Oí entonces el estrépito de la puerta de rejilla al cerrarse y vi cómo las dos mujeres alzaban los ojos hacia Bill. Un hilillo de humo se elevaba de entre sus dedos, manchados de pintura verde y azul, y al verle succionar su cigarrillo comprendí que sus pensamientos aún seguían en el estudio, que aún no se sentía preparado para hablar con nadie. Tras él, los niños se habían agachado para localizar a la culebra que habitaba bajo los escalones de acceso a la casa. Nadie hablaba, y en el silencio reinante alcancé a oír el tictac del reloj que colgaba a la derecha de la puerta, un viejo reloj escolar de amplia esfera con nítidas cifras de color negro, y me sorprendí esforzándome por comprender cómo es posible medir el tiempo en un disco, en un círculo dotado de manecillas que retornan una y otra vez a las mismas posiciones. Aquella revolución lógica se me antojaba como un error. El tiempo no es circular, pensé. Nos equivocamos. Pero el recuerdo se negaba a abandonarme y permanecía conmigo, vehemente, agudo e ineludible. Violet lanzó un vistazo al reloj y señaló a Bill.

—Estás hecho un asco y hueles a demonios, mi amor. Ve a lavarte. Tienes exactamente veinte minutos.

Violet partió de Nueva York a última hora de la tarde del día 9 de diciembre. El cielo encapotado iba oscureciéndose lentamente, y comenzaban a caer unos copos diminutos y dispersos. Acarreé su pesada maleta escaleras abajo y la deposité en la acera mientras me asomaba a la calzada y detenía un taxi. Violet llevaba puesto su vestido largo de color azul marino ceñido en torno a la cintura y un sombrero blanco de piel que

siempre me había gustado. El conductor abrió el maletero y entre los dos introdujimos el equipaje en su interior. Mientras nos despedíamos me aferré a lo que tenía ante mí: el rostro de Violet aproximándose al mío, su aroma transportado por aquel aire frío, el abrazo seguido de un beso fugaz en los labios, no en la mejilla, el sonido de la portezuela al abrirse y cerrarse, su mano en la ventanilla y la mirada tierna y apesadumbrada de sus ojos bajo el borde del sombrero. Yo seguí caminando en pos de la silueta amarilla del vehículo mientras se alejaba hacia el extremo de Greene Street y vi que Violet volvía la cabeza y me saludaba nuevamente con la mano. Al final de la manzana, el taxi se desvió por Grand Street, pero mis ojos no se separaron de él hasta que hubo recorrido cierta distancia desde donde yo me encontraba y se convirtió en una minúscula mancha amarillenta perdida en la confusión del tráfico. Cuando sentí que había alcanzado las dimensiones del taxi que aparecía en mi cuadro, di media vuelta y recorrí nuevamente la manzana hasta regresar a mi puerta.

Al año siguiente comenzaron a fallarme los ojos. Al principio pensé que aquella visión neblinosa obedecía al esfuerzo requerido por mi trabajo o tal vez a un comienzo de cataratas, y cuando el oftalmólogo me comunicó que nada podía hacerse porque la variedad de degeneración macular que padecía era del tipo húmedo y no seco, yo asentí, le di las gracias y me puse en pie para partir. Mi reacción debió de parecerle perversa, porque me contempló con expresión ceñuda. Yo le dije que hasta entonces siempre había sido afortunado en cuestiones de salud, y que las enfermedades incurables no me sorprendían. Él calificó mi actitud de antinorteamericana y yo asentí. A lo largo de los años, la neblina se tornó en niebla, y más tarde en las espesas nubes que ahora obstruyen mis ojos. Siempre he conservado la visión periférica, lo que me permite caminar sin ayuda de un bastón, y aún puedo manejarme yo solo en el metro. El esfuerzo diario del afeitado, sin embargo, iba haciéndose cada vez más laborioso, y he terminado por dejarme la barba. Todos los meses viene a recortármela un hombre del Village que insiste en llamarme León. Yo ya he renunciado a corregirle.

Érica aún conserva una cierta presencia en mi vida. Nos escribimos menos y hablamos por teléfono con más frecuencia, y todos los meses de julio pasamos dos semanas juntos en Vermont. Este año ha sido el tercero, y estoy seguro de que continuaremos con la tradición. Catorce días de 365 parecen bastarnos a los dos. Ya no acudimos a la vieja alquería, pero solemos residir cerca, y el año pasado condujimos hasta la cima de la colina, aparcamos el coche ante la verja, recorrimos el jardín y atisbamos por las ventanas de la casa vacía. Érica no es fuerte. Las jaquecas siguen entorpeciendo su vida e incapacitándola, o casi, durante días o, a veces, semanas, pero aún enseña con idéntico fervor, y escribe mucho. En abril de 1998 publicó Las lágrimas de Nanda: la represión y la liberación en la obra de Henry James. En su casa de Berkeley pasa frecuentes fines de semana con Daisy, que ahora es una chiquilla regordeta de ocho años enamorada de la música rap.

La próxima primavera me retiraré por fin. Llegado ese momento, mi mundo se constreñirá, y sentiré nostalgia de mis alumnos, de la biblioteca Avery, de mi despacho y de Jack. Mis colegas y pupilos son conscientes de todo lo que he perdido —Matthew, Érica, mis ojos— y me han convertido en una figura venerable. Supongo que un profesor de historia del arte casi ciego siempre despide un cierto hálito de romanticismo. Pero nadie en Columbia sabe que también perdí a Violet. Y hoy, lo que son las cosas, tanto ella como Érica me son aproximadamente equidistantes. Una sigue en París; la otra, en Berkeley. Y yo, que nunca me he movido de donde estaba, me encuentro a medio camino, en Nueva York. Violet vive en un pequeño apartamento del Marais, no lejos de la Bastilla. En diciembre regresa siempre a Nueva York y se queda unos días antes de volar a Minnesota para pasar allí la Navidad. Se aloja invariablemente en Nueva Jersey, en casa de Dan, quien, según dice, está algo mejor. Pero aún deambula sin cesar fumando un cigarrillo tras otro, aún dibuja la letra O con los dedos y habla con una voz varios decibelios más estridente que la de la mayoría de las personas, y aún ha de aprender a dominar las tareas más corrientes de la vida cotidiana. Todo le resulta difícil —limpiar, cocinar, hacer la compra—, pero así y todo Violet opina que todo en Dan es hoy un poco menos «Dan» de lo que era antes, como si toda su

existencia se hubiera apaciguado un punto o se hubiera aligerado imperceptiblemente. Aún escribe poemas, y también, de vez en cuando, alguna escena dramática, pero hoy ya no es tan prolífico como en otros tiempos, y los retazos de papel y las páginas manuscritas que yacen desparramadas por su apartamento de un solo dormitorio aparecen cubiertas de versos o de fragmentos de diálogos seguidos de elipsis. La edad y treinta años de potentes medicamentos han amortiguado un tanto su espíritu, pero ese entumecimiento parece haberle facilitado ligeramente la existencia.

Hace cuatro años la hermana de Violet, Alice, se casó con Edward. Un año después, cumplidos ya los cuarenta, dio a luz a una hija llamada Rose. Violet está loca por Rose, y todos los años se presenta en Nueva York con una maleta llena de muñecas y vestidos parisinos para su ángel de Minneapolis. Suelo recibir noticias de Violet cada dos o tres meses. En lugar de escribirme me envía cintas magnetofónicas que me permiten oír su voz mientras me cuenta cosas y divaga acerca de su trabajo. Su libro, titulado Los autómatas del capitalismo tardío, incluye unos capítulos titulados «La compulsión por comprar», «Publicidad y cuerpos artificiales», «La mentira e Internet» y «El psicópata parásito como consumidor ideal». Sus investigaciones la han llevado del siglo XVIII hasta el presente, y del galeno francés Pinel a cierto psiquiatra llamado Kernberg que aún vive. Los términos y etiologías de las enfermedades que estudia han ido cambiando con el tiempo, pero ella ha seguido invariablemente el desarrollo de sus cambiantes encarnaciones: *folie lucide*[19], locura moral, sociopatía, psicopatía y personalidad antisocial (también conocida con las siglas ASP). Hoy en día los psiquiatras que se enfrentan a este trastorno han elaborado listas que luego son revisadas y actualizadas por comités especializados, pero entre los rasgos más comúnmente incluidos se encuentran el desparpajo y la seducción, la mentira patológica, la falta de empatía y de remordimientos, la impulsividad, la tendencia a la astucia y la manipulación, los problemas de comportamiento en la infancia y la incapacidad para aprender de los errores o para reaccionar ante el castigo. Todos los conceptos generales del libro aparecerán ilustrados por casos individuales, por las innumerables

historias que la propia Violet ha ido recolectando de la gente a lo largo de los años.

Ni Violet ni yo hemos vuelto a mencionar la noche en la que le dije que la quería, pero mi confesión sigue interponiéndose entre ella y yo como una herida compartida. Ha creado entre nosotros una nueva delicadeza y una nueva inhibición que lamento pero que tampoco nos produce una especial incomodidad. Aprovecha siempre sus visitas anuales para pasar una velada conmigo, y yo, mientras le preparo la cena, percibo en mí un esfuerzo por disimular los signos más evidentes de mi alegría. Al cabo de una hora o así, no obstante, termino por perder ese autocontrol y ambos derivamos hacia un estado de intimidad ya familiar que, sin ser igual al que disfrutábamos antaño, sí se le aproxima mucho. Según Érica, hay en la vida de Violet un hombre llamado Yves con el que mantiene un «acuerdo», una relación de alcance limitado que se mantiene circunscrita a habitaciones de hotel, pero Violet nunca me habla de él. Antes bien, charlarnos de las personas que tenemos en común: Érica, Lazlo, Pinky, Bernie, Bill, Matthew y Mark.

Mark aparece de vez en cuando y luego vuelve a desaparecer. Utilizó el dinero que Bill le tenía reservado para ingresar en la Escuela de Artes Visuales, y logró impresionar a su madre y aun a Violet (que desde París seguía al tanto del desarrollo de su carrera) con sus resultados del primer semestre: todo notables y sobresalientes. Sin embargo, cuando Lucille llamó a la secretaría de la facultad para pedir cierta información relativa a su segundo semestre descubrió que Mark no estudiaba allí. Sus calificaciones no habían sido otra cosa que ingeniosas falsificaciones realizadas mediante ordenador. Por lo visto, en otoño, después de una semana y media de clases, se apropió de sus fondos académicos, que le fueron reembolsados directamente, y huyó en compañía de una chica llamada Mickey. Luego, en primavera, solicitó nuevamente el ingreso, volvió a hacerse con el dinero y desapareció. De vez en cuando telefonea a su madre para decirle que está en Nueva Orleans o California o Michigan, pero nadie lo sabe con seguridad. Teenie Gold, que hoy ya tiene veintidós años y estudia en el Fashion Institute of Technology, me envía todos los años una tarjeta de felicitación navideña, y hace dos años me escribió que

un amigo suyo había creído ver a Mark en Nueva York saliendo de una tienda de música con una tonelada de discos compactos, pero que no estaba del todo seguro.

Personalmente, no deseo volver a verme ni a hablar con Mark, pero eso no significa que me encuentre libre de él. Por las noches, cuando todos los sonidos se ven amplificados por la relativa calma del edificio, noto que se me ponen los nervios de punta, y en la oscuridad me siento completamente ciego. Le oigo en el pasillo al que da mi dormitorio y en la escalera contra incendios. Le oigo en la habitación de Matt, por más que sepa que no se encuentra allí. Y le vislumbro igualmente, en visiones medio recordadas, medio inventadas. Le veo en brazos de Bill, con su cabecita diminuta reclinada en el hombro de su padre. Veo a Violet arropándole con una toalla después del baño y estampándole un beso en el cuello. Le veo con Matt frente a la casa de Vermont, encaminándose los dos hacia el bosque cogidos por los hombros. Le veo forrando una caja de puros con cinta aislante. Le veo en su papel de Harpo Marx, haciendo sonar enloquecidamente su bocina, y le veo junto a la puerta de su habitación del hotel de Nashville, contemplando cómo Teddy Giles estrella mi cabeza contra la pared.

Según me cuenta Lazlo, Teddy Giles ha demostrado ser un prisionero modelo. Al principio hubo quien especuló con la posibilidad de que Giles fuera asesinado en prisión por haber cometido un crimen que resulta impopular incluso entre los propios criminales, pero parece ser que cae bien a todo el mundo, y especialmente a los guardias. Poco después de su detención, el New Yorker publicó un artículo sobre él. El periodista había hecho bien los deberes, lo que permitió que algunos misterios quedaran resueltos. Descubrí que su madre nunca había sido ni prostituta ni camarera, y también que no estaba muerta, sino que vivía en Tucson, Arizona, y que se negaba a hablar con la prensa.

Teddy Giles (que fue bautizado al nacer con el nombre de Allan Johnson) creció en un suburbio de clase media de los alrededores de Cleveland. Su padre, que trabajaba de contable, dejó a su mujer cuando el niño tenía un año y medio y se trasladó a Florida, si bien continuó ayudando económicamente a su mujer y a su hijo. Según una de las tías de

Giles, la señora Johnson padeció una grave depresión y tuvo que ser hospitalizada un mes después de la partida de su esposo. Giles fue enviado a vivir con una de sus abuelas y pasó la mayor parte de sus primeros años a caballo entre su madre y diversos familiares. A los catorce años le expulsaron del colegio y comenzó a viajar. A partir de entonces, el periodista perdía la pista de Allan Johnson y no volvía a retomarla hasta encontrarle en Nueva York bajo el nombre de Teddy Giles. El reportero incluía las consideraciones habituales en torno a la violencia, la pornografía y la cultura norteamericana, y analizaba el repelente contenido de la obra de Giles, su breve y sensacional auge dentro del mundo del arte, los peligros de la censura y la sordidez que rodeaba a todo ello. Su estilo de escritura era elegante y sobrio, pero yo, a medida que leía el artículo, me sentí dominado por la sensación de que estaba diciendo precisamente aquello que sabía que sus lectores querían oír, y que la reseña, con su lenguaje fluido y sus conceptos adquiridos, no habría de escandalizar a nadie. En una de las páginas figuraba una fotografía de Allan Johnson a los siete años: uno de esos retratos escolares de mala calidad en la que los alumnos aparecen retratados contra un cielo falso. En aquella época era un guapo chaval de cabellos rubios y orejas prominentes.

Lazlo trabaja para mí por las tardes. Es capaz de ver con claridad las cosas que yo ya apenas distingo, y entre los dos formamos un buen equipo. Le pago un buen sueldo, y creo que a él, en general, le gusta el trabajo. Tres tardes a la semana viene y me lee por el puro placer de hacerlo. Pinky acude también en aquellas ocasiones en las que consigue convencer a la canguro para que se quede hasta tarde, pero por lo general se queda dormida en el sofá antes de que concluya la lectura. Will, también conocido como Willy, el Pequeño Willy, Winky o Winker, cumplió dos años y medio el mes pasado. El retoño de los Finkelman es un diablillo que se pasa la vida corriendo, saltando y trepando. Cuando sus padres le traen de visita se abalanza sobre mí como si yo fuera su banco de gimnasia personal y no me deja un centímetro cuadrado del cuerpo sin machacar. A pesar de ello, me he encariñado mucho con ese pequeño derviche pelirrojo, y a veces, cuando trepa por encima de mí y me pone los dedos en la cara o

me toca la cabeza, noto en sus manos una leve vibración que me hace pensar si no habrá heredado las peculiares sensibilidades de su padre.

Will, sin embargo, no está aún preparado para pasar una tarde con El hombre sin atributos, libro que su padre lleva leyéndome durante los dos últimos meses. Para ser una persona tan lacónica, Lazlo lee notablemente bien. Es cuidadoso con la puntuación y rara vez tropieza con las palabras. De vez en cuando se detiene al final de un pasaje y emite un sonido, una especie de resoplido que nace en su garganta y sale expelido por la nariz. Yo ya me anticipo con expectación a esos ruidos, que he bautizado como «la risa Finkelman» debido a que al equiparar cada resoplido con la frase que lo provoca he obtenido finalmente acceso a los recovecos humorísticos que siempre sospeché que existían en Lazlo. Se trata de un humor seco, reprimido y a menudo negro, muy apropiado para Musil. A sus treinta y cinco años, Laz ya no es tan joven. Yo no tengo la impresión de que haya envejecido físicamente en absoluto, pero eso puede muy bien deberse a que nunca ha modificado su estilo de cabello, sus gafas ni sus pantalones de tonos fluorescentes, y también a que mi vista se ha tornado borrosa. Lazlo cuenta ahora con un distribuidor, pero al parecer vende demasiado poco para que el otro esté contento. Así y todo, sigue elaborando sus juegos cinéticos de construcción, que ahora albergan pequeños objetos y banderolas en las que pueden leerse citas literarias. Soy consciente de que mientras lee a Musil se mantiene al acecho de frases interesantes. Al igual que su mentor, Bill, Lazlo se siente atraído por la pureza y posee una faceta ascética. Él, sin embargo, pertenece a otra generación, y su observadora mirada ha permanecido durante demasiado tiempo concentrada en las vanidades, corrupciones, crueldades, extravagancias, auges y decadencias del mundo del arte neoyorquino como para no verse afectada por él, por lo que a veces, cuando habla de exposiciones, es posible detectar en su voz un cierto matiz de cinismo.

La pasada primavera él y yo comenzamos a escuchar los partidos de los Mets en la radio. Ahora ya estamos a finales de agosto y corren excitados rumores sobre una posible Subway Series.[20] Pero ni Lazlo ni yo hemos sido nunca grandes aficionados. Lo escuchamos como nuestro particular homenaje a dos amigos que sí lo eran pero que ya murieron, y

disfrutamos en su nombre de potentes home runs, de extraordinarias dobles jugadas, de hermosos sobredeslizamientos a tercera base y de alguna que otra discusión en primera base sobre si tal o cual tipo estaba realmente fuera. Me gusta el lenguaje del béisbol: sliders, fastballs, carreras, entradas, y me gusta seguir los partidos por la radio y oír a Bob Murphy cuando invita a los oyentes a permanecer sintonizados para escuchar «el mejor resumen». Los comentarios en directo han comenzado a emocionarme más de lo que nunca habría esperado. De hecho, la semana pasada llegué al extremo de ponerme en pie de un salto y prorrumpir en vítores.

A Lazlo le gusta sacar las carpetas de dibujos de Matt para examinarlas, y a veces, cuando mis ojos se fatigan, él va detallándome su contenido. Yo me reclino en mi asiento y le oigo hablar de las minúsculas personitas que habitaban la Nueva York de mi hijo. La semana pasada me describió un retrato de Dave: «Dave está sentado en su butaca, tomando el fresco. Se le ve un poco cansado, pero tiene los ojos abiertos. Me gusta el modo en que Matt pintó la barba del anciano, con esas líneas retorcidas y luego enjalbegadas de pastel blanco. El bueno de Dave… probablemente estará pensando en alguna antigua novia, cavilando tristemente sobre su historia con ella. Lo sé porque Matt incluyó una pequeña arruga entre sus cejas».

Lazlo ha sido mi mano derecha en todo lo relativo al libro sobre Bill. Durante años, el proyecto se ha vuelto más amplio, luego más modesto y luego nuevamente más ambicioso. Quisiera tenerlo terminado antes de la retrospectiva que celebrará el Whitney en 2002 sobre su obra. A comienzos del verano interrumpí las revisiones que le estaba dictando a Lazlo para escribir estas páginas. Le dije que tenía un proyecto personal del que tenía que ocuparme antes de que pudiéramos continuar, pero él sospecha la verdad. Sabe que he desempolvado mi vieja máquina de escribir para la ocasión y que todos los días me paso horas y horas mecanografiando como si estuviera en trance. Escogí mi vieja Olympia porque en ella mis dedos no pierden la posición sobre el teclado con la facilidad con que lo hacen en el ordenador. «Estás forzando demasiado los

ojos, Leo —me dice—. Deberías dejar que te ayudara con lo que sea que estás haciendo». Pero él no puede ayudarme con esta historia.

Antes de trasladarse a París, Violet me dijo que en Bowery había para mí una caja de libros pertenecientes a Bill. Había estado rescatando volúmenes que sabía que me gustarían y que podrían ayudarme en mi trabajo.

—Están todos marcados —me dijo—, y algunos de ellos tienen extensas anotaciones al margen.

Tardé más de dos meses en ir a recogerlos, y cuando finalmente lo hice, Mr. Bob me siguió durante toda la visita sin dejar de barrer a mi paso ni interrumpir sus arengas. Yo estaba robando al fantasma de Bill, violando el sacrosanto lugar de reposo de los muertos y desposeyendo a Belleza de su herencia. Cuando le señalé mi nombre escrito de puño y letra de Violet en una caja de cartón, él se quedó momentáneamente cortado, pero reaccionó de inmediato con un largo discurso relativo a cierto aparador hechizado que él mismo había tenido ocasión de localizar en Flushing veinte años atrás, y cuando por fin salí por la puerta con la pequeña caja entre mis brazos, me castigó con una bendición especialmente escueta.

Violet no se ha desprendido del estudio de Bowery, y sigue pagando tanto su alquiler como el de Mr. Bob. Más pronto o más tarde, el señor Aiello y sus herederos querrán hacer algo con el edificio, pero por el momento sigue siendo la misma estructura desvencijada, olvidada y habitada únicamente por un viejo tan loco como elocuente. Hoy en día, para alimentarse, Mr. Bob recurre sobre todo a comedores de caridad, y yo, más o menos una vez al mes, acudo a verle o envío a Lazlo en aquellas ocasiones en las que no me siento con fuerzas para aguantar los monólogos del anciano. Siempre que voy le llevo una bolsa de comida, lo que luego me obliga a soportar sus quejas acerca del contenido. En cierta ocasión me acusó de «carecer de paladar». Así y todo, he percibido una leve mejora en su actitud hacia mí. Su hostilidad ya no es tan vituperadora, y sus bendiciones se han tornado más prolongadas y floridas. De todos modos, mis visitas a Mr. Bob no son producto del altruismo, sino del placer que me produce escuchar sus barrocas despedidas, sus invocaciones

a la Divinidad, los serafines, el Espíritu Santo y el Cordero de Dios. Me encantan las creativas perversiones que hace de los salmos. Su favorito es el 38, que altera libremente según sus propósitos, invocando al Señor para que mantenga mis muslos libres de enfermedades nefandas y conserve la lozanía de mis carnes. «Oh, Señor, no permitas que se vea gravemente quebrantado —vociferó Bob a mis espaldas la última vez que visité Bowery—, ni dejes que las tribulaciones aflijan sus jornadas».

No encontré las cartas de Violet hasta mayo. Había abierto algunos de los otros libros, pero nunca el volumen de dibujos de Leonardo da Vinci, que estaba reservando para cuando comenzara mi investigación sobre Ícaro. Estaba seguro de que esa obra inacabada de Bill estaba influenciada por los dibujos del maestro, y ello tal vez no de un modo directo sino simplemente porque el artista había realizado esbozos de una máquina voladora. Yo llevaba algún tiempo esquivando el Ícaro. Me parecía imposible escribir sobre él sin mencionar a Mark. Pero tan pronto como abrí el libro, las cinco cartas cayeron al suelo. Tardé sólo unos segundos en comprender lo que había descubierto, y de inmediato comencé a leer. Leía y descansaba, leía y descansaba, casi jadeante a causa del esfuerzo, pero constantemente ávido por llegar a la siguiente palabra. Me alegro de que nadie me viera descifrar aquellas cartas de amor. Sofocado, aturdido, parpadeante y agotado, logré por fin leer las cinco en el curso de un par de horas, tras lo cual cerré los ojos y los mantuve cerrados durante largo tiempo.

«¿Recuerdas cuando me dijiste que tenía unas rodillas preciosas? A mí nunca me gustaron mis rodillas. De hecho, me parecían feas. Pero tus ojos las han rehabilitado. Tanto si vuelvo a verte como si no, tengo toda una vida por delante con dos rodillas preciosas». Las cartas estaban llenas de pequeñas reflexiones como aquélla, pero también había escrito: «Te quiero. En este momento es importante que te lo diga. Antes me contuve porque era una cobarde. Pero ahora te lo estoy gritando. E incluso si te pierdo, siempre me diré a mí misma: “Tuve eso. Le tuve a él, y fue algo delirante y dulce y sagrado”. Y si me dejas, siempre adoraré a ese ser extraño, salvaje y pintor que eres para mí».

Antes de enviar las cartas a la dirección de Violet en París las fotocopié y guardé las copias en mi cajón. Querría haber sido más noble. Resistirme a leerlas era probablemente superior a mí, pero de haber tenido mejor los ojos tal vez no habría hecho esas copias. No las guardo para estudiar su contenido. Eso sería demasiado difícil. Conservo las cartas como otros tantos objetos, seducido por sus diversas metonimias. Hoy en día, cuando saco todas mis cosas, rara vez separo las cartas de Violet a Bill de la pequeña foto que conservo de los dos, pero siempre mantengo la navaja de Matthew y el trocito de cartón alejados del resto de mis reliquias. Aquellos Donuts devorados en secreto y el presente robado se hallan demasiado impregnados de Mark y de mis propios temores. Son temores que se remontan aún más allá del asesinato de Rafael Hernández, y cuando practico mi juego de objetos móviles a menudo me siento tentado de desplazar las fotografías de mi tía, mi tío, mis abuelos y las dos gemelas hasta las proximidades de la navaja y del cartón. En esos momentos es como si el juego flirteara con el terror, y me siento tan próximo al borde del abismo que siento como si cayera, como si me hubiera arrojado desde la azotea de un edificio. Me precipito hacia el suelo, y en la vorágine de la caída me pierdo en algo informe pero ensordecedor. Es como penetrar en un grito… como ser un grito. Y entonces me retiro, retrocedo del borde como si me asaltara un ataque de fobia, y dispongo todo de un modo diferente. Talismanes, iconos, conjuros: estos objetos constituyen mis frágiles escudos de significado. Los movimientos del juego han de ser racionales. Me obligo a elaborar una argumentación coherente para cada asociación, pero en el fondo se trata de un juego mágico en el que yo soy el nigromante que invoca a los espíritus de los muertos, los ausentes y los imaginarios. Al igual que O cuando pinta un cuarto de vaca porque tiene hambre, yo invoco fantasmas que no pueden satisfacerme, pero esa invocación posee un poder propio. Los objetos se convierten en musas de la memoria.

Las historias que relatamos sobre nosotros mismos sólo pueden narrarse en pasado. El pasado se remonta hacia atrás desde donde ahora nos encontramos, y ya no somos actores de la historia sino espectadores que se han decidido a hablar. En ocasiones, el rastro que dejamos se ve

señalado por guijarros como los que Hansel dejaba a su paso. En otras, el rastro desaparece porque los pájaros han descendido al alba y han devorado todas las migajas. La historia vuela sobre las lagunas, rellenándolas con las hipotaxis de un «y» o un «y entonces». Yo mismo lo he hecho en estas páginas para no salirme de un camino que sé interrumpido por baches superficiales y varios pozos más profundos. Escribir es un modo de localizar mi hambre, y el hambre no es sino un vacío.

En una versión de la historia, el chamuscado trozo de la caja de los Donuts podría representar el hambre. Creo que Mark padecía una constante hambre de algo. ¿Pero de qué? Quería que yo le creyera y le admirara. Era lo que más anhelaba, al menos durante el tiempo en que estábamos mirándonos a los ojos. Tal vez esa necesidad era lo único íntegro y sincero que había en él, y le convertía en un ser radiante. Poco importaba que apenas sintiera algo por mí o que no sintiera nada o que tuviera que fingir para ganarse mi admiración. Lo que importaba era que percibía mi confianza en él. Pero el placer que experimentaba al complacer a los demás siempre era efímero. Insaciable, se atiborraba de Donuts y de chucherías, de dinero y objetos robados, de medicamentos y de la propia persecución.

Carezco en mi cajón de un objeto que corresponda a Lucille. No habría sido difícil rescatar algún vestigio de ella, pero nunca lo hice. Bill la siguió durante largo tiempo, como una criatura que habitaba en su mente y a la que nunca lograba localizar. Quién sabe si Mark no la buscaba también. Lo desconozco. Incluso yo la seguí durante un tiempo, hasta que me vi ante un callejón sin salida. Era poderosa, la noción de Lucille, pero ignoro en qué consistía esa idea si no en la propia evasión, que como mejor puede expresarse es mediante la nada. Bill convertía aquello que le eludía en objetos reales que pudieran soportar el peso de sus necesidades, sus dudas y sus deseos: pinturas, cajas, puertas, y todos esos niños que filmó en vídeo. El padre de tantos miles. Tierra y pintura y vino y cigarrillos y esperanza. Bill. El padre de Mark. Aún me parece verle meciendo a su hijito en aquella cama azul con forma de barco que le construyó en Bowery, y aún le oigo cantar en voz baja y ronca: «Take a

walk on the wild side». Bill adoraba a su niño permutado, a su hijo neutro, a su pequeño fantasma. Amaba al niño-hombre que aún vaga de ciudad en ciudad y que sigue echando mano de su bolsa de viaje cada vez que necesita un rostro y una voz que ponerse.

Violet aún sigue buscando esa dolencia que flota en el aire, el Zeitgeist que masculla a sus víctimas: gritad, ayunad, comed, matad. Está buscando los vientos-ideas que azotan las mentes de las personas para luego convertirse en cicatrices del paisaje. Pero aún no está claro el modo en que el contagio pasa del exterior al interior. Se desplaza a través del lenguaje, de las imágenes, de los sentimientos y de algo más que no sé nombrar, algo que habita entre todos nosotros. Hay días en que me sorprendo a mí mismo recorriendo las habitaciones de un apartamento de Berlín. Está en el número 11 de Mommenstrasse. El mobiliario aparece algo desdibujado, y ya no queda nadie en su interior, pero aún puedo percibir la energía de sus estancias vacías y la luz que penetra por las ventanas. La amargura de un lugar que ya no es ninguna parte. Luego abandono el lugar al igual que hiciera mi padre, y pienso en el día que dejó de buscar sus nombres en las listas, en el día en que lo supo. Resulta difícil vivir con el absurdo: con ese macabro y atroz absurdo. Él no fue capaz. Y mi madre fue encogiéndose antes de morir. Se la veía diminuta en su cama de hospital, y su brazo pecoso, extendido sobre la sábana, era como un palo cubierto por una piel pálida y fláccida. Por entonces no hablaba de otra cosa que de Berlín y de la huida y de Hampstead y de los alemanes y de la confusión. Cuarenta años se habían esfumado de su mente, y llamaba en voz alta a mi padre. Era Mutti, envuelta por las tinieblas.

Violet recogió las ropas de trabajo de Bill y se las llevó a París. Supongo que aún se las pondrá de vez en cuando, y que hallará consuelo en ellas. Cuando la evoco vestida con la raída camisa de Bill y sus vaqueros manchados de pintura, siempre le ofrezco un Camel, y denomino a esa imagen mental Autorretrato. Ya nunca pienso en ella sentada al piano. La lección terminó por fin con un beso auténtico que la alejó de mí. Es curioso, cómo funciona la vida, cómo cambia y divaga, cómo unas cosas se convierten en otras. Matthew pintó frecuentemente a un anciano al que

llamó Dave. Pasan los años y resulta que a quien estaba pintando era a su propio padre. Y Dave, ahora, soy yo. Un Dave con parches en los ojos.

En el piso de arriba se ha instalado una nueva familia. Hace dos años, Violet vendió el *loft* a los Wakefield por un montón de dinero. Todas las tardes oigo a sus dos hijos, Jacob y Chloe, y las bombillas de mi casa se estremecen con las danzas de guerra rituales que llevan a cabo antes de acostarse. Jacob tiene cinco años, Chloe ya ha cumplido tres, y son dos profesionales del ruido. Supongo que si no dejaran de armar escándalo durante horas terminarían por irritarme, pero ya me he acostumbrado a sus estallidos de rutina a eso de las siete. Jacob duerme en la antigua habitación de Mark, y Chloe ocupa lo que solía ser el estudio de Violet. En el salón hay un tobogán de plástico donde antes estaba el sofá rojo. Y todas las historias verdaderas tienen diversos finales posibles. El mío es el siguiente: los niños del piso de arriba deben de estar dormidos, porque en las estancias que hay sobre mi cabeza reina la calma. Son las ocho y media de la tarde del 30 de agosto de 2000. He cenado y he recogido los platos. Y ahora voy a dejar de mecanografiar para sentarme en mi butaca y descansar la vista. Lazlo llegará dentro de media hora para leerme.

Agradecimientos

Este libro es una obra de ficción, y su historia y sus personajes son imaginarios. No obstante, las numerosas referencias que en él se hacen a la histeria, los trastornos de la alimentación y la psicopatía, han sido extraídos de un amplio abanico de fuentes. Entre ellas se cuentan Invention de l'hysterie, de Georges Didi-Huberman (Macula); A History of Prívate Life: From the Fires of Revolution to the Great War, volumen 4, editores generales Philippe Ariès y Georges Duby, editora del volumen Michelle Perrot (Harvard University Press), por el que supe de la existencia de las mujeres ladradoras de Josselin; Eating Disorders: Obesity, Anorexia Nervosa and the Person Within, de Hilde Bruch (Basic Books), que incluye la historia del niño obeso que cree que sus entrañas están formadas por gelatina; y Holy Anorexia, de Rudolph M. Bell (University of Chicago Press), en la que Bell aporta un análisis del ayuno extremo de Catherine Benincasa. El desarrollo de la terminología, las listas, las descripciones y las posibles etiologías de lo que hoy denominamos psicopatía o personalidad antisocial han sido entresacadas de diversas obras: The Roots of Crime, de Edward Glover, doctor en Medicina (International Universities Press); las ediciones tercera y cuarta de Diagnostic and Statistical Manual (DSM-III y DSM-IV), de la American Psychiatric Association; Abnormalities of the Personality: Within and Beyond the Realm of Treatment, de Michael H. Stone, doctor en Medicina (W. W. Norton and Co.); Impulsivity: Theory, Assessment, and Treatment, edición de Christopher D. Webster y Margaret A. Jackson (Guilford Press); Severe Personality Disorders: Psychotherapeutic Strategies (Yale University Press) y Aggression in Personality Disorders and Perversions (Yale University Press), ambas de Otto F. Kernberg; los

tres volúmenes de Attachment and Loss, de John Bowlby (Basic Books); The Mask of Sanity, de Hervey Cleckley (5.a edición) (Emily S. Cleckley); y los siguientes libros de D. W. Winnicott: Deprivation and Delinquency (Routledge), The Maturational Process and the Facilitating Environment (Maresfield Library), The Family and Individual Development (Routledge), Holding and Interpretation (Grove Press), y Playing and Reality (Routledge). Quiero expresar mi agradecimiento a Ricky Jay por su Jay's Journal of Anomalies, del que extraje el personaje de Sacco, el artista del hambre, que ayunaba frente a las multitudes londinenses, y también la historia apócrifa del autómata cartesiano. También tuvo la amabilidad de permitirme examinar diversas ediciones raras de su biblioteca privada en las que aparecían informes médicos relativos a la condición física de personas que aseguraban subsistir exclusivamente a base de aire y de aromas. Me encuentro igualmente en deuda con el doctor Finn Skårderud, tanto por sus libros como por las conversaciones que mantuvo conmigo sobre la cultura contemporánea y los trastornos de la alimentación. De él provienen las referencias que en la novela se hacen a J. M. Barrie y a Lord Byron, así como la historia de la paciente bulímica que vomitaba en bolsas de plástico y luego las escondía por diversos rincones de la casa de su madre. Entre sus libros se incluyen: Sultekunsternere (Artistas del hambre), Sterk Svak: Håndboken om spise forstyrrelser (Fuerte débil: un manual de trastornos de la alimentación), y Uro: En reise i det moderne selvet (La inquietud: un viaje a través del moderno Yo). Por último, me siento profundamente agradecida a mi hermana, Asti Hustvedt, por sus investigaciones y reflexiones sobre la histeria. Las ideas contenidas en la tesis de Violet se asemejan estrechamente a las de la tesis inédita de Asti, titulada «Science Fictions: Villiers de L'Isle-Adam's L'eve future and Late-Nineteenth-Century Medical Constructions of Femininity» (New York University, 1996). También he aprovechado las investigaciones que ha realizado en los archivos del hospital de la Salpêtrière para su próximo libro, Living Dolls, que será publicado por Norton. Y le agradezco también su detenida lectura de la novela y de las referencias que contiene a la histeria, así como

nuestras innumerables conversaciones sobre los misterios de la cultura, la medicina y la enfermedad.

SIRI HUSTVEDT. Es una novelista, ensayista y poeta. Nace el 19 de febrero de 1955 en Northfield, Minnesota, Estados Unidos de América, de padres noruegos.

Realizó sus estudios de licenciatura en St. Olaf College (Historia) y su doctorado en la Universidad de Columbia (Inglés). Su tesis doctoral es acerca de la obra de Charles Dickens y se titula *Figures of Dust. A Reading of «Our Mutual Friend»*.

Hustvedt se ha destacado principalmente como novelista pero también ha publicado un libro de poesía, al igual que cuentos y ensayos interdisciplinarios en *The Art of the Essay* 1999, *Best American Short Stories* 1990 y 1991, *The Paris Review, The Yale Review* y la revista *Modern Painters*, entre otros.

Vive en Brooklyn, Nueva York, con su marido el también novelista Paul Auster y la hija que tienen en común.

En octubre de 2012, fue galardonada con el Premio Internacional Gabarrón de Pensamiento y Humanidades 2012, gracias a su labor investigadora y sus ideas sobre filosofía, neurociencia o psicología.

Notas

[1] Ensalada literaria intraducible de la que únicamente cabe ofrecer una transcripción lo más fiable posible que, claro está, pierde en nuestro idioma lodos los acrónimos y juegos anagramáticos contenidos en el original: ¡AL ATAQUE, HERMANOS! / ¡ALCANZAD EL DOLOR! / ESCUCHAD EL REDOBLE / A LA ROSA, EL ABRIGO, / EL AUTOMÓVIL, LAS RATAS, EL BARCO / A LA CERVEZA. A LA GUERRA. / A AQUÍ. A ALLÁ. / A ELLA. / ÉRAMOS, SOMOS / ELLA. / CON AFECTO, DAN (1) EL. (NO) NEGACIÓN. (N. del T.) <<

[2] «Día ajetreado, gente atareada». (N. del T.) <<

[3] Estudiantes por una Sociedad Democrática: organización estudiantil de izquierda. <<

[4] Raw: revista de cómics de vanguardia fundada por Art Spiegleman en 1980. (N. del T.) <<

[5] «9 de septiembre - X… escapa de la Salpêtrière disfrazada de hombre». En francés en el original. (N. del T.) <<

[6] «Es usted una mujer incorregible». En francés en el original. (N. del T.) <<

[7] «Duérmete, tesoro. Duérmete». En alemán en el original. (N. del T.) <<

[8] Modern Language Association. Asociación Lingüística Moderna, organismo norteamericano sin afán de lucro que promociona el estudio y la enseñanza de la lengua y la literatura. (N. del T.) <<

[9] Título de un libro del Dr. Zeus, popular escritor norteamericano de libros infantiles. Horton es un elefante que encuentra una flor diminuta en la que está contenido todo un mundo y decide empeñarse en su protección, aunque para ello deba desafiar las burlas del resto de sus compañeros. Las personitas que habitan en la flor reciben el nombre de whos («quienes»). (N. del T.) <<

[10] De la autobiografía de Harpo Marx. (N. del T.) <<

[11] Bar Mitzvah. En la religión judía, fiesta con la que se celebra la mayoría de edad religiosa del muchacho al cumplir éste los trece años. (N. del T.) <<

[12] Juego de palabras intraducible. Una aproximación similar en nuestro idioma podría ser, por ejemplo, Un tipo antinatural de naturaleza atípica. (N. del T.) <<

[13] Juegos de palabras, cada vez más complicados, desafían cualquier intento por trasladarlos a nuestro idioma. Así, «nueve» y «línea» corresponden al inglés nine y line, mientras que «tres» y «libre» provienen de three y free, concordancia ésta que, por si fuera poco, se ve reforzada unas líneas después con la rima de las voces alemanas drei y frei. (N. del T.) <<

[14] P. S. 1.: Antigua escuela del barrio de Queens que desde 1971 alberga, en colaboración con el MoMA, uno de los mayores y más prestigiosos centros norteamericanos dedicados en exclusiva al arte contemporáneo. (N. del T.) <<

[15] Mundo Dividido. (N. del T.) <<

[16] Malabarismo lingüístico, referido, en este caso, a uno de los nombres antes citados —Migo 2—, que en el original inglés puede adoptar tanto dicha forma (Me 2), como la desviación Me too (yo también). (N. del T.) <<

[17] Love Corner: El rincón del amor. (N. del T.) <<

[18] Mark el Tiburón. (N. del T.) <<

[19] En francés en el original. (N. del T.) <<

[20] Liguilla local de béisbol a cuyos partidos los espectadores pueden acudir en metro. (N. del T.) <<